BLEST GANA

LOS TRASPLANTADOS

Garnier Hermanos
París

PQ8097.B5 T7
Blest Gana / Los trasplantados.
Jackson Library -UNCG
c.1 v.2
NGUU
3 0510 0635562-

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT GREENSBORO

BOOK CARD

Please keep this card in book pocket

University of North Carolina at Greensboro, North Carolina 27412

Walter Clinton Jackson Library

This book may be kept
FOURTEEN DAYS
A fine of 2 cents will be charged for each day
the book is kept overtime.

8 Mar 61
FEB 19 '71

XIII-436

LOS

TRASPLANTADOS

LOS

TRASPLANTADOS

POR

ALBERTO BLEST GANA

TOMO SEGUNDO

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

PQ
8097
B5T7
v.2

LOS

TRASPLANTADOS

I

Canalejas abría con mano nerviosa las cartas que acababan de llegar de su país. Raras veces eran esas cartas mensajeras de prosperidad. Conocidas ya en bulto las noticias principales por el telégrafo, este vigilante anunciador de las palpitaciones del mundo, las cartas venían á referir los detalles. Don Graciano sabía ya la baja progresiva del cambio, la depreciación del metal plata y la del cobre, el abatimiento de los productos agrícolas, enfermedades que aquejan con frecuencia tanta á los países jóvenes, á la manera de las epidemias que atacan á la infancia. Aquellas eran las dolencias de esos cuerpos sociales, entrados apenas en la pubertad, tributarios de las necesidades de los pueblos viejos del continente europeo. Sabiendo ya todo eso, Canalejas abría vacilante, con el temblorcillo de una aprensión inquieta, la carta de Pedro Esteban, el hijo laborioso, que había permanecido allá en la tierra para evitar que las valiosas propiedades de su padre quedasen abandonadas á la avidez de gerentes mercenarios ó de arrendatarios sin escrúpulos. Si esa porfiada y tímida esperanza que abrigan á pesar de todo los espíritus optimistas, hubiese venido todavía á escurrirse silenciosamente en el corazón de don Graciano, como vuelve el perro fiel á buscar el

105007

amo que acaba de arrojarlo de su lado, la carta de Pedro Esteban lo habría convencido, desde sus primeras líneas, que los quebrantos financieros anunciados por el cable eléctrico habían hecho sentir en sus rentas la repercusión de sus desastrosas oscilaciones. « Más que en los últimos años, el producto de los fondos rústicos ha disminuído ahora, decía Pedro Esteban. Los arrendatarios de las casas buscan mil pretextos para no pagar el canon debido. Algunos deudores han hecho cesión de bienes; de modo que los documentos de su deuda representan apenas el diez ó el quince por ciento de su valor primitivo. » En otro caso había sido preciso cubrir el importe de una fianza prestada por Canalejas para responder por un pariente.

Todas esas calamidades, frecuentes en la vida de Hispano-América, disminuían de un modo considerable las entradas de aquel jefe de familia. Hasta entonces había querido cerrar los oídos á esos presagios de mal agüero. ¿No estaban allá sus haciendas, sus acciones de Banco, su participación en otras empresas hasta entonces productivas, su dinero prestado á fuerte interés con buenas hipotecas? Al alejarse de su patria, dejándola floreciente, él no se imaginaba que todas esas piedras angulares sobre las que están basadas las modernas fortunas, pueden fácilmente desquiciarse y amenazar de ruina el edificio al menor sacudimiento del comercio universal. Las cartas de Pedro Esteban lo despertaban de su epicureísmo optimista. Era menester entrar en el áspero camino de las economías. Ante la fría realidad, sentíase como el hombre que se creía sano, á quien un médico imprudente deja entender que tiene el germen de una enfermedad mortal. Así, á la punzante inquietud que desde la noche del baile de la duquesa de Vieille-Roche, había venido á turbar la paz de su existencia de placeres, uníanse ahora, por una coincidencia que le parecía extraña,

las noticias que tenía delante de sí en aquella carta de su hijo. Una superstición de hombre maduro, en el que la razón y el temor de la Providencia no alcanzan á dominar el imperio de las pasiones insanas, le hacia encontrar cierta correlación misteriosa, algo como una advertencia de lo alto, en la reunión de esas dos circunstancias tan independientes en su origen la una de la otra.

Para desechar sus medrosas aprensiones, buscó un derivativo en el cálculo de las economías que demandaba la disminución de su renta. Suprimir seis caballos de los doce que mantenía en sus caballerizas; despedir el correspondiente número de palafreneros y otros empleados subalternos; hacer una considerable reducción en el número de criados, todo eso le parecia fácil y le produciría una importante rebaja en la cifra de los gastos. Pero esto no bastaba. Era menester subir más alto en la escala de las economías; tocar al ramo dispendioso de las costureras, de las modistas, de las encajeras, de las tiendas de ropa blanca, de las fruslerías infinitas que inventa el genio parisiense para complicar y hacer cada dia más costoso el traje y los atavíos destinados á realzar la belleza y la gracia de la mujer. Era preciso entrar el hacha del desmonte en la tupida selva de las fantasías femeniles, plantas parásitas en el presupuesto de las familias.

No más gastos de vanidoso aparato; no más compra de muebles de *estilo* para acreditarse de gusto artístico; no más de alhajas superfluas, de costosas fruslerías condecoradas con el nombre francés de *bibelots*, que doña Quiteria traducia *bibelotes*; no más salas llenas diariamente de flores tan caras como pasajeras. Era indispensable también suprimir algunas de las grandes comidas, la mitad siquiera de las pequeñas comidas semanales; poner un freno al desenfrenado robar del cocinero en jefe, del mayordomo y de toda

la servidumbre. Alineando cifras para cada uno de esos renglones, don Graciano llegaba en números redondos á un cálculo aproximadamente de más de cien mil francos al año. Este resultado lo animaba, casi lo hacía olvidar por el momento sus otras preocupaciones, le infundía el ardor de la resolución para adoptar siquiera por algún tiempo esas medidas salvadoras.

En ese momento entró el primer mayordomo, *el maestro de altar*, como traducía doña Quiteria el nombre de su empleo. Alto, correctamente vestido de frac y corbata blanca, con abultadas patillas españolas y rasurado el bigote, inclinóse el hombre con solemne dignidad y pasó á don Graciano, en una pequeña bandeja de luciente plata, algunos diarios de la mañana. Después de ese ademán, alzó su cabeza calva con la estudiada pretensión del sirviente de casa grande, que aspira á elevar su posición mercenaria á la categoría de una función de alta importancia, y salió de la pieza.

Canalejas había cogido los periódicos con un temblorcillo casi imperceptible de la mano. Era hombre de presentimientos supersticiosos. Desde su nocturna correría á la calle de Suresnes, vivía con la inquietud intermitente del que se cree amenazado de una catástrofe. Al abrir los diarios, el epígrafe de « Hechos diversos » le parecía brillar con un fulgor de amenaza. Con ese temor se puso á recorrer *El Figaro*. Sus ojos se nublaron de súbito, y su barba color ala de cuervo, pareció más negra sobre la palidez amarillenta que le cubrió las mejillas.

La fatídica palabra « Suresnes » estaba ahí; le enviaba su amenaza presentida con el fulgor magnético que despiden los ojos de un animal rabioso. Temblando, dejó Canalejas correr sus miradas sobre las líneas, leyendo las palabras sin orden. En frases veladas se dejaba entender claramente la aventura. Irrupción de la policía, golpes á la puerta en nombre de la

ley, confusión y fuga precipitada. Se hablaba de muchachas de menor edad. La dueña de la casa, interrogada ya por la policía sobre las personas que habían podido escaparse. Es decir, la siniestra amenaza de la revelación de su nombre, envuelto en algún hecho de crónica : « El escándalo de la calle de Suresnes ».

Don Graciano hizo un esfuerzo violento para reaccionar contra el pánico, contra el soplo frígido del terror que le helaba la sangre y lo tenía clavado sobre su sitio. Con un estremecimiento de escalofrío apoyó un dedo sobre el botón de la campanilla :

— Á mi cochero que ponga al instante el *coupé*, dijo al criado que acudió al llamamiento.

Quería correr en busca de Ignacio Sagraves, el confidente de sus debilidades seniles. En su mente surgía un proyecto de alma en angustia. Sagraves podría salvarlo substituyendo su nombre obscuro al de Canalejas. Todo se arreglaría con dinero. Mas no había tiempo que perder. Para engañar su inquietud, se puso á contemplar desde su ventana el trabajo de los palafreneros que enjaezaban los caballos. En esa actitud lo sorprendió el ruido de un carruaje que entraba al patio y se detenía delante de la puerta del vestíbulo. Vió bajar de ese coche, ligeras y de elegantes trajes vestidas, á sus dos hijas, Milagritos y Dolorcitas, que atravesaron con rapidez la grande antesala y entraron de rondón en el escritorio.

Sin darle tiempo de hablar, Milagritos exclamó con la prisa de quien trae una noticia muy importante :

— Papá, hoy debe venir la condesa de Montigran á pedirte la mano de Mercedes á nombre del príncipe Stephan.

— Y hemos venido á decírtelo para que estés prevenido, agregó Dolores.

Ante sus dos hijas, que lo miraban con aire de triunfo, Canalejas se quedó pensativo. Sus propósitos de economías lo abandonaban. Una serie de gastos

infinitos amenazaba reemplazarlos : la dote que sin duda exigiría el gran señor; el ajuar de la novia, los presentes, las fiestas de las bodas. Todo pasó ante su imaginación, dándole esa mezcla de contento y de temor que producen algunas complicaciones de la vida.

— Es preciso que mamá sepa luego esta gran noticia, dijo una de las jóvenes.

— Por supuesto; es menester que vayan á llamarla, apoyó la otra.

Don Graciano continuaba silencioso. La prisa de marcharse en busca de Sagraves, un instante olvidada con la nueva que le traían sus hijas, había tornado á espolearlo.

Dolorcitas exclamó sorprendida :

— Pero, papá, tú no pareces encantado con la suerte de Mercedes.

— ¡ Un príncipe de familia reinante ! Figúrate qué honor, observó Milagritos con aire de hablar de un acontecimiento maravilloso.

— Sí, sí; ya lo veo; es mucho honor para nosotros.

Pero la respuesta no satisfizo á sus hijas. Notaban un acento de vacilación en la manera cómo había dicho esas palabras.

— ¡ Toda la sociedad hispano-americana nos tendrá una envidia !...

— ¡ Los Terrazábal van á estar furiosos !

— ¡ Y los Torrevieja y los Altamura van á tirar piedras, seguro !

— ¡ Los Torrevieja, que por que hace veinte años que están aquí y conocen algunos nobles pelagatos, y otros de título comprado, nos llaman todavía *rastás*, van á poner el grito en el cielo !

Como las piezas de un fuego de artificio, lanzadas estas frases por las dos muchachas en tono de exitado entusiasmo, se cruzaban por los ámbitos de la pieza,

estallaban con claridades fosfóricas á los ojos de Canalejas, se sucedían las unas á las otras en una explosión luminosa y atronadora.

La puerta dió paso á doña Quiteria, cuando Milagritos pronunciaba la última exclamación de orgulloso contento.

— ¿Qué hay? ¿Qué es lo que pasa? preguntó con curiosidad la señora.

Milagritos y Dolorcitas, con entusiasmo creciente, arrebatándose la palabra, impusieron á su madre de lo que ellas llamaban un acontecimiento fenomenal. La señora las escuchaba arreglándose los encajes de un vistoso traje de interior, de colores claros, obra primorosa de Worth. Una obra de arte en la que el famoso costurero había combinado la elegancia del traje de visita con el corte y los pliegues de una bata de mañana, para disimular el abultado talle y las protuberantes proporciones de la matrona.

— ¿Y será cierto, niñas?

Esta pregunta incrédula de la madre, lejos de calmar, atizó el fuego con que las dos jóvenes comentaban el inaudito favor de la suerte que caía sobre la familia.

— ¡Pero, mamá, no habríamos venido á traerles la noticia si pudiese haber lugar á duda! exclamó la mayor.

— ¡Se lo ha dicho á Milagros el conde de Morins, vaya! ¡Para qué quieres saber más! dijo Dolorcitas en forma de revelación.

— Y Guy no me había de mentir, aseveró Milagritos con aire de suficiencia; yo sé muy bien lo que digo.

Doña Quiteria no insistió. « Puesto que ellas lo decían, así debía ser. »

— Bueno, pues; veremos si viene ese conde.

Luego añadió, cual si continuase con el mismo asunto:

— ¿Y qué les parece mi bata de donde Worth, niñas?

Picadas las muchachas de que la madre quisiese sacarlas, con esa pregunta frívola y extemporánea, de la única materia digna en aquel instante de ocupar la atención, asumieron su airecillo de crítica severa, poco respetuoso de la *creación* del gran costurero.

— Las mangas no están bien, mamá; te abultan mucho los brazos, observó una de las jóvenes, con los labios fruncidos del conocedor que se cree un oráculo infalible.

— Pero, hija, es la moda las mangas anchas, dijo tímidamente la señora.

— Á ver, mamá, levántate, le dijo examinándola Milagritos.

Doña Quiteria se puso de pie desconcertada.

— Sí, pues; era lo que yo pensaba; te hace una barriga enorme, repuso, exagerando con sus manos el bulto de la falda sobre el abdomen maternal.

— Ese corte de *pollera* no es para las gordas, concluyó sentenciosamente Dolores en apoyo de la observación de su hermana.

— ¡Vaya, niñas, á ustedes nunca les gusta nada de lo que me pongo! exclamó la madre, sentándose desalentada.

Las jóvenes no hicieron caso del descontento de la mamá y volvieron al asunto del príncipe.

— Es preciso que estés prevenido, papá, dijo la de Palomares, y que pienses en la dote que darás á Mercedes.

— Á ninguna de ustedes les di dote cuando se casaron, dijo el padre.

— ¡Ah, qué gracia! Nosotras nos casamos con hombres ricos que nos querían por nosotras mismas, arguyó la de Cuadrilla.

— Y en nuestro país no se acostumbra exigir dote, afirmó la otra.

— Tú no vas á pretender que un príncipe se case por amor solamente con una hispano-americana, observó Milagritos con autoridad.

— De seguro que la condesa de Montignan te ha de preguntar cuánto das de dote.

— Es preciso que seas generoso, papá, porque si no el príncipe no hará su demanda.

— ¿Y él, cuánto tiene? preguntó cándidamente doña Quiteria.

Las dos muchachas abrieron tamaños ojos, maravilladas de la sencillez de la madre.

— ¡Las cosas de mamá! exclamó una de ellas.

— *Cero francos* y *cero céntimos*, eso es lo que tiene, proclamó la otra.

— Lo que tiene son deudas, repuso la primera.

— ¡Muy bien! entonces vamos á sacar un pan como una flor, arguyó doña Quiteria con aire de menosprecio. Así creía desquitarse de las críticas que habían hecho sus hijas á la obra del gran costurero de la calle de la Paix.

Milagritos con ademanes y acento de triunfo:

— ¿Y no te gustará ser marquesa ó condesa, eh?

— Qué importa que el príncipe no tenga plata, si por medio de él nos hacen nobles á todos, apoyó Dolorcitas; tú podrás tal vez ser marquesa.

La posibilidad de tener un título nobiliario pasó ante el pensamiento de la madre con el resplandor de un meteoro. La mágica luz fué tan súbita como la eléctrica, que torna en claridad la pieza obscura. Un vasto campo de vanidades se iluminó ante ella con ese fulgor repentino. Las encopetadas familias de los Terrazábal, de los Torrevieja, de los Altamura, que todavía se daban aires de superioridad, envidiarían á la marquesa de Canalejas. En las tiendas su título sonaría como un talismán de respeto; los criados la llamarían señora marquesa. Aquello sería el principio de una nueva existencia. Una serie de

lujosos vestidos hizo lucir sus primores. Nuevas alhajas aumentarían el boato de la marquesa; en la ropa blanca, en las portezuelas de sus carruajes, en la plata labrada, en todos los objetos de su uso, una corona, como un signo de grandeza, esparciría en torno de ella su misterioso prestigio.

— ¿Sabes que estas chiquillas no dejan de tener razón, Graciano? dijo entonces á su marido. ¡Tú también serías marqués!

Canalejas, que en las reuniones electorales de su tierra había llamado á la república « el paladión de la dignidad humana », pensó que debía fingir modestia, pero no renegar del todo su pasado.

— ¡Oh! Yo, dijo, no busco títulos; lo que busco es la felicidad de nuestra hija.

— Por supuesto, yo también; no pienso en otra cosa, repuso doña Quiteria.

— Entonces, papá, exclamó Milagritos, decídete. ¿Cuánto darás de dote á Mercedes?

— No te olvides que todos te creen muy rico; no vayas á salir con un domingo siete, fué la recomendación de la de Cuadrilla.

Antes que don Graciano hubiese podido replicar, abrióse la puerta de la pieza que daba sobre el vestíbulo, y apareció en el dintel la figura elevada y rígida de la abuelita.

Poco antes, Benjamina y Nicolasito, entrando y saliendo del escritorio donde su padre y sus hermanas conversaban, habían tenido buen cuidado de imponerse de lo que decían, y llegaron con estrépito á la habitación de doña Regis. Era el momento en que ella y Mercedes, acabadas de entrar de la iglesia, esperaban la hora del almuerzo.

Los chicuelos se apresuraron á dar la noticia traída por las hermanas :

— Hoy va á venir la vieja de Montignan á pedir la

mano de Mercedes para el príncipe, contó Benjamina.

— ¡Cincuenta céntimos por la noticia! vociferó Nicolasito tendiendo la mano á la abuelita.

Á pesar que esperaba por el anuncio de Juan Gregorio lo que anunciaban los chicuelos, Mercedes se puso pálida. Todo resquicio de esperanza desaparecía. Con paso seguro, el abominable momento tenía que llegar. La chica, como alguien que se siente desvanecer, buscó un apoyo á su desfallecimiento en las frases de la última carta de Patricio que Benjamina le había deslizado en el bolsillo. « No porque no me has contestado dudo de tu amor. Nuestras almas, unidas por lazos indisolubles, no pueden separarse por la voluntad de nadie. Esa unión es obra de Dios. Á ti y á mí nos toca conservarla con toda la fuerza de nuestra voluntad. Es nuestro tesoro común : ayúdame á defenderlo. Sin ti nada puedo. Si quieren violentarte obligándote á que me abandones, de ti depende burlar ese inicuo propósito, huyendo conmigo. » Grabadas en su memoria, esas palabras tomaban voz en su espíritu como un llamamiento desesperado al que era preciso contestar.

— Abuelita, por Dios, suplicó, apenas los niños, con su alegría ignorante de los dolores ajenos, hubieron salido de la pieza, vaya á hablar con papá antes que llegue esa señora. Después podría decir que se encuentra comprometido, y sería tarde.

La anciana había demorado lo posible la explicación con su hijo. Presentía la lucha, sabiendo que la influencia de sus dos nietas mayores era suprema en el ánimo de don Graciano. La vida le había enseñado que la autoridad de la madre no está exenta de la ley común del desgaste con que la lima de los años marca su rastro destructor en las cosas del orden moral como en las materiales de la existencia. Pero ante la angustiada súplica de Mercedes, toda vacilación cesó en ella.

Su aparición en el escritorio fué recibida con un silencio general. Don Graciano y sus hijas sospecharon que la visita de la anciana no era un acto casual y debía estar relacionada con el gran asunto que los ocupaba. Pero en doña Quiteria la imaginación era incapaz de salir del campo estrechísimo de sus ideas personales. Ella no extrañó la presencia de su suegra. Mientras los demás la saludaban con la aprensión de lo desconocido, ella le hizo el saludo indiferente de todos los días, y bostezó al preguntarle si había encontrado poca ó mucha gente en la iglesia. Mientras hablaban las dos señoras, Milagritos alentaba con la vista á su padre para que dijese á doña Regis la gran noticia. Dolorcitas secundaba los gestos de su hermana. Mas como don Graciano callase, Milagritos, con su petulancia de muchacha mimada, tomó la iniciativa:

— Mamita, papá tiene algo muy importante que comunicarle, dijo interrumpiendo el diálogo de las dos señoras.

— Así es, madre; llega usted muy á tiempo. Estas muchachas me han traído una noticia de la que estábamos hablando.

— ¡Una gran noticia! observó enfáticamente Milagritos.

La señora se limitó á esa interjección indefinida del que no quiere preguntar ni decir nada.

— ¿Ah?

— Sí; hoy debe venir, de parte del príncipe de Rœspingsbrück, la condesa de Montignan á pedir la mano de Mercedes.

Milagritos pronunció esta frase con aire de triunfo, esperando ver pintarse una viva admiración en el semblante de doña Regis. La señora se volvió hacia su hijo con mirada interrogativa. Visiblemente procuraba dominar su emoción.

— ¿Y tú, qué dices de esto?

— Sin duda que es un grande honor para nuestra familia, dijo Canalejas en tono evasivo.

— Pero tú sabes que hay una petición antes que esa, á la que no has contestado, replicó en tono resuelto la señora.

— Ah, sí; ya sé, la de Patricio.

Canalejas acompañó estas palabras con un encogimiento de hombros lleno de desprecio.

— Sí, la de Patricio Fuentealba, insistió doña Regis; un joven excelente.

Milagritos y Dolorcitas intervinieron.

— ¡Oh, abuelita! Será muy bueno, pero no tiene en qué caerse muerto, exclamó la de Palomares.

— De eso no se habla, abuelita, dijo al mismo tiempo la de Cuadrilla. ¿Cómo puede vacilarse entre ese pobre mozo y todo un príncipe?

En la voz de una y otra resonaba un tonito de superioridad. En sus labios, una sonrisa compasiva marcaba el profundo desdén con que las dos estimaban la opinión de la abuela. Doña Regis notó ese tono y advirtió el significado de la sonrisa. Sabía que para sus dos nietas, ella era la vieja *rastá*, ignorante de las costumbres de la sociedad aristocrática á que pretendían pertenecer. Hasta entonces, el deseo de velar por la felicidad de Mercedes, de resguardar la inocencia de su preferida contra esa locura de grandezas que soplaba sobre la familia su contagio de vanidades corruptoras, le había hecho soportar ese desdén ominoso de las dos muchachas, resignarse á la posición subalterna que su hijo tolerara se le hubiese creado en su hogar. Pero en aquel instante en que se trataba de la suerte de esa misma Mercedes, sobre la que se había concentrado toda su ternura, un ardor de lucha encendió su apagada energía.

— No hablo con ustedes, dijo agriamente á las óvenes, ni vengo á preguntarles su opinión. Vengo á

hablar contigo, agregó dirigiéndose á don Graciano, y tú sólo debes contestarme.

Hubo un silencio de hielo después de esas palabras. Las muchachas, sin manifestarse intimidadas, dijeron en francés, protestando entre dientes : « vieja loca ». Canalejas, sorprendido por el tono áspero de su madre, quiso hacerse conciliador.

— ¿Qué quiere que le diga, madre? Patricio es un buen joven, no lo niego, pero no tiene posición ni fortuna.

— Y tú, ¿qué fortuna, qué posición tenías cuando te casaste?

— ¡Ah! Es muy diferente. En nuestro país se vivía entonces con cualquier cosa.

Y cediendo á un empuje de vanidad que le hizo olvidar sus propósitos de conciliación respetuosa :

— Y ahora que tengo fortuna y que estoy adquiriendo grandes relaciones en París, es natural que prefiera para mi hija un gran partido.

Era la lucha. Era el primer estallido del trueno, anuncio de la tempestad latente en la atmósfera.

— ¿Y eso llamas tú un gran partido? Un hombre arruinado, lleno de deudas, según dicen todos.

Milagritos intervino con viveza.

— ¡Pero es príncipe, abuelita! Y un príncipe de familia reinante está seguro de que esa familia pagará sus deudas.

— ¿De qué serviría entonces ser de familia reinante? preguntó Dolorcitas. Su padre, el soberano, no ha de permitir que lo ejecuten.

Doña Regis, sin contestar á sus nietas, persistió en dirigirse únicamente á su hijo.

— Pero, ¿quién pagará las deudas de ese príncipe? Serás tú entonces.

— ¡Yo! ¿Por qué? Yo no tengo que mezclarme en eso. Si tiene deudas, allá se entenderá él con sus acreedores.

— Que estarán muy honrados y muy contentos de esperar, dijo con afirmativo énfasis Milagritos.

— Eso es muy corriente y muy *chic;* todos los jóvenes elegantes hacen la misma cosa, agregó la de Cuadrilla con autoridad de gran dama que pronuncia un aforismo social.

— Y los que no son príncipes como Stephan, pagan cuando se casan con la dote de la mujer, agregó Milagritos.

— ¿Y si no se casan con mujer rica? preguntó doña Quiteria, que se fastidiaba de no terciar en la conversación.

— No pagan, pues, contestaron las hijas. Tanto peor para los acreedores; bastante abusan en sus precios para resarcirse con lo que venden á los demás.

La anciana alzaba los ojos al techo, poniendo al cielo por testigo de aquellas singulares teorías. « Eran las mismas que había oído el día anterior á Juan Gregorio; pero el muchacho, pensaba la abuelita, tenía en ese momento perturbado el juicio por la bebida, mientras que las dos pretenciosas criaturas, que creían poder dar lecciones á sus mayores, declamaban sus *herejías* con pleno uso de razón. »

— Buen modo de entender la delicadeza tienen tus hijas, exclamó indignada, siempre dirigiéndose exclusivamente á don Graciano.

— Pero, madre, no son ellas que lo han inventado; es lo que pasa todos los días. Los comerciantes saben lo que hacen. Cuando venden á los elegantes sin fortuna, hacen un préstamo á la gruesa ventura. Son muy raros los que pierden.

— En fin, yo no vengo á ocuparme de eso. Lo que no concibo es que tú admitas la posibilidad de dar tu hija á un hombre que sólo se casaría con ella por pagar sus deudas.

Nada replicó Canalejas. No quería discutir con su

madre, á la que amaba con sincero respeto Temía también la intervención de sus dos hijas, acostumbradas á considerar á la abuela como un ser de otra edad, representante del atraso y de las preocupaciones de la tierra lejana, á la que ellas no querían pertenecer. La abuelita, para las dos jóvenes, era un obstáculo vivo á la elegancia de aquel hogar, del que ellas querían destruir todo resabio hispano-americano.

Viendo que su marido no contestaba, doña Quiteria creyó necesario salir en su auxilio. Con aire entendido, como revelando á su suegra un argumento que habría de desarmarla :

— ¿Y sabe usted una cosa? Si el príncipe se casa con Mercedes, Graciano será hecho marqués por lo menos y seremos recibidos por todos los nobles franceses.

Doña Regis miró á su nuera como á una persona que da señales repentinas de tener trastornado el juicio, y pensó para sus adentros : « ¡Te creía bien tonta, pero no tanto! » Luego, con voz desabrida, conteniéndose :

— Buen provecho te haga, hija, ser marquesa.

Volvió por un momento á reinar en la sala un silencio frío, el silencio enfadoso de un disgusto de familia. Afortunadamente para todos, Benjamina y Nicolasito invadieron entonces la pieza con su ruidosa alegría.

— ¡Vamos á almorzar! gritaron á un tiempo. ¡Todo el mundo á la mesa!

— En esta casa uno se muere de hambre, dijo en seguida el chicuelo, apoderándose de un brazo de su padre.

Al mismo tiempo Benjamina cogía de las manos á su madre, tirándola con fuerza para hacerla levantarse :

— ¡Arriba, mamá! Uno, dos, tres, ¡up!

Nicolasito abandonó entonces el brazo de su padre y vino á unirse á los esfuerzos de Benjamina. Al fin

doña Quiteria pudo ponerse de pie, en medio de los gritos de los dos chicuelos que, con exagerados ademanes para levantarla, imitaban las voces de los marineros al izar las velas de una nave.

Todos se pusieron en marcha hacia el comedor. Antes de llegar á éste, doña Regis, que cerraba la comitiva con su hijo :

— Es preciso que hable á solas contigo. El asunto es demasiado grave para tratarlo así, oyendo las impertinencias de esas muchachas mal criadas. Después del almuerzo, sube á mis piezas y ahí hablaremos.

Al entrar al comedor encontraron á Mercedes y á mademoiselle que esperaban. Mercedes dirigió una ansiosa mirada á su abuelita, sin acertar á descubrir las impresiones que traia. Intencionalmente, por no arrojar una sombra de angustia en el ánimo de su nieta querida, doña Regis había logrado dar á sus facciones una expresión de fría indiferencia.

Mientras cada cual ocupaba su asiento, no se oían más voces que las de Benjamina y Nicolasito. Pretendian ser los primeros servidos, y apostrofaban á los criados para hacerse obedecer.

II

Como por un convenio tácito, nadie, al principiar el almuerzo, hizo alusión al grave asunto que traía preocupados á todos. Algo de disonante, algo de forzado y desabrido se notaba en el empeño con que Milagritos y Dolores trataban de crear una animación ficticia en torno de la mesa. El choque casual de los platos, el circular de los criados para cambiarlos, mantenía un estado de crispatura nerviosa en aquella familia, acostumbrada á hablar de todo en su idioma delante de la servidumbre. Temerosos ahora de que alguna palabra de análogo sonido á la de su equivalencia en la francesa pudiera revelar el estado de los ánimos, buscaban una conversación sin encontrar asunto para ella.

La entrada de Juan Gregorio fué la onda de viento fresco en una atmósfera de calor opresivo. Los que almorzaban saludaron, como un alivio, la aparición del mozo. Pero éste, después de unas pocas palabras, se puso á leer *El Fígaro*, bostezando. Milagritos y Dolorcitas hablaban de modas con doña Quiteria. « Doucet, decían las jóvenes, había sacado un nuevo corte de falda, enteramente ajustado, que dibujaba y disminuía las caderas. ¡Era aquello una verdadera *creación!*

Y como doña Quiteria se entusiasmara :

— Tú no te puedes poner una falda así, mamá, porque te verías enorme, dijo Milagritos á su madre.

— ¡Pero ustedes dicen que disminuye las caderas! arguyó la señora picada.

— Sí, pero abulta por atrás, mamá; y tú, que eres gorda, figúrate... replicó Dolorcitas.

Ñico y Benjamina dieron forma á la consecuencia de aquel « figúrate », exclamando irreverentemente :

— ¡Oh, lá lá! ¡Oh, lá lá!

— Bueno, pues; ya sé que soy gorda; yo haré lo que quiera, repuso indignada doña Quiteria.

Un completo silencio siguió á las palabras de la señora. Canalejas, acostumbrado á estas escenas de familia, en la que las hijas pretendían dar en todo lecciones á la madre, seguía perdido en sus preocupaciones. Doña Regis, Mercedes y mademoiselle, continuaban también silenciosas. Sólo Benjamina y su hermanito hacían oir su voz, como si nadie más que ellos estuviese en la pieza.

Jenaro Gordianera entró á la sazón. Rara vez, á menos de enfermedad, dejaba de venir á almorzar á casa de su hermana, para ahorrar el gasto de un almuerzo.

— Tío, tenemos una gran noticia que darte, exclamó Dolorcitas, que se desesperaba de tener que guardar reserva.

Pero su padre la interrumpió :

— Bueno, bueno; deja esa noticia para cuando se retiren los niños y los sirvientes.

Benjamina y Nicolasito exclamaron :

— ¡Como si nosotros no supiéramos la noticia! dijo la chicuela con maliciosa intención.

Y Ñico gritó á Gordanera desde la extremidad de la mesa :

— ¿Quiere que se la diga, tío? Cincuenta céntimos vale no más.

Don Graciano tuvo que interponer su autoridad.

— Cállense y no se mezclen en lo que no deben, díjoles con aspereza.

La voz velada de Juan Gregorio se interpuso en aquel diálogo. Sin levantar los ojos de *El Figaro* :

— Yo les daré otra noticia ; oigan ustedes.

Un gesto de espanto descompuso el rostro de don Graciano, y antes que su hijo empezase á leer, con voz turbada, lo detuvo :

— Déjate, hombre, de lecturas.

— Pero, papá, ¿por qué? Si es muy interesante, exclamó Juan Gregorio sin comprender la interrupción paternal.

— ¿Por qué? ¿Por qué?... Porque no todo lo que se publica en los diarios es para leído delante de las señoras, y sobre todo delante de niñas solteras, replicó el caballero con timidez, temblando de que Juan Gregorio leyese lo de la calle de Suresnes.

— Oye, oye, papá, y verás, insistió el muchacho; se trata de un amigo nuestro; oye, es muy interesante.

Canalejas hizo un ademán vago de protesta resignada, y Juan Gregorio leyó de *El Figaro*, traduciendo al castellano :

« Nuestro corresponsal de Rœspingsbrück nos comunica noticias alarmantes sobre un nuevo ataque de *hepatitis* que tiene postrado al príncipe heredero. Se recordará que no ha mucho anunciamos el estado precario de la salud de su alteza serenísima. Esta recrudescencia del mal, que los doctores parecían haber dominado, tiene en grande alarma á la corte y á la población del principado. Por todas partes se hacen sentidas manifestaciones de cariño y de respeto á la familia reinante con motivo de este grande acontecimiento. »

Juan Gregorio paseó entonces su mirada picaresca alrededor de los que lo escuchaban.

— ¿Eh? ¿Qué les parece? Esto hace subir enormemente los bonos de nuestro amigo Stephan.

— Por supuesto, exclamó Milagritos.

— Stephan príncipe heredero, *¡chic!* muy *¡chic!* prorrumpió Dolorcitas alborozada.

Jenaro Gordanera meneaba la cabeza con incredulidad, murmurando algunas palabras entre dientes.

— Y usted, tío, ¿qué dice? Usted que conoce la política europea, lo apostrofó Juan Gregorio con sorna.

Los demás miraron al mocito, reprochándole que se burlase de Gordanera.

— ¿Qué dice, pues? repetía muy serio Juan Gregorio.

— Que tal vez el tuno del príncipe ha inventado él mismo la noticia, contestó el tío.

Las dos jóvenes casadas y su padre rechazaron la suposición de Gordanera.

— ¡Oh! No seas temerario, dijo don Graciano.

— Esa es una idea de socialista, exclamó al mismo tiempo Milagritos.

— De los que no pueden ser nobles, apoyó Dolorcitas, sarcástica.

— Está bien; cada uno con las ideas que Dios le ha dado, replicaba Jenaro, sin inmutarse, atacando un *beefsteack*.

— Y á usted, ¿qué le parece, abuelita? interpeló Juan Gregorio á doña Regis.

— Yo no entiendo de esas cosas, contestó la anciana.

Mercedes, encendidas las mejillas desde que se había pronunciado el nombre del príncipe Stephan, miraba con ojos suplicantes á Juan Gregorio, como pidiéndole que no insistiese en ese tema de conversación.

— Lo siento, abuelita; siento que no entienda; pero al fin y al cabo es mejor no entender que aventurar

juicios temerarios, como mi tío Jenaro, que así se dispensa, con maquiavélica diplomacia, de darnos su opinión sobre un acontecimiento público, que puede influir grandemente en la política europea.

Los que lo oían, principalmente don Graciano, y las dos hijas casadas, no acertaban á darse cuenta si Juan Gregorio hablaba con seriedad ó si quería burlarse de todos ellos, poniendo en ridículo la supuesta grandeza del príncipe pretendiente á la mano de Mercedes.

Ésta, cada vez más azorada, y temblando de que degenerase la conversación en alusiones directas á las pretensiones de Stephan, decía por lo bajo á doña Regis :

— Vámonos, abuelita, vámonos.

La anciana se levantó de su asiento y salió del comedor seguida por Mercedes y mademoiselle, mientras insistía Juan Gregorio en la influencia que podía tener la muerte del príncipe heredero de Rœspingsbrück en la política continental.

— Juan Gregorio quiere *pagarse nuestras cabezas*, dijo Milagritos, usando la expresión de la jerga francesa, para decir que alguien quiere reirse de aquel con quien habla.

Juan Gregorio tuvo un acceso de risa al oir esto.

— No, no; mi palabra, exclamó haciendo esfuerzos por dominar la tos con que concluyó su risa.

Y á manera de demostración, continuó :

— Me explico : el príncipe reinante de Rœspingsbrück y su actual heredero, están ciegamente sometidos á la influencia de Alemania...

— ¡Ah! Eso es muy cierto, interrumpió don Graciano para darse aires de estar al cabo de la política europea.

Juan Gregorio echó una mirada triunfante á sus hermanas, á su madre y á Gordancra.

— ¡No ven ustedes! ¡Papá piensa como yo y comprende mi razonamiento!

— Está muy bien; obedecen á la política alemana, arguyó Jenaro. ¿Y qué sacamos con eso?

— ¡Cómo! ¿Qué sacamos con eso? replicó Juan Gregorio. Sacamos nada menos que si muere el heredero, Stephan pasa á serlo y el principado se convierte de hecho en amigo decidido de Francia.

Hubo un brevísimo instante de silencio que alentó á doña Quiteria, cansada de no desplegar los labios, á dar señas de que seguía la conversación.

— ¿Por qué? preguntó con convicción.

— ¡Ah, mamá! La razón es muy clara, dijo Juan Gregorio. Stephan tiene que ser partidario acérrimo de Francia, primeramente porque todos sus acreedores son franceses y podrá conseguir que el Gobierno de la República le pague sus deudas.

— ¿Y en segundo lugar? preguntó con tono burlón Gordanera.

— En segundo lugar, dijo Juan Gregorio encendiendo un habano y echando un sorbo de café, porque su querida es francesa.

— ¡Ay, muchacho, no seas inmoral! exclamó abanicándose la madre.

— El poder de la mujer, mamá; el poder de la mujer, contestó el mocito.

Los demás se reían de las genialidades de Juan Gregorio.

En aquel momento los criados se habían retirado. Apenas el último de ellos cerraba la puerta, las dos jóvenes se apoderaron de Gordanera.

— La gran noticia, tío, es que hoy viene la condesa de Montignan, de parte del príncipe, á pedir la mano de Mercedes.

— Figúrate qué *chic*, ¡tener una princesa en la familia!

— Que puede llegar á ser soberana.

Jenaro se volvió hacia Canalejas.

— Por supuesto que tú vas á contestar con una re donda negativa.

— ¿Yo? ¿Por qué?

Canalejas afectaba la dignidad del hombre que no pide ni admite consejos.

Gordanera se encogió de hombros, golpeando sobre la mesa con su caja de pastillas pectorales, impaciente.

— Ta, ta, ta, ¿para qué me haces repetirte lo que te he dicho tantas veces? Porque ese mozo no tiene un cristo, porque es ridículo que te metas en camisa de once varas, admitiendo como yerno á un noble arruinado, cuando tú no eres sino un plebeyo, *rastá* por aditamento, al que ese noble volvería las espaldas apenas se embolsase la dote.

— No hables así, Jenaro, intervino doña Quiteria; mira que las niñas dicen que nos haría dar á todos títulos de nobleza.

Gordanera se volvió indignado hacia su hermana:

— ¡No estés hablando tontadas, hija! En vez de hacerles dar títulos de nobleza, los echaría á todos ustedes á la cocina, cuando tuviese gente en su casa.

— Yo no me dejaría faltar así, prorrumpió airado Canalejas, tomando una actitud que creyó llena de dignidad.

La disputa fué encendiéndose á medida que cada cual repetía los mismos argumentos. Milagritos y Dolorcitas hablaban con calor. No encontrando nada de nuevo que argüir, buscaban la razón de sus opiniones en los defectos que atribuían á aquel tío atrabiliario. « Como él no había podido nunca aprender á hablar francés, todo le parecía malo en Francia. Siempre estaba predicando que todo hispano-americano debe volverse á su tierra; pero él se guardaba muy bien de dar el ejemplo. »

Canalejas no tomaba parte en esta discusión que se

hacía enteramente personal. Vuelto á caer en las alarmas que le causaba el hecho de crónica de los diarios sobre la calle de Suresnes, se paseaba inquieto por la pieza, echando miradas por una ventana á su cupé, que lo esperaba. Al fin se decidió á partir, viendo á Gordanera que tomaba su sombrero para marcharse, declarando que sus sobrinas eran insoportables de afrancesadas.

— ¿Te vas? Yo también me voy, dijo á su cuñado. Te pasaré á dejar.

Gordanera declinó la oferta.

Milagros y Dolores exclamaron, al verse solas con su padre:

— ¡Cómo! Papá, tú no puedes irte.

— ¿Qué haces de la condesa de Montignan, que viene á las tres?

— La recibirá tu madre; yo no puedo quedarme.

Doña Quiteria se levantó precipitadamente de su silla:

— ¡Yo! ¡Ave María! ¿Qué quieres que le diga á esa señora? Yo no soy para esas cosas. Hagan ustedes lo que quieran; yo tengo que ir donde Worth á ensayar un vestido.

Las hijas insistian. « Si no esperaba, la condesa se ofendería y el príncipe también. Ellas perderían la brillante posición social que empezaban á conquistarse. »

Estrechado entre dos fuerzas que lo estimulaban en sentidos opuestos, entre su terror de llegar demasiado tarde para la diligencia que quería encomendar á Ignacio Sagraves, y su miedo de ser duramente tratado por sus hijas, Canalejas llegó á encontrar razones que convencieron á las jóvenes.

Usando su tono de voz más persuasivo, les demostró que, lejos de perjudicar, sería conveniente, por el contrario, que él no esperase, sino que Milagritos le hiciese saber á la condesa que otros compromisos

previos le impedían tener el honor de recibirla; pero que tendría el mayor gusto de hacerlo al día siguiente á las dos de la tarde.

— Así no manifestamos, arguyó el caballero, un deseo precipitado de recibir la petición del príncipe, como sucedería si yo esperase ahora á su enviasaria. Es preciso darse un poco de tono. La excusa de otros compromisos es muy natural, puesto que no se me ha dado aviso, sino esta mañana, de la visita.

« Fuera de esto, observaba también Canalejas, él tenía necesidad de algunas horas para darse cuenta del estado de su fortuna y saber poco más ó menos qué dote podría asignar á Mercedes. Concluyó como argumento final, diciéndoles que doña Regis quería también hablar con él sobre las pretensiones de Patricio Fuentealba, que ella apoyaba, y él, su hijo, no podía negarse á la entrevista que su madre acababa de pedirle al ir al almuerzo.

Las dos muchachas ridiculizaron las pretensiones que patrocinaba la abuelita. « Mientras ella estuviese en la casa, con su manía de ponerse manto como en su país, para ir á la iglesia, y de hacer platos nacionales en su aposento, llenando la casa con el olor de esos guisos, siempre todos los de la familia serían llamados *rastaquouères*. Su padre, sostenían ellas con calor, debía tomar un apartamiento á la señora en otro barrio, para que viviese ahí con su criada é hiciesen cuantos platos del país quisieran. Ahora, aquello de pretender que Mercedes se casara con Fuentealba, un pelagatos que siempre sería pobre, les parecía una insensatez descomunal, lo que podía llamarse el colmo del ridículo, ideas de la señora vieja que estaba viviendo en su tierra, aunque habitaba en París ».

Acostumbrado al desprecio de sus hijas por todo lo hispano-americano y á la acerba crítica con que siempre habían combatido el apego de la abuela á sus viejas costumbres, Canalejas no se atrevía á contrade-

cirlas. Para calmar el fuego de la argumentación con que lo acosaban, fuele preciso prometerles que en ningún caso accedería á las exigencias de su madre, y que desde ese instante podían estar seguras de su consentimiento en favor del príncipe Stephan.

— Entonces, dijo Milagritos como sellando el pacto, voy á prevenir á de Morins que tú esperarás mañana á la condesa.

Don Graciano confirmó el convenio y se apresuró á salir en busca de su coche.

Nicolasito y Benjamina jugaban en el jardín.

— Papá, papá, le gritaron, tráenos dulces de donde Boissier.

— Bueno; pero vayan á decir á su abuelita, de mi parte, que no puedo subir á hablar con ella, que me dispense.

Los dos chiquelos renovaron su encargo de dulces mientras hablaba su padre, al salir el carruaje del patio á trote largo.

III

El coche atravesó la plaza de la Concordia, internóse, después de recorrer el boulevard Malesherbes, por algunas calles laterales hasta el de Courcelles. que siguió ligero, sin desmayar los bríos del caballo, hasta internarse en el barrio esencialmente popular de Montmartre.

Ahí estaba la calle solitaria, con sus casas de siniestro aspecto, con su sórdido empedrado, sobre el que el cupé de Canalejas, sacudiéndose en violentas contorsiones, anduvo hasta pararse delante del número siete.

— ¿El señor Sagraves? preguntó á la portera, una náufraga de la galantería, que pelaba papas delante de la entrada.

La portera miró con extrañeza á aquel señor elegante, buscándole algo que indicase un empleado de policía, pues no se le alcanzaba que un verdadero caballero pudiese ir á buscar á su inquilino hasta aquella mansión de miseria.

— Al sexto, boardilla número tres.

— ¿Sabe usted si está ahí?

— Ah, no lo sé. En todo caso, usted encontrará á la *señora*.

Canalejas emprendió con vigor la ascensión, y llegó

jadeante á la boardilla n.° 3. Á pesar de las voces de niños que gritaban en el interior, los golpes que dió con su bastón á la puerta se oyeron resonar como en una pieza vacía. Odile vino á abrirle.

— ¿El señor Sagraves? preguntó Canalejas con voz comedida.

La joven se enrojeció al encontrarse en su desaliñado traje en presencia de aquel hombre, en el que, por el acento extranjero y por las descripciones que de su protector había oído á Ignacio, reconocía á don Graciano.

— No está aquí, señor; ha salido, contestó turbada.

— ¿Podré esperarlo? ¿Cree usted que tardará mucho en llegar?

La joven vaciló un momento. La idea de mostrar al millonario hispano-americano la desnudez de su pobre habitación, aumentaba su sonrojo.

— Si usted quiere, señor, entre. Estamos tan pobremente alojados, que realmente me da vergüenza recibir aquí á un señor como usted.

No obstante la contrariedad que causaba á Canalejas el no encontrar á Sagraves, la ingenua tristeza que resonó en las palabras de Odile removió en él, más allá de su indiferente egoísmo de hombre rico, una vaga impresión de sensibilidad. Al hallarse dentro de la boardilla, no tuvo necesidad de detenerse en detalles para reconocer la verdad melancólica de las palabras de la joven. Un pobre catre, en el que una miserable cama parecía revelar los fríos de las largas noches de invierno; otro más pequeño para las chiquillas, tan escasa y pobremente dotado como el más grande; dos sillas de paja y dos bancos de madera en derredor de una mesa vieja y maltratada de palo blanco, y algunos útiles de aseo, formaban el amueblado. En las paredes, en el cielo de plano inclinado de la pieza, con su ventana de tabaquera, el rastro del

tiempo, las manchas indescriptibles dejadas por los ocupantes anteriores y los presentes. En todo, la marca degradante y repugnante de la miseria con cuidadoso esfuerzo disimulada.

Odile ofreció una silla á Canalejas. Al sentarse, don Graciano divisó á Zafira y Adela arrinconadas tímidamente en el ángulo más obscuro de la pieza.

— ¿Son sus hijitas? preguntó.

— Sí, señor; las pobrecitas tienen vergüenza. No están acostumbradas á ver gente.

Estimuló á las chicuelas á que viniesen á saludar al caballero. Lejos de obedecer á la madre, ellas se estrecharon con más fuerza al rincón en que pensaban ocultarse, ambas fijando sobre aquel hombre imponente con su gran barba negra y su rostro moreno y pálido, la mirada temerosa de niños pobres á los que intimida cualquiera fisonomía extraña.

Canalejas no hallaba qué decir. Odile se había sentado lejos de él, á una distancia respetuosa. Para darse una actitud que no fuese la de observar á aquel señor, había tomado una obra de mano, interrumpida por el visitante : una camisita de niño, que requería considerables remiendos, para no convertirse en inservibles harapos.

Hubo entonces un silencio embarazoso. « ¿Sobre qué podrían conversar, pensaba Canalejas? Aquella mujer, marchitada en la flor de su juventud por la miseria, doblegada por el fardo de una existencia sin luz, habitaba, se decía él, un mundo tan diferente del suyo en ideas, en aspiraciones, en ilusiones y en realidades. Le sería imposible hablarle en un lenguaje que ella pudiera entenderle. » Y al contemplar ese despojo del naufragio que representa toda pobreza, Canalejas, dominado siempre por el pánico que le había llevado hasta aquella boardilla, se dió á pensar con sordo encono que esa mujer, en la que aún eran visibles algunos vestigios de belleza, á los que el

afeite y los atavíos de la elegancia pudieran devolver su magia empañada, era, de todos modos, la mujer, la dominadora del cerebro varonil, de su decantado libre arbitrio. Y recordaba las palabras de Huysmans, en su admirable libro *En route*, que Juan Gregorio le había hecho leer : « el más poderoso agente de dolor que Dios haya dado al hombre ». Luego, en seguida, con la común tendencia á ignorar los males ó las miserias ajenos, don Graciano acababa por sentir una envidia enfermiza, contemplando la quietud de esa miseria, únicamente preocupada de dinero, y la comparaba con la fiebre de su miseria moral, mil veces peor, se decía, que lo que podrían ser el hambre y las privaciones para los padres de esas dos chiquillas anémicas y desmedradas, que empezaban ahora, perdido ya el miedo, á moverse cautelosamente por el cuarto.

Por algunos momentos Canalejas se entretuvo en mirarlas. Zafira y Adela colocaban los bancos uno en pos del otro, lo que para ellas representaba un carruaje y su pescante. Pero, al sentarse, las niñitas miraban á hurtadillas al imponente huésped de las barbas largas, sobrecogidas de nueva timidez, abandonaban el juego para acogerse corriendo á la protección de la madre.

— Estas pobres chiquitas están bien pálidas, observó Canalejas en alta voz, deseoso de mostrar su compasiva simpatía y por decir algo.

— ¡Y flacas, señor! las pobres queriditas, exclamó la madre, alzando entonces sobre Canalejas sus ojos melancólicos, en los que asomó la humedad de las lágrimas.

— Es verdad, están muy flaquitas, asintió don Graciano.

Las lágrimas rodaron entonces sobre las descoloridas mejillas de Odile. Bajó luego la vista sobre su

costura, suspirando y con el tono agrio de un rencor mal contenido contra la Providencia.

— ¡Ah! ¿qué quiere usted? ¡Los pobres amorcitos comen carne tan rara vez!

Y meneando la cabeza, como quien revela una miseria íntima y desastrosa :

— ¡Y á veces, señor, no comen nada! ¿Lo creería usted?

El alma de la madre había reemplazado la timidez de la indigencia en aquella infeliz luchadora por la vida. Del fondo de sus entrañas salía el acento de desolación amarga exhalado por ese corazón de madre irritada contra la crueldad de su destino.

— ¡Mis pobres queriditas! suspiró casi sollozando al acariciar la cabeza de cada una de las criaturitas, mal y deplorablemente cubiertas por sus ropitas llenas de remiendos.

Don Graciano sacó precipitadamente su cartera y de ella un billete de cincuenta francos, que puso sobre la mesa.

— Yo debo algún dinero de una comisión á Sagraves; aquí tiene, señora, dijo casi avergonzado al pensar con cuánta parsimonia había retribuído siempre los servicios de Ignacio.

Oyéronse entonces, tras de la puerta mal cerrada, la afanosa respiración y el pesado paso del que llega al descanso final de una larga escalera. Las dos chiquillas corrieron hacia el que se acercaba, llamando :

— Padre, padre...

En ese instante Ignacio abría la puerta y casi recu laba al ver á Canalejas. Repuesto en el acto de su sorpresa, se inclinó ante el millonario con su expresiva humildad.

Al mismo tiempo, del fondo lejano de la calle subía hasta la boardilla el eco penetrante de la zampoña del cabrero, que llegaba á esa hora de su excursión por los barrios ricos.

— ¡El cabrero, madre, el cabrero! gritaron Zafira y Adela con alborozo.

— Tanto honor para mí, señor, articulaba con emoción el padre de las chiquillas, inclinándose otra vez delante de don Graciano.

Éste advirtió que Sagraves miraba, al inclinarse, el billete de Banco que él acababa de poner sobre la mesa.

— Me iba á retirar, dijo, y dejaba á esta señora esos cincuenta francos por la comisión del otro día.

Sagraves cogió el billete y lo deslizó en su bolsillo, dando reiteradas gracias.

Canalejas le contestaba con una señal casi imperceptible, dándole á entender que hiciese salir á la mujer y á las niñitas.

— Bajen donde el cabrero, les dijo Ignacio, acariciando de prisa á sus chicuelas. Vayan, vayan, añadió, casi empujándolas; tanto era su temor de hacer esperar al acaudalado visitante.

Canalejas sacó el número del *Fígaro* de la mañana y mostró á Sagraves el trozo de los « Hechos diversos » en que se hablaba de la calle de Suresnes.

Un misterioso diálogo, como el que poco antes había tenido lugar entre los mismos hombres, siguió entonces entre ellos. Á los temores de divulgación de su nombre expresados por Canalejas, contestaba Ignacio tranquilizándolo.

— ¡Oh! no señor, no tema usted que diga nada si se le paga bien.

— En todo caso, dé usted su nombre si llegase á ser necesario dar uno, dijo don Graciano, tratando de hacer que su voz tuviese un acento persuasivo.

Sagraves hizo una señal de asentimiento resignado: la resignación del humilde al que la dura necesidad ha hecho prescindir de todo amor propio.

Convinieron en la suma en que debería comprarse el silencio de la persona á la que se habían referido.

Más tranquilo ya Canalejas con las seguridades que le representaba Ignacio, se mostró menos dispuesto á la generosidad que al principio.

— Al fin y al cabo, yo no estoy dispuesto á dejarme saltear. Ofrezca usted lo menos posible.

Renovó sus recomendaciones sobre la diligencia que debería emplear Sagraves para ejecutar su encargo en el mismo día, y se despidieron.

— Tráigame usted noticias mañana, buenas noticias.

Se abstuvo de dar dinero para pago de coche, pensando en que ya le dejaba cincuenta francos, y bajó la larga escalera más sereno que al subirla. Quería persuadirse que él mismo había exagerado el peligro. Á medida que bajaba, las agudas notas de la zampoña llegaban con mayor claridad á sus oídos. No era el trinado de la campestre melodía con que anuncia el cabrero su paso por las calles, en la mañana. Eran notas cadenciosas y acompasadas, tres ó cuatro, repetidas con persistencia; acaso una composición del aldeano mismo que tocaba. Canalejas se encontró al fin en la calle. Las dos chiquillas de Sagraves bailaban, ó más bien saltaban, al compás de la música, con la alegre agilidad de las avecillas que empiezan á salir del nido. Odile y algunas porteras vecinas, desgreñadas y desastradas, con la sonrisa de una plácida contemplación, las rodeaban. Hubiera querido Canalejas pasar sin ser visto y deslizarse hasta la vuelta de la próxima esquina. Pero Zafira y Adela divisaron su larga barba detrás de las comadres, y, ejos de intimidarse, le lanzaron miradas de alborozo, saltando con vigor creciente y haciendo flotar al viento los lamentables andrajos que les servían de vestido. Odile advirtió entonces la presencia del que ella consideraba como un gran personaje, protector de su amante. Mostrándole las dos chiquillas:

— ¡Es su único placer! ¡Las pobrecitas!

Las otras mujeres se volvieron entonces hacia él

con curiosidad. Canalejas no dijo nada ni se detuvo ante aquella voz doliente que, con sólo esas palabras, parecía revelarle toda una existencia de penurias. Volvió la espalda con precipitación y caminó con acelerado paso hacia su carruaje. Mas ya, al subir, la impresión del cuadro que dejaba tras de sí hirió su pensamiento con el contraste de la tempestad que agitaba su espíritu y la calma de aquellos semblantes de viejas porteras, felices de ver bailar á las chiquillas y de oir la música desapacible del cabrero. La súbita violencia de los recuerdos le arrancó un hondo suspiro, al pensar en los días de paz que allá en su tierra, le dieron el trabajo y la vida honesta, al lado de su mujer y de su madre.

Mientras huía así de la observación de las porteras, sin poderse substraer por un momento á sus punzantes alarmas, Odile encargaba á una de las comadres que le cuidase las chiquitas, y se internaba en la casa, donde emprendía la ascensión de la escalera con visible prisa. Ignacio, con no menos premura, bajaba al mismo tiempo. La joven, al oirlo, esperó en un descanso. En sus ojos, una resolución sombría de esclavo que se rebela, brillaba con un fulgor de lucha. Sin esperar á que Sagraves le dirigiese la palabra, inició el ataque:

— Tú no te vas á llevar los cincuenta francos sin dejarme á lo menos la mitad. Se ponía, al hablar, las manos sobre las caderas, sacando los codos hacia adelante, en esa actitud favorita de las mujeres francesas del pueblo cuando se disputan.

Acostumbrado á la dulzura de su compañera de miserias, Ignacio se turbó de verla tan resuelta.

— ¿Para qué quieres plata? Yo necesito ese dinero.

La pregunta y la aseveración hicieron desbordar el torrente de angustias que se agitaba en el seno de la exasperada muchacha.

— ¡Para qué! ¡para qué! ¡Y me lo preguntas!

Su voz tomó un tono sarcástico de pasmosa admiración. « Como él pasaba todo el día ausente, so pretexto de quién sabe qué diligencias de negocios, no oía llorar de hambre á las pobrecitas criaturas, á las que á veces tenía ella que alimentar con el fruto de la caridad de los vecinos. Ella podía dispensarse de comer; pero prefería la muerte á la horrible tortura de ver que sus pobres angelitos casi no tenían ya carne sobre los huesos y que sus lívidas mejillas parecían, á la luz, transparentes. El caballero que acababa de irse lo había notado bien, él, que las veía por la primera vez y le había dado ese dinero para que las hiciese comer. »

Sagraves la escuchaba temiendo que, de un momento á otro, algunos inquilinos saliesen á la escalera y oyesen la disputa.

— Subamos, no nos quedemos aquí, dijo azorado; cualquiera que pase irá á contar lo que oiga, y todos en la casa se reirán de nosotros.

— Sube tú; yo te sigo; no quiero que te vayas si yo paso adelante.

El tono imperioso no admitía réplica. Ignacio empezó á subir. La joven, tan agitada como si no hubiese dejado de hablar, lo seguía. Y apenas, tras de ellos, hubo Odile cerrado la puerta de la miserable habitación:

— Ese dinero es mío, ¿entiendes tú? continuó con vehemencia. Tú no tienes derecho de apoderarte de él. Eso sería un robo, ¿entiendes? y tendrás que devolvérmelo. Si no me lo entregas al instante, te seguiré á la calle y ahí me aferraré á ti y gritaré para hacer venir la policía. No me importa que nos lleven donde el comisario. Nos explicaremos delante de él. El comisario dirá quién tiene razón: si la madre que quiere evitar que sus pobres hijitas se mueran de hambre, ó el padre sin entrañas á

quien no le importa el hambre de esos angelitos de Dios, con tal de tener dinero para ir á jugarlo en las carreras.

Había llegado á silbarle la voz en la violenta emisión de sus quejas. Al pronunciar las últimas palabras se apoyó jadeante á la pared, como si el aliento le faltara.

Ante ese grito de la madre que defendía la existencia de sus chicuelas, el hombre se sintió anonadado. Los largos años de humillación y de pobreza habían destruído en él toda energía. Lo desarmaba sobre todo la acusación de ser indiferente al bienestar de sus hijitas, en las que su ternura casi exagerada de hombre débil, se había concentrado como en un refugio de consuelo contra los incesantes golpes de la suerte. Enternecido, se acercó á Odile para impedirle que cayese.

— ¡Cómo! ¿Me reprochas que no me importa que nuestras queridas criaturas padezcan de hambre? ¡Ah! tú no lo piensas realmente, Odile. Dime que tú no lo piensas. Tú sabes que quiero á esos angelitos más que á mi vida. Si á veces voy á jugar á las carreras, es porque se me figura que el día menos pensado puedo hacer una ganancia que nos saque de la eterna pobreza que nos consume.

Un gesto de amarga incredulidad se dibujó en los descoloridos labios de la oven. Ignacio, á pesar de eso, se empeñaba en persuadirla. Con la crédula superstición de los jugadores y de los mineros, hizo desfilar ante la imaginación de su querida los ejemplos de asombrosas ganancias con que la tradición de los campos de carreras mantiene inquebrantable la porfiada esperanza de los que pierden. Uno, tan pobre como él, había ganado treinta mil francos, apostando á un caballo que nadie habría podido figurarse que llegaría el primero en el Gran Premio. Un trapero había ganado mil francos el último domingo

con cinco que tenía por todo caudal. Una criada, que él conocía, con diez francos, no ha mucho, ¡había ganado dos mil!

Así acumulaba los ejemplos para llegar á la conclusión de que, el que juega, debe fatalmente ganar algún día. El todo es no desalentarse y tratar de obtener buenos informes.

Durante todo ese tiempo, Odile meneaba negativamente la cabeza, incrédula.

— Está muy bien; deja que ganen los otros: tú no nos dejes morir de hambre á tus hijas y á mí. Eso es inhumano. Mi paciencia se ha acabado. ¡Vaya! no disputemos más: entrégame los cincuenta francos, si no quieres que yo salga á mendigar por la calle.

Había vuelto á tomar su tono amenazante. En sus ojos, el brillo de una resolución inquebrantable tenía resplandores del fuego de una fragua que un soplo constante mantiene en abrasada ignición. Y siguieron después los dolientes reproches de la amante que ha consumido la flor de su existencia en ese amor deslustrado por las dificultades materiales del vivir; amor de pobres que toma poco á poco en lo moral el aspecto lamentable de la ropa que un exceso de uso desgasta sobre el cuerpo. Las lágrimas, á medida que hablaba, habíanle empañado el brillo de la vista. El enternecimiento de haber sacrificado su vida para llegar á esa espantable catástrofe de chiquillas que se consumen de hambre, le daba ese arma suprema de la mujer, que persuade y desarma con el llanto.

Ignacio se vió obligado á capitular. Su antiguo amor, depurado por los días de prueba, le hizo encontrar acentos de ternura olvidados, palabras persuasivas de cariño, que las agrias disputas de la miseria habían borrado del vocabulario de la vida común. Abandonó, por mutuo convenio, en manos de Odile, el billete de Canalejas, bajo promesa de que ella le

daría diez francos cuando hubiese comprado una buena comida para la tarde.

Mientras tanto, por aquellas mismas horas, apenas el coche que llevaba á Canalejas en busca de Ignacio Sagraves salía del patio, Milagritos fué á sentarse á la mesa de escritorio de su padre.

— Voy á escribir á Guy que avise á la condesa.

— Yo me voy donde Doucet; tengo que probarme un corpiño. ¡Un amor! mi querida; tú verás, dijo Dolorcitas con entusiasmo.

Milagritos, por su parte, escribía:

« Estimado amigo:

» Avise á la condesa que papá no estará hoy en casa. Todo marcha bien. Para más pormenores, espero á usted á las tres. »

Dolorcitas, delante de un espejo, se ponía el sombrero; hacía ondear después, con graciosas inflexiones de cintura, la larga falda de su vestido, y llegaba en seguida á ponerse tras de su hermana, tratando de leer lo que ésta había escrito.

— Vaya, curiosa, ¡lee! Ya ves que no hay nada de secreto.

— Pero le das cita.

— ¿Y cómo quieres que le explique por qué papá no puede recibir hoy á la condesa? No podemos ofender á esa señora, ¿no es verdad?

Dolorcitas, para leer, se había inclinado hacia el rostro de su hermana. Sin cambiar de posición:

— Eres una disimulada, le dijo como en secreto; confiésame que lo amas.

— Pura broma; *flirteamos* un poco: eso es todo.

Dolorcitas acercó sus labios al oído de su hermana con suave zalamería.

— Vaya, sé franca conmigo; dímelo todo. No se lo contaré á nadie.

Se había puesto encarnada para hablar. La curiosidad que atormentaba su espíritu, hasta el punto de

darle ánimos para hacer esa escabrosa pregunta, había encendido en su imaginación la vacilante luz de la sospecha desde la noche del baile de la duquesa de Vieille-Roche.

Con un movimiento brusco y las mejillas tan encendidas como las de la otra, Milagritos la apartó de sí, poniéndose de pie.

— ¿Estás loca? ¿Qué es lo que te pasa por la cabeza?

— Me parecía... ¿Por qué entonces está él tan empeñado en presentarte á todas las grandes damas del barrio San Germán? ¿Por qué te presentó al príncipe de Gales?

— ¡Eh! Porque es amigo mío y de Cucho.

— Pero también es amigo mío y de mi marido, y no nos quiere presentar en ninguna parte.

— ¡Ah! tu marido es celoso, querida mía; eso no es de un hombre *chic*.

— ¡El pobre Antuco! ¡me quiere tanto! exclamó ingenuamente Dolorcitas.

— Entonces, conténtate con su amor y no pretendas ser mujer á la moda.

Milagritos hablaba poniéndose su sombrero delante del espejo, volviendo la espalda á su hermana.

— Y con todo eso, agregó sonriéndose, muy bien que tú le das celos con el gordo Termal. ¿Tú quieres al gordo Termal?

— Absolutamente no; pero me divierte. ¡Es tan gracioso!

Hablando así salían ambas al vestíbulo, donde además de un criado de la casa, de facción para abrir la puerta, dos grandes lacayos se pusieron de pie al ver entrar á las jóvenes.

— Haga adelantar mi coche, dijo Milagritos á uno de ellos.

— Y el mío también, ordenó la otra.

Pronto apareció delante de la marquesina el elegante cupé de la de Palomares.

— Entonces, querida, hasta la noche. Nos veremos en la recepción musical de la princesa Formio, dijo Milagritos abrazando á su hermana. ¿No vas donde la princesa?

Dolorcitas contestó vacilante y turbada:

— No... no sé... tal vez...

Ya la otra llegaba á su coche, y desde allí, sabiendo muy bien que la de Cuadrilla no estaba invitada á casa de la princesa Formio, le envió un beso en la punta de los dedos, á manera de despedida:

— Hasta la noche, en casa de la princesa.

Dolorcitas recibió en pleno amor propio esa flecha, la flecha del Parto, que gustan de asestarse, en su eterna guerra de rivalidades, las mujeres, aun cuando sean hermanas. Secretamente reconocía á Milagritos cierta superioridad sobre ella. Admiraba su desenfado elegante, su liviandad atrevida en los juegos del corazón, su valor risueño para atropellar todo escrúpulo ante las exigencias sociales de la elegancia y del *chic*. Pensando en eso; pensando en imitarla, á fin de tener, como ella, convites para las fiestas del gran mundo, subió á su coche, cavilosa. Pero al llegar delante de la puerta de Doucet, sintióse como que volvía en sí, que salía de uno de esos sueños en que la rectitud de la razón se pervierte, en que las nociones de virtud y de pureza se desmoralizan.

Tras del lacayo que abría la portezuela, Dolorcitas divisó la cara ancha y rubicunda de Termal.

— ¡Cómo! ¿Usted aquí? le dijo con extrañeza, mientras el joven, sombrero en mano, la saludaba con cierta familiaridad.

— ¿Sabe usted que esa pregunta es muy lisonjera para mí?

Se habían alejado del coche y quedádose á la entrada del número 21. Los hombres que á esa hora re-

corren la calle de la Paix en busca de aventuras galantes, se volvían al pasar, cautivados por la elegancia de la joven.

— ¿Por qué? preguntó ella con curiosidad aparente.

— Porque usted disimuló delante de su lacayo que este encuentro no es fortuito.

— ¡Ah!

— Sí, usted me dijo anoche, en la Ópera, que vendría donde Doucet, entre tres y tres y media. Como admirador suyo, tomé esa buena noticia por una cita; aquí me he llevado de facción.

La joven se enrojeció ligeramente. Recordaba muy bien que así había sido. Sabía también que al hacer esa indicación á Termal, obedecía á la tentación insidiosa, en un momento en que alguien contaba en el palco que Milagritos estaba convidada á la recepción musical de la princesa Formio. Pero al encontrarse ahora frente á aquel hombre que no amaba, un sobresalto del pudor adormecido con el tóxico enervante de la galantería social, le hizo sentir la repugnancia de una intriga de amor por vanidad.

— Cierto, así fué, dijo medio confusa. Pero yo no entendí dar á usted una cita. ¡Le aseguro!

— Una cita de amigo, ¿por qué no? repuso Termal, advirtiendo con penetrante tacto que el momento no era oportuno para darse por pretendiente chasqueado.

— Cierto, ¿por qué no? repitió ella tendiéndole con franca amabilidad la mano para despedirse.

Como por vía de disculpa, agregó con aire solemne, sonriéndose:

— ¡El ensayo de un vestido! ¡Piense usted!

— ¡Oh, sagrado! ¡acto sagrado! dijo Termal en el mismo tono, inclinándose.

Ella entró, y al subir la escalera que conduce á los salones para ensayos

— ¡Pobre Antuco! reflexionó, satisfecha de haberse arrepentido.

Presa del ansia con que algunas mujeres buscan en la embriaguez la fuerza de no sentir, de matar la idea dominante y martirizadora, entraba donde el sastre femenil, el *costurero,* como habrá que llamarlos, á buscar en un delirio de gastos, en las costosas extravagancias de los vestidos, un derivativo á la tentación porfiada y traicionera.

VI

Mientras tanto, don Graciano, al trote largo de su caballo y sumido en un ángulo del carruaje, se dirigía á la tienda de Boissier, en busca de los dulces para Benjamina y Nicolasito. Pronto, el cuadro de humilde alegría que dejaba tras de sí con las dos chiquillas agitando sus cuerpecitos demacrados al son de la zampoña del cabrero, cedió el paso en su imaginación á las graves preocupaciones que en aquella mañana habían venido tan reciamente á sacudirlo. Tranquilizado un tanto después de su conversación con Sagraves, aparecíale ahora como un problema de temible solución la necesidad de pronunciarse de una manera definitiva, en la entrevista que iba á tener con su madre, sobre la suerte de su hija Mercedes. No era, en verdad, una preocupación de padre solícito ante todo por la dicha futura de su hija, lo que en sus reflexiones hacía vacilar su voluntad. Su existencia de trasplantado rico, en medio de un mundo fantástico para gran parte de cerebros hispano-americanos, había gastado en él, poco á poco, la calorosa exaltación de los afectos de familia, propia de su raza. Ahora, en su alma, por la disolvente acción de la vida mundana, eran esos afectos poco más que el conjunto de los otros elementos de que se componía su felici-

dad de hombre satisfecho. El lujo, los carruajes, el fastuoso tren de casa, la prodigalidad aparatosa, eran condiciones tan indispensables á su contentamiento cotidiano, como lo eran antes, en su modesta vida de empleado, las satisfacciones tranquilas del cariño familiar. El caso de Mercedes era, por consiguiente, un dilema que no podía resolverse con prescindencia de aquellos otros requisitos impuestos por la condición social que él y los suyos aspiraban á crearse. El problema se presentaba en términos concretos y positivos. Aceptar al príncipe, era distraer de su capital una suma considerable para la formación de la dote de la chica. Pero ese sacrificio pecuniario representaba el engrandecimiento de toda la familia. Seguir los consejos de su madre y dar la preferencia á Patricio Fuentealba, no le exigía en verdad un gran desembolso para la dote, puesto que entre hispanoamericanos no se acostumbra darla; pero sería renunciar á las preciadas expectativas de conquistarse una gran situación en el mundo elegante de París. En su espíritu, la solución de la disyuntiva no era dudosa, cuando el cupé se detenía bajo la marquesina, delante de la entrada al vestíbulo.

Nicolasito y Benjamina lo esperaban en el patio, aguardando los dulces de Boissier. Le anunciaron que *gran mamá* iría á hablar con él en su escritorio, y subieron á llamarla.

A la entrada de su madre, don Graciano empezó por excusarse de haber tenido que salir.

— Espero que no habrás contraído ningún compromiso, dijo la anciana, aludiendo al objeto de la anunciada visita de la condesa de Montignan.

Canalejas se apresuró á tranquilizarla. «No se había permitido hacerlo desde que ella le había manifestado deseo de hablarle sobre ese asunto.»

— Esta mañana, repuso doña Regis, no pude continuar, porque esas dos muchachas que te dominan y

dominan á tu mujer, se olvidan de mis años y pretenden darme lecciones.

— No les haga caso, madre. ¿Qué quiere usted? Ahora los hijos no tienen ningún respeto por sus mayores.

No encontró más disculpa de las hijas, reconociendo que tenía razón su madre.

— Según como se les cría, replicó secamente la señora.

Canalejas se encogió de hombros, sin atreverse á contradecirla.

— Pero no estamos aquí para ocuparnos de esas mal educadas. Se trata de Mercedes, mi única nieta amante, que he criado yo en el respeto á sus padres, como se hace en nuestra tierra.

— ¡Digna de usted, madre, digna de usted! Mi mujer y yo le agradecemos profundamente lo que ha hecho por esa chica.

Quería preparar el ánimo de la anciana lisonjeándola. Un recurso de abogado, que incensa á los jueces para predisponerlos á la benevolencia. Apoyando sobre la misma nota, con tono de arrepentimiento por el pasado:

— ¡Ah! ¡Ojalá hubiese educado usted también á las otras!

Sin hacer caso de esa expresión tardía de un arrepentimiento fingido, la señora razonó:

— Pues si reconoces la parte que me toca en las perfecciones que adornan á *la niña*, debes admitir que mi opinión vale algo, tratándose de su suerte.

— ¡Oh! por supuesto; y mucho, madre.

— Me alegro que lo reconozcas. Entonces debes encontrar que tengo razón de empeñarme en favor de Patricio: un joven serio, juicioso, trabajador.

— Muy estimable, sin duda; pero eso no basta, madre, en estos tiempos para pretender á una niña de familia, que puede aspirar aquí á una gran posición.

— ¿Con ese príncipe libertino y arruinado? Que tus hijas hablen de eso, no me extraña. No respiran sino vanidad, y se figuran que teniendo á ese mozo por cuñado, él les conseguirá títulos de nobleza.

Un gesto de irónico desprecio acompañaba á estas palabras.

— Lo que no es para desdeñarse, dijo Canalejas en tono respetuoso.

— Yo no conozco la sociedad de aquí, confesó la anciana; pero no comprendo que alguien pueda tomar con seriedad á los que se improvisan nobles de ese modo.

— Un título es siempre un título, y suena siempre bien, volvió á opinar, y esta vez sentenciosamente, Canalejas.

— Pero eso no basta para que Mercedes sea feliz con un hombre á quien ella no quiere, arguyó con calor doña Regis.

Su hijo tomó un aire modestamente doctoral, de hombre que desea instruir á un ignorante, sin ofenderlo. « La madre hablaba como si estuviera en un país y en tiempo en que se hacían casamientos por amor. Aun en los pueblos de Hispano-América, dijo con énfasis, las costumbres han cambiado. Ahora, los mozos corren tras de las muchachas ricas, y generalmente hacen pasar el amor al segundo término. »

— Y en Francia, fíjese, madre, agregó, interrumpido por un ademán de incredulidad de doña Regis; en Francia, el país más adelantado de Europa, vea usted lo que es el casamiento. No se ha suprimido, por supuesto, el amor, porque éste es un mal inevitable de la humanidad; pero se ha dejado de considerarlo necesario para el casamiento. Aquí, la base de la unión entre el hombre y la mujer es el contrato; después viene la Iglesia, como un accesorio. Del amor, nadie se ocupa; los cónyuges se amarán después, si pueden, ó no se amarán; esto no es necesario para su felici-

dad. Lo esencial es que el contrato sea equitativo, es decir, que los novios traigan al matrimonio fortunas equivalentes, ó, lo que es más general en las altas clases sociales, que el novio tenga un título de nobleza ć un gran nombre, y la novia bastante dinero para que ambos puedan vivir con elegancia.

— ¡Jesús, Jesús! exclamó la señora, tomándose la cabeza entre las manos.

Aquello le parecía monstruoso. En su cerebro de cultura escasa, sentía el desquiciamiento de las viejas nociones de la vida, las nociones clasificadas, ensambladas metódicamente por la educación de otros días en la callada acción de los años. La fábrica vetusta con sus vestigios coloniales de virtudes primitivas, arrancadas de las almas por las exigentes complicaciones de la vida moderna, así como se arrancan de un edificio en reparación las piezas de ferretería corroídas por el orín de los años, veníase al suelo delante de la anciana, al empuje de la impía mano de su hijo.

Apenada, doña Regis levantó lentamente la vista como al despertar de un sueño.

— Y es lo racional, madre, afirmó él triunfante; todo eso de que es preciso quererse para casarse, son antiguallas.

— Ya se ve, como yo soy vieja, y de *esos* paises atrasados, creo todavía que en un casamiento en que no hay cariño, no puede haber felicidad.

— Antiguallas, madre, puras antiguallas, insistió Canalejas envalentonándose.

— ¿Qué podré decirte, hijo? Siento que tengas esas ideas, murmuró la madre con tristeza.

— Y ya ve usted que no me ha ido mal con practicarlas: he casado dos hijas con hombres ricos, sin preguntarles á ellas si los querían ó no, y ahí las tiene usted ¡qué felices son! y qué bonita posición se están formando en la sociedad elegante de París.

El tono de convicción triunfante con que su hijo citaba este ejemplo, convenció á la anciana de que la suerte de Mercedes estaba ya decidida en el ánimo de don Graciano. Pero su amor profundo á la nieta predilecta, le dió alientos para no desesperar del triunfo. Era para ella un caso de conciencia : luchar hasta el fin, luchar aunque llegase á perder la esperanza en el éxito.

— Sí, muy felices, dijo meneando la cabeza. ¡Dios sabe á dónde irán á parar en esa sociedad elegante!

Terminó la frase con un suspiro ahogado. En su pecho bullían, con mal reprimida agitación, los amargos reproches de la cristiana contra el género de existencia en que veía lanzadas á sus dos nietas mayores.

— ¿Qué teme usted que les suceda, madre? ¿Dónde quiere usted que vayan á parar? Irán á la vejez, por un camino sembrado de todos los atractivos del lujo y de la riqueza, sin los que no hay felicidad completa, aunque se tenga salud y todo cuanto usted quiera.

— Será como tú lo dices. Yo no deseo saber lo que hacen ni lo que piensan esas dos muchachas. Lo que me importa es evitar que la niña siga el mismo camino.

— Seguirá un camino más brillante que ellas, será princesa, y tal vez princesa reinante. ¿No le parece magnífico? ¡Quién me hubiera dicho á mí, cuando barría la tienda de mi padre, que una de mis hijas sería princesa reinante, en un principado de Europa! ¿No le parece portentoso, madre?

Se maravillaba ante esa perspectiva deslumbradora, figurándose que podía comunicar á la anciana la locura de grandezas que en él habían encendido sus hijas. Repetía su pregunta de éxtasis, ante el portento que lo enajenaba :

— Diga, madre, ¿qué le parece? ¡princesa reinante! Qué honor para nuestro país. Y aquí los más encope-

tados hispano-americanos estarán muy orgullosos de que los saludemos.

Pero lejos de contagiarse con el vanidoso entusiasmo de su hijo, la anciana lo atacó sin ambajes.

— Jamás aprobaré semejante locura, dijo en tono de profunda amargura. Sé muy bien que tú eres dueño de hacer lo que te parezca; pero como hasta ahora te he conocido respetuoso y razonable, te suplico que no procedas á la ligera, que no te sometas á la influencia de los que te rodean y que no tienen las responsabilidades de padre de familia que pesan sobre ti.

Impresionado por el acento de triste reproche que era fácil advertir en la voz de la señora, Canalejas arguyó con aire conciliador :

— Todo lo que he dicho, madre, es mi modo de pensar propio; el empeño con que me esfuerzo para convencer á usted, es una prueba del respeto que le tengo, me parece. No es mi autoridad independiente de padre lo que hago valer en este caso. Mi deseo es que este casamiento, que todos consideramos brillantísimo...

— Yo no, interrumpió doña Regis con viveza.

— Quise decir : todos los demás, que este casamiento se haga también con el beneplácito de usted.

Doña Regis se hizo entonces suplicante :

— Vamos á ver, hijo, óyeme bien.

Con voz sentida, en la que por instantes se notaba el temblor del enternecimiento, expuso sus ideas. « ¿Qué interés podía tener ella en lo que ahora dividía sus pareceres, sino la felicidad de su nieta querida? Nadie, en la familia, conocía como ella su corazón. Era un alma pura y sencilla que ella había formado en el temor de Dios y el respeto á sus mayores. Nunca desobedecería á sus padres y sería capaz de llevar la sumisión hasta el sacrificio. Pero era menester, por esto mismo, no imponerle lo que fuese superior á

sus fuerzas y que la hiciese desgraciada para el resto de sus días. Si todos los demás de la familia querían el enlace de Mercedes con *ese* príncipe, no era por hacerla feliz, sino por ambición de engrandecimiento. Era impío sacrificarla á esa ambición de que ella no participaba. Ya había dos casadas por interés de la riqueza. ¿Por qué no permitir á la otra que se case con el hombre de su elección?...

— Pero... madre, interrumpió Canalejas, todo eso está dicho ya y bien considerado. Mercedes no puede ser la esposa de un mozo que no tiene más que su pobre sueldo, y que el día que le quiten el *empleito*, se quedará en la calle.

— Tiene su profesión de ingeniero.

— ¡Ah, sí! ¡Bonito capital! Háblame usted de la profesión de ingeniero en nuestros países, donde la pobreza del Erario no permite las más veces emprender obras de importancia para ocupar hombres de esa profesión de un modo estable, y donde las más de las veces prefieren á los extranjeros. No, madre, eso es la pobreza en perspectiva. Yo no puedo consentir en condenar á mi hija á la miseria.

— Yo me comprometo á que tengan con qué vivir: haré donación á Mercedes de los cincuenta mil pesos que tengo en tu poder.

Jamás había pensado Canalejas en restituir esa suma. La generosidad de su madre, lejos de ser un argumento para convencerlo, afianzaba su resolución de mantenerse intransigente.

— Con qué vivir, con qué vivir, repitió haciendo eco á las palabras de su madre. Nosotros no estamos en situación de tener que contentarnos, al elegir marido para Mercedes, con un hombre á quien haya que darle con qué vivir. Ya ve lo que dicen en este país: « Nobleza obliga. »

Y de repente, levantándose de su silla como si hubiese encontrado un argumento capital:

— ¡Cómo, madre! Cuando los Torrevieja tienen una de sus niñas casada con un conde y los Altamura una casada con un barón; yo, yo, que puedo dar tan buena dote como ellos, ¿iría á contentarme con un ingenierillo pobre, que no es siquiera de las buenas familias de nuestra tierra?

— Pero ese conde de los Torrevieja y ese barón de los Altamura eran más pobres que Patricio, viven á costa de sus mujeres y ni siquiera tienen, como éste, una profesión.

— ¿Y usted se figura que los nobles necesitan tener una profesión, como los plebeyos? Pero, madre, ¿usted no sabe entonces lo que pasa por acá? El noble, con su nobleza, tiene más que una profesión: su título es un capital, que se cambia, mediante el casamiento, por el dinero de los ricos. Y son precisamente las sociedades que se dicen democráticas las que más rinden culto á eso que por allá, en nuestras tierras republicanas, hacemos alarde de mirar como pequeñeces indignas de hombres libres. Las dos Américas, la del Norte y la del Sur, traen á Europa sus hijas y sus riquezas, y se sienten muy ufanas de encontrar nobles sin ocupación, sin profesión y sin fortuna, á quienes dárselas. Es un intercambio de conveniencias que satisface la vanidad de los supuestos demócratas y da lustre al empañado blasón de las clases que fueron, en otros tiempos, privilegiadas, y que, en general, miran el trabajo como una degradación.

— Todo eso se lo he oído á Juan Gregorio, dijo desdeñosamente la señora; pero no me figuraba que tú pudieses connaturalizarte con esas costumbres hasta el punto de querer sacrificar á ellas una de tus hijas, la mejor de todas, la más digna de ser feliz.

Recalcó la voz sobre estas últimas palabras, pareciéndole que así despertaría el buen sentido de su hijo y le haría darse cuenta de la insensatez de sus propósitos.

Pero Canalejas arguyó con calor que él no era una excepción entre los hispano-americanos. « Todos en su caso harían lo mismo que él. Sus hijos, criados y educados en Europa, no podían tener las ideas que en Hispano-América se han quedado como flotantes en la atmósfera social de aquellos pueblos con sus preocupaciones y sus ilusiones. Nuestros hijos, criados aquí con seres de otra clase, no pueden tener las aspiraciones de su origen, sino las de la sociedad en que viven. « Los hemos trasplantado á este mundo, y aquí echan raíces y se aclimatan de tal suerte, que ya no podrían comprender ni practicar con fruto alguno las ideas y el modo de ser del suelo natal. »

— Eso se saca con traerlos por acá, suspiró la señora.

— Mercedes, que usted se figura haber educado en las ideas de nuestro país, no podría ya vivir en él; siempre estaría suspirando por volver acá, aunque se casase como usted lo desea.

Doña Regis hizo un ademán de denegación.

— Sí, madre, no se engañe.

— Y si así fuese, ¿quién tiene la culpa?

— Yo, ya lo sé; pero ahora es demasiado tarde para volver atrás.

Y queriendo sacar partido de esta confesión de su arrepentimiento, trató de hacerse persuasivo.

— Lo que usted debe hacer, madre, es ayudarme, aconsejar á Mercedes, convencerla de que yo no busco sino su felicidad, que debe aceptar gustosa el gran partido que se le presenta y que le envidiarán todas sus amigas.

La señora se levantó de su silla :

— No esperes eso de mí. Yo me iré á morir á mi tierra, si casas á mi hijita con ese perdido.

Fué temblándole la voz, con emoción profunda, sin mirar á Canalejas, que la anciana dijo así su acerba resignación.

— ¡Cómo ha de ser! ¡Que se haga la voluntad de Dios! agregó con hondo suspiro, dirigiéndose á la puerta que daba al vestíbulo.

Canalejas vió que dos gruesas lágrimas corrían por el marchito rostro de la anciana.

— Pero, madre, por Dios, yo no quiero que usted se aflija. Se le ha puesto á usted que es una gran desgracia lo que será realmente la felicidad de Mercedes y de toda nuestra familia.

— Nadie me hará ceer eso : será la desdicha de mi pobre hijita.

Se había detenido al responder, y entonces, con una mirada en la que, al través de las lágrimas, brillaba el fuego de una acusación:

— Ni tú tampoco lo crees, por más que digas.

— ¡Cómo puede usted figurarse tal cosa! ¿Cómo no he de creerlo?

Pero esta exclamación carecía de verdad en el acento. Delante de la mirada fulgurante de su madre, sentíase indeciso, como balanceado por dos corrientes contrarias.

— No, no lo crees, Graciano, repitió ella. El aire y los goces de París han falseado tu criterio. No oyes más que la opinión de *esas* dos muchachas envanecidas, y llegas á persuadirte de que la felicidad está únicamente en andar en las fiestas como ellas y en que salga tu nombre en los papeles públicos cuando hablan de esas fiestas. Mientras tanto, ¿me sostendrás tú que Milagros y Dolores son buenas madres de familia? No tienen sino un hijo cada una, y las dos dejan á sus pobres criaturas en poder de las sirvientes, los ven de carrera por la mañana al irse al Bosque ó á algún almuerzo, y llevan, sabe Dios, qué clase de vida. ¿Te atreverás á decirme que eso es la felicidad que conviene á mi Mercedes?

Don Graciano, sin responder, se encogió de hombros.

— Vamos, respóndeme, en conciencia. ¿Es hon-

rado, es cristiano, que tú te obstines en lanzarla contra su voluntad, á un mundo que ella no quiere habitar, donde acabaría por hacerse tan frívola, tan casquivana como las otras; á un mundo en que llegaría á ser hija tan irrespetuosa y madre tan desnaturalizada como ellas?

— ¡Oh, madre! ¡Cómo se imagina usted semejantes cosas! Veo que es imposible que podamos entendernos.

— Así es, dijo la señora; pensamos de muy distinta manera; pero todavía tengo esperanza de que reflexionarás y que la Santísima Virgen te ilumine: deja hablar á tu conciencia y no oigas la voz de la vanidad, á la que vas entregando tu alma, sin acordarte que Dios te tomará más tarde cuenta de tus acciones.

En el estado de espíritu en que se encontraba Canalejas, las últimas palabras de su madre resonaron en sus oídos como una amenaza fatídica, una amenaza que por boca de la señora parecióle venir de lo alto. Sin responder, casi inclinando la frente, movido de temerosa contrición, vió pasar delante de él á la anciana, encorvada al peso de su dolor, en vez de mantenerse erguida con la natural arrogancia de su porte.

En ese momento, Ignacio Sagraves atravesaba el patio. Canalejas lo vió dirigirse hacia el vestíbulo con su aire de perro tímido, la cabeza hacia el suelo, la vista investigadora por lo bajo, cual si por todas partes se sintiese acechado por su mala suerte.

V

Al encontrarse sola, mientras Benjamina y Nicolasito escoltaban á doña Regis hasta el escritorio de Canalejas, Mercedes se arrodilló sobre su reclinatorio bajo la estatua de la Virgen de Lourdes, que dominaba tranquila, en su actitud inspirada de sempiterna plegaria. Parecíale á la chica que en ese instante solemne en que iba á decidirse de su suerte, la Virgen tendría compasión de su desamparo y haría triunfar á su abuelita contra toda la familia, coligada en su ambición de grandezas.

Así oró algunos instantes, que le parecieron eternos á fuerza de repetir, envuelta en las oraciones aprendidas en la infancia, su angustiada imploración. Mientras tanto, la abuelita no volvía, y á cada minuto que pasaba, la chica sentía la desazón de la atmósfera moral que se enfría, el malestar que invade silencioso el alma con la evaporación de la esperanza, cuando se espera.

Al fin, oyó abrirse y cerrarse la puerta del cuarto de la abuelita, que precedía al suyo; sintió un ruido de marcha de mujer que se acercaba, y se alzó llena de sobresalto del reclinatorio.

Pero en vez de la abuelita, Mercedes vió entrar risueña y ligera á Rosaura Fuenteviva.

— He subido aquí, en vez de hacerte llamar, porque me dijeron que doña Regis está con tu papá en el escritorio, y que todos los demás han salido. ¡Qué felicidad, preciosa, de encontrarte sola!

No había dejado tiempo á Mercedes de decir una palabra de saludo. Le había hablado así mientras la besaba sobre las mejillas con ruidosa vehemencia; le arreglaba después el cabello sobre las sienes, y le estrechaba en seguida la cintura, repitiendo:

— ¡Ay, qué bueno encontrarte sola!

Mercedes le sonreía con dulzura. El semblante alegre, la voz juvenil, los ademanes cariñosos de su amiga, le traían como una brisa de contento, un perfume de consuelo calmante de la inquietud que la consumía.

— Siéntate y hablemos, dijo Rosaura; tengo mucho que contarte.

— Vaya, ya estoy sentada; pero déjame al menos decirte el gusto que tengo de verte, exclamó Mercedes.

Nueva caricia en retorno de esa bienvenida.

— Eres deliciosa; no me extraña que todos se vuelvan locos por ti. ¿Qué hay de tus amores? Ahí encontré el otro día á Patricio, que parece un alma en pena. ¿Siempre te condenan á no verlo? ¿No te escribe?

Mercedes bajó los ojos, que se humedecieron. No halló qué contestar á ese torrente de preguntas. Pero no le parecían indiscretas. Un acento de sincero interés vibraba en la voz que las hacía. Mercedes, por su parte, había tenido siempre un cariño preferente por Rosaura. Á pesar de no participar de ninguna de las ideas *fin de siglo*, que la chica exponía y practicaba con desenfado casi petulante, fascinábala en ella su naturaleza franca y resuelta, ese vigor de espíritu que los tímidos envidian en los que lo poseen y que os rodea á sus ojos de un prestigio poderoso.

Rosaura se arrepintió de su curiosidad, al ver el aire contristado que sus interrogaciones producían.

— Perdóname, linda; si te pregunto todo eso, es porque te quiero de veras.

Mercedes hizo un ademán tranquilizador.

— Ya lo sé que me quieres. Y yo también te quiero de veras.

— Pero yo no he venido á afligirte. He venido por mí, porque tengo que pedirte un favor.

— ¿Ah? ¿qué cosa?

— Sí, un gran favor. ¿Me lo vas á hacer? Dime.

— Lo que quieras.

— Bueno, pues. Se trata de algo muy serio para mí.

— Me estás dando susto con ese preámbulo.

— Te voy á decir. Mañana recibe tu mamá; y como mi mamá ha de venir conmigo y mis hermanas, quiero que tú digas, si te preguntan, que yo pasé el día contigo ayer; que estuve contigo desde las dos hasta las cinco.

Mientras exponía su deseo, Rosaura iba estudiando sobre el semblante de su amiga las impresiones que en él se retrataban. Su aplomo característico pareció faltarle, al ver que las mejillas de Mercedes pasaban de la palidez al encarnado, á medida que ella formulaba su exigencia. Mercedes vaciló un momento antes de hablar.

— Pero hijita querida, dijo con afectuosa voz y amistoso ademán, tomando una mano á Rosaura, tú me pides que diga una mentira atroz.

— ¡Ah! ya estás con tus escrúpulos de beata. ¿En qué te perjudica hacer lo que te pido?

— En nada; pero... ¿si después se sabe que no es cierto?

— No puede saberse. ¿Quién quieres que pueda probar lo contrario? ¿Quién?

— Le pueden preguntar á mademoiselle ó á los niños, y dirán que no.

— No lo dirán, porque ayer mismo los encontré en el parque Monceau, y les dije que venía de aquí.

— Pero ¿y mi abuelita?

— Tu abuelita no viene nunca á las recepciones de tu mamá. ¿Quién quieres que venga á preguntarle?

Mercedes calló, contrariada. Faltar á la verdad, en su naturaleza sincera y pura, era un gran sacrificio. La otra chica no comprendía esa vacilación. Con voz de caricia le murmuró al oído:

— ¡Vaya! ¿Qué te cuesta?

— Una mentira es un pecado, objetó ingenuamente la joven Canalejas.

Rosaura se echó á reir.

— Te confiesas después y el padre te absolverá, replicó, poniéndose á bailar con una alegría de chiquilla que salta en la cuerda.

Mercedes continuaba seria, sin embargo. Entonces, interrumpiendo su danza, Rosaura vino á ponerse de rodillas delante de ella y, tomándola de los hombros, hizo que su amiga inclinase sobre ella su frente hasta que sus labios se tocaron.

— Hazme ese favor, querida; vas á ver que se trata de algo muy serio para mí.

Esta vez la voz de la muchacha había tomado una acentuación grave, casi el temblor de una emoción que estrecha la garganta. Mercedes la miró con extrañeza; pero como nada contestara, Rosaura prosiguió:

— Voy á ser franca contigo, y verás que no puedes rehusarme.

Vaciló un instante como avergonzada. Pronto, sin embargo, triunfó de su vacilación el impetuoso carácter.

— Ayer cometí una locura imperdonable. ¡No vayas á sermonearme! Todo lo que puedas decirme me lo he dicho yo misma. Figúrate que muchas veces, Demetrio me había pedido que fuese á ver su aparta-

miento; pero yo, á pesar de la curiosidad, siempre me había negado.

La confidente respiraba con dificultad. Aquel principio de confesión la dejaba pasmada. Rosaura, sin parar mientes en la palidez que había cubierto el rostro de su amiga, prosiguió exaltándose poco á poco:

— Pero, ayer por la mañana, papá y mamá, cuando estábamos almorzando, se pusieron á hablar de viaje á nuestro país como de una cosa resuelta ya entre ellos. Esto me sacó de tino, tú comprendes. ¡Irme allá! Dejar á París, donde llegué cuando tenía cinco años apenas! ¡Ah! eso no, por ejemplo. ¡Qué me importa á mí lo que ellos llaman nuestra patria!

¿Se figuran que yo voy á consentir en que me lleven á un país atrasado, donde no hay diversiones, donde las mujeres se llevan en la iglesia, donde todos critican á la que sale, á la que se viste elegante, á la que *flirtea* con los amigos? ¿Para qué me trajeron de allí entonces? ¡Irme! ¡Por nada, por nada!

En su empeño por manifestar lo descomunal que le parecía la resolución de sus padres, olvidaba la confidencia con que pretendía convencer á su amiga. Mercedes callaba, sin moverse, con el aire de un niño á quien domina el miedo. El principio de la revelación que se le hacía, le embargaba, de susto, el pensamiento.

Pero Rosaura volvió pronto á la idea primitiva. Aquellas exclamaciones sobre la idea del regreso á Hispano-América, bien que hechas con toda sinceridad, eran, á su juicio, otros tantos argumentos justificativos de lo que iba á referir.

— Bueno pues, como te decía, reasumió, volviendo al tono natural, papá y mamá hablaron de volver con toda la familia á nuestro país. Herminia y yo nos miramos como diciéndonos: « sí, cuando menos ». Mis hermanos se pusieron á entonar por lo bajo la nueva canción del Alcázar. Papá y mamá vieron bien

el efecto que producía su conversación sobre el viaje á la tierra, y lanzaron algunas indirectas para mostrarnos que debemos resignarnos al sacrificio. Después de almuerzo, mamá habló de ir al Bon Marché con Herminia y conmigo. Yo le hice señas á Herminia para que aceptase el convite. Por mi parte, dije que tú me habías mandado decir que fuese á verte y que iría á tu casa con la criada de manos. Esto fué como á la una. Apenas salimos del comedor hice llamar á Demetrio por el teléfono y le dije que me esperase á las tres en el salón del hotel Terminus. Cuando mamá salió con Herminia á las dos, yo me vine aquí con la criada, á la que despedí en la puerta cuando llegamos. Toqué la campanilla, y al entrar hablé con el portero unos minutos, el tiempo suficiente para que la criada se hubiese alejado. Luego fingí que había olvidado decirle algo y salí, cerrando la puerta. En el primer coche que pasaba me hice conducir al Terminus. Ahí encontré á Demetrio esperándome. Ya te figurarás la curiosidad en que lo había puesto mi cita. Pero apenas le conté lo que pasaba, exclamó que no podíamos quedarnos donde estábamos ; que era terriblemente expuesto que nos viese alguna persona conocida ; que era una locura exponerme así y que debíamos ir á su casa. Yo, por supuesto, empecé por negarme ; pero fué tanto lo que me rogó, tantas las razones que me dió para persuadirme y tanto también lo que estaba yo de trastornada con la idea del viaje á América, que acabé, hijita, por ceder.

— ¡Rosaura, por Dios! ¡cómo fuiste á hacer eso! exclamó Mercedes pasmada de lo que oía.

— Yo te hubiese visto en mi lugar.

— ¡Ah! yo no habría ido por nada. ¡Por Dios! ¡qué locura!

Rosaura, con cierta altanería, arguyó el hecho, que ya no podía remediarse.

— En fin, yo fuí; ¿qué quieres? ya no hay remedio.

— ¡Qué locura! insistió Mercedes.

La temeraria acción de su amiga la contristaba sinceramente.

— Dí qué niñería, si quieres, hijita. ¡Y no creas que me arrepiento! Demetrio estuvo respetuoso y obediente como un niñito, desde que vió que yo no entendía de bromas. ¡Ah! no digo que al principio se mostrase irreprochable. No quería contentarse con un beso, con dos besos, y se enojaba porque yo no lo permitía seguir; pero yo lo puse en su lugar jurándole que me iría inmediatamente y que no volvería á verme en toda su vida.

Con ademanes de autoridad la muchacha acentuaba sus afirmaciones, orgullosa de mostrar á su tímida amiga el imperio que tenía sobre su galán.

— Te aseguro que el pobrecito me daba lástima; estaba lo más mono con su enojo y sus súplicas porque le diera otro beso...

Y esta frase le sirvió de transición para volver al tono alegre de su voz y á la extraña movilidad de sus impresiones.

— ¡Ah, Dios! y lo que nos reímos después! prorrumpió con los ojos centelleantes de alegría. El apartamiento se compone de una antesalita, un saloncito y su cuarto de dormir. Por más que él quiso, yo no me moví del saloncito, y ¿sabes lo que hice? Figúrate que diviso sobre la chimenea dos grabados de esos que representan mujeres más que descotadas, como se ven ahora en las tiendas de cuadros. ¡Ah! los mozos se ríen de la decencia, los muy pícaros, y con nosotras se hacen los santos. De repente me lancé sobre la chiminea, y antes que Demetrio volviese de su sorpresa, los hice pedazos los grabados y se los arrojé á la cabeza. En vez de enojarse él, se echó á reir á carcajadas. Esto me alentó á seguir con las fotografías de artistas y de *cocottes* que tenía sobre su escritorio: la Granier, la Emilienne d'Alençon y

otras. Él me las quería quitar y me perseguía por entre los muebles por donde yo, defendiéndome, me escabullía. En una de éstas botamos una mesita con dos floreros que cayeron haciendo gran ruido, y esto nos hizo entrar en juicio. ¡Pero lo que nos reímos con todo eso! Te aseguro que me divertí muchísimo.

Después de esa catástrofe nos pusimos á hablar seriamente, separados por la mesita, que él levantó con aire de reproche, riéndose. Por supuesto que principiamos por condenar la crueldad de los padres, como en Romeo y Julieta, en la Ópera-Cómica, ¿te acuerdas?

Y para refrescar los recuerdos musicales de su amiga, la chica entonó la frase del tenor, en la última escena, con el aire trágico de la circunstancia. Mercedes se sonrió con tristeza. « ¿Por qué no tenía ella esa alegría de ánimo, ese desprecio de las convenciones sociales que esclavizan, ese valor de luchar y de defenderse contra la voluntad de los padres? »

Rosaura reanudó su relación.

— Yo declaré que esa idea de llevarme á América llegaba á parecerme cómica, y terminé con esta pregunta:

— ¿Pero cómo evitarlo?

— Asies; ¿cómo evitarlo? repitió perplejo Demetrio.

— ¿No se le ocurre á usted nada? le pregunté resueltamente.

— Á menos que usted quiera arrancarse conmigo, dijo él con cierta timidez.

— ¡Eso es, eso es! exclamé yo aplaudiendo; una fuga, como en las novelas.

— ¿Cierto? ¿Usted consentirá?

— ¡Qué pregunta! Ya lo creo que consiento. ¿Y qué otra cosa podemos hacer?

— ¡Cómo! Rosaura, ¿te atreverás á hacer eso? se admiró Mercedes, cada vez más maravillada con la osadía de la muchacha.

— Como que estamos aquí hablando, hijita.

— ¿Entonces estás muy enamorada de Vasilipowich?

— Me gusta. No te diré que es una pasión. Si no me amenazaran con el viaje á la patria, sería diferente; esperaría un poco hasta ver si encontraba uno que me gustase más.

— ¡Rosaura, por Dios! ¿Y serías capaz de huirte de tu casa y dar ese terrible golpe á tus padres por un hombre del que no estás enamorada?

— Ése ú otro; la cosa es no irse á América, hijita, y no quedarse soltera.

En vez de replicar, Mercedes ahogó un suspiro. Hasta entonces se había figurado que las osadas teorías de su amiga, el desdén que afectaba por todo lo que, según la expresión consagrada, era *viejo juego*, no pasaban de ser esas bravatas de aparato con que las muchachas aspiran á imitar á los jóvenes. Pero lo que le oía la sacaba de su ilusión. Su amiga era capaz de llevar á la práctica todas esas teorías de *feminismo*, que la enseñanza de la abuelita la había acostumbrado á mirar como instrumentos de perdición. Un escrúpulo de conciencia le hizo atreverse á insinuar el peligro á que veía expuesta á su amiga.

— ¿Y si *él* te ha dicho eso únicamente para sacarte de tu casa y no quiere casarse contigo cuando te vea perdida ante la sociedad?

Rosaura tuvo una sonrisita de persona que puede contestar victoriosamente:

— Estoy segura que no hará eso, porque es pobre y sabe que yo tengo quinientos mil francos de herencia de un tío, y que tendré derecho de recibirlos dentro de seis meses, cuando llegue á mi mayor edad. Sin contar, añadió, con lo que me toque más tarde por mis padres. ¡Las cosas tuyas! querida. Demetrio es como todos esos mocitos que andan en sociedad á caza de una heredera, y que generalmente deben hasta lo que llevan puesto. ¡Ya lo creo! No pedirá otra

cosa sino casarse con mademoiselle *Fuentevivá*.

Pronunció su nombre de familia á la francesa, imitando el acento extranjero de su galán, muy divertida con lo que llamaba la inocencia de Mercedes. Luego prosiguió :

— En dos tiempos y cuatro movimientos, con la precisión militar, arreglamos nuestro plan. Es simple como « buen día ». Cuando se fije la fecha del viaje á nuestra tierra, yo doy el aviso á Demetrio y él irá á esperarme en el Continental. De ahí, en una buena *remise*, de las de á tres francos la hora, mi querida, no menos *chic* que eso, él me conducirá á casa de su hermana, madame Varsivoloff, esa señora que da bailes ¿sabes ? Cuando estén mis queridos padres en medio de todos los afanes de las maletas, un *pequeño azul* llegará á avisarles que Rosaurita ha desertado el hogar paterno en compañía de su pretendiente y que deben apresurarse á traerle un cariñoso consentimiento á su enlace con el idem ídem. *¡ Voilà !*

Había hablado, como lo acostumbraba, en francés, con la alegría de un colegial que hace proyectos para las próximas vacaciones. No tenía conciencia de la seriedad de su resolución. Antes bien, parecía mirarla como una lección saludable á los padres de familia de trasplantados, que se imaginan, por un simple acto de autoridad, poder arrancar á esa familia de la tierra donde ha echado nuevas y profundas raíces.

— Figúrate el descalabro. Papá y mamá se quedarán anonadados. ¡ Qué escándalo ! Y el viaje ya anunciado, las despedidas hechas. Herminia, furiosa conmigo porque no la habré prevenido, y mis hermanos que irán á retorcerse de risa al *bar*, donde celebrarán el acontecimiento con media docena de bebidas americanas. Antes de dos horas, monsieur y madame Fuenteviva llegarán airados á casa de madame Varsivoloff. Entrada al salón, donde yo los esperaré con

esa señora como escudo protector. ¡Cuadro! Reproches más ó menos acalorados, frases agrias cambiadas con la dueña de casa, y vuelta al hogar con la desertora, que habrá exigido el consentimiento paterno con las garantías necesarias.

La chica hacía desarrollarse los acontecimientos como hechos infalibles. Sus padres tendrían que someterse, arrastrados por la necesidad de evitar algún nuevo escándalo. Desde ese momento cesaba el imperio de su autoridad. Ellos se volverían á su país si querían. En cuanto á ella, ya estaba convenido con Demetrio que irían en su viaje de novios á Servia, donde harían una visita á los padres y á la familia de su marido.

— ¿Ah? suena bien, ¿no es así? ¡mi marido! Madame Vasilipowich.

— ¿Y tus pobres padres, Rosaura? ¿Por qué Demetrio no te pide ahora á ellos, y así les evitarás el pesar del escándalo?

— Pero ¿de dónde sales, linda? No ves que mis padres responderían con una negativa redonda. Primeramente, no querrán separarse de mí, y en seguida nunca consentirán en que me case con un mozo que sólo tiene *cero* francos y *cero* céntimos. Y mientras tanto, después de la negativa me impedirán que lo vea y adelantarán la fecha del viaje á la patria. ¡Ah! no, ¡por nada!

No encontró qué replicar Mercedes. La resolución de Rosaura le parecía irrevocable. Y luego, allá en el fondo de su corazón, no podía dejar de levantarse una voz, aunque fuera tímida, favorable á la muchacha contrariada en su amor, como ella. Pero en ella la ternura filial, á pesar de la oposición de sus padres, tenía la tenacidad de la hiedra. La desenvoltura con que su amiga hablaba de separarse de los suyos, le parecía incomprensible.

— ¿Entonces tu familia se irá y no volverás á verla?

— La mujer debe seguir á su esposo; esa es la ley de la Iglesia, beatita linda; hay que respetar esa ley.

— De todos modos, á mí me daría mucha pena.

— Pena á la que te sobrepondrías si te dejasen casar con Patricio.

Ante la idea de tan gran felicidad, el rostro de Mercedes se iluminó de súbito.

— Yo no me separaría de mi abuelita, en todo caso.

La otra chica observó :

— Además, estoy segura que papá y mamá volverán. Todo el que viene volverá, si puede. Es lo que tu hermano Juan Gregorio llama « el mal del París ». Dice que es un mal universal : el que ha vivido aquí suspira por volver; el que no ha vivido, por venir. Tú comprendes que habiendo un medio de quedarme aquí, yo no he de consentir en irme.

Antes que Mercedes hubiese podido contestarle, la chica le echó los brazos al cuello.

— Entonces, preciosa, cuento contigo : dirás que pasé aquí ayer hasta las cinco.

— ¿Quién ha de venir á preguntarme? dijo Mercedes, sin resolverse á un compromiso formal.

Rosaura le arguyó contrariada :

— ¡Vaya! ¡qué porfiada! ¿Quién? Cualquiera de nuestras amigas. Las Altamura, por ejemplo, que me encontraron sola cuando acababa de salir de donde Demetrio y estaba mirando si pasaba un *fiacre* cerrado. Figúrate que de repente diviso el landó de los Altamura, con el cochero y el lacayo en las nubes y los caballos saltando, como en el circo, haciendo la *alta escuela*. Apenas tuve tiempo de entrar á la primera puerta de calle y trepar por las escaleras, seguida de la *concierge* preguntándome á quién buscaba. Cuando volví á la calle, el coche de las Altamura había desaparecido. Pero ¿puedo saber yo si me han visto? Tú comprendes que yo debo preparar mi *alibi*, la coartada, como dicen que se traduce en español. Si

tú niegas lo que yo he dicho ya, que pasé el día contigo, estoy perdida. Y será por culpa tuya. ¿Qué te cuesta, linda?

Siguió así sus exhortaciones, mezcladas de cariños y de tiernos reproches, hasta que Mercedes, vencida y compadecida, hubo de consentir.

— Bueno, pues, si no hay remedio, diré lo que quieras.

Rosaura celebró su triunfo con grandes demostraciones de alegría. Todas las voces de afecto que el francés y el español le ofrecieron, las prodigó á su amiga en confusión singular, pronunciando, por supuesto, las del castellano con el marcado y atroz acento con que los hispano-americanos educados en Francia hablan algunos, y afectan, por extraña vanidad otros, hablar la lengua de sus padres. Al fin, alejándose de Mercedes y sacando triunfalmente del bolsillo una carta:

— Vas á ver si soy buena amiga tuya. ¡Mira! ¿De quién será? Era la recompensa que te guardaba, ¡ingrata!

Cambiando de color, agitada repentinamente, la muchacha Canalejas tomó la carta, que Rosaura le pasaba, con los ademanes de una madre que da algún dulce, como premio, á su chicuelo.

— Ya has adivinado, ¿no es así? Me la dió Patricio hace un momento. Al volver de casa de Demetrio, ayer, le envié de paso un *pequeño azul*. Cuatro palabras: « Si quiere escribir á Mercedes, encuéntrese con la carta, alrededor de la casa, mañana á las cinco. »

— ¿Y vino? ¡El pobre! suspiró Mercedes, esforzándose en reprimir las lágrimas que asomaban á sus párpados.

Su enternecimiento no le impedía, sin embargo, ocultar la carta en un cajón del tocador, después de leer, con emoción visible, el sobrescrito.

— No la guardes, á ver que te dice, no la guardes, querida.

Rosaura encontraba muy natural que su amiga, puesto que era su confidente, le leyese la carta. Al mismo tiempo, uniendo la acción á la palabra, avanzaba la mano hacia el cajón.

— ¡No! ¡no! ¡por nada! exclamó Mercedes, desviando la mano de la otra. ¿Cómo te figuras que voy á leerte lo que él me escribe?

— ¡Qué tiene eso! Yo te he leído muchas cartas de Demetrio y de otros.

— Es muy diferente.

En esas pocas palabras compendiaba Mercedes todos los argumentos de su negativa. Era muy diferente, porque la otra no amaba, porque no hacía del amor el culto al que en el santuario de su alma inmaculada, ella había levantado un altar misterioso, desde que las contrariedades de los últimos tiempos soplaran el fuego de la pasión sobre el cariño que desde chiquilla alimentaba en su pecho.

Rosaura no podía sentir satisfecha su curiosidad con esa vaga respuesta.

— Pero, vamos á ver, ¿en qué están ustedes pensando? Patricio te ha pedido; ¿qué le han contestado?

Mercedes le refirió lo que pasaba. « No había visto á Patricio por más de dos meses. Solamente una vez al volver de la iglesia con su abuelita, había podido echar al buzón de una oficina de correos una carta que siempre llevaba consigo para él. Era cierto también, como se corría, según Rosaura, que el príncipe había anunciado que iba pedirla. Benjamina y Nicolasito, que todo lo averiguaban, le habían dicho que la señora de Montignan vendría, en nombre del príncipe Stephan, al día siguiente. »

— Y ahora, terminó Mercedes, mi abuelita está empeñándose con papá para que prefiera á Patricio.

Rosaura se puso á reir.

— No me canso de mirarte: si sigues así, con esa humildad, te canonizarán apenas te mueras.

Mercedes se encogió de hombros, con desconsuelo.

— ¿Qué quieres que haga?

La otra muchacha volvió á su paso de *boston* con un compañero imaginario. Y luego se detuvo risueña.

— ¿Quieres saber lo que yo haría en tu lugar?

— ¿Qué?

— Yo no me afligiría de ser princesa si ese príncipe tuviese con qué darme el rango de tal: mucho lujo, coches, trajes y joyas.

Mercedes la miró abriendo, de admiración, tamaños ojos.

— ¿Entonces no quieres á Demetrio?

— Sí lo quiero, como se debe querer, conservando la voluntad y el criterio; no como tú, que te figuras que sin Patricio el mundo se acabaría.

Viendo que su amiga no la contradecía, repuso:

— Entonces, si sólo Patricio existe para ti, déjate de hacer la víctima, y dile á tu padre: «Ó Patricio, ó nadie.»

— ¡Jamás me atreveré! exclamó Mercedes con espanto.

— Yo había de estar en tu lugar, y le haría sentir al viejo que no soy un cordero.

— ¿No le obedecerías?

— Por supuesto que no. Un padre no tiene derecho de imponer á su hija un marido que á ella no le conviene ó no le gusta. Una hija es una persona y no una cosa para que dispongan de ella como de un mueble. No seas tonta. Ponte firme: ó Patricio, ó nadie.

La conversación con Rosaura le había distraído vagamente el pensamiento de la preocupación principal, una especie de calmante, como esos que por algunos momentos adormecen un dolor físico, sin quitarlo. Las alternativas de esperanza y de desconsuelo

habían seguido, no obstante, martillándole el corazón, mientras su amiguita le hablaba. Y esa doble tensión de espíritu, prolongada por tan largo espacio de tiempo, le desvanecía, al fin, la cabeza, como si se meciese, sin tener la costumbre, en un columpio.

Rosaura la sacó de esa enervación.

— Si tu abuelita va á venir, me voy.

— Sí; ándate, querida, y vuelve mañana; te contaré lo que haya pasado con papá.

— Eso es, eso es, me voy. Hasta mañana. No olvides tu promesa.

Besó afectuosamente á Mercedes hasta murmurarle al oído, con voz de caricia:

— ¿Y no me das una respuesta para Patricio?

— ¡Cómo! ¿ahora? No he leído todavía su carta.

Al dar esta disculpa, la chica se ruborizó. Le costaba hablar de la correspondencia clandestina. A medida que las contrariedades iban trocando su amor tranquilo de chiquilla en pasión dominadora, su corazón se replegaba sobre sí mismo. Su amor le parecía un tesoro que nadie debía tocar. Su alma, recogida en un pudor desconfiado, se resistía á las confidencias, á toda participación de tercera persona en la lucha que las circunstancias le imponían.

— ¿No tienes confianza en mí? ¡Yo que te quiero tanto! Le había prometido á Patricio llevarle una carta tuya.

— Mañana, hijita. Ahora es imposible. Mi abuelita va á entrar de un momento á otro.

Había tal acento de mortificación en su voz, que Rosaura se apresuró á calmarla.

— Sí tu abuelita va á venir; me voy, preciosa, me voy.

— Sí, vete, querida, y vuelve mañana ¡Cuánto te agradezco que comprendas mi turbación!

— Eso es, me marcho; hasta mañana; no olvides tu

promesa: ayer pasé la tarde contigo. ¿Convenido, no es así?

Mercedes atravesó con ella el cuarto de doña Regis y se quedó en el descanso de la escalera, mirándola bajar. Llegada al primer piso, Rosaura le envió con sus ojitos penetrantes y su sonrisa de muchacha audaz, un último beso de despedida.

Al lado de afuera de la gran puerta del hotel, Rosaura encontró el *fiacre* y la sirviente que la había acompañado. Ésta mantuvo abierta la portezuela para que la joven entrase al carruaje; pero antes de hacerlo, Rosaura vió venir hacia ella á Patricio Fuentealba. La chica no lo dejó llegar, sino que se adelantó á su encuentro.

— ¡Cómo! ¿usted no se ha ido? díjole con aire de burla; es usted la perla de los enamorados.

— Me pareció que era más práctico esperar aquí.

— ¡Ay, amigo mío, vengo con las manos vacías!

— ¿No ha querido contestar? preguntó el mozo palideciendo.

— Diga usted que no ha podido. ¡Oh! ¡los hombres! siempre temerarios é injustos con las pobres mujeres.

Se reía al decir esto, y agregaba:

— Usted merecería que, como castigo, me abstuviese de hablarle de un proyecto que tenía en reserva para el caso de no poder traerle la suspirada respuesta.

— ¡Oh! ¡perdóneme usted! ¡He esperado ya tanto tiempo!

— No podemos quedarnos aquí conversando toda la tarde; mi sirviente diría que somos dos enamorados.

— Enamorados lo somos; pero cada uno por su lado, dijo Patricio.

— No importa: ¿quiere usted saber mi proyecto? Helo aquí. En vez de traerle una carta de Mercedes, le ofrezco á usted que hable mañana mismo con ella

— ¡Es posible! ¿Cómo? exclamó, abriendo tamaños ojos el joven.

— Por lo menos muy probable. Venga usted á casa, mañana, á eso de las cuatro de la tarde.

Dijo las últimas palabras alejándose en dirección del carruaje y saludando risueña con la mano.

El joven se descubrió para corresponder al saludo, y vió alejarse el *fiacre*, desde cuya portezuela, Rosaura, lo saludaba otra vez.

VI

Con amante impaciencia corrió Mercedes al tocador donde había sustraído la carta de Patricio á la curiosidad de Rosaura. Un enternecimiento compasivo le oprimió el espíritu al leer el sobrescrito. « El hombre que había trazado esas letras sufría por ella, le perdonaba su falta de resolución, encontraba fuerzas en su amor para no desmayar con la separación á que se veía condenado. » En su imaginación entristecida cruzaba esa reflexión como un consuelo mientras rompía el cierro. Las dos primeras palabras brillaron luminosas: « Mi adorada », cuando un ligero ruido de puerta que se abría y se cerraba advirtió á la chica que alguien había entrado á la pieza vecina.

Era doña Regis. La penosa discusión de que salía le demudaba el rostro. Mercedes leyó su sentencia en las descompuestas facciones de la señora. Fué como la perspicacia del reo que ve llegar al Jurado con la sentencia condenatoria. Hubo entre la joven y la anciana un momento de vacilación silenciosa.

— ¡ Ay ! abuelita, qué miedo me da verla, exclamó Mercedes, echándose en brazos de la señora.

Durante algunos momentos, doña Regis acarició en silencio á la niña. Le sentía los latidos del corazón como el violento estrellarse de un avecilla prisionera

contra los hierros de la jaula. Poco á poco fué después contándole su conversación con don Graciano. Mercedes la escuchaba con angustia. « Toda la familia contra ella », fué la conclusión que la dejó aterrada. « Su padre, dominado por sus hermanas, la sacrificaba. » ¿Dónde encontrar un defensor? buscaba su imaginación. « ¿Sería su madre acaso? ese ser indolente, sumiso á la voluntad del marido y de las hijas casadas, absorto en sus eternas combinaciones de nuevos trajes, de nuevos adornos, de nuevos sombreros? ¿Sería Juan Gregorio con su burlesca filosofía, con su tremendo egoísmo de ocioso de profesión? » La pobre chica buscaba en vano en el desierto moral de aquel hogar consagrado á las vanidades del *chic*. Al oir á la anciana referirle la ineficacia de los argumentos empleados, atenuar, para inclinarla hacia la obediencia, la tenacidad con que don Graciano persistió en su propósito, se le figuraba encontrarse sobre una altura que se desmoronaba arrastrándola á un abismo.

— ¿Por qué no le dijo que por no casarme con ese príncipe renunciaré, si quieren, á Patricio? Él me perdonará, yo sé que me perdonará; pero no me perdonaría que me casase con otro. Prefiero irme á un convento, agregó con exaltación.

Hablaba á entrecortados sollozos, sacudido el fino y elegante cuerpo, desfigurada la voz con un eco de amargura en su esfuerzo nervioso para articular las palabras. Rodeándola con sus brazos, la anciana, sentada junto á ella, empezó á mecerla con voces de cariño, con los dulces diminutivos de afecto con que se arrullan las penas infantiles.

— Tú no abandonarías á tu pobre abuelita. ¿Qué haría yo sin ti? acabó por decir la señora, enternecida también.

— Sí, abuelita, mejor es que me vaya á un convento, mejor es que me vaya y que nadie vuelva más á verme.

— ¡No digas eso! no puedes ir á ofrecer á Dios tu corazón, esclavo de un amor mundano.

La solemnidad del acento hizo resonar las palabras en los oídos de la joven como si bajasen del púlpito. « Dios le cerraría las puertas de ese asilo de paz. » La chica gimió aterrada:

— Pero, abuelita, ¿qué puedo hacer? ¡Todo me abandona; nadie tiene compasión de mí!

El eco lastimero de su voz era como el lamento lejano de alguien que pide auxilio.

— Pero yo no te abandono ni te abandonaré nunca.

Las teorías de Rosaura Fuenteviva acudieron entonces á la memoria de la chica. Algo como el fermento de la voluntad que se despierta, se agitó en el pecho de la afligida. La voz segura de la amiga le repetía, como si aún se encontrase á su lado, que los padres no tienen derecho de casar á las hijas contra su voluntad: « Una hija es una persona y no una cosa para que dispongan de ella como de un mueble: ó Patricio, ó nadie. » Esa fórmula de rebelión le pareció salvadora.

— Papá no tiene derecho de obligarme. No me casaré con Patricio; pero tampoco me casaré con nadie.

La abuelita se alarmó del acento de resolución. Las lágrimas se habían secado en los párpados de Mercedes como si un viento de fuego hubiese soplado sobre ellas. En sus ojos vió brillar una energía repentina.

— Hijita, una niña cristiana no dice eso. La obediencia á los padres es un precepto de la Iglesia. « Honrar padre y madre », es decir, acatar sus decisiones, respetar sus mandatos.

— Pero abuelita, ¿entonces usted está también contra mí? balbució la joven mirándola con ojos de fiebre.

— Estar en tu contra cuando sólo vivo por ti!

« Pero si era buena cristiana, continuó la señora, no debía olvidar los preceptos de humildad que ella le había enseñado; debía ser sumisa y obediente á sus padres. Aun la ley humana, tan imperfecta y tan imprevisora comparada con la ley divina, mantiene la autoridad paternal hasta que los hijos llegan á su mayor edad. » Por algún tiempo siguió desarrollando sus consejos, pintando el cumplimiento de los deberes como la primera condición de la existencia. Era una lenta salmodia de consejos cariñosos, de apaciguamiento solícito, de exhortaciones á la conformidad: una fricción suave sobre el alma adolorida para adormecerla. Los argumentos tenían el sabor místico de la diaria lectura del *Año cristiano*, que había ido extendiendo sobre la inocente imaginación de la chica una especie de barniz moral, preservativo contra el áspero roce de las ideas dominantes en el resto de la familia. Mercedes la escuchaba apenas. Su voluntad se rendía, desfalleciente. Abandonada por la abuelita en su pasajera veleidad de resistencia, sentía romperse el último lazo que la unía á la esperanza. La corriente impetuosa de lo inevitable la empujaba como flotante despojo de naufragio, aturdida en una inercia de marasmo.

Ninguna de las dos bajó esa tarde al comedor, para no encontrarse expuestas á las traviesas indiscreciones de los niños. Cuando, después de rezar el rosario, Mercedes se halló sola en su cuarto, batiéndole amedrentado el corazón, se puso á leer:

« La única carta que he tenido la dicha de recibir de ti, me asegura que me amas como siempre. Pero ni una sola palabra de esperanza hay en ella; nada que pueda calmar mi horrible incertidumbre. Mientras tanto, de todas partes recibo noticias de lo que está pasando. El príncipe pretende tu mano. Parece que su pretensión será aceptada por tus padres. ¿Y tú? ¿Y yo? ¿Qué papel nos cabe en esta dolorosa situación?

¿Debo contar contigo? ¡Mi alma está suspensa de tu respuesta! Si tienes energía para resistir, toda tu familia coligada no será bastante á violentar tu voluntad. Desde el abismo de amargura en que vivo, te conjuro que tengas un momento de valor. Piensa que tu asentimiento á esa monstruosa unión me haría dudar de tu fe, arrancaría de mi pecho la única adoración de mi vida, destruiría la fuerza que me sostiene en medio de la tenebrosa incertidumbre en que vivo, viendo que no me escribes, viendo que pareces dejar de existir para mí. Se me figura que estamos separados por inmensas distancias, que cada día te alejas más de mí. Mi corazón, entre tanto, te llama día y noche. »

Cuatro páginas de desolación y de súplicas, la eterna querella de los amantes infelices. En una onda de calor y de luz, el pasado, con sus fantásticos encantos, revivía. Los juramentos de fidelidad resonaban solemnes en el luminoso espacio de los recuerdos, tomaban las proporciones de lo que ha de durar eternamente. En el recogimiento de la soledad, la resignación fatalista, á la que las exhortaciones de la anciana la habían doblegado, se fué disipando de su alma. Volvían á cobrar fuerza convincente los argumentos de Rosaura, se tornaban insidiosos, llegaban á prevalecer sobre su acostumbrada timidez, en la fiebre agitada del insomnio.

Al entrar al hotel, á la mañana siguiente de vuelta de misa con doña Regis, Mercedes recibió del portero una esquelita perfumada, que se guardó de abrir hasta encontrarse sola.

« Mi preciosa querida, decía Rosaura Fuenteviva, no puedo ir hoy á tu casa, como te prometí. En vez de esperar mi visita, ven tú á verme, de tres á cuatro. Tengo algo de extrema importancia que comunicarte *con relación al asunto que más te interesa*. Aquí te

explicaré por qué no puedo salir y por qué es indispensable que tú vengas. »

Las enigmáticas líneas la sacaron del abatimiento místico con que regresaba de la iglesia. Al son del órgano, al plañidero resonar de los cánticos de la misa mayor, el ser de sumisión y de obediencia había triunfado nuevamente en ella. Era preciso resignarse y ofrecer su sacrificio á Dios, le decían las notas del *Agnusdéi* al subir á estrellarse en la bóveda del templo, esparciendo su mixtura de flores, por las nubes de incienso, la reverente imploración á la misericordia celeste.

Las promesas de Rosaura lanzaron en opuesta dirección el espíritu de Mercedes. Un secreto presentimiento le anunciaba que todo iba á cambiar para ella por obra de alguno de esos medios providenciales, á los que la fácil credulidad de la juventud atribuye una misteriosa intervención. En ese estado de alma pudo asistir con relativa serenidad al almuerzo de familia. Sabía por los chicos que la condesa de Montignan se presentaría á las tres de la tarde como embajadora del príncipe de Rœspingsbrück. Tan alarmante noticia habría bastado para hacerla enmudecer durante todo el tiempo del almuerzo; pero la nueva disposición de ánimo en que se encontraba le permitió tomar parte en las conversaciones y manifestarse ignorante de la visita esperada. Nadie, sin embargo, tenía más interés que ella en el resultado de esa visita. Para conocerlo, sin faltar á las tres á casa de Rosaura, Mercedes decidió recurrir á Juan Gregorio. No esperaba que su hermano defendiese su causa en la entrevista que iba á tener lugar. Mas podría presenciarla y acudir á informarle de ella donde los Fuenteviva. Sabía que el desaliño de su vida no había borrado del alma de Juan Gregorio la ternura fraternal, el fuerte lazo creado en la niñez, y que á pesar de su desprecio burlón por todo sentimiento

elevado, el muchacho era muy capaz de interesarse por su suerte y hasta de posponer algún pasatiempo, si fuese preciso, por contribuir á su felicidad.

— Ya sé, ya sé, le contestó Juan Gregorio, cuando Mercedes, después del almuerzo, le habló de la visita de la condesa. Nuestras queridas hermanas me pidieron que honrase la entrevista con mi asistencia para no dejar flaquear á papá. Pero tú comprenderás que yo no he venido al mundo para exponerme á la sonrisa de vinagre sobre botellas quebradas con que esa vieja bruja saluda á los que no son *de su mundo*.

— No, hermanito, hazlo por mí; ¡soy tan desgraciada!

Juan Gregorio arrojó el cigarro que fumaba, al oir la afligida exclamación de la chica.

— ¡Cómo! querida mía, ¿tú tomas tan á lo serio este asunto?

No se le alcanzaba que alguien pudiera dar tal importancia á semejante fruslería.

— Tú serás princesa; y después, ¿qué mal hay en eso?

Pero prometió que asistiría á la entrevista.

— Si hablases antes con papá, dijo Mercedes, enjugando sus lágrimas, tal vez podrías persuadirlo.

— ¿Á papá? ¿Qué quieres que consiga con papá, cuando no he podido obtener que me haga un adelanto de algunos miles de francos sobre mi herencia futura? Porque los hijos ¿no es verdad? somos los naturales herederos de los padres. Eso está en el orden admirable de la naturaleza ¡qué diablos!

Aquello de los cuantos miles de francos era para él de harta más importancia que las penas de la hermanita. Pero reiteró su promesa de presenciar la visita de la Montignan y de ir á contarla á casa de Rosaura.

— Vaya, no te aflijas, dijo riéndose para alegrar á la chica; esos lindos ojos no se han hecho para llorar; hasta soy capaz de proponer, para que te dejen en

paz, de casarme yo con la hermosa princesa Thyra, la hermana de Stephan. Así todos quedaríamos contentos. Milagros y Dolores podrían hablar de su hermano ¡el *príncipe Jean Grégoire!* ¡Muy *chic!*

Desde temprano, aquel día, Benjamina y Nicolasito decidieron que por lo menos uno de los dos debía encontrar cómo asistir á la anunciada visita de madame de Montignan. En vez de entregarse, durante la recreación, á los agitados juegos con que devastaban el jardín cuando no eran vigilados por mademoiselle, los chicuelos, paseándose tranquilamente, discurrían. Érales necesario prever dónde recibiría el papá á la emisaria del príncipe. Si la recibía estando solo, todas las probabilidades eran por que sería en la biblioteca, mientras que si la entrevista tenía lugar en presencia de otras personas de la familia, seguramente elegirían alguna de las dos salas de recibo que, á pesar de ser bastante extensas, eran designadas con los nombres de « pequeño salón verde » y « pequeño salón rojo ». Esas piezas se encontraban situadas á una y otra extremidad de la gran sala de aparato en la que tenían lugar las recepciones semanales de la dueña de casa y servía de centro principal en las noches de comida ó de sarao. El problema era de considerable importancia para ellos. Querían ser ellos los primeros en llevar á la afligida hermanita la noticia de la contestación que daría el papá. Les parecía también propicia la ocasión para jugar alguna mala pasada á la aristocrática vieja. Eso le enseñaría, según la expresión de Benjamina, á no meterse en los asuntos de la familia.

Las hermanas casadas sacaron de dudas á Benjamina y á Nicolasito. Antes de las tres llegaban juntas en la *victoria* de Dolorcitas. Habían resuelto, de común acuerdo con la condesa, que ellas asistirían á la conferencia, á fin de impedir las vacilaciones de don Graciano y exhortarlo á la generosidad cuando se

tratase de la capital cuestión de la dote. Los chicuelos dejaron que sus hermanas entrasen al vestíbulo. Ocultos tras de una puerta las vieron pasar, dejando desarrollarse sobre el mármol de las baldosas la luenga cola de sus vestidos, y lucir el donaire de su andar á los dos lacayos de calzón corto y media de seda, apostados á la entrada.

— ¡Cáspita, qué lujo! exclamó Benjamina, admirando, con ojo avesado ya á las elegancias de París, los trajes de visita de sus hermanas.

La hora á que llegaban era seguro indicio para los chicuelos de que venían á terciar en la entrevista. Benjamina, cabeza dirigente de esa pareja fraternal, trazó con lucidez perfecta el plan de sus operaciones. La presencia de las dos hermanas manifestaba que la embajadora del príncipe sería recibida en el pequeño salón verde. Viendo que ella, Benjamina, era demasiado grande para poder ocultarse debajo del sofá donde se formaría el grupo de los de la conferencia, Nicolasito iría á ocupar ese sitio importante, mientras que, á su vez, ella se ocultaría en el escritorio, tras de una cortina, por si llegase el caso, poco probable, de que ahí tuviera lugar la reunión. Al confiar á su hermanito el delicado encargo de oir y conservar en la memoria todo lo que se dijese durante la visita de madame de Montignan, no desconocía la avisada chiquilla, en su precocidad de meridional, que Nicolasito se inclinaría de preferencia á jugar alguna farsa á la vieja condesa y descuidaría casi en absoluto la parte seria de su misión.

— Nico, no vayas á hacer tonterías, le dijo aleccionándolo; quédate bien tranquilo debajo del sofá y trata de no perder palabra. Si te acuerdas bien de lo que oigas, yo le diré á Mercedes que te dé un franco

— Y que me dé otro franco la abuelita, aconsejó Nicolasito, acostumbrado ya á gastar continuamente y ávido siempre de dinero.

Reiteradas las recomendaciones y juramentado el chiquillo de que no haría nada que pudiese denunciar su presencia, Benjamina lo condujo á su escondite, y fué después ella misma á elegir el punto de la biblioteca que le parecía más adecuado á sus fines.

También para Canalejas había sido de serias meditaciones la mañana. No sabía hasta qué punto podrían ir, en materia de dote, las exigencias del noble pretendiente de Mercedes. Comprometida por las prodigalidades de los últimos años, su fortuna se encontraba ahora amenazada en su fuente, según las desconsoladoras cartas de Pedro Esteban. Por momentos, en sus meditaciones llegaba á decirse que su madre tenía tal vez razón. Patricio Fuentealba haría más feliz á la chica, puesto que ella lo amaba, y con Patricio no habría que menoscabar el capital de su hacienda y entrar probablemente en la dura experiencia de las economías, por la vanagloria de tener una princesa en la familia.

La llegada de doña Quiteria, á quien Milagros y Dolores habían ido á sacar de su tocador, encontró á don Graciano en esas vacilaciones. A la entrada de las señoras al salón verde, donde las esperaba Canalejas, no había tenido bastante dominio sobre sí mismo para que se escapase á los ojos de Milagritos la desazón de su espíritu. Pero la joven llegaba preparada para esa eventualidad y había encargado á Dolorcitas que la secundase en su acción si encontraban vacilante al caballero. Desde su entrada á la pieza empezó con decisión el ataque.

— Anoche, dijo, en el baile de la princesa, se hablaba mucho de que el príncipe Stephan pediría hoy la mano de Mercedes.

— ¿Ah? dijo don Graciano tomando un continente enigmático.

— Mucho, papá, y varias señoras de la nobleza me felicitaron, la duquesa de Vieille-Roche entre otras.

— Los Altamura van á estar furiosos de envidia, intervino Dolorcitas.

— Y cómo se burlarían de nosotros si el proyecto de casamiento no se llevase á cabo, agregó Milagritos.

— ¡Ay, por Dios, no lo digas! Quedaríamos en ridículo.

— ¿Por qué quedaríamos en ridículo? se aventuró á decir doña Quiteria. No son maridos los que nos han de faltar para la niña : ahí está Patricio, entre otros.

— ¡Ah, mamá! ¿estás loca? ¡Casar á Mercedes con un *rastá* pobre!

— *Rastá* como nosotros, pues, hijita, replicó con cierta autoridad la madre.

Canalejas las oía sin tomar parte en la conversación.

— Todo depende de papá, interpuso Milagritos sentenciosamente.

— ¿De mí? ¿Cómo?

— Ofreciendo una buena dote, el príncipe se decidirá seguramente.

— En eso está todo, apoyó Dolorcitas.

El caballero, en su estado nervioso, no pudo disimular el desagrado que le causaba la insistencia de sus hijas en exhortarlo á la largueza.

— ¡Una buena dote, una buena dote! repitió, encogiéndose de hombros, con un dejo de acritud en la voz. ¿Qué llaman ustedes buena dote? ¡Yo no puedo quedarme sin camisa para vestir á ese príncipe!

Las dos hermanas se miraron consternadas. Antes que pudieran contestar, doña Quiteria reforzó la exclamación de su marido.

— Tiene razón tu padre : nosotros no podemos quedarnos sin lo que necesitamos, por darle á ese príncipe para que viva con lujo.

Milagritos estalló la primera.

— Entonces no debieran ustedes consentir en que la condesa, una gran señora del barrio San Germán,

venga á esta casa para ser recibida con una negativa.

— ¡Gente que no sabe vivir! dirán riéndose de nosotros en todas las casas *chic*, prorrumpió Dolorcitas, tan indignada como su hermana.

Ésta se había puesto de pie y ostensiblemente tomaba su quitasol, como una persona que va á despedirse.

— Ustedes harán como les parezca, dijo con el rostro encendido, los ojos luminosos de despecho, la voz descompuesta de quien pierde todo miramiento; yo me voy; no quiero en nada de esto meterme; ustedes nos pondrán en ridículo; no podremos presentarnos en ninguna casa de buen tono: dirán que somos unos *rastá* indecentes, que se nos figura que á un príncipe se le puede ofrecer una dote miserable como á un dependiente de tienda.

Dolorcitas tomaba también su quitasol, mientras que la voz de su hermana había ido por grados aumentando de dureza. Nadie habría podido imaginarse, al oir á la joven, al ver sus actitudes de arrogante desenfado, que era una hija dirigiéndose á sus padres. Los resabios de la detestable educación de trasplantada rica, sobre la que los padres, por consagrarse á los ocios de una existencia de continuos pasatiempos, no han velado, y á la que han permitido la familiaridad menos respetuosa, considerada por ellos como monerías de buen tono, desbordaban en la muchacha, á la primera contrariedad, con la violencia del agua hirviendo que salta en vapor quemante de la caldera que la contiene.

Canalejas y su esposa creyeron en esa catástrofe anunciada con amenazante actitud, con inflexiones de vaticinio sarcástico. Reconocieron que la esperanza de entrar en el gran mundo, el orgullo de que se dijera en su tierra que los Canalejas eran conocidos en París, *que hacían papel en París*, los había desvanecido hasta el punto de dejar que tomase cuerpo el

susurro de que un príncipe, un alteza serenísima, sería el yerno de los esposos de Canalejas. Y habían olvidado, mientras tanto, que ese sueño de grandeza no podría realizarse tal vez sino á costa de su sacrificio personal, á costa de la lujosa existencia, convertida para ellos en una segunda naturaleza. La voz de Milagritos los había traído á la realidad, les mostraba que habían ido demasiado lejos en ese camino fácil y deslumbrador de la ilusión.

Incapaz de pensar por mucho rato en algo serio, la señora discutía en su imaginación si no sería posible dar otra forma á una nueva bata llegada en la mañana misma de casa de Worth y que, en sentir de las dos hijas casadas, la abultaba enormemente. Pero Canalejas, aunque impresionado por la actitud de las jóvenes, á cuya voluntad cedía casi siempre, buscaba en su imaginación, mientras Milagritos hablaba, algún medio de calmarla.

— Vaya, vaya, le dijo al fin, golpeándole afectuosamente un hombro, no te alarmes; lo que yo quise decir es que no debo, desde el primer instante, ofrecer todo lo que esté dispuesto á dar de dote.

— Un hombre *chic* no regatea, papá, cuando se trata de darse tono, replicó la joven sentenciosamente.

Entonces se oyó la campana de la puerta de calle anunciando visita.

Las dos jóvenes corrieron á la ventana. El portero, majestuoso en su gran levitón, abría la puerta del hotel y se cuadraba militarmente para dar paso á un triste *fiacre*, arrastrado por un escuálido rocín, á duras penas.

— Es la condesa, anunció Dolorcitas.

— ¡La pobre! en ese horroroso *fiacre*, dijo compadecida Milagritos.

— Eso no le quita ser una gran dama, se apresuró á completar su frase, para que su observación pri-

mera no destruyese, en la consideración de sus padres, el prestigio de la emisaria del príncipe.

El carruaje de alquiler avanzó hasta el peristilo, gracias á los zurriagazos que hacía llover el cochero sobre los lomos de su vacilante bestia. Un lacayo abrió la puerta del coche, mientras que otro aguardaba solemne á la visitante, á la entrada del vestíbulo. Del interior del coche, como un bultito que rueda hacia afuera, bajó el diminuto cuerpo de la condesa de Montignan, dando saltitos de una agilidad forzada.

— Usted esperará, dijo al cochero, que hizo un gesto de fastidio mientras que la señora entraba al vestíbulo.

El lacayo, con un ceremonioso saludo, la precedió hasta la puerta del salón.

Toda la familia se apresuró hacia la que llegaba.

La de Montignan repartió en derredor saluditos protectores con su sonrisa agridulce de vieja pretenciosa, y fué á sentarse en medio del sofá, colgada del brazo de Canalejas.

VII

Nicolasito, desde su escondite, se decía socarrón :

— ¡Ah! la vieja atroz, todo el *embarazo* que hace.

Y aplicó atento el oído para no perder nada de lo que se dijese.

La condesa tomó la palabra, sin esperar á que alguno de los dueños de casa se la dirigiese. Contó, con aire de sencilla condescendencia, algunos chascarritos de salón, algunos escándalos sociales, atenuados con frases suspensivas, con alusiones veladas de gente de *buena compañía*. Monseñor el duque tal, la marquesa cual, monseñor el cardenal de tal parte, le habían contado á ella, confidencialmente, todas esas historietas de sobremesa. La de Palomares y la de Cuadrilla se extasiaban, con risitas entendidas y admirativas. Don Graciano ponía cara de hombre que está al corriente y se reía con respeto. Doña Quiteria, sin entender nada, se sacudía en su poltrona diciendo algunas palabras disparatadas en español afrancesado : *¡Oh quel joli! madama la condesa.*

— ¡Esta vieja me aplasta! murmuraba al mismo tiempo, bajo del sofá, Nicolasito, mordiéndose los puños.

Calmada la discreta hilaridad de sus oyentes, la condesa juzgó llegado el momento de entrar en materia.

— Mi querido señor *de* Canalejas, dijo entonces en vocecita de tiple, abanicándose con ademanes de natural señorío. ¿Ya usted sospechará, me parece, el objeto principal de mi visita?

Don Graciano se inclinó, murmurando, con detestable pronunciación francesa, y no exento de turbación ante los aires de superioridad modesta de su mi núscula interlocutora :

— Señora condesa, muy honrado, muy honrado.

La vieja lo hizo repetir, creyendo que don Graciano no había entendido bien su pregunta.

— Muy honrado, muy honrado, señora condesa.

— ¡Ah! entiendo. Pues sí, el príncipe Stephan, su alteza Stephan de Rœspingsbrück, ¿usted sabe? tiene una verdadera pasión por la preciosa hija de usted, la señorita Canalejas... ¿*Mercedés*, no es así? La señorita *Mercedés*.

— Sí, señora, Mercedes, confirmó Canalejas con aire deferente.

— Eso es, « Mercedes »; usted pronuncia admirablemente, dijo Milagritos.

— Como una española, acentuó lisonjera Dolorcitas.

— Mi marido estuvo dos años de secretario en la embajada de Madrid, y ahí aprendí algo de español.

Dolorcitas tradujo á su mamá que la condesa había estado dos años en Madrid.

— ¡Ay! entonces usted hablará muy bien español, señora condesa, exclamó doña Quiteria con amable alborozo.

La de Montignan miró á la de Canalejas con un fruncimiento de cejas, sin entenderle aquella exclamación, acompañada de una sonrisa. Encontraba á doña Quiteria perfectamente ridícula en su vistosa bata azul celeste, adornada con profusión de nudos amarillos. La mirada escrutadora fué rápida, y volviéndose después hacia las muchachas :

— ¿Qué es lo que dice?

— Mamá dice que usted debe hablar el español perfectamente si ha estado dos años en Madrid.

Con fruncidos labios, agitando el abanico, la condesa explicó :

— No confundamos ; mi marido estuvo allí dos años, pero yo no lo acompañé sino dos meses.

Doña Quiteria recibió está explicación, que Dolorcitas le tradujo, con sonrisitas y saluditos de inteligencia. Pero al mismo tiempo, instruída ya de que la de Montignan no sabía una palabra de castellano, desahogó el despecho que empezaban á producirle sus aires de protectora superioridad :

— Esta vieja se está figurando que soy una tonta, porque no me doy aires como ella.

Nadie puso atención á ese murmullo en español, dirigido á un interlocutor imaginario. La condesa había tornado á su propósito, y se dirigía á Canalejas :

— Mi querido señor de Canalejas, con lo que acabo de decir á usted de lo mucho que gusta el príncipe Stephan de la linda señorita *Mercedés*, ya supondrá usted la misión de que vengo encargada.

Canalejas se inclinó con cierto aire de importancia, mientras Milagritos, temiendo que su padre no hubiese entendido bien lo que la condesa le decía, le daba, por lo bajo, la versión de la frase.

— El príncipe me ha encargado preguntar á usted confidencialmente ¡oh! en el más estricto secreto, si usted estaría dispuesto á concederle la mano de su hija, de la señorita *Mercedés*, prosiguió la condesa.

Insistía en pronunciar el nombre de la chica, recalcando las sílabas, vuelta hacia doña Quiteria, como demostrándole que si no había estado en Madrid sino dos meses, sabía pronunciar muy bien aquel nombre, esencialmente español. Aunque de mala gana, doña Quiteria repitió sus sonrisitas y sus saluditos de la primera vez.

— Muy bien pronunciado, ¡ah! muy bien pronunciado.

Pero la de Montignan habíase vuelto ya, sin hacer caso de ella, hacia Canalejas.

— ¡Ah! señora condesa, muy honrado, muy honrado, dijo tomando aires de importancia el dueño de casa.

La embajadora esperó un instante para ver si agregaba algo de más substancial; pero viendo que se limitaba su interlocutor á un tercer saludo, repuso :

— Usted encontrará muy natural, lo espero, que yo desee llevar á su alteza una respuesta, algo de positivo sobre su demanda.

El fruncimiento de labios y el tonito golpeado con que pronunció esa frase, en la que el título « su alteza » resonó con prestigio imponente en los oídos de los Canalejas y de sus hijas, hizo que Milagritos dijera entre dientes á su padre :

— Contéstale, papá.

Al mismo tiempo intervenía hablando á la de Montignan :

— Papá entiende bien el francés; pero le cuesta un poco hablar.

— Tradúzcale usted lo que he dicho, mi querida, pidió la condesa á la joven, sin darse el trabajo de dulcificar el tono de su voz.

Aunque titubeando para buscar palabras, Canalejas se apresuró á decir :

— He comprendido, señora condesa; nos consideramos muy honrados con la petición de su alteza, y por nuestra parte, si nuestra hija acepta...

— ¡Oh! Mercedes aceptará, por supuesto, interrumpió Milagritos, advirtiendo que las cejas pintadas de la condesa se contraían sobre la nariz.

— Ciertamente, apoyó Dolorcitas.

— Iba á decirlo, añadió don Graciano.

La emisaria trató de sonreirse agradablemente.

— ¡No lo dudo; no puede recibirse de otra manera distinción semejante de la parte de un joven emparentado con las más grandes casas reinantes de Europa! Por cierto que, *en nuestro mundo*, á nadie se le ocurrirá rehusar.

Esas tres palabras *en nuestro mundo*, dichas con un pretencioso movimiento del abanico y la risita agridulce, que mostraba los amarillejos dientes, desiguales, rebeldes al frotamiento del cepillo, levantaron una barrera entre la emisaria y sus oyentes. una barrera dorada á los ojos de la Palomares y de la Cuadrilla : « Del lado de la condesa, pensaban ellas, estaba el gran tono, el *chic*, el recinto prestigioso y cerrado, al que la alianza con el príncipe podía franquearles la entrada. »

— Ciertamente, nadie rehusaría, dijo Milagritos con obsequiosa inclinación de la frente, como en señal de vasallaje, ante la condesa.

— Ciertamente, hizo eco Dolorcitas.

Con aire de satisfacción benévola de persona presuntuosa, que sabe que las cosas deben pasar como ella piensa, la de Montignan :

— Así me parecía, dijo haciendo ver los dientes en señal de agrado; yo no habría tampoco admitido de otro modo la misión del príncipe.

Durante este diálogo, Nicolasito, sin poder seguirlo en sus inflexiones ni sacar un concepto substancial y definido de lo que se iba diciendo, se sentía por grados caer en esa desazón de los nervios que produce la inmovilidad forzada. Un hormigueo de miembros que se duermen, le daba ímpetus de saltar de su escondite y prorrumpir en insultos contra aquellas personas que parecían complacerse en no hablar claro, convenciéndolo así de la inutilidad del sacrificio que se había impuesto. Su ira se dirigía principalmente contra la condesa. La vocecita tiple de la dama le daba crispaciones desesperantes. Como derivativo de su mal se

puso á pensar que, rasguñándole ligeramente las piernas, la vieja, éste era el calificativo que adoptaban sus reflexiones, supondría la presencia de algún gato atrevido debajo del sofá, daría un salto asustada y él se escaparía entonces de carrera, en medio de la risa general. ¡Sería muy divertido! Y así pensando, avanzaba cautelosamente una mano con intención de hacer un ensayo. Bien fuera que la condesa hubiese sentido un misterioso y apenas perceptible movimiento bajo de sus enaguas, bien que quisiese variar la postura en que se hallaba, el hecho fué que en ese instante cambió violentamente el cruzado de sus piernas, echando á rodar el banquillo en que apoyaba uno de los pies. El brusco movimiento cambió el curso de las ideas del chicuelo. En vez de la picaresca fantasía de lo mucho que iba á divertirse con la sorpresa de la vieja, parecíale oir la indignada voz de Benjamina, anunciándole la privación, como castigo, del franco prometido. Esta juiciosa reflexión le aconsejaba esperar, y procuró tranquilizarse.

Felizmente para él, la condesa, sintiéndose bien en la nueva postura, resumió su impresión en esta frase:

— Entonces, mi querido señor de Canalejas, por lo que dicen estas encantadoras jóvenes, yo debo contar con el consentimiento de la señorita *Mercedés* y el de ustedes.

Y se volvió, al pronunciar el nombre, hacia doña Quiteria, no tanto para hacer de nuevo alarde de su correcta pronunciación española, cuanto para unir el consentimiento de la madre al de las hijas y del marido. Canalejas, subyugado por la mirada y las señas de afirmación que le hacían las dos muchachas, no se atrevió á emplear los subterfugios y reticencias con que había esperado mantenerse en una actitud de dignidad expectante, á fin de pesar de nuevo, y con estudiada madurez, su resolución.

— Así lo creo, señora; es decir, no cabe duda de

que la voluntad de Mercedes será la de sus padres.

Le cruzaba también por el pensamiento, al hablar así, una idea alentadora en favor de su libertad de acción, coartada en ese momento por la influencia de las hijas. « Allá veremos cuando se trate de la dote. »

— Perfectamente, veo que usted es hombre con el que es fácil entenderse, como todo caballero, por otra parte.

Paseó la de Montignan una mirada circular, dispensando á cada una de las personas que la rodeaban una parte de su gesto agridulce de bondadosa superioridad. Doña Quiteria, sin comprender por qué le mostraba la condesa el amarillejo esmalte de sus dientes, y absorta en sus personales elucubraciones, se inclinaba en ese instante hacia Dolorcitas para comunicarle lo que la preocupaba.

— Mira, niña, ¿ si le mandase hacer un fruncido por detrás á mi bata, para que dibuje la cintura ? ¿ Qué te parece ?

Dolorcitas se indignó de la extemporánea pregunta. No queriendo continuar una conversación que le impediría oir á la condesa, murmuró entre dientes :

— ¡ Qué sé yo, mamá ! ¡ Te verías como una petaca !

En la mente de Nicolasito volvían, á la sazón, las tentaciones « de rascarle las pantorrillas á la vieja », como vuelve é ilumina la obscuridad el fulgor de un faro giratorio. Sólo refrenaba su antojo ante la idea de producir un escándalo, que le haría perder la recompensa de su sacrificio. Entonces se quedaba inmóvil.

VIII

Ante el asentimiento de toda la familia, la condesa, creyéndose dueña de la situación, juzgó llegada la oportunidad de proseguir desmontando metódicamente el terreno en el que podían surgir todavía serias dificultades. La burda lisonja que había tendido á sus interlocutores, como un puente para hacerlos cruzar al terreno de sus intereses, hacía aún brillar de satisfacción los ojos de Canalejas y de sus hijas, cuando con voz insinuante les deslizó, á manera de sonda exploradora:

— En *nuestro mundo*, señor de Canalejas, todos consideran á usted enormemente rico.

— ¡Ah! señora, tengo algo; pero no sé si usted conoce nuestro adagio español: de dineros y bondades, la mitad de las mitades.

— ¡Vaya! Usted se hace el modesto; pero aun tomando la mitad de lo que en París se atribuye á usted de fortuna, siempre resultará tener usted muchos millones.

Don Graciano volvió al refrán, asegurando que en París se exageraba á su respecto. En su voz, al hablar, vibraba la acentuación de un orgullito apenas atenuado, al oir á la dama noble, auténticamente

noble, que *en París*, en este París de su admiración y de sus sueños, se ocupaban de su personalidad. En Milagritos y su hermana tembló de contento la misma fibra que hacía resonar la vanidad del padre. Temerosas ambas de que la insistencia de éste en disminuir la importancia de sus bienes, impresionase desfavorablemente á la condesa, apresuráronse á intervenir:

— Vamos, papá, no estés haciendo el pobre.

— Un hombre que no tiene una gran fortuna, no vive como tú.

Muy satisfechas de hacer brillar el oro, mucho oro, á falta de nobleza, ante la imaginación de aquella gran dama, habían prorrumpido, casi al mismo tiempo, con sonrisas de juventud vanagloriosa, á proclamar su grandeza pecuniaria. Querían alentar á la embajadora y evitar que, por un instante, llegara á verse en peligro la inaudita alianza que debía abrirles de par en par las puertas del gran mundo; de aquel *nuestro mundo* al que la que nació plebeya no puede llegar, pensaban animadas, sino por una escala de oro macizo. »

La condesa las miró con la expresión más amable de sus ojitos, reducidos por las arrugas y por el abultamiento de los párpados, á dos puntitos opacos de luz lejana. Descubría en las muchachas dos preciosos auxiliares. Ya Guy de Morins le había pintado el *snobismo* de las *pequeñas rastás*, su adoración de la nobleza, su mórbida ambición de entrar en la gran sociedad de París, de sacudir toda atingencia con aquellos de la colonia de trasplantados que no tuviesen carta de ciudadanía en el mundo *chic*. Pero de ese ardor de vanidad ambiciosa, la de Montignan no había podido imaginar la intensidad. Las dos chicas, con su petulancia desbordante, le aseguraban la victoria.

— Ya ve, señor de Canalejas, que estas encanta-

doras jóvenes son más francas que usted. Yo, á mi turno, quiero no ser menos franca que ellas. Si me he permitido hacer una pregunta, indiscreta á primera vista, sobre la fortuna, no es por mera curiosidad. Usted y estas señoras son gente de demasiada *buena compañía* para no comprender que, por más que los encantos de la linda señorita *Mercedés* hayan impresionado al príncipe, su alteza no puede ser indiferente á la cuestión de la dote.

— Naturalmente.

— Eso, por sabido.

Así exclamaron las muchachas, para no dejar que su padre diese alguna respuesta por el tenor de sus recientes contestaciones. Don Graciano se había inclinado con la tosecita del que busca tiempo antes de responder. Prefería que la condesa llegase á decir algo que le permitiera juzgar hasta dónde iban las aspiraciones del pretendiente. Alentada, por su parte, la de Montignan con la doble exclamación de sus auxiliares, pensó que bien podía formular una pregunta directa. Dispensando entonces á las muchachas una de sus indescifrables sonrisas:

— ¿Qué podré decir á su alteza á este respecto? Usted me obligaría sobremanera, querido señor de Canalejas, si me indicase con qué dote cuenta la señorita *Mercedés*.

Precisamente en aquel crítico momento oyóse un vago rumorcillo debajo del sofá. Don Graciano, sentado frente á la condesa, vió entonces las piernas de Nicolasito en la absoluta inmovilidad de un profundo sueño. El chico se había dormido buscando cómo poder, sin arriesgar demasiado, jugar una buena pasada á « la vieja ». Con un gesto de desolación mostró Canalejas á Milagritos las piernas del chiquillo. « ¿Qué hacer? querían decir sus ojos desolados, ¿qué hacer? si el tenue rumor de la respiración del durmiente se convertía en un sonoro ronquido. Aquella

escena solemne en que se debatía sobre la futura grandeja de la familia, estaba á punto de terminar en comedia. Pero Milagritos no se turbó. Su presencia de espíritu le sugirió al momento la manera de conjurar el peligro. Tosiendo con naturalidad, acercó su silla al sofá y pudo con un pie tocar la pierna del chico sin apoyar demasiado. El ruido cesó en el acto, mientras que la joven, como traduciendo, repetía á su padre la cuestión de la condesa.

Con su idea de defenderse lo más posible, Canalejas dió una respuesta que llevó el espanto al corazón de sus hijas.

— Señora, dijo con aplomo, estas dos jóvenes que usted ve aquí, se han casado sin dote.

— ¿Eh? ¿dice usted? estalló admirada la de Montignan.

— Sí, en nuestro país no se acostumbra dar dote, repuso don Graciano.

— ¡No se acostumbra dar dote! repitió maravillada la condesa. ¡Qué gracioso!

Se había demudado de indignación. « Si ese *rastá*, con esa barba exageradamente teñida, se figuraba que podía reirse de una condesa de Montignan, se equivocaba mucho. » Pero esa violenta reflexión de su amor propio herido, no alcanzó á ocultarle el peligro de un fracaso en su embajada.

— ¡Es muy gracioso! ¡Qué extraña costumbre! En Francia no entendemos de eso, agregó con voz agria, mientras que la palidez del descontento daba á su mirar vidrioso un reflejo de indescriptible desprecio.

Milagritos intervino sin vacilar.

— Pero, papá, ¿para qué cuentas eso á la señora condesa? ¿Tú no piensas seguir esa costumbre absurda, supongo? Nosotras no nos casamos con príncipes, sino con simples millonarios.

Y volviéndose en seguida, risueña, á la de Montignan :

— Papá ha hablado para manifestar que, tratándose de un príncipe como su alteza, nada le importan las costumbres de *su* país, y que él respeta las de Francia.

Don Graciano se apresuró á confirmar la declaración de su hija. « Lo que había dicho era para que la señora condesa tuviese una idea de las costumbres hispano-americanas. Él confesaba que en su país no comprendía la necesidad de la dote. Pero en Francia se había persuadido de que la dote en el matrimonio es más indispensable que el amor. El amor, entre los recién casados, nace naturalmente las más veces, y si no nace, ¿qué mal hay en ello? No es indispensable que los esposos se amen para que puedan ser felices, con tal que tengan dinero para vivir con comodidad. De ahí la necesidad indispensable de la dote. En español se dice que cuando la miseria entra por la puerta, el amor sale por la ventana. »

Aunque trabajosas é incorrectas, sus frases habían querido decir todo esto. Se había empeñado en destruir la mala impresión que vió pintarse en el arrugado rostro de la condesa y en las miradas conminatorias de sus dos hijas.

La condesa, oyéndole aquella rectificación, lo alentaba con inclinacioncillas de cabeza aprobatorias, á manera de un maestro indulgente que quiere infundir confianza al discípulo vacilante al decir la lección.

— ¡Perfecto, perfecto! aplaudió con cierto calor. Esa sentencia española es de filosofía universal.

— ¡Oh, la dote es indispensable! exclamó Milagritos, celebrando el acuerdo entre los pareceres, que auguraba un feliz resultado.

La de Montignan cogió la exclamación al vuelo.

— Así es, mi bella, indispensable...

Y se interrumpió, alzando un dedo sentenciosamente.

— Pero debe ser en proporción á la categoría del novio; no hay que olvidar eso.

Las dos jóvenes abundaron con semblante convencido en ese principio.

— Entonces, querido señor de Canalejas, ¿qué podré decir á su alteza?

Milagritos se había acercado á su padre en previsión de que esa pregunta positiva tendría que repetirse.

— ¿Qué menos de millón y medio? Dile millón y medio, sopló al oído del caballero en voz baja y apremiante tono.

En el mismo tono Canalejas arguyó:

— Pero hija, ¡millón y medio para principiar! ¿Qué dejo entonces para después?

Su instinto de antiguo hombre de negocios le aconsejaba ser cauto. Preveía las crecientes exigencias de aquella anciana altanera, que le hablaba como si viniese á hacer á su familia un favor inaudito; que establecía en su actitud y en sus palabras la inmensa superioridad del pretendiente sobre la categoría social de la pretendida, preparando el campo á sus pretensiones con frases de sentido más que transparente.

Sólo algunos segundos habían transcurrido en ese cambio de palabras entre el padre y la hija. La condesa había tomado, sobre el sofá, una postura de indulgente disimulo, mirando á doña Quiteria.

La dueña de casa, no entendiendo lo que se decía, ó entendiéndolo apenas, se hallaba absorta en una combinación que le permitiese transformar la bata azul celeste en una bata *imperio*. No le inquietaba á la de Montignan el cuchicheo entre don Graciano y Milagritos. « Era natural que se consultaran, y estaba segura que la chica abogaría en favor de la largueza. »

— Usted tiene ahí una bonita bata, observó á doña Quiteria, escudriñándola de pies á cabeza con su lente, para dar tiempo á que el padre y la hija llegasen á un acuerdo.

Doña Quiteria comprendió que se trataba de su bata y respondió muy lisonjeada algunas frases de verdadera jerigonza franco-castellana, de la que no comprendió una palabra la condesa. Ya, en ese instante, el cuchicheo entre Canalejas y Milagritos había cesado.

— Dispensen ustedes, les dijo; la linda bata de la señora tiene la culpa de mi distracción.

Milagritos tomó la palabra :

— Papá me decía que siempre ha pensado dar en dote á Mercedes setenta y cinco mil francos de renta.

La noble anciana hizo el gesto de una persona á la que han pisado un pie. Transcurrió un breve espacio de tiempo, durante el cual las contraídas facciones, como una piel que vuelve á sus arrugas después que la han estirado, tornaron á su dureza natural. Con suave voz, que parecía una confidencia, dijo entonces á sus interlocutores :

— ¿No sé si ustedes conocen lo que son las ideas de *nuestro mundo* al respecto de la dote, cuando *nos* casamos con extranjeros ?

Don Graciano, con semblante interrogativo, confesó su ignorancia real ó fingida :

— No, señora.

Milagritos se mostró mejor informada.

— No admiten renta; así he oído siempre.

La condesa repuso todavía en voz de confidencia :

— Las fortunas de extranjeros están, por lo general, en sus países, que nosotros no conocemos, y de donde llegan con tanta frecuencia noticias de revoluciones. ¿Qué garantía puede tener entonces una renta ? Ustedes comprenden, ¿no es así ? que hay lugar á duda. Un día puede venir en que cese esa renta. ¿No ven ustedes?

Con un encogimiento de hombros y una mirada a cielo, la duda, la espantable duda, quedaba demostrada.

— Veamos, repuso : yo creo mi razonamiento muy justo; una renta es una cosa aleatoria con fortunas en países tan lejanos : un terremoto, una inundación, ¿qué sé yo? y fortuna y renta pueden desaparecer.

— Es cierto, muy cierto, apoyaron Milagritos y Dolorcitas.

Doña Quiteria, por hacer creer á la condesa que ella sabía de qué se trataba, apoyó también, repitiendo lo que habían dicho sus hijas :

— Es cierto, muy cierto.

Triunfante, con los arrugados párpados fruncidos y las pupilas allá en el fondo de las órbitas, relucientes de satisfacción :

— Ya ve usted, mi querido señor de Canalejas, yo tengo la mayoría, como dicen aquí en el ridículo sistema parlamentario. Usted comprenderá que yo no puedo presentarme á su alteza, y dar ese golpe á su amor por la señorita *Mercedés*, diciéndole que no tiene una verdadera dote, sino una renta.

Todos callaban. En el silencio de la pieza, la de Montignan agregó esta pregunta :

— ¿Y renta de cuánto?

— Es lo que da un millón y medio al cinco por ciento, dijo Canalejas, peinando con los dedos su larga barba.

La condesa arguyó, meneando con escepticismo la frente :

— ¡Ah! ¡El cinco por ciento! El cinco por ciento es un mito. En *nuestro mundo* no colocamos sino al tres por ciento, cuando queremos conservar nuestro dinero. Bueno, pues, calcule usted. El millón y medio daría cuarenta y cinco mil, suponiendo, mi querido señor de Canalejas, que usted se resuelva á dar la dote en un capital efectivo de millón y medio.

El rumorcillo de debajo del sofá empezaba de nuevo á hacerse oir en *crescendo*. Parecía una pro-

testa de Nicolasito contra la matemática aridez en que se engolfaba el diálogo.

Las hijas asestaron al padre miradas imperativas y suplicantes á un tiempo.

— Es una gruesa suma, observó éste, queriendo siempre ponerse en guardia contra mayor exigencia.

Milagritos se impacientó.

— Que tú puedes dar muy bien, papá.

— Puesto que á nosotras no tuviste que darnos nada, arguyó Dolorcitas.

— Yo digo solamente que es una gruesa suma, que no puede reunirse así de la noche á la mañana, se disculpó don Graciano.

— No es demasiado gruesa suma para ti, replicóle sentenciosamente su hija mayor, poco acostumbrada á la resistencia de parte de su padre.

— Vamos, usted dará el millón y medio. ¿No es así? insistió la condesa.

— ¡Oh señora! perfectamente. La felicidad de mi hija ante todo.

Contestaba así, sintiéndose incapaz de continuar la lucha. La porfía de sus hijas, las miradas de la condesa como si le repitieran aquello de *en nuestro mundo*, con sarcástica sonrisita que le crispaba los nervios, y el ruidecillo, ya regular y amenazante, que salía de debajo del sofá, lo habían puesto en ese estado de enervación que arranca las concesiones desesperadas.

— Por supuesto, los notarios arreglarán los detalles, dijo la de Montignan con el acento del que considera concluído el negocio en discusión; ellos verán en qué valores ha de estar invertido el capital.

Canalejas hizo un ademán de asentimiento forzado. Las dos jóvenes, solícitas y jubilantes, rodearon á la condesa.

— ¡Oh! sí, los notarios; papá tiene su notario.

— Que pondremos en relación con el de su alteza,

dijo la de Montignan, levantándose del sofá.

Este movimiento hizo cesar el ronquido de Nicolasito. Así, el acuerdo parecía perfecto. Se cambiaban palabras de aprobación, amables. Las congratulaciones mutuas se cruzaban. Doña Quiteria, enterada de lo que ocurría por breves explicaciones de Dolorcitas, afrancesaba frases españolas para manifestar también su complacencia.

— Creo que hemos dado un paso importante, dijo al fin la de Montignan, resumiendo, de pie, en actitud de despedirse.

— Muy importante.

— Es cierto, un paso muy importante, asintieron, henchidas de satisfacción, las dos muchachas. Se creían ya emparentadas estrechamente con su alteza serenísima el príncipe Stephan de Rœspingsbrück.

Con afable sonrisa y con un barullo de palabras franco-españolas, doña Quiteria hacía coro.

— De aquí me voy á dar cuenta á su alteza de lo que hemos hablado, dijo con afabilidad protectora la condesa. Ojalá no encuentre la dote demasiado poco para él, añadió, dirigiéndose particularmente á las dos jóvenes, sus auxiliares.

Estas se quedaron turbadas. Casi llegó á figurárseles que todo se desbarataba, al oir que la condesa, en tono confidencial, decía sus temores :

— Yo sé que el príncipe se esperaba á más. Para un hombre de su rango, millón y medio de francos no es el Perú, mis muy queridas.

Las muchachas consideraron esta frase como una insinuación de posible fracaso. Ambas miraron á la condesa, dejando retratar en sus semblantes esa impresión de temor. Delante del padre no podían abundar en la opinión de la condesa. Ésta, segura del efecto producido por sus palabras, insinuó, con aire de decir algo de muy natural, la exigencia que había reservado para el postre.

— Por supuesto, señor de Canalejas, que los notarios tratarán sobre la base de la comunidad de bienes.

Las jóvenes, ignorantes de las prescripciones del Código francés sobre el matrimonio, no dieron importancia á la insinuación contenida en esas palabras; pero don Graciano, aunque tan ignorante como ellas, sospechó, sin embargo, una celada.

— Tendré que estudiar el punto, señora. Confieso que hasta ahora nunca me he ocupado de estas cuestiones de dote.

— El notario te explicará, papá, dijo Milagritos, temiendo que se abriese una nueva discusión peligrosa.

— Sí, sí, el notario me explicará, dijo él, deseoso de poner fin á la conferencia.

Volviéndose entonces á la condesa:

— Naturalmente, yo deseo asegurar en todo caso á mi hija la posesión exclusiva de su dote.

— Ese el régimen dotal, observó con su aire agridulce la noble dama.

— ¿Ah? ¿y cuál es el de la comunidad?

— El régimen en que los esposos disponen en común de los bienes.

— Cuando ambos aportan bienes, por supuesto, observó Canalejas.

— ¡Oh! no importa, aunque uno de los cónyuges no traiga nada al matrimonio.

— Como en el caso de que hemos hablado, se interpuso Milagritos.

— Eso es, eso es, afirmó la de Montignan; el príncipe aporta su gran posición y sus *esperanzas*.

— Esas esperanzas son grandes, puesto que representan la posibilidad de subir al trono, apoyó con énfasis Milagritos.

— Ah, sí, muy grandes; los diarios hablan de lo que se ha agravado el príncipe heredero, acentuó la condesa.

Con semblante de admiración, con acento casi sarcástico, don Graciano volvió al caso que le parecía absurdo :

— ¡Cómo! ¿Entonces un marido que entra al matrimonio sin aportar un cristo, tiene, por ese régimen de comunidad, el poder de derrochar los bienes de su mujer?

— Hay sus restricciones, dijo la condesa en su tonito sentencioso, con una sonrisa vinagre.

— No importa; yo estoy por el régimen que usted llama dotal. Así la mujer está segura de no quedar en la calle.

El temor de que su dinero fuese á parar al abismo de derroche, desde cuyos bordes el gran señor arruinado arrojaba el dinero de los prestamistas, despertó á don Graciano de su desvanecimiento de grandeza. Vanamente las dos jóvenes le lanzaban miradas de desolación; en vano fué que la noble embajadora frunciese el ceño y dejase que sus ojos vidriosos iluminasen con altiva expresión, el inmenso espacio que separaba á *los de su mundo* del obscuro *rastá*, incapaz de comprender el honor que ella había venido á ofrecerle. Canalejas repitió, en malísimo francés, su opinión, explayándola. « Era un grande honor, por supuesto, el que se les hacía; pero un título y algunas *esperanzas* no tenían el mismo valor mercantil que un millón y medio de francos. » La sonrisita de vinagre que vió dibujarse en los rugosos labios de la de Montignan sugirió á Canalejas otra consideración en defensa de su tesis. « El régimen dotal era una garantía de holganza para los cónyuges, y siempre estarían seguros de sostener su rango ».

— Usted no tiene idea, mi buen señor de Canalejas, condescendió en decir la condesa, con su sorna aristocrática, de las enormes cargas con que el Código ha gravado el régimen dotal. Todo son impuestos; trabas costosas; cualquier mutación en los bienes de

la dote es un pretexto á nuevos derechos fiscales. Indudablemente, puede decirse que nuestro código ha querido desalentar á fuerza de gravámenes pecuniarios, á los padres que se figuran salvar los bienes de sus hijas con el régimen dotal.

Canalejas no se dejaba convencer. Salvar en todo caso el dinero de su hija, era la idea dominante que le daba alientos para resistir.

— No importa, señora; esos impuestos, esos repetidos gravámenes, son como un seguro cualquiera; será caro, pero pone al propietario á salvo contra los riesgos de pérdida.

La de Montignan se convenció de que era inútil insistir. En la actitud, en la vista, en el tono de voz, en la nerviosa rapidez con que don Graciano se acariciaba la barba, olvidando su temor de que pudiera desteñirse, se advertía la tenacidad ciega del que desconfía de su propio carácter.

— Hágase usted explicar por su notario, replicóle la condesa. Yo no soy competente para eso; conozco así las cosas en general.

— Sí, papá, el notario nos explicará, se interpusieron las jóvenes, temblando de que la entrevista se terminase por una ruptura.

La despedida de la condesa fué enigmática. Era imposible saber si se marchaba satisfecha ó descontenta. Su sonrisa agridulce y el bilioso apergaminado de sus mejillas se contradecían. Hubiérase dicho que un lado de su rostro quería ser amable y el otro displicente, al dar la mano izquierda, como á gente de rango inferior, á las señoras y á Canalejas. Todos salieron escoltándola hasta el gran vestíbulo. Un lacayo abría ceremoniosamente la puerta, mientras que otro remecía en el patio al dormido cochero del *fiacre*, que quiso probar su facilidad para despertarse, dando furiosos latigazos al caballo. Un nuevo saludo enigmático de la condesa desde la portezuela á la familia

reunida en el vestíbulo, y el *fiacre* dió en contorno la vuelta del patio en dirección á la puerta, al trotecito indescriptible del extenuado rocín.

Las dos jóvenes esperaban ese momento para manifestar al padre su disgusto.

— Si no se hace el casamiento, tú tendrás la culpa, díjole con voz destemplada Milagritos.

Canalejas se encogió de hombros, dirigiéndose á la biblioteca para huir de la tempestad. Pero las jóvenes siguieron tras él, al mismo tiempo que doña Quiteria, tomando á dos manos las faldas de su bata, se apresuraba á subir á su aposento en el primer piso. Antes que la puerta de la biblioteca se cerrase, alcanzó á oir la voz de Milagritos. Sin duda continuaba sus reproches al autor de sus días.

Mientras tanto, la duración de la conferencia había parecido eterna á Benjamina. Sin atreverse á entrar al pequeño salón verde, vagaba impaciente por las piezas contiguas, con el temor de que Nicolasito fuera descubierto en su escondite por alguna travesura de las de su amaño. Mas como los momentos pasasen sin que del salón saliese ruido alguno de alarma, llegó á la conclusión verosímil de que el niño debía haberse dormido. Con esta persuasión espió atenta el fin de la visita, y no bien vió á la condesa subir á su carruaje, lanzóse veloz al pequeño salón verde. Ver realizadas sus sospechas y encontrar en el arsenal de su picaresco repertorio una buena jugada para castigar á su inútil delegado, fué obra instantánea para la chiquilla. Precipitada, aunque cautelosamente, salió en el acto de la estancia, y á poco entró de nuevo á ella seguida de dos criadas de mano y de uno de los lacayos del vestíbulo. Estas tres personas traían cada cual, quién una cacerola, quién alguna bandeja de metal, quién algún otro instrumento aparente para hacer gran ruido.

Benjamina llegaba trayendo una larga cuerda. Con

ligeras manos y suaves movimientos, la amarró, por medio de un nudo corredizo, á uno de los pies de Nicolasito. Hecho esto, dió la señal de la zambra. Sus auxiliares obedecieron formando un ruido atronador, mientras que ella, como el campanero anunciando alguna de las grandes fiestas de año, repicaba con la cuerda á toda su fuerza.

El chico despertó inmediatamente. Sin duda figurósele aquello un ruido y un tirarle de la pierna, obra de malignos duendes. Pero cuando en su adormecido cerebro entró violentamente la percepción de la realidad, dióse á lanzar furibundos gritos que atronaban los ámbitos de la pieza, mezclados al discordante concierto. Benjamina, con el rostro iluminado de infantil alegría, daba el ejemplo de animación á los ejecutantes.

Aquel ruido infernal puso la casa entera en alarma. Del escritorio acudieron, por una puerta, don Graciano, Milagritos y Dolores. Otra puerta daba paso al mayordomo, mientras que por la gran escalera bajaba á toda prisa doña Quiteria, seguida de su camarera, que á la sazón teníala ocupada en hacer prendidos á la bata azul celeste. Hubo entre todos risa general: franca y ruidosa de parte de la familia; mal disimulada, en su respeto, de parte de la servidumbre. El singular espectáculo del niño, cogido como en una trampa, hizo desaparecer por un momento, entre amos y criados, la separación jerárquica. Nicolasito logró por fin salir de debajo del sofá, y se lanzó furioso sobre Benjamina. Ella no esperó su ataque, sino que desapareció de la pieza, haciendo resonar, por cuartos y pasadizos, la música argentina de sus carcajadas de chiquilla.

IX

Dejando su encargo á Juan Gregorio, Mercedes subió á reunirse con la abuelita. Entre ambas convinieron, en vista de la carta de Rosaura, que doña Regis iría á rezar vísperas en San Agustín, después de dejar á su nieta en la casa del boulevard Malesherbes que habitaban los Fuenteviva. De la iglesia, la señora enviaría el carruaje á su nieta, á fin de que fuese á juntarse con ella después de su visita.

Desde las dos de la tarde, Mercedes empezó á urgir á la abuelita para ponerse en camino. La emisaria del príncipe vendría á las tres, y no quería encontrarse en la casa cuando ella llegase. La idea de que su padre pudiera llamarla en presencia de la familia reunida para comunicarle la demanda de Stephan, le infundía un terror invencible. « Ausentándose, pensaba, ganaría tiempo y no tendría que pronunciarse sobre la petición de su pretendiente antes de saber lo que Rosaura tenía que comunicarle. » Pero al salir quiso recomendar de nuevo á Juan Gregorio el cumplimiento de su promesa.

— No tengas cuidado, hermanita, le dijo el mozo; yo te prometo llevarte la noticia á casa de los Fuenteviva.

Rosaura, mientras tanto, no había querido acompa-

ñar á su madre y á su hermana al Bon Marché, so pretexto de dolor de cabeza.

No dudaba de que Patricio Fuentealba, en su impaciencia de ver por fin á Mercedes, después de los terribles meses de la semisecuestración de la chica, se anticiparía á la hora de la cita. Con esta convicción, desde las tres de la tarde se puso á esperarlo. A fin de evitar todo equívoco, había prevenido á la criada de manos que, si alguna visita se presentaba, la introdujese á la sala, no obstante que su madre y su hermana habían salido.

— Espero á la señorita de Canalejas; pero si alguna otra persona viene además de ella, diga usted que yo estoy en casa y que recibo.

Al dar esta orden, estaba segura de que no se presentarían otras visitas que las que ella esperaba, porque aquel día no era el de recepción de su madre.

Poco después de las tres oyó el timbre de la puerta de entrada y reconoció la voz del visitante. La camarera le trajo la tarjeta de Patricio.

— Hágalo usted entrar á la sala.

Intencionalmente lo hizo esperar algunos minutos. Le divertía suponer la emoción del joven en ese momento; imaginar los latidos de su corazón de enamorado. Espíritu travieso, se deleitaba desde la mañana en la intriga que había preparado para poner frente á frente á esos dos seres infelices que el destino, despiadadamente, separaba, y que ella, con su voluntad de mujercita atrevida, se había propuesto reunir. Pero no era tan sólo el interés artístico con que toda mujer se complace en las aventuras de amor, aunque sean ajenas, lo que había lanzado á Rosaura en la difícil empresa de hacerse la providencia de su tímida amiga y de su desesperado adorador. Movíale también en ello el interés personal. Contribuyendo, como se proponía hacerlo, á que Mercedes se declarase en abierta guerra contra la autoridad de sus pa-

dres, ella se preparaba, con un poderoso ejemplo de femenil independencia, para el caso en que tendría que abandonar á su familia por no seguirla en el anunciado regreso á la patria.

Risueña entró á la sala principal, donde Patricio la esperaba.

— Ya me imaginaba que usted madrugaría.

Con la desenvoltura de un mozo que saluda á un camarada, le tendía su mano pequeñita de meridional, balanceándose graciosamente con la flexibilidad de su talle de exagerada finura.

— ¿La incomodo ? preguntó el joven casi con timidez.

Era para él tan portentosa la expectativa de encontrarse con Mercedes, de poder hablarla después de tan largos días de amarga separación, que el temor de mostrarse importuno le daba la humildad de un solicitante.

— Es decir, señor galán, que habría descendido usted considerablemente en mi aprecio si no se hubiese anticipado á la hora de la cita.

Fijaba con picaresca sonrisa sus brillantes ojitos negros, sombreados por largas pestañas, en los ojos pardos de Patricio; se complacía en detallar, con la rápida penetración de la mirada femenil, la cautivadora hermosura del joven, la regularidad armoniosa de sus facciones, su cutis fresco de hombre casto, su serena frente de estudioso. Sin apartar de él la vista y con acento de resuelta afirmación, añadió:

— Me gusta que un hombre, cuando está enamorado, se atreva á todo por la mujer que ama.

— Y ésta, en igual caso, ¿qué debe hacer ? preguntó Patricio, sentándose sobre el punto del sofá que ella le indicaba, á su lado.

— Lo mismo; y si no lo hace, no merece que la quieran.

— ¿Y si es tímida, tímida como una criatura?

— Al hombre le toca curarla de ese mal, infundirle la osadía que le falta; convertirla, de muñeca, en una mujer *vibrante* y apasionada, capaz de arrostrarlo todo por su amor.

— ¡Pero esa es la mujer ideal! exclamó el mozo alborozado.

Y en seguida, con un suspiro:

— ¡Ah! ¿Por qué no es Mercedes decidida y enérgica como usted?

— Porque es del *viejo juego*, como se dice ahora, del tipo antiguo, enteramente pasado de moda; la jovencita sentimental, que un galanteo hace ruborizarse; que creería un crimen mirar á otro hombre que al que ama; que cuando se enamora, se jura á ella misma que será para siempre.

Y después de una brevísima pausa, con aire malicioso:

— Pero si á usted le gusta la mujer decidida y enérgica, enamórese de mí, entonces.

La risa con que la muchacha acompañó esta frase, perdía su franca entonación de chanza con el ligero temblorcillo de voz que pareció anudar la garganta de la que hablaba.

Patricio no se turbó con ese relámpago de femenil coquetería, ese vuelo de mariposa que se acerca irresistiblemente á la fascinación de la llama.

— Usted ha sido nuestra confidente. Llegamos aquí ya incurables ella y yo.

— Entonces ¿para toda la vida?

— Para toda la vida.

— Como en tiempo de los paladines.

— Así es, como en ese tiempo.

— A fe que eso es muy bello; pero yo prefiero la inconstancia: es la ley de la vida... ¡ay!

— ¿Por qué no dice usted, más bien, el amor libre? exclamó Fuentealba riendo; hoy se le preconiza como un nuevo credo.

Rosaura contestó con cierto aire de convicción, á pesar de la frivolidad del acento:

— ¿Y por qué no? La mujer moderna es demasiado complicada por la educación, por el medio ambiente en que vive, para comprender esa ley exclusiva de una pasión única, absorbente y hasta tiránica en su exclusivismo. Lo que llaman « el dulce sufrimiento », es quitarle toda su alegría á la existencia. ¡Y bien, sí! ¿Por qué no el amor libre, ó por lo menos la libertad en el amor?

Patricio fijó en la chica una mirada de seriedad, amistosa:

— No hable así, Rosaura; usted es una niña de corazón y se está calumniando.

El timbre en la antesala resonó al mismo tiempo que la muchacha exclamaba:

— ¡Bah! el corazón es el peor enemigo de las mujeres, y debe usarse de él únicamente como de un juguete.

Todavía resonaba la última palabra cuando se abrió la puerta de la sala y Mercedes Canalejas se detuvo sorprendida al divisar delante de ella á Patricio. Instantáneamente resonó una franca carcajada de la muchacha Fuenteviva.

— Entra. ¿Le tienes miedo á Patricio?

En extremo pálida, Mercedes tuvo un momento de fugaz vacilación. Atravesando después á carrera la pieza, fué á echarse, como dominada por una fuerza irresistible, en brazos de Fuentealba.

Aquello tuvo la inesperada rapidez del relámpago Enlazados en estrecho abrazo, sintiéndose transportados de repente al mundo de los sueños imposibles, permanecieron inmóviles y mudos, como si hubiesen querido olvidar todas sus penas en esa casta manifestación de la súbita dicha que los enajenaba. Pronto, sin embargo, Mercedes se desprendió de los brazos que

la aprisionaban y se arrojó llorando sobre un sofá, con el rostro cubierto por las manos.

Rosaura y Patricio la rodearon. El joven, confundido, no se atrevía á hablarla. Al calor de inefable satisfacción que le produjera la irreflexiva muestra de amor que acababa de recibir, sucedía el frío angustioso de un pensamiento funesto, haciéndole preguntarse si no sería aquel abrazo, seguido de ese llanto, un abrazo de despedida. Pero Rosaura no dejó prolongarse el silencio, que los sollozos de Mercedes parecían hacer más profundo.

— Vaya, preciosa, déjate de llantos y apresúrate á darme las gracias por la sorpresa que te he preparado.

Al mismo tiempo rodeaba á su amiga con sus brazos y la obligaba suavemente á descubrirse el rostro.

— Yo creo, añadió, que esta picarona se ha puesto á llorar porque sabe que casi se ve más bonita que cuando está contenta. ¿No le parece, Patricio?

Secaba de las mejillas de Mercedes las perlas de sus lágrimas, que, en vez de desfigurarla, daban á su rostro una doliente poesía de singular encanto.

— Patricio va á encontrarme fea, dijo sonriéndose antes que el joven hubiese podido responder á la pregunta de Rosaura.

En la mirada que acompañó á esas palabras, no se divisaba ni una vislumbre de coquetería. Era su alma ingenua de enamorada, que buscaba en la del joven la resonancia de la pasión en que se había convertido su tranquilo amor de la infancia.

— Siéntate aquí á mi lado, díjole con cariñosa voz, tendiendo las manos á Patricio.

El joven se apoderó de ellas con pasión.

Al estrecharlas así, pareció apoderarse de un tesoro buscado largo tiempo. Y le decía:

— ¡Ansiaba tanto verte! ¡Oir de ti misma que no

me has olvidado! ¿Sabes que con tu largo silencio se me figuraba á veces que no me querías ya?

Fué más bien un murmullo de caricias habladas lo que resonó con esas palabras en los oídos de Mercedes.

— ¡Oh! ¡Jamás dejaré de quererte! replicó la joven con acento de profunda convicción. ¡Qué locura, Patricio! ¡Yo olvidarte!

Dijo esto con exaltación, como quien habla de algo imposible. Así lo decía su mirar, el acento de su voz, la gracia infantil de apasionada emoción con que apoyó una de sus manos sobre el hombro del mozo.

Con el acento persuasivo del que quiere infundir valor á un niño tímido, Patricio la interrogó:

— Y entonces, ¿por qué me abandonas? ¿Por qué no te rebelas contra la tiranía de tu familia, y declaras resueltamente que nadie te hará obedecer, que nadie podrá hacerte consentir en casarte como ellos quieren?

La chica no tuvo otra respuesta que bajar la vista con tristeza. Durante aquel diálogo, Rosaura se entretenía en mirar, por una de las ventanas, á la calle. Interviniendo entonces:

— Pero, hijita, Patricio tiene razón. Debes gritarle á tu padre que enviarás á paseo á su príncipe, y le dirás en su cara que estás comprometida de Patricio.

— Figúrate, contestó Mercedes enjugándose las lágrimas, ¡que hasta mi abuelita me ha dicho que debo obedecer! ¡mi abuelita! ¿qué te parece?

— Que tu abuelita está tocando el violón, contestó Rosaura. A su edad, la pobre vieja, ya ni se debe acordar de que hay amor.

A pesar de su tristeza, Mercedes no pudo dejar de sonreirse del tono cómico con que la muchacha había hecho su observación.

— La señora, dijo Patricio, toma todas las cosas por el lado de la religión, y creerá que su deber le

manda aconsejarte la obediencia en todo caso.

Rosaura insistió:

— Es lo que yo digo: la querida señora está tocando el violón. Es una insanidad muy común entre los viejos: se les doblega la voluntad á medida que se les va doblando el cuerpo. Aunque tu abuelita es tiesa como un palo ensebado, sin duda se está doblando por dentro. A fuerza de ver la tristeza de los cóndores del Jardín de Plantas, ella encuentra probablemente que lo mejor es agachar la cabeza para todo. Pero aquí estamos nosotros, la gente joven, para mostrarles á los viejos *empajados*, que nuestro corazón es libre y que no se puede obligarnos á prescindir de él: *¡zut!*

Mercedes, con los ojos húmedos todavía, la miraba entre risueña y confusa. Patricio, reconociendo en Rosaura un poderoso aliado, se guardaba de interrumpirla. La muchacha terminó su frase con una pirueta, imitando el paso del *boston*.

— ¡Ah! ¡A mí me habían de venir con esas; á mí me habían de ordenar: tú te casarás con el príncipe tal ó el duque cual! Cómo los enviaría á paseo á esos queridos padres.

Y aquí se interrumpió, riendo:

— A menos que el pretendiente fuese buen mozo y rico. ¡Ah, no digo que no! Ese sería un caso de fuerza mayor. Pero las dos cualidades reunidas: buen mozo y rico. En tal caso se puede una resignar; no por obediencia, sino por conveniencia, mi querida preciosa; pero tu príncipe es más pobre que Job, porque Job no tenía deudas, y es apenas pasable de cara.

— ¡Eres capaz de hacernos reir, loca! dijo Mercedes.

— Sí, querida; te haré reir para que no tomes las cosas á lo trágico. La alegría es un buen auxiliar del valor, y tú necesitas absolutamente de valor, si no quieres que te sacrifiquen.

— En eso tiene perfecta razón, apoyó Patricio.

— ¡Oh, Patricio! Siempre te lo he dicho : ¡nunca tendré fuerza para luchar contra mis padres! ¿Qué quieres? Eso es superior á mi voluntad.

Patricio se apartó de ella y empezó, impaciente y nervioso, á pasearse á lo ancho de la sala.

— No te enojes: qué quieres que haga; soy así.

Fué tan humilde el lamento de desconsuelo en la voz de la chica, que Fuentealba corrió hacia ella, y estrechándole ambas manos, con cariñoso acento :

— ¡Enojarme contigo! Tú sabes que nunca lo he hecho, que nunca podré hacerlo.

— Pues hace usted muy mal, exclamó Rosaura con afectada seriedad. Esta simple no merece que la quieran, y debe usted tratarla con rigor. Yo, en lugar de usted, la dejaría que se casase con su príncipe y buscaría á otra á quien querer. ¿Quién se llevaría el chasco?

Pero al hablar desmentía la dureza del consejo que daba al joven, porque acariciaba á su amiga, agregando :

— Después de todo, no exageremos la situación; yo creo que queda una esperanza, y es que Stephan encuentre que tu padre no dé bastante dote.

— Eso vamos á saberlo ahora, dijo Mercedes.

Les refirió entonces que poco después de salir ella de casa de sus padres, la condesa de Montignan debía llegar á pedirla de parte de Rœspingsbrück.

— Juan Gregorio me prometió venir aquí á decirme el resultado de la visita.

Entonces entraron á deliberar. La suposición eventual que acababa de hacer Rosaura, no tenía, á los ojos de Patricio, ninguna posibilidad de realizarse. Para él, desde el momento en que el príncipe daba el paso decisivo de solicitar oficialmente la mano de Mercedes, debía suponerse que habría adquirido informes positivos acerca de la fortuna de don Graciano

y calculado las probabilidades de que el dote correspondiese á su ambición. Sabía además, por los informes que él y Campaña habían recibido de Juan Gregorio, que la influencia de sus dos hijas casadas en el espíritu de Canalejas era omnímoda y que éstas alentarían á su padre para que no excusara sacrificios de dinero.

— Entonces, ¿usted cree que de todos modos el príncipe mantendrá su demanda? preguntó Rosaura.

— Indudablemente, contestó el joven.

— Pero falta una cosa, y es el consentimiento de la interesada. ¿Te lo han pedido ya, Mercedes?

— No; nadie me ha consultado, dijo la chica sin atreverse á encontrar la mirada de Patricio.

— ¿Y tú consentirás en que dispongan de ti como de un mueble? ¡Tú estás libre, si nada has prometido, querida, y es el momento de que tomes una decisión salvadora!

A la mirada de interrogación que encontró en los ojos de su amiga, Rosaura afirmó resueltamente:

— Sí, una decisión salvadora. Suponte que llegue dentro de un momento Juan Gregorio, trayendo la noticia de que tu padre acoge favorablemente la petición de Stephan. ¿Qué harás? No puedes disimularte que si vuelves á tu casa, te entregas en poder de tu padre y de tus hermanas. Entonces estás perdida; tú misma dijiste que no tendrías valor para resistirles.

Rosaura raciocinaba con la desenvoltura de una persona que está tratando un negocio de interés, apartándose de toda cuestión de sentimiento. Su lógica penetraba en el espíritu de la pobre Mercedes, paralizándole casi los latidos del corazón y haciendo discurrir el hielo del terror por sus nervios. Hasta entonces el peligro que amagaba su felicidad le había parecido un peligro lejano, una amenaza vaga de esas que no han de realizarse. Con el raciocinio de su amiga,

el peligro lejano se convertía en realidad inevitable, en inminente catástrofe.

— Mercedes, por Dios, ten un momento de energía, díjole entonces Patricio con acento de súplica.

Rosaura repitió sus argumentos. « Había llegado el instante decisivo; más valor se necesitaba para sacrificar su existencia y la de Patricio, que para huir con él y obligar á los padres á aceptar el hecho consumado. Don Graciano y toda la familia serían los primeros en disimular el asunto y buscar explicaciones al consentimiento que se verían forzados á dar, de miedo á la crítica social, á los comentarios que no dejarían de hacer los periódicos, y de miedo, sobre todo, de ver cerrárseles las puertas de la sociedad *chic* europea. »

Patricio, por su parte, le hablaba al corazón. « Si la tristeza de los días que acababan de pasar sin verla, asediado de pensamientos funestos, pasando por el martirio de dudar á veces de su amor, había sido horrenda, ¿qué sería la certidumbre de perderla para siempre y de saber que pertenecía á su rival? Llegaba á veces á figurarse, le decía con voz temblorosa de pasión, que acaso ella seguía en sus vacilaciones desesperantes, porque le asustaba la pobreza de la vida que él le ofrecía. »

Mercedes, en ese momento, se apoderó de las manos del joven, y fijando sobre él una mirada, en la que lucía una llama de exaltación profunda:

— ¡No es cierto que crees eso! le dijo con vehemencia; dices eso para obligarme á esa fuga que me horroriza, contra la que se rebela toda mi alma, mis creencias, mi sumisión de hija amante. ¡Si lo creyeses, serías un ingrato!

Con aire desesperado se cubrió el rostro con las manos. Pero luego, enternecida, mirando otra vez á Patricio:

— Dime que no lo crees, querido: duda de mi

energía, deplora mi falta de resolución, pero no dudes de mi amor. ¡Nunca, nunca, podré querer sino á ti!

Patricio trató de calmarla. « Pero ella debía también hacerse cargo de su espantosa situación y disculparlo. Su vacilación, en ese momento único, de darle una verdadera prueba de su cariño huyendo con él, lo exasperaba. Ella no debía hacerse la ilusión de que por ningún otro medio podría conseguir que sus padres y sus hermanas desistiesen del propósito de casarla con el príncipe. »

— ¿ De qué me sirve á mí el tener fe en tu amor si tú te resignas á pertenecer á otro? agregó con amargura.

— ¡Por Dios, por Dios! exclamó Mercedes aterrada; no me hables así, Patricio; no seas cruel.

El sonido del timbre resonó en la antesala.

— Ese debe ser Juan Gregorio, dijo Rosaura; y á fe que llega muy á tiempo, porque ustedes iban cayendo en lo dramático, en vez de tratar con calma un asunto tan fácil de resolverse.

Juan Gregorio, en efecto, apareció tras de la criada. Al ver á Patricio, tendió ambas manos en sacerdotal actitud.

— ¡Hijos míos, os doy mi bendición!

Y avanzando hacia Rosaura y Patricio, con un saludo alegre :

— Parece que aquí se conspira, y hacen ustedes muy bien, porque las noticias son detestables. La vieja Montignan formuló su demanda, y papá Canalejas, alentado por su esposa y por sus hijas, consiente.

Por más que el mocito se había empeñado en dar un tono festivo á la voz, sus palabras, recibidas en silencio, resonaron destempladas, con una expresión de disgusto.

Mercedes miró á Fuentealba con angustia. En los ojos de Patricio, en sus facciones, que se inmutaron.

dolorosamente, el despecho del que se rebela contra una injusticia, se dejó ver, no obstante su esfuerzo para contenerse.

— Cuéntenos. ¿Usted asistió á la entrevista? preguntó Rosaura.

— ¡Ah, no! Pensé después que era más prudente no hacerlo, porque yo habría reñido con la vieja, y papá me habría hecho salir de la sala, como hacen en la Cámara con los diputados insolentes. Pero hice algo de más meritorio que eso por ti, hermanita, y fué, en vez de ir al *bar* á juntarme con algunos muchachos alegres, esperar el fin del conciliábulo para indagar el resultado.

— ¿Con quién hablaste? preguntó Mercedes.

— Con la bella madama de *Palomarés* y con la bella madama de *Cuadrillá*. Todo está arreglado, me dijeron ambas. Papá dará millón y medio, y aun más, si es necesario. Después, mamá me confirmó la noticia. Están en la gloria. Parece que todos vamos á ser nobles. ¡Será muy divertido! ¡Adelante la música!

Y al concluir la frase, tomó de la cintura á Rosaura, lanzándose con ella en una acompasada vuelta de *boston*.

Mercedes, Rosaura y Patricio, quisieron tener detalles sobre la visita de la de Montignan. Juan Gregorio repitió lo que acababa de comunicarles, agregando sus observaciones sobre la exuberante satisfacción con que sus hermanas le habían hecho saber las principales bases del arreglo.

« — La condesa ha estado encantadora, había dicho Milagritos. »

« — ¡Y qué talento para conducir su negociación! había exclamado extasiada Dolorcitas. »

— Según ellas, observó Juan Gregorio, que había imitado la voz y las maneras de sus hermanas al citar esas frases, el príncipe vendrá mañana con la condesa á reiterar personalmente su demanda y á tener su

primera entrevista de pretendiente con Mercedes.

— Y si yo me niego á esa entrevista, ¿qué hará papá? preguntó la chica, como si un soplo de energía la animase.

— No se tendrá para nada en cuenta esa veleidad de muchachita, contestó Juan Gregorio. Ahí están la bella madama de *Cuadrillá* y la bella madama de *Palomarés*, para obligar á papá á que te haga entrar en razón.

Rosaura observó entonces:

— Ya ves, preciosa, que te encuentras en una situación sin salida.

— Y que no debes someterte á ella, intervino Patricio.

— Por supuesto, apoyó Juan Gregorio. ¿Quieres ir á enterrarte, cuando Stephan se haya comido tu dote, en ese hoyo de Rœspingsbrück? Porque ese principado debe ser un hoyo abominable. Ese príncipe es un Gargantúa; es capaz de comerse el millón y medio en un año y verse obligado á mendigar la sopa de familia.

Rosaura y Patricio insistieron en sus argumentos de persuasión, que turbaban, visiblemente, á la afligida joven. Se veía cercada por la familia, desamparada y débil en medio de todas esas voluntades hostiles. En su ánimo, aterrorizado por el peligro inmediato, la tentación de rendirse á las voces amigas que le señalaban la manera fácil de conjurar la desdicha inminente, empezaba á encender sus luccecitas inciertas de fogata que comienza á arder. Mas, pronto, antes que el deseo llegase á las primeras condensaciones de voluntad que acaban por formar la resolución, el pliegue de la obediencia pasiva, tomado desde la infancia, volvía á su doblez marcado por los años, apagando toda vislumbre de rebelión. A cada argumento de Rosaura, á cada súplica de Patricio, no encontraba entonces otra réplica que su invencible falta

de ánimo, y su aflicción suplicante, que oponía con dulzura á las exhortaciones del joven.

De ese modo discutían con calor, sin que ella pareciese convencerse. De repente Juan Gregorio saltó al medio de la pieza, exclamando:

— ¡Hijos míos! una idea. El pequeño Juan Gregorio, este loco de Juan Gregorio va á proponeros una idea que su modestia le permite llamar, simplemente, sublime.

— Mi pequeño, díjole Rosaura, no me extraño; usted no es tonto cuando no ha ido al *bar*.

— A ver la idea, veamos, dijo Fuentealba, incrédulo.

Juan Gregorio empezó con aire dogmático:

— Como nosotros no somos demócratas y no admitimos la tiranía de las mayorías, me abstengo de proponer que resolvamos la dificultad por medio de votación; pero voy á usar de la persuasión con mi querida hermanita.

— Tú convienes con nosotros, dijo á Mercedes, en que si vuelves esta tarde á casa, mañana te encontrarás comprometida con su alteza serenísima, y pobrísima, el príncipe Stephan de Rœspingsbrück. Nosotros, los tres, te señalamos como único medio de salvación el forzar la mano á nuestro respetable padre, poniéndolo en la imposibilidad de violentarte, y para esto de huir con Patricio, aquí presente.

— No puedo aceptar ese recurso, ya lo he dicho, interrumpió Mercedes con cierta exaltación.

— La delicadeza de mis sentimientos me hace comprender tus escrúpulos, repuso el mozo Canalejas. No quieres que tuviésemos que enrojecernos por ti, nosotros los nobles Canalejas, cuando se dijese en todas partes que te habías ido con un enamorado á ocultar tu felicidad en algún hotel, ó en alguna casa de huéspedes poco distinguida. Y tienes razón; no me extraña que ante remedio tan radical se alarme tu pudor. Pues yo te propongo un medio de conciliarlo todo, y

es: que vayas á asilarte en compañía del joven Fuentealba y, escoltados ambos por mí, á casa de nuestro tío Jenaro Gordanera. De este modo nada habrás perdido, *incluso el honor*, y harás ver al papá que no puede condenarte á princesa perpetua.

— ¡ Bravo, bravo ! aplaudió Rosaura; es un rasgo de genio, mi pequeño.

— Ciertamente es una idea magnífica, dijo Patricio; ella lo concilia todo y no puedes rechazarla, añadió hablando á Mercedes.

— Mi tío no querrá recibirnos, objetó la chica vacilante.

— ¿Y quién va á consultar su parecer? replicó Juan Gregorio : caeremos en su casa como una granizada de bombas y, cuando él no pueda impedirlo, estará encantado de dar una lección á papá, con tal que no le cueste nada. Será su venganza por el desaire de que ha sido objeto al proteger á Fuentealba.

Patricio habló del empeño con que Gordanera había abogado en su favor cerca de don Graciano. Presentarle una oportunidad de hacer desistir á éste de su propósito, era el único medio de vencer la resistencia de la familia. Gordanera sabría sacar partido de la situación, haciendo valer su influjo personal en apoyo de su sobrina. A estas reflexiones, que explayó con calor persuasivo, Rosaura y Juan Gregorio unieron sus instancias.

— Hermanita querida, si no te decides, no nos darás una prueba muy convincente del temor que te inspira la amenaza de ser princesa.

Mientras los demás hablaban, la idea de la inminencia del peligro iba infiltrándose en la imaginación de Mercedes. Como acontece á los que se convencen de algo por el razonamiento de otros, la joven empezaba á encontrar, en su propio juicio, argumentos adicionales en apoyo de la idea de su hermano. El arbitrio propuesto por Juan Gregorio debilitaba sobrema-

nera sus escrúpulos y sus temores. Partiendo de esa impresión, francamente reconocida ya por ella, los razonamientos de Rosaura adquirían una fuerza poderosa. « ¿Por qué habría de sacrificar su felicidad á la ambición de los suyos? ¿Eran ellos acaso los que tendrían que vivir con aquel hombre, del que no había oído sino críticas severas? » Luego le acudía el recuerdo de la actitud y de las palabras de Stephan en el baile de la duquesa. En medio del ruido de voces de los que le hablaban, veía el semblante de fatuidad protectora con que el príncipe formulaba sus pretensiones como ineludibles, en frases arrogantes que, á fuerza de habérselas ella repetido desde aquella noche, las repetía ahora mentalmente para darse valor: « Usted no tiene la experiencia de la vida. Las muchachas se forjan fantasmas ó se crean ilusiones, tan vanos los unos como las otras. Sabiamente la naturaleza y las leyes las ponen al abrigo de su inexperiencia. Los padres están ahí, revestidos de una doble autoridad. » Aquellas frases, evocadas en presencia de la realidad apremiante, le parecían una orden odiosa contra la cual el instinto de la propia defensa, las alarmas de su pudor, se rebelaban abiertamente.

Rosaura la sacó del aislamiento en que parecía engolfada.

— Vamos, preciosa, no dejes pasar esta oportunidad, decídete al fin.

Juan Gregorio trató también de animarla.

— Un buen movimiento, y en marcha. Abajo tengo un *gusano roedor*, que nos llevará donde el tío, aunque á trote corto de marcha á la hora.

Entretanto, Fuentealba, con inquieta pasión, miraba á Mercedes, preguntándose: « ¿Qué va á decidir? » Se abstenía de unir sus exhortaciones á las de los otros para dejarla en libertad.

Mercedes comprendió su silencio y la ansiedad de su mirada. Sencillamente, sin parecer que cedía á

algún arrebato de persona tímida, se puso de pie, tendiendo ambas manos á Patricio.

— Haré lo que tú quieras.

Juan Gregorio prorrumpió en exclamaciones de alegría, saltando por la pieza.

— ¡Bravo, bravo! esto va á ser muy divertido; vamos á *pagarnos la cabeza* del tío Jenaro, dijo hablando mitad en francés, mitad en español.

Al mismo tiempo, tomaba su sombrero y su bastón.

— Adelante, adelante los enamorados; ustedes van bajo mi protección, la protección del hermanito que tiene buenas ideas.

Rosaura le cerró el paso.

— Yo quisiera dar un beso al hombre de genio, exclamó riéndose.

— En mis brazos, ven á mis brazos, exclamó el mocito.

Volviéndose hacia Mercedes y Patricio, después de besar ruidosamente á la muchacha Fuenteviva:

— ¡La belleza y el genio! ¡Cuadro!

Pero al adelantarse hacia la puerta que Juan Gregorio les mostraba, Mercedes exclamó asustada:

— ¡Ah! ¡Y mi abuelita, que me está esperando en San Agustín!

Juan Gregorio se encargó de entrar á la iglesia y decir á doña Regis que no esperase á Mercedes, porque ésta se quedaría á comer en casa de los de Fuenteviva. Las costumbres hispano-americanas en París daban á esta explicación una verosimilitud perfecta.

— La vieja señora, terminó Juan Gregorio, hallará la cosa muy natural y volverá muy tranquila á la casa.

— ¡La pobre abuelita! dijo suspirando Mercedes.

Su lealtad natural le reprochaba ese engaño como una negra ingratitud. Un intenso pesar le oprimía el corazón. Pero Rosaura y Juan Gregorio no le permitieron dejarse dominar por ese escrúpulo.

— Tu abuelita te quiere demasiado, díjole Rosaura, para enfadarse contigo.

— Y estará muy contenta de que escapes al príncipe, agregó Juan Gregorio.

Mercedes hubo de resignarse. Su temor de perder á Patricio y contraer una unión detestada, era ya la idea dominante.

— ¿Vamos? le dijo Patricio con insinuante voz.

La chica abrazó á Rosaura, y, despidiéndose, pasó delante de Fuentealba.

Juan Gregorio se encontraba ya en la antesala.

Los jóvenes ocuparon el *fiacre* de Juan Gregorio y se hicieron seguir por el carruaje de doña Regis, que esperaba á Mercedes á la puerta de los Fuenteviva. Llegados á la iglesia de San Agustín, los dos coches, obedeciendo á instrucciones que les había dado Juan Gregorio, se detuvieron. El joven Canalejas bajó del *fiacre*, subió con ligero paso las graderías del atrio y entró al templo, que domina desde su elevación, como una atalaya, ese punto del agitado mar parisiense.

Al alejarse el mozo, Mercedes y Patricio se quedaron silenciosos. Ambos se sintieron sobrecogidos de súbita turbación. Aquel instante tenía la solemnidad de un acontecimiento decisivo en su existencia. Se encontraban solos, sin testigos, por la primera vez desde su llegada á Europa. La separación, allá en la patria lejana, había puesto fin á la libre familiaridad del idilio que atara con nudo fuerte sus corazones de adolescentes. Al llegar á París, Fuentealba había encontrado á Mercedes, ya señorita grande, en medio del lujo del hotel Canalejas, á gran distancia de él, estudiante pobre, extranjero al mundo *chic*. Sus visitas, apenas toleradas al principio, encontraban, de parte de la familia, la hostilidad glacial con que se recibe á los importunos. Después, para poderse ver, dependían de la indulgencia interesada de la institutriz. Y ahora, el flujo y reflujo de los acontecimientos

humanos, grandes ó pequeños, los juntaba ahí, en la estrechez de un coche de alquiler, dominados por la turbación del misterio. Mercedes temblaba arrepentida ya. Fuentealba, apesadumbrado y tímido, adivinaba en el silencio de la chica la pudorosa confusión que la hacía enmudecer. Así, absortos en la contemplación del movimiento de carruajes, de ómnibus, de tranvías, de gente de á pie, que cruza á toda hora aquel vasto espacio irregular de la plaza de San Agustín, los dos enamorados dejaron pasar algunos momentos sin hablarse. Mercedes, que se acababa de demostrar tan espontánea y franca delante de Rosaura, en sus manifestaciones de cariño al hombre que amaba, se revestía de una reserva inquieta y temerosa al sentirse á su lado, sin más salvaguardia que la delicadeza de ese mismo hombre. Pronto, sin embargo, el ímpetu de los nervios, dominadores, en la mujer principalmente, del cerebro, no le permitió esperar que el joven rompiese el silencio.

— Patricio, ¿qué te pasa? ¿Por qué no me hablas? le dijo con voz de infantil enfado, haciendo al mismo tiempo un esfuerzo inconsciente para alejarse, si posible fuera, del joven, estrechándose al rincón que ella ocupaba en el carruaje.

— Me pasa, contestó él, que me siento turbado al verme solo contigo. Temería ofenderte con cualquiera manifestación de cariño, y querría, sin embargo, pintarte el contento loco de mi corazón al pensar que se ha acabado mi martirio con la dulce prueba de amor que me has dado. Si fuera posible, me pondría de rodillas para bendecirte y adorarte.

Lejos de sentirse subyugada por el acento de intensa pasión que había resonado en las últimas palabras del joven, Mercedes dejó estallar el grito de su alma, con la fuerza de la llama que vence, devoradora,el humo de una trabajosa ignición.

— No llames prueba de amor lo que hago; llámalo

locura imperdonable. Sin duda, estoy loca cuando me he atrevido á ponerme en esta situación, sola aquí contigo, huyendo de mi casa, como una mala hija, engañando á esa pobre viejecita, que está ahí esperándome, con la confianza que tiene en mi honradez y en el cariño que le debo.

Y en arranque inopinado, tomando al mozo una mano, con voz de calorosa vehemencia:

— Dí, ¿no me encuentras razón? Hazte cargo, querido; ponte en mi lugar. ¿Qué dirán de mí? Dirán que he perdido la vergüenza. ¡Oh! hijito, ¿no crees que debo renunciar á esta locura?

El joven, sin inmutarse, dominando el hielo que le circundó el corazón, retirando suavemente la mano que le estrechaba la chica, le habló con voz grave, á la que el dolor dió vibraciones que jamás Mercedes había notado antes en su acento.

— Sí, tienes razón, aún es tiempo de remediarlo todo. Debes ir á juntarte con tu abuelita, que te espera, y nada se habrá notado. Así podrás recuperar la paz de tu alma, y me harás recuperar á mí la de mi conciencia. Jamás me perdonaría yo haberte arrastrado á dar un paso que miras con tanto horror. Tú has visto, en casa de Rosaura, que, á pesar de mi amor, me abstuve, estudiadamente, de violentar tu voluntad y de extraviar tu razón con argumentos apasionados. Por otra parte, ni de ti, la única mujer que he amado en mi vida, ni de ninguna otra, admitiría sacrificio alguno que no fuese completamente espontáneo. Tu cordura es una lección que me hace ver que soy un egoísta, y me despierta á tiempo á mi deber. Si tú crees que el paso que das por complacerme es un acto de locura, también es locura la mía de haber querido sacarte del lujo y de la tranquilidad en que vives, sin tener que ofrecerte más que mi pobreza.

Aquí la chica, con un gemido, que sofocó apenas,

hizo callar á Fuentealba, poniéndole una mano sobre la boca.

— ¡Cállate, no me destroces el corazón! Ya es la segunda vez que me hablas de tu pobreza. ¡Pobre te he amado, y pobre te quiero más que á mi vida!

Habia permanecido inmóvil, mientras él hablaba, con la mirada vaga delante de sí, el dolor pintado en las facciones, bañado de lágrimas el rostro, pareciéndole que el pasar afanoso de las gentes en todas direcciones, el deslizarse veloces los carruajes, todo ese movimiento de vida extraño á la tempestad de amargura que las palabras de Patricio levantaban en su alma, le señalaba una existencia que ella no conocía, la iba á arrebatar en un torbellino irresistible para torturarle con eterno pesar el pensamiento, y apartarla para siempre del hombre que ella, á su vez, con impiedad cruel, había herido, en lugar de rendirse á su ternura. La exclamación con que hizo callar al joven fué un grito desesperado de arrepentimiento que pide perdón. Arrebatada por su dolor, sin permitir que él hablase, y echándole los brazos al cuello con abandono encantador:

— Sí, más que á mi vida, repitió con exaltación; ¿quieres que te dé una prueba de ello? No vayamos donde Jenaro: llévame á tu casa y de ahí enviaremos á decir á papá lo que hemos hecho. Así no podrán apoderarse de mí y nadie podrá ya separarnos. ¿Quieres? di; estoy dispuesta á seguirte; pero no vuelvas jamás á hablarme así, dudando de mi amor y atribuyendo mis temores á un sentimiento bajo.

Se abrazaron entonces como lo habían hecho delante de Rosaura. Un abrazo casto después de larga separación, dos almas que se unen sin que nada insano las inflame.

— No, mi alma, le murmuró el mozo sin desprenderse, no quiero que te dejes alucinar de una exaltación que ofusca tu verdadera naturaleza, que te engaña so-

bre tu verdadero modo de sentir. Creo firmemente en tu amor, y esto me basta; pero no te admito el sacrificio. Te dejo libre, mi adorada: si alguien se ha de sacrificar, que sea yo.

Ella volvió á interrumpirlo con febril animación:

— No, no, si tú me dejas libre, yo uso de mi libertad para no separarme de ti. No iremos á tu casa si no quieres; acepto tu generosidad en esa parte. Pero yo no volveré á la mía; vamos donde Jenaro, de una vez.

Desprendiéndose de los brazos del joven, haciendo ademán de salir del carruaje, añadió con voz resuelta de persona que va á cumplir lo que dice:

— Yo misma voy á decírselo á mi abuelita; ella me aprobará.

Mas no tuvo tiempo de salir del coche. Juan Gregorio llegó en ese momento, muy alegre.

— En marcha, hijos míos; la cosa pasó como una carta en el buzón.

— ¿Qué dijo mi abuelita? preguntóle Mercedes con ansiedad.

— ¿Qué dijo? Aguárdate; les voy á contar.

Dió al cochero las señas de la habitación de Jenaro Gordanera y, entrando al *fiacre*, sentóse frente á ellos:

— ¡Ah, lá, lá! me he divertido con la buena señora. Emplee un buen rato en encontrarla. Por fin la hallé metida bajo el púlpito y rezando con un empeño como si le pagasen. Por supuesto se sorprendió al verme. «¿Qué andas haciendo por aquí, *condenado*», me dijo risueña. Sin rodeos le expliqué la misión de que iba encargado: «Bueno, pues, hijito, que se quede con sus amigas la pobrecita; así estará menos triste que en casa.»

— ¡Mi pobre viejecita! suspiró Mercedes enternecida.

Pero Juan Gregorio vió un peligro en ese enter-

necimiento y se puso á contar con gran verbosidad, siempre hablando en francés, su conversación con doña Regis:

— Cuando vi que la señora tragaba el anzuelo sin hacer ningún gesto de duda, me pareció inútil reforzar su creencia con explicaciones adicionales, y me despedí de ella diciéndole que, si le sobraba algún cabo de oración, lo aplicase al perdón de mis pecados. Pero mi verdadero pecado fué haberle dicho esa broma, que encendió su fervor místico. «Arrodillate aquí á mi lado, me dijo tomándome del faldón de la levita, y rezaremos juntos el rosario.» — ¡Ustedes ven desde aquí mi cabeza, mis pequeños! ¡Rezar el rosario! Tanto valía decirme que me pusiese á hablar en turco.

Juan Gregorio encontraba la idea de la señora lo más peregrino que puede ocurrirse á mente humana. Con vivos colores, inventando detalles para hacer durar su relación y distraer el espíritu á Mercedes hasta llegar á casa de Gordanera, pintó la discusión que había sostenido con la anciana, buscando cómo evitar el suplicio del rosario.

— Pero, abuelita, ¡yo no sé rezar el rosario en español! Nadie me ha enseñado á rezar en español! Y tampoco lo sé en francés, porque nunca lo aprendí en el colegio. ¿Cómo quiere que rece entonces? ¿En jerigonza? Será una irreverencia que rece en jerigonza. «No importa, muchacho; arrodíllate aquí á mi lado; tú irás repitiendo lo que yo te diga: vamos, de rodillas, de rodillas.» En balde luché yo como el diablo dentro de una pila de agua bendita, para que me soltase. ¡Imposible! Ella, aferrada de mí, repetía su estribillo para hacerme arrodillar. Como algunas fieles empezaban á dar vuelta la cabeza, tuve que ceder para evitar un escándalo; pero después de repetir por diez minutos las letanías de «salves» que ella me soplaba al oído, me sentí libre el faldón de la levita, y paréme de repente, echando á correr hacia la sali-

da, como si alguien me persiguiese. Seguro que ha quedado furiosa conmigo la querida señora.

Terminaba Juan Gregorio su relación, interrumpida por accesos de tos, por risas y exclamaciones, cuando el *fiacre* se detenía delante del número 27 en la calle de Longchamp, donde habitaba Jenaro Gordanera.

— ¡Ay, por Dios! suspiró medrosa la chica. En el trayecto desde San Agustín casi no había oído la charla de su hermano, luchando para no dejarse dominar por el miedo.

Antes de salir del coche, Juan Gregorio expuso á la impresionada pareja la manera de proceder.

— Ahora, mis queridos hijos, atención. Ustedes van á subir al entresuelo y á llamar á la puerta de la derecha...

— ¿Y tú, no subes con nosotros? preguntó Mercedes, sintiéndose desfallecer.

— Yo me quedo aquí, en mi *gusano roedor*, y me reservo para el momento oportuno, cuando calcule que se le ha tranquilizado la bilis á Jenaro.

— Pero ¡cómo te figuras que pueda yo tener valor de presentarme al tío sola con Patricio! exclamó la joven aterrorizada.

— ¡Eh! querida mía, si yo llego ahí con ustedes, no hay rapto, ¿ves? Estamos tratando de simular un rapto para hacer la forzosa á papá. Un rapto se compone de una joven, casi siempre bonita, porque nadie roba á las feas, y del raptor, que, por lo común, es el feliz preferido de la muchacha. Si llego yo con ustedes, no hay rapto, es claro; será una simple visita, al tío, de su sobrina y su sobrino, acompañados por un amigo encontrado por casualidad al entrar. Si con esto pretendemos imponer la ley á papá, se reirán de nosotros. Vamos, adelante, no hay que recular. Cuando se encuentren ustedes delante del tío, se toman de la mano y le dicen á dúo: «Aquí venimos á ponernos

bajo su protección.» ¡Cuadro! Ustedes bajan la vista y el tío se va de espaldas, sin tener tiempo de tomar una pastilla.

Ante la mal reprimida agitación de espíritu retratada en el rostro de la joven, movido de penosa compasión, Patricio quiso ofrecerle todavía la posibilidad de evitar el trance en que por él se hallaba comprometida.

— Aún es tiempo, le dijo alentándola; veo que esto es superior á tus fuerzas; que te lleve Juan Gregorio á tu casa; yo no quiero que te sacrifiques así.

Con estas palabras, en las que solamente una emoción de cariño se había hecho sentir, la chica pareció cobrar nuevas fuerzas.

— No, no, subamos donde el tío; ya verás que sabré dominarme.

— Y yo haré una concesión por esa heroica respuesta, intervino Juan Gregorio: los acompañaré á ustedes hasta la puerta y me escabulliré antes que abran.

— Vamos, añadió Mercedes, precipitándose fuera del carruaje.

Seguida de su hermano y de Patricio subió con resolución hasta la puerta de Gordanera. Decidida á dar esa prueba de amor á Fuentealba, viéndose ya cási en la imposibilidad de retroceder, quería afrontar el peligro con el valor ficticio del soldado que va por primera vez al fuego. Al llegar á la puerta, fué Juan Gregorio quien oprimió el botón del timbre para llamar.

— Y ahora, mis queridos, á la gracia de Dios, y gran desplante.

Bajó con velocidad la escalera y se detuvo al pie de ella hasta que oyó abrirse la puerta.

— En fin, exclamó, están en la jaula. ¡Cómo me gustaría ver el gesto del al encontrarse con ese par!

Una cocinera, en la que ocho lustros de existencia al lado del fogón habían hecho brotar, como maleza en un terreno calcinado, el vello de un bigote ralo, se presentó á los jóvenes, entreabriendo la puerta. El ceño adusto de sus pobladas cejas perdió su poco amistosa contracción al ver á Mercedes, que le preguntó con poco segura voz:

— ¿Está mi tío?

— Voy á ver, señorita; entre.

Obsequiosamente, como tratan los criados á una persona que da buena propina el día de año nuevo, la cocinera hizo entrar á la pareja y abrió la puerta de una pequeña sala.

— Si la señorita se da la molestia de sentarse, voy á ver si está el caballero.

Un color encendido había hecho desaparecer la extremada palidez de las mejillas de la chica, como si ya sintiese sobre ellas la opaca mirada de su tío. Al verse solos en la estrecha estancia, parsimoniosamente amueblada, la chica y el mozo se miraron perplejos.

— ¿Quieres que yo le hable? preguntó Patricio.

— No, yo le hablaré; tú verás.

Por un esfuerzo trató de hacer que sus labios figurasen una sonrisa, mientras que en la inquietud de los ojos era fácil advertir la medrosa emoción que la turbaba.

No tardó en aparecer Jenaro Gordanera. Vestía su traje de interior, que le permitía evitar el uso de la escasa ropa con que salía de la casa. Una vieja bata, de color ya indescriptible, lo cubría del pescuezo á los pies, calzados con vetustas chinelas convertidas en chancletas. Tenía el cuello envuelto en una bufanda de lana, y sobre la cabeza un gorro redondo de terciopelo negro, descolorido, como llevan comúnmente los sacristanes de las iglesias. No obstante el aspecto sórdido de esa figura de avaro, Mercedes le encontró

el aire imponente. Acaso fué parte de esa ilusión óptica en el amedrentado espíritu de la chica, el gesto de indecible extrañeza que descompuso el rostro de su tío al ver á Fuentealba, de pie, al lado de ella, sin que la presencia de ninguna otra persona justificase en aquel momento la del joven. Antes que Gordanera hubiese podido dar forma hablada á la singular sensación que le paralizaba el pensamiento, Mercedes, con temblorosa voz y ruborizadas mejillas, se apresuró á decirle, recordando el consejo de Juan Gregorio:

— Tío, venimos Patricio y yo á pedirle su protección.

Del gaznate del solterón, un sonido gutural repitió apresuradamente:

— ¿Cómo, cómo, cómo? ¿Qué estás diciendo?

— He huído con Patricio, repuso la chica, serenándose con la turbación de su tío, porque hoy mismo, papá, sin consultarme y contra mi voluntad, ha prometido mi mano al príncipe de Rœspingsbrück.

— ¡Tá, tá, tá! ¿Qué estás hablando? ¡Conque donde el tío Jenaro, con este caballerito, porque su merced no quiere ser princesa! ¿Desde cuándo es el tío Jenaro el protector de las muchachas que se arrancan de su casa? ¡Ah! porque el papá no la consulta, la señorita toma las de Villadiego con el mocito que quiere, y, entre los dos pichones, no hallan nada mejor que caer sobre las espaldas del pobrecito enfermo.

— Justamente, dijo Mercedes, sentándose, picada de la ironía con que Gordanera, las manos sumidas en los bolsillos de la bata, había hablado, paseándose con agitación y haciendo sonar sobre el piso sin alfombra, el chancleteo de sus chinelas.

Patricio intervino entonces:

— No podíamos elegir asilo más respetable, dijo con cierto acento de autoridad, que hizo cesar el ruido del chancleteo. Usted, señor don Jenaro, convendrá

conmigo que es un acto de prudencia, y en cierto modo de respeto á los padres de Mercedes, el haber venido á acogernos á la protección del hombre que goza de las mayores y más legítimas consideraciones en la familia de ella, en vez de irnos á mi casa ó á algún hotel, haciendo así inevitable un escándalo.

Jenaro se encogió de hombros y volvió á su paseo. El comedimiento lisonjero con que Patricio lo trataba había encontrado el camino de su vanidad. Sentía amortiguarse el impetuoso coraje con que había acogido las primeras palabras de la chica. Se le figuraba, además, en presencia de aquel mancebo arrogante, en cuyos ojos aterciopelados había visto brillar por momentos algunos relámpagos de altanero desagrado, que si continuaba sus sarcasmos, corría el riesgo de que se cambiasen los papeles, y pasase el solicitante, de la urbana mansedumbre con que se había expresado, á un tono de irritación que él no pudiese calmar. Otra circunstancia venía, sobre esto, á complicar la situación. Mientras hablaba Fuentealba, el enojo de Mercedes se había tornado en enternecimiento. Cubriéndose el rostro con las manos para ocultarlo, la muchacha sollozaba.

Patricio no se intimidó, sin embargo, con el problemático encogimiento de hombros de Gordanera, y continuó:

— Me tocaba tener en cuenta, señor don Jenaro, al arrastrar á Mercedes al paso que nos ha traído aquí, que usted ha sido mi bondadoso intermediario, patrocinando mi legítima demanda de casamiento. Era lógico, después de ese servicio, que viniésemos á poner nuestra suerte al amparo de usted. Nadie con más autoridad para abogar por nuestra causa. Estoy seguro de que, si usted se hace nuestro defensor, el señor don Graciano no podrá negarse á dar á usted una prueba de su deferencia, consintiendo en nuestra unión.

Cesó el ruido de las chancletas, que durante todo ese tiempo había continuado, bien que con mucho menos redoble que al principio. De pie, delante de Patricio, que tampoco se había sentado, Gordanera salió al fin de su silencio, con frases entrecortadas, buscando la manera de amoldar su actitud á la modificación completa, que las reflexiones expuestas por Fuentealba y la aflicción de Mercedes, operaron en su ánimo. «Era, sin duda, un acto de caballerosidad, de parte de Patricio, haber traído á Mercedes á casa de él, en vez de llevarla á alguna otra parte. Así se evitaría el escándalo. El paso en que se encontraban comprometidos no se divulgaría. Pero quedaba la dificultad de saber cómo debería procederse para llegar al resultado que ellos perseguían. Sin duda, que era menester llevar lo ocurrido al conocimiento de Canalejas; pero, ¿quién podría encargarse de esa misión? Él estaba tan resfriado, que se expondría gravemente saliendo á la calle. Una carta sería imprudente, porque era imposible explicar, por escrito, el hecho con las atenuaciones necesarias...»

— ¿Cómo hacer...? se preguntaba por la tercera ó cuarta vez, en medio de esas consideraciones, cautelosamente desarrolladas por él para no comprometerse. Se sentía sobre un terreno movedizo, sin atreverse á avanzar un pie antes de sentir el otro sólidamente asentado.

El ruido de la campanilla en la antesala y la risueña cara de Juan Gregorio al mostrarse en la puerta un momento después, pusieron término á su disertación. El mozo Canalejas se dirigió á su tío como si no hubiese visto á Mercedes ni á Patricio; pero, al saludar, no era posible que prescindiese de la presencia de ellos. Fingiendo entonces una indignada extrañeza, hizo creer á Gordanera que su llegada en ese instante era obra pura de la casualidad. «Había venido simplemente á saber de la salud de su tío, y se sentía

consternado de encontrar ahí á Mercedes en compañía de Fuentealba. »

Jenaro se empeñó en tranquilizarlo. Temía que la visita de su sobrino no tuviera más objeto que pedirle plata, bien que jamás obtenía de él un solo franco. Pero el hecho de que la presencia de la pareja fugitiva lo librase de las exigencias del sobrino, había puesto al tío de humor condescendiente. Era aquella vez la única en que hubiese visto con gusto aparecer á Juan Gregorio, porque con él se le presentaba el medio de informar á su cuñado de lo que ocurría. Con el objeto de emplear la intervención del mocito en ese sentido, Gordanera repitió, como de cosecha propia, hablando á Juan Gregorio, los argumentos justificativos con que Fuentealba acababa de ponerlo de su lado y héchole prometer su apoyo cerca de don Graciano y de su familia. Mas Juan Gregorio no estaba dispuesto á ser el primero en arrostrar la indignación del papá, llevándole la noticia.

— Si soy yo quien va á llevar á papá esta *torta á la crema*, la encantadora pareja aquí presente puede jactarse de haber trabajado para el *rey de Prusia* y sacará un pan como una flor, dijo, hablando siempre en francés y empleando promiscuamente las locuciones familiares de esta lengua y las de la española.

— ¿Y quién quieres que vaya entonces? preguntó Gordanera?

— Usted, tío, usted, y nadie sino usted.

El patrocinador de la candidatura Fuentealba, arguyó Juan Gregorio en apoyo de su afirmación, era el único capaz de hacerla triunfar con la nueva arma que la chica y el joven habían venido á poner en sus manos. En la partida que iba á jugarse, el tío Gordanera tenía todos los triunfos en su poder. Era rico, recalcaba el mocito; condición que da mucha fuerza á los argumentos del que posee *la galleta:* el tío Gordanera ocupaba en la familia la envidiable posición

de *tío á herencia* por haber tenido la sensatez de conservarse soltero; él era, por consiguiente, el único que podría dar peso á las consideraciones que él mismo acababa de exponer para disculpar lo que había de *ligeramente incorrecto* en el procedimiento de la interesante pareja. »

— Y otra razón, tío, concluyó diciendo el mozo, que según se decía en su interior con maligna alegría, se estaba *pagando la cabeza* de Jenaro; otra razón : usted puede sin gastar, pues ahí tengo mi roedor á la puerta, ir y volver, porque yo me iré de aquí al *bar*, donde haré pagar al insaciable automedonte.

Su festivo carácter hacía resonar una nota de alegría en aquel conjunto de preocupación y de temores. Con el mismo tono siguió discutiendo con Gordanera, á quien la idea de no tener que gastar en coche, hizo mucho más accesible á los razonamientos de su sobrino.

— Bueno, pues, yo iré; voy á vestirme, dijo al fin de mala gana. Poco después se oía rodar el *fiacre* de Juan Gregorio, llevando á Gordanera hacia el hotel Canalejas.

En el camino, Gordanera meditaba los razonamientos que se proponía exponer, con la metódica precisión del jugador de ajedrez. Lo que principalmente lo había hecho decidirse á ser en persona el portador de la singular noticia, era el temor de que, confiando esta misión á Juan Gregorio, correrían el riesgo de que mal referido el caso, pudiera figurarse Canalejas que su cuñado no era del todo extraño á la trama con la que se pretendía arrancarle el consentimiento á la unión de su hija con Fuentealba. El hecho de haber sido él quien había presentado la demanda de Patricio, y de haberse opuesto calorosamente al proyecto relativo al príncipe Stephan, tratándolo de descabellado, podía dar cierta verosimilitud á una sospecha de esa clase. Congratulábase, por otra parte, á vuelta de estas

reflexiones, de haberse hecho cargo de la misión, porque se figuraba salir triunfante en ella de la obstinación de Canalejas, y principalmente de sus voluntariosas sobrinas. Con tener á Mercedes en su casa, juzgaba encontrarse en situación de dictar la ley á sus parientes. « Ellos tendrán que ceder », fué su conclusión.

Cuando el *fiacre* lo dejaba sobre la escalinata de la entrada, el disgusto con que Jenaro había salido de su casa para venir á la de Canalejas, se había tornado en verdadera satisfacción. Con un airecillo de triunfo pasó delante de los dos lacayos que le abrieron la puerta del vestíbulo, y siguió los pasos de uno de ellos hacia la biblioteca, donde á la sazón se hallaba reunida la familia esperando la hora de comer.

X

Para comentar la entrevista con la condesa de Montignan y estudiar las emergencias probables de la situación, en la misma tarde, la familia Canalejas se había reunido. Todos estaban contentos, después de haber paseado por París cada cual á su modo la risueña ilusión de las grandezas en perspectiva.

A favor de ese estado de personal contentamiento, la conversación en la biblioteca tenía una animación inusitada. El padre y las hijas habían escudriñado el alcance de cada una de las frases de la Montignan, y si bien hallaban todavía enigmática su despedida, convenían en que, salvo el régimen de comunidad ó el régimen dotal que se debía fijar para el contrato, la condesa había parecido de acuerdo con ellos en lo demás.

— Entonces, papá, había opinado sentenciosamente Milagritos, si el príncipe hace condición precisa la comunidad, no hay más que conformarse.

Canalejas no era de ese parecer.

— No piensa así *maître* Dorien, contestó. Le parece que, tratándose de un gran señor que en su calidad de noble sólo ha aprendido á gastar y no á ganar, el régimen dotal se impone. Es decir, que el hombre de ley piensa como yo.

— En ese caso, resígnate á no tener por yerno á un príncipe de casa reinante, arguyó Dolorcitas.

— Prefiero aumentar la dote, afirmó Canalejas.

— Eso sí, se apresuró á decir Milagritos. Deja el millón y medio para contrato dotal, y paga, con lo que quieras aumentar, las deudas del príncipe. Dicen que suben como á trescientos mil francos.

— Una friolera, dijo Canalejas haciendo el gesto de una persona á la que han pisado un pie.

Otros pensamientos que los del lado pecuniario del asunto preocupaban á las muchachas y á la madre.

— ¿Y á quién convidaríamos al casamiento? preguntó Dolorcitas.

— Sí, ¿á quien? hizo eco doña Quiteria, animándose, después de haber permanecido indiferente á lo que se había hablado.

Milagritos asumió un tono de autoridad:

— Á la iglesia, dijo, se convida á todo el mundo, á toda la gente que se conoce: hispano-americanos y europeos. Es preciso que la iglesia esté repleta. Pero á la tertulia de contrato y al *lunch*, después del casamiento, gente *chic* europea solamente.

— No podemos dejar de convidar á los Altamura, observó don Graciano.

— Y á los Terrazábal, agregó tímidamente doña Quiteria.

— Esos son casi europeos; ya no son *tastás;* se les puede convidar; pero á nadie más de Hispano-América.

Á esta contestación de Milagritos nadie se atrevió á replicar. Canalejas detuvo á su mujer, que parecía querer aventurar una observación.

— No digas nada, hija; estas muchachas conocen mejor que nosotros los usos de la gran sociedad.

— No; yo no iba á decir nada sobre convidados, observó la señora; les iba á contar á estas chiquillas

que Worth me va á hacer un lindísimo vestido para el casamiento en la iglesia.

— ¡Mamá, por Dios! exclamó Dolorcitas, no vayas á ponerte nada de claro; te verías como un tonel.

— Pierdan cuidado; Worth sabe mejor que ustedes lo que me conviene, replicó la señora secamente.

La puerta que daba al vestíbulo se abrió á la sazón, haciéndose á un lado el lacayo que la abría para dar paso á Jenaro Gordanera.

Las dos jóvenes le salieron al encuentro.

— Tío, una gran noticia.

— El príncipe ha pedido á Mercedes hoy mismo.

Jenaro se sentó, diciendo:

— ¡Ah! ¿La ha pedido? En el pedir no hay engaño, como decimos en nuestra tierra.

— Sí; la ha pedido por el intermedio de la condesa de Montignan, se interpuso Canalejas. Tú no conoces á la condesa, una de las grandes damas del barrio Saint-Germain; es muy amiga nuestra.

— ¡Oh! De la más antigua nobleza, agregó Milagritos con énfasis.

— Lo que es por el traje no se conocería, observó con aire de convicción doña Quiteria.

Dolorcitas se mostró escandalizada con la observación de su madre.

— Pero, mamá, ¡parece que vinieras llegando de nuestras tierras! Qué, ¿no sabes que las señoras de la nobleza no siguen por nada las modas?

— Es mucho más *comme il faut*, acentuó Milagritos doctoralmente.

— Así será, pues; pero yo no andaría con esa traza de compradora de ropa vieja.

Sin hacer caso de esa contestación de su madre, Milagritos interpeló á Gordanera.

— Pero tú no dices nada, tío.

Él se había arrellanado en una poltrona después

de pasar revista á las ventanas y á la puerta, para ver si no había alguna corriente de aire.

— ¿Qué quieren ustedes que les diga? Ustedes me aplastan con tanta nobleza : el príncipe, la condesa, el barrio Saint-Germain. ¿Qué quieren ustedes que eso me importe?

— ¿Qué dirás, entonces, cuando todos tengamos títulos de nobleza? preguntó Milagritos.

— Diré que todos se han vuelto locos, que les ha dado la locura de las grandezas y que deben encerrarlos.

Gordanera hablaba con un tonito de burla, gozándose en imaginar el pánico que tendría que cambiar esos semblantes luminosos de vanidad y de satisfacción, al estallido de la noticia que él traía.

Canalejas se acercó á su cuñado con aire amistoso :

— Indulgencia, amigo, indulgencia. Cada uno tiene su opinión.

— Por eso yo digo la mia : un hispano-americano metido á noble, me parece una aberración superlativa.

— Bien, bien; pero como tú eres de la familia y todos te queremos, Jenarito, por eso te contamos lo que nos interesa.

— Ya sabes que yo no apruebo ese casamiento.

— Muchísimo lo siento; pero, ¿qué quieres? ya estamos comprometidos.

— ¿Irrevocablemente? preguntó Jenaro, dejando resonar en su voz un marcado acento de burla.

— No irrevocablemente, pero casi, contestó Canalejas.

— ¿Y han consultado ustedes á la muchacha?

— ¡Oh! Ella sabe que ante todo debe aceptar la elección de sus padres.

— Ahí está el error, amigo, replicó sarcástico Gordanera, ahí está el error; ya pasó el tiempo en que

no se permitía tener voluntad á las muchachas.

Milagritos escuchaba impaciente el diálogo. Sin poder contenerse, exclamó:

— ¡Ah! ¿Y desde cuándo acá tan liberal, tío Jenaro?

— Desde que sé que Mercedes está resuelta á proceder como ella quiere.

— ¿Mercedes te ha hecho sus confidencias? preguntaron á un tiempo Canalejas y Milagritos.

— Más que eso, mucho más que eso, dijo Gordanera con aire socarrón.

— ¡Más que eso! ¿Qué cosa entonces? Diga, tío, exclamó Dolorcitas.

— Me ha ido á pedir mi protección.

— ¿Cuándo? preguntaron las dos jóvenes.

— Hace una media hora.

— ¿Dónde?

— A mi casa.

Todos soltaron la risa.

— ¿A tu casa? dijo Milagritos. ¿Cómo puede ser eso? Mi abuelita acaba de llegar y nos ha dicho que Mercedes está en casa de los Fuenteviva, donde va á quedarse á comer.

— Eso creía la buena señora; pero no es así.

Don Graciano empezó á sentirse inquieto con la seguridad que acusaban la voz y la actitud de Gordanera.

— Vamos, Jenaro, basta de bromas, le dijo muy serio; ¿qué quiere decir todo esto?

Gordanera le replicó muy seriamente también:

— No es broma. Lo que puedo decirte es que debes renunciar á ese proyecto de casamiento con el príncipe, porque tu hija acaba de dar un paso que, á mi juicio, lo compromete irrevocablemente.

— ¿Qué paso, hombre? Habla claro y déjate de enigmas, gritó con impaciencia Canalejas.

Jenaro acentuó cada palabra de su respuesta:

— Sepan ustedes que la muchacha no está, como ustedes piensan, en casa de los Fuenteviva. A esta hora está en la mía, donde llegó acompañada ¿de quién creen ustedes? ¡de Patricio Fuentealba!

Milagros y Dolores se miraron con incredulidad y cambiaron una sonrisa de burla, mirando á Jenaro.

— ¡Mercedes en tu casa, y con Patricio!

Cada una de esas exclamaciones resonó con el acento de la más franca incredulidad. Doña Quiteria hizo coro á sus hijas:

— ¡Quién te ha de creer! ¿Quieres hacernos tontas?

Pero don Graciano estuvo lejos de mostrarse tan incrédulo como su mujer y sus hijas. Encontró, por el contrario, en el tono con que había hablado Gordanera, un acento de profunda veracidad.

— ¿Y tú los has dejado solos en vez de traerte á esa desvergonzada donde sus padres?

La violenta indignación que resonó en esta pregunta, puso instantáneamente término á la sarcástica actitud de las dos jóvenes.

Jenaro contestó con calma:

— Tranquilízate, no ha quedado sola con Patricio: han quedado con Juan Gregorio, que entró á hacerme una visita pocos momentos después de la llegada de Mercedes y Fuentealba.

Entonces refirió lo que había pasado, para responder á las preguntas que cada uno le dirigía sin dejarlo casi contestar. Canalejas se paseaba agitado, interrumpiéndolo con frases de indignación, con ademanes de hombre que va exasperándose á medida que las ideas que lo asaltan se abren paso en su imaginación conmovida. En torbellino confuso, sin que atinara á poner orden en ellas, las ideas que acudían á su cerebro tenían todas la siniestra resonancia de algún anuncio de catástrofe. « Sin duda, pensaba, que la ominosa aventura no tardaría en divulgarse. » Con

ese bochornoso temor todos sus sueños de grandeza rodaban a sus pies en un desquiciamiento de terremoto. Pronto la sonrisa agridulce de la condesa de Montignan vendría á notificarle que el príncipe retiraba su demanda. Las relaciones europeas de gran tono rehusarían sus invitaciones y les cerrarían á él y á su familia las puertas de sus palacios. El aislamiento, después de tantos y tan costosos sacrificios, ese ostracismo de las privilegiadas regiones en las que empezaban ellos á ser admitidos, le parecía una especie de muerte civil. Su pensamiento, con ansias de animal perseguido, buscaba en todas direcciones algún camino por donde evitar la inesperada calamidad que había caído en su existencia, mientras que Jenaro, sin perturbarse, exponía metódicamente sus reflexiones en el orden que les había asignado al dirigirse al hotel Canalejas.

« Él, con acoger á los fugitivos, había prestado un importante servicio á la familia. En cuanto á haber traído á Mercedes, separándola de su raptor, como Canalejas acababa de indicarlo, eso era más fácil para dicho que para ejecutado. Lejos de prestarse á una cosa semejante, Patricio se habría llevado á la chica, creando así una situación infinitamente peor, tal vez irremediable. Era fácil todavía, con un poco de discreción, evitar el escándalo. »

— El escándalo está dado, exclamó Milagritos interrumpiéndolo.

— Así es, el escándalo está dado ya, apoyó don Graciano con irritación.

Gordanera rearguyó:

— Todo puede quedar secreto. Ustedes no me negarán que Patricio se ha portado como un caballero.

El padre y las hijas protestaron calorosamente.

— ¡ Un caballero ! exclamaron á un mismo tiempo. Milagritos agregó, siempre en tono de ardiente protesta:

— Un *pelagatos*, que solamente busca el modo de casarse con una muchacha rica.

— De seguro que no robaría una pobre, afirmó Dolorcitas.

La contradicción iba impacientando á Gordanera hasta hacerlo apasionarse en favor de los fugitivos.

— Yo creo que Patricio, replicó, se conduce como enamorado y de ningún modo por interés. Al llevar á Mercedes á mi casa, en vez de llevarla á la suya ó á un hotel, ha querido probar á ustedes, con un hecho práctico, que la muchacha está resuelta á arrostrarlo todo por él, y que sería un atentado atroz el obligarla á que se case con otro.

Animándose con la idea del triunfo, cambió entonces de tono y se hizo insinuante:

— Ustedes hablan de escándalo. Si creen que lo puede haber, en manos de ustedes está el evitarlo. Que Graciano dé su consentimiento y vaya conmigo á traer á la chica, empeñando su palabra de honor á Patricio. Nadie sabrá lo que ha pasado y nadie tampoco se extrañará de que Mercedes se case con un compatriota.

La voz irritada de Canalejas impidió que la última frase pudiera oirse distintamente.

— ¡Jamás consentiré en semejante casamiento! vociferó fuera de sí.

— Y harás muy bien, papá; sería una vergüenza, dijo Milagritos.

— Jamás, insistió iracundo el padre.

— ¿Sabes, papá? repuso la joven, aquí estamos perdiendo el tiempo. Lo que debes hacer es ir inmediatamente á casa de Jenaro y traerte á esa muchacha tonta, de grado ó por fuerza.

— Por supuesto; es lo que voy á hacer.

Hubo entonces un diálogo confuso, mientras don Graciano se aprestaba á salir. Las dos jóvenes opinaban por que doña Quiteria debía ir con él, á lo que la

señora, enemiga de emociones violentas, oponía una decidida negativa. Canalejas era de la opinión de sus hijas. Jenaro, por excepción, apoyaba la indicación de sus sobrinas, con la esperanza de que la presencia de la madre pudiese moderar el tono de la escena entre don Graciano y su hija. La señora, con frases cortadas, con reticencias de persona que no tiene voluntad propia, se defendía.

— Nadie mejor que mamá Regis para ir á traer á Mercedes y persuadirla á que obedezca á su padre.

Canalejas rechazó ese arbitrio.

— No, no, dejemos en paz á mi madre. Es preciso que ignore lo que ha hecho su nieta predilecta. Dejémosla que siga creyendo que se ha quedado á comer con las Fuenteviva.

Pero doña Quiteria no renunció por eso á su resistencia y recurrió á un argumento que le pareció irrefutable.

— Yo tendría que ir á ponerme vestido, dijo; yo no puedo ir así como estoy, de bata.

Pero las hijas habían decidido lo contrario.

— ¡Quién te va á ver, mamá! Te irás en mi coche.

— Yo voy á traer un sombrero y una capa.

Todo esto se había dicho en medio de gran agitación, con la urgencia apremiante de evitar más pérdida de tiempo.

— Si no se apuran, observó impaciente Milagritos, es capaz que Patricio se lleve á Mercedes de la casa del tío.

Dolorcitas repitió entonces que iba corriendo á traer el sombrero y la capa que pedía su mamá.

Antes que la joven hubiese salido, la mamá se apresuró á hacerle indicaciones que consideraba de primera importancia.

— Tráeme el gran sombrero negro con plumas, ese va bien con cualquier traje, y mi capa verde musgo;

¿no te parece, Milagritos? Es la que mejor irá con esta bata.

— ¡Oh! mamá, cualquier cosa; no se trata de una visita.

Al fin salieron los esposos en el *coupé* de Milagritos. Jenaro los había precedido, en el coche de Dolorcitas, para ir más ligero. El *fiacre* de Juan Gregorio seguiría como pudiese.

Durante aquel tiempo, aunque Juan Gregorio se había esforzado por distraer de su inquietud á la pareja fugitiva, nada bastó á borrar la sombra de angustia que cubría el bello rostro de Mercedes, ni la preocupada concentración que sombreaba la frente de Patricio. Ella y él, mientras el mocito Canalejas les contaba sus alegrías de tripulante del *último barco*, los goces de la vida, corta y buena, empleada en el *bar*, durante el día, donde Maxime, en el café de París, durante la noche, hasta las dos y tres de la mañana, seguían con el pensamiento á Jenaro Gordanera, lo veían bajar frente al vestíbulo del hotel Canalejas y perderse por fin, tosiendo y quejándose, tras de la puerta de la biblioteca.

Ahí, tras de esa puerta, empezaba el secreto de destino. Ni la chica ni el joven podían desprender la imaginación de aquel recinto, que divisaban con el pavor de tremenda incertidumbre.

Ambos palidecieron al ver de repente entrar á Gordanera con enigmático semblante, y al oirle después de cerrar la puerta de la salita tras de sí, dirigiéndose á Mercedes:

— Tu padre y tu madre llegarán dentro de un momento á buscarte.

Fué aquello un pistoletazo dado en medio del pecho, á quema ropa. La muchacha miró á Fuentealba aterrada. Juan Gregorio habló en vez de ellos:

— ¿Qué dijeron los autores de mis días?

Gordanera sacó su caja de pastillas pectorales, ol-

vidada por largo rato, en medio de las agitaciones de la tarde.

— Graciano y las muchachas se pusieron furiosos, contestó echándose dos pastillas á la boca.

— Eso les hará bien; nada como chicotear un poco la sangre. La tranquilidad perpetua enerva, pronunció dogmáticamente Juan Gregorio.

— ¡Oh, Patricio! ¿qué hacer? exclamó la chica, desfalleciente.

Sentía que el valor ficticio, engendrado en ella por la vaga esperanza del consentimiento de su padre, se helaba en torno de su corazón, paralizándolo.

— Si te atreves, vámonos de aquí, huyamos, y, al fin, tendrá tu padre que ceder.

Mercedes se tomó la frente con ambas manos; quiso ponerse de pie, y cayó sobre su silla, sin fuerza, sin voluntad para tomar una decisión. La inminencia de la llegada de sus padres era para ella la ola que avanza sobre el nadador extenuado.

— ¡Oh, Patricio! murmuró con apagado acento. ¡Quién sabe! Tal vez podamos persuadirlos; ensayemos.

Era la imagen de la desolación; ponía toda su alma en esa súplica, mirando al joven en una imploración desesperada.

— Como quieras; no te alarmes así, la animó el mozo con la afectuosa voz del que quiere calmar á un niño aterrorizado.

Gordanera se interpuso entonces, temeroso de que su cuñado y Patricio pudieran encontrarse.

— Ya no tardarán en llegar; será mejor que usted, señor don Patricio, no espere aquí; venga usted á mi dormitorio.

— Lo que es yo, dijo el mozo Canalejas, tampoco me quedaré á ver á esos ogros; la cosa no será divertida.

Unió en el acto la acción á sus palabras, y al salir:

— ¡Ah, amigos míos! si yo fuese ustedes, sé muy bien lo que haría. Uno es moderno ó no lo es, ¿no es así? Yo enviaría á pasearse á los viejos. Seamos de nuestro tiempo, ¡qué diablos! Adiós, mis pichones, hasta la vista.

En ese momento sonó la campanilla de la puerta. Jenaro, en persona, fué á recibir en la antesala á su cuñado y á su hermana. Entre estos dos habían convenido que entraría primeramente la señora donde estaba Mercedes. Don Graciano quería dar á su aparición la solemnidad de la de un juez al tribunal, portador de la majestuosa autoridad de la ley. De este modo le parecía seguro encontrar más dócil á Mercedes.

Hubo un momento de muda vacilación entre la madre y la hija. La señora estaba casi más pálida que la muchacha. ¡Aquello era tan nuevo para su corazón y para su espíritu, anidados en la inalterable paz de la existencia sin contrastes! Un impulso de maternal protección la hizo correr casi hacia la chica, abriéndole los brazos. Mercedes se arrojó en ellos con el calor de una enternecida y profunda gratitud.

— ¡Ay, mamá! ¡Qué buena eres! sólo acertó á decir entre sollozos.

Pero la señora no alcanzó á sentir en toda su pureza la compasión protectora que imploraban las palabras y el ademán de la afligida, porque sintió que, al echarse ésta en sus brazos, buscando cómo ocultar en el regazo materno su frente ruborizada, le había arrugado desastrosamente el gran cuello de rico encaje de Malines, que le cubría el pecho y las espaldas. En vez de cerrar los brazos sobre Mercedes, doña Quiteria se retiró casi de ella por un movimiento instintivo; pero se refrenó un segundo después, pensando en que el encaje podría plancharse si quedaba con arrugas, y respondió con amoroso abrazo á la ternura de la niña. Bien aleccionada durante el camino

por su marido, doña Quiteria no se dejó vencer, sin embargo, por el enternecimiento.

— Tú papá está muy enojado, hijita; es preciso que le obedezcas en todo.

Fueron estas palabras para Mercedes el toque de muerte de todas sus esperanzas. Por un instante se había llegado á figurar que el cariñoso ademán de su madre, al tenderle los brazos, era anuncio de perdón, un indicio de que sus padres se compadecían de su miseria y le otorgaban su consentimiento. Pero ya no era dable dudar. Aquel padre que anunciaba su irritación antes de mostrarse, produjo, así ausente, en la azorada chica, el sacudimiento del miedo irreflexivo. Los nervios, sobrexcitados por las emociones de la tarde, le golpearon al cerebro con un redoble de pánico, y en ese instante decisivo en el que se había jurado dar á Patricio una suprema prueba de amor, apoyando su resistencia en las valientes teorías que acababan de oir á Rosaura Fuenteviva, no tuvo su alma otra inspiración que la de humillarse contrita y avergonzada.

— Sí, mamá, sí obedeceré, dijo con desolado acento, estrechándose, amedrentada y llorosa.

Abrióse entonces la puerta del saloncillo, y don Graciano, con teatral majestad, entró en la estancia.

El dueño de casa sólo esperaba ese instante para llevar á efecto una idea que le había ocurrido mientras esperaba en la antesala con Canalejas. Dejando á éste con su mujer y con su hija, entró al cuarto de dormir, donde aguardaba, lleno de ansiedad, Fuentealba.

— Mi amigo don Patricio, le dijo con su voz de hombre descontento, dispénseme que le diga que no es propio que esté usted aquí, á dos pasos de mi cuñado y de mi hermana, que tienen mucho, sin duda, de qué quejarse de usted...

A un ademán del joven, Gordanera se interrumpió.

— ¡Ah! yo no me pronuncio ni por usted ni por ellos. Observo solamente que, á juicio de ellos, usted les ha hecho una ofensa grave; por eso, me parece que usted no debe quedarse aquí, donde puede oir todo lo que hablen con su hija. Si llegasen á saber que yo había permitido eso, se pondrían furiosos conmigo, naturalmente.

— ¿Qué desea usted que haga? Yo estoy á sus órdenes, y no quiero ser causa de que se perturben sus buenas relaciones de familia.

Ya, desde ese momento, podía percibirse el ruido de voces en la pieza vecina.

— ¿No ve cómo tengo razón? Aquí se oye muy bien lo que están diciendo. Hablemos nosotros más despacio.

— Mande usted: repito que estoy á sus órdenes. Yo no quería, sin embargo, irme lejos de aquí. Usted comprenderá que el resultado de lo que pase entre Mercedes y su padre, es para mí de la más alta importancia.

— Justo, muy justo. Hay un medio de arreglarlo todo: vaya usted á esperar en el café de enfrente. Si hay necesidad, yo iré á llamarlo. Si no, venga usted á saber lo que ha pasado cuando los vea irse.

No hizo á esto ninguna observación el joven. Conducido por Jenaro, salió á la antesala, y de ahí á la escalera. Jenaro, en voz apenas perceptible, le repitió lo que le había dicho, cerró tras él la puerta de su habitación y entró al saloncito.

Ahí vió á Mercedes, que se había sentado en actitud de profundo abatimiento. Doña Quiteria, sentada también al lado de su hija, trataba de deshacer, con una suave presión de la mano, un gran doblez marcado en su cuello de encajes. Canalejas, de pie, peroraba.

Había ocurrido en el alma de la hija, á la entrada de Canalejas, un fenómeno moral en abierta contra-

dicción con las sumisas palabras con que acababa de contestar á la amorosa acogida de su madre.

— Espero, señorita, había dicho con énfasis don Graciano, que ya habrá usted pedido perdón á su madre por el gran pesar que nos ha causado á ella y á mí.

« No era tan furibundo el terrible juez, de cuyo enojo la madre había sido la emisaria ». Así pensó la chica, diciéndose que aquella era la última ocasión en que podría implorar la benevolencia de su padre, no tal vez tan inexorable como se había figurado. « No era posible, se atrevía á pensar, que abandonase en silencio al hombre que amaba, al que siempre había tenido para ella inquebrantable ternura. » Esa especie de galvanismo, que suele infundir valor á los tímidos en presencia del peligro inevitable, le dió alientos para sobreponerse á su terror y contestar con voz inteligible:

— Sí, papá, creo que no me he conducido bien, y...

— Dí que te has conducido vergonzosamente, la interrumpió su padre con aspereza.

La señora, olvidando su cuello de encajes, se interpuso.

— Mi hijita está arrepentida, dijo golpeando con cariño la mano de la niña.

Esto dió valor á Mercedes.

— Pero, papá, te suplico que me oigas. ¿Por qué eres tan duro conmigo? Yo no me puedo resignar á casarme con un hombre á quien no quiero.

— ¿Y por esa razón te arrancas con otro? exclamó don Graciano, alzando al techo los brazos, tomando por testigo al cielo de tamaño desacato.

El ímpetu de su enojo no tuvo límites desde ese momento. Tomó su voz entonaciones trágicas. La acción fué imperiosa, como la del que sabe que no tiene que guardar consideraciones con su contendor. « Ella no debía figurarse que, con exponer su familia á la

vergüenza, iba á conseguir arrancarle el consentimiento para un enlace disparatado. » Sobre ese tema hizo resonar su autoridad, con expresiones duras, con exageradas exclamaciones. Sus reproches pasaron sobre el alma de la chica como un viento de hielo, entumeciendo, hasta el aniquilamiento, la osadía ficticia con que había intentado hacer un supremo esfuerzo de resistencia. Espoleado por su propio ardimiento, embriagado por su palabra, pasó don Graciano de los reproches á las amenazas, de la expresión de su voluntad á los anatemas, que repercutían los ecos de la estrecha pieza, á los oídos de Mercedes, con el fragor de truenos en una tempestad desencadenada.

Después de eso, ¿cómo resistir? Su pobre corazón, frágil esquife abandonado al embate de las olas, flotaba sin brújula ni concierto en un piélago obscuro de insondable arrepentimiento. Una á una le fueron arrancadas las promesas de obediencia absoluta, dejando su razón exánime, sin otra luz que la de una esperanza vaga de que el cielo se apiadaría tal vez de ella y le enviaría, en su infinita misericordia, la paz segura de la muerte.

Lentamente bajó el grupo de familia la escalera, después de despedirse de Gordanera. Por no abrir un debate fatigoso para su laringe, él se había abstenido de hablar en defensa de la pareja á la que acababa de dar asilo. La madre y la hija iban las primeras. La señora, pensando en que mandaría calentar una plancha, y que en su presencia la camarera hiciese desaparecer las arrugas del encaje. Mercedes seguía anonadada. Don Graciano cerraba la marcha embriagado con su victoria, pensando en el aplauso con que sus hijas mayores le agradecerían aquel acto que restauraba sus esperanzas amenazadas.

Patricio, mientras tanto, con el ánimo oprimido, había entrado al café, cerca de la casa que habitaba

miento y la vista de dos ó tres parejas de hombres calvos y gordos, tipos del *rentier* de barrio pobre, que jugaban, unos al *dominó* y otros al *piqué*, no era por cierto un espectáculo capaz de calmar su inquietud. Después de pedir una media taza de café, para adquirir derecho de residencia en aquel triste recinto, se puso en ansiosa observación á la puerta. Tras largo rato vió al fin que salía de la casa el grupo de los Canalejas. Los dos coches que esperaban, se adelantaron, impidiéndole ver las personas que subían á ellos. Con gran ruido de herraduras se alejaron después á trote largo.

— ¿Qué quiere usted, amigo? le dijo Gordanera cuando llegó á preguntarle lo que había pasado; el hombre es testarudo como un vizcaíno. En balde le suplicó la pobre chiquilla. Fué aquello como tirar de un burro por la cola. No hay nada que esperar. Dispénseme que no le diga que se quede. Con todas estas agitaciones me siento medio resfriado y voy á meterme en la cama.

XI

Dos diarios de París publicaron, al día siguiente, la noticia de haberse agravado la enfermedad del príncipe heredero de Rœspingsbrück. La inquietud de los fieles súbditos de su alteza serenísima el príncipe reinante, decían esos periódicos, calmada apenas con la desaparición de los síntomas alarmantes que habían conseguido vencer los médicos, despertada ahora con el nuevo ataque, mantenía en leal agitación al principado. Los boletines sobre la marcha de la enfermedad se multiplicaban con frecuencia y eran transmitidos á toda la monarquía, bastando apenas á satisfacer el solícito interés con que se los disputaban las distintas clases de aquella sociedad idólatra de sus soberanos.

Juan Gregorio, absorto en esos diarios durante el almuerzo, leyó en alta voz la noticia á la familia reunida en derredor de la mesa.

— ¡Ese sí que es fenómeno político prodigioso! ¡Una familia reinante idolatrada en estos tiempos de atentados anarquistas! dijo á manera de comentario burlesco.

Se dió un momento para calmar la tos de su esfuerzo por sofocar la risa, y agregó :

— ¡Y ese príncipe barómetro, cuya salud marca el grado de cariño y las altas y bajas de la inquietud de

sus súbditos! Palabra de honor, es edificante. Yo creo que el príncipe heredero se está *pagando la cabeza* de sus súbditos.

Nadie hizo eco á la ironía de Juan Gregorio. La atmósfera del comedor parecía cargada de preocupaciones. El jefe de la familia conservaba la actitud autoritaria de la tarde anterior. El espíritu de su mujer se balanceaba entre el doblez del cuello de encajes, que no había desaparecido enteramente con la plancha, y el nuevo vestido que tenía que ir á probarse donde Worth. Tan distraída como los esposos, oyendo los comentarios de Juan Gregorio sobre la enfermedad del príncipe, se mostraba la anciana doña Regis. Observaba á Mercedes, que, silenciosa y pálida, había logrado por sobrehumano esfuerzo disimular, á los ojos de sus padres, su abatimiento de mortal desconsuelo. Hasta Benjamina y Nicolasito, relativamente quietos, acentuaban con su actitud la casi austera reserva que reinaba alrededor de la mesa. Pero los chicuelos, aunque moderando sus risas, después de lanzar pelotillas de pan bien asestadas al criado más joven, de los que servían el almuerzo bajo la pretenciosa dirección del mayordomo, no perdían palabra de las conversaciones de los *grandes*, con la vaga sospecha de que algo grave debía haber ocurrido en la familia.

Al terminarse el almuerzo, otro sirviente entró al comedor, trayendo una carta para Canalejas. Con el auxilio de sus anteojos, el caballero leyó el sobrescrito; pero á pesar de ese auxilio, le fué imposible descifrar el contenido de la misiva:

— Ve si entiendes esos garabatos, dijo á Juan Gregorio, pasándole la carta; en francés y en mala letra, imposible atinar.

Doña Regis y Mercedes salieron en ese momento del comedor. Juan Gregorio decía al mismo tiempo, después de echar una ojeada al papelito:

— Es de la antidiluviana condesa de Montignan. ¡Caramba con la letra! Esto sí que puede llamarse propiamente *patas de mosca*.

— ¿Qué dice? Tradúcela al español para que los criados no entiendan.

Juan Gregorio leyó:

« Estimado señor de Canalejas: Puedo ya contestar á usted acerca de lo que ayer conversamos; pero una amenaza de jaqueca me obliga á rogar á usted me haga el favor de venir esta tarde, de tres á cuatro, en vez de tener yo el gusto de ir á casa de usted. »

— ¡Ah, ah! ¡La cosa se encrespa! concluyó Juan Gregorio, devolviendo la esquela á su padre.

En tono de recomendación de alta importancia, doña Quiteria dijo á su marido, al verlo levantarse de la mesa:

— Apenas esté todo arreglado, es preciso que me lo digas, Graciano, para empezar á hacer el *trousseau* y mis vestidos; tú no tienes idea del tiempo que tardan las costureras.

Canalejas dejó sin respuesta la indicación de su mujer. Por el teléfono, apenas estuvo en su escritorio, avisó á Milagritos y á Dolorcitas la nueva ocurrencia, pidiéndoles que vinieran en la tarde para hablar sobre lo que le dijese la de Montignan.

La condesa ocupaba, en la extremidad de la calle de Varennes, el pequeño entresuelo de una de esas viejas casas de París, en las que los gustos parsimoniosos de los que las edificaban suprimían todo estilo arquitectónico. En la estrecha salita, condecorada con el nombre de salón, á la que una criada, tan vetusta como su ama, hizo entrar á Canalejas, la escasa luz que dejaban pasar las ventanas recibía una atenuación exagerada con dobles cortinas de dudoso color. El visitante esperó solo largo rato. Poco á poco sus ojos fuéronse acostumbrando á la misteriosa obscuridad. Sugestionado por la idea de la noble alcurnia de

la dueña de casa, encontraba á todo en torno suyo, un aire de discreta grandeza. Esa impresión fué acentuándose en su espíritu á medida que se daba cuenta del amueblado y de los objetos de adorno acumulados en la minúscula estancia. Todo en ella se armonizaba en un aire de vejez decadente, símbolo de supremo gran tono á los ojos del visitante. Las viejas poltronas debían haber gastado su tapiz que malamente las cubría, á fuerza de tender los brazos á las generaciones de nobles damas y de nobles caballeros, brillantes satélites de las monarquías desaparecidas, que, como el sol al ponerse, habían dejado tras de sí, por mucho tiempo aún, el resplandor de su luz. Aquellos retratos de familia, en los que la obscuridad de la pieza dejaba apenas visible el carmín de las mejillas bajo la blanca nube de las empolvadas pelucas, perpetuaban sin duda la memoria de encopetados señores, orgullosos como el rey sol de sus tendidas pantorrillas, y de hermosas damas, ufanas de hacer admirar en el marco de sus descotes la blanca redondez de sus formas exuberantes. Un mariscal de campo, con su roja casaca á lo Luis XV, su tricornio y sus numerosas órdenes de caballería sobre el pecho, debía, en sentir de Canalejas, haber ganado la victoria en numerosos campos de batalla puesto que lucía tantas con decoraciones, mientras que en aquel consejero, con su frac de alto cuello, su prominente tupé y su voluminosa corbata blanca sobre la amplia valonilla, le parecía ver al autor de sabios consejos al monarca, que pudo al fin morir en su lecho, tras dos penosas emigraciones, mientras el usurpador exhalaba sus quejas de Prometeo en la brutal hospitalidad de Santa Elena.

De su contemplación reverente de aquellos personajes, los ojos del visitante bajaban á las miniaturas de una vieja vitrina, cuando un ruido ligero de puerta que se abría le anunció la entrada de la dueña de casa. Envuelta, más bien que vestida, en una bata obscura,

con sus crespos sal y pimienta sobre las sienes y una confusión de encajes negros alrededor del pescuezo, la Montignan le tendió su mano izquierda, al mismo tiempo que sus labios diseñaban en una vaga contracción su sonrisa de persona displicente y presuntuosa. Canalejas creyó que la mejor manera de iniciar la conversación sería ofrecer el homenaje de su reverencia á las grandes memorias de las que el obscuro saloncito se le figuraba un misterioso santuario.

— Aquí he estado, señora condesa, admirando tanta reliquia encerrada en esta pieza.

La sonrisa de « vinagre sobre fragmentos de botella », como alguien había calificado el sonreir de la señora, fué más franca esta vez sobre sus labios, gracias al fruncimiento de los arrugados párpados con que dignó acompañarla. Canalejas no pudo, sin embargo, distinguir si fué aquello un gesto de amable acogida, ó si quería indicar la grotesca impresión que el detestable francés del visitante había producido á la gran dama.

— Qué quiere usted, mi señor de Canalejas, es lo único que nos queda á la gente de *nuestro mundo*, tan maltratada por toda esta orgía gubernativa que llaman república.

« Nuestro mundo » arrojaba á Canalejas á su esfera de trasplantado plebeyo. « El marchito vestigio de edades pasadas que tenía delante de sí, perdido entre los pliegues sombríos de la bata, al punto de hacer dudar que hubiese un cuerpo humano dentro de ellos, tenía una personalidad en el gran mundo de París, pensaba con admiración Canalejas, á pesar de su pobreza y de su oficio de casamentera ». Esa reflexión le avivó la sed de títulos y de altas relaciones que sus hijas mayores le habían dado, la vanagloria de ser *alguien* en ese *mundo* de la condesa, de *existir* para esa sociedad encumbrada en su esfera ficticia de tradicional señorío.

— ¡Oh, las repúblicas! hizo eco á la voz de la condesa, levantando los hombros con aire de quien deplora los desmanes de la democracia; ¡á quién lo dice usted, señora condesa! ¡Ya ve usted cómo están la mayor parte de nuestras repúblicas!

La de Montignan levantó sobre la desolación de los tiempos su mano descarnada, pero se apresuró á entrar en materia :

— Y bien, mi señor de Canalejas, ¿ha reflexionado usted sobre nuestro pequeño negocio?

— Ciertamente, ciertamente, señora condesa.

— ¿Se acepta el régimen de la comunidad?

« ¿Cómo formular la negativa, sin parecer contestar con un *ultimátum?* » Esto se preguntaba Canalejas, tosiendo para darse el tiempo de reflexionar. Lo mejor era un subterfugio.

— Yo creía que habíamos convenido ayer que sería el régimen dotal.

El envoltorio de la bata se volvió sobre su silla vivamente hacia el hispano-americano, y la voz de viejecita de poca paciencia resonó con inflexiones de autoridad que aconseja :

— Oiga usted, mi buen señor de Canalejas...

Con esta introducción y un martilleo cadencioso que se iba afirmando á medida que hablaba, la condesa expuso su modo de pensar.

— Permítame decirle que yo no me he encargado de discutir con usted lo del régimen que se adoptaría para el contrato. Este punto es más propiamente del resorte de los notarios de ambas partes. Yo he condescendido, como hacen muchas señoras de *nuestro mundo*, sépalo usted, en hacerme cargo de una misión amistosa, en la que he creído ser agradable á la familia de usted...

— ¡Ah, señora condesa! muy agradable para nosotros.

— Muy agradable, ¿no es verdad? Pues bien, voy

á hablar á usted confidencialmente, pero con la mayor franqueza. El príncipe no ponía en duda, por un instante, de que se adoptaría el régimen de la comunidad. Cuando anoche, en casa de mi prima la duquesa de Puycarbon, le hablé del régimen dotal: « ¿Qué es eso? » me preguntó admirado. Y cuando le expliqué en lo que éste consiste, el príncipe tuvo un movimiento de verdadero descendiente de casa real. « Querida condesa, me dijo levantando la frente con gran dignidad, siento mucho haber molestado á usted. Yo sería el primero de mi prosapia que bajase de ese rango á buscar esposa en la burguesía; pero no lo haría ciertamente para trocar mi condición de príncipe de una casa soberana por la de un simple burgués, sometiéndome á condición como esa de lo que usted llama régimen dotal. »

— ¡Ah! ¿Eso dijo? ¡Qué lástima! Yo no puedo aceptar la comunidad.

Pensaba don Graciano al hablar así en las palabras de su notario: « La comunidad, mi querido señor, es un endoso en blanco que usted daría al príncipe de toda la fortuna de su hija. » Le labraba, es cierto, el alma la idea de renunciar á las grandezas entrevistas. Lo desazonaba el pensar en la acogida que le harían Milagritos y Dolorcitas cuando les anunciase el rompimiento de las negociaciones. Pero, ante todo, era hombre de negocios y de experiencia en la vida para no poder disimularse que, una vez disipada la dote de Mercedes, él tendría que sostener el lujo del magnate, sacrificando el suyo y el de su familia.

La condesa había fijado en él una mirada tan enigmática como su sonrisa.

— Entonces, le dijo, es decidido. ¿Usted no puede aceptar la comunidad?

Canalejas sintió un frío espeluznante discurrirle por el cuerpo en presencia de ese enigma. Después de unos segundos de vacilación, como el jugador que

arroja sobre el tapete verde lo último que posee:

— ¡Qué quiere usted, señora...!

— Pero me dicen que en los países de ustedes la gente se casa generalmente sin contrato.

— ¡Ah! sí, en nuestros países, es verdad; pero aquí es mejor seguir la costumbre más general.

La de Montignan pareció reflexionar. Eso bastó á Canalejas para decirse que no estaba todo perdido.

— Fué lo que yo hice observar á su alteza, dijo ella tomando un aire confidencial. Le confesaré á usted que, á pesar de la manera como su alteza me había hablado, yo no desesperaba, porque en ese juego yo estaba en posesión de la carta principal, pues conocía el gran amor de su alteza por la señorita Mercedes. Con tal recurso de mi lado, conseguí, no fácilmente, ¡Dios mío! ir venciendo su repugnancia por el régimen dotal. Pero usted comprende que una dote de un millón y medio de francos no es una suma para ofuscar á un príncipe de casa reinante, que puede pasar de un día á otro al rango de príncipe heredero. ¿Ha visto usted las noticias de la mañana? Parece que el heredero actual va de mal en peor; muchos dudan que salve de este ataque. Ahí tiene, pues, usted, mi querido señor de Canalejas, que, de la noche á la mañana, su alteza puede ofrecer á la señorita Mercedes, no una fortuna, lo que cualquiera puede adquirir, sino ¡un trono! Piense usted: ¡un trono! ¡Figúrese usted á su hija entrando á figurar entre las testas coronadas de Europa, y la familia de usted ennoblecida de hecho.

Eran como cohetes de luces que estallaban á los ojos de don Graciano. « ¡Un trono, las testas coronadas, la familia de hecho ennoblecida! » Aquello tomaba las proporciones de un cuento fantástico. La condesa de Montignan, envuelta entre los pliegues de su bata raída, con su enjuto rostro, al que las hilachas de su corbata de encaje formaban un marco grotesco,

era la hada poderosa que, con su vara mágica, descorría el velo del porvenir y le mostraba los tesoros que su parsimonia de plebeyo podía dejar escaparse.

— Entonces, prosiguió la condesa, tomé sobre mí el sondear con mucha cautela si un aumento en la dote, que no entraría en la parte comprendida en el régimen dotal, podría hacer aceptar á su alteza. ¿Qué le parece á usted?

Al oir lo de aumento de la dote, los músculos del enjuto semblante de Canalejas se contrajeron con un gesto de hombre que se ve cogido en una celada. Al contestar, su voz acusaba la confusión de su espíritu.

— Pues, señora, ¿qué podré decir á usted? Un aumento de la dote... Eso depende... si se tratase de poca cosa.

— Como todo gran señor joven, el príncipe tiene deudas. Se trataría en ese caso de una suma suficiente para pagarlas.

Canalejas repitió:

— Si se tratase de poca cosa, veríamos.

— Cuando pregunté á su alteza por el montante de las deudas, sus propias palabras fueron éstas: « Querida condesa, poca cosa; todo quedaría saldado con trescientos mil francos. »

Para ocultar su espanto, Canalejas se fingió jovial.

— Tiene razón; como él no ha de pagar, es poca cosa.

— Un príncipe de casa soberana, mira las cosas de distinta manera que la burguesía. Sabe que, tarde ó temprano, sus deudas han de ser pagadas.

La condesa hizo al hablar un gesto enigmático que parecía invitar á su interlocutor á la resignación. Luego añadió con aire de familiaridad amistosa:

— Después de todo, mi buen señor de Canalejas, para un millonario como usted, cuando se trata de aliarse con una casa reinante, trescientos mil francos no es el Perú.

— Sin embargo, señora condesa, sin embargo...

Fué todo lo que don Graciano objetó en alta voz. Pero, al mismo tiempo, en su interior daba al diablo á la vieja negociadora, que por tan suave pendiente lo había arrinconado en la alternativa, ó de consentir en el aumento, ó de dejar escaparse aquella ocasión única de relacionarse estrechamente con toda la nobleza europea. Porque tal era, en realidad, la disyuntiva que dejaba traslucir el tono decidido y el ademán enfático con que ella encomiaba la noble antigüedad de la casa de Rœspingsbrück, la alta consideración de que gozaba en Europa, no obstante el escaso territorio del principado y su minúscula población de doscientos mil habitantes. Canalejas se persuadió de que esta vez su resistencia cortaría, sin remedio, el hilo de la negociación. En frases de transparente claridad, madame de Montignan le daba á entender, con movimientos de cabeza, equivalentes á un vaticinio sibilítico, que, sin su verdadera pasión por Mercedes, el príncipe habría ya consentido en oir ciertas ventajosas proposiciones que se le habían insinuado de parte de un archimillonario de Chicago. Este vendedor de puercos dotaría espléndidamente á su hija. Era entonces el caso de la mercadería disputada, á la que el simple hecho de la competencia añade un valor de fascinación que antes no tenía.

— Señora, acabó por decir don Graciano, yo veo que usted tiene razón. El honor para nosotros es indiscutible; pero, antes de contestar definitivamente, debo entrar en un balance de los fondos de que puedo disponer en Europa.

No resistió á un impulso de advenedizo vanidoso.

— ¡Ah! si estuviéramos en mi país, repuso, trescientos mil francos de más ó de menos no sería, por cierto, una suma de gran importancia. Pero aquí es distinto; tengo que ver mis cuentas antes de comprometerme.

La condesa lo apoyaba con ademanes de aquiescencia, lo ayudaba á vencer la dificultad que él tenía para expresarse en francés. En el bondadoso empeño que tomaba la noble dama para guiar á Canalejas por ese camino del avenimiento, había algo de la solicitud con que la nodriza guía y sostiene al niñito que empieza á dar sus primeros pasos.

— Muy justo, muy justo, decía entre cada tropezón de las trabajosas frases del trasplantado. Ella las concluía por él, aprobando con aire de convicción inteligente, poniéndose á su nivel, elevándolo al de *su mundo*, con alguna lisonja bien calculada, para sellar su triunfo. Mas, á pesar de ese manejo de una consumada experiencia, la dama no lograba obtener la promesa formal que necesitaba para tranquilizar á su cliente, acerca de la doble condición de un aumento de la dote y de que ese aumento quedase fuera del régimen dotal. Canalejas se había puesto de pie para despedirse, sin expresar, tocante á estos dos puntos, más que sus buenos deseos, y absteniéndose de comprometerse definitivamente. Encontraba que hacer un regalo de trescientos mil francos al noble pretendiente, á más de la dote ofrecida, era pagar demasiado caro el honor de emparentar con un magnate arruinado. Mientras que, dejando en suspenso su resolución, parecíale muy probable que la incertidumbre hiciese valer las inspiraciones de su prudencia en los cálculos de Stephan y de su consejera.

Era, sin embargo, demasiado suspicaz é inteligente la de Montignan para no acertar con las intenciones de su interlocutor. Desde el principio de las negociaciones había visto en él que un espíritu de regateo se sobreponía á sus aires estudiados de hombre fastuoso. Dejarlo irse así, quedando las cosas en suspenso, le parecía un serio peligro. Sabía que la situación del príncipe, en punto á recursos pecuniarios, era demasiado apremiante para que una resistencia absoluta

de Canalejas á mejorar las condiciones del contrato no acabara por imponerse y hacer rendirse al descendiente de los Cruzados. No sólo el interés de éste, sino el propio de ella misma, sufrirían grave detrimento en este caso. La recompensa de sus esfuerzos tendría que ser proporcional á la cuantía de lo que obtuviese como dote de la muchacha. En ese orden de ideas resolvió apelar á un recurso que el príncipe había querido tener en reserva para ir aumentando sus exigencias.

— Por supuesto, dijo al tender la mano á Canalejas, que, no pudiendo usted comprometerse desde ahora, su alteza queda en libertad también de oir las proposiciones del *millonario* de Chicago.

Canalejas, turbado por ese apremio, contestó, vacilante:

— Yo creía, señora condesa, que mientras estemos tratando...

— Ciertamente, el príncipe no contraerá otro compromiso; por eso dije á usted que *podrá oir*. Es una simple precaución de mi parte; por lo demás, casi superflua, puesto que usted se muestra tan deseoso de acceder á lo que pedimos.

— Muy deseoso, usted tiene razón; casi me atrevo á decir que todo podrá arreglarse.

Para dar ese paso en la senda de las concesiones, Canalejas había pensado en la amarga reprobación de sus hijas si se presentaba á ellas con el amenazante peligro del archimillonario de Chicago.

La condesa se aprovechó al momento del tono conciliador de la respuesta, tomando un airecito familiar muy halagador para Canalejas.

— Puesto que usted me manifiesta tan buenas disposiciones, voy á revelarle un secreto que le ruego no confíe á nadie, fuera de su familia.

— ¡Oh! usted puede contar con nuestra discreción,

exclamó él con un signo afirmativo, como si jurase sobre el Evangelio.

— ¿Sabe usted lo que me ha dicho su alteza? Me dijo que si usted acepta nuestras dos indicaciones, él rogará á la princesa madre que venga á París con la joven princesa Thyra á solemnizar las bodas con su presencia.

— ¡Ah, sería una cosa muy grande! dijo con verdadero entusiasmo el padre de Mercedes.

La revelación confidencial de la gran dama repercutió en la mente de Canalejas como el sacudimiento de una corriente eléctrica. Sus ojos despidieron destellos de luz. Un miraje de grandeza se alzó delante de su imaginación maravillada. « Él y su familia, honrados con la presencia de tan augustas damas ; las dos princesas dominando en el séquito nupcial con su aristocrática majestad, como domina la cruz alta en las procesiones solemnes de Hispano-América. » Veía la muchedumbre elegante seguir detrás. Los hispanoamericanos de París, admirados ó envidiosos ; lo más encopetado de la aristocracia francesa, el cuerpo diplomático extranjero, todos acudirían á inscribir sus nombres en los registros de las princesas ; todos concurrirían también, gracias al prestigio señoril de las encumbradas huéspedes, á las bendiciones y al suntuoso almuerzo después en el hotel Canalejas. La visión cruzó como una luciente nube de oro por el pensamiento de don Graciano.

— Ciertamente que eso sería un gran acontecimiento en París, exclamó la de Montignan, poniéndose mañosamente á la altura del entusiasmo de su interlocutor.

Y añadió después forzando la nota :

— Y del que hablaría toda la prensa europea. Á partir de ese momento, usted y su familia entrarían á formar parte de las personas que *cuentan*, por su importancia, en París.

Arrebatado psr su entusiasmo, Canalejas acabó por aceptar formalmente las dos condiciones bien puntualizadas por la condesa : aumento de trescientos mil francos en la dote ; exención de esta suma de las prescripciones del régimen dotal.

— Se entiende, señora condesa, que la concesión solamente se hará efectiva cuando sus altezas la princesa madre y la joven princesa Thyra se encuentren en París.

— Entendido. ¿Puedo anunciárselo así al príncipe Stephan ?

— Ciertamente, señora condesa. Yo, por mi parte, corro á llevar la noticia á mi mujer y á mis hijos.

Subió á su coche con la fiebre de la impaciencia. « Iba á entrar como triunfador en ese hotel que pronto sería consagrado con la augusta presencia de la futura suegra y de la futura cuñada de su hija. » Los objetos que pasaban delante de la ventanilla del carruaje no tenían significación alguna para su pensamiento. Su imaginación comparaba orgullosamente la humildad de su cuna con la grandeza que abría sus doradas puertas, en el gran mundo europeo, al empleadillo de una escribanía de aquella lejana tierra de Hispano-América, « estrellita casi invisible, pensaba él, en el gran firmamento del mundo civilizado ».

En el salón verde lo esperaba su mujer en compañía de Milagritos y Dolorcitas. La señora había hecho bajar de sus piezas varios estuches con alhajas que acababan de llegarle de donde Boucheron. No sabiendo en qué emplear el tiempo mientras estaba en la casa, había hecho venir esas joyas para anticipar su elección de regalos, en caso de que el casamiento de Mercedes con el príncipe llegara á realizarse. Las dos muchachas la alentaban en ese entretenimiento ; discutían con ella sobre cada aderezo, haciendo, por supuesto, triunfar la opinión de cada una de ellas sobre la de la madre.

— Tú no sabes, mamá; tú no conoces el gusto parisiense.

— Esa piocha que te gusta tanto, no es para una mujer joven; está bien para una señora de edad, como tú.

En esa ocupación las encontró absortas don Graciano cuando entró. Las dos jóvenes se abalanzaron sobre él.

— ¿Qué ha habido? Á ver, papá, cuéntanos luego.

Él refirió los detalles de su visita. Con la complacencia del negociador que hace valer su mérito, engalanó su narración, proyectando toda la luz del reflector sobre la parte que le concierne. Al final, dejó maravilladas á las muchachas. Ambas se echaron al cuello del papá, colmándolo de alabanzas. Doña Quiteria no se había fijado mucho en las sutilezas con que se substraían los trescientos mil francos á las restricciones del régimen dotal. Ella formuló lo que le interesaba en esta pregunta:

— En fin, ¿se casan ó no se casan?

— Se casan, mamá, ¿no estás oyendo?

— Entonces ya ven ustedes qué razón he tenido en hacer venir esas alhajas.

Sin ayudar á vanagloriarse de su previsión á la señora, las chicas explayaron sus comentarios sobre la gloria inesperada que les deparaba la suerte. Sentían ambas el alborozo del que se ha sacado el lote principal en una gran rifa.

— Las dos princesas asistiendo al casamiento! ¡Qué suerte! Ahora sí que vamos á ser de lo más *chic* de París.

— Papá, hiciste muy bien en pasar por todo.

— ¿Qué son trescientos mil francos de más para el gran honor que vamos á tener?

Don Graciano replicaba de cuando en cuando, en medio del coro de congratulaciones de sus hijas:

— Sí, todo está muy bien; pero se trata ahora de encontrar el dinero.

— Puesto que nosotras no hemos recibido dote, bien puedes pagarte el lujo de tener un príncipe de casa reinante en tu familia.

— Y que con seguridad llegará el mismo á reinar, puesto que su hermano mayor está á la muerte, según los diarios.

Las dos chicas, en un arrebato de entusiasmo, tomándose de la cintura, se pusieron á valsar. No era posible distinguir si celebraban con ese ardor la seguridad de que se haría el gran casamiento ó la probabilidad de muerte del príncipe heredero de Rœspingsbrück.

Antes que dejasen de girar en los acompasados movimientos del *boston*, Benjamina y Nicolasito entraron en la pieza. Llegaban de paseo con mademoiselle. Sin saber de lo que se trataba, imitando á las hermanas mayores, emprendieron también un desaforado *boston*. Don Graciano y su mujer celebraban con aplausos la humorada de sus hijos.

— ¿Qué sucede? ¿Por qué están bailando? preguntó Benjamina, deteniéndose, jadeante, con la agitación del vals.

— Nada, nada; bailábamos por gusto, contestó Milagritos.

Dolores fingió empezar un vals con Benjamina, y, en una vuelta, le dijo al oído:

— Tendremos princesa en la familia: no digas nada.

— Hicieron salir á los niños, á fin de poder seguir hablando en libertad del inaudito acontecimiento.

— La condesa me encargó el sigilo, dijo don Graciano.

— ¡Oh! yo no diré nada, afirmó Milagritos.

— Ni yo, aseveró Dolorcitas, prometiéndose interiormente adelantarse á su hermana y contar la noticia por todas partes

La impaciencia de formar planes sobre cuanto habría que hacer á fin de preparar la celebración de la boda, se apoderó entonces de esos espíritus dominados por el ansia de encumbramiento. La madre quiso que desde ese instante se pusiesen de acuerdo sobre lo que había que ordenar para el ajuar de la novia. Con la pasión por todo lo que comprende la voz francesa de *toilette*, absorbente culto en el espíritu de las extranjeras desde el primer momento que se encuentran en París, doña Quiteria tenía ya decididos el número y la clase de los trajes, los modelos de capas, la complicada variedad de ropa interior, la fantástica profusión de sombreros, la multiplicación infinita de accesorios que formarían el ajuar de la novia. De todo empezaron las tres á formar listas, á escribir apuntes, á discutir los detalles y á distribuirse la tarea de ir á las tiendas especiales para pedir muestras, dibujos y proyectos de todo. Apenas, de paso, y conviniendo dejarlo para después, hablaron de las joyas para la novia, del hotel que tendrían que arrendar, de los carruajes que habría que elegir para ella, de los muebles con que debía amueblarse su hotel. Todo eso exigía meditaciones, combinaciones y diligencias infinitas : una tarea más complicada y laboriosa que la movilización de un cuerpo de ejército en este tiempo de acabada precisión estratégica.

Entretanto, allá en el segundo piso del hotel, la noticia había subido con Benjamina y Nicolasito. La víctima del acuerdo sellado por Canalejas algunas horas antes, recibió serena el secreto que llegó la hermanita menor á revelarle. Se había apoderado de Mercedes la resignación estoica que engendra en los que sufren el fatalismo del dolor. Su alma se replegaba en un aislamiento de silenciosa amargura, como un prisionero, en el rincón sombrío de su calabozo, se abisma en su abandono durante las primeras horas de una reclusión sin término. La abuelita había no-

tado el cambio en la actitud de la nieta, sin atreverse á interrogarla. No pudiendo aconsejarle la rebelión contra la autoridad del padre, la anciana se detenía ante aquella pena silenciosa, como se detiene la madre á la puerta del hijo enfermo, de miedo de agravar el mal, turbando el febril reposo del paciente. Así pasaron para ambas las horas de aquel triste día. Mercedes tuvo el valor de asistir con su abuelita á la comida, de oir las conversaciones, de hablar á veces con su madre sobre las vulgaridades de la vida de cada día.

Al siguiente, después del almuerzo, don Graciano pidió á su madre que viniese á su escritorio con Mercedes. Allí llegó también á reunírseles doña Quiteria. El semblante grave del jefe de la familia; la profunda mal disimulada tristeza de la chica; la natural majestad de doña Regis y hasta la preocupada fisonomía de doña Quiteria, que se había desvelado pensando en los vestidos que tendría que mandarse hacer para el casamiento, dieron, aun antes de que nadie hablase, un aire de solemnidad á aquella reunión de familia.

Don Graciano habló del honor insigne que él y los suyos recibían con la demanda del príncipe. « Nunca familia alguna de Hispano-América había sido objeto de tan especial favor de la suerte, ni era probable tampoco que ocurriese á ninguna otra tan señalada distinción en lo futuro. La persona elegida para elevarse á una altura social á la que no pueden aspirar los que no han nacido sobre las gradas de un trono, debía, no sólo estimar como portentosa su felicidad, sino aceptarla con entusiasmo, como un medio de corresponder al cariño de sus padres y á las bondades con que la han colmado desde la infancia. »

Ese era el fondo de su pensamiento, bien que lo hubiera expresado en frases cortadas de trabajosa elaboración, haciendo moverse la larga y bien teñida barba con una agitación de abanico. Mercedes incli-

naba la frente. Bajo los párpados tenues parecía que dos expirantes focos de luz amarillenta despedían sus pálidos rayos, cubriendo de tristeza las mejillas. La voz del padre retumbaba en la pieza con entonaciones de solemne peroración en algún gran alegato. Don Graciano contaba con que la vibración imponente de las notas bajas aumentaría la impresión de sumisa obediencia que procuraba infundir á su hija. Como ésta callase, continuó, casi directamente, mirando á Mercedes:

— Pero, no es sólo la gratitud á sus padres lo que debe obligar á una joven á manifestarse sumisa y solícita de obedecerles; es también el deber.

Entonces, en términos obscuros para la anciana doña Regis, que ignoraba la aventura de su nieta, pero enteramente claros para ésta, aludió á la fuga con Fuentealba y á la obligación de absoluta obediencia que le imponía su falta para hacerse perdonar. Atemorizada de este modo, la muchacha no tuvo una sola palabra de defensa cuando su padre, bajando de las generalidades con que había querido prepararle el ánimo, anunció la petición del príncipe y el compromiso de aceptación que él había contraído. Como su nieta, doña Regis sabía que era inútil discutir, y apenas aventuró observar, dejando así constancia de su oposición:

— Ya te he dicho, por mi parte, mi modo de pensar en esta materia. Yo preferiría para marido de esta niñita cualquiera de nuestros compatriotas, aunque pobre, con tal que fuese honrado y trabajador.

Despertando de su entorpecimiento pesaroso á la voz de la anciana, Mercedes alzó hacia ella los ojos, y con acento de intensa amargura:

— Yo no pido casarme con nadie, abuelita; mucho menos con ese príncipe, á quien no quiero...

Las últimas palabras, entrecortadas por los sollozos, resonaron con pesadumbre tan amarga, que un

estallido de indignación hizo decir á doña Regis :

— Yo no puedo hacer nada, hijita; mi opinión no cuenta en esta casa.

Se cruzaron esas palabras entre la nieta y la abuela, antes que don Graciano hubiese tenido tiempo de responder á la primera observación de su madre. Ahora, lo que ésta acababa de decir pareció sacarlo fuera de sí. Quejóse con ardor de la injusticia del reproche que envolvía la exclamación de la anciana. « Muy pocos hijos podrían compararse con él. Había rodeado siempre de respetuosas consideraciones á su madre. Por no separarse de ella le había pedido que lo acompañase á Europa, dándole así ocasión de venir á ver este gran mundo por el que todos suspiran en Hispano-América. Así, gracias á su cariño, la señora no se había separado de su nieta más querida, y habitaba con ella la más hermosa ciudad del mundo en una lujosa casa, rodeada de toda clase de comodidades. Pero las consideraciones á la madre no deben exagerarse hasta el punto que el hijo, que á su vez es padre de familia, renuncie á su derecho de decidir según su propia voluntad cuando se trata de establecer á sus hijas. »

El discurso fué largo y vehemente. En ciertos momentos hubo explosiones de voz atronadoras, como un golpe de platillos en una orquesta. Ni la anciana ni Mercedes replicaron. Mientras hablaba don Graciano, la chica pudo enjugar su llanto. Toda esperanza se había desvanecido. La estoica resignación de los dolores inevitables se apoderó de ella nuevamente. Le parecía una roca dura la voluntad de su padre, contra la que era insensatez estrellarse. Había visto en las playas veranicegas las potentes olas disolverse en espuma al azotar las rocas de la orilla. « ¡Quién le habría dicho que llegaría á pensar en esa lucha vana en su desgracia! » Canalejas siguió todavía perorando por un rato. Cuando acabó de hablar, doña Regis y Mercedes se pusieron de pie: silenciosa, austera y er-

guida la anciana; abismada en su anonadamiento la joven. Ambas salieron así, en un silencio más desgarrador que un largo gemido de muerte.

Doña Quiteria, entretanto, distraída en sus combinaciones sobre los trajes que habría que mandar hacer, sintió alarmada su maternal ternura al ver alejarse á su suegra y á Mercedes en su muda protesta de seres indefensos. Rápida, se levantó entonces de la silla y corrió hacia su hija, á la que tomó de la cintura, murmurándole al oído lo que ella creía capaz de consolarla:

— No te aflijas, hijita, ¡verás los vestidos y las alhajas que te vamos á dar! No habrá en París ninguna novia más elegante que tú.

« ¡Qué le importaban á ella los trajes y las joyas, esos halagos de corazones felices! » Hubiera querido gritárselo así á su madre, que no comprendía su quebranto. Suavemente, sin enfado, con la dulce delicadeza de sus maneras, apartó de sí las manos que la acariciaban y siguió á la abuelita, reprimiendo el llanto delante de los criados, que ya ocupaban la grande antesala.

Pocos momentos después le anunciaron la visita de Rosaura Fuenteviva. En la sala de recibo de doña Regis, las dos amigas se arrojaron en brazos la una de la otra.

— Por Juan Gregorio supe lo que pasó en casa de tu tío, dijo Rosaura sentándose con su amiga, sin desprenderse enteramente de ella.

— ¡Qué podía hacer yo! dijo Mercedes á manera de disculpa.

— Así es, tú no tienes valor. ¡Qué podías hacer, preciosa! Patricio, el pobre, te hace justicia.

— ¡Lo has visto!

— Esta mañana. Él sale á la hora á que yo salgo con Herminia y la camarera. En la avenida del Bosque vino con Demetrio á juntarse con nosotras.

¡Figúrate la cara que tendría! Si no fuera tan buen mozo, se habría visto atroz con su semblante de trasnochado...

Mercedes suspiró, y en alta voz, interrumpiéndola:

— ¡Pobrecito!

Y luego, en un movimiento casi infantil de desconsuelo, echó sus brazos al cuello de Rosaura, murmurando:

— ¡Ay, hijita! ¡Lo quiero más que nunca!

— Debías haberte arrancado de veras con él, y no ir á meterte donde ese viejo regañón de tu tío.

Tristemente la joven Canalejas bajó la vista sin responder. Rosaura continuó:

— Yo sabía ya por Juan Gregorio lo que había pasado, como te dije. Sin eso no habría comprendido la presencia ahí de Patricio. Como él sabe que Demetrio viene todos los días á juntarse conmigo en la avenida, lo había buscado para estar seguro de encontrarme. Tú comprendes que Demetrio y yo no tenemos ya gran cosa que contarnos. Seguros el uno del otro, y obligados á vernos siempre con testigos, nos entendemos con media palabra. « Entreténgame á mi hermana, le dije; yo quiero hablar con su amigo. » Patricio y yo nos quedamos atrás, no mucho, lo bastante para que no nos oyeran los otros. Él me volvió á contar de nuevo toda la historia, y me pintó su desesperación: la noche de fiebre vagando por las calles, terminada delante del hotel de ustedes, mirando la luz de tu ventana, que no se apagó hasta el amanecer.

— Así fué, volvió á suspirar la chica. ¡Ah, si yo hubiese sabido que él estaba ahí!

— Mejor que no lo supieses. ¿Para qué? Habrías abierto la ventana y era capaz que te hubiese dado una buena pulmonía. ¡Son tontadas todas esas, si no has de tener valor para huir de veras con él!

Mercedes replicó suspirando:

— Ese valor no lo tendré nunca.

— Bueno, pues; cásate con tu príncipe, le dijo Rosaura en tono de burla.

Mercedes se estrechó á ella con suave zalamería.

— Pero no porque no me atreva á huir con él dejo de tener deseos de verlo.

— ¿En casa? Ya no te dejarán venir sola.

— No. ¿Qué sé yo dónde? Divisarlo en la calle cuando salgo, ó en las tiendas donde me lleve mamá.

Rosaura se echó á reir.

— Te contentas con poco, preciosa.

— Anoche me llevé pensando en esto, prosiguió Mercedes ¿Qué quieres que haga? Al fin y al cabo, verlo es algo. No digo que sea un consuelo, pero así sentiré menos mi desgracia. Si lo veo, si consigo hablar con él algunas palabras, estoy segura que no volveré tan desesperada á la casa.

Rosaura la escuchaba pasmada.

— Tú no eres de estos tiempos, querida. Ese romanticismo es de otra edad, del tiempo de nuestros abuelos. Hoy se quiere con resolución y se les impone la ley á los padres. Pero, en fin, agregó compadecida de la tristeza que nublaba el rostro de su amiga, si encuentras un consuelo en eso, no seré yo quien te lo enturbie desalentándote.

— Tú eres tan buena, querida, y puedes ayudarme.

— ¿Cómo?

— Habla con Patricio y dile lo que acabas de oirme.

— Hoy mismo le mandaré un *pequeño azul* para que venga mañana á la avenida.

Mercedes la abrazó con efusión.

—Eres encantadora. Te deberé la única felicidad á que puedo aspirar.

— Pues chica, no me deberás gran cosa. En fin, si á ti te basta eso, será como tú quieras. Hablando es como se entienden las gentes: tal vez encuentren en-

tre tú y él, algún medio de evitar que te obliguen á ser princesa.

— No me hables de eso; hablemos más bien de ti. Mercedes hizo un ademán de persona que rechaza una impresión importuna.

Todo su empeño era alejar de su pensamiento la idea atormentadora que no se atrevía á mirar de frente, como si fuese la imagen de la muerte. En ese esfuerzo, la cruel amenaza se alejaba de ella al horizonte de lo indefinido, á ese porvenir opaco que puede cambiar el curso de los acontecimientos frustrando los propósitos más bien combinados de los hombres.

— Hablemos de ti, volvió á repetir solícita, deseosa de hacerse perdonar el egoísmo con que había tratado á su amiga.

— ¡Oh! yo estoy siempre en la misma situación. Los preparativos de viaje continúan. Cada maleta que veo llegar á casa, me recuerda que el día se aproxima. Siempre estamos perfectamente de acuerdo con Demetrio. Lo único que no hemos fijado es el día y la hora en que debamos emprender el vuelo. Hasta esa incertidumbre me parece divertida. Tú comprendes que hemos de arreglar la cosa de tal modo, que no puedan cogernos una vez que hayamos desaparecido.

Hablaba de su proyectada fuga con la tranquilidad con que lo habría hecho, tratándose del más usual ó del más trivial de los acontecimientos. Había dejado su asiento, y, con las manos cruzadas por atrás, daba largos pasos, deslizándose sobre las puntas de los pies, como si ensayase algún paso de danza.

— Rosaura ¡por Dios! ¿y dejarás irse así á tus pobres padres?

— No soy yo quien los echa de aquí. Que se queden; yo no pido otra cosa. Pero si se les antoja irse y llevarme contra mi voluntad, ¡ah, no! yo me defiendo.

Así habló un rato, mezclando en todo su festivo ingenio; mofándose de las preocupaciones añejas que aún quedan, decía, en la sociedad, como el polvo en los rincones donde no llegan ni el aire ni la luz. « Felizmente, agregaba, siempre deslizándose sobre las puntas de los pies, el mundo se va transformando. La mujer empieza á pasar, de ser un ente sin voluntad y sin iniciativa, á tener personalidad propia. En lo que encontraba ridículo el exagerado movimiento feminista, observaba, suspendiendo entonces su ejercicio danzante, es en la pretensión de esas asociaciones que se han fundado en Norte-América y en Inglaterra para prescindir de la existencia de los hombres. » Esto le arrancaba sarcasmos y observaciones burlescas, que se abstenía de desarrollar delante de su amiga.

— Claro está, concluyó diciendo, que si el poder que creó al mundo y que nadie acierta todavía á saber cómo se llama, hubiera querido que fuese posible esa prescindencia de parte de cualquiera de los dos sexos, no habría hecho nacer sino uno solo.

Y volviendo de nuevo á su ejercicio, en el que hacía lucir la estudiada flexibilidad de su cuerpecito de armoniosas proporciones:

— Harán cuanto quieran; pero no conseguirán evitar que los hombres tengan sobre nosotras la fascinación que nosotras tenemos sobre ellos.

Entraba en esas cuestiones de fisiología social con su osadía de mujercita independiente, de la que el tipo, gracias á la educación y á las costumbres modernas, se multiplica más cada día. Explicaba á Mercedes que en las cuestiones de sentimiento no debe vedarse el campo de la investigación á las muchachas solteras so pretexto de conservarles la inocencia, «el más peligroso, decía, de los atributos femeniles».

— En nuestra educación debe buscarse, hasta donde sea posible, que entremos armadas á la lucha de la

vida para poder defendernos de las asechanzas del enemigo, nuestro eterno tormento.

Sin seguirla en sus alegres razonamientos, Mercedes la dejaba hablar, encontrando un alivio en la presencia y en la charla de esa muchacha de estructura moral tan moderna, de voluntad tan decidida, que le impedía pensar en ella misma, y hacía por momentos llegar hasta su alma, embargada por el dolor, algunos reflejos ardientes, pero fugaces, de su genial independencia.

En medio de sus disertaciones, Rosaura se interrumpió de repente.

— Ya he hablado bastante y me voy.

— ¡Tan pronto!

Después de la impresión aterradora de la reciente entrevista con su padre, Mercedes temblaba de encontrarse sola.

— Sí, ya te he visto; estás tan bonita como siempre, á pesar de que tienes un semblante de Dolorosa con el pecho atravesado por diez puñales, y luego, ? quieres que te diga? te encuentro demasiado discreta.

— ¡Cómo! Cuando te he encargado que hables á Patricio de mi proyecto para que podamos vernos.

— Sí, me has hablado de Patricio; pero no del otro.

—¡Qué puedo decirte!

— ¿Crees que tu padre, después de lo que ha pasado, insista en casarte con Stephan? Es preciso que yo sepa eso, porque estoy segura que Patricio me lo ha de preguntar.

— Sí lo creo; estoy segura, desgraciadamente.

Obligada á pensar en el odiado asunto, sintió Mercedes la necesidad de desahogar su pena, contando á su amiga las declaraciones que acababa de oir de don Graciano.

— ¡Y tú te resignas á sufrir esa iniquidad! ¡Ah, si yo estuviese en tu lugar!

La viva energía de su alma resonó en esa exclama-

ción de Rosaura. No era ya la muchacha risueña, que hablaba de su proyectada fuga entre dos vueltas de vals. Le indignaba esa violación de los derechos de la mujer en la persona de su amiga; y la paciente resignación de Mercedes á una violencia que podia evitar, le parecía humillante.

Pero Mercedes la miraba con sus dulces ojos de criatura indefensa, que pide al cielo que aparte de ella la fatalidad á la que no se atreve á resistir. Una profunda compasión cambió en doliente ternura el indignado despecho de que Rosaura se habia dejado arrebatar.

— ¡Pobre linda! dijo abrazando cariñosamente á Mercedes; te compadezco con toda mi alma; cuenta siempre conmigo. Apenas hable con Patricio, vendré á traerte su respuesta.

Un momento después se separaban.

Durante ese tiempo, la condesa de Montignan, con una actividad apenas concebible en su escuálida persona, llegaba al hotel Canalejas á comunicar á don Graciano la respuesta del príncipe Stephan. «Su alteza se había dignado prestar su plena aprobación al acuerdo convenido entre ellos el día anterior, tocante á las principales condiciones del contrato matrimonial. El príncipe se presentaría al día siguiente, en compañía de su amigo el conde Guy de Morins, á pedir oficialmente la mano de la señorita *Mercedés*.»

Sobrecogido de orgullosa emoción, Canalejas no se atrevía á interrumpir á la condesa. Se le figuraba hallarse en medio de uno de esos sueños encantadores en los que el durmiente evita despertar por que no se desvanezca la magia de la ilusión. Pero aprobaba con la cabeza, con el brillo de los ojos, con la obsequiosa sonrisa, cada frase de la señora.

— El príncipe, prosiguió la de Montignan, será autorizado por usted, después de esa visita, á venir en

la noche, al día siguiente, para hacer su corte á la señorita *Mercedés*. Estoy segura que ambos se entenderán muy bien. El príncipe es muy seductor, y la señorita *Mercedés* un ángel de belleza y de dulzura.

Don Graciano redobló sus manifestaciones de aprobación, siempre temblando de que la condesa mantuviese oculta la batería de alguna nueva demanda de aumento de dote, que iba tal vez á descargarle de improviso para aprovecharse de su sorpresa.

Entró todavía en otras explicaciones la de Montignan:

— Su alteza desea que el tiempo de noviazgo sea lo más corto posible y que desde mañana sean puestos en comunicación los notarios respectivos con las instrucciones convenientes de una y otra parte para la redacción del contrato. Cuando todo esté arreglado á este respecto, el príncipe se trasladará á Rœspingsbrück á solicitar el consentimiento de su padre y soberano y á invitar á sus altezas madre y hermana, á fin de que vengan á honrar el casamiento con sus augustas presencias. A la vuelta de su alteza se fijará el día de la bendición nupcial.

Canalejas oía religiosamente. Engolfado en un sueño de grandeza, seguía prestando á todo su aprobación, inclinando la cabeza á cada frase de su interlocutora, enviándole el reflejo gozoso de sus ojos, iluminado el rostro con la obsequiosa sonrisa.

Apenas la de Montignan, en un deplorable *fiacre*, salía del hotel Canalejas, don Graciano enviaba mensajes á sus dos hijas casadas, convocándolas para la noche. Aunque lacónica, la convocación advertía que se trataba de buenas noticias «en el asunto que tu sabes».

Con esa advertencia, la de Palomares y la de Cuadrilla fueron de una puntualidad irreprochable. Milagritos llegó la primera. Estaba cubierta por una lujosa capa «salida de baile», que arrojó con descuido sobre

un sofá de la sala roja, donde su madre, su padre y Juan Gregorio, se encontraban reunidos. Al caer, la capa descubrió la elegante personita de la joven, atrevidamente descotada, en un primoroso vestido de baile. El peinado, las joyas, todos los atavíos que la engalanaban, eran *últimas creaciones* de incomparables artistas, cada cual en su género.

— Hermana, eres el *último grito* de la elegancia, le dijo Juan Gregorio, usando la expresión, nueva entonces, para indicar la perfección superlativa. Por donde pases, tu descote dejará pensativos á los viejos y delirantes á los mozos. ¡Qué suerte para mí, que yo sea tu hermano!

Mientras Juan Gregorio enviaba, desde la poltrona donde se había arrellanado, sus cumplimientos semiburlescos á Milagritos, don Graciano y su mujer admiraban la elegancia de la chica. No les importaba el atrevimiento de su desnudez ni la exagerada originalidad de su traje. Eso debía ser muy *chic*.

Pocos momentos más tarde entró Dolorcitas, no menos resplandeciente ni menos descotada que su hermana.

— Como estilo *cocota*, exclamó Juan Gregorio contemplándolas, mientras que las dos jóvenes maravillaban á sus padres, dando vueltas delante de ellos para mostrarles sus trajes, nada puede haber, ciertamente, de más encantador que ustedes dos, hermanitas queridas.

— Las *cocotas* son las que visten con más elegancia en París, contestóle Dolorcitas mirándose á un espejo.

— Y son siempre las más bonitas, agregó Milagritos.

Doña Quiteria se extasiaba ante los trajes de sus hijas. Luego, dando un suspiro:

— ¡Ay! Si yo fuera delgada, con qué gusto me vestiría como ustedes.

— Papá, date prisa en contarnos, porque tengo convidada á mi palco, en la Ópera, á la princesa Milanoff, y le gusta llegar temprano, dijo la de Palomares.

— Yo también quiero irme luego, advirtió la de Cuadrilla, porque tengo cita en el *Chat Noir* con lady Wayland, antes de ir al baile de la marquesa Finaróplulo.

Los padres de las muchachas se miraron con aire de orgullo.

— ¡Están lanzadas decididamente en el gran mundo! dijo don Graciano.

— En el gran mundo intérlope: es por lo menos más divertido que el verdadero, el *nuestro mundo* de la condesa.

Las hermanas, después de consultarse con la vista, no contestaron á la burla de Juan Gregorio. Era mejor abstenerse de trabar una discusión sobre esas grandes damas de problemática nobleza, con cuyos títulos se vanagloriaban ante sus padres.

Don Graciano refirió la entrevista con la de Montignan. Doña Quiteria y sus hijas lo escucharon en religioso silencio. Una emoción íntima las tenía en suspenso al ver adelantarse hacia ellas los grandes acontecimientos que iban á verter sobre la familia, en generosos raudales de luz y de notoriedad, la grandeza soñada. ¡Harían sensación en París! Al oir el anuncio del viaje de Stephan al principado y de la próxima venida de las dos princesas, las jóvenes, en un movimiento de alegría, enlazaron con los brazos á don Graciano.

— Papá, te has conducido como un gran diplomático, exclamó Milagritos.

Dolorcitas repitió el cumplido, al que hizo eco la voz apagada de Juan Gregorio :

— ¡Toma! ¡Es una buena idea! Nuestro gobierno debería nombrar á papá ministro en París, y á mí su

secretario. Así iríamos de uniforme á recibir á las princesas á la estación. Yo *retengo* desde ahora á la princesa Thyra para darle el brazo. ¡Quién sabe si no le *doy en el ojo!*

En medio de las congratulaciones mutuas, doña Quiteria creyó encontrar una idea felicísima :

— Niñas, cuando lleguen las princesas las llevaremos donde Worth; yo les regalaré unos lindos vestidos.

— ¡Qué ocurrencia, mamá! dijo Dolorcitás con acento de reconvención.

— ¿Cómo te figuras que habían de admitir? agregó Milagritos imitando la dignidad de su hermana.

— Mamá tiene razón, intervino Juan Gregorio; las princesas son mujeres, y como mujeres les gustará recibir regalos. Debían alojarlas aquí en casa, y así el viaje les saldría de balde. Estoy seguro que ese manirroto de Stephan, mi futuro cuñado, les tomará billetes *Coock* de ida y vuelta.

Sospechando que Juan Gregorio hablaba de broma, doña Quiteria quiso traer la conversación al asunto que le parecía de mayor interés.

— Vaya, pues, niñas; ahora ocupémonos de formar las listas para mandar hacer el ajuar.

— Haz tú las listas esta noche, mamá; nosotras vendremos mañana y nos distribuiremos el trabajo.

Se cubrieron con sus vistosas capas, ordenaron que avanzasen sus carruajes, y salieron después de repetidos abrazos á los padres. Al pasar dejaron la atmósfera de la sala, y después la del vestíbulo, impregnada de los ricos perfumes de que con profusión eran pródigas, para redoblar el encanto de sus coquetas personitas.

XII

Al día siguiente, en la recepción de la señora de Altamura, todos hablaban de los esponsales del príncipe de Rœspingsbrück con Mercedes Canalejas. La sala de las señoras y la de las muchachas, tenían la animación de las reuniones donde se comenta alguna gran novedad.

— Qué locura, decía doña Juana Terrazábal, abanicándose, sacrificar así á una muchacha tan bonita.

— ¿Por qué no le buscan algún noble francés, en lugar de darla á ese príncipe arruinado? Con el dote que tiene puede aspirar á lo mejor del barrio Saint-Germain.

Doña Petronila Torrevieja, que hacía esta observación, se jactaba de ser la hispano-americana más conocedora de la buena sociedad francesa.

— ¿Por qué no la casan con algún compatriota? preguntaba admirada una señora llegada de Hispano-América recientemente.

— ¡Ay, hijita! exclamó doña Nieves Fuenteviva; se ve que usted acaba de llegar *de allá*: nuestros compatriotas vienen á París á divertirse y no á casarse.

En ese momento, don Eduardo Fuenteviva juzgó

que la ocasión era oportuna para colocar un chascarrillo de su tierra.

— Tan cierto es lo que dice *ésta*, que cuando el presidente Oropesa vino á curarse á Europa, dejando la presidencia á su cuñado el general Rostroclaro, trajo, para que lo acompañase...

— Ya sé, interrumpió doña Nieves, su esposa; les vas á contar lo de Pepito, que vino estando para casarse con la mayor de las Rostroclaro.

— Rita, interrumpió don Eduardo para recobrar la palabra...

— Sí, pues, Rita, le arrebató doña Nieves; pero apenas Pepito pisó los *boulevares*, dió al traste con el compromiso matrimonial para divertirse aquí á sus anchas.

— Y eso le costó la presidencia á su padre, porque ..

— Así fué, pues; el general Rostroclaro se alzó con *el santo y la limosna*, y amarró á todos los partidarios de su cuñado.

Don Eduardo no quiso que hubiese una pausa para no perder la atención de los oyentes.

— Otra vez, empezó á contar...

Pero su voz se perdió en el ruido de las conversaciones de las señoras, impacientes de seguir comentando la ruidosa noticia del casamiento de Mercedes Canalejas.

En la sala de las muchachas las conversaciones sobre el interesante asunto, eran aún más animadas. Ahí estaban Herminia y Rosaura Fuenteviva, Clarisa Terrazábal, María y Elena Torrevieja. Ahí, pasando de un grupo á otro, ofreciendo una taza de te á las señoras que llegaban al gran salón, Juana María y María Juana Altamura, hijas de la dueña de casa. Ahí también lucían su donaire parisiense dos chicas francesas, Hortense y Aglaé de Piernéry, condiscípulas de las Altamura en el Sacré-Cœur, á las que su madre

paseaba por los salones hispano-americanos con la fantástica esperanza de encontrarles millonarios exóticos para maridos. Pocos hombres mezclaban sus trajes obscuros y monótonos á esos grupos de femenil gentileza, de vestidos de colores, de cabezas artísticamente onduladas. Demetrio Vasilipowich, el galán de Rosaura Fuenteviva; un francés en el límite extremo de una juventud expirante, asiduo á las recepciones *rastás* en busca de alguna heredera rica; un griego agente de obras de arte y de bicicletas; el gordo Termal, que se reía de sí mismo al frecuentar los salones hispano-americanos, en busca de ocasiones para encontrarse con la de Cuadrilla, eran los que ayudaban á las muchachas á comentar el gran acontecimiento.

Juana María y María Juana Altamura, contra la opinión de Clarisa Terrazábal, una sentimental que compadecía la suerte de Mercedes Canalejas, aplaudían calurosamente el anunciado casamiento, que iba, según ellas, á dar lustre á toda la colonia hispano-americana de París.

— Pero Mercedes no lo quiere, argüía la chica Terrazábal, aludiendo á Stephan; ella está enamorada de un compatriota.

— ¡Vaya con la razón! decía con aire de mofa una de las señoritas de Piernéry; cuando se presenta un brillante partido, una debe principiar por casarse.

— Y después se verá, dijo Herminia Fuenteviva.

— ¿Y ese enamorado de la señorita Canalejas es buen mozo? preguntó la otra de las de Piernéry.

— ¡Oh, muy buen mozo! contestó Rosaura Fuenteviva con entusiasmo.

— Entonces, un buen punto para la señorita Canalejas, dijo Termal; los derechos del amor son imprescriptibles.

— Es lo que yo digo, exclamó Clarisa Terrazábal;

Mercedes no puede consentir en casarse con el príncipe y abandonar á Fuentealba.

— Una señorita bien educada obedece á sus padres, dijo Juana María Altamura con malicia.

— Sobre todo si el enamorado es pobre, observó Demetrio con ironía, aludiendo á su caso personal.

— Pero el príncipe es más pobre, porque tiene muchas deudas y Fuentealba no tiene ninguna, arguyó Rosaura.

— Sí, tiene deudas; pero es príncipe, y ningún acreedor se atreverá á demandarlo, con la esperanza de que se case y que pague, observó la mayor de las de Piernéry.

— Y hay algo más. El príncipe, de un día á otro, será el heredero presuntivo de la corona, dijo María Juana, apoyando la opinión de la joven francesa.

— ¡Ah! Si fuese heredero del trono, la cosa cambia, exclamaron varias voces femeniles.

Entonces, con su aire más socarrón, Termal, sonriéndose:

— Señoritas, la inocencia es el más hermoso adorno de la juventud.

— ¿Por qué dice usted eso? preguntaron las dos Altamura.

— Sí, ¿por qué? repitió la señorita de Piernéry.

— Porque, gracias á ese honroso ornamento, ustedes están creyendo en la enfermedad del actual heredero de Rœspingsbrück.

Varias voces exclamaron al mismo tiempo:

— ¡Cómo! ¿No está enfermo?

Termal dijo entonces en tono de confidencia:

— Su estado normal es el de una floreciente robustez; pero se ha observado que cada vez que el príncipe Stephan está cortejando á alguna rica heredera, el heredero de Rœspingsbrück se convierte, al decir de algunos diarios de París, en un valetudinario moribundo.

— Yo creo, dijo el joven griego, que tomaba todavía lecciones de francés, que ustedes llaman esa maniobra *un truc*.

— Justamente, contestó Termal: es tan simple como ingenioso.

— ¡Oh, el perverso, mala lengua! dijo á Termal una de las chicas Altamura.

Á la sazón entraban nuevas visitas. Los comentarios sobre la noticia del día, un instante interrumpidos, volvieron á empezar con nuevo ardor.

De casa de los Altamura, Rosaura Fuenteviva se hizo conducir por su mamá y su hermana al hotel de los Canalejas. Ahí la esperaba ya Mercedes, advertida de la visita.

Apenas se sentaron, la chica Canalejas preguntó con voz de inquieto interés:

— ¿Viste á Patricio?

— Me dió esto para ti, contestó Rosaura, sacando una carta que entregó á Mercedes.

Ésta pareció vacilar sobre si la abriría ó no delante de su amiga.

— ¿Y no te dijo nada?

— Lee, lee y verás.

Resueltamente, Mercedes abrió la carta y se puso á leer:

« Rosaura me ha comunicado tu proyecto. Sin duda, estás segura de que mi amor es inalterable, puesto que me propones que pase por el horrendo suplicio de verte, sabiendo que vas á pertenecer á otro hombre. Sí, es inalterable mi amor: en eso no te equivocas; pero las fuerzas, para el sufrimiento, tienen un límite. No me siento con el valor de verte, de hablarte y aceptar pacientemente mi condición de víctima resignada. Te veré si te encuentras con bastante energía y me juras tenerla para no dejarte sacrificar por tus padres, y huir conmigo, y ser mi esposa. Di una sola palabra, y estaré á tu puerta ó donde me in-

diques. El cariño de Rosaura te facilitará este paso, sin que corras riesgo de que lo descubran y te detengan. Espero ansioso tu respuesta. Si no aceptas mi proposición, perdóname que prefiera no volver jamás á verte.»

La última frase dejó aterrada á la chica. Jamás, en la inmensa pesadumbre que la agobiaba, había germinado en su espíritu esa cruel alternativa: ó huir con él, ó no volver nunca á verlo. El espanto que hiere á las almas jóvenes la primera vez que se les presenta la posibilidad fortuita de la muerte, puede sólo compararse al abismo de pavor en que se sintió lanzada el alma de Mercedes ante la amenaza contenida en aquella frase. Entonces solamente despertaba del rosado sueño de su niñez. La imagen de Patricio estaba casi desde la infancia adherida á su existencia moral. Entre las nieblas opacas que circuían y ofuscaban su razón desde la noche de aquel baile en que el príncipe Stephan le había hablado de su amor, jamás la emergencia de tener que separarse de Fuentealba para siempre había tomado una forma precisa en sus pensamientos. Era únicamente una lejana y vaga nube del porvenir, de la que ella apartaba maquinalmente el espíritu, con la instintiva fe de la juventud en la acción protectora del tiempo. Pero ahora el rayo estallaba sobre su cabeza con su fragor de destrucción. Un soplo de desgracia condensaba en torno de ella la tempestad que parecía tan lejana. Lo ineludible la envolvía en su red de realidades sin salida.

— ¿Qué te dice? le preguntó Rosaura al verla inmóvil, mirando en el vacío, con la expresión de un desaliento abrumador.

Mercedes le pasó la carta.

— Hijita, tiene razón, dijo la chica leyendo en voz alta la frase final.

— ¿Por qué tiene razón? ¿En qué tiene razón? Si

me ama, ¿por qué no se impone por mí ese sacrificio? Si por mi eterna desgracia, tenemos que renunciar el uno al otro, ¿por qué no me da esa última prueba de su amor, puesto que tú le has dicho, de mi parte, que verlo, aunque sea unos pocos instantes, sería para mí un alivio en mi amargura? ¿Y tú llamas eso amor? ¿Acaso tengo yo menos partido que él el corazón? ¿No es él, en nuestra miseria, el menos infeliz, puesto que quedará libre y no unido á quien se aborrece? ¡Ah, bonito amor, bonito amor! ¡Yo llamo eso cruel egoísmo, y no es otra cosa que egoísmo!

El tono de esta réplica tenía la punzante acritud del indomable despecho que salta por sobre la razón, como el torrente sobre el obstáculo que se opone á su paso. Pero ese grito del alma atribulada, inexperta en el juego tiránico de la pasión humana, no había podido salir del oprimido seno de la muchacha, sin una conmoción de todo su ser, que forzosamente habría de terminar en llanto desesperado. Rosaura se empeñó en aplacarla, alarmada con aquel estallido de ciega exaltación.

— El pesar te hace injusta, linda mía, le dijo estrechándola entre sus brazos, colmándola de cariños. El pobre Patricio no es un santo; es simplemente un hombre enamorado. Tú misma lo acusarías de indiferente y de frío si él consintiese en verte en las condiciones en que ustedes están colocados. Ponte tú en su lugar. No puede concebirse, para un corazón leal como el suyo, más terrible tortura que la que tú le quieres imponer.

Al sonido persuasivo de esa voz amiga, al contacto de las amistosas caricias, el llanto de la chica se calmaba, los amargos sollozos disminuían de intensidad, el pesar perdía lo agudo de su acíbar y buscaba, poco á poco, un desahogo en hondos y trémulos suspiros que se espaciaban paulatinamente.

La otra muchacha cambió de tono al ver que la crisis entraba en su faz de abatimiento.

— ¡Ay, ay, ay! ¡decir que no te quiere! Pero hijita querida, la egoísta eres tú. En vez de saber apreciar la extraordinaria delicadeza de Patricio, que ha respetado la ciega obediencia con que lo sacrificas al capricho de tu señor papá; en vez de agradecerle que no hiciese un gran escándalo, disputándote á tu padre cuando había conseguido que fueses á refugiarte con él donde tu tío, lo acusas de egoísta porque no quiere abusar de tu amor, comprometiéndote en las entrevistas públicas que tú le propones. Otro que no fuese tan caballero, se mostraría contigo hasta que tu pretendiente se viera en ridículo y tuviese que renunciar á ti. No hables así, linda: en eso eres tú la egoísta; y si no tienes valor para huir con él, mejor es que le pidas perdón.

— ¡Valor, valor! Ya sabes que jamás lo tendré, exclamó Mercedes, retorciéndose las manos, irritada consigo misma.

Siempre ese temor supersticioso de la obediencia filial la dominaba. Era la inveterada costumbre de inclinarse ante la voluntad superior; la cadena remachada á los pies del cautivo, que lucha, en vano, por romperla.

Rosaura golpeaba el suelo con el pie, impaciente, sin alcanzar á comprender la pusilanimidad de su amiga. Avergonzada de la confesión que acababa de hacer, Mercedes le tomó con vehemencia las manos.

— Dile tú que me perdone y que me compadezca.

— Lo que yo le diga será un pobre consuelo para él. Escríbele tú; pintale el estado de tu ánimo, y como, tratándose de ti, todo lo encuentra perfecto, tendrá la debilidad de perdonarte. ¿Sabes lo que yo haría en su lugar? Le haría la corte á alguna otra para consolarme.

Mercedes palideció y se puso encarnada casi al mismo tiempo.

— ¡Por Dios, Rosaura, no digas eso!

Rosaura se echó á reir.

— Me voy; tengo cita con Demetrio en la avenida del Bosque. Si escribes, vendré á buscar mañana la carta, á esta misma hora. Ya ves que soy buena amiga.

— Sí, le escribiré; hasta mañana.

Durante el día, el príncipe de Rœspingsbrück se presentó al hotel Canalejas, acompañado de Guy de Morins. Recibidos por don Graciano y su mujer, la petición oficial de la mano de la señorita Mercedes, hecha con ceremoniosa cortesía por el conde, á nombre de su alteza, recibió la deferente acogida con que se formalizan los contratos en que ambas partes están convenidas de antemano. El príncipe y su amigo aceptaron la invitación á comer, para el día siguiente, que les hizo doña Quiteria, en una frase, mitad española y mitad francesa. Don Graciano explicó que aquella sería como una comida de esponsales, á la que no había tiempo de convidar otras personas, fuera de las de la familia, puesto que, según le había informado la condesa de Montignan, su alteza deseaba ponerse inmediatamente en viaje para el principado.

Stephan corroboró el informe de la condesa, haciendo valer, á más de su obligación filial de ir á invitar á las princesas su madre y su hermana á la boda, la inquietud que le inspiraban las noticias últimamente llegadas sobre la salud de su hermano el príncipe heredero.

Canalejas, con semblante de circunstancias, afectó participar de la inquietud de su augusto huésped y futuro yerno.

Después de esto, cuando todos estuvieron de pie para despedirse, don Graciano y de Morins, en un aparte, convinieron en que sin pérdida de tiempo los

notarios recibirían las instrucciones para extender el contrato matrimonial, en los términos estipulados ya con la condesa de Montignan.

Mientras esto pasaba, Mercedes había acompañado á la abuelita en sus paseos de costumbre. En el Jardín de Plantas había contemplado el cóndor con su mirada nostálgica, fija en las alturas del éter, como buscando las nevadas cumbres de los Andes, según la interpretación de la anciana. Se habían arrodillado en Nuestra Señora de las Victorias, ante el altar de la Virgen, después de encender á sus pies grandes cirios, invocando mentalmente cada una de ellas la compasiva intervención de la celestial Señora para que algún acontecimiento milagroso llegase á socorrerlas en su desolación.

Al salir del coche, de regreso al hotel, aparecieron en torno de ellas Benjamina y Nicolasito. Agitados por sus juegos en el patio y en el jardín, los chicuelos se arrebataban la palabra para contar con todos sus pormenores la visita del príncipe y de su amigo, á la que ellos habían asistido detrás de un biombo.

— Señora princesa, tienes que darme dos francos por esta noticia, dijo Nicolasito, tendiendo la mano.

Aunque informada ya por Juan Gregorio del objeto de aquella visita, Mercedes recibió con el corazón oprimido la broma del chiquillo. Fué como un golpe fortuito en alguna parte dolorida del cuerpo, que se quiere defender de todo contacto.

Benjamina intervino:

— Quita allá, tonto, que vienes á afligir á mi hermanita, dijo, empujando á Nicolasito y aferrándose, cariñosa, al cuello de Mercedes.

Pero luego los dos chicuelos se alejaron. Nicolasito había tirado de la trenza de Benjamina para vengarse y ésta echó á correr tras él desatentada, profiriendo amenazas.

El uno con su chanza y la otra con su caricia, le

dejaban entretanto la dolorosa impresión de la inexorable realidad. La vaga esperanza que al encender el cirio á la Virgen sentía despertar allá en el fondo de su fe supersticiosa, la abandonaba.

En la noche, después de la comida, cuando todos los sirvientes se hubieron retirado, Canalejas habló de la visita del príncipe, de su próximo viaje al principado, del grande honor que recibiría su familia con la asistencia de la princesa madre y la de su hija, á las bodas. Doña Regis y Mercedes oyeron silenciosas. Ya nada tenían que decir. La anciana, mientras hablaba su hijo, pedía al cielo hiciese descender al corazón de su nieta la conformidad humilde de una buena cristiana. Mercedes bajaba la vista, casi inconsciente, sin fuerzas para luchar, abandonada á la tiranía de su destino, como un despojo de naufragio.

— El príncipe nos hará el honor de venir mañana á comer con nosotros; espero que será recibido con amabilidad por todos, concluyó don Graciano con una mirada significativa á Mercedes.

— Tomaba ya un tono de dignidad en la voz. Al sentirse casi suegro de un alteza, se figuraba haber cambiado de condición, que le cumplía asumir una actitud de noble autoridad en armonía con los honores que lo esperaban.

La chica consiguió dominar su emoción; pero, no obstante su heroico esfuerzo, un estremecimiento de pavor hacía sordamente temblar todo su cuerpo. Y al mismo tiempo una sensación de trágica extrañeza la turbaba sin poder darse cuenta cómo en aquel cuadro familiar, sobre el que habían vagado tantas veces sus plácidos ensueños de muchacha inocente, podía estallar sobre su cabeza aquello que venía á convertir en sombras todas sus ideas sobre la vida. La clara luz de la electricidad extendía su manto luminoso sobre los mismos muebles, sobre los mismos cuadros de pesca y de caza que adornaban las pare-

des; sobre la misma plata labrada que enviaba, desde los estantes del monumental aparador, sus reflejos metálicos de ostentoso lujo. Pero la voz de su padre parecía estrellarse con dura repercusión sobre cada objeto para venir á herirla como un dardo punzante. En su actitud indiferente de mujer frívola, preocupada de alguna nimiedad vulgar, su madre, en vez de alentarla siquiera con alguna mirada de simpatía, dejaba que el empuje de una fuerza superior la arrebatase hacia el sacrificio que le preparaba la ambición de la familia.

Todo aquello le parecía una revelación atroz de los misterios de la vida. Ante sus ojos, dilatados por el penoso desquiciamiento de su confianza en la solidaridad de la familia, la delicada flor de su ternura de hija y de hermana, caía tronchada por la hoz de su amargo desengaño. Una valla invisible la separaba de los suyos en aquel instante de mentida cordialidad; le hacía sentir una barrera de frío egoísmo en torno de corazones que ella creía tan amantes como el suyo, y una sensación de cruel indiferencia penetraba en aquella atmósfera abrigada de cariño mutuo, que ella se había figurado debía ser inalterable en el santuario del hogar.

El mayordomo abrió ceremoniosamente la puerta, con su aire protector de hombre que condesciende á servir extranjeros por que son ricos, y las dos jóvenes casadas de la familia entraron ruidosamente á la pieza, haciendo crujir la seda de sus trajes, impregnando la atmósfera con sus perfumes, llenando los ámbitos con el eco argentino de sus voces alegres de juventud y de salud.

— ¡Cómo! ¿Todavía en el comedor?

— Mercedes, monada querida, ¡qué linda estás!

— Vámonos de aquí al salón; yo no quiero llegar después á la recepción de la condesa, con olor á comida.

— Buenos días, papá.

— Buenos días, mamá.

— Nico, sepárate de mí; me vas á arrugar el vestido.

No dejaban tiempo á los demás de contestarles: quitaban con ostentación sus lindas capas de un modelo nuevo, que nadie tenía; mostraban orgullosas cada una un collar de ricas perlas, que les marcaban las sinuosidades del pecho, mientras que el fuego de sus aderezos de brillantes, prendidos con profusión en los ondulados cabellos, sobre los hombros, en torno del atrevido descote, iluminaban el fino cutis del seno en su esplendente gloria de frescura juvenil.

Todos se dirigieron á una de las salas de recibo. Don Graciano explicó que se habían demorado en el comedor, hablando de la visita del príncipe.

— A ver, papá: cuenta, cuenta.

— Sí, papá, con todos sus detalles.

— Nico y Benjamina se introdujeron en medio del grupo que formaban las dos jóvenes casadas, con sus padres.

— Yo les voy á contar, dijo Benjamina.

— Y yo también, pero me pagan cincuenta céntimos, agregó el niño.

Doña Quiteria y su marido encontraron muy graciosa la intervención de los chicuelos. No así Milagritos, que usó de su autoridad de hermana mayor y consiguió que se fuesen, mediante un regalo de un franco á cada uno de ellos.

Antes que don Graciano empezase su relación, doña Regis y Mercedes se despidieron.

— Esta niña está muy cansada, dijo la abuelita, y le duele la cabeza: será mejor que se acueste.

Doña Quiteria quiso mostrarse solícita por la salud de la chica.

— Sí, sí, anda, acuéstate, hijita; yo voy aquí con tus hermanas á ocuparme de la lista para el *trousseau*. Ya verás qué lindo será.

Mercedes hizo un esfuerzo para sonreirse al dar las buenas noches, y salió con doña Regis. En la escalera rodeó á la señora con sus brazos.

— ¡Ay, abuelita! ¡Qué bien ha hecho en sacarme; creía que me iba á desmayar!

Conversaron muy corto rato. Ambas evitaron aludir á las desgracias del presente. Doña Regis, por temor de aumentar la aflicción invencible en que veía á su nieta; Mercedes, por encontrarse sola y poder escribir á Patricio, aunque fuese agravando su pesar.

«Rosaura me entregó tu carta, escribía cuando estuvo segura de que la anciana se hallaba acostada. En los primeros momentos, después de leerla, estuve furiosa contigo. Te acusé de egoísmo, porque no eras capaz de imponerte un sufrimiento para aliviar el mío. Rosaura me hizo ver que era injusta. Perdóname, hijito querido: el amor y el dolor extraviaban mi razón. Nunca se borrará de mi alma la memoria de tu inmensa bondad. En cualquier parte donde me encuentre, esa alma estará contigo. Te la he dado y nadie puede quitártela. ¡En qué mejor santuario puedo depositarla que en la tuya! Si por respeto á mis padres te sacrifico y me condeno á llorar toda mi vida, nadie podrá impedirme que te adore. Nunca te preguntes en qué pienso, porque siempre, á toda hora, no pensaré sino en ti.»

Y de este modo, páginas de fina escritura femenil, regadas de lágrimas, atestadas de juramentos de eterno amor, cándidamente ingeniosos en repetición del eterno tema, páginas desgarradoras para el que debía leerlas. Y terminaba:

«Adiós, mi adorado: como sé que sería en vano pedir al cielo que nos reuna en este mundo, mi plegaria constante implorará el favor de la muerte para poder desde allá velar por ti y pedir á la Virgen que te dé la felicidad que yo, en mi triste miseria, no he podido darte.»

XIII

Uno de los grandes diarios de París publicaba al día siguiente:

« Gran casamiento. Se anuncian los esponsales del príncipe Stephan de Rœspingsbrück, hijo segundo del príncipe reinante del principado de ese nombre, con la señorita Mercedes de Canalejas, hija del riquísimo señor de Canalejas y de la señora de Canalejas, nacida Gordanera.

» La familia del príncipe es una de las más antiguas de las reinantes de Europa. Stephan de Rœspingsbrück, el fundador del principado, hizo la primera cruzada en 1083, entre los guerreros alemanes que, bajo las órdenes de Godofredo de Bouillon, se dirigieron á Constantinopla por los valles del Danubio, de la Hungría y de la Bulgaria. Se distinguió en la toma de Nicea; fué el primero que plantó el estandarte de la Cruz en los muros de Antioquía; su arrojo en la toma de Jerusalén le valió la erección de su baronía de Rœspingsbrück en principado, con el título de alteza serenísima.

» La familia de la novia ocupa un puesto prominente en la sociedad hispano-americana de París. El señor de Canalejas, padre de la novia, desciende de la familia del famoso conquistador Alvarado, lugarte-

niente de Hernán Cortés en la conquista de Méjico. Las señoras de Palomares y de Cuadrilla, nacidas de Canalejas, que brillan por su belleza y su elegancia en la alta sociedad extranjera de París, son hermanas de la señorita de Canalejas. »

Ese párrafo de uno de los diarios más populares de la capital, constituía, á juicio de don Graciano, una ejecutoria de nobleza, una especie de carta de naturalización en el gran mundo *chic* del supremo gran tono, objeto de todas sus aspiraciones. Así pensaban también Milagritos, Dolorcitas y sus esposos. Todos hicieron amplia provisión de ejemplares del diario para enviarlos á sus amigos, á sus simples relaciones y á sus parientes y conocidos en Hispano-América.

Juan Gregorio había puesto, por reirse, en un apunte para el cronista del diario, la ascendencia del capitán Alvarado. El padre y sus hermanas de Palomares y de Cuadrilla se vanagloriaron desde ese día del ilustre parentesco.

— ¿Y estás seguro, papá, de que seamos descendientes de un conquistador? preguntó Juan Gregorio en el almuerzo, con sorna, comentando el párrafo, que arrancaba exclamaciones de entusiasmo á Cucho Palomares y á su mujer.

— Cuando el diario lo dice, debe saberlo. Aquí los periodistas son tan eruditos... contestó, fingiendo modestia, don Graciano.

Los Torrevieja, los Fuenteviva, los Altamura, los Terrazábal, que trataban á los Canalejas de *rastaquouères* advenedizos, no profesaban ese respeto por la erudición de la prensa, y se reían de esa evocación del famoso héroe del *salto* legendario en el combate de la noche triste.

— Lo que hay de triste, decían, es que vengan farsantes de nuestros países á desacreditarnos á Europa.

— Y lo peor es que nos confundan á todos, observaban.

La llamada comida de esponsales por don Graciano, fué también origen de grandes y orgullosas emociones para la familia Canalejas. Les parecía el primer paso dado en la florida senda de las grandezas humanas. Allá, en su interior, en su pretenciosa ambición de plebeyos, el padre, la esposa, las dos hijas casadas y sus consortes, se preguntaban qué dirían en sus lejanos pueblos de Hispano-América si los viesen ahí, sentados á la suntuosa mesa, al lado de un príncipe de familia reinante, que iba á unirse á ellos por los lazos de un estrecho parentesco. Era el sueño fantástico cambiado en realidad por la varita de virtud de la riqueza.

— Hija, ya con este casamiento nos quedamos en Europa para siempre, dijo Canalejas á su mujer al salir del comedor, separándose un momento de sus convidados.

— ¡Por supuesto! fué la pronta respuesta de la esposa á ese pronóstico, en el que divisó la señora una serie infinita de nuevos trajes de casa de Worth. ¡Por supuesto! ¡Por allá es todo tan pequeñito!

Y, como á hurtadillas, cambiaron una mirada de perfecto regocijo; más expresiva, uno y otro lo sentían, que aquella, ya olvidada, de amor, con que se habían unido sus corazones en su mocedad humilde.

Fuera de los miembros de la familia, los únicos convidados con el príncipe habían sido la condesa de Montignan y Guy de Morins, las dos personas que habían intervenido para concertar el matrimonio. La condesa, á la derecha del dueño de casa, había hablado la mayor parte del tiempo como si ignorase la presencia de los que en aquella mesa no eran *de su mundo*. Casi no dirigía la palabra sino á Stephan y á Guy, pasando en revista, con aire satisfecho, lo más granado del almanaque de Gotha y de la aristocracia europea. Don Graciano dirigía miradas de satisfacción en torno suyo á los de la familia y hasta al mayor-

domo, como poniéndolos á todos por testigos de la alta importancia de su futuro yerno y de sus dos convidados. De Morins cambiaba miradas amorosas con Milagritos, mientras que Cucho, su marido, seguía con apasionada contemplación todos los movimientos y todas las palabras de su alteza. Sólo Juan Gregorio, por lo bajo, dirigiéndose á Antuco, que tenía al lado, se burlaba de la de Montignan, tomándola por blanco del mal humor que le causaba el ceremonioso estiramiento á que se veía condenado. Mercedes, á la derecha del príncipe, respondía sin afectación, como distraída, á los cumplidos que Stephan, con aire de hombre seguro de su importancia, de cuando en cuando le dirigía. Doña Regis se había excusado de asistir á la comida, con gran contentamiento de Milagritos y Dolorcitas : ellas no la hallaban bastante *chic* para comer con los nobles convidados.

Don Graciano habría querido pronunciar un brindis alusivo á las circunstancias ; pero sus hijas casadas le hicieron comprender que aquello sería de mal tono y daría un carácter vulgar y aun *rastá* á la comida.

Después del café y de los cigarros, los hombres volvieron de la pieza de fumar á la gran sala. Por un convenio del día anterior, entre don Graciano, su mujer y las hijas casadas, Stephan se encontró al lado de Mercedes, mientras que Milagritos se había apartado, lejos de los otros, con de Morins. Cucho, encantado de que su mujer recibiese las atenciones del conde, se empeñaba en sostener una conversación animada con los demás. Juan Gregorio había desaparecido al salir del cuarto de fumar.

El imperio sobre sí misma con que Mercedes había podido disimular su honda pena, dió á Stephan la pretenciosa convicción de tener ya favorablemente impresionada á la chica. Era que el drama en que ésta había creído apurar la última amargura al escri-

bir la carta de despedida á Patricio, la dejaba sumida en el entorpecimiento que embota la sensibilidad después del primer estallido en los dolores extremos. Pero allá, en lo más hondo del pecho, el sufrimiento retorcía sus llamas de volcán con sordo rugido, mientras una vaga esperanza de conquistarse la libertad, por una osada confesión de su amor, surgía de repente de la completa postración de todo su ser. Era como la llama tenaz que se ve levantarse de los escombros de un incendio. Lejos de temblar entonces, al oir á su lado la voz de Stephan, sintió en su corazón un calor desconocido, una fuerza agresiva de combatiente enardecido por la arrogancia del adversario.

— ¡Con qué impaciencia he aguardado este momento de poder hablar con usted sola! dijo él, sentándose al lado de la chica.

Ella se quedó un instante en silencio, mirando al frente. Pero el aceleramiento de su respiración, el encarnado que cubrió sus mejillas, indicaban el combate interior de la persona que lucha contra su timidez, para cambiarla en osadía. Volvióse entonces hacia el joven, obedeciendo á su propósito:

— Y yo también, le aseguro á usted.

— Es usted adorable, le murmuró con acento de pasión el mozo, tomando esa respuesta por una franca aquiescencia á sus pretensiones, aceptadas ya por los padres.

— ¡Ah! no se equivoque usted, replicó vivamente la joven.

— ¿Por qué me dice usted eso?

En la pregunta, el tono altivo del gran señor que se sorprende de encontrar una dificultad, se dejó sentir por una modulación destemplada.

— Seré muy franca con usted, repuso la chica, en la que era visible el esfuerzo en busca de energía. Si he deseado con vehemencia este momento de hablar con usted, es porque al punto á que han llegado las

cosas, una explicación sin reticencias es indispensable entre usted y yo.

— Hable usted; me sorprende usted sobremanera

Iniciado ya su ataque, Mercedes se sintió más dueña de sí misma. No le infundió temor la expresión de severo descontento de que se cubrieron las facciones del príncipe.

— Usted recuerda, sin duda, mi actitud y mis respuestas cuando por primera vez me habló usted de sus sentimientos hacia mí, en el baile de la duquesa de Vieille-Roche.

— Perfectamente. Me dijo usted que se encontraba muy feliz en su familia y que no quería casarse. Pero de entonces acá la situación ha cambiado.

— Sin mi consentimiento; yo estoy en la misma disposición de ánimo que antes: no quiero casarme.

El «no quiero» fué muy acentuado, casi con aspereza. Stephan se sonrió con la indulgencia protectora con que se trata á una chicuela voluntariosa.

— ¡Oh, señorita, con qué tono dice usted eso! Usted no *quiere* casarse; pero una persona de su edad no tiene derecho de trazar á sus padres lo que deben hacer en un caso como el de usted. Ellos saben que si usted, por su juventud ó por algún capricho pueril, no puede apreciar una unión que va á elevarla á usted y que elevará á su familia á un rango á que ninguna otra de Hispano-América puede aspirar, ellos están ahí para mirar por el porvenir de su hija. Créame, señorita, no discutamos sobre este particular, concertado ya entre sus padres y yo; dejemos á este asunto seguir su curso natural, el que cumple á personas que se gobiernan por la razón y no por fantasías propias de gentes de poca cuenta.

El joven se había puesto de pie, como para dar término á la irritante conversación. A pesar de sus grandes aires y del acento de elevada benevolencia con que afectaba tratar á la chica, la mortificante

sorpresa que le causaba la actitud de independencia que ésta había tomado, se hacía sentir en ciertas acentuaciones involuntarias de su voz.

— Tenga usted la cortesía de no retirarse hasta haber oído lo que debo decirle. La situación en que nos encontramos no la he creado yo; pero me creo con perfecto derecho de hablar sobre ella y de ser oída.

— ¡Oh! dispénseme usted, no soy hombre capaz de cometer una descortesía con una señora, mucho menos con una persona como usted, á quien debo todo género de consideraciones.

Mas, al mismo tiempo que daba esta satisfacción, Stephan se preguntaba, con extrañeza, si aquella muchacha despejada y resuelta, dueña de la elección de sus palabras, era en realidad la misma chica tímida y balbuciente que apenas se atrevía á levantar sobre él la vista, en aquella conversación del baile de la duquesa.

Sin darse cuenta de la transformación que el agudo sufrimiento de los últimos días había operado en todo el ser moral de la linda criatura, el mozo sintió la presencia de un adversario decidido á jugar en aquella conversación una gruesa partida.

Y era que, realmente, en la fragua abrasada del dolor, las facultades de la chica, flotantes é indecisas antes en la atmósfera tibia de su juvenil felicidad, habíanse condensado en vigor, por la rápida acción de violentas y desconocidas emociones. De la muchacha tímida nacía la joven estimulada por la propia conciencia del ser, por la brusca revelación de los combates de la vida, resuelta á defenderse, á disputar su bien amenazado, sirviéndose de sus fuerzas propias, para sustraerse al destino que le preparaban ajenas voluntades.

En ese estado de alma desdeñó elaborados circunloquios para usar sin reticencia del supremo recurso

de salvamento que antes, por una discreción pudorosa, se había abstenido de emplear.

— En esa conversación, dijo con voz segura, mirando de frente al joven, me pareció que bastaba excusarme con mi deseo de permanecer al lado de mi familia, porque suponía que el caballero que ofrece su nombre á una señorita sin haberse cuidado de inspirarle sentimientos capaces de inclinarla á la aceptación, y sin que ella le haya dado ningún derecho de esperarla, debe contentarse con cualquier excusa para respetar la negativa que recibe.

— ¡Oh! usted habla en lo absoluto, mientras que en la vida todo es relativo.

Stephan acompañó su observación con la sonrisa de una persona á la que se quiere convencer con un argumento sin ningún valor. Ella replicó, aguijoneada por esa sonrisa:

— Ese fué nuestro caso: usted me ofreció su mano y yo declíné la oferta con irreprochable corrección, me parece. Ahí debería haber terminado el incidente, y habríamos quedado muy buenos amigos, en caso que usted hubiera estimado que mi amistad vale algo. Pero usted ha querido ignorar mi negativa y ha conseguido poner de su parte á mis padres y á mis hermanas. Sin consultar mi voluntad, como si me tocara un papel secundario é insignificante en el asunto, ustedes han concertado el casamiento y llegado hasta publicar la noticia en los diarios.

— ¡Oh! por mi parte, aseguro á usted que no soy el autor de esa publicación.

— No busco al autor; hago mención del hecho, porque, como dije á usted, al punto al que han llegado las cosas, creo de mi deber revelar á usted la razón principal, superior á todas las otras, que hace imposible que pueda yo casarme con usted.

— ¿Y esa razón es...?

— Que amo profundamente á otro hombre y que jamás podré dejar de amarlo.

En presencia de esa revelación, y de esa aseveración para lo futuro, el semblante del príncipe, que la chica esperaba ver cubrirse de una sombra de enfadosa sorpresa, se iluminó de una sonrisa plácida, acompañada de un franco suspiro de satisfacción.

— Ay, Dios mío, dijo en tono jovial, me saca usted de una grande inquietud. Mi palabra de honor, estaba creyendo que iba usted á revelarme que se ha casado clandestinamente. ¡Ah! ¿no es más que eso? Pero, en nuestra sociedad, las tres cuartas partes de las muchachas llevan al matrimonio algún amorcillo, tan oculto como romántico. Eso no les impide ser muy felices después y hasta querer á sus maridos. Me habían dicho que usted no vive en la realidad de la atmósfera social parisiense; que esa abuelita de la que usted no quiere separarse, le ha inspirado una piedad y una elevación de sentimientos, sin duda de alto precio, pero que no son de los tiempos en que vivimos. Esto explica los escrúpulos de usted y la bella lealtad con que ha creído necesario hablarme. Yo habría preferido que no me hiciese usted su confidencia; mas, hecha como está, puedo asegurar á usted que no veo en ella absolutamente un obstáculo para que usted sea princesa de Rœspingsbrück. Sus padres de usted, que son sus representantes legítimos, me han otorgado su mano: esto me basta; lo demás corre de mi cuenta.

— ¡Pero si yo no lo amo á usted! ¡Si yo amo y amaré siempre á otro! exclamó Mercedes exasperada, los ojos radiantes de indignación, temblorosa la voz, ante el cinismo del príncipe.

— Señorita, en mi familia estamos acostumbrados á vencer; usted verá que yo sabré hacerme amar.

Saludó risueño, como si sellase un pacto de con-

sentimiento mutuo, y se alejó con aire triunfante, dirigiéndose al grupo de los demás.

Ahí, don Graciano, su mujer, sus hijas y sus yernos, se extasiaban, con atenta deferencia, oyendo las anécdoctas de la condesa de Montignan sobre las grandes damas y los grandes señores de *su mundo*.

Mercedes guardó por algunos momentos grabada ante sus ojos la imagen del que se alejaba, dejándole como un dardo inflamado en el corazón, su sonrisa de señoril desdén por los « amorcillos tan ocultos como románticos», su seguridad de saber hacerse amar, en nombre de la tradición de su raza. Todo lo que ella le había dicho, el fruto de sus agitadas meditaciones de insomnio, su revelación atrevida, todo había caído sin conmoverlo, como las balas, en un tiro de pistola, caen achatadas sin menoscabar la dureza de la plancha metálica del blanco. En ese instante de muda desesperación sintió zumbarle los oídos cual si fuése el rumor de espanto que exhalaba su alma, al ver desfilar en su mente la turba de muchachas en marcha hacia el altar, con el amor oculto en el pecho por otro hombre que aquél con el cual iban á inclinarse ante la bendición del sacerdote. Con una sorda protesta, con un reto mental á los que la obligarían á seguir la cohorte de mentirosas desposadas, la chica se levantó de su asiento y recibió con aire indiferente la despedida de los aristocráticos huéspedes, risueños y obsequiosos al saludar en ella el resplandor de su dote.

Arriba, después, al lado de su abuelita, el torrente contenido de su aflicción desbordó, en un raudal de lágrimas, de sus ojos. No llegaba á su alma la resignación de las santas mártires de las que doña Regis, en su culto de las grandes virtudes cristianas, le ofrecía en ejemplo el sacrificio. Y más tarde, en el silencio que redobla los pesares, la chica, como desatando de su corazón las ligaduras con que la educación y el

juvenil recato lo mantenían aún aprisionado, enviaba otra vez el eco de su congoja á Patricio, escribiéndole:

«Aunque te escribí ayer despidiéndome para siempre, vuelvo á escribirte. Vuelvo á escribirte, mi adorado, porque en medio de mis penas, sabiendo que nunca podré ser feliz, mi único alivio es escribirte, ya que tú me niegas el consuelo de verte y de hablar contigo. La idea de que tú, amor de mi vida, puedas aborrecerme, es mi mayor martirio; el pensamiento de que más tarde puedas olvidarme y amar tal vez á otra, me cubre de luto el corazón y me hace llorar á mares.

» Ya te dí la prueba, al seguirte á casa de mi tío, que estaba dispuesta á no perdonar medio alguno que pudiese obligar á papá á consentir en nuestra unión. La fuga contigo era deshonrar á mi familia y prepararme una tristeza incurable, una cosa indigna de mí, é indigna de ti también.

» Nunca podrás imaginarte hasta dónde llega la inmensa gratitud con que pienso en tu bondad de no haberme exigido que te siguiese. Entonces comprendí lo grande y noble de tu amor y sentí que el mío se cambiaba en una pasión loca, que la muerte sola podrá apagar en mi corazón; la muerte, que preferiría mil veces al odiado casamiento que me preparan.

» Porque no puedo dejar de decirte todo esto, querido mío, es que te escribo. Y no te figures que lo hago creyendo cometer una falta. Lejos de querer ocultar mi amor por ti, estoy dispuesta á proclamarlo delante de todos los que nos conocen, como se lo declaré esta noche al príncipe, jurándole que te amaré toda mi vida.

» Pero, si á pesar de esa revelación, que habría hecho en alta voz en presencia de todos los que se hallaban en casa si con esto hubiera podido librarme de él, persisten mis padres en sacrificarme, al cum-

plir hasta el último con mi deber de obediencia, iré al altar pensando en ti, delante de Dios te consagraré mi alma, por ti serán todas mis plegarias, y te juro que no seré de nadie, puesto que no puedo ser tuya.

» ¡Ah! mi adorado, compadéceme; entre tú y yo, yo soy la más digna de conmiseración. »

XIV

Desde aquel día, para el ajuar de la novia, todas las afamadas casas de sastres de señoras, todas las grandes tiendas de ropa blanca, de encajes, de bordados, las de las variadas industrias que, en el vasto palenque del lujo moderno, hacen de la capital francesa el campeón vencedor de la elegancia y del supremo buen gusto, fueron puestas á contribución por doña Quiteria y sus dos hijas mayores. El ardor ambicioso de encontrar cosas nunca vistas, de inventar nuevas modas que nadie hubiese llevado, de anticipar los trajes de la estación venidera, de que fuese el ajuar un portento de originalidad y de riqueza, les daba una actividad cerebral de que raras veces son capaces los hombres en sus más grandes elucubraciones. Sentían, al recorrer las tiendas, al examinar y comparar los prodigios del arte parisiense, una ambición de conquista. Era menester que la gran sociedad, esa que la de Montignan llamaba, con humillante altanería, *nuestro mundo*, esa encastillada en su vanidad nobiliaria, abriese sus puertas de par en par á la familia Canalejas, ofuscada por sus prodigalidades. Enardecidas por ese propósito, en los conciliábulos de la noche que Milagritos y Dolorcitas celebraban con su madre antes de la hora de ir á algún baile, ó á

la Opera, ó tal vez á alguna de esas pequeñas salas teatrales donde no temen aventurarse las mujeres elegantes en busca del sabor bochornoso del más desvergonzado naturalismo, las compras del día siguiente eran discutidas y concertadas con prolijidad infatigable. Así se iban acumulando los vestidos de mañana, de visita, de recibo, de paseo, de pequeñas y de grandes comidas; los trajes de baile á precios locos, las capas de todas clases y modelos, los encajes, la ropa blanca en sus variadas y complicadas acepciones, las enaguas casi tan caras como los vestidos, los corsés de curvas ignoradas por la geometría, las medias de seda bordadas, caladas ó relucientes como el raso, la ropa de mesa y la de cama; las montañas de servilletas, de peinadores, de cuanto ha menester el dispendioso servicio moderno de una casa de lujo. Todo se compraba en profusión, por decenas de docenas. Con suprema satisfacción de la madre y de las dos hijas, cada pieza ostentaba en bordado, ora blanco, ora de colores, ora dorado en relieve sobre los objetos de metal, la corona cerrada de los príncipes de Rœspingsbrück, sobre las iniciales M. C. de la novia. « ¡Ah! verían los nobles franceses lo que es un ajuar de novia elegante hispano-americana », pensaban ellas y se lo decían complacidas, al pasar en revista las adquisiciones diarias. Las alhajas llegaban también, poco á poco, de los principales joyeros de París. Las perlas, los brillantes, los rubíes, en sus estuches de tafilete ó de terciopelo, forrados al interior en reluciente raso, irradiaban sus preciosas luces, fascinadoras de espíritus femeniles, hacían extasiarse hasta el lirismo á la mamá y á las dos jóvenes, y eran guardadas cuidadosamente en la caja de hierro, con veneración de reliquias, para ser el pasmo de la gran sociedad, del *nuestro mundo* de la condesa, en la noche de la gran exhibición del ajuar, la clásica *noche del contrato*.

Mercedes se dejaba conducir por la mamá al través de la pesada tarea de los *ensayos* diarios, indiferente á la belleza y variedad de los trajes, sorda á los entusiastas cumplidos de admiración con que las ensayadoras y la *primera* detallaban, en alabanzas, la virginal perfección de sus líneas, la encantadora esbeltez de toda su persona. En su ser de infantil apariencia, el pesar iba operando esa madurez de la razón que, en el curso ordinario de la vida, no llega en la mujer sino mucho después de los veinte años. Ella tenía apenas diez y ocho. El pensamiento iba horadando sus ilusiones con la oculta labor del gusano que roe la fresca pulpa del sabroso fruto. Del altar de sus adoraciones juveniles, como cae un velo ajado de vetustez, su primitiva noción de los afectos de familia se desprendía lentamente. A presencia de esa conspiración de vanidad implacable, en la que su padre, su madre y sus hermanas la arrojaban como un envite en el juego de sus ambiciones, Mercedes llegaba á preguntarse si no estaría ella justificada en seguir los consejos y el ejemplo de Rosaura Fuenteviva. Pero pronto, la innata elevación de su alma levantaba su protesta de rectitud intransigente; la vieja costumbre de la obediencia pasiva triunfaba de nuevo, pasaba sobre su voluntad, un instante sublevada, la férrea plancha de su despotismo inveterado. En ese fluctuar de veleidades de independencia, seguidas de amarga resignación, los días terminaban para la chica en la lúgubre obscuridad del horizonte que entraña una tormenta.

Transcurría el tiempo, mientras tanto, para todos los demás, en ansiosa expectativa. El príncipe anunciaba desde el palacio de Rœspingsbrück el consentimiento de su augusto padre y soberano. Las princesas, su madre y su hermana, se trasladarían á París algunos días antes de la boda. Esta noticia, discretamente anunciada por algunos diarios, fué un acontecimiento

parisiense. En las distintas colonias hispano-americanas pasó á ser el tema exclusivo de las conversaciones. Un vientecillo de vanidosa solidaridad circulaba entre ellas. « ¿Por qué habían de ser solamente las *yankees* las únicas de la numerosa familia americana que se uniesen á grandes títulos europeos? » La América latina, los desdeñados *rastás*, plantaban ahora su tienda en medio de la grandeza europea, adquirían nacionalidad en el mundo *chic*. Los Torrevieja, los Altamura, los más vanos de los trasplantados, llegaban á felicitar á los Canalejas en el día de recibo de doña Quiteria. Sus hijas consentían en reconocer la belleza de Mercedes. En sus charlas confidenciales observaban, sin embargo, con maligna risita, que no brillaría por su inteligencia en la refinada sociedad que su encumbrado rango iba á darle derecho de frecuentar.

Se hablaba también con curiosa insistencia sobre las dos princesas, que vendrían á honrar el casamiento con sus nobles personas. Una leyenda anónima se formaba sobre ellas. Lo que había dicho un secretario de legación, lo que alguna viajera había contado en tal pensión de familia, en tal mesa redonda, todo hacía las veces del puñado de nieve que se aumenta y redondea á medida que rueda sobre un campo nevado, sin más fuerza motriz que el empuje inicial. « La corte de Rœspingsbrück, se contaba, era de una sencillez de la más severa economía. Las dos princesas vestían con extremada modestia. En el verano, trajes de percal; en el invierno, de paño obscuro ó de merino. Los de seda, sólo para las grandes ocasiones. Los trajes de baile y de comida, perfectos adefesios, conservaban la moda del año, ya lejano, en que habían sido encargados á París. Los sombreros, hechos por una modista de la localidad, habrían causado sensación por su estrambótica forma, en los *bulevares*. » Estos detalles daban la vuelta de

las recepciones hispano-americanas, volvían después abultados y desfigurados al punto de origen; llegaban á desbordar hasta los salones parisienses, como la ola que se extiende, en las grandes mareas, hasta el terreno firme donde termina el arenal de la playa. De los clubs á los estrados, la chismografía elegante había hecho llegar en pocos días sus afiladas confidencias. La crónica guardaba entre sus recuerdos algunas travesuras galantes de la princesa madre, murmuradas por lo bajo, allá en la pieza de fumar, después de la comida, cuando los licores y el café hacen pronunciarse el efecto comunicativo del champaña. Mostrábase la misma crónica indulgente á la familiaridad de la bella princesa Thyra con su joven profesor de piano, un húngaro cobrizo, de cabellera ensortijada. La capa de fastidio mortal que se extiende sobre la minúscula corte de Rœspingsbrück, excusaba ante el criterio mundano la supuesta liviandad de las princesas. « Hay gracias de estado, decía Guy de Morins discutiendo este punto. Una princesa puede tomarse libertades contra la moral pura, que no son permitidas á las mujeres del estado llano. Lo que es inmoral abajo, es un pasatiempo elegante en las altas esferas. » El marqués Arsenio Varielle-Landry aprobaba esta teoría de casuística social con su sonrisa soñolienta de hombre gastado. Jacques Termal, buscando sobre el sofá una postura cómoda para su abultada persona, abogaba por el derecho al pecado en todas las clases sociales: á todo pecado, misericordia, decía sacudiendo la ceniza de su habano. Y añadía: « de todos modos, esa princesa Thyra me hace soñar» .

En esos días de su naciente importancia, Canalejas, para agrupar los valores que debían componer la dote de la futura princesa, vivía bajo el peso de preocupaciones no menos absorbentes que las que encendían el pensamiento de su mujer y de sus dos hijas en la composición interminable del ajuar de la novia. Los

notarios de una y otra parte habían empezado ya esa lucha de encontradas pretensiones, en la que se debate la parte *financiera* del contrato matrimonial con el ardor y la argucia con que se tratan en la vida diplomática las más complicadas cuestiones internacionales. El notario del príncipe, á falta de aportar valores efectivos á la sociedad conyugal, hacía valer con énfasis los altos títulos de su cliente, exigía que la dote de la novia estuviese representada por lo que el lenguaje bursátil llama valores *de todo reposo*. No le bastaban los bonos de empréstitos extranjeros, ni mucho menos las promesas provisorias de pago, representadas por pagarés á corto plazo, ofrecidas por don Graciano, con hipoteca de las mejores fincas que poseía en su país. Era menester, declaraba el representante del príncipe, que la suma dotal se compusiese de *inversiones de padre de familia*, de renta francesa por ejemplo, ó de otros valores equivalentes. Ya el régimen adoptado para el contrato iba á privar á su augusto cliente de toda libertad con respecto al capital, cerrándole así la puerta á cualquiera de esas especulaciones reproductivas en las que los banqueros gustan de hacer participar á los altos personajes, para revestir de prestigio ante el público el negocio. Era justo que, en cambio de esa cortapisa, la dote tuviese la mayor solidez que es dable alcanzar en estos tiempos de sindicatos y de agiotaje en que se ha visto bambolear, y á veces caer, los valores reputados de solidez inalterable.

Estas exigencias ponían en angustiosos aprietos á Canalejas. Á pesar de recurrir á los fondos que había poco á poco acumulado en Inglaterra, trayéndolos de su tierra con sensible pérdida, para hacer frente, en casos fortuitos, á las bajas del cambio, tan frecuentes en los estrechos mercados monetarios de Hispano-América, encontrábase en la imposibilidad de completar con dinero *contante y saltante*, según la fór-

mula notarial, la suma en que iba á comprarse la gran alianza con la casa soberana de Rœspingsbrück. Era forzoso entonces llenar el déficit con empréstitos usurarios, último recurso que se le presentaba para evitar la humillante emergencia de ver convertirse en bochornosa catástrofe el enlace ambicionado.

Mas, para tentar ese recurso, el más estricto sigilo era preciso. Ante la sociedad parisiense, lo que había venido á confirmar su reputación de archimillonario, era la importancia de la dote con que se pagaría la corona cerrada de princesa, destinada á ceñir la frente de la señorita Mercedes. Á fin de conservar intacta esa dorada aureola de riqueza y buscar nuevos recursos, sin que llegara á traslucirse la verdadera situación, el discreto agente de las operaciones clandestinas, Ignacio Sagraves, entró en campaña. Ese vencido en las batallas de la vida, transpirando por todos los poros la miseria, vió su salvación en este nuevo encargo. Habilitado por don Graciano con algunos francos para poder presentarse con decencia á los prestamistas, empezó sus diligencias con el ardor del náufrago que se ve ya cercano de la orilla. Pero el éxito venía lentamente; se dividía en préstamos escasos, gravados con intereses exorbitantes. Canalejas hacía valer lo subido del gravamen para reducirle sus propinas de corretaje á una remuneración casi ilusoria. Cada día, á vuelta de sus innumerables andanzas, Ignacio regresaba á su hogar descorazonado y molido, arrastrando en el alma, como un galeote su cadena, el peso de su miseria. Apenas encontraba un alivio fugaz en el espectáculo de sus chiquillas anémicas, danzando delante de la puerta de la calle, con esfuerzos de niños hambrientos, al agrio son de la zampoña del cabrero. Al triturarle el alma, los golpes repetidos de sus desventuras le habían dejado, sin embargo, en algún rincón de su gastada sensibilidad, esa flor viva del amor paterno, que los vientos asola-

dores de las amarguras de la vida no alcanzan á secar en los pechos de la sentimental raza latina. Y Odile, su compañera de cadena, sentía también, en ese campo de ternura, unirse su alma á la del infeliz trasplantado, como se unen y confunden en una sola corriente las aguas que un peñasco, en medio del río, ha separado.

Viéndolas bailar, iluminados los ojos de alegría, los dos cambiaban involuntariamente una mirada de adoración compasiva por esos dos seres frágiles, de los que parecían anticipar los dolores del porvenir.

— ¡Pobres pequeñuelas!

Los días, las noches, pasaban de ese modo en su tétrica marcha de tristezas. Desde temprano, antes que las chiquillas empezasen á turbar el pesado silencio de la boardilla con sus clamores de hambre, volvía Sagraves á sus correrías de perro que busca por las calles algún hueso olvidado. Otra vez, al caer la tarde, tornaba á la escena familiar del baile y de la zampoña. Pero el domingo, temprano, los días de carrera en Longchamp ó en los alrededores de París, la fiebre de las apuestas discurría por las venas del trasplantado como la llama de una corriente de petróleo. En algún bolsillo oculto guardaba, aviesamente substraído á las pesquisas de Odile, la pieza de diez francos, infaliblemente predestinada á traerle la fortuna. Sentíase entonces bajo una de esas alucinaciones cerebrales que pueden conducir al crimen. Nadie, ni nada, habría podido detenerlo. Con unos cuantos centavos arrojados sobre la mesa, al salir, acallaba el grito lejano de su conciencia de padre amante, y bajaba desatentado, seguro de regresar en la tarde victorioso.

Mientras tanto, el plazo fijado por Stephan para su regreso de Rœspingsbrück tocaba á su término. Él vendría pronto. Sus altezas, madre é hija, llegarían á París poco después. Las augustas damas se

hospedarían en un hotel tranquilo de la calle de Castiglione. Aquello era ya la realidad. La de Palomares y la de Cuadrilla divulgaron por todas partes la gloriosa noticia, cuidando de hacerla llegar á los principales diarios de la capital. Esta publicidad mantenía vivo el interés de los círculos cosmopolitas del París elegante, y presentaba al público, como en los grandes carteles de avisos que recorren las calles, el nombre de Canalejas unido al de los cruzados, de secular nombradía. Con discretas reticencias se hacían al mismo tiempo algunas revelaciones anticipadas sobre la riqueza del ajuar de la novia, sin omitir la suprema fórmula de lo maravilloso, la obligada evocación oriental de las *Mil y una noches*.

El anuncio de la próxima llegada del novio, seguida á corta distancia del arribo de las princesas, hizo decidir á Milagritos y á Dolorcitas que había llegado el tiempo de fijar los plazos de las dos grandes solemnidades: la tertulia del contrato y el casamiento en la iglesia. Era preciso hacer grabar por la casa Stern las invitaciones para la primera y el parte matrimonial para la segunda, discutir el *menú* para la cena de aquélla y del *lunch* con que se recibe á los privilegiados en casa de la novia después de las bendiciones. Todo esto, según las dos muchachas, exigía estudios detenidos, en consejo de familia, para llegar á un acuerdo, á fin de que la impresión de aquellas piezas fuese un modelo de corrección, de lujo y de elegancia.

— ¡Qué lástima que no podamos poner una corona en los convites! dijo doña Quiteria. El apetito por los títulos nobiliarios se le había despertado vivaz, á fuerza de oir hablar á sus hijas de la importancia de esas distinciones, aunque fuesen compradas.

Las dos muchachas, siempre dispuestas á dar lecciones á la madre, exclamaron:

— Para que nos tomasen por comerciantes; no digas eso, mamá.

— Ó por agentes vendedores de vinos.

Con enfado la señora se quejó:

— ¡No ven, pues! Todo lo que yo digo les parece mal.

Sin disculparse de su rudeza, Milagritos anunció con énfasis dogmático:

— Tenemos que ocuparnos de otra cosa todavía: hacer la lista de las invitaciones.

— Cierto, apoyó Dolorcitas; eso es muy importante.

La madre creyó coger al vuelo una oportunidad de tomar su desquite de la lección que acababan de darle las ensoberbecidas muchachas.

— ¿Y eso qué cuesta? Tomen mi libro de visitas, y ahí está la lista completa.

Nueva exclamación de las hijas. Hubiérase dicho que oían un inconcebible despropósito. Como siempre, Milagritos habló la primera:

— ¡Las cosas tuyas, mamá! Parece que acabas de llegar de *tu* tierra.

Apoyó la voz sobre el posesivo. La patria de la mamá no era la de ellas. Habían llegado de Hispano-América tan chicas, decían siempre, que más bien eran francesas.

— ¿Por qué? ¿Acaso mi lista no es la de la gente con que tenemos amistad?

Hizo con cierta timidez esta pregunta la señora, al oir el tono de la exclamación de sus hijas.

— ¿Con que *tú* tienes amistad? Es cierto, contestó Milagritos.

— Pero nosotras no, agregó Dolorcitas.

— Nosotras no visitamos sino gente *chic*, pronunció aquélla. ¿Cómo te figuras, mamá, que podamos visitar á todos los *rastá* que se visitan contigo?

— Pero entonces se nos van á enojar, objetó escandalizada la señora.

Dolorcitas salió al encuentro de esta objeción:

— Y eso, ¿qué te importa? Ninguna de ellas nos ha de traer relaciones de europeas elegantes.

— Pero no podemos dejar de convidar á los Torrevieja, insistió la madre, ni á los Altamura.

— Á esos sí los podemos convidar; van á muy buenos salones, y son bien admitidos, concedió Milagritos.

— Y viven con lujo y dan muchos convites á personas elegantes, apoyó Dolorcitas.

Esta concesión alentó á doña Quiteria.

— Por supuesto, á los Terrazábal, á los Fuenteviva también les convidaremos; somos tan amigos con ellos...

— Tú serás muy amiga con ellos, dijo Dolorcitas; pero yo no.

— Yo he dejado de verlos hace mucho tiempo, declaró Milagritos.

— Son muy *rastá:* las Terrazábal son tan morenas, arguyó Dolorcitas, que á primera vista se conoce que no son europeas.

— Pero, hija, no todas pueden ser blancas. ¿Qué tiene eso? alegó la señora, sin energía.

Y como una razón muy plausible, agregó:

— Son personas de muy buena familia.

Milagritos opuso su veto perentorio:

— Y eso, ¿qué nos importa? Serán de buena familia en su país; pero aquí no son nadie, ni nadie los conoce, porque son pobres. ¡Gente que no tiene coche! añadió con un tonillo de superioridad. Llegarían aquí en algún horrible *fiacre*, de esos de los que el caballo se espanta con las luces. Los chasquidos del cochero se oirían hasta en el salón.

— No, mamá; déjate de tus *rastás*. ¿Quieres tener una fiesta *chic?* No convides más que gente europea elegante, concluyó la de Cuadrilla.

Milagritos puso término á la discusión.

— ¡Jesús! ¿Qué dirían las princesas? Nos encontrarían muy *cursis*, y se opondrían á que el príncipe nos busque títulos de nobleza.

Este argumento calmó todo el fuego de doña Quiteria en favor de los de su raza.

— Hagan ustedes como les parezca; ustedes conocen mejor que yo lo que debe hacerse.

Obtenida esta declaración, las dos jóvenes, Milagritos dictando y Dolorcitas escribiendo, empezaron á formar la lista de las invitaciones :

« La duquesa de Vieille-Roche.

» La duquesa de Champfleuri.

» La marquesa de Castelprolix. »

Ante tan esclarecidos títulos, doña Quiteria, palpitante de emoción :

— ¿Creen ustedes que vendrán?

— Guy de Morins y Varielle-Landry se encargan de traernos todo el barrio de San Germán, dijo con acento convencido Milagritos.

— Todas esas nobles van á vender en la *Kermesse*, para el hospital de convalecientes de Clamart; con ir á comprarles y repartir ahí un par de mil francos, ninguna nos faltará.

Ante esta aseveración convencida de Dolorcitas, la madre se estremeció de júbilo.

— ¿Saben lo que he estado pensando, niñas? exclamó con aire de misterio.

— ¿Qué has estado pensando? preguntáronle las hijas con desconfianza.

— Que debíamos regalarles á las princesas unos ricos vestidos para la boda, como les dije el otro día.

— La idea no es mala, observó Milagritos doctoralmente.

— ¿Y tú crees que acepten? ¡Unas princesas! dijo con aire de duda Dolorcitas.

— ¡Toma, ya lo creo! Son muy nobles; pero son pobres, contestó la de Palomares; todo está en la

manera de ofrecer. Yo las llevaré donde Worth, ellas elegirán y mamá, sin decir nada, pagará la cuenta. Así no se presentarán con algunos adefesios de su principado.

Doña Quiteria, jubilante con la aprobación de sus hijas:

— Eso es; ¡yo pagaré todo! exclamó. Queda convenido. Ahora mismo voy donde Worth á ver lo más rico que tenga para esos trajes.

Mercedes no tomaba parte en estos solemnes consejos de familia. Llevada por su madre, seguía ensayando vestidos, capas, sombreros, con perfecta indiferencia. En el fondo del pecho, la tristeza dormitaba con la sorda resignación del abandono. No quería ni podía luchar. Su alma de dulce criatura que sufre por primera vez, ignoraba la violencia de lo trágico. Ante su suave conformidad, sus padres y sus hermanas aseguraban que no tardaría en apreciar la grandeza del destino que le deparaba la suerte. La única persona que conseguía, con sus chistes, con sus genialidades de muchacha moderna, interesarla, era Rosaura Fuenteviva. Con frecuencia hablaban de Patricio.

— Cuéntame. ¿Qué dice? ¿Cómo está? ¿Se acuerda de mí?

Al hacer estas preguntas, Mercedes se apoderaba de las manos de su amiga, tratando de leer, con los ojos nublados por la emoción, en el rostro de Rosaura, la verdad de sus respuestas.

— Yo le digo que es un tonto de pensar siempre en ti; que si tú fueses digna de su caballeresca constancia, ya te habrías huído con él hace tiempo.

Mercedes suspiraba:

— Tienes razón.

En silencio deploraba su falta de valor, ó más bien su inflexible idea del deber filial. Luego, para consolarse:

— Dile que siempre lo adoro, que sólo vivo con su

pensamiento, que el amor que le tengo es lo único que me da fuerza para vivir.

— ¿Yo? ¿Que vaya á tener la crueldad de decirle todo eso? ¿Estás loca?

— Si él siente como yo, eso lo consolará.

— Yo le digo cada vez que lo veo que se consuele con otra. En los hombres, las grandes tristezas de amor duran hasta que alguna mujer bonita se hace cargo de consolarlos.

— ¡Oh! ¡Patricio no es así! exclamaba la chica con apasionada convicción.

— Y tú tendrás la culpa de que se consuele con otra. Demetrio me ha dicho que lo vió el otro día hablando en la avenida del Bosque con la Montestruc, que está loca de amor por él.

Mercedes bajó la vista con tristeza. Había oído ya ese nombre á Juan Gregorio. Había sentido ya el hielo súbito, en el corazón, de los celos.

— ¿Qué quieres que haga el pobre? repuso Rosaura sin dejar de darse cuenta del penoso silencio de su amiga.

— Yo sé que no me olvidará, dijo Mercedes con exaltación.

Y añadió suspirando :

— Que las mujeres se enamoren de él, no me extraña; ¡es tan buen mozo! Pero él, es otra cosa; yo estoy segura de su corazón.

Le quedó, no obstante, el escozor de la picada, por más que trataba de persuadirse de que Rosaura inventaba esa revelación para ponerla celosa y decidirla á tomar alguna resolución desesperada. Entonces cambió el rumbo de la conversación.

— Y tus amores, ¿en qué estado se hallan ahora?

— De parte de las autoridades, oposición inflexible; pero Demetrio es un fénix de constancia, y si no me enamoro de él furiosamente, será que no tengo el fuego sagrado de las grandes pasiones. Pero nuestros

planes no han cambiado. En su ánimo y en el mío, nuestra fuga es un acontecimiento previsto, como un cambio de luna.

Por acallar sus propias preocupaciones, Mercedes le repitió el amistoso reproche que ya le había hecho otras veces. Necesitaba hablar, oir el ruido de voces para no oir la voz dolorida de su corazón ante ese nuevo tormento de figurarse que Patricio podría olvidarla y enamorarse de otra mujer.

— ¡Oh, Rosaura! exclamó. ¿Y eres capaz de cometer esa locura sin estar enamorada?

— Enamorada, no; Demetrio me parece bien, es alegre, y á mí me gusta la alegría y la diversión. Seremos muy felices; el sentimentalismo en la vida es la más insigne bobería.

Risueña, jugaba con los dorados cabellos sueltos de Mercedes, que medio se ensortijaban como un transparente vapor de oro sobre la nuca.

— ¿Y si Demetrio no se casa contigo?

— No tengas cuidado; eso corre de mi cuenta. Yo lo gobierno así. ¿No ves?

Y, entre dos dedos, se cogía delicadamente la nariz para pintar á lo vivo la fuerza de su dominio sobre su adorador.

— Sí; pero eso no quita que te casarás sin quererlo.

— Y tú también te casarás sin querer al príncipe.

— ¡Ah! Eso es diferente; á mí me obligan á casarme, replicó Mercedes poniéndose encarnada.

— Á mí también me obligan, puesto que quieren llevarme á nuestro país sin mi voluntad. Si no quisiesen llevarme á América, siendo que aquí me he criado, yo me estaría muy quietecita. Pero tú comprendes, que cuando oigo á nuestros propios compatriotas que llegan de allá: « Señorita, usted no podrá acostumbrarse en su tierra; aquello es tan triste, tan insoportable... ¡Y los chismes! ¡Y el averiguar todo

lo que hacen los otros! ¡Ah, si yo pudiese quedarme por acá! » Tú concibes, querida, que es muy desalentador. Por eso me casaré aquí con el que se me presenta. Si ello sale mal, ¡tanto peor! Yo soy fatalista.

— ¡Y yo que no pediría otra cosa que casarme con Patricio é irme con él y mi abuelita á nuestro país! suspiró con amargura Mercedes.

— Hijita, cada uno con sus gustos. Y, adiós; apenas vea á Patricio, le diré que ya no lo quieres.

Y ante el afligido rostro de su amiga :

— No lo creas, linda; le diré que lo adoras y que no pierdo la esperanza de convencerte de que sigas mi ejemplo.

Con esto besó á la chica ruidosamente, y bajó la escalera, ágil y risueña, enviándole de cuando en cuando nuevos besos en señal de afectuosa despedida.

XV

Un momento después bajó Mercedes á la sala, en donde sabía que su madre y sus dos hermanas casadas se encontraban á esa hora en su eterno conciliábulo sobre los preparativos para la boda. El príncipe debía llegar al día siguiente, y era menester no perder tiempo.

Al ver entrar á la joven, las dos elegantes se abalanzaron hacia ella con los brazos abiertos. ¿No era la aparición de Mercedes un indicio de que ya aceptaba sin protestas ni manifestaciones de tristeza su enlace con Stephan?

— ¡Esta lindura por acá! exclamó la de Palomares abrazándola.

— Mercedes, estás preciosa, le dijo la de Cuadrilla.

— Como dicen los diarios: la linda señorita de Canalejas, repuso Milagritos.

Doña Quiteria, con la sonrisa plácida de una índole optimista, acogió á su hija:

— Aquí estamos completando la lista de los convites; mira qué larga, y toda gente *chic*, nada más.

Bajo la influencia de las dos muchachas, se había puesto tan escrupulosa como ellas en la elección de los convidados.

— Pronto será Mercedes más *chic* que todos ellos, dijo con vanagloria Dolorcitas.

Con una trabajosa sonrisa de forzada complacencia acogió la chica estos halagos y escuchó paciente las descripciones con que sus dos hermanas anticipaban el esplendor de la futura boda. En una pausa, que al fin hicieron :

— Hermanita, dijo á la de Palomares con afectuoso acento; llévame al Bosque, deseo tomar aire, tengo dolor de cabeza.

Las hermanas aplaudieron la petición con exclamaciones de alegría.

— Te llevaré donde quieras; anda á ponerte tu sombrero blanco, así estarás elegantísima.

Pocos instantes después salían del hotel en la victoria de Milagritos. Alborozada de pensar que todos los que la viesen con su hermana dirían que llevaba en su coche á la futura princesa de Rœspingsbrück, la de Palomares decía mil lindezas á Mercedes.

— Vas á ser la reina de París. Linda como eres, tendrás á tus pies á todos los hombres de la nobleza y te envidiarán hasta las más grandes damas.

Pero desde que el coche, pasando á trote largo por el corto espacio de sillas alineadas bajo los árboles, que la malignidad burlesca del público ha bautizado con el nombre de *club de los arruinados*, entró de lleno en la hermosa avenida del Bosque, Mercedes no escuchaba á su hermana. Con ávidos ojos escudriñaba á los que se pasean á pie; á los que, sentados, se recrean con la vista de la corriente de carruajes que se dirigen al Bosque. Su corazón, en suspenso por una emoción violenta, con esa crispadura de nervios con que el enfermo siente acercarse la crisis dolorosa, se contraía de temor. Con la visionaria certidumbre de los celos, creía divisar á lo lejos á Patricio, acompañando y hablándole de amor sin duda, á la que no podía dejar de ser la hermosa Montestruc. El coche,

en su marcha rápida, disipaba luego esas visiones, dejaba atrás, convertidos en gente que jamás había visto, los fantasmas. Hubo un momento en que vió agitarse las manos de dos muchachas, acompañadas de un joven, haciéndole un saludo. Eran las de Fuenteviva y Demetrio Vasilipowich. Detrás de ellos caminaba la sirviente. Mercedes tuvo que volver la cabeza hacia atrás para alcanzar á saludarlos. Un impulso de envidia le oprimió el pecho al ver el alegre rostro de Rosaura, que le sonreía. « Ella era feliz; podía libremente hablar con el hombre que amaba, y tenía valor para someter á su voluntad el destino. »

Pero ya llegaban á la avenida de las Acacias. La concurrencia en esa tarde luminosa era grande. Lentamente, los coches, unos tras otros, desfilaban en ese orden promiscuo de elegantes carruajes y de horribles *fiacres* que, con sus extenuados rocines y sus cocheros en alguna grotesca postura, van proclamando la invasión de la democracia sobre el refinamiento decadente de la gran capital. En la parte del paseo destinada á los de á pie, la gente circulaba en un torbellino de vestidos claros, de sombreros de mujer primaverales. Ahí se confundían y rozaban los trajes de algunas semimundanas, bajadas de sus coches para hacer admirar su donaire, con la modesta vestimenta confeccionada por costurerillas anónimas de la pequeña burguesía.

Apenas entró el coche de Milagritos en la fila de la derecha, la joven, sin consultar á su hermana, dió orden al cochero de torcer al llegar al camino que atraviesa las Acacias y conduce hacia Puteau.

— Tú sabes, dijo á Mercedes, que no es ya de buen tono pasearse aquí. La gente *chic* va á Puteau, al Polo ó al Golfo. Sólo vienen á las Acacias los extranjeros y las *cocotas*.

— No importa, no importa; mamá no me trae ya nunca aquí, y esto me divierte. ¿Qué me importan

Puteau, ni el Golfo, ni el Polo, llenos de gente pretenciosa? Yo quiero pasearme aquí.

Milagritos notó en la voz de su hermana un tono nervioso que no le conocía, un acento de voluntad que semejaba á una orden.

— Bueno, pues, linda; por darte gusto, nos quedaremos aquí.

No quería contrariar á la futura princesa, ya que había hecho la gran concesión de sufrir que le hablasen de la boda y de pedirle ella misma que la sacase á paseo.

Mercedes no volvió á decir nada. Su atención se concentraba en los carruajes que, en dirección opuesta al de ellas, bajaban del otro lado del camino. Con instantánea viveza, su vista saltaba de los carruajes de gente tranquila á los de las semimundanas, que pasaban, ora en hieráticas posturas, para hacer contemplar la elegancia del talle y los contornos del cuerpo, ora en reclinamientos lánguidos de indiferente reposo. Vestidas de trajes claros, con sombreros de hiperbólica exageración, repartían en torno de ellas, hasta llegar á la opuesta fila, sus penetrantes perfumes de almizcle y de opopónaco.

Ninguna de ellas correspondía, según pensaba Mercedes, á la descripción que había oído á Juan Gregorio varias veces de Rosa de Montestruc. Eran, las que veía, hermosuras vulgares. Á pesar de los afeites y del lujo con que iban ataviadas, el origen popular se mostraba en casi todas como una marca de raza. Ninguna era la mujer de sorprendente belleza que su imaginación le pintara como una imagen de sueño, capaz de arrebatarle el amor de Patricio. Y mientras la buscaba con la vista en ese continuo desfile de bacantes en reposo; mientras hería su pudor el brillar de los ojos pintados cuando dirigían el relámpago de la mirada á los hombres, cuando les enviaban la sonrisa de los labios rojos de carmín, Mercedes sentía

sobre sus mejillas el reto insolente que parecían dirigirle. Un ardor de vergüenza le subía á la frente, le enardecía las orejas, con ráfagas cálidas de revelaciones misteriosas. De súbito se corría el velo de su largo sueño de inocencia. El oprobio de esas criaturas que la miraban como enemiga, iluminaba con siniestra luz su pensamiento inmaculado, en medio de aquella feria de opulencia. Su espíritu, asediado de alarmas, quería huir, alejarse de aquel cuadro del vicio triunfante; pero el imperio de la celosa curiosidad era más poderoso que esa voz, y seguía mirando, ansiosa, sin oír las observaciones de Milagritos sobre muchas de las que pasaban.

— ¡Ay, y esa que se ha *metido* cuánta joya ha encontrado! ¡Qué ridícula!

— Ahí va la Closvougeot: no sé qué le encuentran de bonita. Mira qué lindo vestido ¡y qué coche! Ya lleva arruinados tres ó cuatro. ¡Los hombres son tan tontos!

Con la completa pérdida de todo sentido moral, que en la turbadora atmósfera de la vida elegante hace perder á ciertas mujeres la noción exacta de lo que debe callarse en un momento dado, Milagritos formulaba sus observaciones delante de su hermana soltera, usando de la libertad de lenguaje y de conceptos que habría empleado para darse aires de espíritu independiente en presencia de un círculo de hombres de club. Aunque confusas, sus palabras rozaban los oídos de Mercedes, llevándole al agitado cerebro la sutil ponzoña de sus emanaciones desmoralizadoras. La chica sacudía de sí, por un esfuerzo maquinal de voluntad, esos vapores de contagio, como se aparta con la mano el porfiado insecto que viene á zumbar á los oídos, y seguía en su observación penosa, con el alma en suspenso del que aguarda algún acontecimiento nefasto para su suerte.

De repente, la sangre se le agolpó al corazón.

«¡Era ella! Tenía forzosamente que ser ella», la mujer de gallarda hermosura, de la que el esbelto talle se dibujaba sobre el fondo obscuro de una flamante victoria. El rostro pequeño, al que servía de aureola un sombrero claro recargado de plumas, parecíale á Mercedes, aun desde lejos, una flor delicada de resplandeciente frescura. Los dos carruajes, el de Milagritos y el de la semimundana, caminando en opuestas direcciones, se acercaban poco á poco. Al ver llegar el carruaje de Rosa, la de Palomares exclamó, tocando con el codo el brazo de su hermana:

— Mira, esa que viene ahí es la Montestruc, la que dicen que está enamorada de Patricio.

El mismo hielo en el corazón que había sentido poco antes, al oir á Rosaura Fuenteviva una revelación análoga, penetró á la chica como un dardo. Milagritos no advirtió la palidez de que se había cubierto el semblante de su hermana y siguió sus ideas personales, su preocupación exclusiva de mostrar la superioridad de su propia elegancia sobre la de Rosa.

— Mírale el sombrero: es copiado de uno que me hizo la Virot; pero lo ha recargado de plumas, con su mal gusto de *cocota*, y no se lo sabe poner; parece que el sombrero la aplasta.

Ya los dos carruajes estaban cerca de cruzarse; ya era posible distinguir los detalles del delicioso traje claro, que circundaba, como un arrebol matinal, la belleza de la muchacha.

— ¡Ah! mírale el vestido; la pícara ha sobornado á la *primera* de Beer, y ha hecho una mala imitación del traje con que fuí el otro día al Gran Premio de Auteuil. Así les irá conmigo donde Beer; ya no vuelvo más á esa casa. ¡Qué adefesio! Mira, le ha hecho poner tantos encajes, que parece una criatura vestida para el bautizo.

Mercedes no la oía. Sus ojos y los de Rosa se habían encontrado. Rosa había visto muchas veces á la

muchacha Canalejas en el Palacio de Hielo, y tenía por la belleza de la niña una admiración casi exenta de envidia. Siempre que la veía, pensaba en Patricio.

— ¡Ah! comprendo que la adore, se decía, pensando, con tristeza, que su rival tenía sobre ella la incomparable superioridad de la inocencia.

Y ella también sentía una curiosidad mezclada de celos. Mercedes iba á ser la esposa legítima del hombre que todo París consideraba esclavo de ella, que todas sus amigas le envidiaban, la joya más luciente de su corona de reina de la belleza en el medio mundo.

No fué de odio ni de rivalidad enconosa la mirada que cruzaron esas dos mujeres jóvenes, de opuestas condiciones, que el destino ponía en contacto moral, si así puede decirse, por uno de esos caprichos comunes en la vida de París. Mientras Milagritos continuaba analizando el vestido de la Montestruc, desmenuzándole los encajes, los entredoses, los adornos, Mercedes, con la modestia de su alma ingenua, sintió que una ráfaga de abatido desconsuelo le hería el corazón á presencia de la triunfante belleza de aquella que miraba como su rival.

Los carruajes se alejaron uno de otro lentamente. Mercedes no se atrevió á seguir con la vista á la Montestruc. Quedaba herida de la convicción de que Patricio no podría resistir á tanta hermosura y buscaría cerca de ella un consuelo á su abandono. La voz de Milagritos no bastaba á distraerla de esa impresión dolorosa.

— Yo no sé qué le encuentran de tan bonita, decía la de Palomares. ¿Te fijaste? Tiene la nariz medio torcida, y yo creo que *se le va* un ojo.

— ¡Oh! es muy bonita, Milagros, contestó con un acento desalentado la chica.

— ¡Qué! ¡bonita! No digas eso; tú eres mil veces mejor.

En su despecho de sentir que la exclamación de Mercedes hallaba un eco de verdad en ella misma, Milagritos no creía que fuese ofensiva la comparación.

— Ya es hora de que me lleves á casa, dijo Mercedes, humillada de sentirse puesta en parangón de esa suerte.

— Al hotel del tajamar Debilly, dijo Milagritos al lacayo.

Saliendo de la fila á una ligera insinuación de la rienda, los caballos arrastraron á trote largo el carruaje por el espacio vacío entre las dos hileras de paseantes. Pronto llegaron frente al coche de la Montestruc.

— Fíjate bien, dijo Milagritos á su hermana, y verás que se le va un ojo.

Al decir esto, la de Palomares, al volverse manifiestamente hacia Rosa, le echó, al pasar, una mirada al soslayo. Mercedes se mantuvo rígida sobre su asiento. «¿Para qué mirarla? Ya la había visto, y ojalá no hubiese venido ella al Bosque. Así, al menos, habría podido conservar su ilusión de que Patricio no podría olvidarla.» Nunca había pensado antes en ese peligro que acecha á los hombres en la alegre vida parisiense: el amor fácil, ataviado con suprema elegancia, con todas las exterioridades del más alto refinamiento. Una impresión de disgusto le oprimió entonces el pecho, una angustia de llanto que se reprime. Las escenas de las Acacias le daban en ese instante una triste idea de la fragilidad de los hombres. «Él será como los demás», pensó afligida; se enamorará de esa mujer como si fuese digna de ser querida.

La violencia nerviosa del juicio femenil, le hizo dar á esa suposición de su despecho las proporciones de la realidad. Por momentos buscaba cómo justificar al joven. «Esa mujer lo perseguirá. Todos dicen que está enamorada de él. ¡Qué gracia! ¡Es tan buen mozo!» Pero la irritación de los celos destruía muy

pronto su genial indulgencia; volvía á condenar á Fuentealba como un hombre capaz de sentir amor por una mujer *de esa clase*. Al fin, revolviendo en su mente ese pensamiento torturador, acabó por la desesperación sombría que halla una cruel satisfacción en agravar el tormento. Llegaba por instantes á encontrar un alivio acerbo en la perspectiva de su próximo sacrificio.

«Así tendré que olvidarlo; así será de mi deber olvidarlo; no pensar más en él y morirme de pena», agregaba con una opresión al corazón que casi le impedía respirar. Después, con sarcástica crueldad, hacía mofa de sí misma. «Ni siquiera ha esperado á que me case, se decía, sino que ha buscado ya el consuelo. Ahora veo por qué se negó á encontrarse conmigo, como yo se lo pedía en mi carta.» Y seguía agrupando, alrededor de ese argumento, para ella inconmovible, el tumultuoso enjambre de pruebas irrecusables.

En la comida tomó parte en la conversación. Quería aturdirse, hacer callar la voz de su dolor. Quería olvidar al inconstante. Una animación de fiebre daba color á sus mejillas, á su voz entonaciones de persona que habla sin tener bien fijo el pensamiento en lo que dice.

— Hijita, estás de muy buen color, le dijo la madre. El paseo al Bosque te ha hecho bien.

Más tarde, cuando Mercedes subió con la abuelita á su cuarto, don Graciano y su mujer decidieron, de común acuerdo, que la chica estaba ya contenta con la idea de ser princesa.

— Así son las muchachas, concluía sentenciosamente Canalejas.

A la noche siguiente vieron confirmada esa opinión, cuando el príncipe, llegado en la mañana, hizo su visita de cortejo. Milagritos, advertida por Guy de Morins, había anunciado que Stephan quería presentar sus

homenajes á su novia antes de mostrarse en ninguna parte. Traía de Rœspingsbrück los cumplimientos de su alteza serenísima el príncipe reinante y los tiernos cariños de las dos princesas. El príncipe heredero, cada vez más delicado de salud, según decía Stephan, enviaba á Mercedes, por conducto de su noble hermano, un ósculo fraternal.

La familia Canalejas, con desbordante júbilo, se había reunido en la sala roja para esperar la visita del príncipe. Se sabía también por Milagritos, á quien lo había comunicado de Morins, que Stephan era portador del anillo de esponsales; una joya histórica, según el conde, con que un emperador de Austria había obsequiado á Elisabeth de Hohenzollern, hermana del gran Elector de Brandebourg, al casarse con el cuarto príncipe reinante de Rœspingsbrück.

Stephan, en compañía de Guy de Morins y de Jacques Termal hizo, como á las diez, su entrada en la sala roja. Los Canalejas habían discutido sobre la manera como convenía acoger al príncipe. Milagritos y Dolorcitas fueron de opinión de que debía mezclarse cierto respeto á la cordialidad del saludo. Era un vástago de familia reinante que debía traer de su visita á la corte de su padre, el recuerdo fresco del ceremonial, sobre el que los soberanos de Estados microscópicos son más exigentes aún que los jefes de naciones poderosas. Doña Quiteria no alcanzaba á comprender esa mezcla de cordialidad respetuosa, y sentía no haberse hecho un vestido nuevo para recibir á su futuro yerno. Las dos jóvenes trataron de enseñarle la reverencia de corte, vulgarmente llamada la zambullida, traduciendo así la voz francesa *le plongeon*. Juan Gregorio hacía la parodia de ese saludo, lo que dejaba perpleja á la señora.

La entrada del príncipe y de sus amigos puso fin á esas incertidumbres. Stephan saludó á todos con familiar desenvoltura. Besó, ó más bien hizo el ademán

de besar, la mano á doña Quiteria; besó de una manera efectiva la mano á cada una de las dos jóvenes casadas; se inclinó con cortesano donaire delante de Mercedes, y recibió con protectora benevolencia el saludo de don Graciano, el de Juan Gregorio y el de los maridos de las jóvenes. Benjamina y Nicolasito entraron en ese momento de rondón en la pieza; el chico empujado por su hermana y ambos riéndose como de una buena pasada. Milagritos y Dolorcitas se pusieron encendidas de ira: hubieran querido hacer salir por fuerza á los dos chiculos importunos; pero Stephan los acogió con indulgente amabilidad.

Pronto la conversación se fué animando. La de Palomares y la de Cuadrilla hicieron grandes esfuerzos para mostrarse chistosas, y maniobraron con maña á fin de que el príncipe pudiese hablar aparte con Mercedes. A ese mismo objeto dirigieron sus esfuerzos de Morins y el gordo Termal. Mas nada de esto era bastante para apartar á Cucho Palomares de Stephan. Lo acosaba á preguntas sobre la corte de Rœspingsbrück, deleitado con hablar familiarmente á un señor de alcurnia tan encumbrada. No era hombre el príncipe de soportar por mucho tiempo el interrogatorio de Cucho, y á poco lo despidió con un saludo de gran señor que aleja á un importuno. Volviéndole la espalda, fué á sentarse al lado de Mercedes, á la que halló casi completamente aislada, cerca del piano, gracias á la sabia táctica de la familia.

La chica le pareció al principio en muy distinta disposición de ánimo que aquélla en que la había dejado. Contestó á sus primeras palabras sin terquedad y recibió con natural cortesía el mensaje de cariño de que Stephan era portador para ella de parte de sus augustos padres, del heredero presuntivo y de la princesa Thyra. Pero cuando el joven, convencido de que una gran reacción en su favor se había operado en el corazón de Mercedes, quiso, con moderados

requiebros, medir la extensión de su conquista, el desengaño no se hizo esperar. Con voz en la que dominaba el acento de una franca y firme resolución, la chica no lo dejó proseguir.

— No interprete usted, le dijo, mirándolo resueltamente, como un cambio en mi modo de sentir á su respeto, la manera, menos hostil que antes, con que he recibido á usted ahora. Todo lo que hay de nuevo en mí, es que hoy me someto á la voluntad de mis padres con más resignación que al principio, sin dejar por esto de creerme sacrificada, puesto que no tengo amor por usted.

— El amor, yo sabré conquistarlo, afirmó el joven con serena vanidad.

Ese fué el fondo de aquel diálogo. El príncipe se empeñó en hacerlo durar un rato bastante largo, para que los demás, y sobre todo sus dos amigos, se figurasen que ya había sabido encontrar el camino del corazón de la chica. En todo lo que no hacía referencia á su pretendido amor, Stephan encontró que Mercedes se manifestaba de una urbanidad irreprochable. Mientras tanto, lo animado de las conversaciones con que los otros se empeñaban en hacer ruido, á fin de que los novios pudiesen hablar con libertad, no les impedía ejercer sobre ellos una atenta observación. Suponían que en un momento del coloquio, el príncipe ofrecería á su novia el famoso anillo del emperador de Austria, uno de los timbres históricos de la grandeza de los Rœspingsbrück. Juan Gregorio se fastidiaba mortalmente de no poderse ir á reunir con sus amigos donde Maxime. De cuando en cuando, con el tono burlesco de los muchachos de las calles, interpelaba á Termal:

— ¿No cree usted que ha llegado el momento del anillo? No se trae un anillo histórico á su novia para estar guardándolo como una sorpresa, ¡qué diablos!

Cucho Palomares hallaba poco respetuosa la observación de su cuñado:

— Tú no tienes respeto por nadie, le decía muy serio; el príncipe sabrá muy bien lo que hace.

— Muy posible, replicaba Juan Gregorio; pero yo encuentro que, cuando se trae un anillo de esponsales sobre todo si es histórico, se da pronto el anillo á la novia, para tenerla más segura: se caza á las aves con liga y á las mujeres con joyas.

La conversación entre los que eran el blanco de tales observaciones, terminó sin que figurase el anillo, que traía tan interesados á los demás de la familia. Cansada ya Mercedes de fingir una resignación á la que el estado de su espíritu le había hecho creer al regreso del Bosque, se puso de pie, sintiendo que su pesadumbre llegaba al paroxismo. Stephan comprendió que había llegado el momento de retirarse y se despidió con frases de una amabilidad reservada y pretenciosa, muy admirada por los demás de la familia.

A esa visita siguieron las de estilo en los compromisos matrimoniales. El clásico ramo de flores enviado por el novio, llegaba de donde el más caro floricultor, diariamente, á traer á la novia su saludo de perfumes. Todas las formas convencionales que suponen un afecto mutuo, eran constantemente observadas en aquellos preliminares que son, en los matrimonios de amor, el preludio encantado con que se abre el gran poema de la común felicidad. El príncipe hacía ceremoniosamente su visita cotidiana, á la que cuidaban de asistir la de Palomares y la de Cuadrilla, temerosas de que la chica, por algún acto de violenta desesperación, buscase el modo de provocar una irremediable ruptura. Pero Stephan parecía no advertir la profunda tristeza de su novia y llenaba el tiempo de la visita hablando de sus augustos padres, detallando con señoril orgullo las felicitaciones con que las distintas cortes europeas iban contestando al anuncio confidencial de la corte Rœspingsbrück.

Sólo una nube empañaba, al decir de Stephan, la claridad rosada de aquel horizonte de grandeza. Durante su visita al principado, la vacilante salud de su noble hermano el príncipe heredero, le había amargado el placer de encontrarse en medio de los suyos. El primogénito de Rœspingsbrück había perdido, durante los últimos meses, más de veinte kilogramos de peso. Stephan dejaba entrever, en frases de una elevación apropiada al asunto, los graves cuidados que asediaban su corazón fraternal ante la perspectiva de que el destino pudiera depararle la carga austera de gobernar á su pueblo. Milagritos y su esposo, sin tener instintos feroces, oían esas confidencias con una emoción recóndita, en la que el deseo de que llegaran á realizarse los temores del príncipe, aparecía á la superficie como un tentador avieso.

Los demás, sin llegar á tanta vehemencia en sus deseos, eran unánimes en pensar que esa circunstancia, sin duda muy desgraciada, hacía lucir para Mercedes, y también para todos ellos, desvanecedoras promesas de engrandecimiento.

La gran colonia de trasplantados, esta moderna entidad del mundo parisiense, pasaba durante aquel tiempo por agitaciones, ora de simple curiosidad, ora de envidia, á medida que se divulgaban las noticias de lo que iba pasando en el hotel de Canalejas. Algunos lo llamaban con ironía el palacio Canalejas. Se sabía que en la segunda ó tercera visita, el príncipe había adornado con sencilla solemnidad, en presencia de la familia reunida, la mano de Mercedes con la preciada joya de la cuarta princesa de Rœspingsbrück, nacida princesa de Hohenzollern. Esto era contado en todas partes por Milagritos y Dolorcitas, añadiendo que ya, por este simple acto, Mercedes estaba emparentada con la familia reinante de Alemania. Había sido aquel un día de regocijo, en el que las mayores travesuras de Benjamina y de Nicolasito fueron tole-

radas con alegre benevolencia. El único de la familia que no se mostraba maravillado de la venerable importancia del noble regalo de esponsales, era Juan Gregorio. Con su escepticismo de parisiense, se aventuraba á decir que antes de llegar á poder del príncipe, el anillo debía haber figurado en la vidriera de alguna tienda de antigüedades apócrifas de la calle Lafayette.

La curiosidad de ver el anillo y el propósito de estrechar relaciones con la familia Canalejas, para ser convidadas á la boda, traía solícitas y risueñas á todas las familias de trasplantados á las recepciones, antes reputadas *cursis*, de doña Quiteria. Ya no se hablaba en confidencia como de una noticia que se tiene por privilegio especial, del compromiso entre Mercedes y el príncipe. Las que llegaban dirigían sus felicitaciones á la dueña de casa con sonrisas más ó menos agridulces. El engrandecimiento súbito de personas que poco antes no eran recibidas por las viejas familias de trasplantados de alto tono, no era para contentar á todos. Doña Quiteria confesaba con voz de modesta importancia el compromiso.

— Y Mercedes, hijita, decía en forma de comentario, tan tranquila. Nadie diría que va á ser princesa.

Las visitantes, con disimulo, se sonreían incrédulas, y hablaban entonces de vestidos, materia de conversación inagotable.

En esos días, Canalejas había completado á duras penas la suma destinada á la dote de Mercedes. Para alcanzar ese resultado, las diligencias de Ignacio Sagraves no le fueron de grande utilidad. Los prestamistas aventureros á quienes se había dirigido, sólo pudieron ofrecer sumas insignificantes. Algunos Bancos respetables, á los que propuso el negocio por tercera mano, no encontraron suficiente garantía en la hipoteca de bienes situados en un país distante y ocasionado á revoluciones, como lo son por desgracia la

mayor parte de los pueblos de origen español. Tuvo por fuerza entonces don Graciano, urgido por el tiempo y apremiado por el notario del príncipe, que echar mano de casi todo su fondo de reserva, en el que se había creado un precioso recurso para los casos en que le faltaran las remesas de su país. Hallaba una dulce compensación á ese sacrificio en el exuberante contento de su mujer y de sus hijas casadas, y en las consideraciones de que se veía rodeado desde la primera diligencia de las amonestaciones, que vino á dar carácter oficial á los esponsales. La publicación no se había hecho antes que el notario de Stephan hubiese recibido la plena seguridad de que su cliente sería puesto en posesión de las sumas estipuladas en el contrato el mismo día de las bendiciones. Salvada esa resistencia, don Graciano, sus hijas y su mujer pudieron mirar al porvenir con arrogante optimismo. Mercedes sería princesa, y ellos, por las influencias del soberano de Rœspingsbrück, recibirían la consagración de la nobleza, por medio de títulos otorgados por algún monarca poderoso.

— Verdadera nobleza y no comprada, decían con orgullo, mofándose del padre de las Altamura, que acababa de comprarse un título de marqués en uno de los conocidos mercados nobiliarios del continente.

Pero de esa satisfacción de espíritu con que miraban al porvenir, dos circunstancias, al parecer insignificantes, les turbaron la placidez. El príncipe no vino un día, en vísperas de publicarse el segundo aviso legal del casamiento, á hacer su visita á la novia, y en la tarde de ese mismo día Canalejas recibió un billetito de la condesa Montignan, que las muchachas lograron descifrar. Anunciaba en unas pocas líneas á Canalejas que tenía una comunicación que hacerle de parte del príncipe, y le rogaba fuese á verla al día siguiente.

XVI

La ausencia del príncipe y el contenido de la esquela de la Montignan fueron dos notas desapacibles en el concierto de esperanzas deslumbradoras que mecía la ambición de aquellas cuatro personas. Apoderóse de ellas, por algunos momentos, el enervante malestar que atormenta á la gente nerviosa cuando espera el estallido de alguna detonación. Pero las jóvenes, acostumbradas hasta entonces á una existencia exenta de cuidados, encontraron tranquilizadoras explicaciones al nuevo incidente.

— Sin duda, papá, dijo una de ellas, la condesa te llama para arreglar algún punto en que no están de acuerdo los notarios.

— Ó tal vez, para preguntarte cuáles son los títulos de nobleza que nos gustaría tener, sugirió la otra.

Buscaban explicaciones ingeniosas; pero, aun las dos jóvenes, á pesar del prisma color de rosa al través del cual su juventud, su hermosura y su riqueza les mostraban la vida, sentían la desazón de lo desconocido, esa inquietud del ánimo que siempre se cree amenazado de perder lo que desea. Cuando, al día siguiente, salió del patio el *coupé* de don Graciano, llevándolo á casa de la de Montignan, las dos jóvenes y la madre quedaron llenas de emoción, aparentando

una tranquilidad que no tenían. Juan Gregorio, por matar el tiempo mientras llegaba la hora de ir al *bar*, se les había reunido, en tanto que Benjamina y Nicolasito, instruídos, por su vigilante curiosidad, de lo que pasaba, habían llevado la noticia á Mercedes, exigiendo el niño, como siempre, los cincuenta centavos de albricias.

Canalejas subió preocupado al aposento de la condesa, donde fué introducido, por el vestiglo que hacía las veces de sirviente, á la salita obscura, poblada para él del misterioso prestigio de histórica grandeza. No tuvo tiempo, sin embargo, de abismarse en la contemplación de las venerables reliquias que lo rodeaban. La condesa entró á la sala con su pasito de perro que anda en tres pies, tendiéndole la mano con amabilidad enigmática, mientras que don Graciano le hacía un profundo saludo.

La de Montignan le señaló una silla delante de su poltrona raída, y empezó con voz de tiple:

— ¡Dios mío! Señor de Canalejas, me encuentra usted en la más extremada confusión para explicar á usted lo que su alteza me ha encargado comunicarle. ¡Ah! Usted me hará la justicia de reconocer que, al tratar este asunto del matrimonio, he usado de la más perfecta lealtad y creído sinceramente que ya nada habría que agregar á las convenciones acordadas entre usted y yo.

— Y ahora, señora, ¿de qué se trata? preguntó Canalejas, sintiendo un frío de angustioso temor discurrirle por la espalda.

— Iré derecho al asunto: es lo mejor.

Al hablar, se hundía en su poltrona, perdida tras de la aureola del viejo y deshilachado encaje que le bajaba de la peluca á guisa de mantilla.

— Figúrese usted que ayer se me apareció aquí el príncipe Stephan, con una carta que acababa de llegar de Rœspingsbrück. « Condesa, me dijo, aquí tiene

usted una comunicación del secretario privado de mi augusto padre, que le voy á traducir. Dejo las fórmulas en que me reitera la expresión del cariño paterno, y voy á leer á usted lo esencial de la misiva :

« Tengo encargo de comunicar á su alteza, que sus altezas serenísimas acaban de recibir la visita del general conde Flatow, edecán de su alteza el príncipe de..., encargado por su amo de pedir la mano de la princesa Thyra para su hijo el príncipe Maximiliano de... Vuestra alteza comprenderá la importancia política de este enlace. »

— Hizo una pausa, prosiguió la condesa, y yo me apresuré á expresarle mis felicitaciones por tan fausto acontecimiento. El príncipe no me dejó acabar mis parabienes. « Oiga usted, oiga usted, interrumpió, prosiguiendo la lectura de la carta :

« Un solo obstáculo pone en peligro la realización de tan alto enlace. El padre del príncipe Maximiliano desea que la princesa Thyra traiga al casamiento una dote de seiscientos mil francos. Vuestra alteza sabe que su hermana sólo tiene la mitad de esa suma. Han pensado los augustos padres de vuestra alteza que tal vez podría vuestra alteza completar la dote de la princesa Thyra, apelando á la familia que va á tener el honor de aliarse con la noble casa de Rœspingsbrück, y obtener de aquélla los trescientos mil francos, sea como un préstamo privado, sea, lo que sin duda sería preferible, pidiendo el aumento de la parte disponible asignada á la futura esposa de vuestra alteza, de manera que pudiese vuestra alteza dotar á su augusta hermana, en celebración de las felices bodas de vuestra alteza. Esta indicación de sus altezas serenísimas tiene el carácter de la más estricta reserva. »

Don Graciano se había quedado como un hombre que recibe un golpe de maza en el occipucio. En grupos de trescientos mil francos, las sumas enunciadas

le rodaban por el cerebro con un ruido de intolerable sarcasmo.

— Ya podrá usted imaginarse mi estupor, repuso la condesa, no porque se pida ese aumento de la dote, porque eso, en vista de la razón alegada, puede comprenderse, sino por tener yo que encargarme de volver sobre una negociación que ya miraba como fenecida, y en la que usted y yo habíamos empeñado cada uno su palabra.

Lo disculpable que parecía á la condesa la nueva pretensión del príncipe, trajo el sentimiento de la realidad al aterrado espíritu de don Graciano.

— Eso piden los padres, señora, dijo en su mal francés; pero supongo que el hijo no apoye semejante exigencia.

— ¡Eh! ¡eh! ¿Qué quiere usted? El príncipe Stephan tiene que apoyarla, so pena de incurrir en el desagrado de su soberano y echarse sobre sí la responsabilidad de hacer perder un brillante partido á su hermana.

— Pero, señora, el compromiso es compromiso, y las amonestaciones legales han empezado ya á publicarse, arguyó con voz afligida Canalejas.

— Así es. ¿Qué quiere usted? ¿Qué puedo hacer yo?

En su repentina angustia, no alcanzaba á darse cuenta don Graciano si el gesto de contracción que hacía multiplicarse las arrugas en el rostro de la condesa, era una sonrisita de sarcasmo ó de compasiva simpatía por el golpe que acababa de asestarle.

— Esa exigencia equivale á faltar á la palabra de honor, afirmó el caballero con fuego; eso sería una burla.

La condesa se encogía de hombros.

— ¿Qué quiere usted? Es un príncipe: á esa clase de personajes no se pueden aplicar las reglas ordinarias.

— Entonces, porque yo caso á mi hija con un prín-

cipe, ¿tengo que dotarle á la hermana? ¡Estamos bien! ¡Vaya, estamos frescos!

Decía lo último en español, de más en más estupefacto; y, para mejor expresar su sorpresa, se había puesto de pie, haciendo ademanes descompasados, algo como interjecciones accionadas, que no acertaba á expresar con voces conocidas de otra lengua que la suya.

— Así es, mi estimado señor de Canalejas: en *nuestro mundo* no se hallaría extraña la exigencia de sus altezas.

— Pero no en el nuestro, señora, ¡no en el nuestro! recalcó Canalejas, cada vez más irritado. El gesto enigmático que daba un aspecto de caricatura al semblante de su interlocutora, le crispaba los nervios.

— Y bien, estimado señor, quédese usted en su *mundo;* nada más fácil.

El tono de esa contestación fué agrio, á pesar de que la condesa dió á su voz una entonación de exquisita cortesía. Su frase era de todas maneras provocativa. Don Graciano se sintió arrojado como un intruso, del *mundo* de la condesa á su *mundo* de trasplantados, á la afanosa batalla de crearse una posición *en el todo París* de las elegancias europeas. El miedo de un descalabro vergonzoso ante esas dos sociedades, cuando su familia creía llegar á la cúspide de la grandeza, le dió la humildad de un solicitante.

— ¡Pero, señora, hágase usted cargo de mi situación! ¿Qué se dirá de mi hija, qué se dirá de mi familia y de mí mismo, si se rompe este matrimonio?

— Dirán que usted no es bastante rico para tener un príncipe de casa reinante en su familia; eso no es una deshonra, me parece.

Picado por esa duda sobre su riqueza, don Graciano creyó dar una respuesta magistral, replicando:

— No creo que hasta ahora haya encontrado el príncipe quien dé una dote como la que yo doy á mi hija.

La condesa no pareció desconcertada con el argumento.

— En eso se equivoca usted, estimado señor de Canalejas, exclamó con viveza, sacudiendo con inclinaciones afirmativas de la frente el hilachoso remedo de mantilla española; en eso se equivoca usted, de medio á medio. Nada menos que en estos días, el príncipe acaba de recibir, como dije á usted, proposiciones de un negociante en jamones de Chicago, que busca un marido de gran nobleza para su hija. Se trata, ¡oiga usted! se trata de una dote de cinco millones, con esperanzas de recibir después diez millones más á la muerte del padre.

El sentimiento de la derrota inevitable destruyó en Canalejas toda fuerza de resistencia.

— ¡Ah! yo no podría ofrecer tanto como eso. ¡Cinco millones de dote! ¡Caramba! agregó, amostazado, en español.

— Y diez en esperanzas, insistió la condesa. Pero el príncipe tenía dos razones para desechar la tentación: el respeto á la palabra empeñada y su amor á la señorita *Mercedés*, porque se ha enamorado como un simple *hombre de nada*. Ya ve usted lo que son las cosas: nuestro príncipe es hombre de honor y hombre de corazón. Me ha declarado que sería para él un gran sacrificio tener que renunciar á la señorita *Mercedés* y casarse con la de los cinco millones.

Canalejas se quedó pensativo. No se atrevía á comprometerse para el aumento de los trescientos mil francos; pero mucho menos se atrevía á dar una redonda negativa.

— Entonces, mi estimado señor de Canalejas, ¿qué debo contestar al príncipe? Él tiene urgencia de enviar su respuesta á sus altezas serenísimas. Usted ha visto en la carta que se trata de una gran alianza política, tanto más importante para el príncipe Stephan, cuanto que, por el deplorable estado de salud de su

hermano, él puede, de un día á otro, encontrarse investido con la dignidad de príncipe heredero.

Este último argumento fué el golpe de gracia para Canalejas: el horizonte se volvió á iluminar de resplandores ¡Mercedes, un día, soberana de Rœspingsbrück, y ellos, su mujer, sus otras hijas, admitidos como iguales en la aristocracia europea!

— Señora, dijo, esa conducta del príncipe me dicta la mía. No puedo desde ahora comprometerme al aumento de la dote; tengo que hacer examinar mis cuentas por mis banqueros. Daré á usted una contestación mañana mismo. Es convenido que todo queda como estaba y que el príncipe mantiene su palabra hasta recibir mi respuesta.

La elaboración de esta frase había sido penosa. Don Graciano pugnaba con la dificultad de tener que expresarse en un idioma extraño, y con la no menos ardua de hallar frases que, evitando la ruptura, no lo comprometieran definitivamente. Como en la entrevista anterior, la condesa le había suavizado las asperezas del camino, alentándolo con signos de aprobación, con el uso de monosílabos oportunos, para manifestarle que comprendía, de la pepitoria *rastá*, el fondo del pensamiento y que llegaba hasta admirarlo en sus sentimientos paternales.

En el hotel Canalejas, la impaciencia y la inquietud aumentaban. A las suposiciones había sucedido el pesado silencio de los que se cansan de esperar. Transcurrió más de una hora antes que las jóvenes viesen entrar al patio el coche del papá. Por fin, abrióse la gran puerta, y el *concierge*, gorra en mano, se cuadró con solemne respeto para dejar pasar el carruaje al trote garboso del caballo.

— ¡Aquí llega papá! exclamaron las dos jóvenes.

— Le encuentro semblante acontecido, observó Juan Gregorio, por divertirse, aumentando la inquietud de sus elegantes hermanas.

Hubo un momento de silencioso aguardar, hasta que entró don Graciano. Sin dejarle el tiempo de quitarse el sombrero, Milagritos, más impaciente que los otros, lo interpeló :

— ¿Para qué te llamaba la condesa?

— Imposible que se les figure á ustedes.

— Papá, tú vienes con alguna espina en el ánimo, puesto que te acoges á frases dilatorias, le dijo Juan Gregorio desde el sofá donde se había recostado.

— Pero, en fin, ¿qué es lo que hay? exclamaron simultáneamente sus dos hijas.

— Algo que puede hacer fracasar el casamiento déjenme hablar, y no me confundan con tanta pregunta.

Por el tono de impaciencia con que sonó esa frase, las dos jóvenes no se atrevieron á replicar. Juan Gregorio se mostró menos respetuoso.

— El príncipe heredero debe haberse agravado; ustedes van á verlo : algún nuevo sablazo de nuestro querido Stephan, dijo riendo, sin cuidarse de la impaciencia de don Graciano.

— ¡Justo, lo que dice Juan Gregorio! exclamó Canalejas. ¡Nueva exigencia de dinero! ¿Qué les parece?

— Y tú vienes, como en la tragedia clásica, á contarles la catástrofe á los espectadores ansiosos, repuso el mocito; papá, te escuchamos.

Milagritos, enfadada, riñó á su hermano por sus interrupciones, y volviéndose hacia su padre :

— Vaya, papá, decídete por Dios á hablar y cuenta por orden.

Don Graciano empezó á referir la entrevista con la Montignan, tan fielmente como su turbado espíritu se lo permitía. Cuando expuso el contenido de la carta de Rœspingsbrück, la voz de Juan Gregorio interrumpió burlona:

— ¡Oh, la buena farsa! ¡Es piramidal! palabra de honor.

— Farsa ó no, lo cierto es que el príncipe retira su palabra si no doy trescientos mil francos más de dote, dijo el padre.

— ¿Y por qué hemos de dotar nosotros á la princesa? ¡Qué ridículo! exclamó doña Quiteria. Esa suma representaba para ella una disminución del lujo de su vida, y, sobre todo, privación de nuevos trajes y de nuevos sombreros.

— ¡Mamá! le dijo Juan Gregorio, en eso revelas una lamentable ignorancia de estos emporios de civilización. Stephan tiene un gran título y lo vende. Desde el momento en que encuentre compradores, tiene razón, está en su derecho.

— No hables tonterías, niño, le contestó la madre.

— Siento que la razón de estado me arrebata á la hermosa Thyra; yo pensaba dártela por nuera, mamá, replicó Juan Gregorio.

Las dos jóvenes callaban, esperando que su padre diese á conocer si se encontraba dispuesto á pasar por el aumento de la dote. Por su parte, él quería también sondear el ánimo de sus hijas sobre el mismo punto.

— ¿Qué les parece á ustedes? preguntó.

— Yo encuentro que es ridículo, insistió sin ser consultada doña Quiteria. Cuando acertaba á tener una opinión, se aferraba á ella tenazmente.

Milagritos se interpuso.

— No digas eso, mamá; en la nobleza se ven casos semejantes cuando se trata de casamiento con extranjeras.

— Ó con hijas de industriales ricos, dijo Dolorcitas.

— Yo que tú no concedería nada, volvió á opinar doña Quiteria; ese príncipe está demasiado apurado para no ceder si nos ponemos firmes.

Don Graciano citó entonces lo de las proposiciones del millonario norteamericano.

— Será una buena mentira para darnos miedo, dijo Dolorcitas.

— ¿Y si no es mentira? le preguntó Milagritos con calor.

— Yo lo creo, se interpuso Juan Gregorio; eso se ve todos los días. Los hijos de la gran república son republicanos y demócratas; pero no se oponen á las aspiraciones aristocráticas de sus hijas. Ellas tienen un apetito inmoderado de títulos de nobleza, y puesto que traen la *galleta* con que pagarlos, *¡all right!* Yo no sé si Tocqueville ó Laboulaye han hecho esta profunda observación, porque no he leído sus libros sobre la América, añadió el mozo con aire de seriedad burlesca; pero, en todo caso, no es menos verdadera porque la hago yo, que soy un bruto.

— Lo que dice Juan Gregorio es muy cierto, confirmó Milagritos. Vean ustedes, en todas las cortes europeas son las norteamericanas las que llevan los grandes nombres, los nombres históricos.

— Y por su justo precio, agregó su hermano. ¡Viva la democracia! Y como la mujer, desde el Paraíso, es la eterna tentadora, ya empiezan los republicanos del Potomac, del Hudson, del Mississipí, á solicitar condecoraciones europeas y hasta tolerar que sus mujeres les adornen el nombre plebeyo con algún titulillo nobiliario comprado.

— Papá, no dejes escapar la ocasión, le aconsejó Milagritos; más de una millonaria norteamericana querrá pagarse la posibilidad de ser princesa reinante.

— Yo no pido otra cosa, exclamó el papá; pero ahora no puedo disponer de trescientos mil francos, y el príncipe los exigiría al contado.

Juan Gregorio se incorporó sobre el sofá.

— ¿No es más que eso, papá? ¡Apela al crédito! Según los economistas, es el gran creador de la ri-

queza moderna. Pide prestado; después, pagarás ó no pagarás; eso dependerá de tu conciencia de hombre moderno, que no debe tener preocupaciones ni emer el qué dirán.

— ¡El crédito! replicó el caballero, está muy bien para dicho. Yo sé lo que me ha costado completar la dote.

— Ahí está el tío Jenaro, dijo irónicamente Juan Gregorio.

— ¡Un avaro como ese! exclamó Dolorcitas.

Doña Quiteria juzgó que el momento era oportuno de hacer triunfar su opinión :

— Lo mejor es que digan al príncipe que no se le puede dar nada para que case á su hermana.

— ¿Y si rompe el compromiso? preguntó Milagritos irritada.

— Entonces, ¿qué hacer, pues? contestó la señora; que lo deje. No le ha de faltar novio á la niña. El cura tiene una lista de nobles que no pedirán otra cosa que casarse con ella.

Las muchachas se indignaron.

— Mamá, tú te llevas cambiando de opinión, y no piensas en las consecuencias. ¡Qué se diría de nosotros!

Y continuaron hablando con vehemencia : « Ya estaban demasiado comprometidos para retroceder. El rompimiento sería la deshonra. Todo el mundo se reiría de ellos, y Mercedes quedaría en una posición ridícula. Ningún noble querría después casarse con ella. Era indispensable, absolutamente indispensable, hacer el sacrificio, so pena de tener que renunciar á la vida de París.

— Todo eso está muy bien ; pero, ¿dónde encontrar la plata ?

Milagritos opinó con autoridad :

— Yo creo, papá, que tú debes ir á ver si consigues que Jenaro te preste el dinero. No es que me parezca

muy probable que lo haga; pero, ¿quién sabe? Nada se pierde con ensayar.

— Que vaya Juan Gregorio á pedirle á mi nombre

Don Graciano acompañó esta frase con un ademán desalentado.

— ¡Yo! ¡Para que me tome tirria y me excluya de su testamento! No, papá, ve tú. Que haya ó no príncipe en nuestra familia, me importa tanto como el bonete del gran turco.

— ¿No ven, pues? ¡Para eso sirven los hijos! exclamó doña Quiteria; muy cariñosos cuando necesitan plata, pero incapaces de incomodarse por los padres.

La observación no llegó á oídos de Juan Gregorio. Se había apresurado á salir de la pieza, repitiendo su indiferencia por el bonete del gran turco.

Milagritos insistió en su opinión. Su papá debía hacer la tentativa cerca de Jenaro.

— Y yo, por mi parte, voy á buscar también, añadió. Sea como fuere, la plata debe encontrarse.

Su tono fué el de una resolución inquebrantable. Era la persona que no admite objeciones y hablaba con el aire obstinado del jugador, dispuesto á luchar contra la suerte adversa hasta perder la última peseta.

— Hasta mañana, dijo despidiéndose de los padres y haciendo señas á Dolorcitas de que la siguiese.

— No hay tiempo que perder, añadió precipitadamente. Es preciso no hacer esperar á la condesa. Yo le enviaré un *pequeño azul* diciéndole que papá le llevará mañana la respuesta.

— ¿Y si no hallamos la suma? preguntó angustiado Canalejas.

— ¡Oh! tendremos que encontrarla. Ándate donde Jenaro sin más tardar. Mañana vendremos con Dolores á la hora del almuerzo, y si no hemos encontrado, buscaremos cómo salir del paso.

Padres é hijas tenían el aire consternado, por más que trataban de disimularlo. El archimillonario de Chicago aparecía con su hija en el horizonte, como un miraje amenazador.

Canalejas llegó poco después á casa de su cuñado. Resuelto á evitar circunloquios, le expuso sin rodeos el objeto de su visita. El agrio gesto en que iban contrayéndose las facciones del solterón no le permitió dudar del mal éxito de su solicitud, aun antes de concluir.

— ¡Trescientos mil francos y para dotar á una princesa! ¿De dónde quieres que los saque? exclamó Jenaro.

— De lo que tienes, Jenarito; no vas á decirme ahora que te dejarías ahorcar por esa suma, respondióle Canalejas en tono de afectuosa chanza.

Pero el solterón no entendía de bromas cuando se apelaba á su bolsillo.

— Suponte que la tenga esa suma, dijo airado: ¿te figuras que yo he vivido haciendo economías para emplearlas en dotar nobles europeas? De veras, me pregunto si estás en tu juicio.

— Pero, hombre... quiso replicar su cuñado.

Mas Gordanera no lo dejó hablar.

— Yo nada había vuelto á decirte sobre tu disparatado proyecto, desde la tarde aquella en que tuve la lealtad de ir á anunciarte que tu hija y su enamorado habían venido á colocarse bajo mi protección. Ahora, después de despreciar mis consejos, llegas á pedirme plata para llevar á efecto lo que yo precisamente repruebo. Suponiendo que yo tuviese el dinero que necesitas, merecería que me azotasen en la plaza pública si te lo prestara; sí, sí, que me azotasen.

La bilis del encono contra el hombre que despreciaba sus consejos, contra el pariente pródigo que, con sus fastuosos gastos, hacía resaltar la parsimonia

suya, pintaba sobre el rostro del solterón tintes siniestros de venganza satisfecha.

Don Graciano, temeroso de aumentar la irritación del pariente *á herencia*, pensó que era prudente poner término á la entrevista en amistosa forma.

— ¡Hombre! no te enfades; dispénsame que haya venido á incomodarte.

Pero Gordanera quería evitar que su cuñado saliese á decir que era un avaro y le negaba un servicio de pariente y de amigo por pura mezquindad.

— Para que veas que no me enfado, te diré la manera mejor de salir del paso en que te encuentras, sin necesidad de los trescientos mil francos, que yo, ciertamente, no tengo.

— ¿Ah? interrogó admirado Canalejas, con una vaga esperanza.

— Sí, la cosa es muy sencilla: déjate de príncipes y de nobles arruinados, casa á tu hija con el hombre que ama y no tendrás un centavo que desembolsar.

Acompañaba su consejo con su movimiento de cabeza afirmativo de ídolo chinesco, con el que creía dar indiscutible fuerza á sus afirmaciones.

— ¡Qué gracia! Para eso no habría tenido necesidad de venir á verte, exclamó Canalejas, amostazado.

— Amigo, las verdades más sencillas son las más profundas, replicó Gordanera con aire sentencioso.

Al ver que Canalejas tomaba el sombrero para irse, repuso tras breve pausa:

— Piénsalo bien; casa á tu hija con ese mozo, que no te pedirá dote y se irá á trabajar á nuestra tierra. Allá tenemos necesidad de gente útil.

Y como don Graciano se encogiese de hombros, con el aire de quien oye una majadería, el solterón, picado, acudió á su tema favorito:

— Sí, que se vayan los dos, y ojalá los siguiesen ustedes también.

«Todos debían volverse á su país, en vez de venir

á gastar su fortuna en Europa. Estos viajes al viejo mundo de gentes de aquellos países de Hispano-América, más frecuentes cada día, son uno de los grandes males que impiden el desarrollo de su riqueza, decía con magistral convicción. Los que regresan á su tierra, aun después de una corta residencia por acá, quedan con la vista vuelta hacia París, indiferentes á los intereses locales, al progreso de su patria, suspirando por París, y si tratan de hacer dinero, es para volver á gastarlo en París.»

— Para qué hablar de los que vienen á establecerse aquí como ustedes, como los Altamura, los Terrazábal y tantos otros, dijo atacando directamente á su cuñado.

— ¡Ah! se viene para educar á los hijos, y uno va quedándose aquí sin sentirlo, dijo Canalejas á manera de disculpa.

— ¡Para educar á los hijos! ¡Bonito pretexto, bonita educación! Lo que aprenden aquí, los trasplantaditos, es á despreciar el país de sus padres, á encontrar atrasados á los compatriotas que últimamente llegan de por allá.

Canalejas quiso explicar, quiso hacer distinciones...

— Nada, nada, repuso animándose Gordanera, envolviéndose en su bata raída, con actitudes de senador romano; admito que se manden de nuestros países, jóvenes aprovechados y serios, á completar sus estudios por acá; pero traer niños á educar á Europa, es venir simplemente á formar mozos inútiles, que jamás se aclimatarán después en su tierra y, por aditamento, se quedarán aquí tan extranjeros como cuando llegaron.

— Jenaro, tú exageras.

— No, no, es la verdad, de la que te podría citar infinitos ejemplos. Y lo más gracioso es que esos niños, cuando crecen, las más veces sin haber aprendido nada, y los padres que los traen á educarlos, se

figuran ser muy superiores á sus compatriotas si consiguen aquí tener trato con la gente de título, aunque el título sea comprado.

Y empezó á pasar en revista la gran colonia de trasplantados. Los Altamura, los Torrevieja, los Terrazábal, desfilaban con su afectación de europeos, con la vanidad de su riqueza, con sus pretensiones nobiliarias. Únicamente se mostró menos severo con los Fuenteviva, porque estaban haciendo sus preparativos para regresar á su patria. Animándose con su fuego patriótico, llegó á la familia de su propio cuñado, afeó la fatal educación de los hijos, las livianas costumbres de Milagritos y de Dolorcitas, la inutilidad y la precoz decrepitud de Juan Gregorio, la temprana malicia de Benjamina y de Nicolasito.

— Te queda una hija no contaminada con esa fiebre de vanidad que pierde á las otras y causará tu ruina; cásala con su compatriota Fuentealba, mozo de provecho, y tendrá un brillante porvenir allá en su tierra: déjate de altezas y de nobles, hombre, déjate de nobles.

Terminó su arenga sintiéndose extenuado, quejándose de haber tenido que hablar y repitiendo á Canalejas en diversos tonos el mismo consejo:

— Cásala con su compatriota y déjate de nobles.

La visita concluyó fríamente. Canalejas había escuchado la filípica con la indulgencia del presunto heredero temeroso de las sorpresas que puede reservarle en su testamento el pariente atrabiliario. No le extrañó la negativa de Jenaro. Conocía demasiado al hermano de su mujer para haberse hecho la ilusión de conseguir el préstamo de los trescientos mil francos. Pero no se figuraba que saldría de la entrevista en una nueva disposición de espíritu. En el fondo de la conciencia, algo de la diatriba del solterón había empezado á fermentarle con el descontento de la indecisión.

« El maniático, se decía mientras el *coupé* rodaba hacia el tajamar Debilly, le daba en verdad un buen consejo. ¿Por qué no casar á Mercedes con el hombre que la haría feliz y dejarla irse con él y doña Regis á su patria? La idea no era nueva, es verdad, ni era invención de su cuñado, pero preconizada así por él, tomaba en el criterio de Canalejas la fuerza que cobrán para muchos las razones que ya conocen, cuando las sostiene otra persona. Las ventajas puestas en relieve por el acento y el gesto del pariente avariento, se convertían en razones capitales y decisivas. ¡No más dote que desembolsar! ¡No más pago de las deudas del gran señor! ¡No más empréstito para dotarle á la hermana! El y los suyos podrían continuar viviendo en París, sin entrar en las economías desprestigiadoras á que se verían obligados por tener una alteza en la familia.

Una lenta reacción se operaba en el ánimo de don Graciano. La solución de la dificultad le parecía más fácil de lo que él imaginaba. Por grados llegaba á felicitarse de la última exigencia del príncipe, que le abría un camino honroso de retirada.

La negativa de Jenaro lo ponía en posesión de un argumento decisivo : la imposibilidad de encontrar dinero, ante el cual tendrían que inclinarse Milagritos y Dolorcitas.

La interrupción de la marcha, al detenerse el carruaje delante de la casa y la voz del cochero, lanzando al espacio la frase consagrada para llamar al *concierge* «*la puerta si le place*», lo sacaron de su meditación. Al pasar el coche delante del que abría la gran puerta, las ideas de Canalejas cambiaron violentamente de rumbo. Detrás de Prosper, como incrustado en la pared de la portería, divisó á Ignacio Sagraves, que lo saludaba en su actitud de sempiterna humildad.

XVII

Era una visita á la que no podía esperarse. La presencia de Sagraves evocaba en su espíritu la sensación de una herida, de la que arrancan la venda cuando empieza á cicatrizar. Los terrores por que había pasado después de la aventura de la calle de Suresnes, acudieron como pavorosos fantasmas á su memoria, al ver á su menesteroso confidente. Sin quitarse el sombrero, sin sentarse ni ofrecer asiento á Sagraves, que entraba al escritorio tras de él, don Graciano tomó el tono brusco del que recibe á un importuno.

— ¿Qué hay? ¿Qué quiere usted? le preguntó.

Ignacio se acercó á él como deslizándose sobre el piso, y en tono humildemente confidencial empezó á hablar. « Le traía, bien á pesar suyo, una mala noticia. La dueña de la casa, aquélla que no tenía para qué nombrar, se le había aparecido, cuando él menos lo pensaba, con nuevas exigencias de dinero. « Era verdad, decía ella, que se le había pagado su silencio en las pesquisas judiciales; pero también lo era que ella había cumplido su palabra, callándose y sufriendo la pena de prisión impuesta por el juez. Ahora salía pobre, y era fuerza que acudiese á las personas que podían hacerle el servicio de adelantarle algún dinero.

Ella no era exigente : se contentaría con cuatro mil francos. Por supuesto, que si no se atendía á su petición, ella tendría que recurrir á medios penosos que le gustaría evitar. »

El aire de misterio con que Sagraves murmuró su confidencia, exasperaba á don Graciano. Por momentos figurábase que su interlocutor inventaba todo aquello para sacarle lo que antes no había podido obtener de su generosidad en forma de *comisión*. Su espíritu fluctuaba entre el temor de ser engañado y el pánico de que fuese verdad lo que oía. Una observación investigadora se le ocurrió en su perplejidad.

— Pero yo no puedo dejarme explotar así. ¿Qué puede sucederme? Ella no sabe mi nombre, ni dónde vivo; usted me lo ha jurado.

— Y se lo juraré de nuevo, señor; pero si *se le* niega el dinero, me denunciará al juez so pretexto de hacer nuevas revelaciones, y yo tendré que ir á la cárcel ó decir el nombre de usted.

— Bueno, bueno, exclamó con sofocada voz don Graciano; ahora no tengo plata aquí; vuelva usted mañana por la tarde.

Sagraves salió á reculones, pidiendo perdón de haber venido á incomodar, asegurando que no era culpa suya.

— Está bien, está bien; venga usted mañana, repitió agriamente Canalejas, despidiéndolo con el ademán.

El aspecto de la tarde, á pesar de que la atmósfera límpida daba la idea de un momento de paz en el variable cielo de París, le parecía trágico. La visita del degradado agente lo dejaba con la impresión de una catástrofe posible. Una serie de persecuciones inevitables lo amenazaban con su periodicidad ominosa. Como la experiencia, el arrepentimiento era estéril. Una ansia de escaparse le venía con vehemencia; de huir de París ante la imposibilidad de cortar de un

solo golpe los lazos que lo ataban á la complicada existencia que aquí se había formado. La patria olvidada, el suelo natal poblado de recuerdos, tomaban en su imaginación las proporciones del bien que se ha perdido.

Mientras tanto, Milagritos y su hermana, al salir de casa del papá, habían empleado mejor que éste su tiempo. Apenas estuvieron en el carruaje, la de Palomares dió al lacayo la orden de ir al club de la calle Real.

— ¿Para qué vamos ahí? preguntó Dolorcitas.

— Vamos á buscar á nuestros maridos para llevarlos á casa. Es preciso que ellos presten á papá los trescientos mil francos, puesto que no podrá hallarlos en ninguna otra parte.

Palomares y Cuadrilla se manifestaron muy lisonjeados con que hubiesen ido á buscarlos. En el alejamiento á que, por obedecer á las reglas de la elegancia, ellas los habían acostumbrado, aquello les parecía una concesión altamente lisonjera. No les acontecía sino muy rara vez que sus elegantes esposas se mostrasen en público con ellos.

« Un hombre *chic* no debe andar pegado á la pretina de su mujer », era la teoría de ambas, impuesta por Milagritos á su hermana.

Cucho Palomares aprobaba y ponía en práctica este principio del código social parisiense. Pero Antuco Cuadrilla no seguía ese ejemplo sin quejarse. No alcanzaba su deseo de parecer hombre de buen tono hasta resignarse á ver á Dolorcitas, en los paseos, en los bailes, en la Ópera, rodeada de aristocráticos galanes. No se conformaba él, que vivía enamorado de su mujer, en llevar esa cadena de la elegancia, bostezando de fastidio en el club, y que su mujer anduviese de palique con sus nobles adoradores, ó acaso en clandestinas citas de amor. Milagritos aconsejaba á su hermana que, para verse libre de la persecución

de su marido, viese modo de que tomase una querida.

— ¡Ah, eso no! ¡Pobre Antuco! Prefiero que esté enamorado de mí, decía ingenuamente Dolorcitas.

Hizo Milagritos que los dos jóvenes las siguiesen á su hotel en el coche de su hermana, y apenas estuvieron reunidos en su salita privada, un nido de ninfa parisiense, expúsoles el asunto que allí los juntaba.

Cucho Palomares aprobó con entusiasmo la idea de su mujer. Le parecía que aquello de contribuir á dotar á una princesa de casa reinante, era figurar en un asunto de interés europeo y colocarse de hecho al nivel de la gran nobleza. « Él se encargaría, pensaba para sus adentros, de revelar discretamente en el club este secreto de Estado. » No fué igual orden de ideas lo que puso en movimiento la imaginación, lenta en sus elucubraciones, de Antuco. Mientras Cucho aprobaba, él se quedó pensativo.

— Y tú, ¿qué dices? le preguntó su mujer, sin manifestar gran entusiasmo por el proyecto de su hermana.

— ¿Quién nos asegura que el caballero nos devolverá la plata y nos pague los intereses? Yo no presto un franco sin garantía.

— Cucho te la dará, se apresuró á decir Milagritos, deseosa de evitar una negativa de Cuadrilla, que obligase á su marido á prestar él solo toda la suma.

— Sea como fuere, observó Dolorcitas participando de la desconfianza manifestada por su esposo, es preciso que papá no sepa que somos nosotros los que prestamos, porque jamás conseguiríamos que nos devolviese el dinero.

— Cierto, apoyó Antuco.

Milagritos tenía solución para vencer cada dificultad. Á esa indicación de su hermana, se apresuró á responder :

— Eso es muy fácil. Hagamos que sea otro el que aparezca como prestamista.

— Sí, ¿pero quién? preguntó Antuco.

— ¿Quién? Guy de Morins, por ejemplo, dijo Milagritos.

Su marido fué el primero en aprobar el candidato. Antuco y Dolorcitas objetaron :

— Pero papá sabe que Guy no es rico para poder prestarle trescientos mil francos.

— ¿Se figuran ustedes que papá va á fijarse en todos los detalles? arguyó Milagritos; supondrá que es alguno de los muchos amigos banqueros del conde, que lo toma como intermediario mediante una comisión.

Antuco, después de cambiar algunas palabras con su mujer, expuso una duda :

— ¿Y quién nos responde del señor de Morins?

Escandalizada de la pregunta, Milagritos exclamó :

— ¡Ah! ¡Si vamos á desconfiar de un caballero como Guy!...

— En asuntos de plata, hijita, exclamó Cuadrilla, yo no fío de la palabra de nadie.

— Ya te dijimos que Cucho responde de todo, repuso la de Palomares fastidiada.

— De todo, apoyó su marido; bonitos quedaríamos si se rompiese el casamiento por pequeñeces como esa.

— Bueno, pues; allá veremos, murmuró Antuco, dejando así constancia de su oposición, sin atreverse á formular una decidida negativa.

Los dos días que Stephan había dejado de presentarse en casa de su novia, bastaron para hacer circular en la gran colonia hispano-americana el rumor de una ruptura. Por suerte de doña Quiteria, ninguno de esos días había sido el de su recibo. Á las amigas que, con un pretexto cualquiera, se habían presentado á visitarla, el portero, cumpliendo con órdenes superio-

res, había contestado que la señora no estaba en casa. Rosaura misma, para quien siempre estaba abierta la habitación de Mercedes, recibió igual respuesta, pronunciada por el portero con la voz autoritaria de un centinela encargado de impedir el pasaje por la puerta de su cuartel. Esa interdicción del recinto, que por el instante concentraba la curiosidad de todos los trasplantados de París, había dado al rumor de la ruptura la consistencia de un hecho perfectamente establecido.

Mercedes y la abuelita no tardaron en recibir la noticia de la entrevista entre don Graciano y la condesa. Benjamina y su travieso hermanito subieron á saltos la escalera para contar la ocurrencia tal como acababan de oirsela, tras de un buen escondite, al papá, cuando daba cuenta á su mujer y á sus dos hijas de la nueva condición formulada por el príncipe. Nicolasito, en contradicción con Benjamina sobre lo que habían oído, aseguraba que, según la de Montignan, el príncipe estaba próximo á casarse con una norteamericana riquísima. El chicuelo no se contentaba ya con cincuenta céntimos, sino que pedía un franco por noticia de tanta magnitud. Juan Gregorio llegó poco después donde su hermana y restableció la verdad de la situación.

— Papá tiene que contribuir al dote de la bella Thyra, so pena de que nuestro querido Stephan abandone el hemisferio sur por el del norte.

Era un inesperado rayo de esperanza que iluminaba de repente la sombría noche de dolorosa resignación en que unían sus plegarias la anciana y la muchacha. En su paseo de aquel día, la invocación á la Virgen, al arrodillarse delante del altar, tuvo el fervor redoblado del creyente cuando piensa que el milagro ha empezado á realizarse. En un arranque de fe, doña Regis se persuadía de que el cielo iba á apiadarse de ellas.

— Y si no sucede así, hijita, no te desesperes; la resignación á los decretos del Señor es la primera virtud del cristiano.

Y seguían así, en su convicción profunda de que el cielo podría apiadarse de su quebranto, de que sus oraciones llegarían á los pies de la Virgen, intercesora compasiva de los afligidos, y que del centro de la inconmensurable máquina universal, desde donde el Omnipotente dirige los destinos del orbe, un mandato de soberana misericordia podría partir en favor de ellas, indignas criaturas.

Rosaura Fuenteviva había comunicado el grave acontecimiento á Patricio en el paseo de la avenida del Bosque. Aunque sin esperanza, el mozo venía casi diariamente á buscar algunas palabras de aliento, que nunca faltaban á la muchacha, al referirle sus conversaciones con Mercedes.

— La pobrecita está cada día más apasionada de usted, y no se cansa de encargarme que se lo diga. Tenga paciencia; acaso de un momento á otro cambie la situación.

Patricio recibía con una pálida sonrisa la aventurada hipótesis de la joven.

— ¿No es así, Demetrio, que es preciso tener paciencia? preguntaba ella con una mirada de malicia á su galán, siempre presente en estas entrevistas del paseo.

— Es el mejor modo de probar el amor, decía el servio; yo, por mi parte, espero con paciencia.

— Que será un día recompensada, exclamaba Rosaura con solemnidad, riéndose en seguida, á dúo, con Demetrio.

— El hecho de que no me permitan ver á Mercedes, observaba la chica, es una prueba de que ocurre algo de muy serio.

— ¡Ah! ¡Si ella tuviese valor! suspiraba Fuentealba.

Vivía el pobre mozo en la más singular disposición de espíritu por que puede pasar un enamorado. Las protestas de amor escritas y de palabra, que le enviaba Mercedes por conducto de su amiga, no le permitían acusarla de ingratitud. Tampoco pretendía formular contra ella una enconada queja por que no se atreviese á probarle la veracidad de su amor, rompiendo con todas las consideraciones filiales y con los escrúpulos piadosos en los que su alma, al lado de la abuelita, se había mecido desde la infancia. La chica había hecho por él todo lo que era compatible con esos sentimientos, al pedir asilo y protección á Jenaro Gordanera. Pero esas consideraciones no eran bastantes para consolarlo. Su alma joven no podía aceptar esa crueldad del destino. La fiebre moral de una melancolía sin término abrasaba por momentos su cerebro con la onda de sangre que engendra en los desesperados la idea del suicidio.

En apariencia, sin embargo, la inquebrantable tranquilidad de la fuerza lo sostenía. El orgullo de la dignidad en su mismo dolor lo hacía aparecer á los ojos de los demás como un estoico. Ese esfuerzo de entereza no bastaba, empero, á engañar á Campaña. El positivista, sin provocar las confidencias de su amigo, conocía que esa calma aparente era la de la nube pesada que el viento no empuja, pero que lleva el fuego de la tormenta en su seno.

Vanamente, en su ardor de proselitismo, le había presentado la gran doctrina humanitaria como remedio á ese mal de amor tan fecundo en amarguras. Cual si mostrara á su amigo, desde una eminencia despejada, las bellezas del paisaje extendido á sus pies, le describía en los términos ampulosos heredados del maestro, las bellezas incomparables del nuevo dogma. La humanidad despojada del raído manto de las religiones caducas, enemigas las unas de las otras, se unía en un conjunto de voluntades generosas, en

un esfuerzo de universal abnegación, haciendo flamear sobre el mundo apaciguado la fórmula triunfante del credo positivista : *El Amor por principio, el Orden por base, el Progreso por fin.*

Por momentos Fuentealba lo seguía con atención empeñosa. Buscaba en la nueva fe una derivación á la tiranía de sus pensamientos. Mas, á poco, las palabras resonaban sin sentido ; las grandes voces del altruismo, infladas é irisadas por la voz solemne de Campaña, como los globulillos de jabón en el juego de los niños, estallaban en los ámbitos de la pieza sin dejar rastro alguno en sus sentidos.

No fué tampoco parte á traerle la resignación ni el olvido la ruidosa alegría del *mundo que se divierte.* En sus paseos matinales por la avenida del Bosque, esperando la llegada de Rosaura y Demetrio, que no faltaban, escoltados por una camarera de la joven, Patricio vió una vez detenerse frente á él, y bajar de un flamante carruaje, á Rosa Montestruc.

— Puesto que usted no ha venido á verme, á pesar de mis cartas, le dijo risueña, tendiéndole con encanto mujeril su mano, aprisionada en un guante de inmaculada blancura, yo vengo hacia usted, señor desdeñoso.

— Como Mahoma hacia la montaña, contestóle Patricio sonriendo.

— No sé. En fin, aquí estoy. ¿Por qué no ha venido usted á verme ?

Devoraba al joven con sus grandes ojos luminosos, al través de las largas pestañas. Fuentealba se disculpó alegando apremiantes ocupaciones, la necesidad de concluir algunos trabajos profesionales. Ella tomó entonces un aire serio.

— Usted tiene grandes penas. ¿Por qué no viene donde una amiga sincera y desinteresada á buscar un poco de distracción? Usted me perdona, ¿no es verdad? que le hable así, á pesar de que veo que no le importa nada mi amistad.

Conmovido con el tono sincero de la muchacha, Patricio hizo un ademán de denegación.

— ¡Ah! No hable usted así; usted es injusta conmigo; le aseguro que mis ocupaciones me toman todo mi tiempo.

— Bueno, le creeré; pero, ¿cuándo viene á verme? ¿Esta noche?

Y como leyese la indecisión en los ojos de Patricio, se apresuró á decir, con una sonrisa enigmática, con un tinte de sentimentalismo:

— No vaya usted á creer que es una cita de amor; es de pura amistad, para que usted se distraiga. No me encontrará usted sola. Habrá ahí dos ó tres amigas, las tres bonitas, lo que siempre hace *buen efecto en el paisaje*.

Pasaban, mientras tanto, gentes en carruaje y gentes á pie. Todos miraban esa pareja de juventud y de hermosura, pensando que entre dos seres semejantes no podría hablarse sino de amor. Patricio empezaba á sentirse inquieto. Adivinaba las miradas de los transeuntes y sus gratuitas suposiciones, diciéndose que su situación se hacía comprometida. Rosa no se cuidaba de las miradas, ni parecía importarle lo que pensásen los curiosos. Estaba acostumbrada, como todas las mujeres de gran belleza, á la admiración, á sentirse rodeada por todas partes del homenaje apasionado de los hombres y de la ardiente rivalidad de las de su sexo.

— Sí, esta noche, le contestó apresurado el mozo. Cuente usted conmigo.

— ¿Palabra de honor?

— Sí, sí; se lo prometo seriamente.

La muchacha volvió á su coche, radiante.

— ¡Ah! ¿Así se consuela usted? Yo lo acusaré á Mercedes.

Fué el saludo de Rosaura, alegremente irónico, al acercarse.

— No sé qué idea le pasó á esa loca por la cabeza, de bajarse y venir á hablarme. Aseguro á usted que no le he dado derecho de hacer tal cosa.

La chica replicó, reasumiendo su paseo :

— Querido amigo, no se disculpe usted. Si yo fuese hombre, haría lo mismo. No hay nada más hermoso debajo del sol que una mujer hermosa, aunque sea *cocotte*.

Y se rió francamente, con su desenfado de muchacha sin preocupaciones, que trata á los hombres como camaradas. Para ella, los escrúpulos en materia de galantería, eran una necedad añeja; eran, como decía, *viejo juego*.

El recuerdo de su prometida visita cruzó muchas veces por la imaginación de Patricio como una intermitencia de su melancolía. Él no era de la raza de los neurasténicos, que buscan un alivio á los dolores morales en la disolución ó en la bebida. Su sistema nervioso y la integridad de su mente estaban intactos. Y aunque en el fondo de su corazón el cariño que le manifestaba Rosa Montestruc era un halago para su vanidad de hombre, la pasión serena y elevada que había llenado su existencia, lo dejaba insensible á la ternura de la hermosa semimundana.

Pero tenía, por otra parte, el culto de la lealtad. Había prometido á la muchacha, por una ú otra razón, que iría á verla en la noche, y ante esa consideración no vaciló un momento.

Rosa se levantó á recibirlo con una precipitación llena de gracia, sin disimular la impaciencia con que había esperado.

— ¡Ah, qué amable es usted! Se me figuraba que ya no vendría.

— Una promesa hecha á una mujer bonita no se olvida, dijo el joven estrechando con tranquila cortesía la mano de la muchacha.

Las personas que había en la sala se volvieron to-

das á mirar al que entraba. Alrededor de una mesa de juego, Patricio reconoció á Juan Gregorio Canalejas y á sus amigos el vizconde de Vieux-Pont y el barón de Bois-Rocheux. En trajes de una exagerada elegancia, Adela Rapu, en el mundo intérlope condesa de Mormande, y María Cauchois, marquesa de Martagne, en el mismo centro mundano, lucían la blanca riqueza de sus descotes al lado de los jugadores.

Otras dos mundanas, de esas que luchan desesperadamente con la vejez á fuerza de afeites y de juveniles atavíos, á las que una hipérbole humorística ha clasificado con el nombre histórico de « Guardia Vieja », tomaban parte activa en el juego.

El príncipe Stephan, solemnemente, como si presidiese á una reunión de la nobleza de Rœspingsbrück, con naipe en mano, tallaba.

La sala resplandecía de luz eléctrica. Con sus cuadros de pintores contemporáneos; con sus estantes llenos de curiosidades artísticas; sus tapetes orientales dispuestos al pie de los sofás y de las dobles poltronas sobre la muelle alfombra que cubría el piso, la sala de la semimundana produjo una sensación extraña á Fuentealba, por una instantánea comparación con la humilde modestia de su existencia. Su orgullo de hombre de deber y de trabajo, su orgullo de obrero en la labor universal, se irguió instantáneamente en esa atmósfera de pretenciosa ostentación. Y ante el espectáculo de los hombres jóvenes, sentados á la mesa de juego, de los inútiles de la existencia, que disipaban el dinero ajeno, y lo miraron, cuando entró, como un advenedizo en aquel mundo de corrupción elegante, el mozo sintió el rubor de la humillación sobre sus mejillas por encontrarse ahí, como si lo sorprendiera su conciencia en alguna acción vergonzosa.

Las emociones del *baccara* desenfrenado que se

jugaba, no permitieron á los que en él tomaban parte fijar por mucho rato la atención en el recién venido. Apenas si Juan Gregorio, al verlo, alcanzó á decir entre dientes :

— ¡Ah! ¡Eres tú, mi pequeño!

Le hizo un saludo con la mano, volviendo al juego inmediatamente.

— Nueve, agregó con su voz velada.

Las cartas cayeron sobre la mesa. El príncipe, que había tenido dos puntos de exceso sobre ese número, pagó á los que ganaban.

Rosa, entre tanto, había hecho sentarse á Fuentealba junto á ella, en un rincón distante de los jugadores, sobre uno de esos pequeños sofás modernos que apenas tienen sitio para dos personas. Con aire risueño, para disimular la ligera alteración de su voz :

— Entonces es cierto que usted me encuentra bonita.

— Y todo el mundo piensa como yo.

— ¿Tan bonita como?...

Interrumpióse, dejando la frase, así principiada, en interrogante. La muchacha iba á pronunciar el nombre de Mercedes. Pero, sea que un respeto súbito á la pureza de la niña Canalejas le paralizase la voz, sea que un relámpago de disgusto en el rostro del joven le hiciese ver que su comparación sería mal recibida, la Montestruc, después de un pasajero instante de vacilación, terminó con el nombre de una de las mundanas entonces más en boga.

— No sé; no la conozco; yo salgo tan poco, respondió Fuentealba.

— No crea usted, repuso ella, que le he pedido que venga á verme para que me haga cumplimientos ni me diga galanterías. ¡Ay, Dios! ¡Tengo por sobre la cabeza de todo eso! Usted me agrada porque me trata seriamente, sin la más lejana vislumbre de cortejo.

— Siempre seré sincero con usted.

Un silencio siguió á esta contestación. La muchacha, en ese corto intervalo, parecía deseosa de decir algo y no atreverse á ello. Haciendo un visible esfuerzo para sonreirse al hablar :

— Vamos, tampoco he llamado á usted para hacerle la corte. Yo sé que es una tontería de mi parte el estar enamorada de usted, y prefiero decírselo así para que vea que soy franca. ¿No es verdad que soy muy buena de decir esto á usted, sabiendo que jamás me ha de querer?

Toda la frase fué una alternativa de tonos frívolos y de entonaciones serias. Patricio no hallaba qué decir y se arrepentía de haber acudido al llamamiento de la joven. Encontraba soberanamente embarazosa, casi ridícula, su situación de hombre cortejado, que no quiere corresponder, siquiera fingiéndolo, á tan franca declaración de amor, ni ofender á quien la hace. Rosa era demasiado bella para que el mozo dejase de sentir el peligro de su fascinación de mujer. La sentía á su lado, emocionada visiblemente á pesar de su afectación de frivolidad y de alegría, y, sin quererlo, dejaba durar el silencio como en una complicidad de idéntica emoción. Al fin se esforzó por hablar algo.

— Usted se chancea, le dijo; usted quiere saber si soy tan débil ó tan fatuo como los demás. ¿Sabe que no es generoso ponerme á una prueba tan dura?

— Perdóneme usted; le juro que no quería decirle nada de eso. Yo quiero que seamos simplemente amigos; pero buenos amigos, amigos verdaderos. Esto era lo que necesitaba decir á usted, y voy á darle una prueba de mi amistad.

Se calló para que la interrogase. Patricio no acertaba á discernir si aquellos párpados se bajaban, velando los grandes ojos, por timidez, ó si era que la muchacha quería dejarse contemplar en todo el es-

plendor de su belleza para dominarlo. Sin detenerse á resolver esa duda, preguntó con curiosidad :

— ¿Una prueba?

— Sí, una prueba.

— ¿Cuál?

— Voy á decirle, es una cosa difícil de explicar. Desde que pedí á usted esta mañana que viniese, me he llevado pensando cómo decírselo. Es un proyecto que he formado poco á poco, y en el que usted y yo, y aquel señor que talla el *baccara*... ¿Lo conoce usted?

— Perfectamente.

— Debemos tomar parte. Es un proyecto que he madurado en todos sus detalles, durante mis paseos al Bosque, y en la noche, cuando despierto.

— Me llena usted de curiosidad; va usted á decírmelo ahora mismo, ¿no es así?

— ¡Ah! suspiró Rosa; no es fácil, no ha llegado todavía el momento aparente para ello.

— Como usted quiera. Usted pica mi curiosidad al último grado y me deja con ella. ¿Es eso lo que llama usted ser mi amiga?

Rosa se alarmó del vivo descontento que revelaban el tono y la actitud de Fuentealba al decir esto.

— Tenga paciencia, suplicó, deteniendo con el ademán al joven, que quiso ponerse de pie; le juro que lo que voy á proponerle es principalmente en interés de usted.

— Eso es más enigmático todavía, observó Patricio sin que se borrase el descontento de su rostro.

— ¡Ah! Usted es tan... ¿Cómo diré?... Impresionable... tan intransigente, cuando cree que le voy á hablar de su amor por cierta persona...

— ¡Ah, sí! Sobre ese punto no admito que nadie delante de mí, se ocupe de él.

— ¡Dios de Dios, qué fuego! ¡Ya lo sé! Desgraciadamente no puedo explicar á usted mi proyecto sin

hacer alusión á eso. Qué importa, si lo hago con buena intención y de la manera menos directa posible.

— Pero, en fin, veamos: ¿de qué se trata? exclamó Fuentealba dominando con dificultad su impaciencia.

Entonces Rosa se puso también impaciente.

— ¡Eh, mi guapo mozo! Veo que usted es muy difícil de contentar. Ya he dicho á usted que el momento no ha llegado de explicarle todo mi proyecto.

Y como arrepentida de la dureza de su voz, añadió riéndose:

— ¡Qué felicidad para mí que usted no me quiera! Porque si fuese lo contrario, usted haría de mí su esclava, y veo que es demasiado imperioso para amo.

Patricio, ante la versatilidad de la muchacha, perdió también su seriedad.

— Seré yo entonces el esclavo, con tal que me revele usted su proyecto.

— Voy á decirle todo lo que puedo por ahora; pero es preciso que le haga una pregunta, y que usted me responda á ella con toda verdad, la verdad verdadera.

— Veamos, diga usted.

— Usted sabe que ese caballero que está hablando es el novio de la señorita que no nombraré.

— Lo sé perfectamente, dijo el joven palideciendo.

— ¿Usted sabe que ese caballero es mi amante?

— Así me lo ha dicho usted.

— ¿Y que antes de venir aquí esta noche ha estado á hacer la corte á su novia?

— ¿Cómo lo sabe usted?

— El mismo me lo dijo al llegar. ¡Ah! ¡La mayor parte de los hombres, en su trato con las mujeres, son tan canallas!

La palidez de un violento despecho altero visiblemente el rostro de Patricio.

— Lo que yo sé, dijo con voz sombría, es que antes de salir de aquí, habré dado de bofetadas á ese hombre delante de todos ustedes.

— ¡Qué locura! ¡Usted no hará semejante locura! exclamó Rosa profundamente alarmada.

— ¿Y por qué no? ¿Lo ama usted acaso?

— El no me importa.

— ¿Y entonces?...

— Eso haría caer al agua mi proyecto; y en cuanto á usted, lo que conseguiría es comprometer terriblemente el nombre de la joven que usted ama.

— Se creerá que estoy enamorado de usted, y que le hago la ofensa porque es mi rival, replicó Patricio con exaltación.

Pero sentía al mismo tiempo que la observación de la Montestruc era muy justa, porque invocaba la misma razón que hasta entonces lo había hecho abstenerse de buscar á Stephan y, bajo cualquier pretexto, provocarlo á un duelo.

— Vamos, no sea usted loco; nadie lo creería, replicó ella con calor.

Patricio, sombrío y exasperado, se quedó en silencio.

— Entonces, replicó ella, he aquí mi pregunta principal: ¿Quiere usted tener la oportunidad de hablar con la persona que usted ama, á solas, sin que nadie lo sepa, sin que nadie pueda oponerse á ello?

— ¡Oh! ¡Ciertamente, lo quiero!

— Pues yo le proporcionaré á usted esa oportunidad, dijo Rosa con acento de convicción segura.

— ¿Usted?... ¿Cómo? ¿Cuándo? preguntó él con vehemencia.

— Eso se lo diré dentro de pocos días, cuando se conozca la fecha del casamiento.

XVIII

Los jugadores, durante aquel diálogo, fingían contraer toda su atención á los envites. Apenas cambiaban entre ellos algunas observaciones sobre los que conversaban en el rincón distante, mientras el banquero, con la metódica superstición que domina á los tahures, barajaba las cartas.

Las mujeres habían sido las primeras en romper el silencio. Una de las viejas guardias preguntó:

— ¿Quién es ese buen mozo?

— Nunca lo había visto aquí, dijo Adela Rapu.

Juan Gregorio intervino:

— Es un grande de España que, desgraciadamente, no tiene el toisón de oro.

— ¿Qué significa eso? preguntó la otra vieja guardia.

— Que carece absolutamente de *galleta*, contestó, después de haber *pasado* al juego el mozo Canalejas.

— ¡Ah! Se le puede amar por sus lindos ojos, exclamó la primera.

Bajando la voz, pero no tanto que dejase de oirla Stephan, María Cauchois, la amiga de Bois-Rocheux, murmuró al oído de Adela Rapu, por sobre el hombro del vizconde de Vieux-Pont:

— Eso es lo que le pasa á Rosa; dicen que tiene un furioso capricho por ese Adonis.

— Un capricho platónico, dijo Juan Gregorio; lo que prueba que tiene una grande elevación de alma, que es lo que deseo á ustedes, señoras mías.

Entre esas observaciones, intercaladas en ratos de silencio, se dejaban oir, como un lejano murmullo, las voces de Patricio y de la Montestruc.

— Yo creo, observó Adela Rapu, refiriéndose á lo último que había dicho la Cauchois, que Rosa ha convidado al grande de España...

— Sin toisón de oro, interrumpió Canalejas.

— Bueno, sin toisón de oro, para dar celos á alguien que está por abandonarla.

Stephan, inconmovible, barajaba con la mano izquierda, convencido que eso le traería la esquiva suerte.

Al fin, Patricio se puso de pie para despedirse. Juan Gregorio había ganado toda la noche. Aprovechóse de esa circunstancia para retirarse del juego.

— ¿Te vas, mi pequeño? Yo te acompaño, dijo á Fuentealba, cediendo su asiento á una de las jóvenes que no había tomado parte en las apuestas.

Fuentealba y el chico se despidieron de Rosa, y dirigieron un saludo general á la mesa. Los jugadores respondieron haciendo ademán de ponerse de pie. Rosa salió á la antesala con los que se iban.

— Cuento con usted, le dijo Fuentealba, mientras un lacayo ayudaba á Juan Gregorio á ponerse el sobretodo y le pasaba su sombrero.

— ¡Oh! Pierda usted cuidado; cumpliré mi promesa, contestó la joven.

Ambos habían hablado con más expresivo tono que el de una simple despedida de cortesía; acentuaron la voz con la intención determinada de referirse á un convenio previo, algo que los unía en un interés

mutuo. Juan Gregorio dió por sentado que se trataba de una cita amorosa.

— Veo, mi querido, dijo á Patricio, cuando se encontraron al pie de la escalera, que tomas por el buen camino y te dejas de fidelidades sentimentales. ¡Qué diablos! una chica como esa, á la que puede aplicarse el irreverente calificativo italiano de « bocado de cardenal », te echa los brazos al cuello y tú te envuelves en el manto del casto José. Mi palabra de honor, eso es imitar la galantería fabulosa de los caballeros andantes.

Patricio no dió más respuesta que :

— Siempre el mismo; tú tienes un fondo inagotable de alegría.

Y al hablar le pasaba la mano para despedirse.

— No, no; yo te llevo á tu casa, ó donde quieras; tengo aquí mi *circulo*, dijo mostrando un carruaje de los del servicio de los clubs. Hizo subir á Fuentealba, y se instaló á su lado envuelto en su paletó, tosiendo con el fresco de la noche.

— Te voy á sacar de tu camino, le dijo Patricio cuando oyó que Juan Gregorio daba al cochero las señas del boulevard Saint-Michel.

— Quieres decir que sacas al caballo de su camino. Claro es que el pobre diablo querría irse á la pesebrera. Y á mí ¿qué me importa? Cada cual debe tener su parte de sufrimiento en la vida.

— La tuya, hasta ahora, no ha sido muy grande.

Con esta observación esperaba Patricio dirigir el pensamiento del mocito hacia otro rumbo, que lo alejase de hablarle de Rosa.

— ¡Eh, eh! Todo es relativo. Así, hoy, donde me ves, he tenido momentos trágicos. He debido cortar relaciones con Juana, ¿tú sabes? Juana Gargamel, alias *Pata-Volante*, por infidelidad notoria. Si Juana se hubiese olvidado en brazos de algún banquero, o de cualquier otro *galletoso*, yo me habría envuelto en

la filosofía corriente que nos hace enorgullecernos, á nosotros los jóvenes, de desempeñar el lisonjero papel de amantes de corazón. Es una función análoga á la de tantos otros maridos modernos, hombres á veces muy *chics*, que no preguntan á sus caras mitades de dónde les vienen los ricos trajes, las hermosas joyas, el elegante coche y la vida confortable de que gozan, teniendo ellos apenas con qué vivir.

— Mejor así, que hayas reñido con Juana. Debes ajuiciarte, chico.

— Es lo que yo me digo: debo interrumpir la fiesta, abandonar á mis amigos, privar á las parroquianas de Maxime de mi presencia, y esperar con dignidad los destinos que me aguardan. Mi porvenir es la bella princesa Thyra, la hermana de mi futuro cuñado. Lo que murmuran de su virtud las malas lenguas no alcanza á la altura de mi desprecio. Dicen que está comprometida con un príncipe; yo *me sacudo el ojo* con ese rumor; yo ensayaré de todos modos; es una fantasía que me domina desde que oí ese dulce nombre de Thyra.

Hablaba siempre en francés. Patricio se quedó callado.

— ¡Ah! Veo que te abismas en el sentimentalismo. Pues sabrás que yo te he querido acompañar para contarte una noticia. No era para espetarte todas las tonterías que he venido diciéndote. Figúrate, querido, que hay una vislumbre de esperanza de que nuestra alianza con los príncipes de Rœspingsbrück se quede en nada. ¿Creerás que ese tunante de príncipe, que acabas de ver tallando con tanta dignidad, quiere que papá, á más del dote de Mercedes, le dé también con qué dotar á la bella Thyra? Yo encuentro esa pretensión piramidal, y me hago este raciocinio: Si el dote de la princesa sale del bolsillo de papá, yo tengo más derecho que nadie para casarme con ella. ¿Eh? ¿Qué dices tú de eso?

— ¿Y crees tú que tu padre no accederá á esa pretensión?

— Por fuerza mayor, no, querido. Papá teme que de tanto meter la mano al saco, pueda encontrarse con el fondo. Si papá se niega, el compromiso queda roto. Tú ves desde aquí el gozo de mi pobre hermanita.

— El compromiso queda roto, dices tú. ¿Cómo lo sabes?

Patricio volvía á esperar. Una inquietud, un miedo de que el príncipe se rindiese ante una negativa, le oprimía el corazón. Juan Gregorio replicó:

— Lo sé muy bien; porque Stephan lo ha declarado así, y ha suspendido sus visitas á casa.

— En eso te equivocas; Rosa acaba de decirme que él, esta misma noche, llegaba de hacer su visita á tu familia.

No se atrevía, por una superstición, ó más bien una repugnancia de enamorado, á nombrar á Mercedes ni á su novio.

— No es la primera ni tampoco la última mentira con que el noble príncipe se burla de sus semejantes, dijo Juan Gregorio con sorna.

El carruaje se detenía delante de la habitación de Fuentealba. Juan Gregorio repuso:

— ¡Vamos, todo no está perdido! Buenas noches.

Patricio subió la escalera á tientas. Le parecía ver aún brillar en la obscuridad las luces de casa de la Montestruc, ver relucir la pechera del príncipe, oir el murmullo de los jugadores. La promesa de la semimundana era una llama de la que su imaginación no pudo apartarse en toda la noche.

Desde temprano se paseaba, al día siguiente, por la avenida del Bosque, esperando á Rosaura para ver si la chica le confirmaba la noticia de Juan Gregorio. Rosaura sabía ya por su amiga las nuevas pretensiones de Stephan. Mercedes le había encargado comu-

nicar este inesperado incidente á Patricio, y jurarle de nuevo, á su nombre, que lo amaba como antes, más que antes, y que esperaba que sus oraciones á la Virgen, con las de su abuelita, conseguirían el milagro.

— Pero yo sé, de otro lado, agregó la chica, que don Graciano, Milagros y Dolores, se han echado á buscar los trescientos mil francos, lo que quiere decir que se someten á la exigencia del príncipe, y que la única esperanza de salvación para usted y la pobre Mercedes, está en que no encuentren el dinero.

Demetrio, interrogado sobre su parecer por Rosaura, fué de la misma opinión que la chica, como de costumbre.

— Si encuentran la suma, habrá casamiento.

Sin más base que ésta, siguieron gran rato comentando la situación, ideando proyectos de rapto, aferrándose Patricio á las más inverosímiles probabilidades. « Estaba resuelto á no recular ante nada; se arrepentía de su necio quijotismo. »

— Así me gusta verlo, le dijo Rosaura. Mañana le diré lo que consiga averiguar.

Pero al siguiente día el horizonte volvió á cerrarse. Rosaura y Demetrio llegaron al paseo con semblante de duelo.

En ausencia de Mercedes, Benjamina hizo saber á la joven Fuenteviva que Milagritos había conseguido, por Guy de Morins, que un banquero amigo de éste prestara los trescientos mil francos. Milagritos no se había ocultado para contar esto á su padre delante de Benjamina y de Nicolasito. Los niños fueron al momento á informar de ello á Mercedes. Agregaba riendo Rosaura, que Nicolasito le había pedido cincuenta céntimos por la noticia, y quedádose furioso al oirle contestar que ella no compraba noticias malas.

Bien que profundamente contristado por la falaz esperanza que se desvanecía, Patricio no cayó en el sombrío desaliento que lo minaba antes de haberse

encontrado en presencia de su rival. En el desastroso naufragio de su dicha, al escapársele esa tabla de posible salvación, se aferró con ansia desesperada á la enigmática promesa de la Montestruc. Un concentrado ardor de lucha lo estimulaba á no desesperar. « La victoria protege á los que, aun sin esperanza, no desfallecen. » Repitiéndose esa inspiración de los ánimos valerosos, se propuso aguardar, sin impaciencias enervantes y sin agitaciones estériles, el aviso que le había anunciado la mundana.

Los días corrieron. En la gran colonia de los trasplantados, unos seguían con envidioso interés, otros con reprobación, la marcha de los acontecimientos de que la familia Canalejas era el centro. Se supo que el príncipe había vuelto á la casa de su novia, lo que hizo cesar los rumores de ruptura á que diera lugar la interrupción de las visitas. Saludada con general clamor, como una descomunal pretensión, la exigencia de que don Graciano completase la dote de la princesa Thyra, las opiniones en los círculos hispano-americanos empezaron luego á dividirse. Los más antiguos en París, los Altamura, los Torrevieja, los Terrazábal, con sus adeptos é imitadores, imbuídos en el culto de la aristocracia, no encontraban exagerada la pretensión del vástago de los Rœspingsbrück. Era justo que una familia de advenedizos *de por allá* hiciese algún sacrificio pecuniario, á trueque del grande honor que recibía. Los más nuevos en la vida europea respondían con afiladas críticas á esa teoría, que calificaban de criterio pervertido al contacto de las añejas preocupaciones del viejo mundo. No pocos declaraban que ellos no sancionarían con su presencia un casamiento ajustado sobre bases desdorosas para el prestigio del nombre hispano-americano. Don Eduardo Fuenteviva, con los pasajes tomados ya para llevarse la familia á su tierra, se asociaba á los que escarnecían las ambiciones nobiliarias de los Canale-

jas. « Por condescender, decía, con sus hijas, había consentido en quedarse al casamiento de Mercedes, que era tan amiga con Rosaura. »

Ya se anunciaba para determinado día la llegada de las princesas de Rœspingsbrück. La de Palomares y la de Cuadrilla habían hecho circular, de indirecta manera, las fotografías de las dos altezas por la colonia hispano-americana. Al propio tiempo, hacían llegar esos mismos retratos á sus relaciones *chic* europeas por medio de Guy de Morins, del gordo Termal y de otros amigos de la *crema* social parisiense. Juan Gregorio, proclamándose pretendiente á la mano de la bella princesa Thyra, guardaba siempre la imagen fotográfica de la joven en su cartera, y la mostraba en la noche donde Maxime, con grande algazara de las semimundanas de segunda y de tercera categoría, ornato de aquella fonda afamada de la calle Royale.

En el hotel del tajamar subía la agitación con la fuerza de un *crescendo* de Wagner. Al anunciarse la próxima llegada de las princesas, doña Quiteria cedió al irresistible deseo de mandarse hacer un nuevo traje, además de los que ya tenía prontos para las diversas ceremonias de la boda. Sus profundas meditaciones para esa *creación*, confiada á la casa Beer, no le impidieron combinar, en todos sus detalles, los grandes trajes que iba á ofrecer á su noble consuegra y á la no menos noble futura cuñada de Mercedes. Las telas, los adornos, la forma de los corpiños y de las faldas, todo lo había discutido con Milagritos y con Dolorcitas en interminables conferencias. Las dos muchachas, después de ridiculizarle como cursis todas sus ideas, laboriosamente rumiadas por ella, la habían obligado á conformarse con lo que sus hijas le indicaron como la suprema elegancia.

— Mamá, decíanle la una y la otra, todo eso que propones estaría bueno para una mujer gorda, caderuda como tú. No pierdas de vista que su alteza madre

es alta y flaca como un huso, y que *la* Thyra es más alta todavía que su madre. No, no, manda hacer los vestidos como te decimos nosotras.

Doña Quiteria tomaba como desquite de la completa anulación de sus gustos, el recomendar al afamado sastre que *no se parase en precio,* tanto para su nuevo vestido, cuanto para que los de sus altezas fuesen de lo mejor que pudiera hacerse en París.

Era, sin embargo, materia de poca monta para las dos hijas casadas de doña Quiteria la hechura de esos vestidos de que la señora hacía un asunto de estado. Lo capital para las dos jóvenes eran las listas de convidados á la fiesta del contrato, á las bendiciones y al almuerzo. Las numerosas modificaciones que habían hecho á esas listas, día á día, para purgarlas de todo elemento *rastá*, tenían en constante inquietud á las familias hispano-americanas amigas de los Canalejas. Los rumores de las grandes exclusiones de que se sabían eran partidarias Milagritos y Dolorcitas, formaba una atmósfera de irritación contra las dos elegantes, y ya un complot empezaba á fraguarse, para no asistir á la iglesia, entre todas las que temían no recibir convite para el contrato ni para el almuerzo de la boda.

— ¡Qué gracia! exclamaban irritadas; nos convidan para hacer número en la iglesia, como se convida para los entierros; pero no quieren que los nobles europeos nos vean después en la casa.

Al fin, un día para las bendiciones fué fijado, de acuerdo con Stephan. Las princesas llegarían con ocho días de anticipación y se hospedarían en algún hotel de la calle Castiglioni. La tertulia de contrato tendría lugar el 25 de noviembre.

Repartidas con quince días de anticipación, las invitaciones llegaron á confirmar los temores de la colonia hispano-americana. Únicamente los Torrevieja, los Altamura, los Terrazábal y los Fuenteviva

eran convidados á todas las ceremonias. Los demás, en número considerable de trasplantados y aun algunos compatriotas de los Canalejas, viajeros de pasaje en Europa, que tenían gran interés en ver la sociedad de gran tono parisiense, deseosos de ir á contarlo en su tierra, quedaron excluídos, sin el menor miramiento á relaciones de amistad por largo tiempo cultivadas. En las recepciones de muchas de las familias excluídas, se hacía especial estudio de no hablar del gran acontecimiento, tan comentado y discutido antes. Las que se creían más avisadas, introducían á veces la conversación sobre aquel penoso asunto, para decir con aire de descuido:

— Á nosotros nos han convidado, pero no pensamos ir.

Lo que ninguno de los oyentes creía.

Y allá, en el tercer piso del hotel, en acerba postración de ánimo, Mercedes apoyaba su rostro, al que el pesar había robado su frescura primaveral, sobre el oprimido seno de la abuelita, como esas plantas delicadas de la selva, que parecen buscar, medrosas, un refugio, arrimadas al árbol añoso, cuando ruge el vendaval. Pero nadie sino la anciana tenía compasión de su quebranto inmenso. Los demás: el padre, la madre, los hermanos, descontaban con impaciencia el vencimiento del plazo fijado, sin cuidarse de la agonía de la víctima, sin cuidarse del viejo corazón nostálgico de la anciana. « ¡Mercedes iba á ser princesa! ¡Ellos tendrían prestigiosos títulos nobiliarios! ¿Qué más querían esa muchacha tonta y esa vieja ignorante? Culpa de ellas era obstinarse en no comprender la grandeza de la vida europea. »

Por medio de Stephan, hallábase, entretanto, Rosa Montestruc instruída de lo que iba pasando. Un día llegó el mozo á casa de ella, trayéndole las cartas en que las respectivas familias daban parte á sus amigos y á sus conocidos del futuro enlace. La muchacha,

por una vanagloria de mujer amada, había querido que las compañeras y los elegantes que frecuentaban su casa, pudieran ver sobre sus mesas el doble parte de casamiento adornado con la corona cerrada de la casa soberana de Rœspingsbrück. La familia Canalejas había pedido á Stephan hiciese imprimir al frente de la carta esa corona á cambio de los trescientos mil francos concedidos para la dote de su noble hermana. La Montestruc había exigido del príncipe esa prueba de amorosa sumisión, para manifestar á los que le presagiaban el abandono del joven, que ella reinaba antes del casamiento, como reinaría después, sobre la voluntad de aquel vástago de los Cruzados.

La pasión del joven por la semimundana parecía, en efecto, enardecerse á medida que el 25 de noviembre se aproximaba. Bien que ni por un instante hubiese sido entre ellos considerado como causa de separación definitiva, el nuevo estado que iba á privar al príncipe de su libertad de soltero, parecíale á Stephan que con su casamiento daría á Rosa un pretexto para desprenderse de él completamente. Pasión de los sentidos, sobre todo, su amor, en el medio exitante de la vida licenciosa en que gasta su existencia una gran parte de la juventud parisiense, íbase convirtiendo, por el temor de la separación, en una de esas pasiones sin freno, que las mujeres de vida airada especialmente tienen el privilegio de encender en ciertos hombres, hasta arrastrarlos á las más ciegas locuras.

Durante algún tiempo, sin embargo, su desconfianza acerca de la constancia de la hermosa mundana fué vaga en el ánimo de Stephan. El indescriptible malestar que precede á veces á las graves enfermedades lo desazonaba. La presencia de Patricio Fuentealba en casa de Rosa, fijó en el príncipe el punto agudo de la dolencia. La muchacha no había disimulado su alegría al ver entrar al visitante, y los cuchicheos de

los que rodeaban la mesa del *baccara*, mientras que él tallaba, fueron los signos reveladores que explicaron al amante el cambio gradual que había, poco á poco, notado en el modo de ser de la joven á su respecto. Su vanidad de gran señor le había hecho al principio atribuir esa variación al pesar celoso que ella debía sentir de verlo unirse legalmente á una lindísima muchacha, de la que no habría sido extraño que llegase pronto á enamorarse. Pero, al cabo de poco tiempo, no bastó esa suposición á su espíritu atormentado. Notaba en la alegre mundana distracciones que nunca le había conocido, cierta mal disimulada tristeza, de la que jamás había dado muestra hasta entonces. La conversación entre Rosa y Patricio en la noche de la visita, fué el rayo de luz que aclaró la obscuridad del doloroso problema. Las palabras de Marie Cauchois al oído de Adèle Rapu, mientras él barajaba el naipe : « Eso es lo que pasa á Rosa; dicen que tiene un furioso capricho por ese Adonis », quedaron zumbando en su memoria como las punzadas de un tumor que se forma. Por felicidad para los planes de Rosa, ninguna de las que rodeaban la mesa del juego tenía la menor noción de que aquel mozo era también el rival triunfante del príncipe en el corazón de la que debía llevar el gran título de princesa de Rœspingsbrück. Rosa se había guardado muy bien de decirlo á sus amigas.

XIX

El tren de Colonia, por el que estaba anunciado el arribo de las princesas, debía llegar á las cinco cincuenta y cinco de la tarde. A las cinco y cuarto don Graciano, su mujer y Mercedes se encontraban ya en la estación. Poco después se les juntaban la de Palomares y la de Cuadrilla, con sus esposos respectivos. Canalejas había querido que toda la familia fuese á presentar sus homenajes á las nobles viajeras á la bajada del tren.

Eso haría muy buen efecto. Juan Gregorio, por medio de algunos cronistas de diarios, haría publicar ese « hecho diverso » parisiense. Así, no sólo la gran capital, sino la Europa y el mundo entero, sabrían desde la mañana siguiente que la « distinguida familia Canalejas » había tenido el honor de presentar sus respetos á sus altezas en el andén. Lo que equivaldría para ellos á una carta de naturalización en el gran mundo.

La madre y las dos hijas casadas habían estrenado vestidos para la solemne ocasión. Á juicio de ellas, el lujo y la novedad de sus trajes suplirían, á los ojos de las princesas, la falta de títulos nobiliarios. Los padres y las dos jóvenes, á pesar del aplomo que esas últimas afectaban en aquel inolvidable trance,

parecían visiblemente emocionados. Mercedes no tomaba parte en sus conversaciones. Allí, como donde quiera que apareciese en su papel de novia dominada por su rígido sentimiento del deber, la chica seguía viviendo la existencia automática del ciego que se deja conducir por la voluntad ajena, ignorante del mundo exterior, en su melancólico aislamiento de ser desdichado para siempre. El sombrío tinte del dolor no había alcanzado, sin embargo, á marchitar el juvenil semblante. La irradiación de la belleza enviaba en torno su prestigiador encanto, como atraviesan los rayos del sol las nubes que lo empañan en una mañana de primavera.

Mientras tanto, ni Stephan ni Juan Gregorio llegaban todavía. Los punteros del reloj de la estación marcaban ya los tres cuartos para las cinco. Rabiando de la tardanza de su hijo, don Graciano contaba impaciente los minutos.

— ¿Qué haremos, si no llegan á tiempo? preguntaba á las jóvenes á cada momento.

— No te apures, papá. Stephan es hombre de calma. Ya llegará al instante. Él sabe que tiene que presentarnos.

— ¿Y Juan Gregorio? ¡Este maldito muchacho, que ha de estar siempre atrasado!

Á las cinco y cincuenta y dos Stephan apareció acompañado por Guy de Morins, « el chambelán de su alteza », como llamaba al conde Juan Gregorio. Solícito Cucho Palomares de que las gentes que esperaban la llegada del tren lo viesen con los dos nobles, corrió hacia ellos al divisarlos y les sirvió de escolta hasta que se juntaron con la familia. Para no tener que hablar aparte con Mercedes, que le imponía con su resignada humildad, Stephan inició una conversación general, de la que pronto se apoderaron Milagritos y Dolorcitas. El gran reloj de la estación, con su marcha imperturbable de plazo que va venciéndose,

apuntaba en ese instante las cinco y cincuenta y cuatro.

— ¡Y este diablo de muchacho que no parece! murmuraba desesperado Canalejas, al ver que Juan Gregorio no llegaba.

Las cinco y cincuenta y cinco señalaron por fin los punteros, haciendo latir los corazones de los que aguardaban. Las dos jóvenes y Cucho Palomares divisaron los primeros un tren, que avanzaba lentamente. Los demás no veían nada. Cada uno afirmaba ó negaba. Canalejas continuaba furioso.

— ¡Y este muchacho de los demonios que no llega! repetía con angustia.

Mercedes, con el vago mirar de quien no ve lo que se agita en torno suyo, de pie, al lado de los demás, estaba lejos de ellos. Veía subir á un tren, sobre otra línea que aquella por donde debía llegar el de Colonia, la gente pobre de la tercera clase; la gente que no sufría, pensaba ella, los que no llevan más fardo consigo que sus atados y sus maletillas, «¡en vez del fardo de dolor que ella sentía en el pecho!» Á todos envidiaba su existencia humilde, exenta de cuidados, resignada á la avaricia de la suerte. ¡La desgracia de ella era ser rica!

Una noticia empezó á correr entre los grupos de personas que esperaban; el tren traía un cuarto de hora de atraso. Las gentes se dispersaron para ir á buscar asiento en los bancos distantes. El grupo Canalejas, queriendo conservar los sitios al lado de la barrera, no se movió. Todos se habían quedado silenciosos en el enervamiento de la expectativa burlada. Así pasaron más de cinco minutos. A cada momento aumentaba la gente en la estación. Pronto fué como una masa compacta que estrechaba al grupo Canalejas contra la barrera. De cuando en cuando los cargadores, con voces de prevención y arrastrando delante de ellos sus carretillas atestadas de bultos y

de baúles, hendían la muchedumbre que iba, como las olas de un lago, á desbordar sobre la ya oprimida comitiva. Aquello empezaba á hacerse insoportable.

— Allá veo á Juan Gregorio, dijo de repente don Graciano.

Con su elevada estatura entre la muchedumbre, semejaba al árbol que domina en la selva sobre las copas de los otros.

Y se puso á hacer señas á su hijo para que se acercase.

— ¡Al fin te apareces! dijo al mocito, cuando, después de una porfiada lucha, había conseguido reunirse á su familia.

— Ya ven ustedes que todavía llego á tiempo, contestó alegremente el interpelado.

— ¿Y si hubieran llegado sus altezas? replicó en voz de reconvención Canalejas, elevando un poco el tono, á fin de que se supiese que estaban esperando á personajes de calidad.

— ¡Ah! No hay cuidado; yo estaba enteramente tranquilo. Papá, regla general: cuando esperes á alguien en la estación, el tren tiene que venir atrasado.

Luego, en voz baja:

— Pero ustedes están aquí apretados como sardinas; esto no puede ser.

Y después de un ligero cuchicheo con el guardián de la entrada del andén, una pieza de dos francos pasó á la mano de éste de la mano de Juan Gregorio.

— Los que venimos á esperar á sus altezas, dijo, entrando el primero, seguido de toda la comitiva.

El silbido estridente del tren que aparecía hizo estremecerse de emoción á los esposos Canalejas y á las dos hijas casadas. La máquina, con su silencioso andar de bestia exánime, se deslizó lentamente sobre los rieles, arrastrando la larga fila de carros. Precipi-

tadamente empezaron entonces á abrirse las puertas y á bajar los viajeros, llamando á los cargadores de equipaje.

Pronto Stephan, á la cabeza del grupo, reconoció en un *compartimiento* reservado á su madre y á su hermana. Mientras daba la mano á la princesa madre, don Graciano había desplegado delante del *wagon* á su familia, como una guardia de honor. La princesa Thyra, con la agilidad de la juventud, puso el pie en el andén casi al mismo tiempo que su madre. Mientras bajaban, pudieron los Canalejas contemplar con un sentimiento de respeto á las dos grandes damas. En su fervor de acatamiento nobiliario, se les figuraba dos seres superiores, en los que la vieja sangre de una raza soberana hacía resplandecer la aureola de la grandeza hereditaria. La princesa madre, en un estado de flacura que había borrado de su rostro todo vestigio de la lejana juventud, parecía sostenerse de pie por uno de esos milagros de equilibrio que son como un desmentido á las reglas de la estática. Sus ojos azules, apagado el antiguo fulgor, contaban la doliente letanía de la vejez, los desencantos de la edad, la penosa rigidez de los nervios, la exagerada impresionabilidad del cutis : un resumen del decaimiento físico en que va hundiéndose hacia el sepulcro el cuerpo humano á medida que la vitalidad se va, por decirlo así, adelgazando, como el cordel de la noria á fuerza del largo uso.

Juan Gregorio no pudo reprimir el impulso de su espíritu irrespetuoso.

— Nos mandan á la vieja en el último estado de decadencia, dijo á de Morins, que tenía al lado de él; por poco que la soplen, se desarma.

— Cállate, majadero, le dijo Milagritos, por lo bajo.

Como una ilusión tras un desengaño, la princesa Thyra, con su notable hermosura, borró instantáneamente la penosa impresión producida por la demacrada

figura de su madre. En sus grandes ojos azules se anidaba la luz de femenil encanto que había abandonado á los de la vieja soberana. La majestuosa frente, limitada por una nube de cabellos rubios dejados en libertad, era la frente destinada á llevar una corona de dominación sobre los hombres. La altivez de Juno, que no digna inclinarse hasta divisar á los mortales.

— Y pensar que esa deidad no parece haber vivido exenta de las flaquezas humanas, murmuró Juan Gregorio al oído del conde.

Encantaba la vista contemplar el pequeño y bien delineado rostro de la joven, dominando su alta estatura, en la que la gracia y el donaire humanizaban la altivez soberana de la frente. Sus mejillas tenían la palidez que soñaban los poetas románticos, y la boca, que al hablar iluminaba el rostro tanto como el brillo de los ojos, mostraba dos hileras de pequeñitos y albos dientes, sobre los que la luz se reflejaba como en un regocijo de fiesta.

La seriedad, un si es no es solemne, con que tuvo lugar la trabajosa bajada de la princesa madre, arrancó una picaresca observación á Juan Gregorio.

— El protocolo de Negocios Extranjeros nos ha traicionado. Ni uno solo de sus funcionarios para saludar á sus altezas de parte del gobierno; ni una guardia de honor á la que la momia madre hubiera podido pasar revista como acostumbran los soberanos en estos casos.

Don Graciano lanzó una furibunda mirada á su hijo para hacerlo callar.

En ese instante Stephan empezaba á presentar, uno á uno, á todos los miembros de la familia Canalejas Los hombres besaron la mano á sus altezas. Cucho, al hacerlo, casi puso en tierra la rodilla. Las señoras recibieron un saludo corto y protector de las nobles damas. La acogida hecha á Mercedes tuvo un

sello de particular cordialidad. La princesa madre le tendió su mejilla con majestad.

— Usted puede abrazarme, hija mía.

La chica, temblando, apoyó sus labios sobre el rugoso cutis, que le pareció tener el hielo del mármol. Con su contacto sintió como si sellara para siempre su irrevocable destino. Cuando se enderezaba, la hermosa princesa Thyra, estrechándola entre sus brazos, con afectuosa voz y pronunciado acento alemán:

— Déjeme usted abrazarla como á una hermana. Es usted deliciosamente bonita.

La voz velada de Juan Gregorio, pareció hacer eco á esas palabras:

— No tanto como usted, alteza.

Don Graciano y Guy de Morins tosieron al mismo tiempo, para que no quedase vibrando aquella exclamación de tan inaudito desacato.

En procesión ceremoniosa, las princesas fueron conducidas al landó de doña Quiteria, pintado y arreglado como nuevo para la ocasión. Stephan subió tras ellas. El gran lacayo cerró la portezuela, y subiendo con estudiada agilidad al pescante, dió la orden:

— Al hotel.

Don Graciano y los suyos se inclinaron profundamente al salir el carruaje, á trote largo, del patio de la estación.

El dicho familiar de «estar en la gloria», es lo que con más exactitud puede aplicarse al grado de satisfacción desvanecedora en que empezaron á respirar los padres Canalejas, sus dos hijas casadas y Cucho Palomares desde entonces. La llegada de las princesas vino á darles la seguridad material de que nada podría ya oponerse á la realización del casamiento, tan laboriosamente concertado.

En el gozo de la esperanza realizada, las muchachas

y Cucho persuadían á Canalejas de que la alta posición social á que ya se encontraban elevados, compensaba ampliamente la suma empleada en la dote de Mercedes, el suplemento de dinero destinado á saldar las deudas del príncipe y hasta los trescientos mil francos para la dote de la princesa Thyra, que tantas burlescas críticas les habían valido de la mayor parte de la gran colonia hispano-americana.

Desde el día siguiente, en efecto, las puertas del hotel del tajamar se abrían á cada instante para recibir las visitas. So pretexto de felicitación, llegaban las amigas á indagar cuanto podían sobre las princesas, sobre sus trajes de viaje y el número de maletas con que venían á la boda. La gran copa de porcelana de Sèvres en que el lacayo del vestíbulo ponía las tarjetas de los que no encontraban en casa á las señoras, se colmaba todos los días hasta los bordes. Con manejos de maquiavélica destreza, Milagritos había conseguido, por medio de Guy de Morins, que la duquesa de Vieille-Roche y otras grandes señoras del barrio San Germán, después de inscribir sus nombres en el registro de las princesas de Rœspingsbrück, enviasen por el correo tarjetas de felicitación al hotel Canalejas. Todo aquello constituía ya una ejecutoria de nobleza á los ojos de la encantada familia. Ya *rolaban* en el gran mundo, en el «nuestro mundo» de la condesa de Montignan, se repetían, en el colmo de la satisfacción.

Quedaba un punto por resolver. La de Palomares y Dolorcitas no habían querido tocarlo en los acuerdos de familia antes que las princesas se encontrasen en París. ¿Cómo y cuándo se haría la presentación de doña Regis y de Jenaro Gordanera, los dos miembros de la familia que no habían ido á la estación? Las muchachas enunciaron el problema desde el día siguiente. Don Graciano encontraba la cosa muy sencilla:

— Nada más fácil : pediremos á Stephan que solicite para nosotros una audiencia, y llevaremos á mi madre y á Jenaro el día que designen.

— No está ahí la dificultad, dijo Milagritos ; tú sabes que abuelita no ha querido nunca ponerse sombrero, y no podemos ir á presentarla con mantilla española.

— Eso dará un colorido muy característico á la presentación, dijo Juan Gregorio, recostado sobre un sofá para fumar un cigarro ; será una manera de divertir á las princesas, que abuelita vaya á presentárseles en traje de carácter.

— ¿ Y por qué no con castañetas? exclamó Milagritos : no estés hablando disparates.

— Yo apuesto, intervino Dolorcitas, que nadie hará ir al tío Jenaro á esa presentación.

— ¡ Él! un republicano de América, ¡ir á humillarse delante de una soberana ! Jamás, declamó Juan Gregorio teatralmente.

— ¿ Qué hacer entonces ? interrogó don Graciano.

No había otro medio que hacer la presentación en la noche del contrato. Milagritos convino en ello. No querían insistir sobre el asunto. Ella y su hermana se habían propuesto reservar para la víspera de las bendiciones la cuestión del sombrero de la abuelita, en la que se prometían mostrarse de una intransigencia absoluta.

Los días corrieron entonces en la fiebre de los últimos preparativos. Las dos princesas, no obstante su alevado rango, eran mujeres. Aceptaron con gran benevolencia el presente de los trajes para la boda, ofrecidos con rendida humildad por doña Quiteria. Milagritos y Dolorcitas se encargaron de hacer ejecutar por los grandes costureros esa obra de improvisación, que debió hallarse terminada en el corto plazo de siete días á lo más. Con este motivo las dos muchachas tenían á toda hora su entrada cerca de las

princesas. Dirigían los ensayos de los trajes en el hotel para la princesa madre, y en casa de los costureros para la bella Thyra. Una amistosa familiaridad se había establecido de este modo entre la joven princesa y las dos elegantes trasplantadas, que cuidaban de mostrarse, cuanto les era posible, en compañía de tan aristocrática persona.

Al mismo tiempo, gracias á las relaciones de Juan Gregorio entre los cronistas de la prensa, un regular servicio de publicidad se había establecido, con gran refuerzo de billetes de Banco, para ocupar la atención del público sobre las próximas bodas. La llegada de las princesas y su recepción por el príncipe Stephan, acompañado de la familia Canalejas, fué descrita minuciosamente por los principales diarios de la capital. Los «Hechos diversos» daban cuenta cada día de los paseos de las nobles damas por París, y publicaban los nombres aristocráticos que cubrían los registros de las altezas, depositados á la entrada del hotel.

Ninguno de esos párrafos, en los que la mirada de la gran colonia hispano-americana encontraba un sabroso desayuno, había escapado á la celosa vigilancia de Patricio Fuentealba. Con oprimido corazón leyó la escena de la llegada. La distinguida bondad con que, según los diarios, las princesas habían acogido á la «linda señorita de Canalejas», hirió dolorosamente su espíritu como el acto material que le arrebataba para sismpre á la chica. Desde ese día, al abrir el diario todas las mañanas, saltábale á los ojos, como una víbora de un matorral, los hechos de crónica en que las princesas, en compañía de algún miembro de la «distinguida familia de Canalejas», cruzaban las calles de París, entraban en las tiendas más lujosas, ó embellecían el paseo del Bosque con su presencia. Era la tortura en detalle, la refinada crueldad de las tribus de antropófagos, la espantable

barbarie de tormentos desconocidos. En sus horas de resignación orgullosa, Fuentealba no había imaginado ese suplicio : un cáliz de amargura presentado cotidianamente á la víctima, para que su temor de la muerte se mantenga vivo en el espíritu desfalleciente.

La imposibilidad de encontrar un derivativo á su mal, de poder sofocar la llama de aquel incendio devorador que ardía en su pecho, no le daba un solo momento de reposo. Por más que cansase el cuerpo en largas correrías ; por más que fuera á veces á perderse en la humana corriente de los barrios populosos, ó que llevara su dolor á la sombra amiga de los árboles del Luxemburgo, su espíritu velaba con la inquietud de la catástrofe segura.

Los días pasaban, entretanto, sin que llegase el prometido aviso de la Montestruc. Por momentos, un impulso de ir hacia ella, de buscar el olvido en sus brazos, le acudía con furores de venganza. Pero su férrea voluntad lo contenía. Para no ceder á la ofuscación de esa fiebre, corría entonces á refugiarse cerca de su amigo Campaña, buscando en la tranquila atmósfera moral de que se rodeaba el soñador engolfado en sus abstracciones, la fuerza de poder sufrir su tormento sin recurrir á degradantes consuelos. Mas, á poco de encontrarse al lado del positivista, sin poder seguirlo en el encadenamiento de sus fantasías humanitarias, Patricio se alejaba impaciente, sintiendo la ineficacia de los paliativos morales para servir de valla á la furiosa devastación de los quebrantos de amor. Entonces buscaba la charla humorística de Rosaura Fuenteviva, su desprecio por las convenciones sociales, su voluntad de muchacha modernista emancipada de las timideces tradicionales de su sexo. Rosaura le ofrecía, como un cordial adormecedor, sus proyectos para hacer fugarse á Mercedes ; le contaba su empeño tenaz de persuasión para infundir á su doliente amiga el valor de sustraerse á su sacrificio.

Paseándose en la avenida Henry Martin, que habían adoptado para sus citas, con preferencia á la del Bosque, la chica Fuenteviva, siempre en compañía de su adorador servio y escoltada por la fiel camarera, le refería la última tentativa para persuadir á Mercedes.

— Á fin de animarla, le confié que hemos fijado, con Demetrio, para escaparnos, el mismo día de su casamiento, porque papá tiene ya tomados los boletos para el viaje.

Los hoyuelos de sus mejillas pronunciaban su gracioso hundimiento al decir esto sonriéndose, como el niño que cuenta alguna buena travesura.

— El vapor debe salir el 26, prosiguió Rosaura, es decir, dentro de cuatro días, y el casamiento de Mercedes está fijado para el 25. Por consiguiente, el 25, en la noche, nosotros tenemos que desaparecer. La pobre Mercedes, cuando le hablé así, de fechas, pareció que despertara de un sueño: tan dominada está por su pesar. Pero nada conseguí, sino que, como siempre, se pusiera á llorar y que me repitiese que lo único que le da fuerza es saber que usted la perdona y que nunca dejará de quererla.

Nada había ya que esperar. Rosaura abandonaba toda esperanza. Al volver á su casa, esa mañana, Patricio sentía el atroz desaliento del especulador; después de una lucha desesperada por evitar la ruina, cuando ya no le queda absolutamente ningún recurso. Los efímeros proyectos de Rosaura eran al fin una esperanza, y la misma chica se confesaba vencida. La ruina de su existencia era irreparable, á menos de buscar la salvación en algún recurso heroico. Pero, ¿qué recurso? se preguntaba su imaginación casi en delirio. Ya desesperaba de la promesa de la Montestruc. «¡Ah! si ella hubiese podido, como había dicho, procurarle una entrevista á solas con Mercedes, él habría pisoteado, en el supremo conflicto, los caba-

llerescos escrúpulos de antes y habría sabido persuadirla de que le confiara su suerte. » Pero todo eso era una ilusión, se decía, con la muerte en el pecho, al llegar á su casa. La inminencia del peligro le presentaba como buenos todos los recursos. Su respeto á la timidez de Mercedes, le parecía ahora una debilidad imperdonable.

Pasó sin mirar á la portera. Durante los últimos días, en la expectativa del aviso de Rosa, había preguntado en vano si no había carta para él. Esta vez, una de esas pueriles supersticiones, tan comunes en los que esperan, le hizo prometerse que no haría la pregunta y que así, tal vez, la carta de la mundana vendría á su encuentro. Al empezar á subir la escalera, la voz bien conocida de la guardiana de la puerta le dió un vuelco al corazón.

— Señor Fuentealba, una carta para usted.

Era una esquelita femenil. Sus dimensiones y su perfume desvanecieron la suposición pesimista con que había ido al encuentro de la portera.

— Será algún prospecto comercial ó alguna cuenta, pe había dicho, burlándose, con despecho sarcástico, de la superstición primera.

En su cuarto rompió, impaciente, el sobre.

Dos líneas que le parecieron luminosas.

« Aguárdeme esta noche, á las nueve, en su casa. Ha llegado el momento de cumplir mi promesa.

» La que le ama á usted de veras. — *Rosa.* »

La semimundana fué puntual. Á las nueve tocaba la campanilla á la puerta de Patricio. El joven la hizo entrar á su sala de estudio, que era también su sala de recibo. Una pieza de regulares dimensiones. Una gran mesa de ingeniero, cubierta de dibujos de máquinas, de anchas reglas y de compases, ocupaba una de las extremidades. En la parte opuesta, un escritorio y dos poltronas, á más de la silla para escribir.

— Usted excusará la modestia de mi habitación, le dijo el mozo, ofreciéndole una poltrona.

Sin parar mientes en esta excusa, la muchacha se acercó á él, risueña:

— Y bien, ¿así es como recibe usted á una amiga? ¿No me abraza usted?

Al mismo tiempo le ofrecía su mejilla, con un sonrojo de timidez.

— ¡Oh! con mucho gusto, contestó Fuentealba dándole un beso.

— Vamos, no está tan mal, exclamó ella con una franca risa de alegría. Andando el tiempo, usted acabará por perderme el miedo y me besará más fuerte.

El mozo se mantenía en guardia, haciendo eco á la risa de su visitante, para evitar el aire de un hombre que se defiende en semejante caso.

Rosa se sentó entonces. Se había vestido con estudiada sencillez: un traje *sastre*, de color obscuro; un cuello de alba nitidez, con una pequeña corbata de hombre alrededor; un sombrero negro, con dos grandes plumas blancas. Patricio la encontró más bella que con los ricos y vistosos trajes con que siempre la había visto. Le hallaba un aire de modestia, que le permitía hacerse la ilusión de hablar con una mujercita honesta, sin otro adorno que el encanto de su juventud.

— ¿Cómo me encuentra usted? ¿Le gusto vestida así?

— La encuentro á usted muy bella, y nunca la he visto con un traje que le siente tan bien.

— Venga usted aquí, á mi lado, más cerca, para que hablemos como dos buenos amigos.

Se interrumpió con un suspiro problemático, que podría ser de fingida alegría ó de verdadero sentimiento. Tomando entonces la mano al joven:

— ¡Ah, qué lástima que nos hayamos conocido!

Soy yo la que tengo la culpa, porque soy yo la que he buscado á usted.

— Le aseguro que me considero muy dichoso de haber conocido á usted. Pero, confiese que nuestra situación es extraña.

— Cualquiera creería que tenemos una cita de amor. Es muy divertido. ¿Sabe usted por qué no pedí á usted que viniese á mi casa? Porque allí habría llegado seguramente el príncipe, y no habríamos podido hablar con libertad.

— Agradezco á usted infinitamente su visita.

— Y está ardiendo de curiosidad por saber lo que tengo que decirle.

— Sí, se lo confieso.

Ella no le había soltado la mano. De cuando en cuando, una ligera presión, que parecía nerviosa, sin acentuarse, le hacía sentir que la chica no se olvidaba de esa distracción aparente. Por un momento se quedó callada. Luego prorrumpió:

— Es muy atrevido lo que voy á proponerle.

— No importa, hable usted.

— Y es imposible que usted se figure lo que es.

— Usted me dijo que podría hacer que yo tuviese una entrevista á solas con *cierta persona*.

— Es la verdad.

— En su cartita me dice usted que ha llegado el momento de cumplir esa promesa.

— También es la verdad.

— ¿Entonces...?

— Pero ahora me pregunto si no es una locura lo que he pensado proponer á usted.

— Locura ó no, lo que yo le pido es el cumplimiento de su promesa.

— Oiga usted, usted va á creer que soy muy extraña. En fin, el medio que he encontrado, y con el que estoy segura de cumplir mi promesa, helo aquí.

Tuvo otro instante de vacilación. Retirando entonces su mano de la de Patricio:

— Veamos... ¿Cómo principiar...? El casamiento de la *persona* con quien usted desea encontrarse á solas, debe tener lugar el 25...

— ¿Y bien...? dijo Fuentealba con voz conturbada.

— Naturalmente, como es de uso, tras de las bendiciones viene el viaje de noviazgo. El principio de la luna de miel.

Había un eco de sarcasmo en la voz de Rosa al pronunciar esa frase. Patricio se puso de pie delante de ella, y con una mirada dura, casi de odio:

— ¿Viene usted á decirme eso para torturarme?

— De ninguna manera, amigo mío. ¡Ah, qué terrible es usted!

La respuesta, en la que la voz se había tornado afectuosa, fué inmediatamente seguida de estas palabras:

— Una vez por todas, déjeme decirle que usted es el último hombre á quien consentiría en darle un pesar.

Y prosiguió con un suspiro, risueña al mismo tiempo:

— Ya he dicho á usted, con toda franqueza, que lo amo; pero que no haré nada para hacerme amar por usted. Al contrario, lo que ha dado consistencia á mi amor, es ver la fidelidad que usted guarda al suyo. Porque, en fin, yo no soy fea, ¿no es verdad? Tengo tantos adoradores cuantos quiero. Y bien, no he visto un solo instante que usted haya tratado hacer de mi su querida, ni aun para vengarse de la que lo abandona. Eso es muy lindo; eso es lo que ha acabado de conquistarme, á más de que usted es un bonito mozo y tiene ojos que subyugan. Para que usted se convenza del absoluto desinterés de mi amor, es que vengo á proponerle lo que usted no me ha dejado decirle.

El joven, lentamente, tomó la mano de la chica y la llevó á sus labios.

— Gracias, dijo después de dar sobre esa mano un largo beso; mil veces gracias.

— ¡Acabáramos! exclamó alegremente Rosa; creo que llegaremos á entendernos. Decía, pues, que el 25, después de las bendiciones, vendrá el viaje de boda.

Antes que prosiguiese, Patricio volvió á interrumpirla:

— Yo esperaba que la entrevista que usted me prometía fuese para antes del veinticinco.

— Antes de las bendiciones, quiere usted decir.

— Justamente, porque entonces yo podré encontrar algún medio de impedir el casamiento.

— ¡Ah, querido! Me pide usted lo imposible. Usted sabe que la más bonita muchacha del mundo no puede dar sino lo que tiene.

— En fin, veamos su proyecto, repuso el joven con acento de mortificación.

La esperanza que por un instante concibiera al oir las afirmaciones de Rosa sobre su seguridad de hacerle ver á Mercedes, se desvanecía: una luz que se apaga de repente, volviendo el náufrago al horror de su situación.

— Mi proyecto, dijo Rosa, está basado sobre ese viaje. Le diré á usted francamente que estoy resuelta á llevarlo á cabo, aunque usted no quiera aprovecharse de él. Pero he querido dar á usted una prueba de mi amor, presentándole la ocasión de tener una entrevista con la persona que le arrebata mi amante. Usted hará lo que le parezca. Es preciso que le diga cómo me vino la idea que voy á explicarle. Desde que se habló del casamiento de Stephan, todas mis amigas, muy contentas, creyendo que esto podría contrariarme, empezaron á darme pique, asegurando que el príncipe se casa por amor y que me abandonará.

Yo sé bien que él se casa por pagar sus deudas y que se casa con mi consentimiento.

— ¿Por qué se lo ha dado usted, si no quiere que él la abandone?

— Porque yo le he prestado, por tercera mano, cincuenta mil francos, y no quiero perderlos, y porque ahora, desde que lo conozco á usted, me es indiferente que me abandone ó no. Á decir á usted la verdad, yo jamás he amado á Stephan. Me parecía *chic* tener por amante de corazón un príncipe auténtico de familia reinante. Eso da tono en París á una mujer y la coloca más alto que *las otras*. ¿Ah? espero que soy franca con usted.

— ¡Oh, muy franca! Le doy á usted las gracias por su franqueza.

— Pero á pesar de saber que Stephan no me abandonará, yo no quiero que *todas las otras* me crean humillada. ¿Cómo hacer para probarles que no he perdido mi imperio sobre él? Á fuerza de pensar sobre esto, adivine usted lo que se me ocurrió.

— ¡Qué sé yo! No puedo imaginarlo.

— Se me ocurrió una cosa muy divertida; una cosa sumamente singular y muy *chic :* que el príncipe, en vez de hacer la primera jornada con su cara mitad, la deje sola en su vagón, y haga esa jornada, en el mismo tren, conmigo. ¿Qué tal? ¿No es muy lindo? ¿No es bien imaginado?

— ¡Qué locura! Jamás conseguirá usted tal cosa; eso sería inaudito.

Patricio no hacía sino traducir el desconsuelo de una persona á la que, para salir de una gran dificultad, se le propusiese un arbitrio irrealizable.

— ¡Ah! ¿Usted cree que es una locura? Pues bien, querido; no sólo estoy segura, pero bien segura, de que eso puede conseguirse, sino que lo he conseguido ya; estamos perfectamente de acuerdo con Stephan. El rumbo del viaje, que es un secreto para

la familia, lo conozco yo y tenemos tomados ya todos los sitios del vagón en que él hará conmigo la primera jornada, mientras que su mujercita estará sola, sin comprender lo que pasa, en su compartimento.

— ¡Cómo! ¡Ese señor será capaz de infamia semejante! exclamó Fuentealba indignado. ¿Está usted segura de lo que dice?

La chica hizo resonar en la pieza una alegre carcajada.

— Tan absolutamente segura como que estoy aquí.

Y luego agregó, tomando las manos del joven:

— Tan segura como que doy á usted un beso. — ¡Ah! un beso platónico, muy platónico, exclamó; apenas con sus rosados labios había puesto ese anuncio en ejecución sobre las dos mejillas del joven.

— Todo esto es muy divertido, ¿sabe usted? repuso con alegría. Digo, divertido para mí, que voy á probar que el príncipe me obedece como un perrito.

Callaba su otro motivo de satisfacción: su odio de mundana á las mujeres del gran mundo, su cruel contento de humillar á la muchacha feliz, que poseía tan entero el corazón del hombre amado por ella con la vehemencia sentimental de purificarse y ser amada como esa joven que le había parecido tan pura y bella en el paseo de las Acacias.

Patricio, incrédulo todavía, no obstante la certidumbre absoluta que manifestaba la muchacha, quedaba abismado con la revelación.

— Usted dirá lo que quiera; yo no puedo creer; ¡es imposible!

Se había puesto á pasearse, agitado, la cabeza ardiendo, el sistema nervioso sacudido por el agolpamiento de ideas extrañas, de incoherentes propósitos, al cerebro.

La voz de Rosa paralizó el curso de esos pensamientos. Con pretenciosa persuasión, afirmaba de nuevo su seguridad de hacerse obedecer por Stephan.

— ¡Ah, querido! Cómo se ve que usted no conoce á los hombres, sobre todo á los hombres embriagados en este infierno de París, con más microbios de infección viciosa que todos los demás pueblos de Francia reunidos. Mire usted: nosotras, *las flores del mal*, *las cocottes*, si usted quiere, llegamos de nuestras aldeas medio inocentes, y al cabo de un año, la que es bonita y tiene suerte, conoce más hasta dónde pueden llegar las bajezas, diga usted, si le parece mejor, las debilidades de los hombres, que los más ladinos diplomáticos. Encuéntreme usted una mujer virtuosa, casada, divorciada, viuda ó soltera, que pueda arrastrar á un hombre á las locuras insensatas que cometen por nosotras. ¿No está viendo usted todos los días á los que, después de arruinarse, se casan con alguna semimundana rica?

Patricio había oído todo eso, lo palpaba en la atmósfera de la alegre capital, lo leía en las crónicas de los diarios; pero su experiencia, únicamente teórica, sobre el *mundo que se divierte*, no lo dejaba admitir como una posibilidad real la monstruosa degradación que la muchacha revelaba.

— Todo está muy bien, y es muy cierto; pero lo que usted me dice de *ese señor* sobrepasa cuanto he oído.

— Ya digo á usted que no conoce á los hombres; el que se enamora de una mundana, es un esclavo, se lo digo. Eso es lo que le pasa á Stephan. Su capricho de tunante se ha convertido en pasión, poco á poco, con la costumbre, y ahora el miedo de perderme ha llegado á ser en él como una manía de la persecución, sobre todo después de la visita de usted á casa la otra noche. Le digo á usted que se ha puesto más celoso que un turco, que cien turcos, que el más celoso de los que llevan bonete colorado, y que hará conmigo su primera jornada de novio, como yo lo he decidido.

Ya no se reía como al principio. Reiteraba su afirmación en voz acentuada, la repetían sus ojos, toda su fisonomía, en la que una seguridad inconmovible, una especie de reto á la incredulidad de Fuentealba, se retrataba.

— Además, añadió, leyendo la perplejidad en el rostro del mozo, usted podrá asegurarse por sí mismo de la verdad de lo que le digo.

— ¿Cómo así?

— Viniendo á la estación, el 25, á la hora de la partida del tren.

— ¿Á qué estación? ¿Á la hora de la partida de qué tren?

Patricio empezaba á creer. « Rosa no le ofrecería convencerlo con esa prueba si no estuviese segura de poder dársela. » En las dos preguntas su voz revelaba la viva emoción que ese raciocinio le había causado. Ver á Mercedes fué una luz que ofuscó su imaginación. Poder acercarse á ella, revelarle la odiosa conducta del hombre que acababa de conducirla al altar; hacerle jurar que nunca pertenecería al que, á más de haberla sacrificado, le imponía la inaudita afrenta; persuadirla tal vez á que huyese con él; uno en pos de otro, esos pensamientos se le agolparon ardientes y precipitados.

— Como le dije, eso es un secreto para todos, menos para mí; es la estación de Lyón, y el expreso de la noche para Italia.

De un bolsillo interior de la chaqueta sacó una pequeña cartera.

— ¿Quiere usted ver los boletos?

Mostró entonces al joven una hoja de papel rosado, con líneas impresas y el título : « Compagnie Générale des Wagons-Lits ».

— Ayer fuimos los dos á tomarlos. ¿No ve? Un compartimento de dos sitios. Éste es para nosotros. Stephan tomó además otro compartimento, en un carro

distante del nuestro, para él y su mujer. Él guardó el boleto de ese compartimento; pero yo tomé los números y la letra del carro : letra D, números uno y dos.

Patricio miraba atónito el papel rosado. La turbación le impedía ver los números; pero la realidad estaba ahí, la duda era imposible. Las mismas reflexiones que lo asaltaron mientras Rosa contestaba á sus preguntas sobre la estación y el tren, se revolvían ahora en su mente como en un remolino de llamas, mientras la joven le infundía la convicción de la realidad explicándole esos detalles. « ¡Oh, ver á Mercedes! ¡Salvarla! ¡Salvarla, aun á riesgo del escándalo, haciendo algún insulto atroz al infame! »

— Y ahora, proseguía la Montestruc, le voy á mostrar una sorpresa : aquí tiene. Es el cumplimiento de la promesa que le hice : un boleto para usted en el carro letra D. El tren emplea varias horas, no sé cuántas, de París á Dijón, donde se detiene por la primera vez. Así tendrá usted entera libertad para hablar á solas durante todo ese tiempo con la persona que usted ama, sin temor de ser interrumpido. ¿Qué dice usted? Ya ve que soy su amiga, ¿no es verdad?

Patricio cogió el boleto con la nerviosa ansiedad de un prisionero al recibir la orden de su excarcelación.

— Gracias, muchas gracias, dijo con la voz anudada en la garganta.

Sentía un vivo sonrojo de entrar en aquella combinación tan contraria á su naturaleza, una vergüenza sofocada de recibir de manos de la mundana el medio de acercarse á Mercedes. Oía allá, á lo lejos, como una protesta importuna, la voz de su conciencia atormentada. Pero el instante era supremo. No podía detenerse ante escrúpulos que le parecían pueriles, ni dejar que se consumase el inicuo atentado contra una criatura inocente, víctima de su pureza y de su respeto filial.

Sin necesidad de gran perspicacia, la Montestruc notó en la actitud del joven, en el movimiento de temblorosa precipitación que hizo para echarse el boleto al bolsillo, que Patricio aceptaba el arbitrio como una necesidad fatal, á la que no podía sustraerse.

— Después de todo, dijo la muchacha, es preciso tomar las cosas alegremente. El pícaro de Stephan no recibirá sino lo que merece. Es dable ser canalla hasta ese punto. ¡Ah! ¡no vale la pena de ser alteza para eso!

Estaba de pie junto á Fuentealba. En aquella pieza de hombre estudioso, tan severamente amueblada, la esbelta estatura, el donaire con que la pequeña cabeza se inclinaba como solicitando una caricia, la juvenil gentileza de toda la persona, la dibujaban á los ojos del joven como una aparición de sueño, que iba á dejar la pieza á obscuras apenas desapareciese.

A pesar de la profunda conmoción de todo su ser, Patricio no podía dejar de sentir el efluvio de atracción inmaterial que lo rodeaba, sin turbarlo, sin embargo.

Rosa dió un suspiro, y risueña:

— Adiós, me voy. ¡Ah! nuestra cita de amor está concluída. No importa. Le he cumplido á usted mi palabra.

El joven, medio confuso, volvió á darle las gracias y habló del precio de su sitio en el carro.

— Vaya usted á pagarlo á la oficina de los Wagons-Lits. El empleado me conoce y me lo dió á crédito. Yo sé que usted no me lo habría admitido sin pagarlo. ¿Qué derecho tengo yo de hacer á usted un regalo? añadió con tristeza.

Pero inmediatamente tornó á su rostro la alegría:

— Vamos, nada de sentimentalismo, me voy. Es preciso que me arranque de esta morada encantada, dijo con aire de cómica seriedad, mirando en derredor de sí.

« Asilo casto y puro », se puso á entonar del *Fausto*, haciendo mimos al joven.

Y en vez de tender la mano á Fuentealba para despedirse, le echó, riendo, los brazos al cuello.

— Vaya, le murmuró al oído, déjese usted amar. Todo platonismo, bien entendido. Si usted me tratase de otro modo, dejaría de quererlo. Nosotras, en nuestra esclavitud dorada, necesitamos tener un rinconcito de ideal donde reposarnos. Ahí, en ese rinconcito, vivo con usted. Es como si encontrase un jardín lleno de flores, donde nadie sino yo y usted podemos penetrar.

Rápidamente se desprendió, después de un corto beso, y se abalanzó á la puerta.

— Olvide todas esas tonterías. Adiós, y sea usted puntual, el 25, en la estación de Lyón.

XX

El 23 fué un día de afanosa actividad para los del tajamar Debilly. Desde temprano, carros cargados de plantas raras y de las más preciadas flores, empezaron á llegar de las tiendas de Lachaume, de Vaillant, de otras tiendas, al suntuoso hotel Canalejas. Don Graciano y los suyos querían que la decoración floral convirtiese á la casa en un palacio encantado, algo que no se hubiese visto nunca en París. El arreglo, en lo que toca á muebles, fué confiado á la casa de Belloir. Los Canalejas pidieron que la marquesina de tela, para poner á los convidados al abrigo de la intemperie, fuese más lujosa que la que se pone en el palacio del Elíseo en los días de grandes fiestas presidenciales. «París tendría que ocuparse del boato con que los hispano-americanos saben hacer las cosas cuando se trata de prodigar el dinero para recibir á la gente *chic*.»

La de Palomares y la de Cuadrilla presidían, desde por la mañana, á todos los detalles del trabajo; pero la alta dirección de la obra, que debía brillar por su esplendor y por su gusto artístico á un tiempo, estaba entregada á Cucho Palomares. Cucho había discutido el plan de la fiesta con los decoradores. Como un jefe de Estado Mayor, distribuyendo las tropas para

una revista, hacía maniobrar en todas direcciones al escuadrón de obreros y de criados, deshaciendo á veces por completo la obra principiada. Al numeroso personal de la servidumbre del hotel, había agregado un suplemento de lacayos, todos vestidos con la librea de Canalejas : frac y pantalón color castaño, chaleco rojo, medias negras de seda, liga y hebillas de oro. Era la guardia de aparato que se distribuiría desde la entrada del gran vestíbulo, en la escalera y á las puertas de las grandes salas de recepción. Un ujier del Ministerio de Negocios Extranjeros, acostumbrado á anunciar en las recepciones y saraos oficiales, conocedor de los títulos de la nobleza, cuando en tiempo de la presidencia del mariscal Mac-Mahón, venían todavía nobles y gente del *faubourg* al Elíseo, tendría el difícil cargo de anunciar los convidados á la entrada del gran salón. En la testera de esa sala se había colocado un gran sillón de aparato para la princesa madre. Una especie de trono, que los Canalejas no podían mirar sin una emoción de orgullo.

Desde la noche anterior, doña Quiteria, Milagritos y Dolorcitas se habían ocupado, hasta tarde, en el salón rojo, de la colocación de las prendas que componían el ajuar de la novia y de los presentes enviados á ésta por los miembros de la familia y por los amigos. Sobre mesas angostas y largas, en cajas con tapa de vidrio fabricadas por la casa de Yansen, todas aquellas maravillas de costura y de arte formaban una exhibición primorosa. La corona de príncipe, bordada, cincelada ó pintada, según la naturaleza de los objetos, realzaba la riqueza de cada uno, al par que ofrecía una prueba de la pretenciosa prodigalidad con que los padres de la desposada querían presentarse á la alta sociedad, al mundo de sus anhelos. Habíase reservado una vidriera especial colocada al frente de la exposición, á unos cuantos metros de encajes que constituían todo el regalo de los sobera-

nos de Rœspingsbrück. Doña Quiteria y sus dos hijas denominaron esa vidriera: « la vidriera de honor ». Esos encajes, según la tradición que Cucho Palomares se había encargado de contar, habían sido llevados por las soberanas del principado, y conservados como reliquias históricas, desde el tiempo de Federico Barbarroja, donador de ese prodigio de arte, á la segunda princesa reinante de Rœspingsbrück. Con una irreverencia que había causado grande irritación á sus padres y á sus hermanas casadas, Juan Gregorio, en las evaluaciones familiares de los regalos recibidos, sostenía que los famosos encajes históricos eran procedentes del Temple, donde algún traficante israelita debía haberlos comprado por encargo del príncipe Stephan. Nadie se escandalizaba de esto como Cucho Palomares, que venía de cuando en cuando al salón rojo á contemplar los encajes con entusiasta reverencia.

El mismo Cucho, en aquellos días de afanosos preparativos, ponía en tortura su magín para inventar medios de dar brillo á las ceremonias de la boda.

Una idea genial, en la que encontró por la primera vez de su vida la adhesión calurosa de su consorte, lo hizo entrar una noche de rondón en el dormitorio de Milagritos, mientras la vestía su camarera para ir á la Ópera. Después de hacer salir de la perfumada estancia á la doncella, Cucho, con el brillo de la inspiración en los ojos, impuso, emocionado, á su mujer de lo que á fuerza de pensar sin tregua, acababa de ocurrírsele.

— ¡Una idea soberbia! Hagamos que la banda de *tziganes* que ha de tocar en la tertulia del contrato, aprenda en secreto la marcha nacional de Rœspingsbrück, para anunciar con ella la entrada de las princesas.

— ¡Magnífico! Será de un *chic* piramidal, exclamó Milagritos, á medio vestirse. Al cabo había de ocurrírsele algo bueno á su marido.

— Sí, pero ¿cómo procurarse la música de la marcha?

— Qué cosa más sencilla: esta noche le diré á Guy, en la Opera, que haga que Stephan la pida por telégrafo á su país, mañana temprano.

— Oh, estoy seguro que de Morins tomará la cosa con empeño; basta que tú se lo pidas. ¡Es tan buen amigo!

Prometiéronse guardar el secreto hasta el día de la tertulia. Entonces comunicarían la ingeniosa sorpresa á los demás de la familia. Mientras tanto, apenas llegase la música, Cucho la entregaría al jefe de orquesta de los *tziganes* y asistiría á los ensayos de conjunto, hasta que supiesen el himno de memoria.

Aquel día, el esperado 23, Cucho dirigía el adorno del hotel, tarareando el himno de Rœspingsbrück con tanto orgullo como si él fuese el autor de la composición. De oirlo, algunos obreros empezaban á hacerle coro á mitad del trabajo. Cuando él y Milagritos se encontraban en los mil trajines de los arreglos para la fiesta, con una mirada de inteligencia se decían su entusiasmo, la gloria de la invención, la sorpresa reconocida de los nobles huéspedes ante ese homenaje musical, del que hablarían los diarios como de una novedad del mejor gusto.

A las seis de la tarde todo estaba listo. Cucho Palomares, su mujer y Dolorcitas pasearon á don Graciano y á su esposa por todas las piezas, haciéndoles admirar el gusto de la decoración, la variedad y abundancia de las flores, su artística distribución apropiada á las preferencias de las princesas, por tal ó cual variedad de las más raras y costosas. Milagritos y su marido explicaban, como *guías* de museo, el mérito de cada grupo de verdura y de flores. Tras de la gran poltrona, sobrepasando el respaldo, el escudo de los príncipes de Rœspingsbrück, formado de orquídeas y de rosas, estaba destinado á dar á la fiesta su

carácter aristocrático. La princesa madre se mostraría á los convidados bajo un dosel de verdura, presidiendo, como en una apoteosis de grandeza, la entrada de la familia Canalejas al gran mundo parisiense.

Después de aquel paseo por las salas engalanadas con primor, Cucho y Milagritos revelaron la sorpresa que habían preparado en cuidadoso secreto. No contento con recibir los elogios debidos á su ingenio, quiso el joven Palomares que sus suegros oyesen el último ensayo del himno de Rœspingsbrück para juzgar de las condiciones acústicas del gran vestíbulo donde estaría la banda de *tziganes*. Ahí se encontraban ya reunidos los morenos bohemios, con sus chaquetas coloradas, listos para la prueba. Cucho dió la señal de empezar, y siguió, con acompasados movimientos de la mano, la medida, á imitación del jefe de la banda. La música hacía un ruido infernal. Acostumbrados los *tziganes* á tocar valses constantemente, convirtieron en un aire de baile desenfrenado las solemnes melodías de las glorias de los Rœspingsbrück. Cucho parecía inspirado. En medio de la primera parte del himno, abrióse violentamente una de las puertas, y entraron al vestíbulo, bailando y cantando al mismo tiempo, Benjamina y Nicolasito entrelazados. Por las otras puertas, en grupos de curiosos, mostrábanse los sirvientes.

La travesura de los muchachos turbó, con burlesca algazara, la solemnidad del ensayo. Cucho logró, no obstante, restablecer el orden, y la banda volvió al ataque del himno. Pero, apenas empezaba á desarrollarse la majestad de la composición, atravesó la sala el mayordomo de la casa, con su aire de protectora deferencia, trayendo un despacho telegráfico. En vez de atender á la música, los oyentes siguieron los movimientos de don Graciano, lo vieron abrir el papelito y, después de recorrerlo rápidamente, ponerlo en el bolsillo con afectada tranquilidad.

— Está muy bonito, dijo á su yerno, aludiendo al endiablado concierto; sigan ustedes: yo tengo que salir por un asunto urgente.

— Pero, ¿vuelves á comer? le preguntó doña Quiteria.

— ¡Oh! naturalmente; mas no me esperen. Como no tenemos convidados sino para la noche, yo siempre llegaré aquí á tiempo.

La música, medio interrumpida con este incidente, continuó sin entusiasmo.

Cuando Canalejas se encontró en el *fiacre* que había hecho llamar de prisa, encendió una cerilla y volvió á leer el papelito azul:

« Respetable señor: Necesito urgentemente ver á usted esta misma tarde. Nuevas exigencias. Por causa de gran desgracia, no puedo ir yo á casa de usted. — *Sagraves.* »

La imaginación de Canalejas se perdía en turbadoras reflexiones, mientras que, por un esfuerzo inconsciente, empujaba con los pies, figurándose acelerar así la marcha del carruaje. « ¿Qué significaba, se decía, aquello de « nuevas exigencias », cuando en la misma mañana había entregado tres mil francos á Sagraves? Lo enigmático de las palabras « gran desgracia », que él relacionaba con las de « nuevas exigencias », le daba un pavor de criminal perseguido, al pensar en el peligro de las revelaciones que Ignacio estaba encargado de conjurar.

Don Graciano ignoraba que los tres mil francos, antes de pasar á manos de la destinataria, habían dejado en las de Sagraves una contribución de trescientos. Al volver á su casa, llevando la suma que acababa de entregarle Canalejas, un cartel, con aviso de carreras en el Vesinet, detuvo al mozo, fascinado. La tentación fué irresistible. Parecióle que los billetes de Banco tomaban vida en su cartera. Como las brujas de Macbeth, le prometían un reino de ganancias. Si

aquel dinero hubiese sido destinado á un pago ordinario, Ignacio, con sus viejas nociones de honradez, no habría osado adueñarse de una parte de él; pero el caso, para su conciencia, era distinto. Haría creer á la vieja que su misterioso mandante no había podido entregarle más que dos mil setecientos francos. Por lo demás, como todo cajero infiel que abusa de la confianza de sus patrones, Ignacio se prometía reembolsar ese préstamo forzoso con las ganancias que seguramente iba á tener en las carreras.

Por cita previa, la interesada debía esperarlo al pie de la escalera de la casa. Al recibir la suma disminuída de trescientos francos, el descontento de la mujer tomó proporciones alarmantes. «Ella tenía vencimientos que no admitían espera. Los gastos judiciales de una protesta subirían á más de doscientos francos. El único modo como consentiría en esperar hasta el día siguiente, era de que Sagraves se comprometiese de una manera solemne á devolverle la cantidad de que se le defraudaba, aumentada hasta mil francos.» La amenaza de un denuncio á la justicia, arrancó de Ignacio la promesa de obedecer. Al siguiente día, á la misma hora en que hablaban, juró que entregaría los mil francos.

No le costó ningún esfuerzo esa promesa. Un presentimiento de jugador, acompañado de supersticiosas mandas á Nuestra Señora de las Victorias, le daba la seguridad absoluta de volver de las carreras con la suma prometida y mucho más. Subió entonces los seis pisos en alas de esa certidumbre. Sin duda, que pondría al cielo de su parte, si daba diez francos á Odile para que hiciese comer verdadera carne á las chicuelas y las comprase algunos pobres juguetes de los que se vendían por ahí, en el barrio. Su ternura paternal, la única de todas sus prendas morales que había salvado intacta de los desastres de la miseria, le inspiraba esa resolución, á la que atribuía

la virtud de una plegaria propiciatoria del favor divino en sus apuestas. Satisfecho ese propósito, en que el amor á las niñitas y la supersticiosa esperanza se mezclaban en iguales proporciones, bajó á saltos á la calle y se lanzó en busca del ómnibus que debía llevarlo á la fortuna.

Para empezar usó de gran prudencia. Sólo en los tiempos en qué derrochaba su herencia, encendido el cerebro por la fiebre de París, había podido disponer, en un campo de carreras, de una suma como la de que era poseedor en aquella ocasión. Después de aquel entonces, no teniendo sino veinte ó treinta francos que jugar, arriesgaba el todo por el todo. « Por eso no ganaba », se decía. Ahora buscó informes; trató, poniendo el oído en los corrillos, de sorprender algún *tubo*, como llama el lenguaje de las carreras los datos que pueden prometer la ganancia. Con fortuna varia llegó á la carrera principal. A esa hora perdía cincuenta francos. Su fe en la estrella que debía favorecerlo, empezaba á vacilar. Sería como siempre: la vuelta á la casa con la maldición en el alma, jurándose no volver á ese infierno de las apuestas, mordiéndole el odio contra los felices que ganan. « Era menester dar un golpe de audacia. » Apostó á dos caballos: uno era el favorito y el otro un desdeñado. « ¡Quién sabe! ¡Á veces gana el que menos se piensa! » Y desde ese momento entró al suplicio del jugador, á la sucesión de esperanzas y desfallecimientos, en el ansia penosa de ver correr los animales, pasarse los unos á los otros, ocultarse en el recodo del bosque, aparecer de nuevo como una vorágine con sus jinetes, agitando brazos y piernas, en un empuje de todo el cuerpo, al acercarse á la meta.

A vuelta de ese momento de angustia, Sagraves se encontró apenas con lo necesario para el ómnibus del regreso y para comprar un *sandwich*. No había almorzado. Sus indagaciones preliminares sobre los

caballos que debían correr, no le habían dejado tiempo de sentir el hambre. « Después comería tranquilamente con su ganancia en el bolsillo. » Al encontrarse de nuevo en el gran *carromato*, entre los que volvían alegres los unos, desconsolados ó estoicos los otros, alineados sobre los bancos transversales del enorme vehículo, Ignacio comía con animal apetito las duras tajadas de pan y jamón rancio, envueltas en la bilis de su cólera. Dominado por la propensión enfermiza de todo el que sufre, moral ó físicamente, de convertir su caso en caso excepcional, trazaba, en pensamiento, una línea de separación entre él y sus compañeros de viaje. « Ninguno de ellos, ni los ingleses, que se aislaban de los otros en su frío desdén británico; ni los que, por el labio y las mejillas bien afeitadas y azulejas, parecían criados de casa grande en su día de salida; ni uno, que era indudablemente un clérigo disfrazado; ni los de caras patibularias, malandrines de apreturas públicas, donde registran los bolsillos de los distraídos, ninguno, ninguno podía haber llegado, como él, al último término de la humana desdicha. Y ninguno debía encontrarse como él, en un callejón sin salida, con la vergüenza, y el hambre al fin, con las imprecaciones desesperadas de la compañera de su miseria y el llanto abrumador de las chiquillas hambrientas.» Al balancearse el ómnibus, al chasquido del látigo que estimulaba á los caballos, al ruido de los cascabeles, que le hacía recordar la campanilla con que el cura de su parroquia, allá, en su tierra lejana, llevaba el viático á algún enfermo, Sagraves pensaba en su existencia de degradación, en la obscura lucha por la vida. Reconocía la verdad del crítico español, que argüía lo detestable de la vida y el amor que á ella le tiene la humanidad, como una prueba insigne de la existencia de Dios, único poder capaz de crear tan portentoso fenómeno. Y de ahí, su maltratado espíritu no divisaba en el

porvenir otro remedio á su incurable mal de jugador impenitente, al escozor de sus arrepentimientos vanos, otro consuelo, que la puerta, siempre abierta, siempre amiga, como la de un templo, para los que quieren creer, del suicidio.

Bajó del ómnibus atormentado por esos pensamientos, apretado el corazón por ellos, como una camisola de fuerza que duplica el delirio del loco, y echó á andar por el camino de calles que sudaban la miseria desde las altas casas desmanteladas y sórdidas de aquel barrio de Montmartre. Pero, como el que va ahogándose y busca el aire y la luz por la fuerza del instinto de conservación, el animal instinto de la dicha, que gira en el alma de los degradados como una flor caída en algún remolino de turbia corriente, empujó el alma de Sagraves á medida que caminaba, hacia su pobre hogar, al figurarse la alegría de sus chicuelas con las muñecas que Odile debía haberles comprado. El fondo de poesía que la Naturaleza ha puesto como una herencia de ideal en la soñadora raza hispano-americana, invadió entonces el alma del trasplantado y arrojó, cual una tropa en derrota, el tumulto invasor de sus negras ideas de suicidio. La fuerza de vida que irradiaba de aquel imaginario cuadro de la boardilla en fiesta, le dió nuevo vigor en su marcha, hizo apretar el paso, echando los cuidados á la espalda, bañado el pecho con el cordial de su profundo amor de padre.

Mientras él, durante el azar de las apuestas, creía hacer tornar hacia su ambición la esquiva mirada de la suerte, Odile y las chiquillas, en el festín de un almuerzo inesperado, celebraban la presencia de las muñecas. Eran dos amigas recién llegadas que venían á contarles las historias fantásticas del país de los sueños. Las muñecas hablaban, corrían, mostraban la elegancia de sus trajes, la abundancia sedosa de sus cabelleras de cáñamo; prodigaban á sus dueñas los

cariñosos epítetos de una antigua amistad dorada por el sol de la ilusión infantil. Las horas habían corrido en la boardilla miserable, convertida en palacio por la magia de la alegría, ese huésped desconocido de los hijastros de la suerte.

Las chicuelas habían paseado á sus amiguitas por todos los rincones de la estancia, habían hecho resonar en sus ámbitos estrechos la tarabilla de sus vocecitas desfiguradas al prestar á las muñecas la pronunciación imitativa de seres menores que ellas; las habían desnudado y vuelto á vestir cien veces, mientras que la madre, llamada á las realidades de la vida, había vuelto á su costura, al interminable remendar de la pobreza.

Por la ventana, entreabierta, un rayo de sol que empieza á declinar hacia el ocaso, inundaba de luz la estrecha boardilla; repartía en torno de ella una sensación de bienestar, como si fuera la presencia de un amigo protector; iba dando á cada viejo trasto un beso de despedida, y el aire fresco de la tarde, limpiando con su aliento la pesada atmósfera de cosas viejas, esparcía una sensación de bienandanza, inconsciente en las chicuelas, confusa y adormecida en el ánimo adolorido de la madre.

El sonido lejano de la zampoña del cabrero, que llegaba á esa hora con su rebaño, hirió el oído de las chiquillas. Era el momento en que, cansadas ya de la visita de las muñecas, las acostaban á dormir, asegurándoles que debían tener sueño. El agreste trinado las llamaba á la danza casi cotidiana de la tarde. Las amiguitas podían reposarse. Ellas, alborozadas, corrieron á la ventana; Zafira la primera, y fué entonces una horrorosa tragedia. Antes que Odile hubiese pensado en el peligro que podía correr, Zafira había trepado sobre la silla que mantenía abierta la ventana, inclinándose sobre el borde para ver la llegada del cabrero, y desaparecía en el vacío, empujada

por la fuerza misteriosa de las fatalidades brutales. La espantable catástrofe tuvo lugar en menos tiempo que el que puso la madre en llegar de un salto, aterrorizada, á la ventana, con la noción tardía del peligro convertido en espantable tragedia.

El grito agudo, largo, estridente, que arrancó el horror de lo más hondo del pecho á la infeliz mujer, resonó en la calle tranquila, repercutido por el eco del espacio como un anuncio de pavorosa calamidad. Fuera de sí, los ojos dilatados por el terror, Odile cogió con celosa pasión á su otra hija, en un movimiento rápido de madre que defiende á su prole amenazada, y llevándola en los brazos, echó á bajar la escalera con vertiginosa celeridad, saltando á veces un tramo, á riesgo de caer despeñada, y repitiendo siempre, como si su respiración no necesitara de renovarse, el chillante lamento de su desesperación inmensurable.

La gente no tardó en apiñarse en torno del bultito inmóvil. Todo el vecindario acudía presuroso en demanda de lo que acontecía. El golpe, desde la altura inmensa, había producido una muerte instantánea. Las porteras, las inquilinas, empezaban á comentar el terrible suceso, sin que ninguna osara tocar el cuerpo de la chica para ver si había aún en ella síntomas de vida. Algunas aseguraban haber visto la caída; otras hacían suposiciones sobre las causas probables de la catástrofe; dos ó tres se apresuraban á condenar la negligencia de la madre.

Mientras tanto, la queja de la infeliz, en sus modulaciones incoherentes, se hacía oir de más en más cerca, hasta que Odile, con Adela en los brazos, salió corriendo del zaguán, se abrió paso entre los espectadores, y se arrojó sobre el cadáver desatentada, repitiendo su lastimero grito de quebranto indescriptible:

— ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! ¡Mi hijita, mi pobre hijita! ¡Oh, Dios mío!

Un comedido fué á buscar al comisario de policía, mientras que algunas de las vecinas, apiadadas de la desesperación de la madre, trataban de apartarla del cuerpo inerte de Zafira, estrechado ahora por ella con ardor convulsivo entre los brazos.

Era el momento en que Sagraves, doblando la esquina próxima á su casa, apretaba el paso al divisar el tumulto de gente acumulado delante de la puerta. « Sin duda las chiquillas habían estado bailando, pensó, y las vecinas, como de costumbre, se hallaban reunidas para verlas. » Pero la inquietud veladora de los maltratados por el destino, levantó, tras de esa reflexión, su voz de triste presagio. « No se oía la zampoña del cabrero, y nunca se juntaba tanta gente á ver bailar á las niñitas. » Esta observación lo hizo convertir en inquieta carrera el paso de impaciencia feliz con que caminaba hacia la casa.

El comisario había llegado momentos antes, y empezaba su indagación. Odile, con desgarrado acento, entrecortada la palabra por el hipo del llanto, trataba de explicar en medio del profundo silencio de los circunstantes. Un indagar suspicaz del representante de la autoridad, un responder sollozante y repetido sobre la misma nota de dolor, era el lúgubre coloquio, cuando Ignacio apartó con violento ademán á los que formaban el círculo y se encontró frente al cuadro de trágica revelación, que lo dejó por un instante paralizado.

— La pobrecita cayó á la calle desde lo alto de la boardilla.

Era una vecina que explicaba el accidente á Sagraves, tomándolo por un curioso recién llegado.

Del cerebro, en el que se hizo la luz, la conmoción del espanto bajó á todo el cuerpo del hombre en un temblor de ira incontenible. Avanzando hacia Odile, desencajado el rostro, los ojos luminosos en un delirio de locura :

— ¿Es cierto que la chiquita se cayó de la ventana?

La descompuesta voz de su amante hizo lanzar un nuevo grito de suprema angustia á la infeliz. Sin acertar á responder, cubrióse los ojos como una persona que ve, aterrada, lucir el relámpago precursor del rayo, y ocultó la frente sobre el cuerpo de Zafira, que tenía entre sus brazos. Una ronca imprecación salió entonces del pecho de Sagraves, al mismo tiempo que se arrojaba con brutal furor sobre la madre, descargando contra ella golpes y maldiciones en un paroxismo de insanidad. La mujer no profirió una sola queja. El comisario y dos guardianes de policía se apoderaron del furioso, impidiéndole moverse. Todo pasó en pocos segundos. Los gritos de Sagraves, las voces del comisario y de sus auxiliares al contenerlo, el movimiento de ondulación que se produjo en el compacto tumulto de espectadores, dieron á Odile noción de lo que pasaba. Levantando la frente, con acento de melancólica resignación:

— Perdónelo, señor, dijo al comisario; el pobre tiene razón; si yo no hubiese dejado entreabierta la ventana, esta espantosa desgracia no habría sucedido. Puede matarme si quiere; no seré yo quien me defienda.

Al oirla, Ignacio pareció serenarse. En su carácter débil y apocado por la desgracia, la rabia era una llama de estopa. La doliente voz de la que le abandonaba su vida, despertó su sensibilidad. Aguijada en la sombría carrera del sufrimiento, esa sensibilidad le había hecho llegar á un estado enfermizo de aflicción nerviosa. Las lágrimas empezaron á correr de sus ojos. La solidaridad de largas penas sufridas en común, calmó su ira y le inundó el pecho de compasión por él y por su compañera de miserias en la desdicha común.

— ¡Pobre mujer! murmuró avergonzado de su arrebato.

Los agentes de policía lo habían soltado. El comisario tomó algunos apuntes, hizo algunas averiguaciones á la portera de la casa. Oyó á las vecinas en coro, que proclamaban las modestas virtudes de los dos infelices en su ruda lucha con la pobreza, el entrañable amor que tenían á las dos chicuelas.

— No viven sino para ellas, los infelices.

Con ese resumen del juicio de los vecinos, el comisario dispuso que subiesen el cadáver de la chiquita para que fuese visitado más tarde por el médico oficial, y se retiró previniendo á Odile que no se ausentase de la casa, porque la guardaba á su disposición.

Ignacio cargó el cuerpecito, tibio aún, de la hijita; Odile tomó á Adela de la mano, y, seguidos de algunas de las vecinas, emprendieron en lúgubre cortejo la ascensión de la empinada escalera.

Después de largo rato las vecinas se retiraron, dejándolos en aparente tranquilidad. Habían agotado las lamentaciones. El dolor se iba cristalizando en sus almas, condensándose en un foco de sufrimiento reflexivo, que extendía sus rayos hacia el sombrío porvenir. « Ya nunca podrían ser felices, aunque llegasen por algún milagro á estar al abrigo de la pobreza. »

Les quedaba Adela, sin embargo. Para ella era preciso tener la resignación de vivir. Á vuelta de esas reflexiones, sus almas contristadas se apartaban, seguían cada cual, sin sospecharlo, la misma inspiración de reservarse para sí el derecho á la muerte, dejando al otro el cuidado de la chiquita.

Ignacio recordó entonces que debía prevenir á don Graciano de las nuevas exigencias de la mujer de la calle de Suresnes, y bajó á enviar la misiva que tan precipitadamente hizo salir á Canalejas de su casa. Apenas oyó alejarse los pasos de Ignacio en la escalera, el presentimiento de nuevas desgracias se apoderó

del espíritu de la mujer. «El aviso á don Graciano era un pretexto, pensó, para ir á precipitarse al río y abandonarla, desertando su puesto en la tribulación común.» Pero luego sus ansias se calmaron al ver entrar de vuelta al mozo, con semblante de resignación, como si el aire libre de la calle le hubiese dado una calma relativa. Siguió entonces un largo y pesado silencio entre ellos, interrumpido de tiempo en tiempo por preguntas ó reflexiones, que parecían el final de las ideas que en el pensamiento de cada uno iban pasando como luces vacilantes.

— ¿No quieres comer algo? preguntó una vez, interrumpiendo el silencio, la mujer.

— ¡Ah! déjame; ¡quién va á pensar en comer!

El eco de las voces fué como la ráfaga de viento que hace volver la lluvia interrumpida. Los dos, en un acceso de punzante quebranto, se pusieron á gemir. Adela había dejado de ocuparse de su hermanita. Su madre le había dicho que estaba durmiendo, y jugaba con las dos muñecas en la semiobscuridad de la boardilla.

Poco a poco, mientras tanto, se fueron espaciando los sollozos; las ideas empezaron á girar de nuevo en el abatido pensamiento de los dolientes. Odile volvió á interrumpir el silencio:

— Alguno de los dos tiene que ocuparse del entierro de la chiquita: yo quiero que le compremos un cajón, aunque tengamos que vender los recibos del Monte de Piedad.

— Mañana pensaremos en eso. Mejor sería que nos enterrasen á todos, dijo, con amargo acento, Sagraves.

— ¡Ah! Dios no nos dará esa felicidad, hizo eco, con desgarrador desconsuelo, la voz de la mujer.

Y el silencio volvió con su carga de nuevos pesares, de nuevas lamentaciones, de nuevos pensamientos siniestros, que lucían y se apagaban, allá en el fondo de las resoluciones extremas.

XXI

Oyeron entonces el paso de alguien que llegaba:

— Es el Sr. Canalejas, dijo Ignacio corriendo á la puerta.

Hizo entrar al visitante y le ofreció una de las dos sillas que conservaban un poco de paja en el asiento.

— ¿Usted sabe nuestra desgracia?

— Sí, la portera acaba de contarme: me tomó por el médico que debe enviar el comisario de policía.

Al hablar, Canalejas daba una ojeada alrededor del cuarto. El temor de encontrarse en la misma pieza donde suponía estuviese el cadáver de la chiquita, lo desazonaba.

Con su muñeca en brazos, Adela se acercó á él, comunicativa:

— Mi hermanita está durmiendo; voy á mostrársela.

Y corrió hacia el rincón, donde bajo una sucia y remendada sábana, podía sospecharse el cuerpecito rígido, en la inmovilidad de la muerte, esa rigidez que nada puede imitar. Felizmente para Canalejas, Odile impidió el intento de la chiquita, y la llevó al rincón opuesto de la estancia. Don Graciano pudo oir los ahogados sollozos con que la madre amonestaba á la niña para que se estuviese quieta.

Sagraves aprovechó el incidente para encender la

vela. Don Graciano había vuelto la espalda al rincón donde se encontraba el cadáver y esperó, sobrecogido de miedo, que Ignacio le explicara la causa de su llamamiento:

— Voy á contarle, señor, con toda franqueza lo que ha pasado, dijo el mozo, sentándose frente á su protector.

Estaba resuelto á atacar de frente la dificultad, relatando sin ambajes el abuso de confianza á que su pasión por el juego lo había arrastrado. Su irritación contra la crueldad del destino, le infundía un valor inusitado. Divisando la muerte como único refugio de paz, nada tenía que temer. Hablaba con la energía de ese nuevo estado de alma, sin su acostumbrada humildad, con una resolución amarga de hombre que nada espera de la vida.

— ¿Es decir, concluyó Canalejas, que usted me pide que reemplace con otros trescientos francos los que usted perdió en las carreras?

— Trescientos y otros setecientos más; la vieja me declaró que no se contentaría con menos de mil, y usted sabe que no es prudente resistirle.

— Pero sería indispensable encontrar algún medio de poner término á esa explotación, exclamó enfadado Canalejas.

— Eso será para más tarde; ahora conviene pagarle los mil francos.

— Y ¿quién me asegura que usted se los entregará, sin dejarse tentar otra vez por las carreras?

Con la mirada fija y sospechosa, Canalejas trataba de leer en el pensamiento del desgraciado. Ignacio tuvo una pálida sonrisa de resignada conformidad.

— Así es: ¿quién puede garantizar á usted que no volveré á cometer otro abuso de confianza? Nadie, indudablemente. Pero hay un medio seguro de que la suma íntegra sea entregada á la mujer, y es darle las

señas de la casa de usted y que sea usted mismo quien la pague.

— ¡Ah! no; eso sí que no. ¡Qué diablos! dijo Canalejas con energía.

— Ya ve, pues, señor que no debe dudar de mí. El hecho de haberlo llamado para confesarle mi falta, está mostrándole que no lo engaño y que he querido serle fiel hasta *el último*, exponiéndome yo sólo para para que la vieja no llegue á saber dónde vive usted.

— Tiene razón, tiene razón, dijo Canalejas persuadido de la sinceridad de su agente; venga mañana á buscar el dinero. La prisa con que salí de casa no me dió tiempo de pensar en traer una suma.

Estaba impaciente por marcharse. En su casa lo esperaba la comida y la fiesta de la noche. El mal no era tan grande como se lo había hecho temer el mensaje de Sagraves. Contento de escapar á un peligro mayor, tuvo un arranque de compasiva generosidad.

— Tal vez tenga usted algunos gastos urgentes que hacer ahora, con esta desgracia, dijo á Ignacio, poniéndole un billete de cien francos en la mano.

Y se despidió con aire de circunstancias, expresando sus condolencias, buscando algunas palabras de consuelo, con el pensamiento ya en su casa, en la fiesta que lo haría olvidar las lúgubres impresiones de aquella mansión de muerte y de miseria.

El silencio entre los dos afligidos volvió de nuevo por largo rato. Ignacio tuvo una vaga noción de que Odile hacía acostarse á Adela lejos del rincón donde el cadáver de Zafira ocupaba la camita común en su inmovilidad de eterna separación. Creyó sentir el canto con que la madre adormecía á las dos chicuelas, pero no como antes, dulcemente poético en su monotonía soñolienta, sino plañidero y desgarrador como un adiós á la vida. Vió también, cual si fuese en sueños, que Odile, poco después, caía de rodillas con un murmullo sordo de sollozos y de indistinta plegaria

creyó verla que se inclinaba en seguida, siempre de rodillas, hasta ocultar la frente sobre los pies del cuerpecito de la que la pobre sábana llena de remiendos, dibujaba la inconmovible rigidez cadavérica.

Al cabo de un cuarto de hora, creyendo que Odile se había dormido, Sagraves dió un largo suspiro. Le parecía que tomaba indisputada posesión de la silenciosa estancia. Al fin podía pensar, sentir á su modo, mirar al porvenir desafiándolo. El pensamiento del suicidio entró entonces en su espíritu como un cordial consolador. Durante los últimos meses se había acostumbrado á mirarlo como un recurso supremo; pero un recurso del que tal vez nunca tendría que hacer uso. En derredor de esa idea, los recuerdos acumulaban ahora sus padecimientos, sus degradantes concesiones al hambre, sus angustias de solicitante rechazado, la eterna duración de los días sin pan. Pero nada de eso le había dado antes el valor de la gran resolución. El amor á las chicuelas lo aferraba á la esperanza, le sugería recursos ingeniosos para recular el siniestro arbitrio liberador. Pero ahora, la continuación de la lucha le parecía un suplicio mil veces más terrible que la muerte.

Friamente se puso entonces á preparar el acto. Dejaría á Odile los cien francos que acababa de darle Canalejas, á quien escribiría una carta anunciándole que moriría con su secreto; que nada tendría ya que temer en el porvenir. Le pediría su protección como una recompensa de su fidelidad para la infeliz madre y su hijita, que iban á quedar solas y sin amparo en el mundo. En otra carta pediría perdón á Odile, y le dejaría instrucciones para que acudiese á don Graciano, cuidando de hacerlo en términos que ningún extraño pudiera inferir de quién le hablaba. Hecho esto, sacaría silenciosamente el cadáver de Zafira, y con ese precioso despojo iría á echarse al Sena.

Con impaciente empeño puso manos á la obra. El

profundo silencio de la pieza le permitió llegar á esa concentración del pensamiento, de la que brotan las frases sin necesidad de reflexionar. Un esfuerzo de buen sentido le hizo evitar la exagerada tendencia del dolor hacia las declamaciones románticas. Habló de los largos días de miseria con frases sobrias. Imploró con palabras sentidas la protección para Odile y la chiquilla, que sobreviviría á su hermanita. Con patética sencillez se despidió de su compañera en la lucha ominosa, pidiéndole perdón de abandonarla, y conjurándola á vivir para la infeliz criatura que le quedaba. Al terminar, su espíritu había llegado á la exaltación visionaria que guía hacia el fin perseguido á los locos y á los sonámbulos. La vela convertida en candil lo hizo apresurarse. Dejó sobre la mesa las dos cartas, apagó la luz, y á tientas, tiritando, turbado, se dirigió al rincón que ocupaba el cadáver de la chiquita. En una mirada rápida había fijado la posición de las personas y de las cosas, en su vista interior, antes de soplar la vela. A su izquierda, Odile, en el anonadamiento físico del que se ve aturdido por un dolor moral superior á la resistencia del cerebro. Sobre la camita, el bulto rígido de Zafira, los pies cubiertos por la cabeza de la madre. En otro rincón, Adela dormida, abrazando á las dos muñecas, tranquila en su egoísmo de criatura que al juguete propio ha podido juntar el ajeno, el de la hermanita.

Con lenta cautela avanzó las manos hacia la camita, inclinándose poco á poco. Con ese movimiento gradual iba perdiendo la noción de la distancia. En la profunda obscuridad le parecía que el vacío se había hecho interminable, que la camita se había retirado por alguna causa sobrenatural : una indicación del cielo, sin duda, para hacerle respetar el sueño eterno del cuerpecito inmóvil, que no era ya su hija, que la majestad de la muerte sustraía á su dominio. Desorientado ya, siguió adelantando las manos en busca

de algo que le indicase dónde se hallaba. Al fin encontró una resistencia. Había puesto la mano sobre la frente de la muerta, que sintió helada, al través de la sábana, con su hielo especial y penetrante de un extraño flúido frígido, que le subió por el brazo hasta llegarle al corazón. Fuele necesario un momento para serenarse. Era preciso pasar las manos bajo el cuerpecito y levantarlo suavemente sin despertar á la madre. En esa operación empleó más de tres minutos. Sentía siempre el hielo de su mano derecha al colocarla bajo la espalda de la chiquita, al mismo tiempo que deslizaba la izquierda bajo las corvas, buscando el equilibrio al levantarla. Seguro ya, se detuvo todavía un instante á fin de asegurarse de que Odile no lo había sentido. Después se empezó á enderezar lentamente con los brazos tendidos, retirando con toda suavidad el cuerpo de la chica hacia la derecha, á efecto de sacarle los pies de debajo de la cabeza de la madre. En ese movimiento tuvo una sorpresa. El peso era muy superior á lo que se figuraba : era como una resistencia que sólo pudo vencer redoblando el esfuerzo con que había empezado á enderezarse.

Y á esa lúgubre sorpresa vino á unirse instantáneamente la del espanto. Odile, de un salto, se puso de pie, profiriendo las voces incoherentes de una persona á quien despiertan de una pesadilla.

— ¿Qué es lo que hay? ¿Qué es lo que hay? ¡Al ladrón!

En su espíritu que velaba, las ideas, dejando al cuerpo un reposo calenturiento, se habían puesto á vagar con siniestro terror, como los murciélagos en los negros espacios de la obscuridad se estrellan á cada instante, con torpe aletear, contra las paredes que los encierran. El magnetismo que se desprendía del hombre detenido á un paso de ella, y el movimiento con que Ignacio apartó los piececitos de la

muerta, hicieron combinarse en su cerebro de durmiente, con la eléctrica rapidez de una informe pesadilla, la crisis terrífica de la aparición de un fantasma que venía por la ventana á robarle á Zafira y su muñeca.

Ignacio, dominando el espanto de la sorpresa, trató de calmar á la aterrorizada mujer.

— Soy yo, no te asustes; vi que estabas con pesadilla, y quise cambiarte de postura.

— ¿Por qué estamos sin luz? Prende la vela; tengo miedo, dijo ella temblando, aferrada con una de sus manos al brazo de Sagraves.

Ignacio soltó el cuerpecito helado sobre la cama.

— No. ¿Para qué quieres luz? Así estamos mejor; no veremos á la pobrecita muerta.

— Prende la vela, prende la vela; ¡tengo miedo! repitió ella con la voz desfigurada todavía por el pánico.

Él le obedeció. Su deseo había sido ocultar las cartas que estaban sobre la mesa para que Odile no sospechase su propósito de suicidio. Buscó con mano temblorosa los fósforos. Odile, sin soltarle el brazo, lo había seguido cerca de la mesa. La visión de su sueño á favor de las tinieblas, se le reproducía en el cerebro calenturiento.

— ¡Prende, por Dios, la vela! repetía con descompuesta voz, no atreviéndose á moverse. Le parecía que la muerta le tiraba de las faldas en demanda de protección.

La luz brilló entonces de repente: una claridad súbita tras del frotamiento del fósforo; un remedo de relámpago que se obscureció mientras Ignacio aplicaba la llama al candil. Luego se esparció la claridad y Odile vió las dos cartas. La revelación de la verdad lució al punto en su espíritu, como acababa el fósforo de iluminar la obscura boardilla.

— ¿A quién le has escrito? ¿Qué significan estas cartas?

Inclinándose sobre la luz, leyó los sobrescritos. Ignacio se había dejado caer sobre la silla, y, ocultando el rostro entre las manos, lloraba. Odile, con el aleteo del corazón resonándole dentro del seno, sacudido el espíritu por los restos de la pesadilla y por la revelación de las cartas al mismo tiempo, rompió el sello del sobre dirigido á ella. A medida que leía el supremo adiós del hombre que lloraba á su lado, una lástima inmensa le rebosó del corazón. Sus ojos, escaldados por tantas horas de llanto, se llenaron otra vez de lágrimas.

— ¡Ah! ¡Pobre, pobre amigo! dijo echándole los brazos al cuello; me ibas á dejar sola, me ibas á dar el más terrible castigo que podía venirme por mi descuido; ¿qué será de mí, si tú me abandonas?

— Es preciso que uno de los dos viva para *la otra*, sollozó Ignacio; yo no tengo valor para vivir.

— ¿Y tú crees que yo lo tendría? ¡Ah, la vida! ¡La maldigo del fondo del corazón! Ya hemos luchado bastante; ya hemos sufrido bastante; yo también quiero morir, no me dejes sola.

Y con un quebranto de voz enternecida, con un lamento de voz que evoca tiernas memorias olvidadas:

— Yo te he amado profundamente, tú lo sabes. La miseria nos ha envenenado el carácter. Perdonémonos uno á otro. No nos separemos. ¿Tú quieres morir? ¡Ah! ¡Y yo, Dios mío! Muramos juntos como hemos vivido; nada tenemos que aguardar de la vida sino miserias y hambre.

Confundieron sus sollozos en un enternecimiento de perdón, olvidaron las amargas rencillas diarias de la pobreza, encontraron dulce esa desolación de la muerte, que reanudaba en la amargura del presente los lazos gastados por el largo martirio común. De

súbito Ignacio alzó la cabeza, divisando un obstáculo para esa consoladora unión en la muerte.

— ¿Y la pequeña? exclamó. ¿Quién cuidará de ella, pobrecita querida, que ya no tiene á su hermanita?

Odile, con acento de amarga resolución, como obedeciendo á una ley superior, inevitable, habló enjugándose los ojos:

— ¡Toma, vendrá con nosotros! ¿Qué quieres que haga en el mundo?

Sagraves se incorporó espantado.

— ¡Ah! ¡Eso, jamás!

— Tú vivirás con ella entonces; en cuanto á mí, nadie me hará quedarme.

Se apartaron sombríos y silenciosos. Sus corazones volvían á separarse. Habían adquirido por mucho tiempo el pliegue de la continua desavenencia para permanecer unidos en un mismo pensamiento. Sagraves se sentía en un tormento sin salida.

— ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! exclamó tomándose la cabeza.

— Espera, espera, dijo irónicamente la mujer; Dios va á oirte, se va á ocupar de nosotros. Si nos ha mandado la desgracia, es para que salgamos de esta perra vida sin sentirla.

Se había sentado sobre el borde de la fúnebre camita, y, hablando, miraba al suelo como si tuviera el vacío ante los ojos. Ignacio replicó con acento de horror:

— Todo menos eso. ¡Quitar la vida á la pobrecita!

— Bueno, pues; guárdale ese tesoro y quédate con ella, replicó Odile sin mirarlo, casi provocadora.

— ¡Ah, no me digas eso! Viviremos los dos para ella entonces.

— Tú vivirás, yo no. Ves esa ventana, ¿no es así Pues bien, no te digo más que eso, y el único pesar que tendré será de no llevarme á la chiquita.

Su exaltación, con la resistencia de Sagraves, se hacía amenazadora. Él volvió á su queja de angustia.

— ¡Oh, Dios mío! ¡No es posible, no es posible!

El dilema lo anonadaba. Su ánimo de hombre sin energía protestaba contra esa voluntad de mujer desesperada, que no transige y va ciega á su fin.

— ¿Qué quieres tú? Yo moriré sola, puesto que tú tienes miedo.

— ¡Ah, no digas eso! Tenemos una manera distinta de querer á nuestros hijos, eso sí.

— Oye, piensa un poco, replicó ella acercándose de nuevo á Ignacio. Todos los días estás viendo en los diarios que alguna madre desesperada, vencida por la miseria, se ha suicidado para no tener que mendigar. ¿Y cuántas de esas madres se van dejando á sus hijos? Casi ninguna. No vengas á decirme que es porque no los quieren. Yo te digo que es porque los quieren demasiado para condenarlos á los horrores que ellas han sufrido.

Y siguió reforzando su argumento, pintando con crudas palabras lo que sería la existencia de oprobio á que la chiquita estaba de todos modos condenada, sea que ellos viviesen, sea que la dejaran abandonada á la caridad pública. « Los ricos, en un momento de desesperación, pueden suicidarse dejando á los suyos en el mundo, porque les dejan la posibilidad de ser felices. Los pobres no pueden *darse ese lujo*. No teniendo nada que legarles, les hacen un gran servicio en llevárselos. Lo que sería un verdadero crimen, sería que él y ella fuesen á echarse al Sena, dejando á la chiquilla sola sin pan y sin abrigo. »

— Eso sí que sería cobarde. Si queremos nosotros morir, es porque encontramos la vida insoportable. ¿Por qué quieres entonces condenar á tu hija á un suplicio que tú no puedes sufrir?

Sin levantar la frente, Ignacio oía el martilleo de

las frases, la voz punzante que se las enviaba como una conminación. La lógica de su amarga experiencia se rendía á los razonamientos de esa desesperación femenil aferrada á su idea fija, encerrada en el dilema cruel de morir arrastrando la criatura al abismo, ó dejar á la madre morir sola, como él había querido hacerlo.

Odile, después de hablar, se dejó caer de nuevo á los pies del cuerpo de Zafira, y quedóse inmóvil, en una especie de recogimiento amenazador, dominada por la idea de la propia destrucción, como por una necesidad fatal, de la que nada la haría sustraerse. Sus reflexiones le arrojaban al pensamiento, ardiendo, el pábulo de los amargos recuerdos, la exasperación de los largos días de lucha, el rubor de la mendicidad entre los vecinos para dar un pedazo de pan á las chiquillas desfallecientes. « ¡Y todo eso iría á continuar como un castigo sin fin, como una injusticia ciega, que toma á su víctima desde la cuna hasta la tumba! » En esa exasperación de ánimo, el horror del porvenir llegó á convertirse en vertiginoso delirio. El abismo, tras de la ventana por donde había desaparecido Zafira, la arrastraba como una promesa de sempiterna paz. Alzóse entonces, por un movimiento mecánico, con el rostro descompuesto, con el aire porfiado de una resolución llegada ahora á su término.

— Ya has pensado bastante, me parece; la noche se va: ¿qué has resuelto?

— ¿Qué quieres que resuelva? clamó la voz suplicante de Ignacio? ¿Por qué hacerla morir?

— ¡Ah! no quieres; pues bien, ¡adiós!

Se abalanzó sobre la ventana y quiso abrirla, al mismo tiempo que profería esas palabras como una maldición desesperada. Pero Sagraves, tan rápido como ella, la sujetó por la cintura. En una visión sangrienta, su espíritu aterrorizado midió las consecuencias de una segunda catástrofe: su vida, atormentada

por esas dos muertes; su espantosa soledad al lado de la infeliz chiquita.

Odile se esforzaba por desprenderse, las órbitas dilatadas, gimiendo palabras incoherentes. El mozo se sintió vencido: esa lucha le destrozaba el alma. ¡Era necesario terminar!

— ¡Tienes razón, debemos morir los tres! dijo, estrechando á Odile entre sus brazos. ¡Démonos prisa! ¡Salgamos de una vez!

Hablándose en secreto, como si temiesen ser oídos al fraguar un crimen, concertaron su plan, mientras se vestían cual si fuesen á una salida ordinaria. Sagraves sacó el billete de cien francos que había puesto en la carta para Odile, y lo incluyó en otro cierro rotulado á la portera de la casa. En unas pocas líneas le encargaba que se pagase de los arriendos atrasados y saldara, con el sobrante, algunas pequeñas deudas que tenía en el barrio. En seguida quemó la carta dirigida á Canalejas.

— Ésta es ya inútil, explicó á Odile. La vieja vendrá mañana y no me encontrará. Don Graciano quedará tranquilo. ¡Ah! ese tiene suerte; á ese no se le mueren las hijas.

— ¡Vamos, vamos! dijo la mujer, temerosa de que Sagraves flaquease en su resolución.

— ¡Vamos! repitió Ignacio, decidido.

Se acercaron ambos á la camita. Él, con mano trémula, descubrió el rostro de Zafira y, con religioso respeto, le besó la frente. Odile hizo otro tanto. Luego, Ignacio se apresuró á correr la sábana sobre el lívido semblante, envolvió cuidadosamente con la frazada y levantó el cadáver entre sus brazos, echándoselo al hombro. Un temblor de trágica emoción lo sacudía.

Odile se acercó al punto donde dormía Adela. Con diestras precauciones la cargó, sin despertarla.

— Vamos, volvieron á decirse en voz baja. Sagra-

ves apagó la vela. Odile lo precedía. Evitando hacer ruido, bajaron los seis pisos. Al pasar por la ventana del cuarto de la portera, Ignacio se detuvo y Odile siguió hasta la puerta de calle. El mozo golpeó suavemente á la ventana, anunció su nombre y dijo que salía á la botica á buscar un remedio.

La puerta se abrió, y los dos, cerrándola tras de ellos, echaron á andar, en la obscura noche, hacia el río. Durante largo rato caminaron en silencio. Les parecía aquello un viaje interminable. Encontraban ambos su carga muy pesada. « ¡Qué trabajo para llegar á la muerte! » pensaban al mismo tiempo, sin decírselo. Pero iban resueltos, aguijoneados por su largo encono contra la injusticia de la suerte, casi orgullosos de poder burlar, por un acto de propia voluntad, esa ley del sufrimiento sin tregua á que su condición de pobres los condenaba. En la marcha cambiaban ahora algunas frases de trecho en trecho, en el vagar del pensamiento perseguido por la meditación inconsciente, que se elabora en el silencio y llega á una conclusión, como quien llega al fin de un camino.

— ¡Y pensar que hemos sufrido tanto tiempo, cuando el remedio estaba en nuestra mano! decía la voz amarga de Odile, jadeante con la marcha.

— ¡Como que al fin descansemos! reflexionaba en voz alta Ignacio, respondiéndole.

El gran temor que trae en suspenso á la humanidad desde el principio de los siglos; el que pone una valla á su desenfreno ingénito, que ha disciplinado las pasiones, pulido las costumbres; el que preside á la marcha de la civilización para impedir la vuelta á la barbarie; el espantable problema que el héroe de Shakespeare formulaba en su famosa duda, al borde de una tumba: « Ser ó no ser », encontraba sin creencia á esos hijos del materialismo moderno.

— En todo caso, reponía la mujer, si es verdad que

hay otra vida, como predican los de sotana, que sobre esto saben tanto como nosotros, de seguro que ahí nos irá mejor que en ésta. ¡Ah! si hay por allá justicia, ¿cómo quieres que los ricos tengan la misma suerte que nosotros? Mientras ellos han podido comer con sus hijos hasta saciarse; mientras que han rodado coche, vivido en palacios, satisfecho todos sus caprichos, nosotros hemos purgado, con años de miseria, los pocos días de amor y de alegría que tuvimos después de conocernos.

Ese era el fondo, si no la forma exacta de su razonamiento. Ignacio abundaba en las mismas ideas, á las que la amarga realidad de sus padecimientos daba una fuerza de verdad irresistible.

— Dime: ahora que vamos á descansar, ¿querrías tú empezar de nuevo, subir otra vez allá, donde hemos penado, y recomenzar la lucha, sin saber con qué comeríamos mañana?

— ¡Ah! no, ciertamente que no, contestaba Sagraves, reculando, con el pensamiento, ante ese suplicio evocado por la voz sarcástica de su compañera.

Hubo un instante en que Adela se despertó con el movimiento.

— ¡Mamá, mamá! pronunció la vocecita infantil.

— Duérmete, mi querida, duérmete; vamos á buscar á tu hermanita.

Llegaron, por fin. El Sena, en la obscuridad, que los faroles de gas aclaraban de cuando en cuando, parecía, en su corriente silenciosa, una ancha faja de luto sobre la frente de la ciudad incomparable, en la que los placeres son más grandes, las aflicciones más desgarradoras que en cualquiera otra parte del mundo.

Los dos infelices descendieron á la orilla, se estrecharon en un largo abrazo de adiós, bajo las estrellas, cambiando algunas palabras entrecortadas, alentándose mutuamente. Se ataron el uno contra el otro,

como pudieron, con la sábana mortuoria, manteniendo firme cada uno su triste carga.

— ¡Así no nos separaremos! suspiró Ignacio.

Hecho eso, caminaron, resueltos, en busca del eterno reposo, adustos, sin fe, profiriendo una maldición á la vida.

— ¡Ah, mamá, mamá, tengo frío!

La vocecita de Adela resonó en el silencio: un grito de terror en el espacio tranquilo de la opulenta capital, dormida á esa hora, en su sueño de gran cortesana cansada de las caricias del mundo.

XXII

En el hotel Canalejas, hacia las nueve de la noche, la gran puerta de entrada de par en par, con sus dos grandes faroles de luz eléctrica encendidos; el jardín y el patio iluminados; las ventanas de los tres pisos, fulgurando como en un incendio; las salas, los pasadizos, el vestíbulo, más brillantes que si la claridad del día los alumbrara, eran el anuncio del sarao con que iban á principiar las fiestas del casamiento.

Había llegado á tiempo don Graciano para vestirse y comer con la familia. A esa hora se inquietaba ya de que todos no estuviesen en la sala listos para recibir á los convidados madrugadores, que nunca faltan. Entre medir por el pensamiento la duración del tocado de su mujer, sin contar su vestir y engalanarse de joyas, y apartar de sus recuerdos el cuadro de muerte y de miseria que había presenciado pocas horas antes, su imaginación fluctuaba, variando de motivos de inquietud, sin encontrar reposo.

La de Palomares y la de Cuadrilla llegaron antes que bajase la mamá. Su padre, al mirarlas, se enorgulleció de la suprema gracia de las dos personitas, vestidas con exageración de las últimas modas, engalanadas con preciosas joyas, peinadas al estilo de las mundanas en boga. Poco después entró la madre: un

monumento de riqueza en todos los detalles. Para realzar los restos de juventud que el curso devastador de los años perdonara en su rostro, doña Quiteria se había hecho devolver, por la diestra mano del peluquero, el encarnado juvenil de las mejillas. Sus dos hijas, sin tocarla, le destrozaron, en rápido análisis, el traje. «El color era bueno para una reina de teatro, los adornos mal elegidos y peor dispuestos, y luego, el defecto de siempre: lo que la falda exageraba la protuberancia abdominal. Doña Quiteria palidecía de angustia bajo el carmín de sus mejillas, al caer de sus ilusiones como caen del árbol las hojas, verdes aún, arrancadas por algún viento de verano.

— Entonces voy á cambiarme de vestido, gimió la señora; ahí acaba de llegarme uno nuevo de Worth, que es más obscuro.

Don Graciano se opuso enérgicamente á ese deseo. «Ya no había tiempo para tal cosa. ¡Y si llegaban algunos convidados! ¡Y si llegaban las princesas antes que la dueña de casa se encontrase con los demás en la sala!» Entre dientes murmuró algunas frases para moderar la irrespetuosa petulancia de sus hijas. « Él deseaba que en tan solemnes momentos reinase la más perfecta armonía en la familia. De sobra tenía él con sus propias preocupaciones, con sus temores candentes, para aumentarlos con cualquiera cosa que disminuyese el éxito completo de la fiesta. »

No lo desazonaba la ausencia de Mercedes, porque habíase resuelto en consejo de familia, según la opinión preponderante de Milagritos, que la chica no bajase de la habitación de la abuelita hasta que hubiesen llegado las princesas. La novia iría á inclinarse ante las augustas damas, con un gran saludo de corte, llevada de la mano por su padre, mientras resonarían aún las cadencias del himno de Rœspingsbrück tocado por la banda de *tziganes*.

Tampoco preocupaba á don Graciano que no estuviese ahí su madre para recibir con la familia á las serenísimas huéspedes. Doña Regis había alegado su edad y su completa ignorancia de la lengua francesa, para eximirse de asistir á la ceremonia que, en el espíritu de la de Palomares, iba á ser un verdadero besamanos.

— Me guardo para acompañar á mi hijita á la iglesia y rogar á Dios por su felicidad.

En el acento con que la anciana había dado esa contestación á las instancias de su hijo, don Graciano percibió el quebranto del alma que se inclina, con cristiana resignación, ante los decretos de la Providencia.

— Bueno, pues, madre, como le parezca, había dicho Canalejas, ahogando los reproches de su conciencia.

Pero se enfadaba por que Juan Gregorio no hubiese llegado todavía. Él era el designado para dar el brazo á la princesa Thyra, al bajar del carruaje y conducirla á la sala, junto á la poltrona-solio, preparada bajo un dosel de flores, para la princesa madre.

— Este maldito muchacho, que ha de andar siempre atrasado.

Benjamina y Nicolasito, vestidos de gala, con los cabellos ensortijados, vagaban por las piezas, examinaban cada cosa, tocaban las plantas, las ricas porcelanas, adorno de mesas y de estantes, y trataban de abrir la puerta de la sala en que estaba dispuesta la exposición del rico ajuar de la novia. Cucho Palomares había cuidado de cerrarla con llave. En todas esas correrías los dos chicuelos entonaban como un refrán las primeras notas del himno de Rœspingsbrück; iban por todas partes tarareándolas en voz baja, hasta desesperar á Palomares. En su afán de inventar travesuras, ellos habían decidido servirse de esa composición musical, destinada únicamente á solem-

nizar la entrada de las princesas, para sorprender con una buena farsa que haría reir á todos los que la presenciasen. Ambos se reían de antemano, con malicia, al pensar en lo que iba á ser el efecto de su invención.

A la llegada de los *tziganes*, Cucho Palomares los instaló en un ángulo del vasto vestíbulo. Benjamina y su hermanito se dieron maña para entrar en conversación con el jefe y con algunos de los músicos. A poco, los chicuelos desaparecieron en una pieza donde habían ocultado una botella de coñac sustraída del comedor durante el día. Benjamina llenó una copa con el espirituoso licor, y Nicolasito la llevó al jefe de la banda. De un trago se la envió éste al estómago. La maniobra infantil se repitió á menudo, hasta que todos los músicos hubieron bebido, con chispeantes ojos de contento, celebrando la amabilidad de los chiquillos.

Ya por entonces sonaban las diez, y los convidados empezaban á llegar. Don Graciano, de pie junto á la puerta de comunicación entre el recibo y el vestíbulo, había dispuesto en seguida de él á la familia en ala, según las indicaciones de Cucho, instituído de propia autoridad maestro de ceremonias. Doña Quiteria, la de Palomares, Dolorcitas y Antuco Cuadrilla seguían á la izquierda de don Graciano. El puesto de Juan Gregorio estaba vacante todavía, con gran desesperación de la familia.

— Y este maldito muchacho que no llega, decía por lo bajo don Graciano á su mujer, con irritada voz; nosotros tenemos la culpa de no haberle enseñado á respetarnos ni á respetar á nadie.

El ujier del Ministerio de Negocios Extranjeros, en uniforme de servidor del Estado, con su plateada cadena de largos anillos cayéndole del cuello sobre el pecho, anunciaba con retumbante voz el nombre y calidad de las personas que iban llegando. A las diez y media los convidados aparecían sólo de cuando en

cuando, y después del saludo iban á vagar por las desiertas salas, haciendo pensar en los navegantes de Virgilio. Lo que más desagradablemente inquietaba á don Graciano, á las jóvenes y á Cucho Palomares, era que hasta entonces apenas uno ó dos títulos de nobleza se habían oído en la sonora voz del ujier. Un barón de título comprado, un conde del Papa, una vizcondesa brasileña, entre apellidos de familia sin otra distinción que la partícula posesiva, no alcanzaban á calmar la sorda alarma de los dueños de la casa.

Una reacción de contento se produjo al fin entre todos ellos al oir resonar la voz del ujier:

— La señora duquesa de Vieille-Roche.

— El marqués de Varielle-Landry.

— El conde de Morins.

Gran parte de los que vagaban en las salas se agolparon á la puerta del recibo al oir los aristocráticos títulos familiares á los oídos parisienses. Don Graciano se adelantó un paso cuando la hermosa duquesa llegó cerca de él, y le besó cortesanamente la mano. Doña Quiteria hizo una reverencia sin distinción. Milagritos y Dolorcitas tocaron emocionadas la mano de la gran dama, inclinándose en el *zambullón*, con el cuerpo rígido hasta la cintura y tocando casi al suelo con una rodilla. Varielle-Landry se dejó estrechar la mano por toda la familia, con su aire de gran señor anémico, prematuramente gastado. Recibia como un tributo debido á su casta el saludo obsequioso de la familia de trasplantados. Con el brazo derecho replegado en ángulo, parecía cargar el cuerpo ausente del perrito de la duquesa. Milagritos dió calurosamente las gracias á Guy de Morins por haberle cumplido su promesa de hacer venir tempranc á la de Vieille-Roche y al indolente marqués.

— Usted es adorable, le murmuró por lo bajo, respondiendo á la presión apasionada de la mano de Guy.

— Y usted encantadora; la amo á usted apasionadamente.

Cambiaban esas palabras á favor del ruido de las conversaciones, dándoles un valor de novedad y de misterio como á un hurto de fruto vedado. Dolorcitas alcanzó á oirlas, sonrojándose con una envidia de mujer que lucha por su virtud.

Cucho Palomares se había confundido en saludos y respetuosos cumplimientos á la duquesa, apoderándose con fervor de los dos dedos de la mano izquierda que le pasó Varielle-Landry, absorto en la admiración del descote de Milagritos. Cucho estaba radiante. La entrada de la duquesa y de los dos nobles hizo renacer su esperanza de gran éxito en aquella noche decisiva para la vida de la familia Canalejas. Ufano de que los otros convidados viesen á su mujer respetuosamente saludada por un noble á la moda, Palomares se dió los aires de hablarle con familiaridad:

— Un buen punto para usted, querido conde, que llega temprano.

Guy no pudo resistir á un impulso de ironía:

— El deseo de estrechar á usted la mano.

Dijo, tendiéndole con igual familiaridad la diestra, mientras agregaba en seguida, inclinándose delante de las dos hermanas:

— Y de presentar mis respetos á estas señoras.

— ¡Ah, siempre galán! exclamó Cucho alborozado.

En ese momento un estallido repentino de la banda de *tziganes* resonó en el vestíbulo, lanzando á los ecos de la casa en fiesta, con singular vigor, la primera frase sinfónica del himno nacional de Rœspingsbrück.

— ¡Las princesas! exclamó Cucho Palomares, corriendo desatentado al vestíbulo.

Don Graciano y los demás de la familia lo siguieron precipitándose. Para todos era aquello una sor-

presa. Estaba convenido que las nobles damas no llegarían antes de las once, calculando que á esa hora los salones estarían repletos de gente. Un hombre en *bicicleta*, estacionado en el hotel, debía venir á dar aviso del momento en que las princesas se ponían en marcha. De ahí la gran sorpresa de Cucho y de los demás que oían tocar el himno.

Pero no fué sorpresa menor la que sobrecogió á los alarmados dueños de casa, al divisar bajo la marquesina, á la entrada del vestíbulo, un *fiacre* detenido, y en la portezuela abierta, la diminuta persona de la condesa de Montignan, á quien los movimientos del rocín del carruaje, asustado por la música, impedían bajar á tierra. Ninguno de los que habían corrido á recibir á las princesas, ni aun el mismo Palomares, atinó á ordenar que cesase el estruendo de la banda, en la que las copas de coñac habían encendido un entusiasmo exagerado. Todos habían corrido en auxilio de la condesa, figurándose que tal vez el *fiacre* de la de Montignan impedía que pudiese avanzar el coche de las altezas. Pero cuando la vieja condesa se encontró en el vestíbulo, y vió Palomares que ningún carruaje reemplazaba al *fiacre* delante de la escalinata, volvióse furioso hacia los entusiasmados *tziganes*, sin detenerse á saludar á la noble recién venida, haciendo señas imperiosas de que dejasen de tocar. Nicolasito y Benjamina, mientras tanto, celebraban su farsa con verdaderos chillidos de contento, saltando y pellizcándose asomados á una puerta.

La súbita suspensión del himno ante los ademanes indignados de Palomares, hizo que se oyeran notas sobrantes y en discordia. Para salir con galantería del trance, don Graciano ofreció su brazo á la condesa, y los demás siguieron escoltándolos, mientras que Cucho interpelaba, con mal contenida indignación, al bronceado jefe de la banda.

Algunos convidados seguían llegando. Palomares

reiteró sus órdenes al jefe de la banda, y volvió á la sala de recibo, medio calmado al oir que el ujier anunciaba :

— El marqués y la marquesa Jeannovich, el conde y la condesa Capachini, el príncipe de Calpitrato.

Luego, tras breve pausa, se oyó la voz del ujier :

— El señor Jacques Termal.

— El señor *Jenaró Gordanerá.*

El gordo Termal entraba con su aire risueño de rico acostumbrado á ser bien recibido en todas partes. Jenaro lo seguía á pocos pasos, regañón al ver tanta luz y tanta gente, con semblante de enfado, al contemplar la profusión de flores del vestíbulo, diciendo en sus adentros, después de saludar apenas á los dueños de casa :

— Caramba que se necesita ser bruto para botar así el dinero.

Estrecho en su viejo frac, traído de su tierra, pensaba con voluptuoso contento en sus buenos capitales, seguros en Inglaterra, tranquilamente multiplicándose, en la mágica progresión de los intereses compuestos. Y añadía, escandalizado por los títulos nobiliarios que sonaban al adelantarse algunos convidados hacia Canalejas :

— ¡ Y á estos manirrotos se les figura que van á ser mis herederos, cuando menos !

Juan Gregorio entraba por fin. Venía de comer con sus inseparables Vieux-Pont y Bois-Rocheux, en compañía de Adèle Rapu, de Marie Cauchois y de la inconstante Pata-Volante.

El mocito entraba persuadido de que nadie notaría, en el movimiento de la fiesta, que los humos del champaña le daban un aire sospechoso al andar y cierta torpeza de pronunciación reveladora.

— ¡ Al fin te apareces ! exclamó don Graciano.

— La gente *chic* no llega á prender las luces; yo

llego á la hora aristocrática, respondió con afectada desenvoltura y trabajosa dicción Juan Gregorio.

Canalejas y su esposa se secretearon.

— Como siempre, ¡ ha bebido !

— Qué trabajo, señor; en una noche como ésta.

Juan Gregorio no se detuvo, y entró á la sala sin cuidarse de si empujaba ó no á los que le obstruían el paso. Don Graciano llamó con una seña á Cucho Palomares.

— No es posible que Juan Gregorio dé el brazo al entrar á la princesa Thyra; está que apenas puede tenerse en pie.

— Yo haré que se vaya á su cuarto, y Antuco dará el brazo á la princesa.

La entrada de su hijo, casi ebrio, en medio de la fiesta, condensó en el espíritu de Canalejas la sombra de inquieta ansiedad con que había llegado de casa de Sagraves. Ni el movimiento de gente en torno suyo, ni los forzados coloquios de las presentaciones, ni la seguridad de que las princesas llegarían de un momento á otro, bastaban á sacar su imaginación del sombrío aislamiento en que caía á pesar suyo.

El ujier seguía anunciando. Ya habían entrado los Torrevieja, los Fuenteviva, los Altamura : las únicas familias hispano-americanas que sus hijas habían permitido convidar. Nuevos invitados europeos, presentados por Guy de Morins y por el gordo Termal, gente que él jamás había conocido, le hacían un saludo mecánico, y pasaban frente á él y su mujer como si desfilaran delante de dos monos del museo Grevin. El sucederse de las gentes lo contristaba, le hacía patente la imposibilidad de remediar la obra lenta del vértigo parisiense, que por todas partes producía sus frutos en su familia de trasplantados; una marea amenazante, una prisión de hechos consumados, que ya nada podría hacer que no existiesen.

Cucho Palomares lo arrancó de la abstracción estú-

pida de sus meditaciones y del acariciarse maquinalmente la larga barba renegrida.

— Ya es tiempo, ya es tiempo; aquí llegan las princesas.

Don Graciano y los suyos siguieron á Palomares. Rompió la música con el himno de Rœspingsbrück; los lacayos, de vistosa librea, formaron calle con precisión militar. De las salas, de los pasadizos, del invernáculo cubierto de plantas tropicales, refugio de las parejas de enamorados, los concurrentes, en tropel de mesurada dignidad, acudían al vestíbulo. Fué el momento glorioso de la noche, el sueño de las ambiciones convertido en realidad.

Algunos instantes fueron necesarios para emprender la marcha. Don Graciano dió el brazo á la princesa madre, y el príncipe Stephan á doña Quiteria. Cuando Antuco Cuadrilla, cumpliendo las indicaciones de Palomares, se acercó á la hermosa Thyra, interpúsose Juan Gregorio, y le ofreció su brazo con seguro desplante. Tras ellos siguieron las dos jóvenes Canalejas con sus esposos. Cuando atravesaron el vestíbulo, al son cada vez más ruidoso del himno, la princesa madre murmuró algunas palabras de cortesía por la fineza de recibirla con tan delicada manifestación. Llegados á la sala central, la vieja princesa ocupó la *poltrona-solio*, bajo su dosel de flores. Stephan y Thyra se colocaron de pie á su izquierda, y delante de los tres desfilaron, saludando, las hijas casadas de la casa y sus esposos.

En ese momento llegaba Mercedes, que fué á inclinarse, en *zambullón*, ante su futura suegra. Un gran silencio se había hecho al ver á la esbelta y diáfana criatura. Los circunstantes atribuyeron su gran palidez á la emoción natural del momento. Pero en el rostro descolorido, los grandes ojos azules brillaban sin timidez, con un fulgor de fiebre moral, que fácilmente podía tomarse por la exaltación del orgullo

satisfecho. La princesa madre besó á la chica en la frente; Thyra, con fraternal deferencia, sobre ambas mejillas, y el príncipe, con rendida galantería, sobre la mano. Los Canalejas, las dos jóvenes casadas y sus maridos, temblaron de emoción. Les pareció que un poder sobrenatural les daba la consagración de las razas privilegiadas. Se creían ya ennoblecidos.

Tras de esto siguieron algunas presentaciones, hechas por Stephan, mientras los de la familia Canalejas formaban corte en torno de la poltrona-solio. Entre los llamados á ese insigne favor, la duquesa de Vieille-Roche, Arsène Varielle-Landry, dos ó tres viejas marquesas de nombres aristocráticos, fueron los únicos. Lo demás de la concurrencia formaba la comparsa. La condesa de Montignan y de Morins se habían acercado á las princesas y conversaban, con respetuosa familiaridad, con ellas y con el príncipe. En la sala verde, una orquesta, discretamente, tocaba piezas escogidas, á las que sucedían, en el vestíbulo, los ruidosos valses de los *tziganes*. Don Graciano quiso aprovechar ese momento para presentar á Jenaro Gordanera. Sabía que su cuñado, á pesar de su republicanismo intransigente y de su desprecio por la nobleza, habría quedado furioso si lo hubiesen dejado sin presentarlo, como á persona de poca cuenta. El anticuado frac causó sensación entre los circunstantes. Gordanera hizo un saludo zurdo, de hombre sin maneras, figurándose dar muestra de dignidad. Pronto corrió la voz de que el presentado era un original, un pariente millonario, que no tenía más herederos que los Canalejas.

— ¡Qué idea de presentarlo á sus altezas! decían Milagritos y Dolorcitas, avergonzadas.

Uno de los convidados preguntó á Palomares quién era el del frac de fantasía.

— No lo conozco, respondió Cucho, alejándose.

Á esa hora, cuando todos ya se habían visto,

cuando las mujeres habían podido cada una describir en sus detalles los trajes de las otras, la curiosidad de ver el ajuar de la novia había llegado á ser la preocupación general. Era el momento que esperaba Cucho para abrir las puertas de la pieza en que se hallaba preparada la exposición. El acto debía ser inaugurado por las princesas, para revestirlo de cierta solemnidad. La procesión ceremoniosa de la llegada atravesó entonces las salas en el mismo orden, seguida esta vez de toda la concurrencia. Canalejas iba radiante. Había desechado su tristeza, como un fardo que se arroja al suelo. Al sentir, por segunda vez, el descarnado brazo de la vieja princesa, suavemente apoyado sobre el suyo, sentía que esa antigua raza de paladines y de cruzados le comunicaba un reflejo de su grandeza. Doña Quiteria, al andar del brazo con el príncipe, pensaba en el efecto que debía producir su traje en la opinión de las Altamura, de las Terrazábal, de las Fuenteviva, todas inteligentes en materia de elegancia femenil, todas dominadas por la furiosa pasión de los atavíos femeniles, que se apodera de las hispano-americanas desde que ponen el pie sobre el asfalto de París.

Juan Gregorio, más despejado ya de la nubecilla alcohólica con que había llegado, aprovechó de la marcha del cortejo para decir algunos requiebros á la princesa Thyra. Usando como lengua propia la arriesgada fraseología á que se acostumbran los mozos parisienses en su trato con las fáciles beldades del medio mundo, el joven Canalejas manifestó á su hermosa compañera de paseo la significativa admiración que le inspiraban sus encantos.

— No hay una sola mujer aquí que tenga un escote de estatua viva, como el de vuestra alteza. La verdad, es la primera vez que siento no ser escultor.

La altiva Juno encontró atrevido, pero lisonjero, el cumplimiento. Había oído que el trato moderno entre

jóvenes y muchachas de la mejor sociedad parisiense, ha dilatado considerablemente los límites de severa circunspección de las generaciones pasadas. La voz ronca de Juan Gregorio había resonado con un acento de maliciosa galantería, muy divertido, al sentir de la joven.

— Falta que yo hubiese querido servirle de modelo, replicó ella, en voz discreta, sin ruborizarse bajo la insinuante mirada del mocito.

Juan Gregorio replicó algo de jocosamente atrevido. El timbre de su voz atenuó un tanto la osadía del concepto. El diálogo tomó así una forma de ligera chanza, en la que la princesita desplegó un ingenio chispeante. Encontraba la conversación de más en más divertida. « Aquel mocito, que conocía ciertamente los curiosos secretos del París galante, era de una singular originalidad y debía ser un festivo repertorio de picantes revelaciones. » Las contenidas voces y risitas de la pareja se perdían, felizmente para el prestigio de la bella Thyra, en el ruido de las conversaciones.

— Alteza, no mire eso, dijo Juan Gregorio al encontrarse con su compañera delante de las cajas en que se veían, plegados con arte sumo, los pantalones de finísima tela, las camisas diáfanas, subidas y de escote, las enaguas vaporosas de colores tenues, todo con profusos adornos de finos encajes.

La princesa se sonrojó ligeramente, haciendo lo contrario de la maliciosa recomendación de Juan Gregorio.

— Aquí se lleva el orgullo de la ostentación á un extremo que haría desmayarse á una vieja inglesa, repuso el joven Canalejas. Ya ve usted que en la exposición de un ajuar parisiense se nos revela, á los que somos jóvenes y poco experimentados, todos los misterios del refinamiento femenil.

Una sonrisa y un dengue fueron la sola respuesta de la hermosa joven.

Cucho Palomares, dejando á su mujer en compañía de Guy de Morins, á la entrada de la exposición, se constituyó en guía de la princesa madre, persuadido de que Canalejas no era capaz de explicarle el valor excepcional de los objetos expuestos. Los nombres más notables de la industria parisiense estaban ahí representados. Cucho hizo observar un servicio de oro para postre, firmado « Falize », cincelado como una obra destinada á un museo. Explicó el mérito singular de un servicio de te, para cuatro personas, de la más delicada porcelana de Sèvres, en el que el azucarero, la lechera y las cucharillas de plata proclamaban el arte eximio de la casa de Froment-Meurice. Las alhajas de Boucheron tenían una gran novedad de formas. Su estudiada sencillez, obra de los mejores dibujantes de joyas, ponía de relieve la riqueza de las perlas, de los brillantes, de los rubíes.

Los convidados examinaban, discutían, evaluaban, siguiendo en fila apretada tras de la princesa. Estimando los viejos como la más preciada joya del universo las mujeres hermosas, desdeñaban la exposición y paseaban su mirada lánguida, de brasa que se apaga, sobre la impávida desnudez de los descotes circunvecinos. Los jóvenes murmuraban requiebros ó cuchufletas á las curiosas observadoras de tanta tentación expuesta delante de ellos en variedad exagerada.

La inspección del ajuar de la novia duró largo rato. Cucho se multiplicaba, repitiendo, como los guías de museo, á los que venían atrás, las explicaciones que había dado á la vieja princesa.

El príncipe Stephan, so pretexto de consideración á su futura suegra, y de servir de chambelán á su augusta madre, había continuado con ellas. Prefirió esta misión de aparato, á sostener una conversación trabajosa con su novia. La fría resignación de Mercedes lo disgustaba. La franqueza con que no perdía

oportunidad de decirle que amaba á otro hombre, le parecía una prueba demasiado dura de soportar, sin impacientarse. « En fin, al día siguiente sería su mujer ante la ley francesa, y al subsiguiente ante la Iglesia católica. » Tras de esas ceremonias estaba el consuelo de recibir la suma, fuera del régimen dotal, que serviría para calmar á sus acreedores. Durante el curso de la noche había encontrado muchas veces los ojitos penetrantes y la sonrisa agridulce de la condesa de Montignan, que no le dejaban olvidar el regalo, en buen numerario, que le debía por su eficaz intervención en el negocio del casamiento.

Mercedes también había huido las ocasiones, frecuentes en aquella noche, de conversar con Stephan. Cuando se formaba la comitiva para ir á ver el ajuar, hubo un momento en que tembló de que el príncipe se hubiese adelantado á ofrecerle el brazo. Su fiel amiga Rosaura Fuenteviva la salvó de aquel peligro. En un momento en que el joven tuvo que responder á algunas palabras de su madre, Rosaura se apoderó de la chica y la llevó á perderse entre la concurrencia, hasta llegar al invernáculo.

— Al fin te puedo hablar, le dijo sin soltarle la mano; se me figuraba que no tendría ocasión de hacerlo en toda la noche.

— Yo veía tus miradas y tus señas para que fuese á juntarme contigo; pero papá y mis hermanas me vigilaban como á una prisionera, y me repetían que no me separase de las princesas.

Rosaura tomó un aire serio.

— Dime, ¿estás resuelta, enteramente resuelta á dejarte sacrificar?

Mercedes bajó tristemente la vista, suspirando, sin responder.

La amiga se acercó más á ella, hablándole con vehemencia, en voz baja :

— Hijita querida, todavía es tiempo de salvarte.

Mañana, á las tres, cuando te hayas casado civilmente, ya será demasiado tarde: ese hombre tendrá sobre ti los derechos que le da la ley. Serás su mujer, aunque no estés todavía casada ante la Iglesia.

— Ya lo sé: ¿qué quieres que haga?

Era una resignación tan dolorosa como inalterable. La chica hacía grandes esfuerzos por no llorar; pero su abatimiento era intenso. La música lejana, que resonaba como una excitación á la alegría; el aspecto de fiesta de que se encontraban rodeadas, hacían más dramática aquella conversación y acentuaban, con la ironía del contraste, el quebranto de una de ellas.

Rosaura no se dejó desalentar por la melancólica inercia de su amiga.

— Vamos, linda, un buen ánimo. Decídete, y yo te salvo. Con Patricio y Demetrio tenemos todo arreglado para llevarte lejos de aquí y ocultarte donde sea imposible que te encuentren, con tal que tú nos ayudes. Mañana, por la mañana, desde las siete, cuando todo en derredor de este hotel está casi desierto y aquí no se haya levantado nadie todavía, te esperaré yo en un *coupé*, con las cortinas corridas. Patricio y Demetrio estarán cerca, en otro coche. Tú dirás á tu abuelita que bajas á buscar algo que has olvidado en los salones: un regalo que yo te he traído esta noche, por ejemplo. Es seguro que no encontrarás á nadie á esas horas en la escalera. El portero, que se habrá acostado al amanecer, estará durmiendo. Le haces abrir diciéndole que eres una de las criadas, y casi al frente estará el coche donde yo te aguardo. Ya ves que nada es más fácil. Una vez fuera, estás salvada, libre para siempre: vivirás conmigo hasta que seas la mujer de Patricio, que te suplica de rodillas que no lo abandones.

— ¡Cómo! ¡Viviré contigo, dices! ¿Y tú? preguntó Mercedes.

— ¡Ah! Yo, hijita, desde mañana me hago inde-

pendiente. Tú sabes que el vapor en que papá tiene tomados los pasajes sale dentro de tres días. Si yo espero más tiempo, corro el riesgo de que me lleven y no encuentre en el camino cómo arrancarme.

— ¡Oh, Rosaura! ¡Por Dios! ¡Qué locura vas á hacer! Yo creía que cuando hablabas de salirte de tu casa, era por broma y que jamás te atreverías á dar ese pesar á tus padres.

— No, no; no es broma; mi resolución está tomada: ¡tanto peor para mis padres! ¿Por qué no me han dejado casarme aquí? Ni amarrada me llevan á nuestra tierra.

Dijo esto con fría resolución, sin la jactancia de una persona que trata de animarse.

Después de una ligera pausa, creyendo que la manifiesta agitación de su amiga era un indicio de que entraba en vacilaciones:

— Vamos, déjate de sentimentalismo. Quieres hacer de hija modelo con padres que no son modelo ellos mismos. No son ellos los que van á sacrificarse por ti, eres tú. ¿No es verdad?

Y siguió hablando con calorosa persuasiva, empleando, para convencer, la caricia del acento, la fraternal ternura de las expresiones; acudiendo por momentos á la dulce zalamería, que se insinúa, como un filtro adormecedor, en el corazón de las mujeres y de los niños.

Pero Mercedes permanecía inquebrantable. Á veces sonreía vagamente á los chistes y á las paradojas con que Rosaura salpicaba sus argumentos de muchacha independiente que quiere la igualdad de derechos en los dos sexos, exagerada en su feminismo, sobre todo en lo que toca á la manera de buscarse la felicidad en la vida.

— Tú crees en Dios, ¿no es así? Yo también. No me figuro para qué Dios te ha dado la razón, si has de someterte ciegamente á cuanto sacrificio quieran

imponerte tus padres. Bien está que tu abuelita te diga que ese es tu deber: ella tiene ya apagada la luz que ilumina la vida; ya se le ha quebrado el resorte que hace andar la máquina, ya no tiene corazón para amar ni juventud para sentir: es de las generaciones de nuestras tierras de por allá, en que, para las mujeres, amar era obedecer. Pero ahora, en este viejo mundo, que « sabe más por viejo que por diablo », ya se ha cambiado todo eso. Ahora es la mujer la que manda, la que dispone de su suerte. Pretenden encerrarte por toda la vida con un hombre que tú no amas; pues tú te abres la puerta y vas á buscar al que tú quieres; nada más sencillo.

Mercedes se limitó á levantar los ojos al cielo, poniéndolo por testigo del espanto que le causaban las teorías de su amiga.

— Uno... dos... tres... ¿No te decides? Te entrego á tu suerte lamentable. Cuando estés reinando en ese rincón de nombre tan estrambótico, te haré una visita con Demetrio: entonces seré madame Vasilipowich. Suena muy bien, ¿eh?

— No seas loca, Rosaura...

Se habían puesto de pie, porque vieron á don Eduardo Fuenteviva, que parecía buscar á su nija, sin duda para retirarse con los suyos.

— Bueno, pues, hijita; puesto que estás resuelta á ser princesa afligida, le diré mañana á Patricio que vaya á consolarse con la encantadora Rosa Montestruc en algún viaje romántico por los alrededores de París.

— Eres muy cruel, te ríes de todo; dile que nunca dejaré de amarlo, ¡nunca, nunca! Díselo así.

Era una convicción del fondo del alma, el juramento de un amor que no podía arrancarse del pecho. Al repetirlo con pasión, la voz de la chica tuvo el destemplado anuncio de las lágrimas, prontas á brotar d los ojos.

Rosaura la compadeció. Precipitadamente, al ver

que su padre la había divisado ya y caminaba hacia ellas :

— No es cierto, nada voy á decirle. Era una broma para que no fueses á enternecerte. El pobre está cada día más loco por ti. ¡Si lo vieras!

Gran parte de la concurrencia había invadido por ese tiempo el comedor. Ahí se encontraba servida la mesa de refrescos : el *bufete*, según la traducción de doña Quiteria. Una fila de hombres delante de la gran mesa, tras de la cual se hallaban los sirvientes, pedía refrescos, ponche, helados, champaña, con repetidas voces cada cual, para hacerse servir primero que los otros : un momento en que la exquisita urbanidad de las maneras olvida un tanto sus refinamientos de buen gusto, en gracia del deseo de servir pronto á las señoras, que esperan atrás tranquilas y risueñas. Esta vez, exaltadas con los portentos del ajuar de la novia, las conversaciones tenían en todos los grupos grande animación.

Juan Gregorio había colocado á la admirada princesa Thyra en un ángulo de la pieza. Ambos, copa de champaña en mano, conversaban con aires confidenciales. El mocito contaba historias de las carreras, de los teatros, de las veladas en el café de Maxime, ensartando en ellas animados chascarritos sobre la ciencia de las semimundanas para arruinar á sus adoradores. La princesita lo escuchaba con insaciable curiosidad, iluminado de angelical dulzura el rostro, convencida de que París debía ser divertidísimo.

Radiante de contento, Cucho Palomares recorría los grupos en que veía personas de título ; miraba de soslayo, con satisfacción orgullosa, á su mujer en un sofá, coquetísima, de palique con de Morins y dos mozos más de la mejor nobleza. Antuco Cuadrilla seguía desde lejos las evoluciones de Dolorcitas.

Al ver á Juan Gregorio conversando con la prince-

sita, Cucho se apresuró hacia ellos. Palmeando el hombro de su cuñado :

— Aquí tiene vuestra alteza un picarón, parisiense en el alma.

— Es lo que estoy haciendo ver á su alteza, dijo el mocito con malicia.

— ¡Oh! ¡Muy divertido, muy divertido! sonrió la bella chica, con aire de inocente candor.

Mientras tanto, al salir del cuarto del ajuar, la duquesa de Vieille-Roche y Arsène Varielle-Landry, siguiéndola con soñolienta docilidad, se apresuraron á retirarse sin pasar por el comedor.

Pocos minutos después llegaban al vestíbulo tres viejas damas aristocráticas que Guy de Morins, en homenaje á Milagritos, había conseguido hacer asistir al sarao de contrato.

— Estos *rastá* son impagables, dijo una de las nobles ancianas, mientras un gran lacayo le cubría el devastado descote con su abrigo ; nos presentan toda la calle de la Paix, y creen deslumbrarnos con su lujo.

— Y así se figuran poder entrar en *nuestro mundo*, agregó otra de ellas.

— Ya no podemos hablar de nuestro mundo, querida ; nos estamos encanallando, replicó la tercera.

— Mejor es comer de la *ternera de oro* que de la *vaca rabiosa*, dijo el gordo Termal, que se había acercado á saludarlas.

— El señor Termal tiene razón, observó la de Montignan incorporándose al grupo : ya no hay nobleza, queridas mías. Las dos Américas vienen á cambiar sus millones por viejos pergaminos ; es la igualdad social á corto plazo.

Las princesas se retiraron con el ceremonial de la entrada. Los *tziganes*, estimulados con nuevas copitas de coñac, que Benjamina y Nicolasito habían seguido pasándoles, estropearon lastimosamente el himno de

Rœspingsbrück, mezclándolo con algunos compases de la *Marsellesa*, que habían tocado la noche anterior en una recepción oficial.

Jenaro Gordanera no quiso unirse al séquito que acompañó á las princesas. Cuando las augustas señoras se hubieron retirado, acompañadas por el príncipe Stephan, los Canalejas, en grupo de familia, se congratularon del éxito de la noche.

— Y casi toda la concurrencia gente de título, dijo con orgullo don Graciano, embriagado con su importancia, sintiendo todavía en el brazo el de la vieja princesa sobre el suyo.

— Así es; nada más que europeos y nobles, apoyó Cucho.

Juan Gregorio se sonrió con sorna.

— Y si muy pocos de ellos descienden de las cruzadas, todos pueden tener algo de ellas si compran la bula de cruzada y carne; eso los absolverá de no ser carne y pescado.

Mercedes se apresuró á subir al tercer piso. Ahí la esperaba doña Regis. La anciana, por aguardar á su nieta, no había querido acostarse. « Si ella no estaba ahí para consolarla, ¿quién le daría resignación? » Al verla aparecer le tendió los brazos. Mercedes se arrojó en ellos, ocultando su frente enardecida en el seno de la señora.

— ¡Ay, abuelita! ¡Consuéleme! ¡Estoy tan triste!

Se estrecharon en un abrazo de desolación, como si un anatema bajase sobre ellas desde el cielo.

XXIII

En la iglesia, á la siguiente mañana, las preces de la abuelita y de la nieta redoblaron de fervor. Mercedes, tras de la noche de insomnio, de suspiros y de lágrimas, había vuelto al sonambulismo de resignación, del que su reciente plática con Rosaura Fuenteviva la había sacado. No rogaba ya para que un acontecimiento imprevisto, ese milagro posible, último término de la esperanza en los condenados al suplicio, se produjera, por la intercesión de la Virgen, y desbaratara el odiado enlace. « Puesto que eso no podía dejar de ser, era tal vez, como le decía la abuelita, que los padres saben mejor lo que conviene á la suerte de sus hijas. » Luego un impulso de generoso sacrificio le henchía el corazón. « En los ocultos designios del cielo, le decía también la abuelita, sucede á veces que los padecimientos de una sola persona rescatan las culpas de los demás de la familia. Sus pesares son el dolor hecho oración. La designada para víctima expiatoria no debe inclinarse con humildad, sino con alegría, ante los decretos que no le es permitido discutir. Si ella era la elegida, ella sufriría por los otros; la Providencia dispondría de ella. Sin duda la felicidad no es para gozada en este mundo. » Su oración se perdía entonces en el espacio inconmensurable de

la abstracción mística. « Era la suerte de su alma para después de su vida, corta ó prolongada, lo que encomendaba á la Virgen. » Pasaría por la existencia sin tocar las flores del camino, la vista fija en la dicha futura de los que padecen con resignación en esta tierra. Al salir á la calle, al recibir en sus ojos la luz radiante del cielo despejado, aspiró el aire vivificador de la mañana, como si por un impulso de juventud su alma se sintiera inundada de la alegría del vivir. La plegaria la había elevado hasta el desprecio de las miserias humanas. Pero la realidad cortó con mano brutal ese vuelo de alondra, que sube cantando hacia el cielo, y le recordó que pocas horas más tarde debía tener lugar el casamiento civil.

Al entrar al hotel, el portero se adelantó con gorra en mano hacia Mercedes.

— Acaban de subir, dijo, una carta y una caja para la *señora madre.*

Era la designación que la servidumbre de la casa daba á doña Regis. A pesar de la tristeza de sus preocupaciones, la anciana y la muchacha subieron preguntándose qué podía significar esa caja y esa carta.

Mientras su abuelita rompía el sobre, Mercedes abría una de esas cajas redondas de cartón, que emplean las modistas.

— ¡Un sombrero! exclamó la chica.

La señora se había puesto los anteojos y leía:

« Querida abuelita:

Como sé que usted no se habría de preocupar de buscarse un bonito sombrero para ir mañana á la iglesia en la comitiva, he mandado hacer el que tengo el gusto de ofrecerle, obra de la mejor modista de París y que deseo vivamente sea de su gusto.

La abraza su afectísima nieta, *Milagros de Palomares.* »

Las pálidas mejillas de la anciana se pintaron de un ligero tinte encarnado. En sus ojos de vago mirar nostálgico, brilló una luz de indignación.

— ¿Qué dices de eso? Es para que yo no asista á las bendiciones.

Mercedes no la contradijo. La señora repuso:

— Ella y su hermana han inventado ese ardid para que mi presencia en la comitiva no le dé, como ellas dicen, aire *rastá*. Saben que no me pondría sombrero por nada, y se avergüenzan de que una vieja de mantilla vaya á figurar entre las personas de la familia, al lado de tanta nobleza.

La chica abrazó con ternura á la anciana.

— ¡Oh, abuelita! sería una maldad imperdonable.

— Hijita, no lo dudes, repuso la señora con tristeza; se avergüenzan de mí, se ríen de mi modo de vestir, de mi vejez, de mi aire extranjero, que hace contraste con la elegancia de todos ustedes. Si su padre y su madre las hubiesen corregido, no me harían sentir, con cualquier pretexto, á cada instante, que estoy de más en la familia.

El cáliz de acíbar con la gota que en él dejaban caer sus elegantes nietas, desbordaba. No era facultad de adivinación, sino la lenta experiencia de años lo que hacía sospechar á la señora, con perfecta certeza, el propósito de Milagritos. Entre ella y Dolorcitas habían decidido que la abuelita, con su mantilla y su anticuado traje, sería un feo lunar que quitaría todo su *chic* á la comitiva de la novia. Ofrecerle un sombrero, era decirle que no debía pensar en asistir á la gran ceremonia de las bendiciones, puesto que estaban seguras de que la anciana no habría de someterse á la condición que ellas pretendían imponerle.

Al primer sentimiento de indignación sucedió en doña Regis una amarga tristeza.

— ¡Era mi único alivio acompañarte, y ellas me lo quitan! dijo con voz quebrantada por la aflicción.

— Eso lo veremos, exclamó Mercedes.

Había como una amenaza en su actitud, en su rostro, en el tono de energía inusitada con que pronunció esas palabras.

— No, hijita, es inútil; yo no he de ponerme á disputar con ellas. Tal vez tu padre y tu madre las aprueban. Que haya paz por lo menos en la familia, ya que no hay afecto ni consideración.

— Lo veremos, abuelita, repitió la chica con fría resolución; veremos quién triunfa.

Llegó la hora del almuerzo. Doña Regis deseaba excusarse de bajar. Mercedes no hizo objeción á su deseo.

— Pero yo bajaré, abuelita. Es preciso que hable con papá y mamá sobre esto del sombrero. Estoy segura que apenas les explique lo que pasa y la intención de Milagritos al hacer á usted este regalo, todo quedará en nada, porque papá hará que usted sea respetada.

La señora no creyó que debía alentar á su nieta en ese propósito.

— No hagas asunto de eso, hijita, dijo con triste humildad. Los viejos debemos saber callarnos y perdonar.

Pero Mercedes era joven y resentía la ofensa hecha por sus hermanas á su abuelita, mil veces más que si hubiese recaído sobre ella misma. Habría creído traicionar con negra ingratitud el amor con que desde chiquita la había cuidado y protegido la señora, si no se interpusiese entre ella y su familia para defenderla. Sin decir nada más, bajó la escalera con rapidez, como impaciente de hacer sentir la resolución que había surgido en su ánimo.

Don Graciano y su mujer se encontraban ya en el comedor. Era convenido que para ir á la *mairie*, toda la familia se reuniría en el hotel á almorzar. Las princesas no irían. «No era posible que dos augustas

personas como ellas fuesen á presenciar un acto presidido por algún cursi republicano, con su banda tricolor.» Era lo que las dos hijas casadas habían explicado el día precedente. El príncipe se presentaría acompañado de Guy de Morins y de Jacques Termal.

Los de Palomares y los de Cuadrilla entraron poco después que Mercedes había saludado á sus padres. Tras de ellos entró Jenaro Gordanera. Faltaba únicamente Juan Gregorio. La conversación en derredor de la mesa se hizo pronto general. La fiesta de la víspera daba abundante asunto de animadas observaciones. Cucho Palomares contaba lo que había hablado con las princesas y con los más nobles de los convidados. Jenaro Gordanera, impaciente de oirlo, sostenía que, en lugar de tanta gente desconocida para ellos y que apenas habían saludado á los dueños de casa, debían haber convidado á las familias amigas hispanoamericanas.

— Sí, pues, para que creyesen las princesas que no conocemos gente *chic*, exclamaban escandalizados Cucho, Milagritos y Dolorcitas. Antuco Cuadrilla, que pensaba como Gordanera, no se atrevía á prestarle su apoyo de miedo á su mujer. Milagritos y Dolorcitas, no obstante el fuego con que defendían á la nobleza atacada por Jenaro Gordanera, observaban con disimulo á Mercedes. Varias veces habían estado tentadas de hacer alguna alusión al sombrero. El temor de que Mercedes manifestase el disgusto que estaban seguras de haber causado á la abuelita, las retraía.

Así terminó el almuerzo. Cuando los sirvientes hubieron salido del comedor para no volver, la voz de Mercedes, elevada á un tono más alto que el de la conversación general, hizo que todos callasen.

— Papá, tengo algo que decirte, y deseo que los demás lo oigan también.

A pesar de que la emoción resonaba en la voz, y

no obstante la redoblada palidez que cubría el rostro de la chica, su actitud revelaba una entereza serena, que jamás había mostrado antes. Hubo, en el silencio que siguió, un malestar de inquietud entre todos. Nicolasito, que se entretenía en poner por detrás una cola de papel á su tío Jenaro, creyó que se trataba de una chanza.

— Atención, exclamó, volviendo con curiosidad á su silla.

Benjamina le tiró una oreja.

— Cállate, tonto.

Milagritos celebró la exclamación del chiquillo con una risita forzada. Veía llegar la escena de los reproches, y procuraba que éstos perdiesen su importancia con las gracias del hermanito.

Pero nadie más que ella había reído. Juntamente con la corrección que Benjamina aplicó al chiquillo, don Graciano, desde la cabecera de la mesa, le había ordenado ásperamente:

— Cállate y vete fuera.

El niño se agachó tras de Benjamina para no salir.

Una impresión de frío se apoderó en realidad de los que ahí estaban. Sentían acercarse algo grave.

Mercedes no dejó prolongarse el silencio.

— Mi abuelita recibió esta mañana un sombrero y esta carta de parte de Milagros.

Con clara voz, apoyando en algunas palabras, leyó la carta. Antes que nadie hubiese podido interponer alguna observación, preguntó:

— Papá, ¿sabías tú de ese regalo?

— Algo me habían dicho las niñas, contestó, medio confuso, don Graciano.

— ¿Y qué tiene eso de particular? preguntó Milagritos en tono agresivo.

— Tiene, que tú sabes muy bien que mi abuelita

no se ha puesto nunca sombrero y que no quiere ponerse.

— Para una ceremonia solemne como la de mañana, no es posible que se presente con mantilla, observó Dolorcitas, con aire de enunciar una verdad indiscutible.

Pero Mercedes respondió sin vacilar:

— Mi abuelita asistió de mantilla á tu casamiento y al de Milagros.

— Entonces nadie nos conocía, observó ésta con imperio, y hoy tenemos una posición social como si fuésemos gente *chic* europea.

Dolorcitas completó el pensamiento de su hermana:

— La mantilla de la abuelita sería como una bandera con letrero, diciendo que nos hemos quedado *rastá*.

— Todos harían comentarios sobre nosotros, repuso, indignada, Milagritos.

— Y las princesas y los nobles del barrio San Germán, ¿qué dirían? exclamó Cucho Palomares.

Todos querían hablar. Mercedes no contestó á ninguna de esas observaciones, sino que se dirigió á don Graciano:

— Tú sabes, papá, que el objeto de mis hermanas no es que la abuelita se ponga sombrero, sino impedir que figure en la comitiva.

Don Graciano quiso atenuar:

— ¡Cómo han de querer eso! No, hijita; sin duda, que si mi madre va con sombrero, el aspecto de la comitiva será más elegante.

— Mucho más *comme il faut*, dijo Cucho.

— Por supuesto, apoyó Dolorcitas.

— Con mantilla sería ridículo; yo no iría al casamiento, dijo con calor Milagritos.

— Ni yo tampoco, agregó Dolorcitas; podemos tolerar la basquiña de la abuelita, porque es negra y nadie la notará; pero no el manto.

— ¡Ah, eso no! dijo con aire de sarcasmo Milagritos.

Un vivo encarnado cubrió las mejillas de Mercedes.

— Sepan ustedes, replicó, poniéndose de pie, como si lo que iba á decir fuese para ella la última palabra de la disputa, que vayan ó no vayan á la iglesia, mi abuelita asistirá de mantilla en la comitiva.

— ¿Y quién lo manda? vociferó, indignada, interrumpiendo, la de Palomares.

Mercedes, con una energía que la transfiguraba:

— ¡Lo mando yo! y declaro que, sin eso, no habrá casamiento.

— ¡Quién te va á hacer caso! replicó, exasperada, Milagritos.

Pero la chica no se detuvo á replicar á esa provocación. Con aire resuelto, repitió, dirigiéndose á su padre:

— Oyes, papá, no habrá casamiento. No habrá poder humano que me haga salir hoy á la *mairie*, ni mucho menos mañana á la iglesia. ¡Lo juro por lo que tengo de más sagrado! Ahora, tú, haz lo que te parezca.

Salió de la pieza, resuelta, sin querer oir observación alguna, con el rostro encendido, dejando, entre los que la oyeron, la convicción de que se hallaban frente á una voluntad incontrastable.

— Papá, dijo la de Palomares, corre á hablar con la abuelita: ella puede hacer que Mercedes le obedezca. Es ella la que debe haberla aleccionado.

— No falta sino una hora para que vayamos á la *mairie*, observó Cucho. Hay que darse prisa.

Don Graciano, alarmado, salió de la pieza, y los que quedaron en el comedor se miraron sorprendidos. Las dos hermanas no sabían qué actitud tomar ante aquella inesperada resistencia.

Jenaro Gordanera observó, con sorna, contento de dar una lección á sus sobrinas:

— La niña tiene razón: defiende á la persona que más cariño le muestra en esta casa.

— ¡Qué razón! Usted ha de estar siempre diciendo cosas desagradables, exclamó, irritada en extremo, la de Palomares.

— Nadie te pregunta tu opinión, dijo á su turno la de Cuadrilla, en tono indignado.

Juan Gregorio, restregándose los ojos, entró á la sazón. « Había dormido muy mal, decía tosiendo; tenía la lengua seca como palo. »

— Esos polvos traen esos lodos, dijo sentenciosamente Gordanera.

— Tío, usted conoce mi divisa: « corta y buena ». Usted ahorra plata y no se divierte. Cada uno entiende la vida á su modo.

Las dos hermanas quisieron conquistarlo al partido de ellas, y le contaron, animadas, el incidente.

— ¿Y qué haremos si esta muchacha sigue con su porfía? preguntó doña Quiteria.

Pensaba en sus trajes nuevos para la boda, que la esperaban.

— Papá debe hacerse respetar, dijeron, una en pos de otra, las jóvenes.

— Y á ti, ¿qué te parece? preguntó Jenaro á Juan Gregorio; yo digo que la niña tiene razón.

Juan Gregorio tomó un aire importante.

— ¡Eh, eh! dijo, meneando con solemnidad la cabeza. Enrique IV oyó la misa.

Las jóvenes, doña Quiteria y Jenaro lo miraron, sin saber á qué aludía.

— ¿Qué tiene que ver eso con lo que preguntamos? dijo, fastidiada, Dolorcitas; siempre has de estar de broma.

— Querida mía, contestó el mocito, los orientales que gustan del lenguaje simbólico dicen que, cuando no se quiere cortar la cuerda del arco, no hay que ti-

rarla demasiado. Pero Grullo abunda en la misma opinión.

— ¿Es decir, que tú no encuentras ridículo que vaya en la comitiva una señora vieja con mantilla?

— Todo es materia de convención: un hotentote se desternillaría de risa al ver á las mujeres con los sombreros que llevan ahora: dejen á la pobre abuelita con su mantilla. Cada loco con su tema.

Las dos jóvenes se quedaron pensativas. Habían imaginado un triunfo seguro, y se encontraban con una resistencia tan imprevista como seria.

Mientras tanto, Canalejas había entrado de rondón al cuarto de su madre. Mercedes estaba ya con la señora.

— Madre, ¿usted ha ordenado á esta muchacha que amenace con no casarse porque sus hermanas piden que usted vaya de sombrero á la iglesia?

— Me extraña esa pregunta. Tú sabes que yo sería incapaz de cosa semejante. Debías conocerme, me parece, añadió severa.

— Por el contrario, abuelita me pidió que nada dijese sobre la ofensa que quieren hacerle Milagritos y Dolores; pero yo puedo sufrir todo, resignarme á todo, menos á que pretendan humillar á la persona que más quiero.

Don Graciano sintió, en el tono de la muchacha, que su resolución era inquebrantable.

— Yo no iré á la iglesia, hijita; no quiero causar reyertas de familia. Obedece lo que disponga tu padre.

— Abuelita, perdóneme que esta vez no la escuche. Si usted no va mañana acompañándome á la iglesia, todo lo que me digan es inútil: no me casaré.

Su obstinación crecía como un desbordamiento del alma contenida, de todo su ser aprisionado en la obediencia por tanto tiempo.

— No te reconozco: tú has sido siempre una hija sumisa, dijo el padre, empleando la dulzura, persuadido de que apelaría en vano á su autoridad.

— ¡Oh, papá, no me hagas hablar! exclamó la niña con acerba mortificación. Sabes muy bien hasta qué punto he sido sumisa; pero, en esto de mi abuelita, no puedo ceder y no cederé á nadie.

Don Graciano salió de la pieza sin replicar. En el comedor esperaban con impaciencia Milagritos y Dolorcitas.

— ¿Y...? le interrogaron.

— Nada he conseguido: arréglense ustedes como puedan, dijo él, de mal humor, y dense prisa; la hora nos apura.

Milagritos y Dolorcitas tuvieron miedo y parecieron vacilar, consultándose.

— Les queda á ustedes el camino de Canosa, que ha popularizado Bismarck, les dijo Juan Gregorio. Si no quieren ustedes que quedemos en el ridículo más piramidal, apresúrense á ir á cantar la palinodia y á rogarle á la abuelita que se ponga dos mantillas, si quiere.

— ¿Qué les decía yo? La niña tiene razón, volvió á observar Jenaro, triunfante.

Las dos jóvenes lanzaron un improperio al tío y salieron, apresuradas, de la pieza. Subieron, concertándose, y llegaron, jadeantes, al cuarto donde se encontraban todavía doña Regis y Mercedes. «Todo, menos perder la brillante posición que debía darles el casamiento», se habían dicho, mientras subían la escalera.

Al verlas, doña Quiteria salió de la pieza, sin mirarlas, fría y desdeñosa. Ellas se arrojaron al cuello de Mercedes, protestando de que ella y la abuelita habían interpretado mal sus intenciones. Encontraron en sus ojos lágrimas persuasivas para ablandar á la chica, jurándole que sólo querían su felicidad; su-

plicando que la abuelita fuese como quisiera, con tal que acompañase á Mercedes.

Cariñosas, llenas de zalamería, la hicieron vestirse para el casamiento civil. Mercedes no opuso ya resistencia. Fué á dar un abrazo á su abuelita, y siguió á sus hermanas y á Cucho, que llegaba con apuro, diciendo que apenas quedaba un cuarto de hora para estar en la *mairie*.

Las emociones del incidente, abreviado al último con el apremio de la hora, no dejaron sentir á Mercedes en toda su amarga plenitud la solemnidad de aquel momento. Como en un sueño de calentura salía de la casa aturdida, viéndose objeto de las solícitas atenciones de los que la rodeaban. Sus hermanas la decían que estaba encantadora. Nunca, según le aseguraba doña Quiteria, arreglándole el velo del sombrero, había tenido *su hijita* un traje que le modelase el cuerpo como el que estrenaba en ese instante. Cucho Palomares no permitió que el lacayo abriese la portezuela del coche á la chica. Él reemplazó al sirviente, y ayudó á subir con atención cortesana á la que consideraba ya ungida con la misteriosa superioridad de la soberanía. Fué una detención momentánea, al salir, en la que todos rivalizaron de atenciones en torno de la futura princesa. Su resuelta actitud para defender á la vieja señora, considerada como un ser secundario en la familia, fué la revelación de una personalidad ante la cual, involuntariamente, se sintieron respetuosos.

A la entrada á la *mairie*, ó alcaldía, los empleados, oficiosos con la expectativa de las propinas, los condujeron á la sala de los casamientos.

— Papá, apronta el portamonedas y prepárate á oir el discurso del *maire* en favor de las escuelas de la circunscripción, dijo Juan Gregorio á don Graciano cuando entraban; es lo más conmovedor del acto que nos espera.

En la sala se encontraban ya esperando el príncipe Stephan y sus dos testigos, de Morins y Termal.

El saludo fué ceremonioso, por más que todos, salvo Mercedes, se empeñaron en revestirlo de forzadas apariencias de cordialidad. Se hubiera dicho que esos actores del drama mundano, del que una de las más tristes escenas se iba á representar en aquella sala de vulgar aspecto, sentían remordimientos de asistir á un acto en que se violentaba á un ser indefenso.

Mercedes no se dignó contestar á los cumplidos del príncipe, deseoso de tomar una actitud cualquiera en el desempeño de su papel de novio. Los demás procuraban distraídamente conversar. Juan Gregorio, bostezando después de su velada donde Maxime, miraba la sórdida desnudez de la gran sala oficial. Sus ojos soñolientos se fijaron en la mesa principal, que ocupaba la testera de la sala. Sobre ella se veía el recado de escribir y un ejemplar del Código civil, el misal de la ceremonia *laica*. Divisó después una larga mesa, entre las dos ventanas, sobre la que un empleado colocaba los registros matrimoniales. Luego su vista bajó á los bancos para los novios y su comitiva, forrados de terciopelo colorado, alineados unos tras otros, paralelamente, dejando, entre ellos y la mesa principal, un espacio. Bostezó, en seguida, á las altas paredes desnudas, á las ventanas, por las que penetraba, escasa, la luz del patio de entrada.

— Aquí hace frío; se me figura una pieza de recibo para los visitantes en algún hospital, dijo el mozo.

— No puede decirse, en efecto, observó el gordo Termal, que la sala sea el templo de la alegría.

— Y aquellos hombres que escriben en la mesa de los registros, repuso el joven Canalejas, parecen, más bien que los guardianes de himeneo, alcaides de cárcel, que asientan la partida de entrada de algún reo.

Los empleados preguntaban sus nombres y cali-

dad á los de la comitiva para tener preparadas de antemano las actas del casamiento.

Las conversaciones fueron interrumpidas por la voz del ujier :

— El señor alcalde.

Un hombre de aspecto vulgar, con la banda tricolor ceñida á la cintura bajo un trac raído, entró á la sala y fué á sentarse tras de la gran mesa.

Y empezó entonces la ceremonia legal, fría, descolorida, vulgar, casi fastidiosa. Se preguntó á los novios, á los testigos, á los padres, su edad y su condición. El secretario leyó rápidamente, como una lección aprendida, el acta matrimonial. El *maire* leyó á su vez en el Código las fórmulas con que la ley une á los desposados; preguntó á uno y otro su consentimiento. Mercedes no despegó los labios, y quedó entendido que había pronunciado un sí ahogado por la emoción. El *maire* declaró unidos ante ley al príncipe Stephan de Rœspingsbrück con la señorita Mercedes María del Pilar Canalejas y Gordanera.

La chica palideció á tal grado al oir la fatídica declaración, que se habría creído que estaba á punto de desmayarse. Canalejas palideció también. Sus mejillas, delineadas por la renegrida barba, parecieron de marfil. Un peso le oprimía la conciencia ante el hecho irrevocable consumado por su voluntad.

El *maire*, mientras tanto, pronunciaba su discursito en favor de las escuelas de la circunscripción. Dijo el número de educandos de ambos sexos, explicó con estereotipadas frases los beneficios de la educación republicana.

— Cualquiera creería, dijo Juan Gregorio al oído de su tío Jenaro, sentado junto á él, que en las monarquías no se enseña á leer.

Gordanera manifestó su adherencia á la observación, echándose dos pastillas pectorales á la boca.

Don Graciano dió doscientos francos para las es

cuelas, y agregó cien para los pobres, como descargo de conciencia. Ya todos se habían puesto de pie. El caballero, avanzando hacia el alcalde, al ofrecerle los billetes de Banco, le dijo con solemnidad :

— La educación es la puerta por donde pasa el pueblo de la obscuridad á la luz.

— Sin duda, sin duda, asintió el funcionario, medio irónico, pensando que don Graciano debía ser senador en su país.

Juan Gregorio no alcanzó á oir bien lo que su padre decía, pero lo vió que hablaba al *maire* al pasar su ofrenda.

— Creo que papá, dijo al gordo Termal, añade á su dádiva un trozo de elocuencia.

— Un exceso de prodigalidad, murmuró Termal; con la plata bastaba.

Firmados los registros, distribuídas por Juan Gregorio las propinas á los subalternos que habían intervenido en el casamiento, todos salieron al vestíbulo, afectando una alegría de circunstancias, mientras adelantaban los carruajes delante de las gradas de la puerta.

Un proletario, que se había entrado al patio, se abalanzó á la portezuela del coche, al que iban á subir los esposos Canalejas y Mercedes. El lacayo lo separó con aspereza. Subieron las tres personas, y el hombre siguió al coche que se alejaba, tendiendo la mano en demanda de propina, y volviendo después á ejecutar igual maniobra con los demás carruajes á medida que salían del patio.

XXIV

Para los habitantes del hotel Canalejas, el sol se levantó aquella mañana más temprano. Á su pequeño mundo, imagen abreviada de mayores agrupaciones sociales, traía el despertar la parte de alegría ó de dolor que, en su ciega distribución de caprichosos presentes, depara cada día el destino á la indefensa humanidad. Desde el tercer piso, donde doña Regis y Mercedes, de hinojos, elevaban al cielo las plegarias de su fe incontrastable, hasta las piezas donde apresurada se vestía de gala la servidumbre para empezar su servicio, toda la casa se encontraba en movimiento. De esperanza, de inquietud ó de temor, alborozados ó con aflicción, los corazones latían. Era el día nefasto para la anciana y su nieta, de inquietud vigilante para don Graciano, en su azoramiento de grandeza; el día de estrenar un nuevo traje para su esposa, de regocijo sin sombras para Benjamina y Nicolasito. Era, por fin, para los criados, el venturoso día de ópimas propinas.

Los dos más afamados peluqueros de París habían llegado en persona, trayendo sus botellas de perfumes, sus pomos de pomada, sus paquetes de horquillas, sus mediascañas para *ondular*, toda la batería de adminículos que han de servir á levantar el gra-

cioso edificio de un peinado de mujer. Para cuando esos *artistas* hubiesen concluído su complicada operación, el uno con la rubia y sedosa cabellera de Mercedes, manto dorado sobre los pliegues de la rosada bata de la chica; el otro con la teñida guedeja de doña Quiteria, á la que había de agregarse el vaporoso contingente de rizos artificiales, las *primeras* de Worth y de Paquín aguardaban su turno de entrar á vestir á *esas señoras*. Otro peluquero, de notoria fama también, estaba ocupado de la infantil cabeza de Benjamina, á quien Nicolasito, en los momentos en que la niña no podía moverse, arrancaba gritos de risa, haciéndole cosquillas con una pluma en las orejas, sin atender á la voz de *mademoiselle,* que le ordenaba salir del cuarto.

Por la gran escalera, con su alfombra resguardada del tráfico por una banda de tela, subían y bajaban las camareras con mensajes de un cuarto á otro, mientras que en las salas de recibo y en el vestíbulo de entrada los empleados de Lachaume y de Vaillant reemplazaban por flores y plantas frescas, las que se habían marchitado desde la noche del contrato. Y á la profusión de flores y plantas con que la casa había sido engalanada para esa fiesta, agregábanse ahora, llenando las tres salas de aparato, las flores y plantas todas blancas, enviadas á Mercedes por los amigos de la familia. Grandes ramos de lilas, frondosas azaleas, gentiles arbustos de camelias y de gardenias, ramos de jazmín, todo lo que la jardinería moderna ha llevado al colmo de la perfección con su ingeniosa ciencia, estaba reunido ahí delante de las puertas, de las ventanas, de las chimeneas, proclamando, con su alegórico lenguaje, la inmaculada pureza de la heroína. Los más ricos aderezos, las joyas de más valor, admirados ya en la exposición del ajuar, se hallaban también ahí realzando la alba pompa de las flores. Esta feliz combinación de los primores del arte y de

la naturaleza, debida á las elucubraciones de Cucho Palomares, servía como de marco á la caja con los históricos encajes, regalo de los futuros suegros, como lo indicaba la gran tarjeta de marroquí en doradas letras : « SS. AA. serenísimas el príncipe y la princesa reinantes de Rœspingsbrück. » Estimando el aristocrático presente de las augustas personas como la verdadera ejecutoria que abría á la familia Canalejas las puertas de la nobleza, Cucho había hecho colocar la caja en el punto más conspicuo de la sala, y dejado el paso franco hacia ella, para que los convidados, al llegar de la iglesia á la *mesa de once*, pudieran contemplarla sin obstáculo.

En medio de esos preparativos de fiesta, don Graciano sentía crecer en el ánimo el peso de su miseria. La escena del casamiento civil le aparecía como uno de esos errores irremediables que pueden acibarar una existencia entera. El recuerdo de la fría sencillez de aquel acto, comparado con lo irreparable de sus consecuencias, le causaba la trágica desazón de los arrepentimientos tardíos. Mientras su peluquero, el cuarto de los que en ese momento funcionaban en la casa, le cubría con una diestra *llamada* de mechas laterales los estragos de la calvicie, Canalejas buscaba vanamente en la lectura del *Fígaro* un derivativo á la postración mental que lo invadía. La descripción prolija, que una columna entera del diario contenía de las riquezas del ajuar, no bastaba á distraerlo. Su nombre, repetido en varias partes, le hacía sentir apenas la caricia de satisfacción que siempre arrullaba su vanidad al verse citado en letras de molde. Su pensamiento velaba inquieto, no obstante la lectura, pensando en el instante en que vería aparecer á Sagraves. El lúgubre cuadro de la pieza mortuoria, el bultito inmóvil del rincón más obscuro, se reflejaban en su memoria con precisión obstinada. Y al encontrar en los renglones que recorría el nombre del infeliz agente,

le pareció por un momento que aquello era una alucinación de sus ojos.

Despertóse entonces su atención al leer el nombre de Sagraves con el sobresalto de un principio de sueño interrumpido. Le fué preciso convencerse de que leía en realidad, entre los « Hechos diversos », la noticia del suicidio. Los cadáveres del hombre y de la mujer, decía el diario, fuertemente atados por una sábana, estrechaban entre sus brazos el cuerpo de la chiquita. Dos pescadores, desde la orilla, habían divisado el enorme bulto, dando vueltas, arrastrado por la corriente. Subiéndose á un bote, habían podido izar el bulto. Expuestos los ahogados en la *Morgue*, una portera de Montmartre había reconocido á sus inquilinos. La portera probó su aserto con la carta de Sagraves, en la que, juntamente con el envío de cien francos para cubrir el importe de los arriendos atrasados, le anunciaba la determinación de ir á echarse al Sena con Odile y las chiquitas. La historia sombríamente trivial de las catástrofes de la miseria, que leen con indiferencia los parisienses todos los días al recorrer su diario.

Antes de compadecer á las víctimas, Canalejas se preguntó, en un impulso inconsciente de feroz egoísmo, la influencia que la muerte de Sagraves podría tener en su propio destino. Entre las sombras del drama parecióle ver lucir una esperanza de tranquilidad. La persecución, de la que el infeliz agente era instrumento involuntario, cesaría con su muerte. Ignacio le había jurado muchas veces, y aun repetídoselo en su última entrevista, que jamás había revelado ni revelaría su nombre. « La persecución tendrá que cesar forzosamente ». Fué lo que pensó entonces. Y tuvo que hacer un esfuerzo de indignada voluntad para rechazar una vislumbre de alegría que le asomaba al corazón por la muerte del poseedor de su secreto. « No es que se alegraba, se decía defendién-

dose de ese mal pensamiento. Lamentaba la muerte, por el contrario. ¡ Pobre diablo ! » Poco á poco su tendencia hacia la vida fácil, sin preocupaciones enojosas, fué sobreponiéndose en su ánimo. El prisma de sus reflexiones tomó después el tinte rosado de la satisfacción. « Gracias á la energía de su autoridad, Mercedes sería dichosa en una posición social incomparable. »

Un ruido de coches en el patio lo encontró curado ya de sus alarmas. Le pareció ese ruido el anuncio de las grandes emociones que iban á sucederse en aquel día. Un lacayo le anunció que la señora de Palomares y la señora de Cuadrilla esperaban en el saloncito verde. Benjamina y Nicolasito, apostados en observación desde temprano, las habían recibido saltando de desbordante alegría, con la perspectiva de lo que iban á divertirse. Su padre les había hecho jurar que se portarían con mucha formalidad, y buscaban en el ruido y la algazara una compensación á las farsas de que se verían privados.

Las dos jóvenes, resplandecientes de elegancia, se examinaban mutuamente sus trajes, esperando á los demás de la familia. Después de ese examen se decían con satisfacción que serían ellas las *mejores* de la fiesta. La madre entró poco después. Larga había sido su perplejidad en consultas con la *primera* de Worth, para elegir entre los dos vestidos nuevos preparados para esa ocasión. Al fin se decidió por el que le indicaba la *primera*. Poco menor había sido la dificultad para escoger entre varios sombreros dispuestos sobre una mesa por una de las empleadas de Virot. Entraba la señora sollamada por lo apretado del corsé y por la agitación de espíritu durante las arduas decisiones que acababa de tomar. Una exclamación de las dos jóvenes la detuvo en medio de la pieza.

— ¡ Ay, mamá ! ¡ Por Dios ! Ese vestido no va con

ese sombrero, dijo una de ellas, al mismo tiempo que la otra levantaba una protesta contra el peluquero.

— Pero, mamá, te ha puesto tres veces más crespos que los que te caben en la frente.

Doña Quiteria estuvo á punto de desmayarse.

— Nosotras te vamos á arreglar mucho mejor, le dijeron las hijas consolándola.

Milagritos hizo traer cuatro sombreros nuevos de su madre, mientras que Dolorcitas le sacaba sin piedad una tercera parte, por lo menos, del promontorio de crespos falsos con que tenia cubierta la frente. Gracias á este arreglo y á la sustitución del sombrero por otro que *iba* con el vestido, las jóvenes aseguraron á su mamá que estaba *lo más chic*.

Un concierto de alabanzas mutuas fué entonces la conversación de la familia. Canalejas y su esposa no se cansaban de extasiarse ante la suprema elegancia de sus hijas. Benjamina se llevaba una gran parte de los elogios. Esbelta, lucía el talle con la gracia de las muchachas parisienses de catorce á diez y seis años, que tienen ya conciencia de su seducción. Sus largos bucles de cabellos castaños le caían, bien que ensortijados por la mediacaña, hasta la cintura. La discreta revelación del corpiño, la torneada perfección del cuello, la luz de juvenil alegria que brillaba en sus ojos, eran otras tantas armas con que venceria en la lucha de la vida.

— Ésta nos va á eclipsar á todas, pronunció Milagritos dándole una afectuosa palmadita sobre la mejilla.

Estaba en su momento de indulgencia. Todo salía á su sabor. Algún título de nobleza, á corta distancia, la esperaba. Pero Benjamina tenia la intuición de la manera de pescar cumplimientos.

— No; tú eres más bonita, dijo acariciando á la hermana.

— Puede ser; pero tú eres más alta, replicó Mila-

gritos; una mujer alta llama la atención en todas partes, aunque sólo sea *regular*.

Nicolasito empezaba á fastidiarse con aquel diálogo. Le parecía que Benjamina había crecido de la noche á la mañana, que era ya *grande* y no querría jugar con él.

— Todos estamos aquí menos Juan Gregorio, dijo don Graciano. Malvado muchacho; siempre atrasado. Ya no tardarán en llegar las madrinas.

— ¿Quieres que lo vayamos á despertar? preguntó Nicolasito, viendo que se le presentaba una ocasión de divertirse.

Sin esperar el asentimiento del papá, se apresuró á salir de la pieza, llevándose á la hermanita.

Las madrinas, *las señoritas de honor*, según la traducción de doña Quiteria, eran cuatro. En primer término figuraba la hermosa Thyra. Según la expresión del moderno lenguaje parisiense empleado por Juan Gregorio, la princesita sería el *clavo* de la fiesta, es decir, lo más interesante de la concurrencia. « La princesa madre, agregaba el mocito con su tono burlón, será *la pieza de resistencia*. »

De las otras tres madrinas, la única hispano-americana era Rosaura Fuenteviva. Milagritos, apoyada por Dolorcitas, habría querido que no hubiese ninguna madrina *de aquellas tierras*. Era menester que todas fuesen muchachas muy *chic*, de familia europea titulada, ó que tuviesen por lo menos derecho legítimo á la partícula *de*. Mercedes había exigido la presencia de su amiguita. Las otras dos tenían las condiciones de distinción social requeridas por la de Palomares. Milagritos las había elegido blancas y rubias, para que no hubiese en el séquito ninguna *nota rastá*. Los *garzones de honor* habían sido designados, siguiendo la misma regla que para las madrinas. El único de Hispano-América era Juan Gregorio.

Cucho y Antuco entraron satisfechos de la visita de

inspección que acababan de pasar al arreglo ornamental del recibo. Estaban ambos vestidos á la última moda de Londres, llevada al mayor grado posible de exageración.

— Vamos á ver, dijo Cucho desplegando una hoja de papel; repasemos la lista del acompañamiento para que no haya confusiones después.

Todos se quedaron en silencio.

— El príncipe Stephan llevará á la princesa madre.

— Por supuesto, dijo Milagritos.

El lector tuvo que detenerse antes de continuar. Se oía hacia fuera, como en el segundo piso del hotel, un ruido atronador.

— Esos son los malvados chiquillos que están despertando á Juan Gregorio, exclamó, riendo, doña Quiteria.

Pero aquel toque de diana con que Benjamina y Nicolasito habían querido sorprender á su hermano, duró poco. Gritos agudos sucedieron al infernal concierto, y un instante después llegó, sin acallar sus lamentos, Nicolasito. Benjamina, en vez de compadecerlo, se sacudía de risa tras de él.

— ¿Qué hay, niño? preguntó alarmada la mamá.

— Juan Gregorio me tiró un zapato á la cabeza, contestó, llorando á lágrima viva, el chiquelo.

Oyóse entonces el ruido de la campana del portero, que anunciaba la entrada de un coche. Todos exclamaron agitados:

— ¡Ahí llega alguien!

Nicolasito sabía que lo harían callar, y seguía llorando.

— Toma y callate, le dijo, pasándole un franco, don Graciano.

El miedo de que llegasen las personas del carruaje anunciado á presenciar aquella escena de familia, lo azoraba.

Eran las dos rubias madrinas, dos hermanas,

muchachas graciosas y alegres, encantadas de representar un papel importante en la ceremonia. Al saludar buscaban con la vista si ningún joven de los padrinos estaba ahí. Vestidas de color rosado, llevaban á la izquierda un gran ramo blanco de flores, prendido por un broche de pequeños y relucientes brillantes, regalo de don Graciano, enviado á nombre de Mercedes.

— Papá y mamá nos dejaron para irse á la iglesia, dijeron, con su sonrisa de primavera, dando y recibiendo besos, á las señoras, cambiando con los hombres fuertes apretones de mano, con camaradería, á la norteamericana.

En ese momento entró Juan Gregorio. Llegaba vestido con no menos elegancia que sus cuñados; pero los ojos y el aspecto de fatiga que revelaba el rostro, no se armonizaban con la irreprochable frescura del traje.

— Traes una cara fiambre de trasnochado, le dijo Milagritos.

— Y tienes unos ojos de niño empachado, observó Jenaro Gordanera.

— Así mostraré el semblante de un hermano afligido por la separación de su hermana, contestó Juan Gregorio, aclarándose el pecho.

— Vamos á la lista, exclamó Cucho, pidiendo silencio. Después de la pareja de la princesa y el príncipe, seguirá nuestro querido suegro con la novia.

— Naturalmente, puesto que es él quien la da, interrumpió Juan Gregorio.

Las dos madrinitas se rieron, muy alegres.

— Seguirá después mamá con Jenaro, prosiguió Cucho.

— La unión fraternal, dijo Juan Gregorio; ¡parece el título de alguna sociedad de anarquistas!

— En seguida los esposos de Palomares y los de

Cuadrilla como hermanos de la novia. Luego el grupo de las madrinas con los padrinos.

— Yo con la princesita, los primeros, dijo Juan Gregorio, con una tos de importancia.

— Al fin las parejas de amigos, terminó Palomares.

— Entre las que vendrá la vieja Montignan, dijo Juan Gregorio, por lo bajo, á una de las rubias madrinitas: es ella la vieja bruja la que ha dado el golpe de casar á mi hermana; no la pierda usted de vista; es una casamentera notable.

Rosaura Fuenteviva entró á la sazón. Casi junto con ella entraron, uno después de otro, los tres jóvenes que, con Juan Gregorio, acompañarían á las madrinas. En la sala empezó entonces á reinar gran animación.

Todos conversaban á un mismo tiempo. Se había formado un grupo de las madrinas y sus compañeros, particularmente ruidoso.

Oyóse, en medio de las voces de los que conversaban, el anuncio de un nuevo coche, y un lacayo entró anunciando que llegaban sus altezas. El silencio fué instantáneo, como cesa el ruido de un chorro de agua del que una mano vigorosa cierra la llave. Con gran rapidez, los dueños de casa corrieron al vestíbulo y recibieron á las princesas con el mismo ceremonial que en la noche del contrato. La reunión tomaba desde ese momento un aspecto solemne. Mientras las princesas recibían el saludo de cada una de las personas presentes en la sala, Rosaura Fuenteviva se deslizaba por una de las puertas y subía con su agilidad de muchacha traviesa hacia el tercer piso.

A ese tiempo, la *primera* de Paquín, ayudada por otra muchacha de la tienda del costurero, daba los últimos retoques al traje de Mercedes. La chica se había dejado vestir, mientras su espíritu ausente, sumido en estoica tristeza, vagaba por el ancho espacio de su sueño de amor, circundado por todas partes de

luto. Cuando la *primera* y su ayudante se retiraron, prodigando mil cumplidos á la belleza de la novia y á la encantadora sencillez de su blanco traje, doña Regis entró á la pieza. Mercedes le echó los brazos al cuello. Un mudo abrazo, en el que cada una sentía palpitar el corazón de la otra. Al separarse, los ojos de la anciana y los de la chica estaban enjutos. La plegaria de la mañana había secado en ellas, con la resignación de almas profundamente cristianas, la fuente de las lágrimas. ¡Se haría la voluntad de Dios! Doña Regis se sentó, y á su lado, sobre una silla más baja, Mercedes, tomándole una mano. La chica habló, como reanudando una conversación interrumpida:

— ¿Ha pensado bien, abuelita? ¿No me acompaña?

— No, mi alma, ya te dije: sería para mí un martirio. Mi presencia en la iglesia no te será de ninguna utilidad. Con la prueba de cariño que me diste ayer, te lo repito, no me importa la afrenta que querían hacerme tus hermanas. Todos sabrán que tú les impusiste tu voluntad y que si no voy, es porque tú me lo permites. No, no, aquí estaré mejor, rogándole por ti á la Virgen.

Mercedes no insistió. Era un punto discutido ya largamente. La chica se había persuadido poco á poco que así era mejor. Paulatinamente también, y buscando un argumento propio para convencerse, se le ocurría que, no encontrándose su abuelita en la iglesia durante el casamiento, ella podría con más facilidad aislarse, concentrarse toda en sí misma. Temblando de emoción, agregaba en lo íntimo de su alma: « Pensar en él, que había sido tan noble y tan bueno con ella; pensar en él », se repetía, sin saber si, con decirlo, aliviaba ó hacía más cruel su sufrimiento.

Se habían quedado en silencio, comunicándose Su cariño y su tristeza por la presión de las manos entrelazadas: el silencio conmovido de las largas y dolorosas separaciones.

De súbito se abrió la puerta con violencia y vieron entrar á Rosaura.

— Linda, linda, exclamó abrazando á Mercedes; tu mamá te manda decir que bajes al instante; todos están esperándote en el salón.

Mercedes se había puesto de pie al ver entrar á su amiga. Sencillamente, cual si se tratara de un acto ordinario de la vida, se volvió hacia doña Regis, y con su voz apenas conmovida:

— Entonces, hasta luego, abuelita.

— Hasta luego, mi alma, murmuró la señora sin atreverse á mirar á su nieta.

— ¡Cómo! ¿Usted no viene á la iglesia? preguntó Rosaura.

— No, hijita, no voy.

La honda pena de la voz que dió esa respuesta, y la intensa mirada de dolor en los viejos ojos escaldados, causaron una profunda emoción á la muchacha. Ella se había propuesto ser alegre para quitar su amargura á la misión de que iba encargada; mas con la respuesta de la señora, no pudo proferir ni una sola palabra y siguió á Mercedes, que se había dado prisa de salir para abreviar aquel instante doloroso.

Mientras bajaban la escalera, vió Rosaura en el rostro de su amiga, en un pliegue casi imperceptible de los labios, el penoso esfuerzo por sujetar el llanto. Era preciso evitar á toda costa que fuese á llegar llorando á la gran sala.

— ¿Sabes, linda? Papá ha dispuesto salir esta noche con la familia y embarcarse pasado mañana. Dice que es mejor llegar un día antes para que no haya apuro.

— Tiene razón, dijo Mercedes, bajando lentamente.

— De modo, hijita querida, que yo desapareceré en la estación, cuando todos estén en el tren, y Demetrio me esperará en un coche.

No obstante su preocupación personal, Mercedes tuvo un sobresalto de sorpresa y se detuvo.

— ¡Por Dios! ¡Rosaura, eso sería un crimen, no me lo digas!

— ¡Eh! Si es un crimen, seré criminal; no hay remedio. Guárdame el secreto.

XXV

Llegaban las dos muchachas á la gran sala. Al ver á Mercedes, las conversaciones cesaron. Ella pasaba en ese instante por el sobrecogimiento de terror que debían sentir en el dintel del cuarto del suplicio los infelices condenados á la tortura. Entraba como una aparición de sueño, adelantándose con el paso incierto del sonambulismo que producen las emociones violentas. Después del saludo á las princesas, doña Quiteria se acercó á la chica para arreglarle algunos pliegues del vestido. La señora se arrepentía de haber respetado la modestia de Mercedes y que no fuese el traje de la novia de una riqueza deslumbradora. Stephan, rendidamente, besó la mano á la joven, y luego siguieron las salutaciones de los demás. Todo pasaba correctamente, con gran dignidad, sin que nadie, fuera del novio y de la familia, pudiese sospechar en los risueños semblantes, en medio del esplendor de la sala, el silencioso drama que presenciaban.

Cucho Palomares dió la señal de la partida, adelantando hacia la princesa madre y haciéndola un gran saludo.

— Cucho se cree ya gran chambelán de la corte de Kœspinsgbrück, dijo Juan Gregorio á su tío Jenaro, por lo bajo.

Gordanera respondió con una sonrisa de desprecio. Todas aquellas gentes le parecían locos de atar. « ¡Qué empeño de gastar plata! ¿Para qué tantas flores, tanto lujo de trajes, tantos criados de costosa librea? ¿No podían casarse tranquilamente? » Y en respuesta á esas preguntas tácitas, pensaba en la necedad de los Canalejas, que se figuraban ser sus herederos. « ¡Yo les había de dejar un centavo, para que lo tirasen por la ventana! » Y se reía con maligna satisfacción, en sus adentros, del chasco de sus parientes si él llegase á morir antes que ellos.

Todos se habían puesto en movimiento. Llegados al vestíbulo, en procesión, Cucho empezó á dar las órdenes, por medio del ujier del Ministerio de Negocios Extranjeros, para que avanzasen los carruajes en el orden designado de antemano. Así fueron saliendo: los de menos categoría primeramente, para esperar á la entrada de la iglesia; los de más importancia después, hasta que subieron á un gran landó las dos princesas y el novio. Fué un espectáculo esencialmente parisiense. El gran movimiento de carruajes en el patio; el lujo de los cocheros y lacayos; el brío de los caballos, que llegaban con fogosos saltos al pie de la escalinata del vestíbulo, formaban un cuadro de ostentación y de riqueza, que los paseantes, agrupados á un lado y otro de la puerta del hotel, miraban y discutían con sorda envidia.

La servidumbre del hotel, asomada por puertas y ventanas, contemplaba con curiosidad los movimientos de aquella elegante reunión de los privilegiados de la fortuna; admiraba los vestidos, seguía con la vista las flotantes plumas de los grandes sombreros. Desde un rincón del patio, el cocinero en jefe y sus ayudantes, todos de blanco, cubierta la cabeza con sus gorros blancos también, se habían unido á la curiosidad general.

Desde su ventana, doña Regis no pudo resistir al

triste consuelo de ver salir del hotel el coche que llevaba á su nieta. Había sostenido una lucha mortificante para no abrazarla cuando Mercedes le dirigió las breves palabras de despedida. No quiso exponerla á enternecerse. Pero ahora se arrepentía de haberla dejado partir así. Á lo menos vería el carruaje que la llevaba, tal vez su bulto blanco á través de la vidriera del landó. La pobre anciana sentía como si tuviera el corazón anegado en un mar de lágrimas. Al trote de los corceles impacientes vió salir el coche, siguiendo á los otros, y muy luego lo perdió de vista. Al cerrar la ventana, sintió la horrenda soledad del que se queda, después de una de esas despedidas que destrozan el corazón. Era el aislamiento frío de la vejez abandonada, de la vejez que encuentran molesta las jóvenes generaciones de sus descendientes; la condenada á ver alejarse, indiferentes, á hijos y á nietos, como los pajarillos que desertan del nido, tras de sus ambiciones, de sus placeres, de sus sueños, sin cuidarse de los que dejan atrás, cargados de años, que necesitarían oir cerca de sí alguna voz cariñosa, en el silencio de sus almas. Bajo la pesadumbre de su pena, la señora se desplomó sobre su reclinatorio, juntando las trémulas manos en muda oración, á los pies del crucifijo, que parecía extender sus brazos rígidos sobre las miserias del mundo. «¡Señor, Señor! ¡Hágase tu voluntad omnipotente!»

Los carruajes, mientras tanto, con su carga de seres contentos, corrían, al trote largo de los caballos, hacia la iglesia de la Magdalena. Don Graciano, inspirado por la de Palomares y la de Cuadrilla, había pagado los derechos á su parroquia, á fin de que el casamiento religioso fuese celebrado con toda pompa en el templo más elegante de París.

Sobre la inmensa gradería, la alfombra roja de las grandes ocasiones trazaba un ancho camino á los de la comitiva. Apiñada delante de la reja, la heterogé-

nea turba parisiense analizaba, discutía, criticaba ó encomiaba á los que veía ascender, en acompasada marcha, hacia el gran pórtico, que cierra la perspectiva de la calle Real con su estructura pagana de moderno Partenón.

Nadie podía entrar, sino los que presentaban una tarjeta de convite. La iglesia, sin embargo, estaba llena. Las sillas, distribuídas en hileras, marcaban el recinto que debían ocupar los convidados. En los espacios laterales se agrupaba la comparsa profesional de los grandes casamientos. Las *primeras* de los más afamados sastres de señoras; las *primeras* de las grandes modistas; los dibujantes de modelos para trajes femeniles y para periódicos de modas; los artistas en joyería y en adornos. Toda esa falange de obscuros artistas, cuya modesta y paciente labor sostiene la indisputable supremacía con que París dicta sus leyes de refinada elegancia al mundo entero, tenía ahí sus representantes. Los cronistas de diarios, lápiz y cartera en mano, anticipaban sus notas sobre la marcha del séquito nupcial, tomaban breves apuntes sobre la fisonomía de la concurrencia, sobre los trajes más sobresalientes; apuntaban los títulos y los nombres de las personas de distinción que habían de dar su sabor de buen tono á la descripción de aquel casamiento *sensacional*.

Desde la llegada del primer carruaje del hotel Canalejas, había circulado entre la muchedumbre de la iglesia el estremecimiento de curiosidad con que parecen despertarse los que han esperado largo rato el principio del espectáculo prometido; las cabezas, buscando espacio para la vista, se alzaban las unas tras de las otras. Algunas muchachas suplían la deficiencia de estatura, subiéndose sobre las sillas. Los suizos, con el gran sombrero apuntado, arrogantes con sus galoneadas casacas de amplios faldones, ostentando sobre el pecho el ancho tahalí bordado, del

que pendía la inofensiva espada, bajaron del coro y pasaron, solemnes, por la calle del medio, con sus largas alabardas al hombro. Los ojos de los concurrentes los seguían en su marcha hacia la gran puerta del templo, donde se formaba el séquito para la entrada solemne. Aquel principio de la ceremonia, impacientemente esperado, hacía correr una sensación visible de bienestar por la concurrencia.

Y se oyó al fin el gran órgano, atronando los ámbitos de la vasta nave con una música desconocida. En vez de la marcha clásica de Mendelshon, ú otra de acompañamiento, familiar para los que asisten á las procesiones matrimoniales, el himno nacional de Rœspingsbrück, estudiado por encargo de Cucho Palomares, fué modulado por los tubos sonoros del grave instrumento. Un instante de indescriptible curiosidad agitó á la concurrencia. El grupo de los que componían la procesión se desplegaba con señoril aparato, y emprendía, en el orden indicado por lista de Palomares, su marcha hacia el altar mayor, donde Napoleón el Grande, en el centro de un cuadro de pintura, volviendo con poco miramiento la espalda al público, nuevo santo en el calendario de la idolatría popular, sube al cielo.

Una vasta fotografía instantánea podría únicamente dar idea de la inmovilidad atenta con que todos aquellos ojos, con que todos aquellos rostros de distintas edades, concentraban su poder de observación sobre el ceremonioso desfile. El aliciente que tiene para los habitantes de París el espectáculo de un casamiento en las altas esferas sociales, con su ostentación de riqueza y de refinada elegancia, se hallaba esta vez realzado por la presencia de las tres altezas extranjeras. Ver á las princesas, ver al novio, que daba el brazo á su augusta madre, á la cabeza de la brillante columna, precedida por los suizos al acompasado son de sus alabardas, era el ansioso

y general empeño. Al avanzar del séquito, en el grupo de las madrinas, la esbelta figura de la princesa Thyra hizo profunda sensación. Los ojos la escudriñaban, la desmenuzaban con tan vivo interés, como hicieron con la diáfana belleza de la novia. La rubia hermosura del Norte, con su leyenda susurrada entre las risitas entendidas de la maledicencia, les parecía circundada de una extraña aureola de singular personalidad. Con la altiva cabeza erguida en su orgullo de casta, la princesa Thyra pasó, dejando en los ojos de hombres y mujeres, de viejos y de jóvenes, la luz de un meteoro, ante el que han palidecido las estrellas. Nadie vió á su lado á Juan Gregorio, ni la risueña mirada de muchacho burlón con que él saludaba, al pasar, á las personas conocidas. Tras del grupo de las madrinas, debían seguir Nicolasito y Benjamina, precediendo inmediatamente las parejas de amigos. Entre ellas figuraba, conspicua, la condesa de Montignan, del brazo de un viejo noble convidado para prestarle el apoyo de su brazo. Los chicuelos, á favor de la confusión, en vez de ocupar el puesto que se les había señalado, se colocaron tras de la condesa, y, no bien empezaba la señora á repartir sonrisas agridulces en su marcha, sintióse fuertemente detenida por los pisotones, sobre el borde de sus faldas, que, al descuido, empezó á darle Nicolasito. Al segundo pisotón, volvióse hacia atrás furiosa la noble dama; pero no pudo atribuir á malevolencia su percance, al ver la actitud de inocente contemplación que habían tomado los dos chicuelos, con la vista fija sobre el techo de la iglesia.

Los sacristanes, vestidos de negro, con sus cadenas de plata sobre el pecho y sus bastones anchos, como vainas de espada, ayudaban al maestro de ceremonias á mostrar sus sitios á las parejas de la comitiva. La princesa madre, en un gran sillón dorado, más alto que los otros, parecía presidir el acto reli-

gioso desde un trono. Hubo una emoción visible entre los que más inmediatos al coro se encontraban, al ver la blanca figura de la novia bajo el transparente velo, guiada por el maestro de ceremonias, colocarse en una de las poltronas con reclinatorio al frente del altar. Con su aire resuelto de gran señor, seguro de sí mismo, se vió también que el príncipe Stephan ocupaba la poltrona de la derecha.

Desde el primer momento, Milagritos y Cucho daban muestra de que más les preocupaba la concurrencia que lo que iba á pasar en el altar. Á cada instante, cual si hubieran convenido hacerlo por turno, volvían la vista hacia atrás para darse cuenta de las personas de la nobleza que habían acudido al convite. También don Graciano miraba á veces hacia el público. Por uno de esos vuelcos del corazón, tan frecuentes en las personas nerviosas, sus temores, adormecidos en la mañana, venían, sin nueva causa, á sacarlo del sueño de grandeza en que su alma se mecía.

El temor de una posible indiscreción de Sagraves le hacía de nuevo discurrir el frío del miedo por las venas, como en presencia de un gran peligro. Y ese antojadizo temor, nacido en su cerebro impresionado, volvía hacia él con la acción convergente de una fuerza centrípeta, aumentándose hasta las proporciones del pánico que engendra la manía de la persecución; mientras que á su lado, plácida en la beatitud de su contentamiento, su mujer pasaba en revista, con miradas al soslayo, á las grandes damas que formaban las primeras filas de los invitados, arrullada por el júbilo inocente de encontrarse la más bien vestida de todas.

En el recogimiento de la curiosidad, un solemne silencio reinaba por el vasto templo cuando el cura principió su alocución. De un exordio de cristiana elocuencia sobre la santidad del lazo que iba á unir

á los desposados, la palabra del sacerdote bajó, con diestras gradaciones, á las circunstancias que revestían de prestigio especial el acto que ahí se celebraba. La tradicional grandeza de la casa soberana de Rœspingsbrück abrió al orador un campo fecundo de reminiscencias históricas. Al grito heroico de Dios lo quiere, « con la roja cruz al pecho, los Rœspingsbrück habían seguido la bandera de Pedro el Ermitaño á la conquista de Jerusalén. Imitando ese insigne ejemplo, sus descendientes, de generación en generación, habían lidiado por la causa del Redentor. Con piadoso celo habían resguardado sus dominios del huracán de impiedades desatado por Lutero; y en medio de los sacudimientos del mundo moral, más devastadores que las agitaciones políticas de los tiempos modernos, los Rœspingsbrück han conservado en toda su pureza la primitiva fe católica de sus dominios. Por un favor providencial, la bendición celeste iba á unir ahora al noble vástago de esa raza esclarecida, con la gracia y la pureza de una hija de ese continente hispano-americano, con que el genio de Colón dotó á la católica España; de aquella tierra que guarda como la más preciada de las portentosas riquezas de su suelo, la majestad augusta de la fe cristiana que le llevaron envuelta en sus gloriosos pendones los conquistadores. Esos auspicios eran una promesa de segura felicidad para los que se unían ahora con el lazo indisoluble que sólo puede desatarse en el cielo ».

No llegaban distintamente á oídos de Mercedes esas frases ni las exhortaciones á los nuevos esposos, que con ellas iban entrelazadas, sobre la caridad cristiana que les cumple practicar. Era la infatigable tarea de la Iglesia por el perfeccionamiento humano, la eterna cruzada en la conquista de las almas en la cruda lucha de la vida, con la recompensa del perdón, allá en la existencia perdurable, que ha de poner término á

las pasajeras agitaciones humanas. La chica se aislaba en su dolor, oraba con devoción intensa, pidiendo al cielo la conformidad para su alma destrozada. En su fervorosa plegaria ponía esa pobre alma á los pies de la Virgen, que le aparecía como rasgando la intensidad del éter, sobre su altar de luces y de flores. Le pedía el poder de olvidar, la unción que anonada al ser terreno en la majestad divina, el desprecio de las dichas, la fortaleza de sobrellevar con espíritu cristiano las amarguras de la tierra.

Un estremecimiento semejante al de los « movimientos diversos » de las asambleas políticas se notó entonces en la concurrencia. El cura había terminado su alocución, y la misa empezaba poco después con las majestuosas invocaciones del gran misterio eternamente renovado.

Desde ese instante, las armonías del órgano y de la orquesta, los cánticos del coro y del altar, las blancas nubes de incienso que llegaban á rodearla, los movimientos de los oficiantes y de sus acólitos, transportaron el espíritu de la chica á las confusas regiones en que parece vagar el de los hipnotizados. Abríanse para ella las puertas de un mundo fantástico en el que el duro lazo de la realidad sujeta el alma, sin embargo, á las preocupaciones de la vida.

Con el « Ave María », que la voz del barítono Renaud elevaba al cielo en modulaciones casi sobrehumanas, Mercedes imploraba á la Virgen que le arrancase en aquel instante la existencia y dejara volar su alma, purificada por dolor, á las regiones prometidas de la eterna bienandanza. Pero la juventud recobraba pronto su imperio. Eran cantos de dicha terrestre los que por instantes hacían resonar su alegría en el ancho espacio perfumado de incienso. « Patricio la tomaba de la mano, le infundía, con el amoroso magnetismo de su mirada, el valor de huir con él á un mundo desconocido; se sentaba á sus pies y arrullaba

su éxtasis de dicha con las mismas palabras de amor que en el tiempo feliz se repetían de consuno. » Así pasaban los instantes en esa alternativa de adoración celestial y de terrestre alucinamiento. Así seguía en maquinal sonambulismo las indicaciones para ponerse de pie, luego para sentarse, hechas por el maestro de ceremonias con respetuosos saludos. Así llegó al momento en que vió delante ella al sacerdote y á sus acólitos; en que sintió, sin mirar, á un hombre de rodillas á su lado; en que oyó como una voz lejana preguntarle si tomaba por esposo á S. A. serenísima el príncipe Stephan de Rœspingsbrück, y que una fuerza invisible le anudó la garganta sin dejarla proferir palabra alguna. En un ruido confuso de la voz lejana oyó repetirse análogas preguntas al hombre que estaba á su lado, seguidas de un *sí* claro y sereno. Como en sueños, se dejó pasar un anillo en la mano izquierda, y vió alejarse, cada vez más confusas, las personas que tenía delante de sí. Lo demás de la augusta ceremonia fué para ella la mortificación de un sueño confuso en el que las realidades toman formas incomprensibles, causando en el espíritu embotado una sensación de intenso sufrimiento.

Al fin se hizo un gran silencio. Los oficiantes, al son de órgano, se retiraron en procesión, precedidos por la cohorte de monaguillos, guiados hacia la sacristía por los suizos al golpe de sus alabardas sobre el suelo. Al mismo tiempo un movimiento general se producía en toda la iglesia. La concurrencia entera estaba de pie. El maestro de ceremonias delante de los recién casados saludaba para que lo siguiesen. Mercedes, inmóvil, pareció no tener conciencia de lo que se exigía de ella. Su hipnotismo se disipaba con las últimas notas del órgano, dejándole en la cabeza un vacío de aturdimiento. Apenas si vagamente una sensación de terror la despertaba á la realidad. La voz del maestro de ceremonias le indicó lo que debía hacer.

— Alteza, sírvase tomar el brazo de su alteza.

Stephan le ofrecía su brazo. El incidente sólo duró unos segundos. Los desposados siguieron al maestro de ceremonias hacia la sacristía. Tras ellos los de la procesión de la entrada, Canalejas, dando el brazo á la princesa madre, formaron séquito. Los invitados se apresuraron á tomar el mismo camino, empeñándose los de atrás en ganar terreno, pasando sobre las sillas: una especie de asalto, apenas refrenado por una sombra de buena crianza.

Al entrar á la sacristía, Juan Gregorio empinándose al oído de la princesa Thyra:

— Demasiado largo, princesa; ¿no le parece? El cura, con su alocución, me tuvo entre el enternecimiento y el bostezo: yo creo que acabé por lo último.

— Así lo vi; me pareció muy impertinente. Yo encontré que era todo muy divertido.

Las familias se habían puesto en fila delante de la pared: los padres, los novios, los hermanos y los parientes.

Entonces empezó el lento desfile de los convidados, los saludos ceremoniosos, los apretones de manos, las calorosas felicitaciones.

La sacristía se llenó de gente en pocos momentos. A favor del tumulto, Benjamina y su hermanito se desprendieron de sus puestos y buscaron alguna ocupación más entretenida. Sabiendo que los desposados, los padres y los testigos, tendrían que firmar la partida de casamiento en los registros antes de retirarse, encontraron muy gracioso esconder los tinteros y las plumas, preparados sobre una mesa con ese objeto.

Llegado el momento de las firmas, hubo grande agitación entre los empleados de la iglesia al encontrar que tinteros y plumas habían desaparecido. Los chicuelos observaban la escena con regocijo extremo,

desde lejos, tras de un grupo de personas que aún quedaban en la sacristía. Al fin todo fué encontrado en un rincón; pero el disgusto de don Graciano por aquel contratiempo en presencia de las princesas, disminuyó el importe de las propinas á los encargados de los registros. Doña Quiteria encontraba muy ingeniosa la farsa de sus malvados chiquillos.

Los novios y su séquito aparecieron por fin en la iglesia. Bajando por el medio de la nave, al son del himno de Rœspingsbrück, se dirigieron en procesión á la entrada principal, abierta de par en par. Los convidados, al salir de la sacristía, se habían reunido nuevamente en el templo para presenciar el pasaje de los de la boda.

Con la demora causada por la firma de los registros, muchos hombres se habían retirado; pero la concurrencia de mujeres estaba ahí, ávida todavía de contemplar á los novios; de volver á analizar los trajes y los sombreros de las demás; de hacer observaciones y críticas; de buscar inspiraciones para sus propios vestidos y sombreros. No era ya el recogimiento forzado de la misa. Era la charla susurrada al oído, la risueña murmuración sobre las ridiculeces en contorno. Algunas encontraban que la novia, juntamente con su aire obligado de modestia y de pudor, tenía ya, bajo la nube transparente del velo, un modito de mirar y de levantar la frente como si se oyera llamar Su Alteza. « Pero está linda », agregaban para atenuar su crítica.

— Y él, mi querida, tiene el aire conquistador de un gallo que hace su entrada al gallinero.

— ¡Un hombre á quien le dan una linda muchacha y un saco de oro para pagar sus deudas!

Otra agregó, como en secreto :

— Y que, á más de eso, conserva su querida.

— ¡Chito! No sea usted mala lengua; eso no puede ser cierto.

— Mi marido lo oyó anoche en el club; no es un secreto.

— ¡Oh, los hombres! ¡Qué monstruos!

Pasaba, solemne, en ese momento la boda. Todos, excepto Mercedes, con semblantes risueños, inclinábanse á los saludos que se les hacían.

La turba de curiosos, á la salida, había aumentado sobre la inmensa escalinata de la Magdalena. Desbordando sobre la vereda, al exterior de la reja que circunda todo el frente del templo, los que no encontraban colocación habían ido á reunirse del otro lado de la calzada del boulevard. Ahí como en las gradas se agitaba un mar obscuro de seres humanos. Á la aparición de la boda, esa enorme reunión de gente se movió como las gruesas olas que empieza á agitar el viento. Al esfuerzo de los de atrás, para alcanzar á ver á los que salían de la iglesia, los de adelante resistían á duras penas.

La bajada del pórtico á la vereda fué la gran emoción de los espectadores. Esa blanca visión, que descendía lentamente del brazo del esposo, bajo la vaporosa nube del velo, esbelta y graciosa en el andar, con su visible turbación en el resplandecimiento de su juventud y de su hermosura, « debía ser en aquel instante, pensaban muchos al verla pasar, uno de los seres más felices de la tierra ».

Inmediatamente, después de los novios, bajaba con la majestad de su larga barba bien teñida, dando el brazo á la princesa madre, don Graciano. La reacción había vuelto á su ánimo amilanado. Bajo el cielo ligeramente cubierto, respiró á plenos pulmones el aire fresco, sintiendo, como si dominara la masa compacta de espectadores, al pensar que ahora podía decir: « mi hija, la princesa ». Y cual si aquella reunión de pueblo parisiense, en la que la risa y el chiste conservan siempre sus derechos, adivinara los vapores de orgullo que desvanecían al padre de la

novia, las cuchufletas humorísticas lo hicieron el punto de mira de sus tiros.

— Mira, el alto teñido debe ser árabe, dijo un obrero.

— Le falta sólo el manto blanco y el turbante, apoyó un pilluelo.

— Debe haberlos dejado en la sacristía; anda á buscarlos.

— No conozco al cura; yo no ando con los de solideo.

Entre los circunstantes estalló una franca risotada. Una risa inofensiva de gente alegre, que se ríe por el expansivo gusto de reir.

Con grandes esfuerzos, en ese momento, los soldados de policía dejaban el espacio libre para los carruajes delante de la reja. El de los novios, un cupé flamante, el cochero y el lacayo vestidos de librea obscura, con pequeños ramos blancos sobre el pecho, llegó á la puerta, al trote contenido de su tronco de caballos, que parecían, con sus saltos y sus pescuezos en arco, orgullosos de mostrar su garbo. Entre murmullos de aprobación los novios entraron al carruaje, sonó con un golpe seco la portezuela, saltó el lacayo al lado del cochero, y partió el cupé con rápida marcha hacia la plaza de la Concordia. Los demás coches, por orden de precedencia, siguieron uno tras otro.

Durante la marcha hacia el hotel, Stephan quiso decir algún requiebro á la chica, tomándole con galantería una mano. Mercedes la retiró sin afectación, fingiendo no haber oído lo que se le decía. El príncipe se sonrió, picado.

— Princesa, tendremos que cambiar esos modos, dijo con su suficiencia de gran señor, acostumbrado á dominar.

Rígida sobre su asiento, la joven siguió como si nadie estuviese al lado de ella.

En ese silencio, presagio de tempestades, entró el carruaje en el patio de la casa.

En las grandes salas de recibo, atestadas de enormes ramos de flores blancas, algunas familias de convidados habían precedido la llegada de los novios. Entre ellas, los Fuenteviva se encontraban ahí para recibirlos.

Sabía Rosaura que su amiga, al volver de la iglesia, necesitaría de una persona que le abriese los brazos y le evitase los primeros momentos de la embarazosa situación en que habría de encontrarse.

La presencia de las otras familias, que ya aguardaban la llegada de la nueva princesa, facilitó á Rosaura su propósito. Mezclándose á la familia Fuenteviva en el vestíbulo, los demás colmaban de felicitaciones á la novia. Sin que pareciese intencionalmente, la chica se apartó de los demás con Mercedes, mientras Stephan, dándose aires de dueño de casa, hacía los honores á las visitas y recibía las felicitaciones de los que iban entrando.

Muchas de estas personas no encontraban otro medio de entablar conversación, después del saludo, que el informarse con fingido interés de la salud del príncipe heredero.

— ¡Oh! Restablecido, completamente restablecido, respondía Stephan, conservando con esfuerzo su seriedad.

Las salas se llenaban con rapidez á medida que iban llegando los de la iglesia. La princesa madre, á quien respetuosamente preguntaban las señoras por su primogénito, aseguraba que el príncipe había tenido tal vez un romadizo, exagerado por los diarios á las proporciones de una pulmonía. Don Graciano, la de Palomares y la de Cuadrilla, celebraban la tranquilizadora noticia con forzada sonrisa de complacencia. El trono se alejaba de Mercedes en seguida de las bendiciones.

Muchos había también que, por mostrarse amables con la princesa Thyra, le repetían la misma pregunta, no obstante que acababan de hacerla á la vieja princesa.

— ¡Oh! Nunca ha estado enfermo. Es en París donde hemos encontrado esa noticia.

Respondía con cándida sonrisa, con un acento de gratitud que le conquistaba los corazones.

— Siempre se ha *portado como el puente Nuevo*, añadía Juan Gregorio, tosiendo con aire de malicia.

Fué un momento de noble emoción, cuando las dos princesas estrecharon en sus brazos á Mercedes, en la gran sala, de vuelta de la Magdalena. Los circunstantes vieron en los besos con que colmaron á la desposada, la consagración de la nueva princesa, en la superior esfera de los descendientes de los cruzados. Así lo estimaron, sobre todo, don Graciano y los suyos.

Canalejas tomaba ya un aire de respetuosa confianza cuando hablaba con la vieja princesa. Doña Quiteria le ofrecía acompañarla donde los costureros más afamados de París. Quería también que Milagritos le hiciese indicación para que llevase de París el ajuar de la princesa Thyra, puesto que se decía que estaba comprometida para casarse. En su júbilo, la señora sentía ímpetus de ofrecer ella misma los vestidos para la novia.

— No, mamá; no vayas á hacer esa tontería, le aconsejaba Milagritos con autoridad.

Penetradas de súbita ternura fraternal, Milagritos y Dolorcitas no se apartaban de Mercedes, y llegaban á cada momento á presentarle á todas sus amigas *chic* por sus títulos ó por su riqueza. Como no era posible que la nueva duquesa de Vieille-Roche se adelantase la primera á saludar á la nueva princesita, sus hermanas persuadieron á Mercedes que fuese ella á darle la bienvenida.

— No me dejes, dijo Mercedes á Rosaura, siguiendo á Milagritos.

La altiva duquesa felicitó á la novia con una sonrisa que jamás había dispensado á sus hermanas. La sonrisa de la aristocrática dama marcó perfectamente la diferencia entre éstas y la nueva princesa. Con su hábito de la etiqueta social, trató á la joven como á una de *su mundo*, al paso que mantuvo á las hermanas á cierta distancia. El marqués de Varielle-Landry, con su brazo en ángulo, como si acabase de soltar el perrito de la duquesa, fué también más expresivo en su pálida sonrisa.

Al ver el grupo que formaban, Cucho Palomares corrió hacia ellos deseoso de mostrarse familiar con los nobles huéspedes; pero sólo obtuvo un semisaludo de la duquesa, mientras que Varielle-Landry le pasaba dos dedos de la mano izquierda, que él estrechó con orgullo. Cucho se quedó ahí muy pocos minutos. Su gran preocupación en aquel momento era que los convidados pudiesen ver los famosos encajes de los príncipes reinantes de Rœspingsbrück. Benjamina, al cabo del deseo de su cuñado, enviaba á cada instante á Nicolasito para que se colocase de modo á impedir la vista á los famosos encajes. La indignación de Cucho y sus manejos para alejar al chico la divertían en extremo.

Mercedes, durante aquel tiempo, esperaba el momento oportuno de ir á abrazar á su abuelita. Sus hermanas le decían que era de su deber no ausentarse del recibo antes que todos la hubiesen felicitado. « Es preciso, le decían, mostrarse á la altura de la encumbrada posición en que ahora te encuentras. »

Rosaura se encargó de espiar la ocasión propicia. Sin duda que sería cuando los convidados invadiesen el comedor, donde la mesa de once los aguardaba con lo más exquisito que Potel y Chabot eran capaces de guisar. La gran mayoría de las señoras, aguijoneadas

por el impaciente apetito femenil, ansiaban que llegase ese momento. Mas ninguna se atrevía á traspasar la puerta del comedor, hasta no recibir para ello la indicación de los dueños de casa. Por fin Canalejas ofreció su brazo á la vieja princesa y la condujo á una mesa privilegiada, en la que la de Vieille-Roche, la de Montignan, Varielle-Landry, Milagritos y Guy de Morins, estaban designados para acompañarla. Esa fué la señal de la invasión del comedor. Los convidados desertaron los salones y se lanzaron con hambrienta solicitud sobre las viandas.

— Vamos, vamos ahora, dijo entonces Rosaura á su amiga; nadie notará tu ausencia.

Mercedes la siguió temblando de emoción. Le parecían largos días las pocas horas que había estado separada de la señora. Sentía como si los sacudimientos por que acababa de pasar su alma hubiesen durado un tiempo infinito. Las plantas exóticas, las flores raras que, para festejarla, adornaban la hermosa escalera, le parecieron un sarcasmo ante el duelo que enlutaba su corazón. Pensaba con cuánta más alegría que las flores, engalanaban esa escalera los recuerdos con que volvía á la casa después de sus conversaciones con Patricio. Todo ahora le parecía respirar tristeza en torno suyo.

Rosaura veía el enternecimiento en la expresión de su rostro.

— Cuidado, linda; no vayas á ponerte á llorar ahora al abrazar á tu abuelita. Acuérdate que tienes que volver abajo.

La chica golpeó á la puerta, y la abrió al oir la voz de la anciana. Desde que había visto llegar los primeros coches de la iglesia, la vieja señora esperaba inquieta. Tenía la seguridad de que Mercedes subiría sin tardanza á abrazarla. Sin darse cuenta de que la etiqueta le impediría durante largo rato dejar á los convidados, doña Regis encontraba el tiempo inter-

minable. Felizmente para ella y Mercedes, la presencia de Rosaura refrenó en una y otra toda muestra de la aflicción de que se sentían embargadas. Rosaura se puso á describir el casamiento, ridiculizó algunos trajes, imitó las monerías de las muchachas que habían hecho la colecta, y el desairado papel de los mozos que las acompañaban; habló de las cruzadas y de Pedro el Ermitaño, imitando la voz del cura, y acabó, con sus saladas ocurrencias, por hacer sonreir á la vieja y á la joven. Na Justina, que había acudido á abrazar á *la niña*, celebró las ocurrencias de Rosaura con una ruidosa carcajada, y declaró que *la niña* no había cambiado en lo menor con haberse convertido en princesa.

Después de esto, la chica Fuenteviva se llevó á Mercedes. Dijo haber prometido á doña Quiteria hacerla volver inmediatamente.

— Yo me encargo de traérsela más tarde, cuando venga á cambiarse de traje, dijo á doña Regis.

En el descanso de la escalera, Rosaura se detuvo. Sus ojitos negros brillaban de juventud y de malicia.

— Princesa linda, déjame abrazarte. Estás ideal. No más aflicciones. Ya no hay remedio. Serías una tonta si te echases á muerta. Eso sería sacrificarte dos veces. La vida es una comedia, en la que es preciso hacer el papel más alegre que sea posible. Yo soy de la opinión de Juan Gregorio: corta y buena. Si es larga y buena, tanto mejor.

— Muy fácil es decirlo, exclamó Mercedes, levantando los hombros en actitud de irreparable desolación.

— Y practicarlo. Para que veas que yo soy consecuente con mis teorías, te voy á confiar mi último secreto.

— Esta noche es nuestra fuga. Saldremos todos de casa para tomar el tren que va á Génova, de donde debe zarpar el vapor en el que tiene papá tomados

los pasajes. En la estación, yo esperaré hasta que falten pocos minutos para la partida del tren, y me escabulliré entonces con cualquier pretexto. Cuando me echen de menos, ya no podrán bajar, porque el tren se habrá puesto en marcha. Demetrio me estará esperando en un coche y ¡abur! En la misma noche nos pondremos en viaje para Londres, donde Demetrio tiene todo preparado para que nos casemos, y dentro de pocos días seré madame Vasilipowich. ¿Eh? ¡Eso sí que es romántico! ¡Y divertido! Ah, Demetrio y yo nos vamos á reir como dos jorobados: sobre todo del otro lado del canal, cuando se nos haya pasado el mareo.

Mercedes estaba abismada con la alegre serenidad de su amiga. Rosaura contaba aquello con la complaciente verbosidad de un colegial que refiere una chistosa travesura.

— ¡Por Dios! ¡Rosaura, no cometas esa iniquidad! Hazlo por mí. ¡Serás desgraciada toda la vida!

Con cariñosa solicitud le tomaba las manos; salía de su doloroso entorpecimiento para conjurar á su amiga «que no se perdiese, que no causara tan espantosa desesperación á sus padres». Pero Rosaura no se mostró de ninguna manera impresionada por el encarecimiento con que su amiga trataba de persuadirla.

— Bajemos, querida; ya estarán extrañando no verte en los salones.

Y después, mientras bajaban, á la insistencia de Mercedes para que abandonase su temerario proyecto:

— No, no, hijita, nadie me hará desistir. Jamás podría acostumbrarme en mi país. Tanto peor. No es culpa mía. ¿Para qué me trajeron aquí cuando apenas tenía cinco años, so pretexto de educarme?

Suspirando á la visión de dicha irrealizable:

— ¡Ah! y yo que me habría ido contenta si me hubieran dejado irme con mi abuelita.

— Sí, tú te habrías ido; pero tú, hijita, eres una perfección. La abuelita te ha educado para vivir en aquella tierra. Tú has estado siempre viviendo en tu patria y no en París. Hasta tus amores tienen el romanticismo de *por allá*.

Iban entrelazadas, bajando lentamente. Rosaura mantenía su brazo alrededor de la cintura de su amiga. Esta, más alta, como una flor que se doblega al soplo del viento, se apoyaba sobre el hombro de la chica.

— ¡Oh! yo no soy una excepción.

— Pregúntale á cualquiera de nuestras compatriotas si querrían irse. Oye lo que dicen las que se han ido, después de vivir algún tiempo por acá: todas querrían volver.

« Ahí estaba el mal, aseguraba Rosaura: traer á la familia chica, so pretexto de educarla en Europa, cuando en realidad son los padres, ansiosos de venir á dar un paseo por este *gran* mundo, al que pronto le toman tanta afición que prolongan en él cuanto pueden su permanencia, sin darse cuenta de que están formando hijos europeos, con gustos, con educación, con costumbres que no han de poder aclimatarse en aquellas sociedades, donde se les ve llegar con desconfianza, donde se les recibe casi como á extranjeros, donde se exageran sus críticas si las hacen, ó se les acusa de hipocresía si alaban las cosas del país. »

Se había detenido Rosaura desarrollando sus teorías en pocas palabras, en fórmulas pintorescas, resumen de conversaciones pasadas. Las apoyaba en ejemplos recientes y pretéritos, en la propia observación y en lo que había oído cien veces á compatriotas llegados de allá, muchos de ellos de escasa fortuna y muy contentos de venir á gastar en París cuanto tienen.

Pero Mercedes estaba distraída. Oía el ruido de

las palabras sin penetrarse de su significado. Se perdía en las evocaciones levantadas en su memoria, como nube que tiñe de rosa el sol naciente, por esta frase de la singular muchacha: «Hasta tus amores tienen el romanticismo de por allá.»

Medio confusa, en un instante de silencio, dió otro giro á la conversación, en voz baja, ruborizándose.

— ¿Cuándo vas á ver á Patricio?

Rosaura la estrechó con entusiasmo.

— Acabáramos. Al fin dejas hablar á tu corazón. Ya estaba creyendo que con las bendiciones te ibas á envolver en escrúpulos necios y á desterrar de tus labios ese nombre.

— ¡Oh! ¡Jamás! Siempre te lo he dicho. Él será mi único amor. Hoy, al pie del altar, lo volví á jurar. Nadie pudo oirme que contestase á la pregunta del cura. Creyeron, sin duda, que la timidez no me dejaba hablar. Pero el sí que dije mentalmente, fué para él. Si lo ves, dile que ante Dios soy su mujer. Que tenga fe en mí. Que habiendo obedecido á mis padres, entiendo quedar libre, y que así se lo haré entender al hombre con el que me han forzado á esta unión, que no tiene para mí ningún valor.

La melancólica palidez de su rostro se había tornado en una leve sombra de carmín. Sus ojos reflejaban la excitación de su espíritu. El ser tímido y doliente cobraba dominio sobre sí mismo. Del exceso de su dolor surgía una voluntad ardiente y enérgica, como cuando había defendido á la abuelita contra el ultraje de sus hermanas. A los cariños, á los discretos aplausos con que Rosaura la congratulaba de su transformación, ella, con una especie de protesta contra la violencia de que era víctima, resumió su pensamiento, repitiendo las palabras de su amiga: ¡tanto peor! ¡no es culpa mía!

A la entrada del comedor les salió al encuentro Nicolasito, copa en mano, convidándolas á brindar.

Estaba muy alegre. Por consejo de Benjamina había deslizado una pera en el ridículo de la condesa de Montignan.

Benjamina conservaba su dignidad, dirigiendo las travesuras de Nicolasito. Ambos mostraban un supremo regocijo con la ocurrencia. Nicolasito había puesto además una cola de papel á su tío Jenaro y á algunos de los viejos convidados que Benjamina, desde lejos, le señalaba como más inofensivos. Pero Cucho Palomares reparaba el mal sin tardanza, arrancando la irrespetuosa prueba de la incontenible malicia de los chicuelos.

— Hermanita, dijo Ñico á Mercedes, presentándole una copa, ahora que eres princesa, debes ser muy rica y vas á darme plata todos los días.

— Lo divertido será, cuchicheó Benjamina, cuando la vieja de Montignan se encuentre con la pera. Yo no la voy á perder de vista. ¡Eso le enseñará á andar casando á la gente contra su voluntad !

Era su modo de manifestar su ternura á Mercedes.

Una doble hilera de convidadas y convidados, delante de la gran mesa cubierta de flores, de viandas variadas, de refrescos, de complicadas bebidas espirituosas, mostraba el vigor de su apetito. La princesa madre, con sus acompañantes de la mesa privilegiada, se había retirado ya á la gran sala. Benjamina y su hermanito siguieron desde lejos á ese grupo, en el que se encontraba la de Montignan. No querían perder el instante en que descubriese la pera en su ridículo, para desaparecer ellos al instante.

Con la salida de la vieja princesa, el murmullo respetuoso de las conversaciones subió gradualmente de tono. Como en una orquesta, el conjunto de voces hacía un acompañamiento de bajo al ruido de platos y de copas. En un ángulo lejano de la estancia, Juan Gregorio formaba un grupo aparte con la princesa Thyra y las dos jóvenes rubias, madrinas de la

novia. Sus compañeros inseparables, el vizcondesito de Vieux-Pont y el baroncito de Bois-Rocheux, estaban también ahí. Juan Gregorio había, de antemano, apartado algunas botellas del mejor champaña *extra* seco: « un néctar de soberanos », decía, chispeándole los ojos. Al hacerlo beber á las muchachas, aseguraba que esa era la ambrosía con que se deleitan los personajes de Homero. El grupo juvenil desbordaba de alegría. Juan Gregorio, con la segunda copa, había planteado el tema de la conversación:

— Alteza y queridas señoritas, ¿de qué se puede hablar entre jóvenes y muchachas sino del amor?

En coro, las dos rubias alzaron una protesta de pudor convencional.

— ¡Oh! se puede hablar de mil otras cosas, exclamaron con una risita que atenuaba considerablemente la protesta.

— ¿De qué? ¿De qué? se los pregunto. ¿De vestidos? Nosotros no entendemos. ¿De caballos, de cacerías, de política? Á ustedes les fastidiaría. Hay otros temas de conversación, pero esos serían para señoras casadas, dijo, casi entre dientes, con una tosecilla maliciosa.

Las muchachas bajaron los ojos.

— Tomemos entonces el asunto que, en vez de dividirnos, es el único en que estamos, á veces, de acuerdo mujeres y hombres.

— Y eso no siempre, observó Bois-Rocheux, escéptico.

— El amor, señoritas, ese es el tema único, la eterna preocupación universal.

— Querido, estás poniéndote elocuente, interrumpió de Vieux-Pont.

— El amor es una dolencia de la que nadie está libre, prosiguió Juan Gregorio.

— Una dolencia muy conocida, agregó Bois-Rocheux:

« Y la guardia que vela á la puerta del Louvre
No la evita á los reyes. »

— No confundir con la tienda del Louvre, observó Juan Gregorio, agregando:

— Entonces, ¿es entendido? Hablaremos del amor.

— Es un tema escabroso, observó de Vieux-Pont.

— Escabroso si se disimula con reticencias, con frasecillas veladas para ocultar los precipicios de que está cercado; pero no si se le trata como un asunto corriente, como se habla de una epidemia, por ejemplo.

— Entonces, ¿es una conferencia que usted nos va á hacer? preguntó una de las chicas, irónica.

— No, no, yo propongo una amable discusión solamente.

— Á ver, ¿qué tiene usted que decirnos sobre ese tema? preguntó la bella Thyra, risueña, en su altivez de diosa mitológica.

— Ninguna de las lindezas del Decamerón, que, por supuesto, ustedes no habrán leído. Es preciso ser de su tiempo, ¿no les parece? Pues bien, mi asunto es la más interesante de las reivindicaciones del *feminismo*, ese gran descubrimiento de nuestra época. Estoy seguro de que todas ustedes son *feministas*.

— Vaya, puesto que somos mujeres, dijo una de las muchachas.

— Pues bien, el amor es el primer punto del programa *feminista*.

— No son los feministas, me parece, los que lo han inventado, observó la joven princesa.

— No precisamente, pero quieren perfeccionarlo, replicó Juan Gregorio.

Las dos chicas preguntaron curiosas:

— ¿Cómo? ¿Cómo?

— Son las señoritas las que irán á pedir nuestra mano á nuestros padres, dijo Bois-Rocheux.

— No, no. Quieren perfeccionarlo con una nueva fórmula: el amor libre, explicó Juan Gregorio.

— ¡Ah, qué horror! exclamaron las dos chicas francesas, huyendo del grupo.

— Vieux-Pont trató de detenerlas.

— No se alarmen, señoritas: es simplemente el derecho para la mujer de hacer lo que se le antoje.

— De pegarle al hombre, sobre todo, agregó Bois-Rocheux.

Las delicadas rubias habían vuelto risueñas.

— Entonces, ¿á la unanimidad se acepta el amor libre? preguntó Juan Gregorio.

— No, no, sea usted más respetuoso, exclamaron las chicas.

Todos se reían muy alegres. Muchos empezaban á acercarse, curiosos de saber lo que producía tan ruidosa hilaridad.

XXVI

Para calmar la borrasca de impaciencia y de celos que rugía en su pecho, Patricio Fuentealba llegó temprano á casa de Campaña, en aquella mañana del día de la boda. Había evocado en su auxilio la estoica resignación de los pesares orgullosos. Durante esa larga serie de incertidumbres dolorosas, que fué su existencia de los últimos meses, la viril energía de su carácter había sido á todas horas su sostén. Era de los que miran como una debilidad humillante el abatimiento por los contrastes morales. Se revestía de su altivez como de la cota de malla con que los guerreros de otros tiempos desafiaban los golpes del enemigo.

Pero en ese instante de suprema prueba, la entereza de su alma se rendía al peso de la inexorable realidad. Había en esa postración de ánimo algo parecido al desfallecimiento del caminante á quien faltan las fuerzas antes de llegar al fin de su jornada. Pero las incertidumbres no se habían disipado de su espíritu. Con la necesidad de movimiento, en el que los que sufren de un dolor agudo buscan instintivamente un anestésico, Patricio emprendió á pie la marcha en busca de su amigo, á pesar de la gran distancia que separa el boulevard San Michel de la altura de Passy, donde se hallaba situada la habitación de Campaña. Casi siempre, para recorrer ese largo

camino, tomaba alguno de los vaporcitos que navegan por el Sena... Pero en ese pasaje buscaba principalmente el sentimental placer de divisar desde la cubierta del barco el hotel de Canalejas. Esta vez, al contrario, lo que era antes un consuelo de enamorado, habría sido una agravación de su martirio. Además, quería reflexionar sobre su situación, y nada favorece más la concentración del pensamiento que una marcha silenciosa.

Hasta la hora de salir, la perspectiva de la entrevista con Mercedes, concertada por la atrevida combinación de la Montestruc, era la idea única que giraba su cerebro, con alternativas de claridad y de sombra. Todo lo que no fuera ese momento, quedaba en la profunda obscuridad de su alma. Pero, al través del espacio, en la serena suavidad de esa mañana de otoño, el movimiento de la marcha agitó sus ideas paralizadas, como se mueven los rodajes de una máquina al soltarse el resorte que la mantenía inmóvil. Se preguntó si no era indigno de los sacrificios que había hecho á la tranquilidad de la joven, exponer ahora su honra á un escándalo que podía ser irreparable. Se preguntó asimismo, pero con un temblorcillo del corazón, qué acogida le haría ella viéndolo aparecer al principiar la marcha del tren, cuando podía temer que lo viese su marido, si éste, á última hora, reculaba ante la infamia á que Rosa parecía segura de arrastrarlo. « ¿Sería la mujer, al levantarse del altar unida para siempre á otro hombre, la tierna enamorada de los días de reclusión y de lucha, dispuesta á entregarle, sumisa, el destino de su existencia? » Una vaga intuición psicológica detenía su pensamiento ante el enigma de ese corazón de mujer, en el que la violencia misma de los acontecimientos que la sometían á una nueva ley de obediencia, podía haber hecho surgir de sus recónditos pliegues una transformación fatal para su amor.

Á vuelta de esas cavilaciones, llegó á preguntarse, siguiendo su marcha hacia el Trocadero, si no debía abandonar la loca empresa del tren ; decir para siempre adiós á la felicidad, con la resolución del suicida que oprime el gatillo de la pistola para cortar irremediablemente sus vacilaciones. « ¿Á qué empezar un nuevo calvario de sufrimientos estériles? ¿Á qué arrancar la venda de la herida que aún no empezaba á cicatrizar? » Y, sobre todo, pensaba con incontenible rubor, volviendo al pensamiento de cómo sería recibido por Mercedes, « ¿á qué exponerse, por buscar nuevas promesas de inextinguible amor, á los reproches de una conciencia alarmada, que le dejarían un pesar más acerbo todavía que los sufridos hasta entonces? »

Dolorosamente conmovido por la amargura de este pensamiento, apretó el paso, en un esfuerzo violento, por arrojar de sí la penosa hipótesis, como se arroja un manto pesado que sofoca. Los vendedores ambulantes de diarios pasaban á carrera, gritando las últimas noticias. Las voces, descompuestas por el movimiento, le llegaban en una confusión de palabras incoherentes. Algo de batalla, el nombre de los boers, recientemente salido á la celebridad, se perdía en los ecos de la pronunciación de los que corrían sin dejarle entender lo que anunciaban. Su atención seguía por instantes, maquinalmente, el ruido de esas voces, como acompaña la vista por un momento el vuelo de algún ave errante que pronto se pierde en el éter del espacio. Obstinada, volvía luego su mente á su lamentable preocupación, con embestidas de toro furioso sobre la muleta roja que lo exaspera.

Lentamente, como los objetos de un paisaje que van descubriéndose á medida que se disipa la bruma que los cubría, otras ideas pasaban por la obscura cámara de su cerebro. Una agria levadura de resentimiento, hasta entonces contenido por la generosa

equidad de su alma, las levantaba. La obediencia pasiva de la chica á la tiránica voluntad de los padres, se convertía en claro indicio de que su amor era simplemente un afecto tibio de muchacha ligera, halagada por el homenaje que se rinde á su hermosura. El amor propio, estimulándolo en esa vía, lo extraviaba hasta hacerlo comparar su pasión por la chica á las ofrendas de preciosas joyas colocadas por el fanatismo á los pies de algún ídolo grosero.

« Es indudablemente una flaqueza de nuestra raza sentimental, se decía, la de divinizar á la mujer hasta hacerla objeto de un culto tiránico, que absorbe y esteriliza para todo lo demás nuestras facultades. Una criatura de diez y ocho años llega á representar para nosotros el universo. » Y á vuelta de esa idea, que lo irritaba, el mozo se puso á preguntarse lo que ya muchas veces le había sucedido : ¿por qué esa mujer única había de tener el dominio absoluto de su alma, como si el sortilegio pudiera ser curado por ella sola? « Por lo menos es necesario ensayar », era su contestación á esa pregunta. Ahí estaba la bella Rosa Montestruc, con su amor osado y tímido á un tiempo. Hasta entonces él había mirado ese amor como importuno. ¿Por qué no ensayar?... ¡Quién sabe!

Podía ser el olvido, un anestésico por lo menos, que tornara la fiebre en un sueño de opio, en un aletargamiento del alma hasta la insensibilidad moral absoluta.

Bajo esa impresión llegó al término de su marcha. Campaña se hallaba en su escritorio leyendo un diario de la mañana. Aunque notó la preocupada expresión del rostro de Fuentealba, se abstuvo de tomar ese aire contristado de condolencia con que se anticipan las expresiones de duelo. Quiso evitar hasta la sombra de una alusión, aunque fuera en el semblante, al acontecimiento del día.

— ¿Has visto las noticias?

— Ni se me ha ocurrido ver los diarios, dijo Patricio, sentándose con un aire de lasitud extrema.

— La cosa más sorprendente. Figúrate que los boers, ese pueblo de bravos, un puñado de campesinos sin disciplina ni ciencia militar, acaban de inferir una tremenda derrota al ejército de lord Methun. Han tomado once cañones, gran número de prisioneros, de municiones, ¡qué sé yo! ¿No te parece portentoso?

— Portentoso, hizo eco Fuentealba, esforzándose por mostrarse entusiasta.

— Sólo el verdadero patriotismo puede operar esos prodigios, dijo Campaña con exaltación.

Se puso entonces á explicar los antecedentes de la lucha desigual. La heroica sencillez con que esa pequeña nación de labradores había recogido el guante, lanzado por su poderoso adversario en la mañosa forma de exigencias calculadas para ganar tiempo y aumentar su ejército, hasta hacer imposible la resistencia. La fe religiosa, en la que esa colectividad de guerreros improvisados creía encontrar la fuerza certera de David para derribar el arrogante Goliath, según sus bíblicas expresiones, le parecía sublime.

Pero su elocuencia resonaba en el vacío. La imaginación de Patricio no lo seguía. La blanca visión, acompañada por un brillante séquito, se dirigía hacia el altar, resplandeciente de luces, en medio de la curiosa concurrencia. Era un espectáculo que había visto muchas veces, sin imaginar que un día, su memoria inflamada, le habría de iluminar esos recuerdos con una fidelidad desesperante. Y mientras el cuadro lejano desarrollaba para Fuentealba sus detalles de pesadilla, Campaña seguía ensalzando las virtudes cívicas, el heroísmo de las más gloriosas edades de la humanidad, que habían ido á florecer en aquel rincón del África, del que nadie se habría ocupado en el mundo sin la riqueza de sus minas.

--- ¿Sabes que en ningún pueblo como ese podría fructificar mejor la doctrina positivista?

Su ardor de proselitismo divisó nuevos horizontes. Aquella nación joven, de alma levantada hasta sacrificarse por su independencia, era el campo fecundo donde podía echar raíces la generosa religión del altruismo. Unos cuantos misioneros, inspirados en la verdad regeneradora, encendida como un faro luminoso sobre la ruina de las religiones caducas del viejo mundo por el genio del Maestro, podrían derribar ahí en poco tiempo el árbol carcomido del protestantismo y alzar sobre el terreno donde se extienden sus raíces el majestuoso templo de la religión universal.

Patricio, insensiblemente, se dejaba mecer por el ruido de la voz de su amigo. La visión lejana del altar iba perdiéndose entre las nubes de incienso, desvaneciéndose en una lontananza confusa de moribundas luces, de cánticos expirantes, de figuras humanas confundidas en una masa informe, arrastrada hacia la puerta de la sacristía como á un abismo en una corriente interminable. Sin esfuerzo, siguiendo la movilidad natural del pensamiento, empezó á darse cuenta de las explicaciones de Campaña. El positivista recorría ya los campamentos, seguía las ambulancias, penetraba en los hogares enlutados, llevando el consuelo del evangelio fraternal. Estaba seguro que él encontraría compañeros que lo siguiesen hasta esa tierra de los grandes ejemplos de civismo, donde irían á ofrecer el humilde tributo de su juventud á la santa causa de la independencia de un pueblo y á la propagación de la doctrina regeneradora de Augusto Comte. « Él, desde que su inteligencia había recibido la luz de la nueva religión, era ciudadano de la humanidad. Su corazon palpitaba en ella y por ella, sin distinción de comarcas ni de razas; la seguía en su lenta evolución hacia el *Gran Ser*, desprendiéndose

del egoísmo estrecho de nacionalidad, como de una vestidura gastada, siguiendo la huella de los precursores, obreros del templo de la fraternidad y del altruismo. El deber de los que están penetrados de la doctrina, es acudir á propagarla donde encuentren un terreno fecundo á su desarrollo. ¡Qué empresa más noble que la de compartir los peligros y los sufrimientos de aquel pueblo admirable, llevándole, aunque sea en modesta proporción, el generoso credo humanitario. »

Patricio se paseaba pensativo. El ardor resonaba en las palabras del positivista, hacía por momentos brillar relámpagos de juvenil entusiasmo en su imaginación. Nunca se había figurado que ese mozo tranquilo, en el que las facultades del ser humano parecían encontrarse en perfecto equilibrio, pudiera inflamarse con los entusiasmos de un iluminado.

— Dime, ¿realmente irías tú al Transvaal ahora?

Se había detenido frente á Campaña, pensativo, buscando cómo asociarse por completo á sus ideas y desechar las que le partían el alma.

— ¿Por qué no, si encontrase algunos compañeros entre mis correligionarios?

Fuentealba reasumió su paseo. El positivista repuso :

— Confieso que es una perspectiva tentadora. ¿Qué iría yo á hacer en un país que está ahora destrozado por la guerra, donde mi voz de misionero laico se perdería en el estruendo de los combates? No iría á tomar un fusil, porque no hay en mí nada de belicoso; pero iría á poner en práctica mis principios, lo que es algo; á socorrer á los que sufren, lo que es un deber de altruista. Tomaría parte en las ambulancias y ayudaría á curar las heridas de los que caen. Todo eso me parece más útil que pasearme por los *boulevards* y conquistar apenas uno que otro neófito de cuando en cuando, por casualidad. Soy dueño de

una pequeña fortuna independiente. No tengo ni mujer ni niños á los que pueda consagrar mi vida. ¿Qué puede detenerme?

— Tienes razón, dijo Patricio. Sería un noble empleo de tu independencia.

— Y tú que sufres, ¿por qué no me acompañarías?

— ¿Yo? dijo Fuentealba; tú sabes que no soy libre como tú. Sirvo un empleo del Estado; no tengo más recursos que mi sueldo.

— ¡Eh! Darías tu dimisión. Lo demás lo arreglaríamos fácilmente.

— Vale la pena de pensarlo. En uno ó dos días más volveré y hablaremos.

Había cogido su sombrero, y resistió á las instancias de Campaña para quedarse á almorzar.

— En uno ó dos días más volveré, repitió despidiéndose.

En la calle, las preocupaciones de su propia situación lo asaltaron de nuevo, tan agudas, tan acres como antes. El bálsamo de las palabras de Campaña perdía su acción adormecedora. La mordedura de los celos volvía á torcer la rectitud de su espíritu. «¿Qué amor era ese que violaba sus juramentos y no temía destrozarle el corazón?» Un consuelo violento y súbito era lo que le pedía la enfermiza sed de venganza que abrasa á los desengañados de amor. Sin darse tiempo de seguir reflexionando, llamó un *fiacre* que pasaba y dió las señas del hotel de Rosa Montestruc, en la avenida de Villiers.

Pensaba que al lado de la hermosa mundana la desesperación que lo ahogaba se convertiría en olvido y acaso más tarde en amor. «Después de todo, es la mujer, y no sus dotes morales, lo que enciende las grandes pasiones», se decía. Pronto encontró en su propósito de verla un pretexto á su visita. «¿No

había renunciado ya al proyecto de ir á presentarse á Mercedes en el tren? No iría por cierto. Argüía para afirmarse en esa resolución, que era indigno ir á mendigar nuevas promesas de amor, que ella, tal vez, con el mudable temperamento femenil, no estaría acaso dispuesta á repetir. Era menester que informase á Rosa de esta resolución. No era posible que la dejase partir creyendo que él cumpliría punto por punto lo convenido. ¿Qué pretexto más plausible para presentársele? Una vez en casa de ella, no encontraría dificultad en persuadirla de que renunciara también á su empresa. »

Estas consideraciones lo animaban en la marcha lenta del carruaje, en el largo camino que separa á Passy del *llano Monceau*.

Pero al acercarse á casa de la Montestruc sus ideas se detuvieron cual si encontrasen un obstáculo imprevisto. El rubor le sopló su aliento tibio sobre las mejillas. Miró entonces de frente, sin tergiversaciones de conciencia, el estado de su espíritu. Trató, por un esfuerzo de voluntad, de despejar el cerebro de la calentura que le quitaba la facultad de ser lógico consigo mismo. Reconoció entonces que su extravío lo llevaba al camino obscuro, recorrido por tantos otros, del que muy pocos salen sin haber lastimado su dignidad en las zarzas que lo obstruyen. Le pareció una degradación aquello de ir á terminar, en los brazos de una cortesana, el inmaculado idilio de su juventud, del que aún las lágrimas debían parecerle sagradas. Era el despertar de un desfallecimiento pasajero, en el que el exceso del dolor había tornado en mórbida flaqueza la energía austera de su alma. « Pero el dolor, pensó, alentándose á sí mismo, debe ser la llama purificadora de las almas bien templadas y no el fuego que las consume, dejando sólo en ellas el barro del ser animal. » Vuelto en sí, recobrada su varonil entereza, se dijo que debía buscar en la resignación y el trabajo

el paliativo á un mal del que la pobre chica, víctima de su timidez, no era responsable.

— Cochero, dijo en voz alta, no vaya usted á la avenida de Villiers, vaya al boulevard San Miguel, número 18.

— Y en todo caso, prosiguió pensando, si la prueba es superior á mis fuerzas, no es á la guerra del Transvaal, sino mi patria, á la que debo consagrarme.

Patricio no era un sentimental. Desde muchacho, el estudio de las matemáticas, con el que había conquistado su diploma de ingeniero, dió á sus facultades una tendencia hacia la realidad bien definida; hacia lo palpable, por decirlo así, de la existencia.

En *el cuerpo sano*, la *mente sana* no se había nutrido de sueños ni de ambiciones enfermizas. Un equilibrio perfecto de ese cuerpo y de esa mente le hacía mirar la vida como un camino recto al que el hombre no debe buscar tortuosos desvíos, por más que prometan conducir á una región encantada. La resolución con que había cambiado de itinerario lo dejó contento de sí mismo.

«Lucharía solo, sin ir á turbar el alma de Mercedes ni á buscar consuelos degradantes» donde Rosa.

La portera, al pasar, le gritó desde su cuarto:

— Señor *Fuentealbá*, una carta para usted.

Al tomarla, le pareció que una luz repentina iluminaba el pasadizo. Había reconocido la letra de Mercedes. Subió, saltando tramos, más agitado por la emoción que por la prisa con que quería llegar al tercer piso. Abrió precipitadamente la puerta de su habitación y por dentro la cerró con llave, para que nadie pudiese interrumpirlo. La carta contenía pocas líneas. Ansiosos, casi ofuscados, sus ojos las abrazaron con una sola mirada.

«Adiós, mi adorado. Te conjuro que me perdones. Acaso yo sufro más que tú. Jamás podré olvidarte.

¡Por lo que tengo de más sagrado, te juro que seré siempre, siempre digna de ti!»

Perdiendo por un instante la noción de lo real al leer esas líneas, tuvo el momento de infinita dicha de los que aman, ante la certidumbre de una fidelidad de la que han llegado á dudar. El adiós lastimero, al desgarrarle el alma, le traía esa inefable seguridad de ser amado, que en ciertas ocasiones de la vida se hace el resumen de todas las aspiraciones humanas. Todo desapareció entonces para él ante el irresistible deseo de ver á Mercedes, de llevarle ese perdón que ella imploraba con su magia de mujer amante. En aquellos minutos de turbación y de ternura, la opresión del espíritu acongojado le dió tregua. La resolución de ver á la joven adormeció su impaciencia durante las horas interminables que lo separaban aún de la hora de la partida.

El viaje de los novios era la clásica excursión á Italia. Debían salir por el *expreso* de la noche para terminar la primera jornada en Marsella. Las otras serían cortas, por la costa del Mediterráneo hasta Génova, y de ahí á Roma.

Para evitar hasta la más remota posibilidad de atrasarse, Patricio llegó á la estación de Lyón una hora antes de la salida del expreso. De prisa, como si fuera á faltarle el tiempo, hizo una ligera comida en el café de la misma estación, y se puso después á vagar por las salas, esperando impaciente que se abriese la venta de boletos. Fué el primero en comprar el suyo, con el fin de quedar libre y ponerse en observación á la llegada de los viajeros.

El movimiento ordinario de toda estación de ferrocarril no era bastante para hacerle encontrar más rápido el curso del tiempo, siempre lento para el que espera. Varios trenes debían salir antes que el expreso. Patricio, no obstante, examinaba con infatigable atención á los que iban entrando. Los viajeros calmosos y

los viajeros precipitados; las familias de gente pobre con sus chiquillos, sus atados, sus perros y sus pájaros; las parejas elegantes seguidas por el lacayo que carga los bultos de abrigo y las maletas; los grupos de ingleses de ambos sexos, de trajes gastados, de sombreros y gorras estrambóticos, que la Compañía Coock transporta por toda Europa á precios reducidos, invasores impasibles de los carros con sus innumerables menesteres de viaje : esa turba heterogénea con que el empuje de la complicada vida moderna llena por todas partes las estaciones de ferrocarril, pasó por delante de Fuentealba en una corriente inquieta, sin cansarlo en su porfiada observación.

El tiempo pasaba, entretanto, y ya debía estarse formando al interior el expreso tan aguardado por el joven. Bajo el ancho y elevado techo de vidrio, á la luz reverberante de los focos eléctricos repartidos con profusión, cuadrillas de hombres, con pesados movimientos de titanes que empujasen, en vez de llevar á cuestas, sus peñascos, impelían los carros, los hacían girar sobre las plataformas y los colocaban, sin evitar choques, unos tras otros, á orillas del andén desierto todavía. Patricio miraba, procurando interesarse en las maniobras. Aún más de media hora tendría que transcurrir antes que el tren se pusiera en movimiento. Pero como ya estaba formado, no se atrevía á moverse, para que no entrase á los carruajes ni una sola persona sin que él la viese.

En medio de sus reflexiones, algunos viajeros empezaban á llegar. Faltaba ya menos de media hora para las nueve y veintiún minutos, la hora fijada por el indicador. Desde ese momento le pareció que el tiempo empezaba á deslizarse con demasiada rapidez. Los latidos de su corazón se aceleraban. A cada pareja que salía de las salas de espera, le daba vuelcos penosos en el pecho. También, á medida que transcurrían los minutos, la tarea de observar se hacía más

difícil y exitante. Aparecía la gente por distintas puertas, unos lentamente, otros con precipitación. Mientras miraba de un lado, los novios, ó Rosa Montestruc, podían pasar por otro. La agitación se convertía en fiebre. A fuerza de fijar los ojos en todas direcciones, sentía por instantes nublársele la vista, como si un velo de dudosa transparencia le pasase por delante de ella.

Empeñada también en no atrasarse, y deseosa de ver á la recién casada, su rival, Rosa Montestruc, entró por una puerta cercana al punto donde Patricio, ocultándose tras de un grupo de gente, se hallaba en observación. Venía vestida con sencilla elegancia. Un traje *sastre*, obscuro, le dibujaba el talle, haciendo valer las armoniosas líneas de su cuerpo esbelto y flexible. Un sombrero de moderadas dimensiones, con grandes plumas negras, prendidas por una hebilla de plata, parecía sujetarse únicamente por virtud de la sedosa masa de sus cabellos alrededor. Tras del velo claro, los hermosos ojos centelleaban. El rostro tenía la frescura brillante de la juventud en todo su vigor. En pos de ella seguía la camarera, una chica de picante gracia, tan joven como el ama, y un gran lacayo, con paletó claro hasta los pies, cargado con los abrigos, una gran caja de sombreros y una maleta de cuero de Rusia : todo de exquisita elegancia.

Fuentealba no analizó esos detalles; pero, sin quererlo, recibió la irradiación de la belleza, que parecía formar un nimbo de luz á la muchacha. Ella lo divisó, á pesar de su empeño por ocultarse, y se dirigió resueltamente hacia él.

— Estaba segura de que usted sería el primero, y por eso no tardé en descubrirlo.

Le tendía la pequeñuela mano, estrechamente aprisionada en un guante blanco de inmaculada frescura.

— ¡Por supuesto! dijo Patricio, tratando de sonreir también, para no parecer turbado.

Pero su rostro retrataba la inquietud del alma.

— Mi pobre amigo... vamos, ¡valor! Yo también estoy emocionada. ¡Qué tonta soy!

El joven la miró interrogativamente.

La chica continuó, como respondiendo:

— Sí, muy tonta. Figúrese usted que desde esta mañana una idea absurda empezó á trotarme por la cabeza.

Se interrumpió de repente al ver que Patricio, azorado de temor de que llegara Mercedes y lo viese hablando con la mundana, miraba inquieto hacia las entradas.

— No tenga miedo; Stephan me dijo que llegarían lo más tarde posible: apenas diez minutos antes de la hora.

— Tanto mejor; no querría que me viesen.

— Y sobre todo conmigo. ¡Ah, qué miedo tiene usted! No hay peligro todavía. ¿Sabe usted lo que me he dicho desde esta mañana? Una tontería, bien lo sé. Me he preguntado muchas veces: ¿no sería mucho mejor que, en vez de este viaje que vamos á emprender, dejásemos á los novios en paz y nos fuésemos usted y yo, como dos buenos amigos, á pasar un par de horas en algún teatro, y á cenar después donde Paillard?

Rosa, bajo una apariencia de frivolidad risueña, disimulaba mal una ligera turbación de la voz al hablar así.

Mientras conversaba de ese modo, la camarera, con una guiñada de ojos, en dirección de Patricio:

— El *capricho* de la señora, dijo al lacayo.

Éste respondió con una observación vulgar, imposible de traducirse del francés.

— *No tiene asco* (Elle n'est pas dégoûtée). Bonito mozo.

— Estas *cocottes* son tan tontas; se enamoran de

veras, dijo la muchacha con una mueca despreciativa.

El lacayo, mozo apuesto, tieso como un poste, observó con aire doctoral :

— Debilidades de mujer.

— Diga usted necedades imperdonables.

— No es á usted, señorita Justina, á quien sucedería cosa semejante.

— ¡Ah, no, por ejemplo! No puedo pagarme ese lujo.

— ¿Ni aun conmigo?

— Ni aun.

Y se rieron contentos, con la tranquila felicidad de los sirvientes franceses, que pasan su vida sin cuidados, haciendo economías y echándose imperturbables al bolsillo, con el eufónico nombre de *beneficios*, cuanto hacen pagar de más á los patrones sobre el precio verdadero de lo que compran para ellos.

Entre Rosa y Patricio había mediado un momento de silencio. El joven quería evitar en su respuesta cualquier concepto, ó cualquiera palabra que hubieran parecido descorteses hacia la muchacha.

— Usted es muy peligrosa para mí. Yo creo que, para locuras, es bastante con la que intentamos hacer ahora.

— Entonces, ¿usted insiste en ir?

— Por nada en el mundo renunciaría á ello.

— Después de todo, eso es mejor. Es hora ya de separarnos. Falta un cuarto de hora apenas. No tardarán en llegar.

Le tendió la mano con aire amistoso.

— Usted sabe, yo me quedo en Dijón. Hasta la vista, y buena suerte. Venga á verme á París, pronto, muy pronto.

Fuentealba se apresuró á saltar á su carro. La joven lo vió alejarse, y suspiró, pensando :

— ¡Qué tonta soy! De seguro que él sería mi ruina. Me pondría á quererlo como una loca. ¿Y después?...

Fuentealba se colocó en observación. Vió llegar á don Eduardo Fuenteviva con doña Nieves, Herminia, Rosaura y los tres muchachos. Habían tomado boletos hasta Génova, donde debían embarcarse para Sud-América, y tenían reservado un compartimento completo. Cambiarían de tren en el camino. Excepto Rosaura, ninguno de ellos sabía que iban á salir en el mismo expreso que los novios. Patricio vió pasar á la familia con ese aire peculiar de los viajeros que buscan el carro donde han reservado sitios. Rosaura lanzaba miradas investigadoras á su paso, por ver si descubría en alguno de los carruajes de la Compañía de los *Vagones-Camas* el rostro de Mercedes.

A medida que avanzaba la hora, los viajeros afluían en gran número. Llegaban apresurados, recorrían los carros buscando sitio, interpelaban á los empleados por no encontrarlo, y escalaban precipitadamente el carruaje donde podían colocarse. El movimiento de gente imponía á Patricio una atención mortificante. Entre los grupos vió el joven atravesar á Rosa Montestruc. Á su paso se suspendían las conversaciones. Los hombres admiraban su belleza; las mujeres le analizaban el traje. La semimundana se había propuesto ver de cerca á la princesita, y esperaba, satisfecha, mientras tanto, con ser el blanco de la lisonjera observación de cuantos la veían.

Llegó un momento en que Fuentealba la vió dejar su actividad de belleza triunfante y hender los grupos hacia una de las puertas de entrada. El mozo sintió la angustia de la crisis que espera con terror el enfermo. Mercedes entraba al andén. Le pareció una evocación de poesía, una aparición inmaterial como la forma de mujer que se desvanece, en sueños, al abrazarla. La elegante distinción de su elevada estatura le abrió paso sin esfuerzo alguno. Su capa gris de viaje, una *creación* de Worth, según el lenguaje consagrado, cubría un vestido del que apenas se veía el borde

inferior, de amplias dimensiones. El sombrero, del mismo color del traje, adornado con plumas de un gris más obscuro, daba realce á la vaporosa franja de cabellos rubios que, en espesas ondas, se levantaba sobre su frente y en la parte de atrás de la cabeza. La Montestruc abrazó de una sola ojeada todos esos detalles, oprimido el pecho al mismo tiempo con el encanto de pureza que se retrataba en el rostro pálido y en los grandes ojos azules de la chica.

El príncipe entraba al lado de ella, disimulando con el porte altanero la expresión preocupada que acentuaba la natural dureza de sus facciones. Un lacayo vestido con la librea de la casa de Rœspingsbrück, azul y colorado, se adelantó hacia la pareja, y habló á Mercedes, manteniendo con una mano el sombrero á poca altura de la cabeza:

— El carro de su alteza está aquí enfrente.

Fuentealba vió á la joven adelantarse en la dirección que le mostraba el criado. Su mirar era vago, cual si no existiese la fila de curiosos que tributaba á su belleza la misma admiración discreta que muchos de ellos acababan de mostrar á Rosa Montestruc. En ese instante la mundana llegó tan cerca de la princesita, que parecía querer cruzar su camino. Mercedes no pudo evitar de verla. Rosa le asestaba una de esas miradas de mujer celosa que parecen atravesar, como saeta acerada, hasta el corazón que quieren partir. Inmutable, la princesita la miró también, y siguió su marcha sin detenerse. Stephan palideció ligeramente, afectando decir algo al lacayo, que se había apartado para que pasasen sus augustos patrones.

Fuera del príncipe, únicamente Patricio se dió cuenta de ese cambio de miradas entre la semimundana y la joven princesa. Rosa pasó altanera. Llevaba, como un trofeo, la íntima convicción de no ser menos bella que su rival.

En ese mismo instante Mercedes subía al carruaje.

Stephan le había ofrecido el apoyo de su mano; pero ella, como si no hubiese visto ese movimiento, asió el agarradero de la portezuela, y trepó con agilidad, huyendo de la observación de los curiosos que seguían mirándola. Un nuevo dolor, más agudo que la angustia de su presente situación, la había herido al recibir la mirada de reto con que la Montestruc le cerró el paso durante un brevísimo espacio de tiempo. En su pensamiento, la imagen de Patricio se unió á la de la cautivadora cortesana, arrebatándole el único consuelo que le dejara el desastre de su existencia : el consuelo de pensar que el mozo no la olvidaría.

Desde su ventana, Fuentealba vió el encuentro de las dos jóvenes. Á riesgo de ser visto, bajó la vidriera para seguir con los ojos á Mercedes. Actor azorado en las peripecias de ese drama silencioso, el joven pugnaba por disputar la lucidez de su espíritu á las violentas emociones que lo agitaban. La presencia de Mercedes, acompañada del que era ya su marido, lo arrojó en la vorágine de furor que empuja á los crímenes designados ahora con el calificativo de *pasionales*. La inacción á que se veía condenado, amenazaba desquiciarle el cerebro. Felizmente, el invisible desdén con que Mercedes, al subir al carruaje, había evitado apoyarse en la mano que le tendía el príncipe, fué un alivio para Fuentealba. Las últimas palabras de la carta resonaron en su memoria con su ferviente afirmación : « Te juro que seré siempre, siempre, digna de ti. »

Mercedes desapareció al subir la escalerita del *vagón-cama*, y Stephan se alejó del carruaje. Patricio lo siguió con la vista hasta que se perdió entre los grupos de viajeros que conversaban de pie, ó paseándose en el andén. Sólo faltaban ya siete minutos para la hora de la partida. Fuentealba decidió seguir en observación para estar seguro de que el príncipe no volvía al carruaje donde él se hallaba tan cerca de Mercedes.

XXVII

La princesita miraba también, inquieta en medio de su tristeza, al través de la vidriera de la ventana. Rosaura le había dicho que, aunque fuese un momento, vendría á despedirse de ella. ¡Cuándo se volverían á ver! La próxima despedida de la chica iba a cortar el último lazo que la unía aún á su vida de soltera. Una nueva melancolía agregaba su peso a la carga de desventura que la agobiaba. Vencida por tanta emoción, ocultó su rostro entre las manos, en una crisis de llanto contenida. Abriose entonces la puerta de su compartimento. Hubo un ruido de ropa de mujer, y la joven se sintió estrechada por un fuerte abrazo.

— ¡Al fin puedo llegar y besarte, preciosa, linda! Agitada por la carrera que había dado para llegar del distante carro en que se encontraba con su familia, Rosaura hablaba con la respiración entrecortada.

— Figúrate que para poder desprenderme tuve que confesarles que tú estás en el tren y que te había prometido venir á despedirme. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué pena! ¡No creía que iba á sentir tanto separarme de ellos!

Se le había quebrantado la voz, y en sus penetran-

tes ojitos negros asomaban las lágrimas. Mercedes le preguntó con espanto:

— Qué, ¿siempre estás resuelta á irte? ¡Oh, querida, no cometas esa impiedad! ¡No, por Dios, Rosaura!

En vez de caer, las lágrimas que asomaban á los ojos de Rosaura parecieron evaporarse con el fuego de la resolución que animó toda su fisonomía.

— ¡Nada, nada! No hablemos de eso, mi linda; es cosa resuelta, y nadie me hará desistir. ¡Ah, no hablemos más de eso! No perdamos en lamentaciones inútiles los pocos minutos que nos quedan.

Y tomando después de esta exclamación un tono interrogativo:

— ¿Y... cómo te fué en el camino desde tu casa?

— Como te había dicho. ¡Oh! Si tú tienes resolución para cometer una locura, yo también la tengo ahora para defenderme.

— Así es como me gusta verte. ¿Y... qué te dijo él?

— Pregúntame qué le dije yo. Á poco de ponerse en marcha el carruaje, trató de pasar su brazo alrededor de mi cintura y atraerme hacia él. Ya te figurarás cómo lo rechacé. « Déjeme usted, le dije indignada, apretándome cuanto pude contra el lado del cupé en que yo estaba. » Él no pareció desalentarse con esto. « Princesa, no olvide usted que ahora es mi mujer, y que tengo derechos sobre usted, que nadie podrá quitarme », contestó con mucha calma.

« Hijita mía, prosiguió la joven, poniendo cariñosamente ambas manos sobre los hombros de su amiga; imposible que te explique el efecto que me produjeron esas palabras, y tanto como ellas el tonito de superioridad burlona con que las dijo. Todas mis penas, mis humillaciones, mi amargura de sentirme separada para siempre de Patricio, se me agolparon á la cabeza y me arrancaron exclamaciones que no habría podido

encontrar de sangre fría. Esa pretensión de tener derechos sobre mí, me exasperó al último grado. Le dije que no reconocía sus derechos. Que por no desesperar á mis padres, me había sometido á su mandato, pero jurando ante Dios que mi obediencia no iría más allá. Le recordé que en todas nuestras conversaciones yo había sido leal y franca con él, y que en muy claras palabras le había hecho saber que, no solamente no lo amaba, ni nunca lo amaría, sino que amaba á otro, al que mi amor y mi alma pertenecerían mientras yo viviese. « No quiero hablar de la manera cómo se ha hecho este casamiento, le dije al fin; eso es indigno de mí; pero es necesario que usted entienda que tengo ahora tanto desprecio por mi vida, como el que tengo por mi fortuna, y exijo no vuelva á invocar esos derechos de que usted habla; pues debe contentarse con que más tarde, si tengo el valor de vivir, no lo aborrezca como le aborrezco ahora. » Pero ese hombre no se inmutó, hijita, repuso Mercedes, después de un largo suspiro, con el que tomó aliento. ¿Creerás que no abandonó sus aires ni su tono de superioridad? « El porvenir, me dijo, decidirá en esta lucha. Yo no estoy acostumbrado á los desdenes femeniles y sé que usted se arrepentirá. Usted habla como una chiquilla, exaltada por un romanticismo que no es de estos tiempos. Entretanto, para que usted reflexione á solas, y tome consejo de la noche, yo la dejaré á usted en su compartimento y tomaré otro sitio hasta Dijón, para que pueda usted calmarse y meditar. Ahí me dirá usted el resultado de sus reflexiones; pero, al hacerlas, tome usted por punto de partida que jamás he doblegado mi voluntad ante la de nadie. »

Al hacer esta relación, Mercedes había hablado con el calor de una persona que refiere algún grave accidente al que acaba de escapar. La serena calma de su organización había cedido el paso á las emo-

ciones de la escena del cupé, que hasta ese momento hacían sentir sus vibraciones penosas en todo su organismo.

— Ya ves lo que me aguarda, exclamó abrazando á Rosaura y prorrumpiendo en convulsivo llanto.

Era un llanto de desolación. Los pesares de la vida se habían precipitado sobre ella con su empuje brutal de fuerza irresistible, como torrente que se despeña, arrastrando las flores que se mecían en su orilla. El presentimiento de la lucha atroz le daba la mortal alarma de nefandos peligros, entrevistos al través del terror de su inocencia alarmada.

— Muéstrate firme, linda, y lo harás obedecer.

— ¡Oh! ¡Valor no me faltará, puedes estar segura de eso! replicó la joven con exaltación, alzando la cabeza en un desafío de lucha.

Luego, dulcificando la voz, como si hiciese á su amiga una confidencia :

— El valor me lo da, y me lo dará mi amor á Patricio. Le he jurado en la carta que te di ayer para que se la enviases...

— La puse en el correo apenas pude.

— Le he jurado que seré siempre digna de él, y lo cumpliré. Repíteselo tú á mi nombre cuando lo veas, añadió acariciando á Rosaura; dile que pensaré en él á todas horas; ¡que cada día le amaré más y más!...

El llanto le embargó entonces la voz.

— Vamos, linda; ahora que vas á ser enérgica, déjate de lágrimas. Estoy segura que si te mantienes firme le ganarás el pleito. ¿Qué es lo que él quiere? Tu plata, y nada más. Al cabo de poco tiempo te dejará en paz y seguirá viviendo con la Montestruc.

— La acabo de ver, dijo Mercedes, aquí en la estación.

— ¿No te digo? Viene sin duda á despedirse de él. No será mucho que lo acompañe en el viaje. ¡Ah!

¡Eso es lo que faltaba! Mejor para ti; así te librarás de él en el viaje.

— ¿Crees tú que él tendría ese cinismo?

— ¿Por qué no? Lo juzgo capaz de todo. Creerá que su rango se lo permite. ¡Ah, si yo estuviese en tu lugar! ¡Cómo se las haría pagar todas!

Resonaba en ese instante la voz del conductor del tren, y de otros empleados, para que los viajeros subiesen á sus puestos.

— ¡En carruaje, en carruaje!...

Las puertas, al cerrarse, hacían el ruido precursor de la partida. Las dos amigas se estrecharon en un abrazo apretado, casi convulsivo:

— ¡Adiós, linda! Escríbeme á Londres, bajo cubierta de Demetrio, al consulado general de Servia.

— No, no digas eso; vuelve á tu familia; no le causes ese dolor espantoso, suplicó Mercedes, tratando de vencer á fuerza de cariños la resistencia de la chica.

— ¡En carruaje, en carruaje! repetía mientras tanto la voz de los empleados al cerrar las puertas apresuradamente.

— ¡Adiós, adiós, linda! ¡No me olvides, escríbeme! exclamó Rosaura en un abrazo supremo.

Al través de sus lágrimas, Mercedes la vió bajar ligera, con aire determinado, y salir corriendo por una de las puertas más próximas. El tren empezó entonces á deslizarse con lentitud sobre los rails. Las manos se habían estrechado en la prisa de la última despedida. Algunos pañuelos flameaban, alejándose, desde las ventanas. Mercedes se cubrió el rostro llorando. Aquel silencio, aquella soledad, en medio del movimiento, le dieron miedo.

— ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! sollozaba.

A ese momento, Fuentealba, después de asegurarse de que nadie había subido al carro, á favor de la lenta marcha con que anduvo el tren al principio, salió de

su pieza á inspeccionar las extremidades del carruaje. Para ello tuvo que pasar, palpitándole el corazón á romperse le en el pecho, por delante de la puerta del compartimento que ocupaba Mercedes. Se le figuraba algún antojo de sueño fantástico aquello de encontrarse á unos pocos pasos de ella, de estar á punto de hablarla después de la cruel separación de tan largos días. Pero era prudente no arriesgarse ni comprometerla por falta de precauciones. Algunos viajeros no entraban á sus cuartos aún. Sentados, ó de pie, obstruían el paso en el estrecho pasadizo. Otros, con las puertas abiertas, conversaban. El sirviente del carruaje hacía las camas con una lentitud desesperante para el joven. Después de esperar un rato, lo vió salir de un cuarto y golpear al de Mercedes. Una voz respondió de adentro, y el criado abrió la puerta. Patricio, con la respiración oprimida, se puso detrás. El criado ofreció hacer las camas, y la voz de la joven, que pareció extraña á Fuentealba, una voz lánguida de persona cansada, contestó rehusando :

— No, así está bien; no es necesario.

La puerta volvió á cerrarse. Entonces siguió Patricio su inspección. A una extremidad del carruaje estaba enganchado otro sin comunicación entre ambos. « Sin duda uno de esos carros antiguos de compartimento cerrado para ocho personas », pensó el joven. En la otra extremidad seguía un carruaje, también sin comunicación, que debía quedar en el camino y ser reemplazado por el *wagon-restaurant*. « Luego, durante la marcha hasta Dijón, nadie de afuera puede entrar aquí », se dijo el joven. Alentado con esta observación, volvió á colocarse en la puerta de su sitio, observando. A poco, una mujer salió de un compartimento y llegó al de Mercedes. El joven, con la misma maniobra de antes, se colocó al lado de la puerta, afectando mirar hacia afuera del carruaje, y escuchó :

— ¿La señora princesa tiene necesidad de algo?

— No; de nada; puede usted acostarse. Encargue usted al conductor que no venga nadie á golpear. Necesito reposarme.

La camarera saludó respetuosamente y cerró la puerta.

Fuentealba dejó pasar algunos momentos todavía. Poco á poco, los que estaban en el pasadizo, fueron entrando á ocupar sus localidades, las puertas cerrándose. El conductor, á una extremidad del carro, tendía sobre el piso una larga manta y se recostaba. Todo quedó entonces en absoluta quietud, sin otro ruido que el del tren en su incesante rodar.

Patricio juzgó llegado el momento. Jamás se había sentido tan irresoluto. Era el instante más crítico de su vida. Al dar los pocos pasos que tuvo que andar para encontrarse á la puerta de Mercedes, cesó en su mente toda reflexión. Una fuerza irresistible, á pesar del temblor de la inmensa emoción, lo empujaba

Golpeó discretamente, sin recibir respuesta. Volvió entonces á golpear un poco más fuerte, espaciando los golpes. Nadie respondía. Cuando por tercera vez iba á reiterar el llamado, la puerta se abrió con una lentitud de precaución. El joven se encontró frente á frente de Mercedes. Al ver á Patricio, los ojos de la chica se dilataron desmesuradamente. Espantada, reculó algunos pasos, sin creer á su vista, imaginando ser el juguete de alguna alucinación de su dolor. Fuentealba había recobrado su serenidad y avanzó un paso hacia ella.

— No te asustes, soy yo; yo que, al leer tu carta, no pude resistir á verte otra vez, y he venido.

El rostro de Mercedes perdió su expresión de pánico al oir la voz del joven. Por un movimiento espontáneo de abandono abrió los brazos y los echó al cuello del mozo.

— ¡Tú, tú aquí! ¡Oh, Dios mío!

No acertó á decir nada más. Como donde Rosaura, en un largo abrazo, parecieron buscar la compensación de sus recientes padecimientos. Cuando la joven alzó la cabeza, sus mejillas descoloridas recobraban el sonrosado de los buenos días, sus grandes ojos azules sonreían.

— ¡Ah! ¿Entonces me perdonas lo que has sufrido por mí?

Sin dejarlo contestar, volvió á entrelazar el cuello del mozo con sus brazos, á estrecharse á él, buscando protección, sobre su pecho. Olvidaba la existencia, olvidaba que hay pesares en ella. Vivía un instante de felicidad ilimitada, la felicidad que torna cuando se cree perdida para siempre. De su pensamiento se borraba la conciencia del presente doloroso, substituído por un presente de amor y de embriaguez desconocida. El largo beso con que Patricio apoyaba los labios apasionados sobre su cuello, en el nacimiento de sus cabellos sedosos y perfumados, la despertó de su enajenamiento.

— ¡Vaya! dijo desprendiéndose y haciendo sentar al joven á su lado, sobre el sofá; basta de abrazos y de besos; cuéntame cómo estás aquí.

Entonces, las manos en las manos, mirándose con la cariñosa avidez de las largas y penosas separaciones, Patricio le refirió su historia de los últimos días; sin mencionar, naturalmente, cómo había sabido la dirección del viaje de los novios, ni cómo se hallaba al cabo del proyecto del príncipe de hacer en compañía de la Montestruc la primera parte de la jornada.

— Ahora comprendo la presencia de esa mujer aquí, exclamó la chica con un suspiro de satisfacción.

Luego añadió, entre triste y festiva, con la dulce tranquilidad de la sospecha desvanecida:

— Yo estaba celosa de ella, ¿sabes? Rosaura me dijo que esa mujer está enamorada de ti. Me parecía

muy natural; pero como es muy bonita, me había puesto celosa.

— ¡Qué locura! Nunca podré amar á nadie sino á ti.

Se repetían, con la insaciable porfía de los enamorados, sus eternos juramentos; recordaban los incidentes, ora dichosos, ora tristes, de su corta historia de amor; olvidados del mundo entero, llegaban á imaginar, confusamente, en la turbación del cerebro desvanecido por las caricias, que iban á durar como una larga vida, las pocas horas que podrían estar juntos.

Las palabras del joven sobre las vacilaciones que lo habían asaltado antes de decidirse á venir á tentar la aventura del tren, inquietaron á Mercedes. Patricio había dicho : « sin tu deliciosa carta, creo que no me habría decidido á venir ».

— Entonces, cruel, no me tenías compasión, exclamó ella. ¿Cómo te podías figurar que hubiese algo capaz de consolarme de perderte? ¿Por qué dudabas de mí?

El mozo explicó sus temores. No dudaba de ella; pero, ¿podía saber cómo lo recibiría?

— Te juro que cualquier reproche que hubiese leído en tus ojos al verme aquí, me habría sido más doloroso que el resignarme á no volver á verte jamás.

— ¡Un reproche! ¡Yo reprocharte algo, cuando conozco ahora, con tanto que he pensado y he sufrido, que nunca te amaré como lo mereces!

Las últimas palabras fueron pronunciadas con enternecimiento. En el estado de agitación en que la presencia de Fuentealba la había puesto, sus emociones le acudían con la mudable rapidez con que se levantan en nevadas crestas, ó se extienden en momentánea calma, las olas del mar. La voz, al hablar de su amor, tuvo la entonación de una caricia.

— Nunca te amaré lo bastante para corresponder al sacrificio que has hecho por mí, le repetía.

Ahora condenaba su timidez. « Si hubiese tenido valor, ¡qué dichosos seríamos! » Sus padres se habrían conformado al fin, y tal vez el perdón habría venido, decía con la amargura con que se deplora lo irreparable.

— La culpa fué mía y no tuya; únicamente mía, y merezco sufrir como sufro.

— ¡A qué volver sobre el pasado! dijo el joven.

— Así es; ¿para qué? suspiró la chica con tristeza.

Ninguno de los dos se atrevía tampoco á fijar el pensamiento en el abismo de dolor que delante de ellos extendía la negra amenaza del porvenir con su insondable lobreguez. No les quedaba sino el presente, la fugaz duración de unas cuantas horas. Las pequeñas estaciones del tránsito les arrojaban, al pasar el tren con un ruido de hierros que se chocan, su repentina claridad de relámpago, que les hacía sentir la desesperante rapidez del tiempo.

— Mientras esté así, sintiéndote vivir á mi lado, repuso ella, no quiero pensar en nada. Los minutos serán años de felicidad si olvidamos la separación que nos aguarda.

Pero en vez de adormecer su angustia, esa ternura pareció exasperar la desesperación del joven.

— ¿Por qué te muestras más adorable que nunca, exclamó, si quieres hacerme olvidar esa separación?

— ¡Tengo tanto que hacerme perdonar por ti!

Poco á poco, sin embargo, la poderosa fuerza de juventud, que arrastra como por una pendiente á las almas jóvenes hacia la dicha, por pasajera que sea, los llevó á esa región de olvido donde únicamente los que se aman pueden aislarse del mundo entero. Sin volver á las desdichas del pasado, evocaban la memoria de las horas venturosas de su amor; encontra-

ban en ellas nuevos reflejos de encanto, que lucían de súbito á sus ojos, como aparecen en el firmamento de la noche, mirándolo fijamente, nuevas estrellas, que surgen luminosas de la obscuridad. Los detalles, mirados por el vidrio de aumento de recuerdos felices, tomaban proporciones fantásticas. Aunque perdidos en las brumas de la infancia, los juegos de entonces aparecían ahora con intenciones de amor; traían al corazón de cada uno, redobladas, las sensaciones de entonces. El primer beso resonaba en sus almas como un cántico de alborada que saluda el primer rayo de sol.

Pero el alma humana no puede, como el águila que se eleva en el éter, mantenerse sin desvanecimiento en la altura vertiginosa de lo ideal. Así lo sintieron ambos. Era forzoso mirar al porvenir de frente. Patricio cedió el primero á la impetuosa energía de rebelión contra el destino, que los condenaba á un sacrificio inmerecido.

— ¡Oh! Mercedes, aún es tiempo. ¿Por qué someternos pacientemente á este monstruoso sacrificio? ¿Qué puede darnos la vida separados para siempre? Huye conmigo. ¿Qué necesidad tenemos de las consideraciones de los demás para ser felices? ¿Acaso no es bastante nuestro amor para vivir el uno para el otro?

Su voz se hacía más calorosa y persuasiva, sus caricias turbaban la razón de la muchacha. Las tremendas emociones por las que ella había pasado desde la mañana, le quitaban ya la facultad de reflexionar. Su voluntad abdicaba toda iniciativa entregada á la voluntad del joven. « Nunca separarse de él, era ya una aspiración de delirio. Sin duda el término fatal de la separación no existía ya. Morir en ese instante entre sus brazos habría sido la suprema dicha. »

Pero la realidad los despertó de nuevo á la conciencia de lo inevitable. Esa hora de olvido no podía subs-

traerse de la marcha del tiempo que corría parejas con la velocidad que los llevaba hacia adelante. Las luces del tránsito rasgaban las tinieblas de la noche y volvían á enviarles su iluminación de relámpago, al apresurado correr del tren, que alarmaba con su ruido terrífico de ferretería los ecos dormidos de las estaciones del camino.

Loco de amor, Patricio la conjuraba. « No podía ya separarse de él, condenarlo á una existencia de horror que lo haría el ser más miserable de la tierra. » Le hablaba con una exaltación de fiebre. Era una tormenta de apasionada elocuencia, de tiernas súplicas, con la que aprisionaba á la joven, como la aprisionaba entre sus brazos. Ella, sin responderle, sin contradecirlo, apoyaba su rostro pensativo sobre el hombro del mozo, vencida á veces por sus palabras, siguiendo, con la vista perdida en lo vago del pensamiento, la quimera de una nueva existencia en la que se mezclaba la fantástica dicha, pintada por las palabras inflamadas del mozo, con el frío glacial del porvenir de oprobio que le oprimía el corazón como una sombra de muerte.

— Haré lo que tú digas, te seguiré donde tú quieras, le dijo de repente, en una angustia de espanto y de incontenible pasión, arrancándose al contradictorio tormento y acogiéndose á la fuerza que la subyugaba.

Mas, pronto, á vuelta de la alegría con que acogió Patricio esas palabras, la reflexión se abrió paso en la mente de Mercedes. « ¿Dónde podrían ocultarse que no llegaran á ser descubiertos? ¿Qué felicidad podrían aguardar de una unión que no les permitiría levantar la frente ante el mundo, ni vivir la vida regular, la vida de honor para la que uno y otro habían sido educados? Algunas horas de dicha no podrían compensar jamás una existencia de vergüenza y de remordimientos. »

— Ni tú ni yo podríamos aceptar semejante situación, concluyó diciendo como en un gemido.

Su voz grave y suplicante al mismo tiempo, se abría paso hacia la razón del mozo, en medio de la tormenta de pasión que habían desencadenado esas horas de amor. « Mercedes tenía razón. » Pero el amante oía, más alto que ese juicio de la rectitud de su espíritu, el clamor desesperado de su egoísmo y de sus celos.

— Tienes razón, sí; tienes razón; pero yo no puedo abandonarte á la brutalidad del que es hoy tu marido, exclamó fuera de sí.

Á ese grito, que le desgarraba el alma, Mercedes contestó con acento en el que un eco de sombría resolución parecía salir del fondo de su alma :

— ¡ Ah ! ¡ Te juro que yo sabré defenderme !

Luego, triunfando en ella la inmensa ternura, que era la esencia de su amor, le echó los brazos al cuello en una angustia de atroz desconsuelo.

— ¡ Oh, Patricio ! ¡ Qué desgraciados somos !

Un momento permanecieron así, oyendo el latido de sus corazones, oyendo el eco de su dolor repercutir en el afanoso correr del tren.

— Pensemos en lo que vamos á hacer; ya poco falta para Dijón, dijo Fuentealba al cabo de ese momento.

La resignación lo abandonaba de nuevo, y de nuevo también el obstinado pensamiento de persuadir á la joven, le acudía en su exasperación de tener que perderla.

— No es posible que vayamos á separarnos, y tal vez para siempre, dijo con una agitación de lucha, sintiendo en todo su ser la inminencia de esa catástrofe.

« ¿ Qué podían hacer? » fué la desolada queja de la joven.

Trataron de hablar con calma. En pocas frases, con palabras de una determinación inflexible, Mercedes volvió á rechazar la idea de una fuga con sus degra-

dantes consecuencias. Levantándose altiva delante del joven, que admiró instintivamente la delicada gracia de su elevada estatura, la ideal perfección de su rostro:

— Mira, le dijo sobrexcitada por un pensamiento que se abría paso en ella contra su voluntad; prefiero la muerte á la vergüenza.

El brillo sombrío de sus ojos, al exclamar así, apoyadas las manos sobre los hombros del joven, lo hizo arrepentirse de su loca insistencia.

— ¡Perdóname, se me extravía la razón! dijo atrayéndola hacia sí en un abrazo de ternura infinita.

Ella logró calmarlo con protestas de amor, con apasionadas súplicas, jurándole de nuevo que sabría defenderse del príncipe é imponerle respeto. Vencida en parte, sin embargo, por el sombrío abatimiento con que la escuchaba Fuentealba, quiso hacer que alguna luz brillara en el porvenir tras de la negra tormenta que los envolvía.

— Tengamos resignación y paciencia, mi adorado; tal vez más tarde el cielo se apiadará de nosotros. Antes de un mes estaré de vuelta en París. Ahí veremos.

Nada encerraban esas palabras capaz de calmar la angustia del joven. Mercedes las había dicho sin convicción, tan apesadumbrada como él, por engañarse ella misma y hacer divisar á Patricio una vislumbre de esperanza, aunque esa vislumbre fuese una ilusión quimérica únicamente.

La marcha del tren empezó entonces á disminuir de rapidez. Sobresaltado, Patricio miró su reloj:

— ¡Es Dijón! ¡Llegamos á Dijón! exclamó aterrado.

— ¡Dios mío! ¡Tan luego!

Una doble exclamación lamentosa. Los afligidos corazones sintieron esa contracción del término fatal que se presenta. Había llegado la catástrofe con su

fuerza brutal fuera del alcance del hombre, ante la cual tiene que doblegarse ó quedar destrozada la voluntad humana. Por un impulso de náufragos que quieren unirse en la muerte, se arrojaron en brazos el uno del otro. Pero ambos sentían que no era posible prolongar la efusión de aquella despedida suprema. ¿Volverían á verse? ¿Cuándo? Esa pregunta resonaba en el alma de cada uno de ellos como una voz lanzada en la obscuridad y á la que nadie responde. Compasiva, la joven, por apaciguar los latidos impetuosos del corazón que respondía á la angustia del suyo en la nerviosa estrechez del abrazo, repitió su promesa :

— En un mes, ó antes, estaré de vuelta. Tengamos valor. Nunca seré sino tuya, tuya para siempre.

El mozo bebió la inflamada promesa sobre los labios mismos que la decían, repitiéndola con doliente voz, á impulsos de un esfuerzo común por creer en el porvenir, de volar á ese término dichoso por sobre el espantable horror del momento. Así, en un instante fugaz, resonando sus voces con esas palabras entrecortadas, á las que el llanto presta su amargura en confusos acentos, se volvieron á estrechar con frenesí desesperado, y Patricio salió precipitadamente á ocultarse, cuando el tren, con ruido de frenos mecánicos, se detenía.

— ¡Dijón, Dijón, quince minutos! resonó la soñolienta voz del conductor en el pesado silencio de la media noche.

Pronto algunos viajeros bajaron al andén, envueltos en sus abrigos, levantando los hombros para defenderse del frío glacial de aquella hora nocturna.

Fuentealba, detenido en la escala del vagón, el sombrero inclinado sobre la frente, y envuelto el cuello en una bufanda que le cubría el rostro hasta cerca de los ojos, se había puesto en observación. Nadie hubiera podido reconocerlo.

El joven esperaba ver bajar á Rosa Montestruc de su carruaje de *lits-toilette*, y se proponía dejarla salir para evitar el encontrarse con ella. Había pensado que era preferible que la muchacha no lo viese. También quería ver si Stephan subía al carro á reunirse á Mercedes.

En vez de esas dos personas que absorbían toda su atención, vió llegar corriendo, con aire despavorido, á don Eduardo Fuenteviva y á su hija Herminia. Procuraban asomarse al interior de los carruajes al través de los vidrios de las ventanas, empañadas por el frío exterior. Pasaron delante de él con ademanes de desolación, diciéndose que si Rosaura se hubiese quedado con su amiga, sorprendida por la marcha del tren mientras se despedía de ella, indudablemente se habría bajado á la llegada para ir á reunirse á ellos. En su afanosa sobrexcitación, examinaban á los pocos viajeros que había por ahí, corrían en todas direcciones, taloneados en su pesquisa, por el miedo de que partiese el tren dejándolos en la estación.

No obstante su propia congoja, ó tal vez más sensible á causa de ella, Patricio sintió una profunda compasión al ver alejarse á esos dos seres atribulados, y pensó en la espantosa desolación de esa familia, herida de tan tremendo golpe al empezar la larga jornada de regreso á la patria.

Pasaron algunos minutos sin que Rosa ni el príncipe apareciesen en el andén. Patricio vió á unas pocas personas de las que habían bajado volver á sus carruajes, mientras que tres ó cuatro, tan envueltas como él en sus abrigos, llegaban á la puerta de salida, por donde desaparecían con gran prisa. Ninguna mujer había entre ellas. El andén quedó casi desierto en un instante. Entonces Fuentealba se decidió á bajar con su maleta en la mano y se dirigió á la puerta de salida. En ese momento vió al príncipe bajarse de un carruaje y caminar de prisa hacia el *wagon-lit*

donde se encontraba Mercedes. Con el amplio sobretodo, forrado de obscura piel de nutria, abierto sobre el pecho, á pesar del intenso frío; con su andar seguro de hombre robusto que no conoce las aprensiones, garboso en el porte y alta la frente, tenía el aspecto de alguien contento de sí mismo y acostumbrado á triunfar.

Los dos hombres se cruzaron en su camino. Fuentealba tuvo furiosas tentaciones de hacer alguna ofensa violenta á Stephan que abatiese su orgullo. Pero Mercedes estaba ahí; sus grandes ojos, de angustiado mirar, le enviaban la melancolía incurable de su alma, por la ventana, que temerariamente había abierto. Provocar una querella al príncipe era deshonrarla. Aquello pasó en unos pocos segundos. El pito del jefe de estación dió la señal de la partida, cuando Stephan ponía el pie en la escala del carruaje. El tren volvió, como con pereza, arrojando la locomotora nubes de humo en su ruidosa respiración, á emprender su marcha. Patricio, destrozada el alma, se quedó de pie, mirándolo alejarse, hasta perderlo en el negro abismo, en la densa obscuridad nocturna.

El empleado de la puerta de salida lo sacó de su dolorosa contemplación.

— Su boleto, señor; se va á cerrar.

XXVIII

Stephan se extrañó de encontrar en pie á la joven.

— ¡Cómo, princesa! ¿No se ha acostado usted? Son las dos de la mañana.

El tono de la frase era de una galantería solícita. Al parecer, quería mostrarse sin resentimiento y borrar la ingrata impresión bajo la cual se habían separado después de la escena del coche.

— Nunca duermo en el tren, contestó ella con voz tranquila, sin volverse hacia su marido.

Él notó la lívida palidez de la muchacha, el rastro de fuego, dejado por las lágrimas, apenas enjugadas, en sus ojos. Su genial vanidad le hizo imaginarse que la joven, ofendida por su abandono, había llorado de despecho. « Las mujeres quieren ser rogadas », pensó, con su experiencia de la vida galante.

En el corto espacio de silencio que siguió á su respuesta, Mercedes tuvo esa percepción misteriosa con que un flúido ignorado parece poner en comunicación, como las ondas eléctricas tan maravillosamente usadas por Marconi, el cerebro de dos personas agitadas por una emoción aguda. Fué como si leyese en la imaginación del príncipe la ebullición de su pensamiento. Adivinaba que vendría á sentarse á su lado. Un segundo después, apretándose cuanto podía á la

pared del carro, lo sintió deslizarse suavemente cerca de ella y tomarle una mano. Mercedes la retiró con un movimiento brusco, un movimiento de miedo, la alarma del pudor en vela.

— ¿Todavía está usted desdeñosa, mi pequeña princesa?

Sobrecogida de un temblor convulsivo, la joven oyó la voz insinuante en su murmullo de apasionada ternura. Con vívida lucidez las ideas le acudieron al oir el vago sonido de esa voz, al sentir la respiración ardiente con que llegaron á su oído. « En el estrecho espacio del compartimento en que se hallaba, ¿dónde refugiarse? » La angustia del pánico le hizo pensar en el pasadizo al que dan las puertas. « Ahí podría huir. Perseguida, fuera de sí, se arrojaría del tren, aunque al caer encontrase una espantosa muerte. ¡Qué importaba! Sería una muerte rápida. » Tras de esa trágica resolución, á la que mezclaba el nombre de Patricio, brillante en su pensamiento como una luz eléctrica que aparece, la vista del aparato para la campana de alarma le dió una vaga sensación de alivio en su terror, el alivio del asmático que, en las ansias del espasmo, siente un soplo de aire fresco penetrarle en el pecho que se ahoga.

El príncipe no se dió por vencido. « Será más porfiada que las otras », se dijo, y sin arredrarse por la actitud glacial con que fueron recibidas sus palabras, pasó resueltamente su brazo alrededor del fino talle de la joven.

Á ese contacto, ella se alzó de un salto.

— ¡No me toque usted! exclamó, lanzándole esas palabras de frente, como un reto.

Al mismo tiempo se abalanzaba sobre la puerta. Sus pálidas mejillas se cubrieron de un vivo encarnado. En sus ojos, un fulgor de resolución hizo desaparecer la melancólica languidez de la mirada. La indignación la transfiguraba. De pie, su elevada esta-

tura parecía mayor aún por lo erguido del cuello, por la actitud de orgullo con que miraba al príncipe, atónito de aquella repentina metamorfosis, tan diferente del abatimiento de hacía un instante.

— No se alarme usted, princesa. Palabra de honor, no me figuraba ofender á usted. Ahí acabaremos por conocernos, y, permítame usted agregar, por amarnos...

Mercedes, con una vaga sonrisa y un ademán de denegación, lo hizo interrumpirse.

— Sí, por amarnos, repitió el príncipe, respondiendo á esa muda contradicción.

Y con un acento que la joven no acertó á distinguir si era irónico ó sincero, agregó :

— Por mi parte, tendré muy poco camino que andar, porque la encuentro á usted encantadora.

La joven alzó la vista como pidiendo resignación al cielo, y permaneció en silencio.

— Vamos, venga usted á sentarse aquí á mi lado y conversemos razonablemente como buenos amigos.

— Estoy muy fatigada, y agradecería á usted me dejase reposar, fué la contestación de Mercedes.

La palidez había vuelto á cubrirle el rostro. Una lasitud extrema sucedía á la excitación de un momento, desvanecida ya en ella, al ver que Stephan razonaba en vez de continuar en su osadía irrespetuosa.

— Descansará usted oyéndome, sentada á mi lado.

— Usted acaba de darme derecho de no creer que sepa usted respetar á una mujer indefensa, agregó ella con amargura.

El reproche picó al mozo.

— Mal me conoce usted, señora, si cree que soy capaz de violencias. Nunca solicitaría de una mujer otros favores que los que ella, espontáneamente, quisiera concederme. Mi ademán no fué el de un seductor irrespetuoso, fué una demostración conciliadora, mi deseo de borrar el recuerdo de la penosa

escena del carruaje al venir á la estación; fué también una demostración de ternura de parte de un hombre que tiene sus derechos de marido, no lo olvide usted.

— Yo no reconozco esos derechos, replicó la joven con calor; usted lo sabe perfectamente. Usted se casó sabiéndolo. No quiero conocer las razones que tuvo usted para proceder así, ni mucho menos quiero discutirlas. Yo he sido franca con usted en toda ocasión. Usted sabe que me he casado protestando. Mi franqueza me crea también derechos que estoy resuelta á hacer respetar. Vivamos en ese respeto. No aumente usted mi martirio invocando el derecho brutal del más fuerte.

No improvisaba esa argumentación altiva de mujer, ofendida en lo más íntimo de su nobleza de alma, de muchacha pura que empieza á abrir los ojos al rudo contacto de las bajezas humanas. Lo que decía eran sus largas reflexiones de víctima, su indignación anidada en el pecho como un fermento de odio y de desprecio por el verdugo de su dicha. Pero al pronunciar las últimas palabras, la voz se quebrantó entre sollozos, y un raudal de lágrimas corrió por sus mejillas. Ante esa amarga desolación, el príncipe tuvo vergüenza de continuar discutiendo. Mercedes, en la energía de su dolor, le pareció transfigurada. Creyó sentir una fuerza en el imperio de esa belleza frágil, que se substraía á su seducción de hombre atrevido. Por primera vez se dió cuenta de la prestigiosa pureza que revestía á la joven de un encanto de seducción suprema. Con aire altanero de hombre que condesciende en mostrarse generoso, se puso de pie delante de ella.

— No incomodaré á usted más, le dijo en tono cortés. La hora no es aparente para una discusión como ésta. Voy á dejar á usted que se repose. En la primera estación volveré al sitio que tengo en otro carruaje, y

mañana, en la estación de Marsella, vendré á buscar á usted para que entremos juntos al hotel.

Mercedes abrió la puerta y lo dejó pasar, silenciosa, sin mirarlo. Después corrió el cerrojo y fué á sentarse cerca de la ventana, ocultando el rostro entre las manos largo rato, sacudida por las espasmódicas vibraciones de su inmensa desolación.

Por algunos momentos, la intensidad de su pena se le agolpó en torrentes de aflicción, arrebatándole el poder de reflexionar. Era un aturdimiento absoluto, sin otra facultad que la de sufrir, el don más inagotable de la triste herencia humana. El aturdimiento pasa, sin embargo; la mente recobra su función de reflector de las sensaciones; las ideas se abren paso en el cerebro adolorido. Así ocurrió á Mercedes. Al salir del anonadamiento en que la dejara el esfuerzo de voluntad con que acababa de imponer respeto al príncipe, su razón voló hacia Fuentealba con el rumbo seguro de las palomas mensajeras al volver á su nido. Se imaginó que le enviaba su adiós, « tal vez el último », suspiró con una impresión intolerable del pecho. Le aparecía de pie en el andén de la estación, descubierto el rostro que ocultaba un momento antes. La imagen se perdió en la lobreguez del incierto porvenir, arrebatada por un huracán de fatalidad devastador. Se le figuraba que el tren, aumentando incesantemente la distancia entre ella y Fuentealba, llegaría á hacer que fuera imposible que volvieran á encontrarse. Ansiosa de disipar ese tristísimo augurio, se puso á mirar por la ventana. La noche obscura le respondía con el horror de su misterio. Al principio sólo vió sombras de siniestra intensidad. Pero los objetos, al pasar en desatentada fuga, empezaron á tomar forma. Los árboles eran fantasmas despavoridos, extendiendo sus brazos en son de algún anuncio lamentoso. El tren se inclinaba á un lado y otro en las curvas de la vía, con un lento ba-

lance de nave sobre un mar tranquilo. Continuaba después, apresurado siempre, con su estremecimiento ruidoso de monstruo desbocado, al través de la inconmensurable lobreguez. Los sonidos extraños que acompañan á ese movimiento, fueron también clasificándose, tomando significación en su mente. Ora burlescos, ora fúnebres, remedaban para ella, con porfiado compás, las preocupaciones de su ánimo amedrentado; repetían, golpeando las ruedas sobre los rails, con regularidad automática. algún augurio amenazante. « No lo verás más, no lo verás más », oía, pensando en Fuentealba, como un martilleo mecánico, durante largo rato, hasta que ella hacía un esfuerzo penoso de enfermo, que se da vuelta en su lecho de dolor, para arrancarse á la obsesión desapiadada del fatídico refrán. Y de cuando en cuando, por espacios de tiempo irregulares, el clamor extraño del eco, al pasar furioso el tren bajo los pequeños puentes del camino, estallaba sobre su cabeza aturdida, con entonaciones de airada maldición, con formidables gritos de sarcásticas risotadas, repercutido por los delirios de su fantasía con misteriosas resonancias, en el cavernoso trueno de los obscuros socavones.

En ese semisonambulismo de alma en tortura, Mercedes encontraba interminables las horas. El desorden moral y el cansancio físico hacían de su pobre ser un triste despojo humano, en aquel naufragio de todas sus esperanzas juveniles. Al detenerse el tren en Macón, á las tres y media de la mañana, se sintió yerta de frío. No había pensado en cubrirse con las elegantes mantas de viaje, puestas por su camarera á los pies del sofá. La cesación del movimiento le dió valor para extenderlas y cubrirse. Esa simple acción le trajo á la memoria, en una ráfaga de suave melancolía, los cariñosos cuidados de la abuelita. « ¡Oh, los días felices, que ya nunca volverían! » Abismada en ese recuerdo, no advirtió que el tren se ponía de

nuevo en marcha, y que al mecerse otra vez en el movimiento y el ruido, la vorágine de sus pesares la arrebataba, como antes, al abismo sin salida de la desesperante realidad.

Más tarde, al detenerse el tren en la estación de Lyón, la joven tuvo el sobresalto del que se ha quedado adormecido sin saber por cuánto tiempo. La voz del conductor anunciaba quince minutos de parada. Por buscar una desviación á sus pensamientos, Mercedes limpió el empañado vidrio de la ventana y miró hacia fuera. En la pesada tristeza de la estación dormida, algunos pasajeros corrían hacia el café, algunos empleados combatían el frío, agitando los brazos alrededor del cuerpo y zapateando sobre el suelo.

Una figura de mujer pasó delante de sus ojos, dirigiéndose á la puerta de salida. En el donaire de su marcha, Mercedes reconoció al instante á la Montestruc, á pesar del grueso *boa* de *zibelina* que le ocultaba la parte inferior del rostro. Si hubiese podido tener alguna duda sobre la identidad de la persona, el vivo resplandor de la luz eléctrica que bañó el semblante de la semimundana al acercarse á la puerta, no la habría dejado subsistir. Rosa iba seguida de su camarera y del lacayo. Al momento de entregar su boleto, volvióse hacia el tren. Buscaba la ventana de Mercedes en el carro que ella conocía. ¿Pudo, acaso, ver los grandes ojos calenturosos de la princesita en esa rápida mirada de curiosidad femenil? Mercedes no alcanzó á percibirlo; pero observó el aire de reto con que Rosa se detuvo unos segundos al mirar hacia ella antes de salir, dejándole un dolor agudo en el pecho. « Ella va á ver á Patricio, pensó con frío al corazón; ella lo buscaría, trataría de hacerse amar por él. »

Todavía, bajo el dolor de esa celosa reflexión, divisó á don Eduardo Fuenteviva recorriendo azorado el tren y lanzando, al pasar por las puertas abiertas de algunos carros, ansiosas miradas investigado-

ras. Lo acompañaba Herminia, pálida y deshecha como él, apresurando el paso para seguirlo, con la ansiedad pintada en las facciones y ese aire de prisa lamentable de los que buscan, perdiendo por grados la esperanza de encontrar. Mercedes los dejó seguir su pesquisa, ocultándose tras de la cortina. « ¿Qué consuelo habría podido ofrecerles, con su vana compasión, por la desgracia que los hería? »

El padre y la hija volvieron luego á pasar delante de su ventana. Á pocos pasos de ésta, los vió detenerse y hablar con el conductor del tren. Tras de un breve diálogo, los tres se dirigieron al carro donde ella se encontraba, y pronto oyó golpear á su puerta. Fuenteviva y Herminia la saludaron turbados.

— ¿Rosaura no está con usted? pregunto el padre con voz trémula.

La angustia de su mirada, al ver que nadie había ahí con Mercedes, era desgarradora.

— Estuvo á despedirse de mí, y se fué cuando tocaron para la partida.

El caballero se puso lívido.

— ¡Por Dios, por Dios! exclamó tomándose con las dos manos la cabeza, cual si temiere que estallase de aflicción.

Con ojos en los que asomaban las lágrimas, Herminia fijó sobre Mercedes una mirada de profunda desconfianza.

— ¿Y tú no viste si la dejó el tren?

— No vi; supuse que corría á juntarse con ustedes.

La joven respondía con la timidez del criminal desconfiado de su poder de disimulación. Pero ni por un instante le ocurrió el pensamiento de revelar la verdad á los dos seres atribulados que veía delante de ella en la trágica ansiedad de la desgracia sospechada. Sufría con ellos, y acaso un soplo de odio hacia la que con tan aleve calma los había sacrificado, in-

flamó su espíritu de noble rectitud al verlos así, como esperando el estallido del rayo sobre sus cabezas. Pero la idea de una traición no nubló con su sombra la serenidad de su alma.

La voz del conductor, anunciando la partida, no les dió tiempo de seguir hablando.

— Papá, tal vez en la oficina del telégrafo habrá un mensaje de Rosaura.

— Así es; vamos, vamos, gimió el padre, dando de prisa algunas excusas á Mercedes.

Herminia se echó en brazos de la jóven sollozando.

— ¡Ah! Dios quiera que no sea una desgracia, le murmuró al oído al salir, aterrada, tras de su padre.

Por la ventana Mercedes los vió alejarse despavoridos, corriendo tras de esa esperanza que ella sabía irrealizable.

— ¡Pobres! ¡pobres! pensó acongojada, uniendo á sus pesares, compasiva, la desventura de los que se alejaban, envueltos en el torbellino del padecer universal.

Stephan de Rœspingsbrück había bajado del carro en Macón, aprovechando los pocos minutos que ahí se detuvo el tren. Pero durante el trayecto desde Dijón, sentado cerca de la puerta de Mercedes, sobre uno de esos sitios del pasadizo en que los viajeros van á buscar aire fresco, ó á contemplar el paisaje, había tenido tiempo de pensar y de sentir. El orgulloso despecho con que se acababa de separar de la princesita, ofuscó en él, por un tiempo relativamente largo, toda reflexión. La actitud asumida por Mercedes hería profundamente su vanidad. Partiendo de la suposición de que la joven no podía tener la más lejana sospecha de la villanía de su conducta, que él, con su elástica conciencia de hombre sin escrúpulos, calificaba de calaverada elegante, había contado con la mansa resignación á la que la mayor parte de las muchachas casadas contra su voluntad confían el

problema de su dicha en el porvenir. Al acercarse de nuevo á ella, después de más de cuatro horas de viaje, iba persuadido de que unas pocas manifestaciones de galante sumisión bastarían para que la chica se mostrase arrepentida de su estudiado desvío. « En esas cuatro horas debía haber reflexionado. No era posible que en su cabecita rubia se anidase solamente la tenacidad hostil que acababa de mostrarle. El brillo de su nueva situación social y el prestigio del título de nobleza que había borrado de su existencia el nombre plebeyo de su familia, no podían dejar de prometerle embriagadores halagos para su femenil vanidad.»

Así pensaba al llegar cerca de Mercedes. Pero la presuntuosa expectativa no se había realizado. El desengaño le dejaba un escozor de vanidad herida. Sin aceptar ese resultado tan diverso de sus cálculos, reflexionando ahora, Stephan no renunciaba á la ilusión de establecer sus relaciones con la que era ya su esposa, en un pie de correcta urbanidad, que le ahorrase las humillaciones de una lucha degradante. Su interés estaba en evitar una ruptura, en no desbaratar sus planes de porvenir, fundados, no solamente en la renta de la dote, sino en el pago, más ó menos periódico, de sus prodigalidades, que él contaba imponer á su suegro por el honor de tener un yerno de familia reinante, un príncipe auténtico en el gran rol de la nobleza europea. Pero en aquel momento no eran ya únicamente esas consideraciones de su feroz egoísmo lo que formaba su principal preocupación en esos proyectos de futura vida matrimonial. La chispa que alumbra el gran incendio humano, la que no ha podido apagar el desgaste de los siglos ni los refinamientos egoístas de la civilización, había caído en su cerebro antes de salir del compartimento donde se hallaba Mercedes. Una desazón de amor empezaba á hacerle sentir, al través de sus meditaciones, la inquietud precursora de su fuego. La

noble actitud de la mujer en defensa de los fueros de su corazón, le aparecía ahora revestida de la gracia subyugante de su encanto femenil. Analizando esa impresión retrospectiva, el mozo sentía un placer desconocido en filosofar sobre ella. « ¿Qué actitud del esbelto talle; qué inflexión de la voz armoniosa; qué reflejo de la mirada; qué sombra de indignación en el rostro; qué sonrisa de altanero desdén en los labios, había dejado su huella de saeta inflamada en su corazón durante aquel penoso momento de la enconosa disputa? » Imposible saberlo. « Es el caso, pensaba el joven, del soldado que en el campo de batalla no puede sospechar en qué instante ni de dónde partió la bala que lo ha herido. » La chica tomaba desde ese momento, á sus ojos, un prestigioso atractivo de pureza, una magia de llama que devuelve la vida de lo ideal al corazón entorpecido en el materialismo. Con un estremecimiento de disgusto pensó en la hermosa mundana, que hasta entonces había avasallado sus pasiones con su belleza material de estatua sin alma. Al reunirse otra vez con ella en el *coupé* de *lits-toilette*, Stephan se alegró de encontrarla profundamente dormida. No le perdonaba ya que hubiese ejercido sobre él su caprichoso imperio hasta hacerlo cometer la villanía de que se encontraba ahora avergonzado. La despertó un rato antes de la llegada á Lyón, donde estaban convenidos de separarse. No era posible que Rosa fuese vista en Marsella, después de la manera como había casi detenido á Mercedes, con su insolente mirada, en la estación de París.

El tren seguía, entretanto, su marcha desenfrenada hacia la patria de Petronio y de M. Thiers. Sus vaivenes mecieron las nuevas ilusiones del príncipe en un arrullo de felicidad cercana. « Al fin y al cabo, esa linda muchacha era suya. La ley y la religión le habían conferido su predominio sobre ella. Sería una

encantadora empresa la de conquistarse ese corazón rebelde, de hacer dulcificarse en palabras de amor esa voz altanera de dignidad ofendida. »

Mercedes, por su parte, continuaba en su insomnio durante esas mismas horas de incesante rodar. Un corto rato la imagen de don Eduardo Fuenteviva y la de Herminia le ocuparon la imaginación. Los veía en su pesquisa desconsolada alejarse con ademanes de mortal alarma, sombras afligidas que iban á perderse en el negro abismo del duelo universal. Y como en las vistas *cinematográficas*, repentinamente, la imagen de Patricio, enviándole su adiós desde el andén, reemplazó á las dos sombras con eléctrica instantaneidad, alejándose de ella sacudido con un temblor de espectro que vuelve á la nada, de donde el humano ingenio ha inventado poco ha la manera de hacer revivir las personas y las cosas, la vida ficticia del pasado. Y tras de esa visión grabada en su cerebro encendido, ¡oh! ¡la soledad y el abandono! La familia distante en su agitada fiesta de grandezas; la abuelita con su incurable nostalgia, hablándole de la patria lejana, envuelta en su nube de recuerdos, buscando la fuerza de vivir, lejos de ella, entre los pobres objetos guardados como reliquias : el mate y su bombilla, el sahumador de filigrana, la Virgen y el san José de bulto, que le formaban un rincón de consuelo, la evocación de otra existencia, en su muda esperanza de desterrados.

Esa sensación de la felicidad que huye, de las cosas que no volverán jamás, tenía para la chica una novedad desgarradora. Era como la lucha contra la muerte de un ser sorprendido por algún mal repentino en plena y vigorosa juventud. En el cuerpo joven, el alma cubierta todavía de la virgen coraza de sus ilusiones, el convencimiento de la catástrofe irremediable no podía arrancarle todas las esperanzas de la vida sin un destrozo general de su ser, sin una

dolorosa desarticulación de su estructura moral en todas sus facultades de reflexión y de sensibilidad. La vorágine que rugía en su mente corría parejas con la marcha del monstruo que la arrebataba en su carrera frenética, que le repetía sus ruidos fantásticos, al través del paisaje de desolación, la hacía estremecerse con los truenos repentinos de los puentes, con el relámpago fugaz de las estaciones que atravesaba como una flecha inflamada, renovándole la amenaza de la distancia que se acorta y del término que se acerca, en la evolución impasible de las horas.

La luz, al fin, empezó á disipar la porfiada obscuridad. Los objetos, al huir en dirección opuesta á la de la marcha, comenzaban á tomar forma; los celajes del horizonte se teñían de rosado; los bosques de pino se multiplicaban sobre las colinas, en las hondonadas, en los caprichosos accidentes del terreno. Por momentos, anchas sábanas de agua aparecían y se ocultaban al andar del tren, y un tinte transparente de la atmósfera, con irrupciones de luz que se prolonga en el espacio, vacío de todo objeto, anunciaba la proximidad del mar, en la embocadura del Ródano, que llegaba á traerle el tributo de su inagotable corriente.

Sobrecogida de admiración ante el grandioso paisaje, al que poco á poco el sol fué bañando con torrentes de luz, Mercedes tendía su vista á lo lejos inconscientemente. Acudíale la extraña ilusión de encontrar en el espacio inconmensurable, que despertaba á la vida, el secreto del porvenir. Luego, sin embargo, la luz le produjo la desazón del dolor que se renueva cuando parecía calmado. No era ya la confusa tormenta del sufrimiento en el misterio de la obscuridad: lo fantástico y lo real mezclados, confundiéndose en un pesado adormecimiento de la reflexión. Ahora eran los detalles de las sensaciones con el prosaico delineamiento de lo palpable, con la crispación de la herida á la que se arranca la venda. Á cualquier

lado que se volviese su pensamiento, ahí encontraba un dolor. Su imaginación se revolcaba en ese lecho de martirio con desesperaciones que la dejaban por momentos en un síncope moral semejante á la insensatez. En balde ocultaba el rostro contra el ángulo del carro á que se apoyaba; en vano acudía á la oración para que se rasgasen las nubes amenazantes que le enlutaban el porvenir con pavorosos pronósticos : la realidad la circundaba con su barrera insuperable, cerraba toda salida á su espíritu aterrorizado. Lo que había sido no podía dejar de ser. En aquellas pocas horas, su destino había llegado á lo irremediable. Al mirar más allá, tembló de espanto.

Habían principiado ya á sucederse unas tras otras, huyendo en la alegría de la mañana, las modestas casitas, las quintas aristocráticas, los jardines devastados por el frígido beso de las brisas de otoño. Todo anunciaba la proximidad de una gran población. El tren arrancaba á los ecos más frecuentes y quiméricos ruidos; anunciaba á lo lejos su arribo con el estridente silbar de su máquina; dejaba en el aire la negra nube de su afanosa respiración. Paulatinamente, sin embargo, pareció calmarse, entrar en una gradual disminución de su marcha precipitada, hasta que con lento rodar, marcando acompasados golpes sobre sus ejes, entró silencioso á la estación á pararse delante de las filas de cargadores, solícitos de recibir los bultos y las valijas de los viajeros.

XXIX

Diez minutos antes de la llegada, la camarera había entrado en el compartimento de Mercedes. Bien peinada, con el pequeño sombrero sobre la abundante masa de sus cabellos, el talle dibujado por un *bolero* que se le ceñía como un guante, rosadas las mejillas y apenas con un ligero tinte de carmín en los labios, la muchacha parecía traer consigo el aire fresco de aquella luminosa mañana.

— ¡Ah! La señora princesa no se ha acostado.

— Era inútil; no puedo dormir en el tren.

Bien que sorprendida por la languidez de la voz, y advirtiendo la extremada palidez de la que le daba esa respuesta, la camarera, mientras doblaba los abrigos, no renunció á conquistarse la benevolencia de la joven.

— No importa; la señora princesa está fresca como una rosa.

El tren se detenía delante del andén, y un instante después el príncipe aparecía en el pasadizo, delante de la puerta.

La camarera se apresuró á bajar del carro. Al mismo tiempo, Stephan subió y preguntó á Mercedes con aire de interés :

— ¿Se ha reposado usted algo?

— Gracias, casi nada.

La voz era cortante, de persona que no quiere seguir conversación.

El príncipe la precedió al bajar y le ofreció el apoyo de su mano. Mercedes la evitó con disimulo.

« Vamos, pensó él, continuamos de guerra. »

Ambos caminaron silenciosos hacia la salida. Á cualquier hora y en cualquier parte, la mujer bella, que pasa, tiene algo de un meteoro luminoso : todos vuelven hacia ella la vista, admirados. Era el efecto que producía su esbeltez, la perfección de su pequeño rostro, la expresión melancólica de sus grandes ojos. Stephan sentía un secreto orgullo en presencia de esa admiración tributada á su mujer. Se daba cuenta de que su buena suerte le había hecho dueño de un tesoro envidiable. Por su parte, la triste princesita no parecía apercibirse de las miradas que la seguían.

Tras de ellos caminaban la camarera y el lacayo. La muchacha había descargado sobre éste los paquetes bajados del carro. Así podía caminar y charlar en libertad.

— Para casados de ayer, dijo señalando con la vista á los novios, no tienen el aire de morirse de amor el uno por el otro.

El lacayo tomó un aire sentencioso de lo alto del cuello de piel de su largo paletó :

— En efecto, es un poco frío. Estas gentes de la *alta* carecen de fuego. No es como nosotros, señorita Aglaé. Supongo que usted me ha dicho eso para que le haga la corte.

La criadita soltó una franca risotada.

— ¡Cuando menos! Sepa usted que á mí me hacen la corte sin que yo lo pida.

En el vestíbulo del hotel, rodeado de la servidumbre, el gerente recibió á los novios con la sonrisa y los saludos obsecuentes que se reservan para los viajeros de calidad. Por el ascensor los condujo al pri-

mer piso, donde una habitación, compuesta de una sala y dos dormitorios, estaba preparada para ellos.

— Sus altezas se servirán dar sus órdenes al mayordomo del comedor, que vendrá á tomarlas cuando sus altezas lo llamen.

— Almorzaremos aquí, dijo Stephan; está bien.

El gerente salió con un profundo saludo.

Pero no por esto quedaron solos. La camarera y el lacayo, que habían entrado tras de sus patrones á la sala, esperaban órdenes con los bultos y los abrigos en las manos. El príncipe señaló la distribución de los paquetes y maletas : unos para el dormitorio de la princesa, los otros para su dormitorio.

— Pueden ustedes retirarse, no los necesitamos por el momento, les dijo cuando volvieron á la sala.

La princesita había permanecido de pie, silenciosa, mirando por la ventana para darse una actitud. Al oir la orden dada por Stephan, como saliendo de un sueño, se interpuso :

— Tengo necesidad de esa muchacha para que saque la ropa que debo ponerme.

— Vaya usted, vaya usted, dijo el príncipe á la camarera secamente. La muchacha entró al dormitorio de su ama.

Cuando estuvieron solos :

— Usted dará las órdenes para el almuerzo : lo que usted disponga estará bien hecho.

— Excúseme usted, dijo la joven; estoy rendida de cansancio y deseo reposarme. La camarera me traerá un ligero almuerzo á mi cuarto.

Stephan se acercó á ella como inquieto :

— ¿Sufre usted?

— No es nada, el cansancio.

Dió el joven algunos pasos hacia la puerta del que debía ser su dormitorio; pero antes de abrir se detuvo. Su fisonomía y sus ademanes eran los de un hombre dominado por una preocupación absorbente.

— ¿Cree usted estar en estado de continuar mañana el viaje por el primer expreso para Niza? Nos detendremos ahí un día, si le parece á usted, para que descanse.

Mercedes se había dejado caer sobre una poltrona, al lado de la puerta de su pieza. La voz del príncipe le causaba el estremecimiento nervioso de la impaciencia reprimida. Toda su persona, al sentarse, acusaba un profundo abatimiento, un cansancio agobiador de cuerpo y alma.

— Arregle usted todo como le parezca y no me consulte, murmuró con desaliento, extenuada el alma de sufrir, rendido el frágil cuerpo por el insomnio y la fatiga.

— No consultar á usted me es imposible; yo estoy á las órdenes de usted, princesa; su salud me es demasiado preciosa para que no deje á la voluntad de usted cuanto concierne á nuestro viaje.

Había suavizado su voz al decir eso, la voz que se modula para hablar á un enfermo. Ella, al oirlo argüir de interés por su salud, tuvo una pálida sonrisa de sarcástica incredulidad. En aquella pieza de hotel, con sus muebles simétricamente distribuidos, sin nada que hablase de la tibia atmósfera del hogar, de los afectos tranquilos de la vida familiar, aquel diálogo resonaba con acentos de extraña tristeza.

— Disponga usted como le parezca, y hágame saber sus decisiones por la camarera.

Diciendo esto, la princesita se ponía de pie y extendía la mano hacia la puerta de su dormitorio, en ademán de retirarse. El príncipe repuso con viveza :

— Perdóneme usted que la detenga un instante. La idea de que la camarera está ahí, á dos pasos de nosotros, y de que puede escuchar lo que hablamos, me pone realmente nervioso. ¿Piensa usted dejar á esa mujer en su cuarto? Hace rato que debía haber salido.

No fingía Stephan al decir que estaba nervioso. La voz carecía de su seguridad habitual de hombre satisfecho de sí mismo. Había en ella la entonación destemplada de la impaciencia.

La joven, por toda respuesta, abrió, sin precipitarse, la puerta de su dormitorio, y con voz en la que era imposible distinguir otra influencia que la de una dignidad serena :

— Está bien ; Aglaé, puede usted retirarse.

La camarera cruzó la sala de recibo en medio del silencio de sus patrones.

Con aquel acto, al parecer sin importancia alguna, la joven había querido mostrar á su marido que no temía quedar sola con él. Así lo entendió el príncipe. Á la impertinencia de su pregunta, la muchacha, débil por su sexo, débil por su juventud, le contestaba con un reto. Al ver salir á la camarera sintió un sordo gruñido de humillación afearle su grosera falta de tacto y murmuró, más bien que dijo :

— Gracias, excúseme usted ; realmente la tardanza en salir de esa mujer me tenía nervioso.

Se expresaba así para disimular la turbación de su espíritu. La tranquilidad arrogante de la joven le había causado una sorpresa que trastornaba sus previsiones. Desde que en el tren había sentido cambiarse en un nuevo sentimiento la indiferencia profunda con que había llevado al altar á la tímida muchacha, Mercedes se había transfigurado á sus ojos, y él no acertaba á comprender la rapidez de esa transformación. No se daba cuenta de que los sufrimientos morales, semejantes al calor artificial que madura las frutas y hace brotar antes de tiempo las flores en los invernáculos, producen en el espíritu una madurez y una intuición de experiencia que, en circunstancias ordinarias, sólo puede ser la obra de los años. Las conquistas fáciles de la vida galante en los salones del gran mundo y entre los bastidores de

los teatros, le habían hecho figurarse que aquella muchacha, salida apenas de la infancia, sería desde el principio, después de la bendición matrimonial, un ser dócil á sus caprichos. Al notar que se hallaba en presencia de una voluntad tenaz y de una madurez de juicio en posesión completa de sí mismo, su extrañeza fué profunda, y profunda igualmente la intensidad de su deseo de conquistar el amor de la desdeñosa criatura.

No encontraba cómo justificarse. Veía á la chica erguida, de pie en el dintel de la puerta, luchando heroicamente por no desfallecer. No se le ocultaba que sería impertinente toda insistencia, y que era su deber de caballero dejarla retirarse en paz. Pero el capricho, que atropella á la razón, alzaba la voz sobre ésta. No podía resignarse á que la chica le volviese la espalda como á un majadero, sin que mediara entre ellos una sola palabra de reconciliación; de tolerancia de parte de ella por lo menos, que le permitiera esperar en alguna conversación amistosa, más tarde, la explicación que rompería el hielo de esa reyerta.

Esas reflexiones se agolparon á su imaginación en el corto silencio que siguió á sus palabras de disculpa pronunciadas en su empeño de que no se retirara la princesita. Como ésta nada respondiera, él repuso:

— Veo que está usted fatigada, y deberé renunciar por el momento á la explicación que deseaba tener con usted. Pero antes que usted se retire necesito su promesa de que más tarde, cuando haya descansado, me oirá con paciencia, y, sobre todo, sin el desdén con que usted se complace en tratarme.

Calló unos segundos, y, en el silencio de la pieza, repuso con su altivez de gran señor, completando su pensamiento, para que Mercedes no olvidase los fueros debidos á su elevada posición social:

— Y que ciertamente no toleraría á persona nin-

guna, ni aun á mujer ninguna, como lo he tolerado á usted.

En tono glacial, mirando fuera de la pieza por la ventana, la joven fué perentoria al responder:

— No veo la necesidad de explicación alguna.

Stephan le dirigió una mirada en que podía distinguirse fácilmente la violencia de su carácter templada por el temor de que la princesita cortase, sin otra respuesta, la entrevista. Y cada vez más obstinado, con la porfía del hombre á quien irritan los desvíos de la mujer sobre la que se cree con derechos, no quería que ella lo dejase así sobre una frase de menosprecio.

Habíase quitado, al entrar, su gran sobretodo de viaje; y el terno obscuro, de corte inglés, le dibujaba, estrechamente ajustado, las proporciones atléticas de la musculatura. Sobre los anchos hombros, la cabeza abultada, en la que la frente pequeña de hombre testarudo era el rasgo característico, le daba el aire de os toros que de una embestida hacen huir, precipitados, á banderilleros y á *espadas*.

Pero Mercedes no miraba á su temible adversario, ni en el estado de desesperación en que la ponía por grados aquella disputa, se habría intimidado por el aparato de fuerza física que, sin pensarlo, ostentaba el mozo al dar algunos pasos hacia ella cuando recibió, como un zurriagazo, la altiva respuesta.

— Vamos, vamos, princesa, dijo tratando de calmarse; puede ser que usted no vea la necesidad de una explicación; pero yo la siento esa necesidad. Y yo cuento por algo, me parece, en esta asociación de marido y mujer.

— Nada tenemos que decirnos, insistió Mercedes con altanería.

Su impaciencia creciente de verse así detenida, sobrexcitándole el sistema nervioso, hacía desaparecer en ella el cansancio extremo que la había obligado

á sentarse otra vez al lado de la puerta. Sus mejillas, encendidas ahora, le quitaban del rostro el aire de atroz abatimiento de unos minutos antes. De lo hondo del pecho nueva fuerza de resistencia le acudía. Al dar su contestación la voz resonó firme, autoritaria. Quería concluir con esa lucha una vez por todas; poder librarse del importuno y entregarse á sus pesares; conquistar su derecho de sufrir sin testigo, de abismarse en su dolor hasta perder conciencia de la vida.

No bien oyó la sentencia intransigente, el príncipe rearguyó con vehemencia :

— Usted tal vez no tenga nada que decir; pero yo sí. Jamás consentiré en que usted continúe á juzgarme con la injusticia que me está mostrando.

La joven se exasperó con esa palabra de injusticia. « Era un impudente sarcasmo, una audacia irritante, aquello de querer cubrir con una queja contra ella las imperdonables faltas que podía enrostrarle. En vez de rehuir la discusión, quiso hacerle frente. El profundo rencor acumulado en su alma, la excitaba á continuarla.

— No tenemos nada que decirnos, lo repito á usted, exclamó sin abandonar su tono de amarga altivez. Yo hablé á usted muy claro antes de que me arrastrasen á este odioso casamiento. Usted supo, en tiempo para desistir de su obstinada persecución, que yo amaba á otro y que jamás dejaría de amarlo. Sin embargo, usted persistió en su propósito. No puede figurársele á usted que yo habría de ser la única que ignorase el motivo de su insistencia. No tiene usted derecho de hablar de injusticia.

Su indignación la arrebataba. El calor de su desprecio y de su encono la ponía en la pendiente en que las palabras traicionan la voluntad y se abren paso por entre los labios, atropellando á la razón.

— Ya obtuvo usted lo que deseaba : se han pagado

sus deudas, ha recibido usted una dote para su hermana, y después de eso habla usted de mi injusticia.

No intentaba decir nada de eso. Sabía que no estaba en su dignidad el hablar de tal modo. Se había jurado no aludir jamás á esas miserables cuestiones de dinero. Mas la exasperación fué superior á todos sus propósitos. La embriaguez de hablar había roto el resorte de la prudencia, prorrumpiendo en esas frases con acento de incontenible indignación.

Agotada por el esfuerzo se desplomó sobre el sofá, arrepintiéndose de aquel exceso de exaltación, en el que había encontrado por un instante el sabor irresistible de la venganza.

La pronta respuesta del mozo hizo pasar sus escrúpulos de haberse excedido en esa explosión de despecho. Con acento casi sarcástico, con aire de impertinente jactancia, el príncipe se apresuró á replicar :

— Da usted demasiada importancia á su dote y á los pocos miles de francos que se resolvió al fin á ofrecerme su señor padre. Perdono su exagerada apreciación en gracia de la inexperiencia y de la juventud de usted. Pero su señor padre y su familia toda saben muy bien que al pedir la mano de usted, dí una prueba de verdadero desinterés, puesto que entonces precisamente se me solicitaba para marido de una hermosa joven norteamericana, con un dote por lo menos diez veces superior al de usted.

Una exclamación, casi un hondo gemido de Mercedes, respondió á esas pretenciosas palabras.

— ¡Ah, Dios mío! Y ¿por qué entonces me ha hecho usted la más desgraciada de las criaturas? ¿En qué lo había ofendido yo para sacrificarme tan cruelmente?

La voz de la infeliz resonó lamentosa, quebrada por un estallido de llanto, que la sacudía convulsivamente, mientras ocultaba el rostro entre las manos con intensa desolación.

— Porque la amaba á usted y la amo más ahora, respondió Stephan, estrechándola entre sus brazos, cubriendo de besos el cuello de la chica, del que la inclinación de la cabeza sobre las manos, en su doliente actitud, descubría la blancura.

Mercedes, aterrada, había conseguido ponerse de pie con un esfuerzo sobrehumano. Mas no logró por esto desasirse de los férreos brazos que la oprimían, mientras el mozo le prodigaba frenéticos cariños, mezclados con ardientes palabras de amor, con apasionados juramentos de ser su esclavo; invocando sus derechos de esposo para disculpar su osadía, hablándole con ternura, por instantes en un tono sumiso, desmentido por su obstinación en mantener á la chica aprisionada. Era el momento que aguardaba desde la salida del tren, la coyuntura que se había prometido hacer producirse de algún modo. Hallaba ridícula su situación de marido burlado y desdeñado, y no soltaría á su mujer sin que ella le jurase cambiar enteramente de actitud para con él.

El terror, mientras tanto, había redoblado las fuerzas de la joven. Sus brazos también adquirieron un poder al que Stephan estaba muy lejos de esperarse. Por momentos conseguía mantener separado de su rostro el del joven. Respondía á sus halagos con amenazas de gritar, de producir un escándalo. Juraba que no haría promesa alguna mientras él no la dejara completamente libre.

El miedo de que acudiese gente á los gritos de la chica, llamó al mozo á la razón. Conoció, avergonzado, que esa lucha no podía prolongarse, y abrió los brazos.

— Pues bien, queda usted libre; pero yo he podido decirle lo que de otro modo no habría consentido usted en oir. Es la intratable obstinación de usted lo que me ha obligado á emplear la fuerza para decirle que la amo y que tengo derecho de amarla.

Mercedes no alcanzó á oir más que las primeras palabras. Apenas se sintió en libertad, desapareció tras de la puerta de su cuarto, la que cerró doblemente por dentro. Al sentirse así segura, sus fuerzas desfallecieron, y durante un rato, su espíritu, herido de pavor, fué incapaz de reflexionar. Sus facultades, paralizadas por el miedo, se concentraban en el corazón, que latía con golpes acelerados como si hubiese corrido un largo trecho y sólo pensase en respirar.

En medio de esa postración, una idea repentina cruzó su cerebro con la siniestra luz del rayo que rasga las nubes. ¡Era necesario morir, salvarse para siempre de la vergonzosa lucha! Esa convicción tomó en su espíritu las proporciones de un mandato del destino. Ningún temor de piedad cristiana protestó en ella contra ese desesperado pensamiento aceptado como una fatalidad. Su muerte, pensó con sombría resignación, no sería culpa de ella, sino de los que la habían sacrificado. La idea de nuevas escenas, como la que acababa de sostener, y que sin duda iban á renovarse, la hacía estremecer de espanto. Un desaliento de la vida la estrechaba en un abrazo de terror, ante la imagen de su existencia al lado del ser brutal y aborrecido. En su mente se encendía la llama de una desesperación incurable, de un desaliento que no tendría término. La idea de las horas eternas vividas en la abyección de infamantes violencias, trastornaba todas sus nociones de resignación cristiana aprendidas en la tranquilidad de los días felices. En su rotación desesperante, esas ideas fueron poco á poco desorganizando en ella todo poder de raciocinio, sacándola del mundo real, formándole un criterio de maniático dominado por la tortura de una idea fija. « ¡Es necerio morir! » se repetía como una convicción que, por momentos, se va arraigando; que descubre á cada paso nuevas razones de fortalecerse y que sienta al

fin su imperio exclusivo en el espíritu hasta cerrar el paso á toda vacilación.

Á la fiebre del ánimo se unía el aniquilamiento físico. El largo insomnio y el prolongado ayuno aumentaban la morbidez de su imaginación. La idea del suicidio caía sobre el espíritu enfermo como gotas de algún líquido inflamable sobre el fuego. Pero en ese instante de suprema angustia, no resonaba para ella esa voz de suicidio como el acto impío de propia destrucción, que la habría hecho temblar en cualquier otra circunstancia. La muerte era la madre consoladora que pondría término á su desventura, que le haría guardar la fe jurada á Patricio, que la libraría de la vergüenza y del desprecio de sí misma. Bajo la fuerza tiránica de esa convicción, Mercedes se puso de pie. « ¿Cuándo podría cumplir ese propósito? ¿Qué medio podría encontrar para llevarlo á cabo? » Un momento permaneció inmóvil, detenida ante ese obstáculo que no había previsto. Dió algunos pasos entonces por la pieza y se encontró á la entrada del cuarto de vestirse. Eran cerca de las doce del día. Delante de la ventana, en la pequeña estancia bañada de luz, vió sobre una mesa de tocador, que su camarera había dispuesto con estudiada simetría, las escobillas, las peinetas, las aguas de olor, todos los útiles para el peinado de su señora. La joven se sentó al tocador. Siempre con su idea dominante tomó una peineta. Soltando sobre su espalda la rubia cabellera, empezó á peinarla, pensativa.

En un movimiento de la cabeza hacia atrás alzó la frente, y de súbito sus ojos se dilataron. Ahí, no lejos de ella, el objeto que resolvía el problema de su meditación, se ofrecía á la vista como el hallazgo de una prenda buscada con ahinco. Era el hornillo de gas usado comúnmente para los menesteres del tocador. Los ojos de la joven se dilataron desmesuradamente al mirar aquel aparato que, en su apariencia inofen-

siva y sencilla, podía ser un instrumento de muerte. Á su memoria acudieron entonces los hechos de crónica, leídos tantas veces en los diarios parisienses, de accidentes fatales causados por un escape de gas, ó de suicidios premeditados, cometidos por medio de esa substancia deletérea, cuando no ha sido purificada por la combustión. Muchas veces había oído hablar, comentándose alguno de esos hechos, de la muerte tranquila que produce esa clase de asfixia. Era el abrazo callado de la infatigable segadora de vidas, al sacar de la existencia á los que de ella desesperan. La joven pensó que bastaría torcer la llave del hornillo para dar paso á esa consoladora silenciosa, que pondría fin á su incurable amargura. Ante la seguridad de ese siniestro poder de su voluntad, una satisfacción voluptuosa de verse libre de la degradante persecución del príncipe, le removió, como una tibia caricia, el corazón. El pensamiento de que empleando ese medio, su fin sería por todos atribuído á un accidente, le hizo sentir una satisfacción melancólica de no mezclar la mortificación de un remordimiento al dolor con que sus padres y sus hermanas llorarían su prematura muerte. Esos pensamientos no se presentaban á su imaginación sucesivamente en el orden de una meditación reposada y serena. Eran más bien relámpagos fortuitos, que cruzaban en medio del desvanecimiento de su razón, como luceros, con intermitencias, mezclados en la embriaguez de las ideas, ora lúcidas, ora fantásticas, á las que se aferra la mente en el naufragio de los sentidos.

Pero tenía siempre en ella la persistencia de la idea fija, el ansioso anhelo de poner término de una vez á su lancinante sufrir. Aspiraba á dar descanso á la postración de su cuerpo extenuado; quería abrir á su alma, herida de las miserias del mundo, las puertas de otra región de paz y de perpetuo olvido.

Tranquila y resueltamente se puso de pie, y, acercándose al hornillo, abrió la llave. En humilde actitud arrodillóse después y permaneció de hinojos un momento, pidiendo perdón al cielo, como en sueños. En seguida volvió á su asiento con incierto paso, colocándose otra vez delante del tocador en actitud de peinarse. Y entonces, al sentirse invadida por un adormecimiento poderoso como si su alma se encontrase ya libre de su inmensa pesadumbre; con un suspiro de alivio, concentró en la imagen de Patricio todo su poder de pensar, desprendida ya de cualquier otra preocupación humana, enviándole su alma en el último adiós, orgullosa de cumplirle su amante juramento de eterna fidelidad.

XXX

Como el estruendo de un rayo, la noticia de la muerte tuvo su estallido en el hotel del tajamar Debilly. Don Graciano Canalejas y su esposa habían estado en la estación del Norte á presentar sus homenajes, en unión de los demás de la familia, á sus serenísimas altezas la princesa madre y la bella princesa Thyra. Era el día siguiente del casamiento. Sus altezas regresaban á sus Estados. La despedida había sido alegre y congratulatoria. Canalejas, en su mal francés, había expresado, por la centésima vez, *á sus nobles parientes*, su grande y respetuoso regocijo por la honrosísima alianza, que elevaba á tan grande altura el nombre de su familia. Juan Gregorio, á cierta distancia del grupo general, en la sala de espera, decorada con plantas y flores por encargo y á costa de don Graciano, refería á la princesa Thyra las más arriesgadas anécdoctas amorosas que á la sazón corrían por la ligera atmósfera social de París, y aventuraba entre ellas algunos gruesos requiebros de su cosecha maliciosa.

La imponente hermosura, con germánico acento, le decía sonriéndose: «Usted es un pequeño insolente». Por todas partes, al mismo tiempo, revoloteaban haciendo lucir sus elegantes trajes, como extienden al

sol sus alas las pintadas mariposas, Milagritos y Dolorcitas. La condesa de Montignan, al lado de la princesa madre, acogía con amables saludos á las personas que ahí había de *su mundo*, y con su enigmática sonrisa agridulce á los Canalejas. La esbelta duquesa de Vieille-Roche dominaba con su nariz aguileña, flanqueada del marqués Arsène de Varielle-Landry, deplorablemente fatigado, con su mirada de hombre que va á dormirse, sin soltar el perrito de su noble amiga. Dos ó tres familias de la nobleza estaban también ahí, rodeando á la princesa madre, mientras que el conde Guy de Morins y el gordo Termal no perdían ocasión de requebrar á la de Palomares y á la de Cuadrilla, al cruzar en sus afanosos giros las exóticas beldades.

Hablaban entre los cuatro de los chismes de salón más en boga, de los amores de las grandes damas y de las actrices, y, sobre todo, del gran baile en casa de la marquesa de Kerganoël, un gran acontecimiento al que daría relieve especial la presencia de la gran duquesa Frederowa, de la familia imperial de Rusia. Guy de Morins había hecho invitar para esa fiesta, que debía tener lugar en la noche de ese día, á la de Palomares y á la de Cuadrilla. También había alcanzado para ellas el gran honor de ser inscritas con sus maridos en la lista de las presentaciones que, por especial permiso de su alteza imperial, le debían ser hechas en la sala privada donde se serviría la cena á la augusta dama. Milagritos y Dolorcitas declaraban que esa presentación sería para ellas una especie de entrada al paraíso de la grandeza en la tierra.

A cierta señal de un empleado, la comitiva se puso en marcha para el andén. Cucho Palomares y Antuco Cuadrilla, que esperaban al pie de la escalinata del carro, se inclinaron profundamente, al presentar la mano á las princesas para subir. Todo aquello, á juicio de don Graciano y de sus hijas, tenía un aire de

ceremonial de corte que los engrandecía á los ojos de los demás pasajeros. Instaladas las princesas en su *salón*, adornado de rosas y orquídeas, por encargo de Canalejas, cruzáronse algunas frases de cortesía, y el tren se puso en marcha con lenta solemnidad, mientras los de la comitiva enviaban á las nobles viajeras sus respetuosos saludos.

En el patio exterior de la estación esperaban los elegantes carruajes. Milagritos y Dolorcitas se despidieron ahí de sus padres. No podían acompañarlos á comer, porque querían reposarse para hacer su aparición en el baile de la noche. Don Graciano y su esposa regresaron al hotel mecidos por sus ilusiones de la grandeza conquistada ya. A juicio del caballero, los títulos nobiliarios que Stephan les había prometido, vendrían muy pronto. Aunque en las frecuentes reuniones de familia se habían ya repetido la distribución de esos honores, don Graciano, al rodar del carruaje, se complacía en enumerarlos á su mujer. Él sería marqués y ella marquesa, por consiguiente; Palomares y Cuadrilla, condes; tal vez se obtendría para Juan Gregorio un título de barón.

Al salir de la estación del Norte, el conde de Morins y Jacques se dirigieron, en el *coupé* de este último, al club de la rue Royale. Querían también comer temprano, á fin de llegar al baile antes que las de Palomares y Cuadrilla. El gordo Termal se quejó en el camino de la inflexible virtud de Dolorcitas, y pidió á de Morins que no le consiguiese más convites á las casas de la nobleza.

— Déjame á mí ese arma de ataque. Cuando se vea excluída de los convites que recibe su hermana, se le acabará la compasiva fidelidad que le tiene al tonto de su marido.

— No lo creas, querido; es una virtuosa.

— Puede ser; se ven cosas tan extrañas en París...

Después de comer, divertido con la charla de Termal, de Morins entró á vestirse á su casa.

— Hay un telegrama para el señor, le dijo su criado al abrirle la puerta; lo he dejado sobre el escritorio del señor conde.

Guy abrió distraídamente el papelito azul. « De Marsella.

» Espantosa desgracia. La princesa, que se había retirado á sus piezas, cerrando por dentro su puerta, ha sido asfixiada por un escape de gas del hornillo del cuarto de vestirse. No respondiendo al llamado de la camarera á la hora de comer, fué preciso hacer abrir por cerrajero. Todos los esfuerzos médicos para hacerla respirar, enteramente infructuosos. Ruego avise á familia con precauciones necesarias. Estoy loco de dolor. — *Stephan.* »

De Morins, abismado por la noticia, se vistió de carrera y saltó dentro del *fiacre* que había hecho llamar por su criado. Pocos minutos después llegaba al hotel de Palomares.

— La señora no puede recibir; está vistiéndose, le dijo el criado en la antecámara.

— No importa; hágale usted llevar mi tarjeta.

Al mismo tiempo, el joven escribió sobre la que había sacado de su cartera: « Tengo que hablar con usted algo de muy urgente. »

En el camino, desde su casa, había procurado fijar sus ideas con respecto á la manera de comunicar á Milagritos la fatal noticia; pero, aun después de mandar la tarjeta, no había podido detenerse en una forma precisa de revelación.

El sirviente lo hizo entrar en una pequeña pieza al lado de la gran sala de recibo. Guy conocía perfectamente aquellas habitaciones, en las que flotaba, como una caricia, el perfume de la joven dueña de casa. Pero ese recuerdo evocador de apasionadas memorias, le fué en aquel momento importuno. Pa-

recióle que había algo de impío en dar cabida á la emoción de aquellas horas de amorosa fiebre, cuando venía á extender un crespón de duelo sobre el presuntuoso lujo que lo rodeaba.

Milagritos entró envuelta en una bata japonesa. Los anchos y vistosos pliegues, reunidos en la cintura por la faja de enorme nudo á la espalda, acusaban la ausencia del corsé. La tupida masa de sus negros cabellos, reunidos de prisa sobre la cabeza en un gran moño atravesado por una daga con mango de brillantes, completaba ese traje de tocador. Para disimular su emoción, de Morins empezó por un cumplimiento galante:

— Está usted encantadora.

— ¿Qué es lo que hay? ¿Qué tiene usted que decirme? preguntó ella con visible inquietud.

Con turbado continente, Guy se acercó á ella.

— Pero, ¿qué hay, qué hay? repitió alarmada la joven.

— Traigo á usted una mala noticia.

La curiosidad alarmada que agitaba á Milagritos desde las primeras palabras del mozo, no alcanzaba á quitarle la idea de la cercana fiesta. En el semblante de Guy veía, sobre todo, una amenaza á esa excitante expectativa.

— Si es mala esa noticia, ¿por qué me la trae usted á esta hora, cuando sabe que no puedo pensar sino en el baile? No me la diga usted hasta mañana. Siempre hay tiempo para las contrariedades.

Había en su tono algo de queja y de reproche al mismo tiempo. Era una alarma de niño ante el temor de perder la gran diversión que aguarda con febril impaciencia.

— No es posible. Vamos, sea usted razonable: es preciso que usted me oiga ahora mismo.

El tono de tristeza un poco solemne de Guy dió miedo á la voluntariosa joven. «Debía ser algo muy

grave la revelación que venía á hacerle, puesto que desde su entrada no le había hecho una sola de sus manifestaciones de amor, de las que siempre era pródigo con ella.

— Guy, amigo mío, usted me espanta, le dijo con verdadera alarma. ¡Por Dios! hable usted. El tiempo corre y yo tengo que vestirme.

— Es una mala noticia, una muy mala noticia, repitió el joven, y se puso á contarle. « Al entrar á su casa había encontrado un despacho telegráfico de Marsella, firmado por Stephan. »

— Figúrese usted mi sorpresa al leer las primeras palabras : « Espantosa desgracia. »

Milagritos se puso á temblar. Guy continuó. El brillo de inquieta extrañeza con que lo miraba, fijos en él los ojos, la muchacha, lo hacía titubear.

— Y luego sigue una historia absurda y terrible. La princesa se había retirado á su aposento y cerrado por dentro la puerta. Como pasase el tiempo sin que ella llamara, Stephan envió á la camarera para prevenirle que era la hora de comer. No recibiendo respuesta alguna, hizo abrir la puerta por un cerrajero. Encontraron á Mercedes desvanecida delante de su tocador. Un fuerte olor á gas los hizo correr al hornillo. Por no sé qué fatalidad, la llave había quedado abierta, ó más bien nadie la había cerrado después de haber estado la luz encendida. Lo que sucede cuando se cierra el medidor sin tener cuidado de apagar previamente las luces. Los médicos, llamados al instante, la encontraron de mucha gravedad.

Milagritos saltó cerca del mozo:

— ¡Ha muerto! ¡Usted me está ocultando que ha muerto!

La exclamación fué hecha con un acento de alarma que no desespera todavía.

— No, está grave, muy grave.

— Muéstreme el telegrama.

Guy se disculpó de no tenerlo. La prisa por salir de la casa le había hecho olvidar el papel.

— ¿Pero usted me jura que ella no ha muerto?

El joven juró, balbuciente. Un juramento que más bien podría tomarse como una confesión de la catástrofe.

— Entonces, repuso la muchacha con exaltación, usted va á callarse por esta noche. Yo no puedo perder la oportunidad de ser presentada á la gran duquesa. Mi posición social en el porvenir depende de eso. Mercedes es joven y se mejorará, estoy segura. ¿Quién nos obliga á divulgar la noticia del accidente? Usted me traerá el telegrama al baile, y yo lo guardaré hasta mañana. Yo me encargo de dar después la noticia á papá y á los demás.

Las frases se sucedían precipitadas. Habríase dicho que su empeño era á un tiempo acallar el reproche de su conciencia y evitar que Guy le hiciese alguna observación para disuadirla de su propósito, de ese propósito que su misma razón encontraba casi monstruoso.

Guy se quedó atónito. La exaltación de la preciosa criatura le parecía inaudita. Una forma de locura de grandezas. En ese momento no había para ella lazos ni afectos de familia: su posición social, su entrada al gran mundo de una manera indiscutible, debía dominar todo lo demás. Sin dejarlo hablar, la chica repuso:

— Usted es hombre de mundo, y conoce, tan bien como yo, la importancia de esta presentación. Yo quiero tener una posición indiscutible. Ya estoy harta de saludos desdeñosos, de miradas de grandes damas y de grandes señores que pasan sobre mi cabeza sin verme, de sonrisas protectoras dispensadas como un favor cuando me hago presentar. No quiero que me traten como intrusa. Estoy harta de ser excluida

de las fiestas elegantes en casas donde visito. Una vez admitida por una alteza imperial, toda la sociedad *chic* me acogerá como de *su mundo*. ¿Qué me faltará? Soy joven, soy bonita, soy rica. Poco á poco llegaré á tener todo el barrio San Germán en mis salones: tendré á mi mesa á los grandes duques, á los embajadores. Pero si falto esta noche, después de estar inscrita en la lista de presentaciones á la gran duquesa, estoy perdida. ¡Nunca llegaré á tener ocasión semejante!

Era la historia de las humillaciones, de los mortificantes desengaños, á los que están condenados los que la vanidad arrastra á la conquista de un puesto en la alta sociedad, sin títulos para pertenecer á ella: la paciente labor de tantos extranjeros trasplantados al suelo parisiense, con la aspiración de conquistar su carta de naturaleza en los dorados círculos del *chic*, á ser de la *crema* de elegancia, de *lo de arriba del canasto*, cuyos nombres citan los periódicos diariamente. Era al mismo tiempo un caloroso alegato, en el que las graciosas actitudes, las miradas incisivas, las entonaciones de voz sarcásticas, se mezclaban á la coquetería felina de la sonrisa, para convencer al joven y convertir en mirada de aprobación su evasiva mirada, para que abrazase su causa y la alentara, por el contrario, en vez del mudo reproche de su rostro impasible de hombre de mundo, que desaprueba sin dignarse discutir.

— Querida mía, le dijo al fin, tomándole afectuosamente las manos; sin embargo de todo eso, yo pienso que usted no debe ir.

— ¡Entonces, usted no me ama! exclamó ella con la voz descompuesta, reprimiendo las lágrimas de despecho que sintió asomarle á los ojos.

« Estaba resuelta, indeclinablemente resuelta, á ir al baile, y no quería que sus párpados se pusiesen colorados. Sin eso, habría hecho uso de la irresistible

arma del llanto, segura de obligar al mozo á rendirse. »

— Usted dirá lo que quiera, pero yo iré; no puedo dejar de ir, y me admira que usted se obstine en contrariarme.

El conde vió que la mirada, la actitud, la voz se tornaban provocativas. La voluntad de la muchacha bonita, mimada por la suerte con sus dones de hermosura, de juventud, de riqueza, se alzaba al frente de él, le arrojaba al corazón el brulote de su amenaza de abandonarlo en su insistencia, y acaso de despedirlo.

— Sí, sí, usted se obstina en contrariarme, repuso ella con viveza á un ademán de denegación que diseñó, con solícita prontitud, el joven.

Y arrellanándose, soberbia, en el fondo de una honda poltrona :

— Al fin y al cabo, yo soy libre, ¿no es así? Yo no admito más tutor que mi marido, que se guardaría bien de contrariarme. Yo iré á ese baile, y cuento con la discreción de usted. Dispénseme usted, agregó al ver que Guy recibía, sin inmutarse, el estallido de su exasperación; la noche se nos va y tengo que vestirme.

El mozo la paralizó con esta exclamación :

— ¿Y si en medio de ese baile llega la noticia de la muerte de su hermana de usted?

— Será una refinada crueldad de la suerte. ¿Qué quiere usted? Pediré mi capa y me marcharé; pero la dueña de casa podrá decir á la gran duquesa que yo estaba allí para presentarle mis homenajes. Usted toma las cosas á lo trágico, y no comprendo, en verdad, tanto empeño de no dejarme ir. ¿Estaría usted celoso por acaso?

— Celoso de la reputación de usted, sí; celoso de que no pierda usted, por una obstinación infantil, todo el camino andado, sí también.

— Gracias por su interés; pero no pensamos del mismo modo.

Trató de sonreir, al ponerse de pie, y pasó la mano al joven.

— Sin rencor, ¿no es así?

Cogiendo la mano ofrecida y atrayendo hacia sí á la muchacha, resuelto á revelarle el fondo de la verdad :

— ¿ Y si *ella* hubiese muerto? dijo, como revelando un secreto.

— No cambiaría de resolución, contestó ella, retirándose del joven con sombría tenacidad.

— Pues bien, haga usted lo que quiera; yo he cumplido con mi deber. Aquí tiene usted el telegrama.

Milagritos recibió el papel, y se puso, para leerlo, debajo de la araña de luces eléctricas que iluminaba la estancia. El joven vió el ligero temblor de sus manos mientras leía. Pero su semblante no acusaba la emoción aterradora que él creía infalible.

— Usted debe suponer, dijo doblando la misiva, que esta lectura no viene sino á confirmar lo que pensé desde el primer momento. Si mi pobre hermana no hubiese muerto, usted habría principiado por mostrarme el telegrama en vez de pretender haberlo olvidado. La lectura, por consiguiente, no altera mi resolución. Estamos bajo el peso de una catástrofe atroz; pero podemos ocultarla hasta mañana. Yo iré á ese baile, y me saldré de ahí apenas haya sido presentada á la gran duquesa. No es una fiesta lo que voy á buscar, sino á cumplir con un compromiso. Yo guardo el despacho. Usted, guárdeme el secreto.

Y recogiendo, con su gracia mujeril, los pliegues de su bata japonesa:

— Hasta luego; cuento con usted. Corro á vestirme.

De Morins salió abismado. Milagritos acababa de

hablar sin emoción en la voz, obedeciendo á su idea fija de conquistarse un puesto de gran dama en lo más elevado de la sociedad parisiense, como obedece el hipnotizado á la voluntad del magnetizador. Le pareció que iba fija á su objeto, sin detenerse por los tropiezos que podían separarla del fin señalado, impulsada por una fuerza más poderosa que su conciencia, la fuerza de su ambición de brillo social, de remover el peso de la indiferencia ó del desdén de la aristocracia por la trasplantada, con la palanca de su hermosura y de su riqueza. Al recibir su sobretodo en la antesala, de manos de un imponente lacayo vestido de reluciente librea, Guy, siguiendo con amorosa memoria á la gentil figura envuelta en la bata japonesa, pensaba, con su frívolo espíritu de hombre excéptico: « mi palabra de honor, ella es impagable; el fuego de la fragua parisiense le ha secado el corazón. »

Milagritos, mientras tanto, había vuelto á su tocador. Llevaba fresca la excitación nerviosa del que acaba de discutir hasta la exasperación. El velo de su frenesí la ofuscaba. La voluntad, contraída en su tenaz esfuerzo, en una contorsión de último empuje, no le dejaba ver ni sentir sino el triunfo de su porfía. Interiormente, todo su ser palpitaba en la borrasca nerviosa de la inesperada cuanto violenta situación en que la funesta noticia había venido de súbito á arrollarla. Desde las primeras palabras de Guy se le figuró que el edificio de su ambición, levantado con el paciente esfuerzo de la hormiga, en el que había empleado inauditos recursos de voluntad y de ingenio, crujía con sorda amenaza de desplomarse, dejándola, por años tal vez, en su azarosa inferioridad de trasplantada. Al ruido que formaban en su imaginación esas ideas, repitiéndosele en los oídos las observaciones del joven, en los ojos el aspecto desaprobador de su rostro, la muchacha, silenciosa, casi

sombría, abandonó su juvenil cabeza al peluquero, y se dejó vestir en seguida por la camarera. Ella misma empezó después á ponerse las joyas, tomándolas de una mesita colocada al lado del tocador.

En medio de esa delicada operación, que ordinariamente la absorbía por completo, su pensamiento se detuvo en un punto fijo, un punto interno de lo más lejano del cerebro, y sin otro anuncio, sin otro fenómeno precursor, algo como un sollozo largo tiempo contenido, estalló irresistible en su pecho, nublándole con un violento raudal de lágrimas los ojos.

— ¡Ah! ¡Pobrecita, pobrecita! gimió en alta voz, cubriéndose el rostro con las manos.

La doliente imagen de Mercedes había penetrado con una fuerza de huracán en su pecho, arrastrando, hecha trizas, la porfiada voluntad de su ambición mundana. La pobre muerta tendía hacia ella, en actitud de implorar protección, sus manos suplicantes, bañándole el corazón con una oleada de amarga tristeza. La mirada sin luz de la muerta la quemaba.

— ¡Pobrecita! ¡Pobre Mercedes! ¡Pobre hermanita!

La voz lastimera, la voz del alma desgarrada por la tardía certidumbre, hería los ámbitos de la pieza, resonaba en el silencio con lamentos de tiple acentuación, que ella misma encontraba lamentablemente destemplados. No era el corazón agostado por la fragua de la vida parisiense, como había pensado Guy de Morins; era la naturaleza que triunfaba al fin, recobrando sus derechos imprescriptibles la humana sensibilidad. En la juventud, el anuncio de la muerte hace el efecto de los golpes lejanos, cuya resonancia llega mucho después á los oídos. En aquel caso, la distancia entre la noticia revelada por de Morins y el corazón de la joven, la formaban sus absorbentes preocupaciones de grandeza, exageradas por su imperioso egoísmo de mujer joven y an-

siosa de figurar. Pero la realidad ineluctable, en su callada marcha, había llegado al fin hasta la escondida fuente de su sensibilidad y levantádole hasta el corazón su onda acerba, pronta siempre en el pecho humano á desbordarse. Su imaginación evocaba ahora al ser ausente, del que venían á decirle, en medio del ardor de la lucha, el fin inverosímil. Ahora veía la esbeltez de la chica, que le había envidiado tantas veces; su diáfana belleza, que admiraba sin confesarlo; pensaba en la dulzura angelical de su carácter, en la infantil alegría de su alma, en la modestia humilde de sus gustos. Un punzante dolor de su injusticia y de su envidia le rasgaba el pensamiento, arrojándola, vencida, en la vana desesperación del mal irreparable.

— ¡Pobre hermanita! seguía repitiendo, sin cuidarse de las lágrimas, que, después de rodar por sus mejillas, caían en corriente casi continua sobre la rica tela de su vestido de baile.

Cucho Palomares entró entonces á la pieza. Venía ya vestido para la fiesta, con una gran orquídea al ojal del frac, luciente la irreprochable pechera, microscópico el nudo blanco de corbata, sobre el cuello de altura fenomenal. Se había dado prisa en venir, con la idea de no llegar tarde para la presentación á la gran duquesa.

— ¿Qué hay? ¿Qué tienes? exclamó, corriendo hacia su mujer, abismada sobre el sofá.

Sin levantar la frente, Milagritos mostró la mesa, sobre la que había quedado el telegrama.

— ¡Lee, lee! ¡Qué horror!

Cucho se dejó caer sobre una poltrona al concluir la lectura. Una desesperación violenta le oprimió la garganta.

— ¡Era lo que faltaba! ¡Pero eso no puede ser! ¡Eso es absurdo! La gente no se muere así. ¡Asfixiada por el gas! ¿Dónde se ha visto entre la gente

decente? Las porteras, las cocineras, se asfixian con el gas...

Siguió en sus exclamaciones y en sus conjeturas, sin una palabra de compasión para la víctima, hasta que el curso de sus ideas lo hizo exclamar, saltando de su asiento :

— ¿Y nuestra presentación á la gran duquesa? ¿Qué vamos á hacer ahora?

Estaba anonadado. « Eso no les pasaba más que á ellos. ¿Quién no siente el olor á gas cuando hay un escape? ¡Y en pleno día no notar que el olor tenía que venir del hornillo! ¡Y dejar cerradas puertas y ventanas! ¡Eso no tiene nombre! »

Milagritos se levantó enjugándose las lágrimas.

— Toma el coche, corre donde Dolorcitas y llévale el telegrama. Dile que la espero aquí para que vayamos juntas, contigo y Antuco, á llevar esta terrible noticia á papá y mamá. Mientras tanto, yo voy á quitarme este traje de baile. ¡Ah! ¡Qué horror, qué horror!

Con el sombrero echado sobre la nuca para manifestar el desconcierto de sus ideas, Cucho preguntó admirado :

— ¿Entonces no vamos á la presentación? Nadie puede saber todavía la noticia.

— ¡Qué ocurrencia! No digas tonterías; corre donde Dolorcitas, que venga pronto.

Mientras daba con voz áspera esa contestación á su marido, Milagritos tocaba dos veces el botón de la campanilla eléctrica para llamar á la camarera, y empezaba á quitarse las joyas.

La de Cuadrilla recibió la dolorosa nueva con espíritu aterrado, sin darse cuenta precisa de la magnitud de la desgracia, aferrándose á la esperanza de que hubiese equivocación de parte de los médicos en su primer diagnóstico, y de que hubieran después podido hacer *volver* á Mercedes. Fué como el aturdi-

miento de un golpe que no paraliza por completo la lucidez del espíritu. Su corazón habló primero y más alto que el prurito de diversiones y de engrandecimiento. Su marido la acompañó en sus exclamaciones de aflicción :

— ¡Oh, sí! ¡Qué terrible desgracia!

Cucho aventuró la idea que había querido sugerir a su mujer.

— Entretanto, nadie sabe la noticia, y podríamos ir á la presentación; nunca tendremos ocasión semejante...

— ¡Jamás! ¡Por nada! exclamó Dolorcitas con irritación.

Antuco apoyó esa indignada negativa. Para él, no llevar á su mujer á una fiesta, era salvarse del suplicio de verla rodeada de galanes.

Dolorcitas cambió de traje en pocos momentos. Daban las doce de la noche cuando ella y los dos jóvenes llegaban al hotel de los de Palomares. Pasadas las primeras efusiones de dolor entre las hermanas, las dos parejas iban á ponerse en marcha, cuando Milagritos observó :

— Es preciso avisar á de Morins que no podemos ir al baile, para que nos disculpe con la marquesa.

— ¿Y dónde está Guy? preguntó Cucho.

— Nos espera en el baile.

— Yo iré á prevenirlo, repuso, muy contento de hallar un pretexto para ir al baile, aunque fuese por un momento.

— Entonces toma tú el coche. Yo iré con Dolores. Apenas hables con Guy, vuélvete á casa de mamá.

Don Graciano y su mujer no estaban aún en casa cuando Milagritos, su hermana y su cuñado llegaron al hotel del tajamar Debilly. Al salir de la estación del Norte, decidieron los esposos Canalejas ir á pasar la noche al teatro Francés, para huir de la soledad en que los dejaban las hijas. Era una noche de repre-

sentación clásica: se daba el *Cid*. El espíritu de Canalejas, elevado á grande altura, aunque sin entender mu y bien los hermosos versos con que vistió Corneille á la francesa, los héroes de Guillén de Castro, explicaba á doña Quiteria, de vuelta al hotel, cómo emana de las razas nobles la grandeza de los pueblos. La señora apenas entendía algunas frases usuales de francés. Había hecho gran provisión de sueño en el teatro, sin cuidarse de las lágrimas de Jimena, y llegaba muerta de cansancio á su casa.

Desde la entrada al patio, la vista de los carruajes de los Palomares y los Cuadrilla anunció á los esposos Canalejas la presencia de sus hijas. Sin decírselo, pensaron ambos, al cruzar el vestíbulo, que Milagritos y Dolorcitas habían querido mostrarles los nuevos trajes con que iban á asistir al baile de la marquesa.

Admirados de verlas con vestidos de día y acompañadas de Antuco, lo que era en ellas inusitado, ambos tuvieron la misma exclamación:

— ¡Cómo! ¿y el baile?

Concertados sobre lo que deberían responder á las primeras preguntas, Milagritos contestó:

— Recibimos aviso á la hora de comer de que el baile se había postergado.

— Por indisposición de la marquesa, explicó Dolorcitas.

— ¿Y la gran duquesa? ¿En qué se quedará la presentación? preguntó doña Quiteria, bostezando á dislocarse las quijadas.

— Será para después; ahí veremos.

El tono casi indiferente de esta contestación de Milagritos pareció extraño á su padre. Canalejas empezaba á notar la singular expresión de los semblantes. Las dos jóvenes no mostraban el contento exuberante que de costumbre se desprendía de sus satisfechas personitas. Había sobre sus frente, una sombra de

preocupacion que rayaba casi en la tristeza. Los esfuerzos que hacían una y otra para mostrarse tranquilas, no alcanzaban á despejar del espíritu de don Graciano un vago malestar, que no acertaba á explicarse. Aquella visita á una hora avanzada de la noche, aumentaba su inquietud. Pero era de su carácter poco entero el substraerse á los temores en vez de afrontarlos. Así fué que, para evitar una pregunta directa, se puso á hablar de la representación del *Cid*. «¡Qué actores! Mounet-Sully había estado admirable.» En medio de sus apreciaciones artísticas, una pregunta de su mujer sonó como una voz de mal agüero:

— ¿Y no ha venido telegrama de nuestra princesita?

A pesar del bostezo entrecortado con que la señora interrumpió á su marido, un frío súbito pareció circular en la sala.

— No, yo no he recibido nada, dijo Canalejas, sintiendo que su vaga inquietud se convertía en sorda zozobra. Y agregó, para tranquilizarse: — Habrán seguido tal vez para Niza.

Entonces intervino Milagritos. Su voz no tenía la seguridad habitual:

— Guy de Morins estuvo esta tarde en casa y habló de un telegrama de Stephan que acababa de recibir.

— ¡Qué singular! observó don Graciano con miedo: manda un despacho á un amigo y no á nosotros.

— Sería sobre algún negocio urgente, se interpuso Dolorcitas, notando la turbación de su padre.

Intencionalmente, Milagritos dejó pasar un momento.

— Sí, de negocios, pero también hablaba de Mercedes.

— ¡Ah! ¿y qué dice? preguntó ansioso Canalejas.

Milagritos repuso, afectando tranquilidad:

— No se alarmen; parece que Mercedes ha sufrido un accidente.

Entonces las exclamaciones y las preguntas de los padres se cruzaron con empeñosa rapidez. Milagritos y Dolorcitas respondían con evasivas, como recula en un duelo uno de los combatientes, á quien acosa é intimida el fogoso ataque del adversario. El curso dado á la revelación de la verdad por las dos hermanas, fué estudiadamente tortuoso. Era menester dejar á los padres el corazón como en suspenso sobre un abismo; hacerles, desde lo alto de la duda, entrever el fondo del horror á que podían caer y empujarlos poco á poco hacia la terrífica realidad con precauciones infinitas para que no se despedazasen al despeñarse. En la sala, donde aún quedaban algunas flores de la boda, aquella familia de seres acostumbrados á la alegría de la dicha sin nubes, aterrada ahora por el estallido de una horrenda desgracia, era un cuadro vivo de las trágicas sorpresas del destino. Al fin la verdad, desprendida de las reticencias dilatorias, hubo de penetrar en la mente que quisiera sustraerse á su luz, llegando con su cruel claridad hasta los corazones palpitantes, cortando en ellos los hilos tenues que aún los tenían prendidos á la esperanza.

Los roncos lamentos, las exclamaciones de pasmo ante la inesperada catástrofe, resonaron entonces en la sala, donde flotaban todavía, como anidados en sus ámbitos, los ecos sonoros de la marcha triunfal de los Rœspingsbrück. Todos sentían resonar como un sarcasmo los ecos de los valses tziganes; convertirse en fúnebre perfume de flores marchitas sobre un sarcófago, el penetrante olor de las que adornaban la sala, siempre renovadas. Una sensación de obscuridad, cual si se fuesen apagando lentamente las luces que partían de la araña del techo, los arrojó consternados en brazos los unos de los otros, como si entonces solamente se dieran cuenta de las fatalidades de la vida.

Pasado el primer aturdimiento empezaron a razo-

nar. Don Graciano declaró que él partiría para Marsella al día siguiente por el expreso de la mañana. El no podía quedarse en la casa cuando su pobre hija yacía inerte en un cuarto de hotel, sin que estuviese ahí para velarla otra persona de la familia que su marido, ayer un extraño. Todos aplaudieron esa determinación. Milagritos la completó diciendo que papá no podía ir solo y que Juan Gregorio debía acompañarlo. Después de averiguar, se supo que Juan Gregorio no había entrado aún á la casa, y se puso de centinela á un lacayo para esperarlo y hacerlo venir á la sala. Tomada esa determinación, un silencio pesado reinó en la pieza. Durante algunos momentos, sólo se oyeron las lamentaciones de doña Quiteria, que invocaba el favor del cielo en su aflicción. Los demás callaban, sumidos en amargas reflexiones.

Con diferencia de unos pocos momentos, dos personas entraron en la pieza, durante ese silencio. Por una puerta que conducía al interior, apareció, deslizándose silenciosa, como un gatito familiar que no quiere ser sentido, Benjamina. Por una de las que daban al vestíbulo, entró, dejando su abrigo en manos de un lacayo, Cucho Palomares.

— ¿Quién te ha llamado? ¿Qué vienes á hacer aquí? preguntaron á la chiquilla sus dos hermanas, extrañadas de aquella aparición.

No contestó ella que la camarera de su mamá, llamada por el lacayo, á quien habían alarmado las lamentaciones de los de la familia, había ido á despertarla para que viniera á ver lo que pasaba. Sin reconocer la autoridad de las hermanas, se limitó á responderles:

— ¿Qué les importa á ustedes? Vengo á saber qué es lo que pasa.

Cucho, entretanto, dió cuenta de su misión.

— Me costó encontrar á Guy en medio de tanta gente.

La gran duquesa llegaba cuando yo entré. Guy me dijo que él nos haría excusar por la marquesa. Le pareció muy bien que ustedes no hubiesen ido.

Y acercándose á Milagritos, en voz baja:

— Guy me dijo que ya empezaba á circular la noticia; tal vez llegada á los diarios.

Callaba el mozo, por supuesto, que no había limitado su empeño en el baile, á encontrar á de Morins Antes, y con pretexto de buscarlo, había recorrido las salas deslumbrantes de luz, buscando y saludando á la gente *chic* que había estado en el casamiento. El moderado pesar que le causaba la pérdida de *su cuñada la princesa*, le fué así menos sensible al respirar aquella atmósfera de gente elegante, de hermosas mujeres engalanadas de joyas, de hombres portadores de grandes títulos, registrados muchos de ellos en el almanaque de Gotha.

Benjamina, por más atención que puso á las palabras de Palomares, no llegó á discernir cuál era esa noticia misteriosa de que hablaba. «Algo de muy grave debía causar, pensó la chiquita, la visible aflicción de la familia.» Su madre, menos discreta en su dolor, le dejó comprender, mientras ella la acariciaba, que les habían llegado por telégrafo, en la tarde misma, noticias alarmantes sobre *su hermana la princesa*. Con este antecedente, Benjamina, inquieta en realidad por lo que se le ocultaba tocante á la única de sus hermanas á la que tenía verdadero cariño, pensó que el mejor arbitrio que podría emplear á fin de esclarecer aquel misterio, era ir á contar lo que ocurría á su abuelita, para que ella indagase la verdad sobre su nieta preferida. Silenciosa como había entrado, desapareció de la sala, sin que nadie notase su salida, porque á la sazón entraba en la pieza Juan Gregorio.

No podía conservarse en perfecto equilibrio al andar. Las libaciones de espirituosas bebidas americanas en el café Maxime lo traían en ese estado de semi-em-

briaguez que deja bastante claridad de reflexión para comprender á medias lo que se oye y figurarse que se disimula perfectamente ante los demás el desastroso efecto del alcohol. Entró á la sala sin quitarse el gran sobretodo, con el sombrero sobre el occipucio, dejando ver la frente hasta el nacimiento del cabello, ralo ya por prematura calvicie. Con las manos en los bolsillos del pantalón y el pecho hacia adelante, cual si quisiese mostrar la pechera lustrosa y la corbata blanca inmaculadas, Juan Gregorio avanzó hasta el grupo que formaba su familia, sin advertir la aflicción pintada en los semblantes. Mucho más acostumbrado al francés que al español, nunca hablaba en la lengua de sus padres cuando se encontraba en el estado de semi-embriaguez que le era frecuente en la noche.

— ¿Están ustedes en consejo de familia, deliberando á media noche, como el Parlamento inglés? ¿Qué hay? ¿Para qué me llaman ustedes? Yo soy un muchacho arreglado, y me recojo á dormir. ¿Qué es lo que hay?

Doña Quiteria no entendió una palabra de lo que decía. Al verlo balancearse sobre los pies con una sonrisa forzada, la señora tuvo vergüenza y se cubrió el rostro. Don Graciano, irritado, se acercó á él:

— Habla en castellano para que te pueda entender tu madre.

— ¡Oh! no vale la pena; no tengo nada divertido que decir.

Dejóse caer sobre una poltrona.

— ¿Quién tiene la palabra y de qué se trata? repuso bostezando.

— No se trata de bromas ciertamente, dijo don Graciano. Tus hermanas van á explicarte la gran desgracia.

Milagritos no acudió á rodeos ni á frases preparatorias. En el estado en que veía á Juan Gregorio, no

temió contarle en toda su espantosa sencillez la noticia del despacho telegráfico de Marsella.

El muchacho oyó la relación sin manifestarse afectado. Las palabras de Milagritos, repetidas y ampliadas á veces por Dolorcitas, resonaron en los oídos del hermano, hiriendo su comprensión, sin llegarle hasta su sensibilidad. Cuando las jóvenes dejaron de hablar, Juan Gregorio se quedó estúpidamente mirando el telegrama de Stephan.

— ¿Entonces se ha asfixiado? ¡Pobre pequeña, pobre pequeña princesita! Para un viaje de nupcias, no es divertido.

Meneaba la cabeza sin desprender la vista del despacho, tratando de reunir sus ideas en torno de esas frases, terribles en su laconismo.

— Entonces Stephan está loco: aquí dice que está loco. ¡Farsante! ¿Quién le ha de creer? Algún sablazo que querrá darle á papá. Apostaría á que la pequeña princesita no está más asfixiada que yo.

Golpeando el papel con la mano en señal de maliciosa convicción, agregó riéndose:

— Que se le haga la asfixiada para que la deje tranquila, ¡ah, no digo que no! ¡Eso sí que sería gracioso!

La voz del mocito y su risa, cortada por la tos, resonaron en el silencio de la pieza como una burla lúgubre en la solemne tristeza de un funeral.

Canalejas se levantó impaciente de su asiento.

— ¡Vaya! no hay nada que hacer con este muchacho: iré contigo á Marsella, agregó dirigiéndose á su yerno Cuadrilla.

La puerta se abrió mientras hablaba don Graciano, y dió paso á su madre. Derecha en su elevada estatura; los pliegues de su negro traje, cayendo sin artificio hacia el suelo; el pálido y enjuto rostro descompuesto por la más intensa ansiedad, la anciana señora parecía un fantasma de las consejas populares.

en que vuelven los muertos al mundo á contar á los vivos, en el misterio de la noche, sus padecimientos en la otra vida. Tras ella, curiosa é inquieta, Benjamina entró, disimulando su presencia, haciéndose pequeñita.

Todos se quedaron silenciosos al ver á la anciana. Era para ellos la imagen del remordimiento latente. Cada cual lo había sentido, como un fuego interno, desde los primeros instantes de aquella sombría reunión de familia. Ansiosa, cual si adivinara ya toda la verdad, doña Regis interrogó á su hijo:

— ¿Qué es lo que hay? Esta niñita, dijo mostrando á Benjamina, viene á decirme que ustedes han recibido malas noticias de Mercedes.

— Sí, madre, malas noticias.

Bajaba Canalejas la frente al responder. Parecía un reo que no puede negar su crimen. Inmediatamente la señora, imperiosa, volvió á preguntar:

— ¿Pero qué es lo que hay? Déjate de estar ocultándome algo. Sólo de verlos á ustedes reunidos aquí, á estas horas de la noche, me figuro lo peor.

No se sentaba. No quería tener en cuenta la presencia de los demás. Hablaba sólo á su hijo: al reo que no puede levantar la vista hacia el interrogador semblante del juez. Pero Milagritos salió en auxilio de su padre:

— Yo le diré, abuelita...

La señora no le permitió continuar. Todo su rencor contra las dos irrespetuosas jóvenes, las verdaderas instigadoras del casamiento de la infeliz Mercedes, estalló en su voz exasperada.

— Cállate; no te hablo á ti. Te prohibo que me dirijas la palabra.

Milagritos murmuró entre dientes alguna insolencia. Al mismo tiempo, un ruido sordo, semejante á una risa sardónica mal reprimida, se oyó distintamente en la estancia. Era el roncar de Juan Grego-

rio, dormido, en una lamentable actitud de borracho, con el sombrero sobre las cejas, la boca entreabierta grotescamente. Doña Regis volvió la vista hacia el que roncaba, y tuvo un movimiento de hombros desolado, alzando los ojos, en una muda invocación de inmensa melancolía. Sin detenerse en ese triste espectáculo, tornóse con ardiente exigencia hacia don Graciano:

— Pero, ¿qué hay? ¿Qué hay, por Dios? Yo quiero saberlo todo, todo, ¿entiendes tú?

El hijo balbució, con timidez, algunas palabras, sin atreverse á dar el funesto golpe á la anciana.

— Habla, habla claro, ¡por la Virgen Santísima! insistió ella.

Entonces, en un arranque de insolente crueldad, Milagritos, vengándose de la humillación que la señora acababa de imponerle, le gritó:

— ¿Quiere saberlo todo? Sepa, pues, que Mercedes ha muerto asfixiada por un escape de gas en el hotel donde se alojaron en Marsella.

La infeliz abuela abrió los brazos buscando maquinalmente un apoyo. Don Graciano y Cucho Palomares, que se encontraban cerca de ella, se abalanzaron á sujetarla. Por una reacción enérgica de su voluntad, doña Regis no perdió el sentido. Rehusando el apoyo que se le ofrecía, se dejó caer sobre una silla. Una conmoción de íntima congoja se había producido en ella. Sus ojos se habían dilatado; sus manos, con nerviosa ansiedad, se aferraban temblorosas á los pliegues de su traje de eterno luto, y el jadeante respirar anunciaba la tempestad del corazón herido de espanto.

Pero no solamente en la señora habían repercutido su fúnebre anuncio las palabras de la de Palomares. Un agudo lamento de Benjamina las había hecho eco, lamento largo y penetrante, seguido de violentos sollozos. Buscando un refugio á su repentino dolor, la

chiquilla se arrojó á los pies de la abuelita y ocultó el rostro en sus faldas. El grito despertó á Juan Gregorio. El mozo recorrió con turbios ojos, sin comprenderlo, aquel cuadro de consternación.

— ¡Ah! todavía están ustedes aquí, dijo, levantándose penosamente de su asiento: yo me voy á dormir; no sé por qué me duele tanto la cabeza.

Anduvo con menos dificultad que al entrar, mientras decía las últimas palabras, y desapareció por el vestíbulo, inconsciente, sumido en bestial estupidez.

Doña Regis no se quedó mucho tiempo silenciosa. De sus cansados ojos habían corrido algunas lágrimas. Siempre dirigiéndose á don Graciano, empezó á pedir detalles, se hizo traducir el telegrama de Stephan. Aunque sobria de palabras, podíase ver que el dolor le destrozaba el alma. Doña Quiteria unía de cuando en cuando su voz á la de la anciana, pidiendo, con doliente acento, misericordia á la bondad divina.

— ¿Y qué piensas hacer? preguntó doña Regis á su hijo, secándose las lágrimas.

— Salgo mañana, por el primer expreso, para Marsella.

— Yo voy contigo, dijo la anciana como dando una orden perentoria.

— Pero, madre, ¡por Dios! no es posible; usted puede enfermarse.

— Se hará la voluntad de Dios, exclamó ella con acento que no admitía réplica.

Y en seguida, temblándole la voz, con el quebranto de un enternecimiento invencible:

— Quiero abrazar á mi pobre hijita, viva ó muerta.

Benjamina se arrojó al cuello de la anciana.

— Lléveme, abuelita, yo también quiero abrazar á mi pobre preciosa; lléveme.

Había una honda amargura en la súplica, una imploración de juvenil dolor que quiere ablandar los corazones.

Su padre hizo ademán de tomarla de una mano. Ella la retiró para enjugarse los ojos.

— No, hijita, no; eso no puede ser; vaya á acostarse.

Don Graciano asumía un tono de paternal autoridad; pero el efecto de sus palabras pareció exasperar la afligida chiquilla. Encarándose á su padre, y mirando al mismo tiempo que á él á sus dos hermanas con aire de intensa irritación, una irritación de niño, que oye solamente á su enojo:

— Ustedes tienen la culpa, exclamó; ustedes, que casaron por fuerza á mi pobre hermanita; sí, sí, ¡ustedes no más tienen la culpa de todo!

— Cállate, desgraciada, exclamó su padre, más pálido aún de lo que estaba.

Un gemido de doña Quiteria resonó al mismo tiempo que hablaba su marido.

Milagritos se levantó airada.

— No le haga caso, papá, á esa chiquilla tonta; deje que hable lo que quiera.

Doña Regis se levantó solemne.

— Esta niñita dice la verdad. Miraba al hablar con ojos centelleantes á su hijo; pídele perdón á Dios, que tan pronto te castiga.

Salió con austero continente, el andar seguro. Su alma hacía frente al dolor, sin miedo ya de que pudiese aumentar con nuevos golpes su honda desolación. Benjamina, al lado de ella, planta delicada que se acogía al tronco del añoso roble al soplar del ábrego furioso, salía sollozando.

Sin mirarse, los otros sintieron como si una fatídica maldición hubiese quedado repitiendo sus vibraciones siniestras en el silencio de la pieza.

XXXI

En la elevada nave del templo, cubierta por todas partes de negras colgaduras, el escudo de armas de los príncipes de Rœspingsbrück, desde lo alto de las columnas, circundado de crespón, enviaba al espacio, cual luminoso reflector, su irradiación de histórica grandeza. Era ahí, en esa misma iglesia, donde entre cánticos y nubes de incienso se había celebrado la unión de dos familias de tan diverso origen y de tan distante cuna, que iban á hacerse ahora las exequias de su alteza serenísima la princesa Stephan, de aquella noble casa reinante.

Así desaparecía, en su trágico destino, substituído por el glorioso nombre de los cruzados, el modesto nombre de la infeliz Mercedes Canalejas.

Don Graciano y su familia decidieron, por unánime acuerdo, que en aquella triste coyuntura era indispensable desplegar tanto boato como el gastado en las bodas. Era preciso que el padre de la finada princesita conservara á los ojos del gran mundo el prestigio de millonario, que, á falta de una ejecutoria de nobleza, iba á ser en adelante el único título de la familia para que no se le cerrasen las puertas del todo París elegante.

Habían añadido á la riqueza de las *pompas fúne-*

bres para entierros de primera clase, cuanto fuera capaz de realzar la importancia del convoy. No bastaban las flores de gran precio que cubrían en el carro el espacio dejado libre por el cajón mortuorio. Otros tres coches debían seguir en pos de aquél, cargados de los más raros y dispendiosos productos de los floreros de París. El escudo de armas de los Rœspingsbrück adornaba las portezuelas de todos los carruajes del acompañamiento. En un gran landó de corte irían el general y su edecán, enviados por el príncipe reinante para representarlo en la ceremonia. Los coches de la familia Canalejas, con cocheros y lacayos vestidos de severo luto, seguirían al del representante del soberano. Los primeros artistas de la Grande Ópera cantarían los solos; la capilla de la iglesia, reforzada por instrumentistas y cantores del Conservatorio de París, ejecutaría los cantos del ritual sacados de la misa de *réquiem* de Mozart.

Los diarios daban cuenta de estos detalles, como la habían dado, al anunciar el fallecimiento de la princesita, del viaje de su padre y de la anciana abuela á Marsella; del tren especial en que habían transportado los restos mortales y de los gastos con que habían vencido las trabas puestas en Marsella, á su salida de aquella jurisdicción parroquial. En artículos de condolencias sentidas, elevándose á consideraciones de alta filosofía, con citas de la célebre oración fúnebre de Bossuet sobre la muerte de la reina Enriqueta de Inglaterra, la prensa parisiense había deplorado la tragedia de Marsella, que arrebataba á la noble casa de Rœspingsbrück la ideal criatura destinada á ser el ornato de aquella corte y la esperanza del trono. La entereza con que el príncipe Stephan había soportado el rudo golpe « era digna, decían los corresponsales de los diarios de Marsella, de la más calorosa admiración ».

Esas manifestaciones de los órganos autorizados de

la opinión pública fueron para los Canalejas un dulce lenitivo á su dolor. Parecíales que el triste fallecimiento de la hija no desvanecería las esperanzas de la familia, fundadas en el ilustre parentesco adquirido. En las más íntimas conversaciones, ya la de Palomares y la de Cuadrilla insinuaban, como un derivativo al abatimiento de aquel hogar, antes tan próspero y alegre, algunas consideracioues alusivas á ese asunto. Milagritos combatía los temores que asaltaban á su padre de no salir de la condición de plebeyos, con el argumento de que, dejando á Stephan, sin reclamárselo, el dinero que le había entregado fuera de la suma sometida al régimen dotal, el príncipe no pondría menos empeño que antes en conseguir los títulos de nobleza prometidos. « Stephan, decía la positiva muchacha, es demasiado ávido de dinero para cegar con ingratitud la fuente de recursos que se había abierto con su casamiento. »

No fué menor en la ceremonia fúnebre la concurrencia de personas de distinción al hotel Canalejas, que el concurso de convidados, ornato de las salas de recibo, al celebrarse la boda de la triste princesita. En el espacioso vestíbulo donde poco antes resonaron, bajo el arco de los tziganes, las majestuosas cadencias del himno de los Rœspingsbrück, sobre un gran catafalco rodeado de luces y de flores para esa fiesta de la muerte, el féretro de la desventurada muchacha, majestuosamente, reposaba. Arrodilladas en humilde postura, cuatro religiosas oraban. Otros tantos lacayos, vestidos con lujosas libreas de luto, acogían á los que llegaban, guiándolos en seguida, después de inscribir éstos sus nombres en los registros de la entrada, hasta el recibo.

En la gran sala, formados en fila, vestidos de frac y corbata blanca, el príncipe Stephan á la cabeza; su suegro en seguida á la izquierda; Juan Gregorio, sus cuñados y Jenaro Gordanera, recibían con sem-

blante convencional de tristeza, el saludo de los que iban entrando. Las tres salas, el vestíbulo, el patio y el espacio de la vereda al lado de la puerta del hotel, se llenaron de gente poco á poco.

A la entrada de la portería, Prosper, con el galón de su gorra cubierto de crespón y un sobretodo negro que le llegaba hasta los pies, aumentando la majestad de su estatura, señalaba un registro sobre una mesa á los que no lograban abrirse paso hacia el interior de la casa.

A las once y media el director del convoy se presentó delante de los representantes de la familia, y con un respetuoso saludo les anunció en voz alta que era la hora de la partida. Un gran movimiento se produjo en la numerosa concurrencia para dar paso al desfile de los deudos. El príncipe viudo los precedía, solo. Los empleados á los que la lengua francesa ha bautizado con el siniestro nombre de *mascamuertos*, habían colocado ya el féretro dentro del carro mortuorio, habían distribuido las enormes coronas, las cruces de flores, los ramos, las guirnaldas, enviados por los amigos y por la familia misma. Una corona de inmensas dimensiones con el escudo de armas de los príncipes reinantes de Rœspingsbrück cerraba el carro por la parte de atrás.

En el tajamar, el gentío era inmenso. La ostentación de grandeza desplegada en el convoy era un espectáculo de alto interés para la muchedumbre de curiosos. Su invencible curiosidad no se sacia de admirar esos espectáculos de aparato deslumbrante con que los grandes por el nacimiento ó la fortuna simbolizan la inmensidad de su duelo.

Los del pueblo contemplaban la pompa del carro mortuorio, la elegancia de los carruajes, la elevación de los cocheros del servicio fúnebre sobre los pescantes, casi al nivel de los entresuelos de las casas: admiraban la profusión de las flores, todo lo teatral del

cuadro, que hacía olvidar su luctuoso significado de último viaje á la común morada del insondable misterio.

Stephan, con el general representante del príncipe reinante á la derecha, y Canalejas á su izquierda, rompió la marcha, los tres sombrero en mano, inmediatamente después del gran carro. La chispa de súbito amor que le había incendiado el cerebro en las horas postrimeras de la infeliz princesita, ponía en su semblante un reflejo de sombría entereza, revestía de cierta majestad á su persona vulgar de atleta de feria suburbana. Una rabia de haber visto nublarse ese cielo divisado apenas, se complicaba en su imaginación con las dificultades pecuniarias del porvenir: divisaba una nueva era de trampas y de usureros cuando creía haberla cerrado para siempre en su existencia. Del fruncimiento de cejas con que dirigía la imaginación á ese porvenir, inferían los espectadores sentimentales la pena acerba de su alma; los fisonomistas positivos, un signo de la energía de su raza ante la tremenda adversidad de su destino. Al lado del príncipe, don Graciano caminaba alta la frente, renegrida la larga barba, agobiado de triste abatimiento, sostenido por el invencible orgullo de atravesar las calles de París, envuelto en el mismo duelo que su alteza serenísima, su yerno.

Seguían, descubierta también la frente, los de la familia: Gordanera y Juan Gregorio en pos del príncipe; tras de ellos Cucho Palomares y Antuco Cuadrilla. Venía, después de ellos, el numeroso concurso de invitados.

Burlando la etiqueta, Gordanera se había calado el sombrero y levantádose el cuello del paletó. Protestaba entre dientes contra esa costumbre en los acompañamientos funerales, de quitarse el sombrero. Según él, esa manifestación de convencional respeto debía serle de la más absoluta indiferencia al muerto.

Durante la marcha, enfurecido de pensar en el gasto que representaba el ostentoso duelo de los Canalejas, se burlaba interiormente, con inefable satisfacción, de las esperanzas que sus parientes fundaban en la probabilidad de heredarlo. «Cuando menos les iba á dejar un centavo, para alimentarles su vanidad, que no cabe en ninguna parte.»

Como á mitad del séquito, aislados y silenciosos, caminaban Patricio Fuentealba y Campaña. Con el paso automático de hombre aturdido por un pesar sin nombre, clavaba Patricio los ojos cavernosos, con una fijeza de hipnotizado, allá en el carro mortuorio, del que veía, movidos por el viento, los penachos de plumas en las esquinas del baldaquino, y el fenomal sombrero apuntado del cochero. El mundo se había reducido para él á ese túmulo movible, lentamente arrastrado por tres parejas de caballos, de luto enjaezados, magnífico espectáculo para la turba indiferente.

Con la insistencia cruel de los que avivan sus propios pesares durante la insanidad de los sufrimientos excesivos, Patricio recorría entonces en la memoria las horas de su tormento. Desde el subsiguiente día de su vuelta á París, al abrir un diario de la mañana, el dardo de fuego que había de destrozarle el corazón para siempre, desprendido de la primera página, iluminaba el letrero, en gordas mayúsculas, del más notable acontecimiento: «Muerte de su alteza serenísima la princesa Stephan de Rœspingsbrück.» Un letrero que le pareció ver brillar como los avisos nocturnos que llaman hoy, desde lo alto de las casas, en los centros más populosos de París, la pública atención.

Por un *desdoblamiento* de su ser se veía llegar corriendo hasta el hotel de Canalejas y vencer la discreción del portero por medio de una pieza de cinco francos. Prosper, con la dignidad del hombre que posee un secreto de Estado, consentía en referirle el

drama de la noche anterior, contado por los sirvientes. El señor y la *vieja dama* habían salido para Marsella pocas horas después. El mozo contaba los latidos de su corazón, á medida que toda sombra de duda acerca de la veracidad de la noticia se disipaba al soplo de las confidencias del portero. Su pensamiento lo llevaba después á la misma estación de Lyón, donde dos días antes, oculto en su compartimento, esperaba, en una vorágine de celos y de esperanzas locas, la partida del expreso. Durante horas enteras aguardaba la llegada del tren de don Graciano; lo veía entrar al fin silencioso á la estación. De su carro único descendían, envueltos en sus abrigos, cubiertos de cadavérica palidez los semblantes, Canalejas y doña Regis, que se le figuró exhumada de la tumba, y tras de ellos Antonio Cuadrilla. Un grupo de cargadores sacaba del carro de bagajes el féretro, con esfuerzos de hombres que forcejean por mover un gran peso. Algunos curiosos se acercaban á ver la lúgubre operación. Él seguía después la marcha de los demás, hasta que los hombres depositaban su pesada carga dentro de un largo carro de las *Pompas Fúnebres*. Apresurado, llorando como un niño en su *fiacre*, había servido de escolta al siniestro carruaje. Llegados al hotel de tajamar Debilly, había visto desaparecer el cajón en hombros de los cargadores, por la misma elevada puerta desde la que tantas veces Mercedes le había enviado su risueño saludo de despedida, después de sus paseos matinales. Como un soldado herido busca algún accidente de terreno en el campo de batalla donde ir á esperar la muerte, llegaba después donde Campaña. El positivista le abría sus brazos murmurándole, contagiado por su llanto, vanas palabras de simpatía y de consuelo. Ninguna de esas palabras llegaba hasta su alma: eran voces que tenían en su oído una resonancia de fórmulas huecas de una religión que le era desconocida.

Y después, durante las pesadas horas de horripilante inacción, ¡oh! ¡la fría soledad del alma! ¡Oh! ¡las tardías evocaciones del pasado! ¡los arrepentimientos estériles de lo que no se hizo para evitar la catástrofe final, la catástrofe inaudita, inesperada, inverosímil! Siempre andando con su rigidez de hipnotismo, siempre fijos los ojos cavernosos en los penachos del baldaquino, el mozo recordaba el hielo de espanto con que esa última palabra había herido su espíritu. «Inverosímil»: esa voz cambiaba el accidente fortuito en un hecho voluntario. ¡Un suicidio! Fuentealba sentía, no obstante la marcha, el mismo temblor de que se encontró sobrecogido al resonar por primera vez en su mente esa suposición aterradora. Y luego, allá, en el fondo de su conciencia, el remordimiento: un cataclismo, un torrente de fuego en el pecho. Campaña, inquieto, lo había hecho acostarse y aplicádole algunos calmantes, acudiendo á sus estudios de medicina, abandonados más tarde por el culto de la religión altruista. Recordaba muy bien que, como remedio para el espíritu, le dió lectura de las noticias de los periódicos de la tarde sobre la guerra del Transvaal, la preocupación preponderante del joven positivista. Los boers, con su heroísmo de pueblos antiguos, con el indómito valor de los que defienden su hogar y su suelo, habían obtenido nuevas y brillantes victorias contra los ejércitos disciplinados de Inglaterra. Campaña, encendido en generoso entusiasmo, llegaba á calmarle la abrumadora pena; conseguía abrirle horizontes de heroica actividad. Le hablaba de la solidaridad humana con el fuego inspirado del sectario. La resolución de emprender el viaje á esa tierra de heroísmo, de ir á ofrecer su vida á la noble causa, tan noblemente defendida, había sido definitivamente tomada entre ellos, como un acto de hombres libres, que deben sus fuerzas á la defensa de la justicia. «Ellos, ciudadanos de naciones débi-

les, expuestas siempre á la brutal ambición de los fuertes, decía Campaña, combatirían, en cierto modo, por su propia patria, al pelear en las filas de esos labradores soldados, que el mundo contemplaba atónito, como una raza de hombres que ya parecía perdida en estos tiempos de materialismo. Así, al rayar el alba del siguiente día, la voz inspirada de Campaña había desviado poco á poco el torrente de fuego que inundaba su cerebro, en una confusión de tempestuosas amarguras, preludio de la insanidad que arrastra al suicidio. Su espíritu encontró desde ese instante un objeto á la vida, otro fin que el estéril dolor de los desesperados. Campaña se hallaba al cabo del movimiento que se desarrollaba en Francia en favor de las dos repúblicas africanas. Le habló de una expedición de la que un distinguido coronel francés, Villebois-Mareuil, era el organizador. Ambos habían empleado el día en las diligencias necesarias para ser admitidos á formar parte de esa expedición. El tiempo, para alcanzar ese resultado, pagar su cuota y sus pasajes, les había parecido corto. El continuo ir y venir había mecido su dolor casi adormeciéndolo. »

En esa mirada retrospectiva á los días que acababan de pasar, Fuentealba no olvidó ningún detalle. Uno á uno, los incidentes de su desventura habían renovado en su alma la congoja inconmensurable de cada hora, la mortal desesperanza de la existencia privada de su razón de ser, la torturadora convicción de lo irreparable. Y así marchaba, autómata viviente, por la fuerza del dolor, en esa obscura vía, con la percepción vaga de una turba de curiosos á uno y otro lado, en los balcones, en las ventanas, en las puertas, como al pasar una procesión de regocijo público.

Al fin, el séquito, notablemente disminuído por las deserciones del camino, se detuvo delante de las gradas de la Magdalena. Los de la familia, guiados por el director del convoy, desfilaron por un lado; los

demás que venían atrás siguieron con ellos hacia el interior de la iglesia. La ancha nave, dividida en dos por el pasaje dejado entre las hileras de sillas estaba ya llena, al lado de la izquierda, por las señoras invitadas. Á la derecha, la invasión de hombres, en pos de los deudos, ocupó luego el espacio vacío. Un largo silencio, una muda expectación reinó en toda la asistencia, mientras allá, á la entrada de la iglesia, el sacerdote oficiante pronunciaba, en una especie de melodía lúgubre, un versículo del *De Profundis*. Y luego, en medio de ese recogimiento, seis cargadores, seis *mascamuertos*, avanzaron por el medio, llevando el féretro al catafalco. Patricio se colocó al lado de éste, aturdido, en una embriaguez de indecible sufrimiento. No veía otra cosa que ese ataúd, adornado de una gran corona, deslizar con un ruido bronco al interior del catafalco. No vió tampoco ni pudo sospechar, el cuchicheo de algunas de las asistentes del lado opuesto, que se contaban al oído, con devoto misterio, la leyenda de su amor, sacrificado á la ambición nobiliaria.

Los empleados de la compañía de entierros llegaban mientras tanto con su carga de flores, que fueron lentamente colocando sobre el túmulo, en torno de él y en todo el espacio alrededor. Se hubiera dicho que todas las flores de París se hallaban ahí reunidas como destinadas á poner una nota de mundanal alegría en ese aparato fúnebre de tan inmensa tristeza. Maquinalmente, buscando, más allá de esa fresca pompa de los jardines, la rubia cabecita de la muerta, Patricio miraba absorto, perdido en el espanto de la horrible realidad. Sus ojos de atónito mirar parecían condenados á la desolación de una eterna velada.

Las lúgubres colgaduras apagaban el brillo de las luces prendidas con profusión. Los altos quemadores enviaban derechas, al espacio, sus tétricas llamas

verdes. Todo llamaba al recogimiento y á la meditación austera en aquel inmenso templo, donde el pensamiento de los concurrentes evocaba la blanca imagen de la desposada, bajando del altar, en su nube de flotantes tules, para ir á buscar el eterno reposo en el negro encierro, del que la profusión de flores no bastaba á quitar la imagen de la muerte.

Del lado de las señoras, en la primera fila, cerca del altar, la sombría figura de doña Regis dominaba. Esta vez nadie se había atrevido á proponerle un sombrero para presidir las exequias de su desventurada nieta. Bajo la negra mantilla de modesto encaje, sus cabellos blancos tomaban un tono ceniciento que realzaba la palidez ebúrnea de su rostro. Benjamina, á su lado, cual si reemplazara á la *hijita* ausente, alzaba los ojos hacia el altar, en oración. Herida por aquella muerte imprevista, la chiquilla se sentía transformada por el dolor. La festiva compañera de Nicolasito daba vuelta la espalda á las infantiles travesuras y entraba, por la puerta del sufrimiento, á la batalla de la vida. Después de ella, Milagritos y Dolorcitas, con trajes ideados por Paquín para amenizar con refinada elegancia las austeridades del luto, arrodilladas en las sillas de adelante, presentaban una correcta apariencia de pesar compungido. Tras de la familia, un mar de mujeres, interesadas en los trajes y en los sombreros improvisados de negro.

En el coro, del lado del Evangelio, dos sillones dorados. El maestro de ceremonias condujo á ocuparlos á Stephan y al representante del soberano de Rœspingsbrück. Blanco de las observaciones que partían del costado femenino de la nave, el príncipe se sentó con aire de apesarada entereza, ocultando así su despecho por la brusca traición de la suerte, que lo hacía naufragar á la entrada del puerto.

Mientras tanto, Canalejas y Juan Gregorio quedaron abajo, en la primera fila de sillas, á la derecha,

del lado de los hombres. El suegro de su alteza se sentía humillado en su expectativa. La diferencia de sitios lo colocaba en situación inferior á la de su yerno. Pensaba, picado, que éste no debía haberse hecho preparar aquel sitial de preferencia; que debía haberlo colocado á su nivel, y no hacer notar á la elegante y aristocrática concurrencia su plebeya condición. La voz de Juan Gregorio, como un ruido de moscardón en el oído, le murmuró con su velado acento:

— Es una advertencia, á fin de que usted no le reclame la *galleta* que le dió para el dote de su hermana.

Una observación parecida hacía Jenaro Gordanera. Cucho Palomares y Antuco Cuadrilla, ocupaban con él la segunda fila de asientos.

— ¿No ven? ¿No les gusta andar buscando nobleza? Eso quiere decir que si Graciano le cobra el dinero que le dió para el dote de su hermana, no debe esperarse á salir de su condición de cursi. Me gusta, me gusta, repetía entre dientes, triunfante, irritado de pensar en tanto dinero perdido en comprar una corona.

Cucho Palomares se consolaba del desaire mirando hacia atrás y nombrando á Gordanera los personajes de título que alcanzaba á divisar en la asistencia.

— Muy lucido entierro, don Jenaro, diga usted lo que quiera. Esto prueba que nos consideran gente *chic*.

El oficio fúnebre no había tardado en principiar. El sonido lastimero del *Kyrie, eleison*, como un raudal de lamentos, estalló en las agudas voces infantiles, acompañado por las solemnes notas del órgano. Patricio se desplomó de rodillas sobre su reclinatorio, vencido por la honda emoción que lo anonadaba. Le pareció que sólo entonces tenía lugar la separación ineluctable; que el alma de Mercedes, en alas de la plañidera invocación, emprendía su vuelo

hacia los espacios luminosos de la inefable bienandanza, enviándole, al pasar, un tibio suspiro de eterna despedida. Inmóvil, sin atender al continuo arrodillarse y ponerse de pie de los demás, guiados por las indicaciones del maestro de ceremonias, oyó las oraciones y los cánticos de la misa : la elevación, el Padrenuestro, la poética invocación del *Agnus-déi*, hasta que, después de un tiempo que le pareció interminable, agobiado por la fiebre creciente del cuerpo y del espíritu, la tiple voz del coro infantil, elevándose en notas sobreagudas, que parecían ir á quebrarse en el artesonado del techo, le sacó de su entorpecimiento el alma atribulada, despertándolo á la realidad con el terrífico canto : « ¡Cuándo se desquiciarán el cielo y la tierra! »

Aturdido ya por la persistente repercusión de su dolor en el pecho, el joven presenció, con ojos que no veían, vacío el cerebro ; con oídos que no alcanzaban á distinguir las palabras, la repetida y larga serie de oraciones que preceden á la absolución. Guiado después por Campaña, como un ciego por un niño, sumiso á la presión de su brazo, siguió, insensible y vacilante á su amigo, hasta ver depositar el féretro de su dulce Mercedes en el sótano de la iglesia, donde debía esperar el regio monumento del cementerio *chic* del Père La Chaize, destinado á perpetuar la memoria de su alteza serenísima la princesa Mercedes de Rœspingsbrück, *nacida de* Canalejas.

París, Julio de 1904.

FIN

París. — Tip. GARNIER HERMANOS, 6, rue des Saints-Pères. 21.2.3.1911